Hilatura

Alicia Andrés Ramos

niñaloba

HILATURA

Un libro de
Alicia Andrés Ramos

Primera edición electrónica, octubre de 2020
© Editorial Niña Loba.

www.ninalobaeditorial.es / info@ninalobaeditorial.es

Colección: Narrativa Contemporánea

Número: 8

© Alicia Andrés Ramos, 2020

© Ilustración de cubierta: Jan Brueghel “el Viejo” (1568—1625), *Playa con botes y mar tormentoso* (1614).
Edición, maquetación y diseño: © Editorial Niña Loba

ISBN: 978-84-128300-7-1

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Índice

Prólogo del editor

Hilatura
PRIMERA PARTE
SEGUNDA PARTE
TERCERA PARTE
CUARTA PARTE

Sobre la autora

Títulos publicados por Niña Loba editorial

Prólogo del editor

Si representáramos con un hilo la madeja de historias que conforman esta novela, el resultado sería un rico tapiz entretejido con las vidas de todo un pueblo, trenzadas con prolijidad exquisita y urdidas con profunda conciencia de lo bello. Estamos ante una novela sobre la relación; ante un entramado –y no una mera trama– de historias sobre la ausencia y la presencia, sobre las junturas invisibles y los vínculos lejanos. En este libro no hay relato ni hilo humano que no se cruce, trabe y enrede con otros tantos, y, así, da la sensación de que *Hilatura* no comprende una única novela, sino que sus páginas contienen, como un arcano siempre fértil, la magia evocadora de un mundo entero, mil novelas de las que la hilandera Aurelia es el nudo que las amarra para que no se pierdan. Pues todo en este libro está tan meticulosamente tejido, tal es la dependencia y el entrecruzamiento de unas páginas con otras, que pareciera que todas pudieran desmoronarse de tirar de cualquier hilo desbrozado.

Pero, como en la misma vida, no hay cabos sueltos entre estas letras llenas de símbolos y de un entrañable gusto por lo maravilloso, sino la sencilla expresión de lo humano: del amor y los anhelos, de lo posible y lo perdido. Se abre ante nosotros el devenir de medio siglo en una aldea desconocida, pequeña y remota, a la que nuestra autora mira con los ojos compasivos que merece nuestra condición. Alicia Andrés, acaso con los ojos de Dios, rescata la dignidad de unos seres humildes y sufrientes que, ante todo, parecen decir: «gracias por no habernos olvidado».

Pues, al fin y al cabo, ¿qué es escribir, sino rescatar del olvido y la inexistencia? Les invitamos a perderse en esta preciosa hilatura de historias humanas, acaso (y tengo fe en esto) para no olvidarlas jamás.

Hilatura

Para Ana Chaves y Héctor Campo,

que cruzaron un océano

siguiendo el hilo de nuestro corazón.

PRIMERA PARTE

A LOS SIETE AÑOS un adivino le predijo que moriría en el mar bajo la luna del heno. El hombre leyó la profecía con su único ojo en las entrañas de un sargo que Aurelia y su madre habían comprado en la lonja siguiendo sus instrucciones y, al pronunciarla, un resabio cítrico le espesó la saliva con el recuerdo de las naranjas navelinas. Aquel astrólogo había recalado en la aldea a bordo de un barco maderero procedente de Tierra de Fuego en el que viajaba como polizón, camuflado entre la carga de listones de lenga. Su aspecto era el de un indio yagán de edad avanzada, tuerto y de piel cuarteada por los vientos de altamar, que ataba su melena cana con una cincha de cuero y no abultaba más que un niño de doce años precozmente envejecido.

Le vieron pidiendo limosna a la hora en que las mujeres de los pescadores removían en soledad el puchero sobre las trébedes. Se acercaba renqueando como un perro y extendía hacia ellas una palma abierta y lisa. Agradecía aquello que le tendían con una reverencia grotesca, ya fueran mondas de patata, un hueso de cabrito sin tuétano o un pedazo de tocino, y al poco arrimaba a la lumbre unos talones encallecidos que humeaban como paja. Horas más tarde, en la aldea corría ya el rumor de que el viejo era un profeta capaz de predecir el destino de los hombres a cambio de unas monedas o de cualquier despojo con el que engañar al hambre. Una vecina alertó a la madre de Aurelia de su presencia en un rincón del puerto. En tu estado te vendrá bien saber qué esperas para ir tejiendo la ropa, la persuadió.

El anciano masticaba un puñado de maíz tierno, ovillado sobre un cajón de pesca, cuando la madre de Aurelia soltó las redes que estaba restañando y fijó por primera vez sus ojos de cuco en aquella figura desgarbada: piel de panza de burro cosida a remaches, cuatro espinas en la boca en señal de dentadura y un pañuelo grasiento enrollado alrededor de la cabeza del que sobresalían dos plumas de caiquén. Sobre su nariz achatada se perfilaba un tatuaje de alas de mariposa y cada articulación remataba en una borla que sobresalía del resto de su anatomía.

A la mujer le pareció que olía a la piel mal curada de las zamarras de los diablitos del carnaval. El indio también la miró de hito en hito. Tráigame un pescado fresco, ordenó bronco. Dentro de una hora nos vemos aquí.

Aurelia, que observaba de reojo la escena desde la otra punta del puerto, abandonó de un salto la tercera casilla de la rayuela que sus amigas habían dibujado con tiza en las baldosas y corrió hasta alcanzar a su madre camino de la lonja. Agarrada a su falda, le rogó que le permitiese acompañarla a ver al adivino. Por favor, por favor, te prometo que esta tarde haré toda la tarea si me dejas acercarme a él. Dicen que es un sabio disfrazado de mendigo, insistió. La madre dudó un instante asediada por aquel par de ojos hambrientos de

novedad y ya iba a contestarle que no, cuando un rayo de sol le golpeó el cráneo provocándole un vahído. Ven si quieres, concedió, pero no se te ocurra decirle una palabra. Como si fueras muda. Aurelia asintió colgada de su saya y la madre la dejó hacer mientras compraba un sargo vigoroso, el ejemplar más grande que halló sobre el mármol de la lonja y que una hora más tarde ofrendaría al adivino con su lomo brillante rezumando agua de mar.

El hombre abrió de un tajo limpio el vientre del pez y, tras examinar meticulosamente la nebulosa de vísceras, clavó por sorpresa su ojo de cíclope en el rostro de Aurelia. La muerte te encontrará en el mar, la noche de la luna llena del mes de julio, sentenció dirigiéndose a la niña. La madre la abrazó horrorizada y trató de taparle los oídos, pero Aurelia le apartó las manos para seguir escuchando la voz cavernosa de aquel indio que parecía conocer la respuesta a todas las adivinanzas. No tengas miedo, añadió el viejo frotándose el ojo huero, porque tu muerte será dulce como la pulpa de una naranja madura. Y sin concederles apenas tiempo de reacción, sacó su mano derecha de la tripa del sargo y palpó el vientre de la madre, hinchado de siete meses. Frunció el ceño con desagrado, suspiró hondo y escupió tres veces sobre el pez pronunciando un verbo desconocido. Este niño nacerá del dolor con valentía, dijo al fin. Recorrerá el mundo, pero siempre vivirá atado a esta tierra.

Aurelia observó con atención el ojo sin vida del adivino. Era redondo como el huevo de una paloma torcaz, sujeto al nido del párpado por un entramado de venillas moradas, y le pareció que en su interior un pájaro exótico pugnaba por quebrar el cascarón. La madre se puso en pie súbitamente y con un zarandeo brusco la arrancó de la fascinada contemplación que balanceaba su cuerpo. Sin soltarse de la mano se alejaron del profeta a paso firme, la mujer maldiciendo en voz baja la hora en que había prestado oídos a brujerías; la hija girándose a trompicones para mirar por última vez a aquel hombre de piel cobriza y turbante de visir caído en desgracia, que esa misma noche desapareció de la aldea sin dejar rastro.

TRES DÍAS DESPUÉS de la revelación, Aurelia leyó en un libro robado las páginas que habrían de cambiar el rumbo de su vida. El hallazgo tuvo lugar en casa del maestro. Tras la predicción del adivino, su madre le había rogado a don Heliófilo que apaciguara el ánimo de la pequeña. Tenía miedo de que las palabras de aquel agorero le apelmazaran la sangre a la niña, especialmente ahora que ella estaba a punto de dar a luz y no podía prestarle la atención necesaria. Dígale usted que eso de la adivinación es una tontería, que nadie puede saber cómo será su propia muerte y mucho menos predecir la de los demás. ¿Por qué diablos tuvo que hablar con mi hija? Yo solo quería saber si la criatura sería varón o hembra. Y se acariciaba con ansiedad el

vientre abultado bajo el blusón.

Don Heliófilo recibió a la niña en su saloncito de tomar el té, una sala humilde presidida por un sofá orejero y una estantería llena de libros que olían a trementina y a flores marchitas. La luz de la tarde penetraba en la sala a través de la cuadrícula de la ventana, remansándose sobre el brasero en un charco ambarino que a Aurelia le recordó al agua de manzanilla que su madre tomaba tres veces diarias para aposentar el estómago. El maestro era un hombre de mediana edad consagrado a un apetito feroz por la ciencia y la literatura y las horas se le iban en descifrar la torre de mamotretos que se alzaba del suelo a la ventana, casi hasta el pomo. Los ojos le brillaban, minúsculos, detrás de las antiparras de vidrio grueso y se murmuraba que don Paco le había salvado la vista después de diez días de lectura desaforada del Gilgamesh sin atender a las treguas del sueño. Tenía una avispa clavada en cada pupila, decían. Don Heliófilo obviaba estos peligros cotidianos porque, sencillamente, era un hombre ensimismado. Cubría su incipiente tripa con camisas que él mismo remendaba a la altura de los codos y sonreía como un niño pillado en falta cuando sus alumnos descubrían entre risas que otra vez había llegado al aula calzando un zapato y una pantufla. Si se había dedicado a la enseñanza había sido por una cuestión meramente alimenticia porque su vocación frustrada era la astronomía, el arte de las esferas como solía decir, y al estudio de órbitas, planetas y satélites dedicaba sus horas al terminar las clases. Aurelia no era una alumna brillante. Demasiado nerviosa para memorizar la lista de ríos y afluentes o la de los reyes godos, a menudo la sorprendía dibujando esqueletos en su cuaderno, el plumier impregnado en tinta, la mirada abstraída en alguna galaxia lejana que no acertaba a catalogar. Sin embargo, nunca reprobó públicamente su actitud; a fin de cuentas, a él tampoco le interesaban aquellas retahílas absurdas de sustantivos, pero había algo en su manera expectante de no estar del todo, una promesa atroz aunque hermosa en el caos de sus ojos, y ese deslumbramiento le impelía a evitar los dos agujeros negros que gravitaban en la tercera fila, pupitre derecho.

La niña examinó el perímetro del cuarto. Los lomos abigarrados en la estantería, las redondeces del sillón de lectura –perfectamente adaptadas al cuerpo oblongo del maestro–, el tintero de vidrio aguamarina con una flor de lis grabada en cada cara. Sus ojos se detuvieron en una mesa camilla coronada por dos retratos: uno enmarcaba a una pareja de ancianos que posaba ante la puerta de una herrería, ella con un rosario entre los dedos y él con un sombrero sostenido a la altura del ombligo; el otro mostraba a una mujer de cabello ondulado envuelta en muselina, joven, aunque sin brío para obedecer al fotógrafo que posiblemente solicitaría su sonrisa antes de

la explosión de magnesio. Aurelia parpadeó varias veces tratando de romper el hechizo de aquella mirada perdida mientras el maestro la invitaba a acomodarse en un pequeño sofá de mimbre. Sentados frente a frente, abierta entre ambos la zanja infinita que separa una taza de té de una jícara de chocolate, pronto se dieron cuenta de que no tenían mucho que decirse. El maestro balbució algo sobre el destino, los oráculos y la barca de Caronte que Aurelia no comprendió a pesar de su esfuerzo por contar lo mismo de tres maneras distintas. Prosiguió hilvanando un discurso torpe acerca de la imprecisión de las profecías, especialmente las referidas a la muerte. En su opinión, las Centurias de Nostradamus eran poemas ambiguos y el Libro de los Muertos una retahíla de sortilegios nacida de la ingenua soberbia de los hombres de la Antigüedad, pero la pequeña ya no le escuchaba. Había dejado de hacerlo en la segunda frase para centrar toda su atención en el lomo azul cobalto de un libro titulado *Misterios del Universo* que se apretaba junto a otros forrados de papel de periódico en un anaquel clausurado con malla de gallinero. Don Heliófilo peroraba acerca de dioses y demonios, de los nueve anillos del infierno de Dante custodiados por Cerbero el tricéfalo, de la procesión de luminarias de los bosques de Canterbury, y ella repasaba con insistencia aquella tipografía dorada. Cada letra, cada espacio. La luz del atardecer se fue condensando entre las cuatro paredes y, al otro lado de los cristales, la flotilla de chalanas echó el amarre. Los pescadores descargaban con lentitud las cajas de pescado y sus sombras parecían aún más fatigadas sobre el empedrado en llamas del malecón. El maestro interrumpió su discurso para beber un sorbo de té frío. Tenía la boca seca. Aurelia lo emuló engullendo de un solo trago el chocolate templado de su taza, más por obediencia que por placer. Por favor, señor ¿podría beber un poco de agua?, le rogó. El dulce me ha dado sed. El hombre asintió aliviado. Estaba deseando liberarse de aquellos alfileres con que la niña lo atrapaba todo. Parece un insecto con trenzas ahí sentada, pensó de camino a la cocina, para qué me la mandará la madre.

En cuanto se quedó a solas, Aurelia abrió la portezuela de la estantería, agarró con un movimiento veloz el libro codiciado y, mirando a ambos lados, lo guardó en su faltriquera sin dejar en el aire más indicio que una diagonal de polvo donde antes hubo un brazo. Gracias, le devolvió poco después el vaso vacío. Ahora tengo que irme a casa. Mi madre me espera para la cena. Don Heliófilo asintió con una sonrisa distraída. Claro, la cena, es verdad. Ve, pequeña. En el quicio de la puerta Aurelia se detuvo. ¿Quién es esa mujer?, preguntó señalando el retrato. El maestro esquivó la fotografía como si temiese caer en una trampa. Carraspeó, miró al suelo y respondió una sola palabra, casi inaudible. Rosalía, dijo. ¿Rosalía qué más? Nada más,

atajó, y Aurelia sintió que había dado un paso en falso sobre un territorio embarrado del que era mejor escapar antes de que el maestro hiciese algo vergonzoso, como cuando le temblaba la voz al leer poemas en clase o regaba las macetas de glicinias cantando letras absurdas. Antes de correr escaleras abajo, le tendió un paquete de jamón de hebra fina que don Heliófilo aceptó revolviéndole el cabello. De todos era sabido que la madre de Aurelia era una mujer generosa. Si por curar a su esposo de unas fiebres vulgares le regaló al médico dos sacos de maíz y dos salchichones de casi un kilo, por alejar a su hija del fantasma de la muerte no esperaba menos. Después de todo, pensó, había merecido la pena charlar un rato con aquella pequeña lunática sin con eso aliviaba los pesares de su estómago durante unas semanas. La niña pareció leerle el pensamiento. Gracias por todo, señor, sonrió, pero la muerte no me da ningún miedo porque no pienso acercarme al agua en toda mi vida.

Don Heliófilo se quedó clavado bajo el dintel observando con expresión vacua la fuga de aquella lagartija de siete años, tez blanca, mentón afilado y pelo oscuro recogido en dos trenzas que eran un prodigio de orfebrería. De regreso a la sala se cruzó con su reflejo en el espejo del escritorio, atenuado por las sombras que a esa hora ya sobrepasaban la pileta de libros. Se miró de perfil primero, de frente después. Al otro lado del azogue creyó distinguir la figura de un hombre estúpido.

«El Universo está en continua expansión. Las galaxias se alejan de nosotros con una relación de proporcionalidad entre velocidad y distancia. Cuanto más lejos se encuentran, más rápido se alejan».

Imaginó la hogaza de pasas que su padre amasaba en Navidad. Cada uva era una galaxia y, al despertar de la masa madre, el pan crecía dentro del horno y las frutillas se separaban sin remedio en una secuencia que escondía la fórmula del caos al que todos estaban abocados. Continuó leyendo, sobrecogida. Tras enunciar varias leyes, el autor se planteaba cuestiones relativas al desgarramiento final de la materia, la explosión de los átomos, el eterno adiós entre todo lo que un día cohabitó en un solo nudo. Cerró los ojos. Aquella idea retorcía su cerebro hasta el grito, se le antojaba odiosa, cruel y al mismo tiempo predecible, como si desde el principio de los tiempos solo se hubiese dedicado a palpar su inconsistencia, entregada ella también a la deriva absurda de barcos, tomateras, árboles, cochinillas. Le dolían los párpados de tanto apretarlos para evitar la huida de su padre hacia la Nada, empujado por la misma fuerza repulsiva que haría saltar por los aires el vientre de la madre como el corcho de una botella, destapando el millar de partículas sanguinolentas de un feto a medio cocer. Aplastó su cabeza bajo la almohada. Un temor ancestral le

impedía continuar respirando el aire azul oscuro de la noche, ahora veneno para ratones, y supo que más que a la muerte temía a aquella soledad infinita que el libro preconizaba, la danza macabra de los cuerpos despidiéndose de cualquier ilusión de compañía.

Escondió *Misterios del Universo* en la caja de lata donde guardaba sus tesoros: un caballito de madera con crines y cola de estopa, un espejo cóncavo, el cadáver de dos saltamontes envueltos en papel de seda y un colgante de junco trenzado en cuyo centro brillaba una canica de vidrio azul celeste que le había regalado un afilador de cuchillos asegurándole que era el ojo de un dios turco. No confesó a nadie su descubrimiento, pues pensaba que obrando así al menos conseguiría que los designios se cumpliesen sin que nadie salvo ella sufriese por anticipado. Por el día iba a la escuela, jugaba con sus amigas Iria y Merlina a la comba y a ojo de buey, ayudaba a su madre en las labores domésticas, le llevaba al padre la merienda a la huerta. Al caer la tarde bajaba al puerto y se sentaba en una esquina entre la lonja y el cuello del espigón, lejos del filo del mar, a contemplar la rutina de los pescadores con nostalgia anticipada. Llegará un momento en el que ni gritándonos podremos escucharnos los unos a los otros, divagaba.

El insomnio se apoderó de sus noches. Unas pesadillas terribles le arañaban los párpados y en cada zarpazo se materializaba el horror de un cuerpo desmembrándose, los objetos volando en todas las direcciones, la diáspora de su organismo. Tenía sed. Trataba de beber agua, pero las partículas de líquido huían como pulgas transparentes de sus labios. El maestro surgía entonces entre las brumas del sueño abriendo una boca desmesurada, un disparate de boca, roja y aguda como morro de liebre, de la que los dientes salían despedidos tras una estela sangrienta. Bajo sus piernas aparecía, cojeando, el adivino. Morirás en el agua, le recordaba entre carcajadas monstruosas. Y la rueda de su risa se descarriaba sobre un pedregal produciendo un estruendo que despertaba a Aurelia, la frente cubierta de sudor en la alta madrugada.

Las noches en vela colorearon las cuencas de sus ojos con una sombra violácea. La madre dudó entonces entre la conveniencia de volver a hablar con el maestro o llevarla al consultorio para que el doctor la examinase, pero ante la negativa de la niña a visitar por segunda vez la casa de don Heliófilo, tomaron esta vez el camino escarpado que conducía al centro del pueblo, donde don Paco recibía a sus pacientes en un dispensario unido por un pasadizo a la casona solariega que era su hogar. El médico solo les dedicó cinco minutos. Le esperaba una operación ocular en el quirófano clandestino que había instalado en el sótano de su casa y no podía perder el tiempo con aquellas minucias. Acercó su oído al pecho desnudo de la niña, le

tomó el pulso, echó una breve ojeada a sus anginas y dictaminó que no le pasaba absolutamente nada. Es el crecimiento –agregó con displicencia–. Solo eso. Que tome infusión de hierbaluisa antes de irse a la cama y que duerma mucho. Los chicos tienen que descansar bien para seguir creciendo.

Cada noche Aurelia leía bajo las sábanas un nuevo pasaje de *Misterios del Universo*, convencida de que aquel vértigo que le apretaba las sienes era la prueba evidente de que su cerebro también sucumbiría al inexorable proceso expansivo. Dejó de jugar con sus compañeras de clase porque para qué, pensaba, iba a seguir dando saltos a la pata coja sobre una cuadrícula de tiza si nunca llegaría al Cielo. Atrincherada en su cuarto, tan solo salía a hurtadillas, cuando todos dormían, a contemplar el guiño vidriado de los astros. Que nada se mueva –suplicaba inventando una oración nueva cada noche–. Que todo se quede así, quietito, como siempre. Pero el mundo giraba muy a su pesar y el vientre de su madre crecía como pan leudado. Aumentaba la sudoración, los mareos, la hinchazón de las piernas, transmutadas ahora en monstruos fabulosos que la apartaron del telar y de la rueca. La última semana de embarazo la pasó en la cama, aquejada de unas fiebres que no se aliviaban con paños helados ni con friegas de alcohol de romero, en las que la madre deliraba llamando a su hermano Anastasio, muerto sin bautizar de un cólico miserere.

El padre se hizo cargo de la casa. Era un hombre de paciencia artesana, perteneciente a la minoría de los que araban la tierra en lugar de las aguas de aquel puerto de mar encajado en lo más abrupto de la costa. En las estribaciones de una colorida arquitectura de anfiteatro, más allá del molino y de los cobertizos, una franja de tierra fértil se repartía el acuífero que bajaba de las cumbres en una vena impetuosa a la que un azud de piedra quebraba el curso. Lo bifurcaba en dos ramas que remansaban en la acequia y de ahí fluían por el entramado de cauces de las huertas, jalonadas por una pizarra que permitía los riegos según la suerte adquirida en el reparto del agua. Cien metros por encima de las medianas, la arboleda crecía agolpada en rebollos con pretensión de bosque. Abedules, fresnos, rosales silvestres, un cerezo. Más allá, solo roca. Un inmenso pedregal de veta gris cuyos límites nadie había explorado jamás porque, a decir de los más ancianos, al otro lado moraba una culebra de piel de lima cansada de comer pardales. La única vía de comunicación era el mar y al mar se entregaban más de un centenar de pescadores cada amanecer desde hacía siglos; familias enteras sucediéndose en un solo hombre que ya nacía sabio en redes y anzuelos porque no había tiempo que perder en las guerras del hambre. La pesca era abundante. Sargos, sardinas, jureles; calamares si era tiempo de encender fanales y salir a rondar de noche; lapas y mejillones para los diestros con la

navaja; erizos de mar con los últimos fríos de marzo. Los domingos llegaban barcas de los pueblos cercanos y armaban el mercado en el puerto, que más que mercado era una romería como las que en verano celebraban en la plaza pero sin más comparsa que la banda de dulzaineros. Vendían salazones, aperos de pesca, boronas preñadas, roscas de manteca y anís en grano. Si era domingo de luna nueva, se dejaba caer por allí un fotógrafo ambulante que retrataba a las familias a cambio de una botella de orujo, pero bien añeja, que joven no da ni para avivar la lumbre, y todos vestían las ropas que guardaban en el fondo del baúl entre bolas de naftalina y malvas secas y se apretaban mucho para salir en la imagen con cara de alunados, y eso que esta noche el cielo será *tabula rasa*, se quejaba el fotógrafo ocultando la calva bajo el paño de la cámara. Pero los grandes hitos, aquellos que obligaban a los aldeanos a levantar la vista del surco o de los bancos de peces, venían determinados por la visita de los barcos de América, un eco del esplendor del puerto de la capital que salpicaba la cuenca de la sensualidad de otras orillas. Las naves de mercancías recalaban en aquellas aguas para rematar el género que no habían vendido en la ciudad, todo gracias a un célebre navegante emigrado a Brasil que, por razones del corazón, señaló su pueblo en la ruta de regreso. Los buques debían ejecutar complejas maniobras para entrar y salir de la bahía debido a la estrechez de su embocadura, pero a la nube de mercaderes que viajaba a bordo siempre le merecía la pena aquel alto en el camino porque en ningún otro lugar eran tan bien recibidos como en este. Aquí vendían los restos de la carga con el aliciente de que la ganancia era íntegramente suya, liberados de la gravosa tasa portuaria que imponía la capital al comercio de mercancías. Para ellos la aldea era un remanso de paz antes de levar anclas hacia América, un delicioso bocado de mar hincado en la roca donde se quitaban la alianza y jugaban a ser otros, acumulando registros ficticios en los libros de los hostales solo por el placer de soñar, porque nadie allí se preguntaba qué hacía un famoso pianista cubano vendiendo anillos de madera de coco, o un actor de cine mudo propagando a voz en grito las virtudes del jugo de guayaba. Si decían que eran hijos del virrey del Perú, así se les inscribía en el disparatado inventario de huéspedes.

Bajo la protección del farallón de piedra, se extendía el brochazo de tierra fresca que los aldeanos habían cuarteado para dar forma a sus huertas. Vainas, cebollas translúcidas, mazorcas de maíz. Brotaban las hortalizas de aquella tierra oscura de abonos con una fertilidad furiosa que plantaba cara al mar desde la altura. El padre de Aurelia era perito en surcos y siembras. Palpaba la tierra, reconocía su naturaleza caliza o ferruginosa y elegía las mejores semillas para cada tramo. Solo él discernía el runrún subterráneo de los topos hurgando en

busca de tubérculos y, gracias a ese talento, lograba reconducirlos por donde más le convenía. Sembraba según la faz de la luna e injertaba en función del viento y se jactaba de vivir de espaldas al océano de donde nada bueno habría de venir, decía, porque la suya era una familia de terrón, y, si no rompían el pacto, la tierra respondería a su fidelidad con la misma abundancia con que lo había hecho durante más de veinte generaciones.

Su mujer era diestra con los hilos. Tejía colchas y mantas que subastaba los domingos en el mercado en un rifirrafe de precios que no siempre arrojaban ganancia. Los huesos le sonaban a peine y a rodillo y, cuando ya cabeceaba de sueño sobre la urdimbre, Aurelia le reclamaba a gritos un cuento de buenas noches. La mujer improvisaba entonces una historia interminable de bosques, animales parlantes y jóvenes hilanderas que devanaban su huso de oro en la matriz de las fuentes. La niña escuchaba en silencio, transportada a ese otro mundo tan parecido al suyo pero tan diferente, que siempre la adormecía en el momento cumbre en el que el zorro echaba sus redes al mar y un pez dorado caía en la trampa. La mujer la abandonaba como a una corteza hinchada a merced de las aguas sin responder a la pregunta que Aurelia repetía, sonámbula, cada noche: quería saber si moriría el pez dorado. Al día siguiente la madre retomaba la historia en otro punto, en otro bosque distinto aunque semejante al anterior, donde los hechos acontecían de una nueva manera pero siempre desembocaban en un hermoso pez de escamas fulgurantes atrapado entre las cuerdas, y aquí los párpados de la pequeña caían a plomo, como si la sola presencia del pez inventara un narcótico, una nana de arenas movedizas imposible de eludir. La madre sabía que solo de ese modo el cuento no perdería interés para Aurelia, como tampoco lo haría para sí misma. Atrapada en la eterna hilatura de los días, en el gesto yermo de pellizcar el vellón y recomenzar la alquimia de la lana, aquel espacio de intimidad le devolvía a su propia infancia, cuando la lluvia se precipitaba sobre el limo verde de los charcos y ella corría a estallarlos con las botas de su padre, bosque arriba, y la noche la sorprendía descascarillando los árboles en busca de un picaporte secreto. ¿Volverá el pez dorado? Aurelia sabía que sí, que volvería mientras hubiese una noche más, mientras la rueda de la rueca siguiese girando en el altillo. Al alba sentía la percusión del pedal sobre las tablas del techo y ese repique le devolvía el hilo del sueño. La madre estaba despierta, como lo estaba también cuando los aguaceros amenazaban con desbordar el océano y ella le cantaba al oído que caiga la lluvia en esta tina para lavar el pelo de mi tontina; siempre fuerte, siempre viga maestra soportando el peso de la casa. Durante la última semana de embarazo su marido hubo de abandonar la huerta para cubrir su hueco en el hogar porque unas descargas

eléctricas le nacían del vientre y se propagaban sísmicamente hacia las caderas inmovilizándola de dolor. Él cocinó para Aurelia un alimento basto pero nutritivo, sacó a pastar a las cabras que andaban huidizas como si presagiasen tormenta y ni ordeñar se dejaban, y recogió la fruta madura que oscilaba en las ramas de los árboles al filo de la podredumbre. Apenas dormía. Solo lo imprescindible para templar su ánimo, de naturaleza débil, y no vagar sonámbulo por las alcobas de la casa. Al contrario que la madre, el padre era un hombre de humores melancólicos. Tras hacer el amor, tumbado boca arriba sobre el catre de lana, le confesaba angustiado que ella era su faro en tierra, y la mujer se acurrucaba en el hueco cálido de su axila y le llamaba charlatán con una sonrisa, sin dar crédito a unas ternezas que en realidad eran súplicas. Pero en el fondo de su alma, sabía que su hombre no mentía.

EL PARTO FUE DE MADRUGADA. La madre profirió un grito desgarrado que despertó al unísono a Aurelia y a su padre. Ya está aquí, apretó los dientes. Llamaron a la matrona, que se levantó rezongando en mitad de la noche. Por tratarse de parto nocturno le cobraré el doble, advirtió. El padre asintió, nervioso, mientras instalaba en el cuarto todo lo que la mujer le había pedido: una palangana, una jarra de agua, un cordón fino, un frasco de verbena y un crucifijo de plata. Tres vecinas acudieron a los gritos del padre para ayudar con los preparativos y rezar a coro los responsos. Eficaces y silenciosas como aves nocturnas, en un momento ordenaron el cuarto, dieron de beber a la madre unas gotas de cola de caballo y prendieron el brasero. En el silencio gris de la madrugada únicamente se escuchaba el frufrú de sus polainas acompañando la respiración de la parturienta. Fueron aquellas aves precavidas quienes echaron a Aurelia de la alcoba con la promesa de que sería la primera en ver al recién nacido. Tú le darás el azote, le aseguraron. Desde la cama, la madre trató de sonreírle entre dos olas de dolor. Después te cuento una historia, musitó.

La niña salió a la huerta, donde una luna creciente velaba los sembrados. A través de la cortina de grillos se filtraba el bramido del mar, multiplicado en la gigantesca caracola que era la aldea a esas horas. Se recostó bajo la higuera y la brisa esparció a su alrededor un aroma a fruta madura que le hizo entornar los ojos de puro cansancio. Lo último que vio antes de caer dormida fue el rostro albino de una lechuza ululando en la rama más alta. Después las puertas del sueño cedieron lentamente y al otro lado apareció la alcoba de sus padres, iluminada por una lámpara de aceite que parecía el vientre de un pájaro. La madre descansaba tendida en la cama, fatigada. A sus pies, el padre sostenía un bulto envuelto en una frazada de tela del que nacía un quejido. Levantó la vista y descubrió a Aurelia clavada como una estatua de cera en el umbral de la puerta y le hizo un gesto para

que se acercara. La niña dio unos pasos deteniéndose a dos metros de su padre y del bulto de lino que imaginó era su hermano. Bésale, le ordenó. Aurelia obedeció con reticencia. Toda la habitación olía a algo orgánico, a un caldo espumado de cutículas y vísceras que enrarecía el aire. Al inclinarse sobre el fardo distinguió al fin el óvalo de su cabeza, pequeña y amoratada, los bulbos irregulares de sus ojos hinchados como brevas. Besó aquella frente inerte y sintió que sus labios se adherían dolorosamente al hielo. El llanto del padre era ahora inconsolable. Aurelia lo miró angustiada y, en ese instante, despertó.

La lechuza ya no estaba allí. Tampoco la habitación en penumbra, pero el lamento del padre continuaba escuchándose a este lado de la realidad. Las luces de la casa se fueron encendiendo una a una y ella permaneció en silencio confiando en que de ese modo lograría esquivar la amenaza. Imaginó a la Muerte picando tres veces a la puerta con la punta de su guadaña, tal y como le había explicado el cura. Tres veces. Imaginó a su padre abriéndole la puerta con el niño en brazos, sorprendido por lo inesperado de la visita, mientras la Muerte le sonreía con sus dos hileras de dientes perfectamente pulidos y le pasaba la mano huesuda sobre la nariz para robarle el aliento. Una voz de mujer gritó su nombre: ¡Aurelia! La estaban buscando. Se levantó como un ángel aplicado y ascendió lentamente las escaleras que conducían a la alcoba de la madre, dispuesta a enfrentar la imagen del bebé helado. La puerta estaba entreabierta y la primera figura que distinguió entre las tinieblas fue la de don Paco lavándose las manos en una jofaina. Lo hacía con un celo excesivo, frotándolas una contra otra como si estuviesen impregnadas de grasa de ballena. Bajo la luz de las velas, el agua de la palangana era una mancha oscura que recordaba a la pez, un color que Aurelia solo había visto en el parto de las cabras, cuando el padre cortaba de un tajo el cordón umbilical de la cría y una placenta negra le resbalaba entre los dedos. Así huele la vida, le decía.

Las mujeres iban y venían sin rumbo, removiendo el aire pestilente de la alcoba con sus sayas como un hatajo de gallinas descabezadas. Una de aquellas faldas barrió el rostro de Aurelia. Nadie se había percatado de su presencia pese a que había escuchado claramente el grito que la requería. Su padre lloraba sentado a los pies de la cama sosteniendo una frazada de la que brotaba un vagido de cordero. Sobre el mismo lecho, un poco más arriba, su madre yacía con las piernas desmayadas a ambos lados del colchón, rociadas por el reguero de su propio jugo, el vientre abierto como una sandía, los ojos de cuco cerrados en un gesto pacífico que contradecía la violenta secuencia de su abdomen. Estaba muerta. La guadaña había picado tres veces a su puerta, pero no le había robado la respiración al niño

sino que se había llevado el aliento ahogado de la madre, la tejedora de redes, la hilandera, la fabuladora. Le había abierto la tripa con su cuchilla lunar de un solo tajo, como el indio hizo con el sargo. Nunca conocería una tristeza semejante a la del barro turbio que ahora amenazaba con sepultarla, como si la explosión de aquel dolor hubiese dinamitado algún dique que no habría de restablecerse jamás. Su propio cordón umbilical, el hilo que aún la unía a aquella mujer despedazada, comenzó a pudrirse al contemplar la miseria del vientre en el que un día se sintió a salvo. No tuvo tiempo de adivinar su futuro en el remolino rojo de las entrañas de su madre –aunque pensó que sería en él y no en la tripa de un pez donde su suerte estaría escrita– porque una mano de mujer, rápida y solícita ala de pájaro, cayó como una venda sobre sus ojos tratando de impedir la visión del horror. Demasiado tarde. Ahora ya sabía cómo acababa el cuento.

ENTERRARON A LA MADRE una tarde tan soleada que a nadie le pareció adecuada para un funeral. Sobrevolaban las gaviotas el ataúd cuando aquel cura encorvado, de cuencas hundidas y labios finos, que era don Serafín agitó el hisopo de agua bendita sobre la zanja. Aurelia observaba la escena con una distancia que a todos extrañó. La niña está alunada, susurraban las vecinas. Debe haberse quedado tonta de la impresión, la pobrecita.

El padre era un gigante cerúleo, barba de días, ojos deformados por el llanto, al que varios hombres habían enfundado en un traje negro dos tallas más pequeño. Asentía en silencio a todos los pésames, aceptaba sin enojo los llantos de las plañideras y ofrecía su mano mortecina a quien la requería sin oír ni besar verdaderamente a nadie. Ligeramente desplazada del séquito fúnebre, la matrona sostenía al bebé envuelto en una mantilla negra. Ha perdido a su madre así que él también debe vestir de luto, se justificó. Tras mostrar sus condolencias a Aurelia y a su padre, los asistentes se acercaban al bebé y susurraban palabras de consuelo en el cartílago aún tierno de su oído. Alguien dijo que parecía un ángel vestido de negro.

La matrona los acompañó de regreso a casa. Una vez allí, el padre subió en silencio las escaleras y se encerró en su alcoba. En el aire flotaba aún un aroma a placenta acrecentado en la penumbra; por la rendija de una de las ventanas de la cocina se colaba una débil luz en la que parpadeaban partículas de polvo. La matrona suspiró como quien se dispone a leer la página inicial de una larga historia y, por primera vez, dejó al bebé en brazos de Aurelia. Le explicó cómo debía sostenerlo, alimentarlo, asearlo; le aconsejó calma ante el llanto y alerta ante la fiebre; le enseñó artimañas para dormirle como a un bendito. Por último, pasó una mano compasiva por los cabellos de la niña. Ahora eres la mujer de la casa, le dijo. Tienes que ser fuerte por los tres. Tu padre tiene el corazón roto y ese mal tarda en curarse. Y

sonrió con un rictus mecánico antes de anunciarle que le enviaría una nodriza a dos monedas por leche.

Salió de la casa con paso firme sin girarse ni una sola vez para contemplar la imagen de aquella niña que sostenía, hierática, el bulto de su hermano. Aurelia sintió que una repentina catalepsia se había apoderado de su cuerpo. El bebé se contrajo en un movimiento similar al desperezarse de los lechones, pero ella continuó rígida, transformada en una escultura de hielo que ostentaba una postura extraña a medio camino entre lo maternal y la repugnancia. Sopesó la posibilidad de arrojarlo al suelo. Imaginó al pequeño asesino rompiéndose en mil pedazos como esos jarrones de porcelana china que porteaban los mozos de cuerda y que a veces resbalaban de las carretas haciéndose añicos contra las piedras. Bastaría, pensó, con barrer los fragmentos minuciosamente para reanudar la vida que él había interrumpido. Correría después al puerto a jugar con Iria a la rayuela como si todo hubiese sido un mal sueño; Merlina le trenzaría helechos sobre la frente repitiéndole, muy seria, aquello de yo te corono reina de este bosque, mientras ella sonreiría sin pensar en la porcelana estallada de su hermano, tan fastidiosa.

La sangre reanudó el ritmo circulatorio por sus arterias y al fin pudo mover un brazo, después una pierna, los dedos de los pies y de las manos. Su cuerpo entero recobró paulatinamente el calor y con él la sensación suave de la epidermis de su hermano en contacto con la suya. Al mirarle a los ojos el vello se le erizó. Eran de cuco, idénticos a los de su madre, a tal punto que le pareció que esta le devolvía una mirada reprobatoria desde el más allá a través de aquellas pupilas. Lo siento, mamá, se excusó con un hilo de voz. Lo siento, de verdad que lo siento. Comenzó a llorar desesperadamente, el rostro arrugado en una máscara de dolor que no podía arrancarse. Sintió una vergüenza infinita al comprobar que un pedazo de su corazón se había necrosado y tuvo la certeza de que aquella pérdida sería irrecuperable. Y a pesar de ese fragmento de hielo incrustado en alguno de sus ventrículos, en sus más íntimas querencias, Aurelia se juró que sacaría adelante a aquel niño que buscaba, ansioso, su pecho. Lo haría por su madre. Por el pez dorado.

EL AMA DE LECHE llegó unas horas más tarde, cuando el pequeño comenzaba a retorcerse de hambre en la cuna que Aurelia había improvisado en una vieja maleta. Era una muchacha sonrosada, de pechos generosos, alegre. Apenas tendría veinte años y su nombre, Esperanza, le pareció un presagio de que tiempos mejores habrían de venir. No podían pagarle más de tres amamantamientos al día, así que el resto del tiempo Aurelia entretenía el ansia del pequeño introduciéndole en la boca un trapito empapado en agua de maíz. El bebé, de naturaleza sosegada, dormía durante horas. Era el llanto del

padre el que la desquiciaba. Mientras Aurelia acunaba al pequeño, aquella letanía se filtraba entre las tablas del piso superior anegando la casa de tristeza. Mi padre se ha perdido en un bosque, le confesó un día a Esperanza. Y recordaba un capítulo del cuento infinito que su madre fabulaba cada noche, aquel en el que un muchacho se aventuraba en la espesura y el entramado de árboles le confundía borrando sus huellas con un manto de hojarasca, retorciéndole los caminos en un laberinto del que ya no conseguiría salir. En este punto la transmutación del niño en árbol era inevitable: el musgo le germinaba la piel, sus pies echaban raíces y los turpiales anidaban en su cabello. Finalmente, olvidaba su nombre. Cuando un hombre olvida cómo se llama, decía su madre acariciándole una mejilla, ha perdido para siempre el hilo de su vida. Esperanza asentía sin comprender aquel galimatías. El único bosque que ella conocía era el abedular que coronaba el pueblo con su hilera de cortezas blancas, y allí nunca se había perdido nadie porque no era tan honda la espesura ni tan sinuosos los caminos. Precisamente por aquella simplicidad, la nodriza fue una bendición para Aurelia. Cuando irrumpía en la cocina con su gesto jovial y aquel olor íntimo a leche fresca, la niña sentía que el saco de piedras que cargaba sobre la espalda mudaba en jergón de plumas. El bebé se agarraba a su pecho con ímpetu y de lejos se notaba que gustaba de aquella leche que Aurelia intuía más nutritiva que la de las cabras. Pese a su juventud, Esperanza llevaba casada varios años con Joaquín Candelas, un pescador de calamares que faenaba al anochecer pertrechado de farol, caña, salabre y señuelos. Como trabajaba por la noche y dormía por el día solo se cruzaban en las horas bisagra entre la luz y la oscuridad. Durante los amamantamientos Esperanza le confiaba a la niña los aconteceres del mundo exterior, tan ajeno al discurrir cotidiano de la casa. Le hablaba de los barcos que arribaban procedentes de Brasil, Cuba, Argentina; de los viajantes que vendían ámbar y sales de frutas; del estado de ánimo del mar, parejo al de los marineros. El otro día su marido había pescado un calamar gigante que había vendido por piezas en la lonja a precio de capricho. Una señorona había llegado a la aldea en la barcaza de la capital junto a cuatro muchachitas tan pintarrajeadas que muchos pensaron que se trataba de una comparsa de carnaval. La mujer, que se daba aires de archiduquesa, concertó una cita con el alcalde y días después inauguró una pensión en el puerto donde se rumoreaba que no solo ofrecía guisos y camas mullidas, sino que los huéspedes, casi siempre masculinos, recibían por las noches otro tipo de agasajos. En este punto Esperanza caía en la cuenta de la candidez de su interlocutora y detenía su discurso para revolverle el pelo, enternecida, y retomar con más fuerza su frívola retahíla de novedades. El viejo Dionisio, el farero, continuaba buscando a la

sirena aquella que, según decía, avistó más allá del islote del Tomillar cuando era patrón de barco, tan obsesionado con aquella belleza oceánica que hasta llegó a organizar una batida con cuatro muchachos para encontrarla, aunque lo único con lo que se toparon fue con un tonel de vinagre lleno de alcaparras. Don Serafín andaba molesto por la falta de fe de su pueblo. Los domingos tenían más éxito las plegarias de las muchachas en la pensión que las suyas en el púlpito –reía socarrona– y por eso las tiene atravesadas. Aurelia escuchaba con atención estas y otras historias que le resultaban más lejanas que las fábulas de animales parlantes que la adormecían hacía tan solo unas semanas. Presentía que aquella casa, toda la aldea en realidad, se había convertido en su propio laberinto. Por las noches, cuando el padre al fin lograba conciliar el sueño y su lamento se convertía en un débil ronroneo, agitaba las manos en el aire y casi podía sentir entre los dedos la ausencia de algo que no acertaba a nombrar y que tal vez fuera la magia.

ESPERANZA REPARTÍA EL MANÁ de su cuerpo entre aquel niño y su propio hijo, un bebé grande y risueño al que había bautizado Samuel. ¿Cómo se llama tu hermano?, le preguntó un día a Aurelia mientras el pequeño succionaba sus pezones. La niña cayó en la cuenta de que nadie se había ocupado de ese detalle, que a todos debió parecer insignificante, y el bebé tardó tres meses en ser nombrado. Fue don Serafín quien la conminó para que acudiese a la iglesia a borrar de la frente de aquel infeliz el feo estigma del pecado original. Si ahora muriese iría directo al Limbo, que es una especie de Nada donde van a dar los niños que no han sido bautizados y ya nunca saldría de allí, le advirtió levantando la antorcha de su índice.

Aurelia empujó la puerta de la alcoba del padre y los goznes chirriaron largamente. Lo encontró tendido boca arriba sobre el catre, convertido en un costal oscuro que respiraba por inercia sin variar de posición. Llevaba meses encerrado en aquel cuarto. La comida le repugnaba. Se negaba a cambiarse de ropa, a ponerse delante de un aguamanil para afeitarse una barba de sarraceno que se deslizaba por la sábana hasta rozar el suelo y, donde antes brillaban sus ojos, ahora deslucían dos vidrios nublados. El cuarto olía como si un animal se estuviese pudriendo bajo el catre y la niña tuvo que cubrirse la nariz con un pañuelo para contener la náusea. Papá, apenas alzó la voz, ¿qué nombre quieres ponerle al bebé? El padre dio media vuelta en la cama y sus huesos crujieron como una brazada de cañas secas. Aurelia se quedó esperando una respuesta bajo el dintel, pero solo percibió una leve variación en el ritmo pedregoso de su respiración. Al cabo de un rato, se fue.

Le llamó Valentín. De pie ante la pila bautismal recordó las palabras de aquel brujo y el nombre le pareció apropiado y muy del

gusto de su difunta madre. Al bautizo solo la acompañó Esperanza, que apareció en la iglesia con Samuel en brazos no fuera a ser que una astilla de aquel pecado horrible perviviese en alguna de sus células. Váyanse tranquilas que ya son blancos como los ángeles, las tranquilizó don Serafín. De vuelta a casa, Aurelia miró a su hermano de un modo distinto. Valentín, dijo en voz alta. Y repitió, Va-len-

-tín, paladeando cada sílaba del nombre recién estrenado, reconduciendo con la lengua la bocanada fresca del porvenir. El niño sonrió por primera vez, su torrente sanguíneo entrelazándose con el de su hermana, y Aurelia deseó poseer unos pechos como los de Esperanza, redondos pozos de manteca capaces de sofocar el hambre. Se llamaba Valentín y ella lo protegería de la galerna con su propio cuerpo si fuera necesario. Yo te cuidaré siempre pero no te vayas, le rogó en voz baja. Nunca, nunca, nunca. Valentín rio de nuevo, ajeno al peso de las palabras, de los apegos y su amoroso ahogo, tratando de rozar con una mano la punta húmeda de su nariz.

TRAS MESES DE ASISTENCIA ENTRECORTADA, al fin abandonó la escuela. Era absurdo continuar memorizando listas interminables de reyes o sistemas montañosos cuando una criatura requería de su celo. Ella misma le comunicó su decisión a don Heliófilo. El maestro la escuchó con detenimiento y, tras analizar la situación, aceptó su renuncia. Al fin y al cabo, concluyó resignado, iba a acabar como todas las mujeres del pueblo: rezando el rosario, tejiendo redes o vendiendo pescado. La invitó a visitarle cuando lo necesitase. Él siempre pasaba las tardes en casa, leyendo hasta quemarse las cejas, bromeó. Si te surge alguna duda sobre arte o astronomía ya sabes dónde está mi salón de té. Apenas pronunció estas palabras se sintió nuevamente estúpido. Aquella muñeca grave, convertida en madre precoz de un bebé y de un hombre melancólico, vivía al margen de órbitas y estrellas, bastante tarea tenía con sobrevivir. Pero se equivocaba nuevamente en sus apreciaciones. Aurelia no había dejado de pensar ni por un instante en la expansión desgarrada del Universo a la que, de algún modo, culpaba de la muerte de su madre. Se le escapó el alma por la tripa –martilleaba su pensamiento–. Si hubiera encontrado la manera de retenerla aún estaría aquí, cuidándonos a todos.

Una tarde reunió las fuerzas necesarias para subir al altillo. El aire parecía haberse solidificado en aquel templo que le resultó excesivamente grande y desolado, una iglesia olvidada por sus fieles en la que lo sagrado permanece intacto: la rueca detenida en una esquina, con su rueda y su devanadera pendientes de la última vuelta de hilo; decenas de ovillos de lana fina aborregados unos contra otros, la labor inacabada de lo que parecía iba a ser una mantilla nupcial, el

peine suspendido. En el telar, una manta con la trama a medio urdir que alguien había encargado para sobrevivir al invierno. Objetos sin alma a la espera del soplo de unas manos hábiles que los rescatasen para la vida. Aurelia se adentró en la estancia. Crujió la madera denunciando sus pasos, pero el silencio del taller no la arredró. La rueca chirrió al tacto de sus yemas. Recorrió con dos dedos el curso del hilo y comprobó que aún mantenía las constantes vitales del animal que había sido. Tenso, vibrante. Una avispa trazó una línea de polen en el aire. Se detuvo sobre el cordel por el que caminó dando breves saltos hacia la cuadratura contigua del telar. Los ojos de la niña se iluminaron. En aquel cuarto sumido en la penumbra, donde la ausencia amenazaba con reventar las paredes, acababa de hallar la solución al desastre de la deriva universal como quien encuentra la aguja en un pajar. Tengo que atarlo todo, casi gritó. Tengo que atarlo todo antes de que sea demasiado tarde.

CARGÓ EN UNA CARRETILLA desportillada los vellones de lana de esquila que su madre almacenaba en el establo y los subió al altillo con la fuerza inesperada de una hormiga que alza con su mandíbula la mole de una miga de pan. Desde la maleta donde lo habían acomodado, Valentín trataba de enfocar la figura fugaz de aquella hermana que revoloteaba a su alrededor empeñada en sacudir el polvo de un descomunal almiar de lana. El pequeño estiraba sus manos hacia el techo, las movía torpemente en el aire, acompañando así un incesante balbuceo que a ratos se confundía con el arrullo de las palomas que anidaban entre las vigas del establo. Aurelia engrasó la rueca, afinó los pedales, puso a punto los husos amontonados en una caja de madera junto a carretes de hilo de bramante, dedales y otros útiles de costura. Observó sus manos de niña, hasta hacía poco dedicadas exclusivamente al juego, a sacudir la comba con más ganas que habilidad, a acunar muñecas de porcelana china adquiridas con los ahorros que la madre atesoraba en un bote de azúcar de remolacha; muñecas nobles a las que servía tazas de jugo de hiedra sentada en una tayuela, y aquellas manos menudas le parecieron capaces de acometer la titánica tarea del anclaje.

Comenzó a hilar. Nadie le había enseñado la técnica, pero recordaba vagamente los movimientos de su madre sobre la rueca, la destreza en el proceso alquímico de la hilatura. Esa mecánica debió grabarse en algún pliegue de su cerebro que ahora se extendía, radiante, como una sábana al sol; o tal vez el arte del hilado le había sido transmitido como una herencia arcana impresa en sus genes. Su madre había sido hilandera al igual que su abuela, su bisabuela y un sinfín de mujeres cuya rama de ceniza se perdía en la noche de los tiempos. Quizá el secreto era tan simple como recobrar la memoria de

varias generaciones. Desechó el huso por parecerle demasiado lento. Prefería la rueca, ese engranaje en cuya silla se acomodó con los pies colgando en el vacío. Presionó el pedal con la punta de los dedos y la rueda giró en el sentido de las horas, retomando la guía que la madre había enrollado con una lana cardada y limpia que parecía esperarla desde hacía siglos. Creaba la órbita pero era una niña, la máquina debía notar la diferencia, y temió que la rueca tirase de la correa del tiempo convirtiéndola en una anciana antes de acabar la primera madeja, pero esta amenaza no la detuvo. Continuó oprimiendo el pedal, retorciéndose la lana en un hilo grueso que adquiría volumen en la bobina; una cuerda trenzada capaz de atar todo lo amado –y la mano dominante le tembló de ansia–, de frenar en un quiebro el capricho expansivo del Universo.

Hiló durante meses poseída por un impulso febril. De vez en cuando hacía recuento del montón de madejas que acumulaba en una esquina y se decía que aún no era suficiente. Había tantas cosas que salvar… Tantísimas. Durante aquel tiempo el tesón desplazó a la tristeza y esa dislocación de sentimientos supuso un consuelo para ella. Incluso en algunos momentos llegó a olvidar que su madre estaba muerta y a punto había estado de gritar su nombre porque se le había atascado el hilo en el volante o Valentín lloraba hostigado por los insectos.

Al principio el padre solo abandonaba su cuarto para aliviar la vejiga en la huerta o dar un bocado a cualquier cosa que encontrase por el camino. Después dejó de molestarse en orinar sobre la tierra y lo hizo por la ventana, a veces ni eso. Ya no lloraba. Únicamente algunas noches murmuraba una letanía incomprensible que oprimía el corazón de la niña con su bota de plomo, robándole las pocas horas de sueño que la hilatura le concedía. Aquel hombre del color de la lluvia, con su barba gris que ya le llegaba al suelo en posición erguida, se había convertido en un extraño para ellos, un fantoche parapetado en la cueva más profunda del bosque, desde donde extendía unos brazos que caían, curvos, sobre la vereda.

SACABA AL NIÑO A LA HUERTA cada mañana para que el sol sanease aquella piel tan blanca que la leche de Esperanza cuajaba como la nata. A veces le acercaba puñados de hierbabuena a la nariz para educar su olfato en el conocimiento de los aromas de la tierra y Valentín reía tratando de lamer el manojo de hojas frescas con su lengua rosada. Otras, dejaba que el ganado atorase sus fosas nasales con el olor pastoso del estiércol hasta provocarle el llanto o una crisis de estornudos. Aurelia permanecía a su lado, impasible, porque sabía que el único camino al margen del senderillo endeble de su padre pasaba por acostumbrarse a las contradicciones de este mundo. Algunas tardes sus amigas visitaban la casa pertrechadas de comba, tacitas de loza esmaltada y muñecos de trapo con ojos de botón y

nariz de bigudí que desplegaban sobre el suelo de la cocina siguiendo un mapa preestablecido. Mientras ellas discutían sobre el orden de los elementos –siempre Iria rompiendo las reglas para introducir alguna apetencia de última hora que Merlina acababa por aceptar, enrojecida y rechoncha niña paciente– Aurelia posaba sobre la trébede un puchero de chocolate con picatostes espolvoreado de canela. En otros tiempos era la madre quien se ocupaba de prepararles la merienda mientras ellas corrían arriba y abajo persiguiendo una lagartija o ciñéndose coronas de hojas de laurel sobre la frente. Le gustaba aquel bullicio a la madre. No quería que Aurelia aprendiese a hilar hasta que fuese adolescente. Tenía que vivir su infancia con plenitud, no como ella que había nacido torciendo lana y torciendo lana habría de morir. Por eso le alegraba el trajín de las niñas, aunque a veces rompiesen una taza o desconchasen las palanganas, esas lagunas blancas donde mortificaban a unas ranas obstinadas en no convertirse en príncipes a pesar del aluvión de besos que les daban en la panza. Os saldrán verrugas en los labios, las reprendía sin escándalo, y les servía las jícaras de chocolate espesado con maíz en la huerta, si era verano, o en la cocina, en invierno. No imaginaba Aurelia que poco tiempo después sería ella quien removiese la chocolatera sobre las ascuas, algo que hacía con torpeza, como todo lo concerniente al hogar en aquellos tiempos a los que no hubiese sobrevivido sin los guisos que Esperanza le dejaba en la alacena.

En cuanto Aurelia se daba la vuelta con la bandeja en las manos descubría que Merlina había disfrazado al bebé con un trapo de colores y que entre las dos lo zarandeaban cantándole a coro que era el chiquilín de la casa pero más le hubiese valido nacer ternero, y repetían la estrofa sin dejar de reír. Valentín se dejaba hacer con una docilidad complaciente. Comía sin rechistar las papillas imposibles que las niñas le preparaban con harina, agua y flores de malvavisco; bebía el jarabe que extraían de la pila de lavar la ropa asegurándole muy seriecitas que curarían sus dolencias, e incluso les permitía que le desenvolviesen el pañal de lienzo y observasen con inquietud de cirujano su pequeño apéndice. Aurelia irrumpía en el centro de la cocina poniendo el grito en el cielo al descubrir a su hermano vestido como un polichinela. ¿No veis que es un niño de verdad? ¡Sois unas crías! Una arruga adulta fruncía su ceño y las niñas se iban murmurando que Aurelita se había convertido en una vieja amargada, que mejor sería buscarse una nueva compañera de juegos que no se quejase por todo. Y que tenga una madre viva que prepare el chocolate bien rico, apuntillaba Iria caminando de puntillas para darse un aire a las bailarinas de los cromos que su padre coleccionaba y a las que todo el mundo le decía que se parecía con sus ojitos rasgados y aquella boca de cereza.

Esperanza se convirtió en el único cuerpo cálido al que podía arrimarse para espantar el frío de aquella soledad que invadía la casa. Cargaba a Samuel sobre la espalda, envuelto en una frazada larga de tela, y así alternaba los amamantamientos de las dos criaturas sin dejar de remendar redes o componer las lonas de su marido. Hacía tiempo que Aurelia no podía pagarle las dos monedas por leche, pero a ella no le importaba porque Valentín ya le era propio. Reconocía su particular manera de succionar el pecho, con los labios carnosos dibujando un aro que a Esperanza le parecía el besamanos de un marqués, nada que ver con la rudeza de su hijo que de pura glotonería casi le arrancaba el pezón con la boca. Este ha salido a su padre –reía–. Tan bruto como él.

Una tarde, cuando la nodriza ya había recogido sus senos y salido de la casa dejándole a Aurelia un plato de lentejas sobre la mesa, la niña escuchó un tumbo de pasos en la escalera. Aparecieron dos pies descalzos sobre los peldaños, los talones descarnados y unas uñas de águila que le hicieron dar un respingo; después las piernas enflaquecidas al extremo, el torso desnudo en el que podían contarse las costillas una por una; finalmente, un rostro masacrado por el ayuno pero sin barba, que arrastraba metida en un saco tras haberse afeitado con una tijera de podar rosales. Se miraron con asombro, sin conseguir restablecer la imagen que del otro conservaban en la memoria. Aurelia había crecido más de un palmo durante aquel año, tiempo suficiente para que su rostro se definiese en una frente amplia y unas mejillas redondas y saludables. El padre, en cambio, había envejecido mal. En su rostro podían leerse los estratos del sufrimiento y su pelo había encanecido por completo. Aun así, se esforzó por gesticular algo parecido a una sonrisa y, por primera vez en mucho tiempo, se dirigió a ella con un acento rasposo. Prepara la harina que voy a hacer pan, dijo.

De camino al granero, a Aurelia le temblaron las piernas como si hubiese visto a un resucitado. El padre había salido de su letargo después de cuatro estaciones vagando por los páramos de la muerte. Algo dentro de él había elegido la vida y ahora estaba en la cocina, apostado junto a la mesa de madera de castaño, dispuesto a amasar el pan de cada día como en los viejos tiempos. Habían pasado tantos meses sin escuchar su voz que le sorprendió que no hubiese perdido el habla.

HUBO DE AMASAR MUCHOS PANES antes de que su mirada recuperase un brillo remotamente parecido al de antaño. Su cuerpo se reconcilió con la frescura del agua, que borró de su piel la huella de un sudor enfermo. Llamaron al barbero para que le recortase la melena y Aurelia restregó su ropa en la pileta siete veces seguidas. El olor de la tristeza toma tintes nauseabundos cuando se reconcentra y aquellas

camisas tenían cercos de desamparo difíciles de disolver con una pastilla de jabón de sosa. El padre readquirió hábitos familiares desterrados de su vida. Guisaba para los dos, comía sentado a la mesa y una mañana, al despuntar el sol sobre los riscos, volvió a trabajar la huerta. Hincado de rodillas, acercó su oído al terreno y comprobó que no había perdido su capacidad de escucha. Allá abajo bullía un tropel de hormigas rojas, dispuestas en una hilera que daba tres vueltas a la finca, y los topos yacían enredados en la selva de raíces secas que enmarañaba los terrones. Tomó una azada y recomenzó la labor allá donde la dejase un año atrás, cuando la desgracia aún no había vencido el tejado de su casa. La tierra recibió el primer tajo con alegría. La huerta despertaba a los envites y lo hacía dispuesta a la germinación. Sigo vivo, pensaba el padre a cada golpe de azada. Y sudaba, y apretaba los dientes. Sus músculos exánimes se tensaban de nuevo, reanimados por aquel furor insólito. Sigo vivo, repetía.

Tan solo fue inflexible en su rechazo a Valentín. No soportaba la visión de aquel hijo parricida al que procuraba evitar siempre que se le acercaba gateando en busca de un rastro del olor paterno. Aurelia sufría este abandono en su propia piel. Dale tiempo –le aconsejaba Esperanza–, que la sangre es más fuerte que nada en este mundo. Tarde o temprano acabará por reconocerlo como suyo. Pero el padre no quería ver los ojos de su difunta en las cuencas de Valentín y, si alguna vez le miraba de soslayo, una nausea ácida le trepaba por el esófago llenándole la boca de vómito. El vientre abierto al relente de la madrugada regresaba entonces a su retina, la cabeza del crío cubierta de restos de placenta, el horror de aquellas manitas removiéndose entre las vísceras. Vete, animal, vete. Y lo apartaba con un pie como a un gato tiñoso.

Con el padre de regreso a la vida, Aurelia pudo dedicarse al hilado con mayor tenacidad. Cada amanecer, el primer riego ponía en marcha el engranaje cotidiano. El hombre amasaba el pan, encendía la lumbre hasta conseguir ascuas para hervir el puchero y dedicaba el resto del día a la huerta, verdadera extensión de su epidermis. Aquellos tomates rojos como rubíes que solo él conseguía arrancarle a la tierra parecían nutrirse de su propia sangre, las judías nacían aterciopeladas como lóbulos de oreja y las cebollas encerraban entre sus láminas una vesícula translúcida que se alimentaba por ósmosis de su propia tristeza. Hasta el tacto áspero de las hojas de la higuera guardaba simetría con su barba de dos días. Cuando hundía las manos en la tierra podía sentir el pálpito de las nuevas raíces escarbando sima abajo en busca de humedad. Cuitadicas, qué sed habréis pasado, susurraba acercando la boca al surco. Y su aliento hinchaba los tubérculos porque el padre era la tierra y la tierra era el padre y, aunque años después sus hijos se hicieron cargo de la siembra con

cierto éxito, nunca la huerta volvió a experimentar la fertilidad furiosa de aquel tiempo.

EL VERANO FUE DESDORÁNDOSE entre la hojarasca. Andaba rizada la mar sacudiéndose la flota y entraba poca pesca, así que los aldeanos debían conformarse con recoger los moluscos adheridos a las rocas sin perder de vista la mala intención de la galerna. Unos metros más arriba, en la falda terrosa de la montaña, los hombres que vivían del cultivo se preparaban para recibir el otoño agitando sus ristras de nueces, avellanas, castañas e higos en los puestos del mercado, aún más resplandeciente la cosecha si coincidía con una merma en la pesca. No hermanaban marineros y labradores, y la desgracia de unos era a veces bien recibida por los otros, aunque ese día tocase comer un cubo de lapas secas o un puchero con más agua que compango.

Aquel año se dieron bien las calabazas y parte del mes de octubre la pasaron sentados junto a la puerta del granero, vaciándolas de una pulpa densa y almizclada con la que Esperanza hirvió para ellos más de treinta ollas de confitura. Valentín aún succionaba su pecho con fruición durante aquellas tardes de lluvia en las que la nodriza les ayudaba en las tareas de la cosecha. Le pagaban lo que podían, que a veces era un canasto de nueces, otras de higos. Pero por raquítico que fuese el sueldo, la muchacha regresaba cada tarde con la misma energía, la melena ondulada desafiando al primer viento frío de la estación y el pequeño Samuel colgado a su espalda. El padre la recibía con una sonrisa y la piel leñosa de su rostro reverdecía un instante viéndola apartarse el pelo para mejor esfoyar las mazorcas con unas manos carnosas, sin anillos, porque todos le apretaban, se lamentaba, y al poco doblaba el ritmo de labor tarareando algún son de navío aprendido de Candelas.

Apilaron las calabazas huecas en un rincón de la despensa. Cuando sequen haremos sementeras, anunció el padre. Valentín gateaba sobre la colcha de vainas crujientes de las panochas; arriba, abajo, el roce de las cáscaras se repetía y una baba feliz le caía de la boca al emitir un gorjeo que a todas horas arrastraba por la casa. Una tarde, Aurelia observó de soslayo cómo el padre golpeaba con el pie una calabaza en dirección a Valentín. La esfera anaranjada rodó con desigualdad hasta alcanzar las rodillas del niño, que se la devolvió empujándola por el suelo como un escarabajo. El hombre hizo entonces algo insospechado. Tomó una castaña pelada de un canasto, la masticó hasta reducirla a una pasta ocre y, en un movimiento inconsciente y primitivo, la introdujo en la boca del pequeño que la deglutió arrellanado contra su pierna. El padre le dejó hacer mientras acariciaba por primera vez la pelusa avellana de su cría. Cuitadico, cuitadico. Escondida tras la puerta, Aurelia contempló la reconciliación con el corazón dolorido de alegría. De la huerta llegaba

un aroma a madera fermentada que diluía cualquier frontera entre la casa y el bosque.

CON LA COSECHA de manzana roja Aurelia preparó las primeras papillas para su hermano. Trituraba en un almirez la fruta, la mezclaba con sémola de maíz y le añadía un poco de nuez moscada y otras especias compradas a los tratantes de un trasatlántico que había impregnado el aire de la aldea de aromas exóticos. El pequeño se habituó a la delicia de estos contrastes y pronto aborreció las sensaciones lácteas. Hacía tiempo que Esperanza ya no amamantaba a Samuel y las nuevas preferencias de Valentín hicieron que la leche se le retirase. Ahora que no hay niños que alimentar ya es hora de que os deje en paz, anunció jovial una tarde. Samuel jugaba con Valentín en una esquina, un muchachito de piel curtida por el sol y otro del color de la nieve disputándose el cencerro caído de alguna collera. Aurelia iba a responder, pero su padre se adelantó. Precisamente ahora es cuando más te necesitamos, dijo tratando de disimular su angustia. Se acerca el invierno y habrá que levantar la nieve para que coman las cabras. Te pagaré dos perras por jornal. Esperanza no se hizo de rogar y asintió con una sonrisa franca. Durante las últimas semanas su marido apenas había pescado lo suficiente para mantener la barca, así que un pequeño ingreso ayudaría a reflotar la maltrecha economía familiar. Además, pensó, Samuel y Valentín eran hermanos de leche, les haría bien crecer juntos.

El frío comenzó un mes más tarde de lo habitual en aquellas latitudes y con él llegó un barco procedente de Brasil estibado de café, azúcar y algodón. Como reclamo comercial los marineros encendieron hornillos en cubierta para hervir una decena de pucheros que dispersaron por el puerto el aroma dulzón de la moca. Del café se decía que era bebida de hombres, que devolvía el furor de la sangre y agudizaba el ingenio y que si algún niño bebía unas gotas los ojos se le cuajaban de venillas y sufría del baile de san Vito durante una semana. También traían los marineros algunos perfumes de contrabando ocultos bajo los colchones de sus camarotes que ofrecían en secreto a las criadas de las señoras pudientes. De todas ellas la Generala era la más pródiga en los negocios. Viuda de un militar de la marina, se había establecido no hacía mucho al final del espigón, donde regentaba un hospedaje frecuentado por la tripulación de los trasatlánticos. Entre las bondades del hostal destacaba una cocinera rolliza que azotaba pulpos con saña, arrojándolos a las calderas de cobre junto a un corcho empapado de agua de mar, que decían era el secreto de su blandura. La Generala servía además buen vino, rellenaba los colchones de lana de oveja merina y contaba con un grupo de muchachas reclutadas en los bajos fondos de la capital que cantaban cuplés pícaros acompañadas por Michelle, el pianista

marsellés cuyo barco había naufragado cerca de aquellas costas en las que llevaba años encallado a la espera de ahorrar lo suficiente para pagarse el billete de regreso.

En más de una ocasión don Serafín había señalado el hostal desde su púlpito. Es un lupanar, un lugar de lenocinio y alcahuetería, quien lo pise estará traspasando las mismísimas puertas del Infierno, reverberaba su voz contra la bóveda de piedra durante el sermón dominical. Pero lo cierto era que en ninguna otra casa se comía sobre manteles de lino tan finos ni se bebía el mejor café de Brasil, del que los marineros le reservaban varios paquetes en el fondo de sus petates. La Generala alternaba en su posada finura y bohemia. Era una mujer gruesa, maquillada en exceso, que vestía impúdicos trajes de escote y hablaba con la rudeza de los marineros si la ocasión lo requería, pero que también sabía cuidar los detalles de su fonda con una delicadeza que nadie le hubiese atribuido. Nunca faltaban las flores frescas en el jarrón de la mesa del comedor, preferentemente petunias, ni olvidaba obsequiar a sus huéspedes con música de gramófono durante las sobremesas, que siempre se alargaban hasta la puesta de sol y a veces se confundían con los prolegómenos de la cena. Allí se hablaba sin tapujos de sexo, política e intrigas oceánicas y todo se solventaba con la carcajada sonora de la Generala, que presidía las reuniones apoltronada en su sillón de cretona rojo como una reina en feliz decadencia, fumando cigarrillos de tabaco cubano que ella misma liaba con pericia entre los dedos atiborrados de sortijas. Bebía mucho. Tanto que, de darse una competición, habría tumbado a cualquier hombre del pueblo. Gustaba del buen ron, aunque no le hacía ascos a una garrafa de anís e incluso al aguardiente más canalla si no quedaba otra cosa en la bodega. Desde su llegada a la aldea la habían bautizado con cien nombres: puta, marquesa, ladrona, asistente de una infanta. La Generala ni negaba ni afirmaba. Cubría con un velo de misterio el relato de su vida, del que únicamente se sabía a ciencia cierta su condición de viuda y que había perdido a un hijo de diez años en un accidente doméstico. Pero de eso nunca quería hablar. Ni siquiera en las noches más salvajes, cuando el alcohol teñía de púrpura la luz de las lámparas de aceite y ella se adormecía en su trono, de espaldas a la parranda juvenil que, bien sabía, era solo un espejismo.

TRAS MESES DE RECLUSIÓN hilando sin descanso, Aurelia se concedió una tregua y bajó al puerto con Valentín en brazos. Casi no recordaba aquel bullicio, la miscelánea de mar, pescado y petróleo que tanto le había gustado en un tiempo no tan lejano y que ahora se le antojaba insoportablemente ajeno. La madre parecía haberse llevado el océano a sus cuarteles de sombra, dejándoles en su lugar una cuenca vacía con fondo de sal de la que el padre ni siquiera se había percatado. Él

nada quería saber de aquel mundo de pescadores y mercantes que juzgaba sórdido y andariego, extraño a su oficio. Por eso a Aurelia le sorprendió encontrarlo aquella mañana entre la multitud que se arremolinaba en torno a los puestos de manufacturas de un barco de Puerto Rico. Observó cómo el padre regateaba el precio de un frasco de perfume a un comerciante manco a quien ya había comprado un collarcito de piedras brillantes que apretaba como un rosario verde entre los dedos manchados de tierra. Agitó una mano para llamar su atención, pero él no la vio, ocupado como estaba en una tarea en la que era tan bisoño como cualquier crío, y ella intuyó una intención incómoda, un asomo de vergüenza.

El encuentro con Iria le hizo olvidar momentáneamente aquel episodio. La niña caminaba junto a su madre, cargadas ambas hasta la barbilla de paquetes envueltos en papel de estraza. Al pasar a su lado la saludó con un tono apresurado. Después de comer vamos a jugar a ojo de buey en la plaza, pero imagino que tú no podrás, le gritó sin detenerse. Aurelia estrechó a Valentín, que movía la cabeza atolondrado. No, no puedo, respondió para sí misma, porque Iria era ya un punto confuso entre la muchedumbre que no podía verla ni mucho menos escucharla. La vida la expulsaba a patadas de la infancia y ese exilio aumentaba su desconcierto. ¿Cuál era su territorio? ¿Dónde se hallaba el primer metro de tierra firme? Debía cuidar de su hermano, él era ahora la nueva larva, ella su sustento y esa deuda resultaba ineludible. En el altillo le esperaba una inmensa madeja de lana por hilar antes de que el Universo se desperezase disgregándolo todo, bueno o malo, porque igual suerte correría una tinaja que el señor cura o un bancal de sandías. Buscó a su padre con la mirada, pero no lo encontró. En su lugar, una mujer imprecaba al manco agitando las manos en el aire diáfano de la mañana. Le decía que aquel no era puerto para ladrones.

DÍAS DESPUÉS ESPERANZA entró en la casa con un aire distinto. Aurelia la observaba con ahínco, repasaba su figura generosa y torneada, su cabello ondulado, sus labios humedeciendo levemente el cabo de hilo antes de enhebrarlo, y en ninguna de estas cotidianidades hallaba el origen de su resplandor. Es cierto que su aroma había cambiado y si antes exhalaba la fragancia natural de las gentes del campo, a fruta madura, a humedad y a rescoldo de puchero, ahora aquel efluvio se había dulcificado y hablaba de violetas con un toque cítrico. Si no hubiese sido por la concentración que la hilatura requería no habría pasado por alto el brillo obsceno de la cadenita que Esperanza lucía alrededor del cuello –ella que nunca se engalanaba con collares ni anillos porque decía que esos eran abalorios propios de mujeres pintonas con poca gracia interior–, ni la risa floja que la nodriza esparcía por la casa en un alarde de felicidad, como tampoco

hubiera obviado el contoneo de caderas con que se acercaba al padre para ayudarle a tamizar la harina. Pero Aurelia vivía ensimismada en el santuario de su madre y consumía el tiempo hablando con ella a través de los ojos de Valentín, lejos. Lejos de la clausura de las alcobas, de los huecos furtivos improvisados en el granero, de la fuerza animal que empuja a los hombres hacia las mujeres. Observaba el cielo nocturno midiendo con su pulgar la distancia que mediaba entre las estrellas, sin saber con certeza si el aparente desplazamiento era producto de un error aritmético o la antesala del caos. Guardaba en silencio este secreto junto a otras angustias del todo inconfesables y contemplaba a Samuel y a Valentín, entregados sobre el suelo de la cocina a su propio universo de bellotas y tabas, tan lejos como ella del acontecer terreno de la casa aunque mucho más ligeros.

No contaba con la sorpresa del establo. La lluvia caía con fuerza aquella tarde sobre el tejado haciendo del altillo un lugar apocalíptico, al borde del naufragio. Bajó las escaleras de dos en dos. La casa estaba en silencio, pero afinando el oído se percibía un quejido vago filtrándose entre la lluvia. Supuso que se trataba de la cabra favorita de su padre, que andaba enferma desde hacía algunos días de un mal de hierbas que únicamente se aliviaba con emplastos de arcilla y tomillo sobre el vientre, y con este propósito se dirigió a las cuadras siguiendo la estela oxidada del chirrido. Entornó la puerta suavemente, cargada de los paños para la cura, y allí los encontró, apoyados en un fardo de paja. Ella de espaldas a él, doblada sobre la hierba seca como los títeres sin vida de los teatrillos, la falda arrollada alrededor de la cintura. Él de pie aunque ligeramente inclinado, semidesnudo, agarrándola con fuerza por aquellas caderas que atraía hacia su cuerpo en un vaivén rítmico, constante. Acudió a su mente el fogonazo en blanco y negro de los perros de don Paco enganchados en una postura semejante, una mañana en la que acompañó a su madre, embarazada ya de Valentín, a la consulta. El mastín del médico, un soberbio ejemplar de color azabache, montaba a una perra que la familia había comprado a un tratante portugués, y don Paco, riéndose, mirad cómo la monta, y el perro cuanto más jaleado más se afanaba sobre los cuartos traseros de aquella hembra que se dejaba hacer mirando al infinito. La melena de Esperanza, la nube ondulada en la que Valentín hundía las manos hasta palparle el cuello, se agitaba ahora en marejada y regresaba a su nuca impregnada de la paja que saltaba por los aires en cada acometida. El padre apretaba los párpados en una expresión jadeante –Aurelia no supo si dolorosa o placentera porque aquella contractura diabólica bien podía responder a ambas sensaciones–, y bajo esa congestión, Esperanza emitía el gritito agudo, casi de grillo, que la había guiado entre los hilos de lluvia. Levantó la cabeza y vio a la niña petrificada en el quicio de la

puerta con un canasto de paños húmedos en el regazo. Por un instante se miraron como si el diluvio universal hubiese acaecido ya y únicamente el lazo de leche que las unía hubiese sobrevivido a la catástrofe. Un arrebol coloreó las mejillas de Esperanza. Tal vez sus pechos, que ahora se bamboleaban como ubres, recordaron la presión de unos labios en busca de alimento presintiendo que tras el placer efímero de los cuerpos llegaría la culpa, la dolorosa culpa, y aún más lejos, erguida sobre los pezones, la traición. Entreabrió la boca, pero solo emitió el sonido hueco de lo que se rompe sin remedio. Continuó allí, recibiendo en su vientre la marea cálida del padre mientras Aurelia cerraba la puerta de un golpe y emprendía una carrera desaforada hacia ninguna parte, tapándose los oídos para no escuchar ni una nota más de aquel torrente turbio que arreciaba con violencia sobre el tejado. En la cocina, una gotera caía sobre el rostro de Valentín obligándole a cerrar los ojos.

ESPERANZA NUNCA VOLVIÓ a la casa. La imagen de la niña descubriendo el sórdido origen del mundo bajo el aguacero la persiguió como una cuenta pendiente durante años. Aquellos ojos asombrados se le clavaron en el bajo vientre, en la región epitelial donde se enquista la vergüenza y, décadas después, cuando supo de la existencia de un tumor alojado en su útero que habría de arrastrarla a la tumba, le confesó al médico que el origen procedía de un gran error cometido una tarde de lluvia, muchos años atrás. Aurelia no hizo preguntas. Se aplicó en la ardua tarea de nublar aquella imagen de los cuerpos debatiéndose entre la paja y, si alguna vez lo logró, fue en el refugio del que ya era su cuarto de hilandera. Una niebla densa descendió en esos días sobre la casa impidiendo que se viesen los unos a los otros, incapaces siquiera de otear el horizonte desde unas ventanas rellenas de aquel cúmulo que casi se podía palpar. Valentín erraba aturdido entre la bruma en busca de Samuel, el hermano de leche que se había borrado del paisaje de la casa junto a la nodriza. Se acercaba gateando al padre que también vigilaba puertas y ventanas; todos sus movimientos, hasta el más nimio, delataban el impulso reflexivo de la espera. Espero a Esperanza, y repetía la paradoja, pero no le daban ganas de reír, más bien de llorar, sin dejar de preguntarse cuál sería el origen de aquel humo blanco que inundaba la casa. Pero de sobra sabía que la muchacha no iba a regresar, que aquella intromisión inoportuna de la pequeña Aurelia en el establo ponía punto final a su aventura de invierno. Al diablo –se dijo con rencor–. Al mismísimo diablo.

Fuera lucía el sol pálido de principios de enero, pero dentro, en el corazón de las alcobas, aquella silenciosa nube había detenido los relojes. La huerta también acusaba la tristeza. Los tomates empalidecían, las cebollas no abultaban más que los ajos. Todo era

enteco, mustio. Valentín crecía con la misma lentitud. Algunas mañanas, después del desayuno, su hermana lo llevaba al puerto para estimular su piel con el picor de la sal y esquivar por unas horas el letargo de la niebla. Allá abajo continuaba el trasiego de los barcos americanos y gracias a ese trajín de estibadores y especias Aurelia recuperaba la fe en la cordura del tiempo, aunque este hubiese desviado su cauce convirtiendo la casa en una isla de perfil imposible.

Por aquellos días Valentín dio sus primeros pasos detrás de una gaviota. Su padre había intentado que caminase por la huerta, pero las piernas del niño no respondían y una y otra vez se derrumbaba sobre la hierba como un monigote. Para consolarlo, el padre le regalaba una mazorca de maíz o un tronco de berza con forma de hurón diciéndole que un día caminaría tan recto como un mayoral. Cuando Aurelia vio a su hermano dar tres pasos seguidos sobre el empedrado del puerto no pudo menos que sonreír con malicia. Este será de mar, pensó, y un regocijo rebelde la invadió al pensar en la decepción que eso supondría para el padre. A Valentín le encantaba observar las tareas de los pescadores. Señalaba con su dedo índice el paso de los hombres arrastrando cajas de jureles camino de la lonja, los pañuelos negros de las mujeres inclinadas sobre la loseta de mármol del mercado donde abrían las branquias rojísimas de los peces de mayor envergadura y le arrancaban las tripas con una sola mano. Desde la puerta de la taberna, Dionisio, el farero, les saludaba levantando la pipa y los niños le respondían agitando la mano. Al caer el sol, encendía el fuego en la cumbre del faro y hacía sonar dos veces la sirena de los días de bruma, una por Aurelia, otra por Valentín.

LOS HUESOS DE AURELIA se estiraron a pesar de la humedad constante que los envolvía. Tras pasar varios días destemplada, un amanecer se levantó de un salto y al vestirse comprobó con desaliento que su ropa ya no le servía. Sus piernas se alargaron, su rostro perdió redondeces, sus caderas se abrieron al mundo con esfuerzo. El padre la escrutó desde el lar como a una extraña. Hasta su voz aflautada había tomado un perfil más grave. Soy yo, padre, le aseguró mirándole a los ojos por primera vez después de mucho tiempo. El hombre sonrió con amargura entre los flecos de niebla. Perdona hija, no te había reconocido. Estás tan cambiada…

Comían en silencio sin distinguir apenas la cuchara en el plato. Cocinaba el padre, como ya era costumbre, pero hiciese lo que hiciese, carne asada o pescado a la brasa, todo tenía el mismo regusto insípido y Aurelia masticaba con la mirada perdida en aquella nada blanca que llenaba sus vasos. Un día apareció una frasca de vino sobre la mesa. El padre nunca había bebido y Aurelia sintió que aquella botella oscura presagiaba la llegada de un tiempo peor. No recordaba haberle visto entrar jamás en la taberna, pero ese mediodía acompañó el guiso con

dos o tres vasos de vino que avivaron un ascua dormida en sus mejillas. Desde entonces la frasca ocupó un lugar preeminente en la mesa. Tomaba media durante la comida y guardaba la otra mitad para la cena, pero al cabo de unas semanas una botella ya no fue suficiente. Bajó entonces el padre la cuesta hacia el pueblo y regresó haciendo rodar un tonel de vino que instaló en la cocina. Rellenaba la frasca a placer, pero nunca era bastante para saciar aquella sed que le abrasaba la garganta y cinco, seis, siete vasos se mezclaban con su sangre a cualquier hora. Comenzó a quedarse dormido en la silla durante la sobremesa, hundido en la siesta espesa que el alcohol inspira, y aquel vaho a uvas fermentadas de su respiración invitaba a salir de la cocina con sigilo. Al despertar tomaba la azada y trataba de limpiar la huerta de rastrojos, pero ya nunca volvió a trabajar con la misma destreza. Aurelia recogía las fresas maleadas al nacer sin mayor sorpresa, porque de aquellos ojos ensopados en vino no podía surgir la vida y, si lo hacía, era una vida enferma, viciada, que agriaba el paladar al primer bocado. Contemplaba con tristeza la caída interminable del padre, pero rehuía su compañía porque sabía que si trataba de sujetar su mano ambos se precipitarían en un abismo de desesperanza. No quería pensar que los verdaderos motivos de su distancia vinieran impuestos por la venganza, esas son cosas de viejos, pensaba, cosas sucias de los que se desnudan sobre las alpacas de paja. En alguna ocasión el hombre trató de abrirle su corazón entre los efluvios del vino, balbuciendo con lengua pastosa frases deslavazadas sobre el instinto, la fatal atracción que las hembras ejercen sobre los hombres, el terrible abandono en el que vivía, pero Aurelia no quiso escuchar aquella cantinela de borracho triste. Recogió los restos de la cena y le echó al padre una manta sobre los hombros a sabiendas de que otra vez pasaría la noche derrumbado sobre la mesa de la cocina. Eres terca como tu madre, la acusó una vez desplomándose en una silla. Aurelia le miró con desprecio, aunque, por encima del rencor, que nunca fue más allá de una raicilla sin norte ni veneno, ponderaba la pena. Al contrario que ellos, el padre había empequeñecido; su piel había adquirido la textura de los abedules y a ambos lados del cuerpo le colgaban unos brazos inertes y pesados. Valentín le preguntó con su jerga ceceante si las manos del padre eran de madera. Ella no supo qué responder.

No le contaron a nadie que su padre se estaba convirtiendo en un autómata. Los vecinos preguntaban y ella les respondía que se había quedado trabajando en la huerta, como siempre, pero hacía meses que el padre había abandonado el trabajo en la tierra y tampoco bajaba ya al pueblo. Le encargaba a Aurelia que le comprase el vino de cada día y la pequeña cumplía las órdenes sin flaquear ante la desconfianza de los tenderos. Toma mucho tu padre, ¿está enfermo? Aurelia guardaba

silencio mientras extraía unas monedas de su faltriquera. Está solo, respondía.

La comida empezó a escasear. Ahora que la huerta ya no los alimentaba, la despensa y las cabras constituían su único recurso y estas últimas les daban pocas alegrías, porque a la hora del ordeño recelaban de otras manos que no fuesen las del padre y corrían risco arriba en cuanto Aurelia se sentaba en la tayuela frente al balde vacío. Hubo pues de administrar las últimas viandas con austeridad, intuyendo que los sacos mediados de legumbres no amanecerían repletos como en los cuentos de su madre –en los que bastaba con repetir un trabalenguas para que la abundancia obrase maravillas–, sino que tantas veces abriese la puerta de la despensa hallaría los mismos estantes cubiertos de un mísero polvo gris. Cortaba rodajas de lomo finas como el papel de fumar, hervía las mondas de patata y menudeaba los garbanzos en el puchero. A veces el padre daba un golpe de estado a la economía familiar, aquejado de una euforia a la que siempre seguía el desánimo, y preparaba un festín con lo poco que tenían que les dejaba el estómago vacío durante los días siguientes. Valentín pasaba hambre. Aurelia también. Solo el padre habitaba al margen de las penurias de la carne, consumido su ardor en el vino. Ya ni siquiera dormía en la alcoba. Prefería abandonarse sobre el escaño de la cocina y pasar así las horas, envuelto en el vapor violáceo de sus fosas nasales. Valentín tomaba una de sus manos, la alzaba y la dejaba caer con todo su peso sobre la mesa. Sonaba hueca. Miraba entonces a su hermana con renovada curiosidad. ¿Papá es de madera?, insistía. Aurelia se mordía los labios hasta la sangre para no llorar.

COMENZÓ A TRABAJAR haciendo pequeños arreglos de costura para las vecinas, sencillos hilvanes o dobladillos que las mujeres le encargaban más por lástima que por verdadera necesidad. El padre se ha echado a perder, pobres criaturas, cuchicheaban en cuanto se daba la vuelta. La muchacha odiaba aquel rumor de plañideras. Cogía las monedas que le tendían y se iba rauda, esquivando la compasión. Gracias a sus pequeños ingresos pudieron comer algo más que pan duro; la piedra hueca sobre el vientre ganó una pesantez que les hizo olvidar el hambre y, sin apenas ser conscientes de ello, la niebla se fue evaporando hasta reducirse a unos jirones dispersos que Aurelia barrió con un escobón, resurgiendo al fin la casa de aquel baño de sombras, arrugada y húmeda.

Perdieron la noción del tiempo. Las estaciones se mezclaban unas con otras en un continuo vestirse y desnudarse de hojas y frutos; incluso el emparrado confundió la primavera con el otoño y dio unas uvas agraces que en nada se parecían a los racimos almibarados de otros tiempos. Una mañana del mes de abril, el padre se levantó del escaño y se echó un balde de agua fría sobre la cabeza. Valentín, que

husmeaba por allí, se rio al verle empapado hasta el tuétano y el hombre le devolvió la sonrisa con complicidad. Vamos a la huerta –le dijo–. Hoy voy a enseñarte a sembrar.

La tierra, abandonada a su libre albedrío, se había poblado de malas hierbas y ya no se distinguían las matas de fresas y perejil que fueran su orgullo; ni siquiera el romero, más perseverante que cualquier otra raíz, había sobrevivido al abandono. El padre contempló aquel paisaje desolado con los brazos en jarras mientras Valentín aguardaba, expectante, la señal que diera inicio al nuevo juego. Hay mucho por hacer, resolvió tomando una azada.

En el altillo, Aurelia zurcía con ahínco los veinte pares de medias que las muchachas de la Generala le habían encomendado. Con sumo cuidado las insertaba en una calabacilla de cuello estrecho del tamaño de un pulgar sobre la que recosía los desgarros que los pellizcos marcaban en la seda, una pena que los hombres no sepan valorar la finura del punto de París, se lamentaba la patrona tendiéndole el hatillo de calzas maltrechas, hazles zurcido invisible, Aurelita, que esto es canela en rama. El puchero hervía sobre la trébede desde hacía horas y el aroma a caldo de hortalizas que trepaba por las vigas la empujó a bajar las escaleras para catar una cucharada de potaje. Antes de llegar a la lumbre una corriente de aire fresco le barrió los tobillos. Pensó que aún debía quedar nieve en la cima de los riscos, el «gargoliso del invierno» que decían los cabreros, y, girándose hacia la huerta, observó el fragmento de hierba enmarcado en el vano sobre el que Valentín yacía. ¿Qué haces ahí echado? –le gritó–. Te estás manchando la camisa, levántate. Valentín irguió la cabeza. Juego con papá, respondió. El niño señaló hacia la izquierda y a Aurelia le pareció que la sombra azulinegra de una urraca atravesaba el rectángulo que partía la huerta en dos mitades: en una estaban ellos, deslumbrados por la luz vibrante del mediodía; en la otra, tumbado boca abajo sobre la tierra recién regada, el padre parecía dormir junto a la azada, pero el sueño debía ser profundo porque un gorrión picoteaba su mano izquierda sin que el hombre tensase un solo músculo, inmóvil como uno de esos tocones de madera que caen borrando las lindes. Una fuerza telúrica ascendió por el cuerpo de la niña desde las plantas de los pies. Pensó en los hilos, aún a medio hacer por culpa de los encargos, en las manos del padre amasando la harina, salpicando de uvas la masa sin fermentar. No pudo reprimir un resuello asmático ni el temblor en la voz que le nació cortante como un vidrio roto cuando se giró hacia Valentín, aún recostado sobre la tierra, y le gritó que se fuera a casa. El niño contrajo los labios. Estaba a punto de echarse a llorar, aunque no sabía exactamente por qué. Aurelia se agachó y le acarició el pelo en un gesto que pretendía ser cálido pero que desafinaba, pidiéndole con la voz más templada que le

fue posible que corriera a su alcoba, que iban a jugar al escondite. ¿Y papá también va a contar? preguntó Valentín entusiasmado. Aurelia respiró hondo. Algo pegajoso se había adherido a la boca de su estómago. Anda, sube –le rogó con un hilo de voz–. Ahora te busco.

Apenas el niño desapareció escaleras arriba Aurelia vomitó sobre la hierba con una arcada violenta. No quería mirarle ni pronunciar su nombre porque sabía que así comenzaban las grandes tragedias: con una pregunta que nadie responde. Ella no iba a gritar, apretaría los párpados para fugarse de la pesadilla, porque todo debía reducirse solo a eso, a un sueño a destiempo sobre la calabaza de zurcir medias, a punto de clavarse la aguja en el cuello para despertar con un dolor ridículo en comparación con este que ahora sentía al darse de bruces con la realidad apabullante del gigante derribado sobre la hierba, más parecido a un tronco horadado por la carcoma que a un hombre sin vida. ¿Cómo puede haberse muerto en primavera? Aquella pregunta le machacaba el cerebro. El padre trazando surcos, lanzando simiente, abrazando a la madre, bebiendo vino amargo, acariciando los pechos blancos de la nodriza. Ahora no. Ahora ya no. Ahora solo una línea de flores aplastadas perfilando su silueta sobre la tierra.

Entró en la casa sin saber qué haría a continuación. Dar un paso, luego otro, fueron decisiones que alguien debió tomar por ella. Habría jurado que las piernas que la condujeron a la calle no le pertenecían. Le zumbaban los oídos, pero aún no había insectos en el aire. La nieve en las cumbres, se repitió tambaleándose como recién desembarcada. La nieve. Varios niños que jugaban a los bolos cerca de su casa se rieron de ella, la señalaron, mirad, está borracha, gritaron. ¡Borracha! Aurelia ya no podía oírlos. Algo se había colapsado en su interior impidiéndole distinguir unas voces de otras. Solo una nota gris y monocorde lograba penetrar en su cerebro, un aullido sin norte en el que confluían los sonidos que la rodeaban: su nombre en el cielo de todas las bocas, el chillido de las gaviotas presagiando la lluvia, la sirena de un barco irlandés cargado de violines. Todo se nubló. Todo. Como si el padre hubiera subido al tejado a limpiar la chimenea y los copos de hollín la cegaran de nuevo con su dedo negro. Al llegar a la plaza se desmayó. Horas después, cuando despertó en la cama rodeada de unas vecinas que le ponían paños helados en la frente y le apretaban un rosario en la mano murmurando pobrecita tiene los dedos cortados de tanta rueca, solo pudo recordar que Valentín aún debía estar escondido.

VELARON AL PADRE en su alcoba durante dos días. Una cuadrilla de hombres lo izó envuelto en una sábana, lavó su cuerpo y se encargó de ponerle el traje de los domingos, de ajustarle los botones y de lustrarle los zapatos. El barbero, un viejo menudo de pelo de estopa y manos nerviosas, lo afeitó con tanto esmero que, cuando Aurelia y Valentín

entraron en el cuarto custodiado por cuatro cirios donde los aldeanos habían dispuesto el cuerpo con las manos cruzadas sobre el pecho y la boca ligeramente abierta, casi no lo reconocieron de tan acostumbrados como estaban a la imagen desgreñada del hombre que dormía la tristeza empapado en vino. Valentín observaba los dedos de su mano sin pestañear. Creo que ha movido uno, le susurró al oído a su hermana. La muchacha le acarició una mejilla y continuó escuchando cabizbaja las plegarias con que las ancianas acompañaban el humo de los sahumerios. Los hombres se juntaban en corros en los que se fumaba tabaco de pipa y se hablaba de las penurias del mar y de la tierra; las mujeres deslizaban entre los dedos las cuentas de los rosarios y servían licor de guindas.

Los dos hermanos se sentaron en una esquina con las piernas colgando sobre las sillas dispuestas para el velorio, deseando que alguien se acercase y les dijese que allí no pintaban nada, que se fuesen a jugar a algún lugar donde no molestasen, pero nadie habló de ellos ni a ellos se dirigió y se quedaron dormidos el uno contra el otro, proyectando la sombra de un solo cuerpo bajo la luz de las velas.

Al amanecer del tercer día, el cura anunció que era el momento de enterrar al finado. Una caja de pino le esperaba abierta en la cocina, sobre la misma mesa de castaño donde hacía tres lunas cenaban unas sopas de ajo de las que todavía quedaba el rastro crujiente de las migas de pan. Antes de que cerrasen el ataúd Aurelia quiso estar a solas con su padre por última vez. Encaramada a una tayuela, la niña alongó su cuerpo sobre el cadáver encajado en una estructura demasiado estrecha para su envergadura. Era y no era el padre. Acercó el dedo índice a su barbilla, tan suave ahora. Su piel había adquirido una tonalidad ocre que le recordó a la hojarasca amontonada bajo los árboles, más seca quizá, salvo los caparazones aún tiernos que le cubrían los ojos. Bajo la corteza la sangre se había evaporado y en su lugar la clorofila se ramificaba por un entramado de trochas. Y a pesar de que el dolor era mucho más intenso de lo que jamás hubiese imaginado, Aurelia respiró aliviada al comprobar que el padre ya no olía a vino sino a savia. Llega a tiempo de la siembra, pensó al descender de la banqueta.

Las bendiciones de don Serafín cayeron como gotas de lodo sobre el promontorio. Valentín clavó en la cabecera una cruz pergeñada con dos ramas de higuera y Aurelia arrojó sobre la sepultura un puñado de semillas de pensamientos. Una anciana doblada sobre su cayado le dijo al oído que no perdiera el tiempo. Se las comerán los pájaros, escupió al suelo.

REGRESARON DEL CEMENTERIO a paso de sonámbulo. La pequeña comitiva fúnebre se fue disgregando por los caminos hasta borrarse por completo del pedregal que descendía en zigzag hacia la aldea;

sombras fugaces que les revolvían el cabello, susurraban palabras de consuelo al brocal de sus oídos y después se esfumaban entre los cardos. Al llegar a la puerta del viejo caserón familiar los dos hermanos cayeron en la cuenta de que se habían quedado solos. Nadie vendría a hacerse cargo de la cena ni del resto de sus vidas, ni siquiera sus ángeles custodios, de los que solo hallaron un amasijo de plumas y suciedad adherido al umbral de la puerta, más cercano a los restos de una paloma devorada por los zorros que a la huella de seres divinos y protectores. Los goznes chirriaron y al otro lado, engastada en la penumbra, encontraron una casa ajena al trajín de la muerte: la cocina polvorienta, la chimenea rodeada de trébedes, tenazas y escobas; el brasero, los pucheros de barro, la caldera de cobre, las espeteras sosteniendo dos ristras esmirriadas de ñoras. En una hornacina reposaba el pan que su padre había amasado la mañana de su muerte junto a un tamiz manchado de harina y un jarro vacío, y este bodegón le pareció a Aurelia el más lúgubre de los cementerios. La tristeza les sacudió la primera dentellada a tres pasos de la mesa. Valentín rompió a llorar y un chorrillo de orín se deslizó por la pernera de su pantalón alagándose sobre las baldosas en un charco dorado. La niña tomó el pan de la hornacina y le introdujo a su hermano un pedazo de miga en la boca. Después ella misma engulló una corteza. Masticaron en silencio, Valentín gimoteando, aquel pan que sabía a tierra; un pan tan huérfano como ellos, en cuya masa flotaba un fermento familiar que era su herencia más valiosa y, sin embargo, poco podrían hacer por conservar su frescura más allá del domingo. Se fueron a la cama sin comer nada más. Eligieron el jergón del padre por ser más ancho que los suyos y sobre él durmieron un sueño quebradizo que los devolvió al amanecer con aspecto de náufragos. Aurelia se levantó sin hacer ruido y prendió la chimenea de un chispazo. Después ordeñó a una de las cuatro cabras que habían sobrevivido al invierno, atándole las patas traseras a una argolla clavada a la juntura de adobe y lo hizo sin que el animal se le revolviese porque era tiempo de supervivencia. Llenó un cazo de aquella leche grumosa que las cabras daban cuando comían acederas, lo calentó sobre la trébede más pequeña de la lumbre y partió en cuatro trozos la hogaza de pan, que untó de manteca con azúcar. A pesar del fuego hacía frío en la casa y Aurelia dedujo que la ausencia del padre algo tendría que ver con los carámbanos que colgaban de los dinteles, aunque la primavera ya campaba por los bosques desde hacía jornadas y del invierno solo restaba un puñado de nieve. Sin dejar de echar cuentas, avivó la lumbre con el fuelle calibrando los días que podrían sobrevivir a aquella tristeza tan fría ahora que estaban solos y en la leñera no quedaban troncos para más de dos semanas.

TOMÓ LAS RIENDAS de la vida doméstica con la precisión de una

patrona. Descubrió que además de ordeñar cabras también sabía criar polluelos entre dos mantas de lana, trabajar el huerto, amasar la borona, predecir tormentas en la geometría de las telas de araña o guisar un potaje de nabizas. Se hizo experta en ventiscas, en el diagnóstico de las enfermedades del ganado por el color de la pupila y en el rastreo de corrientes de agua mediante una rama con forma de horca a la que ató el anillo de bodas de su madre. Tanta labor no interrumpió el discurso de la hilatura ni el aprendizaje de los entresijos del telar, del que se hizo maestra a fuerza de encerrarse en el altillo durante las horas robadas a la siesta. Fue en esos días que empezó a atarlo todo. Se había prometido a sí misma que su padre sería lo último que la maldita expansión universal le arrebatase, así que anudó la llave de hierro de la casa a un bolsillo de la faltriquera. Así no la perderé, se reconfortó. Más tarde unió la pata de su cama a una aldaba hendida en la pared, por si soñaba que navegaba en alta mar y la empujaba el oleaje, y, días después, su hermano la sorprendió anudando las escobas a los ganchos de colgar la carne. Después fue el turno de atar las cazuelas a las sartenes, las gallinas a sus comederos, los lápices de Valentín a los cuadernos, las pesas a la romana. Que no se me olvide nada, todo bien atado, para siempre. Y repasaba las cordadas que cruzaban la casa de un extremo a otro conjugando un laberinto de hilos entre los que Valentín se acostumbró a imitar a los equilibristas, dos dedos caminando sobre la cuerda más alta, ubicada en la vertical de sus propios pies, feliz epicentro de aquella maraña con que Aurelia todo lo celaba. Pero ni aun así vadeaba unas terribles pesadillas nocturnas en las que la casa se desgajaba como una isla a la deriva. De noche se removía en el catre, sudorosa, y abrazaba al hermano sin lograr contagiarse de su placidez por más que inhalase las sobras de su respiración. Aurelia le vigilaba en todo momento, incluso cuando Valentín dormía ella redoblaba la guardia. Espiaba el rumor de sus sueños aproximando un ojo a la cuenca de su oído, la gruta más directa al pensamiento. No vayas al puerto –le aconsejaba–. Hay mala gente ahí fuera. Valentín asentía. Mejor quédate en casa, aquí estamos seguros. Olisqueaba su ropa como un animal al acecho de un peligro inminente. Hueles a mar. No te acerques al agua. Nunca.

Durante los primeros meses de orfandad, algunos vecinos les ofrecieron fruta y pesca, tiras de tocino seco o de bacalao en salazón. Aurelia solo tomaba lo imprescindible cuando el hambre les acuciaba. Por mucho que se empeñen –se decía– estamos solos. Sabía que las manzanas no endulzarían los hechos, que aquella caridad nacía de una culpa incómoda, mal disimulada, porque nadie se acordaba de ellos por la noche, cuando las pesadillas arañaban la puerta con su pezuña y ellos se escondían bajo las sábanas contando hasta cien.

Revelaron los secretos de la labranza por puro instinto. Armados de

hoz y guadaña limpiaron la huerta de malas hierbas durante más de diez jornadas y las manos, aún tiernas, se les hincharon como globos a fuerza de espinas. El árnica fue entonces su mejor aliado y los paños de caléndula el único remedio para el dolor. Desbrozada la tierra llegó el tiempo de las azadas. Cavar, remover, cavar de nuevo; arar más tarde improvisando unas pequeñas yuntas con las que trabaron por parejas a las cabras. Valentín no resistía mucho tiempo trabajando al sol, se congestionaba con facilidad a pesar del pañuelo que Aurelia le había anudado a la frente, y su piel de mirlo enrojecía hasta la fiebre. Descansa bajo la higuera –le empujaba a la sombra–, que te dé el aire. Ella removía la tierra con tenacidad esparciendo sacos de turba sobre los terrones. Después aventaba el sustrato con un bieldo porque que solo así, partiéndose el espinazo, conseguiría la textura suave y ondulada que la siembra requería. Valentín jugaba bajo un tendejón de lona alzado sobre cuatro palos que Aurelia había atado entre sí, no tanto para impedir su dispersión como el derrumbe, de los que el niño había colgado una ristra de cencerros. Al oír la fanfarria, Aurelia se acercó a él con las manos sobre los riñones. Le dolían las costillas como a un jornalero y las pestañas se le habían cubierto de polvo, pero, al verlo allí, zarandeando las cuerdas por el placer de escuchar el sonido de los cencerros, recordó con pesadumbre que solo eran dos niños. Ahora –le anunció sujetándole la barbilla con los dedos manchados de tierra– tú y yo vamos a hacer magia.

DE LOS SURCOS que las cabras torcieron, empecinadas en correr hacia la mediana de piedra para cocearla hasta caer rendidas, brotaron los primeros tomates con un furor juvenil que la casa agradeció después de tanta muerte. Valentín tomó uno entre sus manos, sin comprender cómo podía haber nacido aquel rubor de la tierra calcinada de principios de junio. Es magia, insistió Aurelia. También lo fueron el crecimiento de las judías verdes y la abundancia de frambuesas, que plantaron demasiado tarde, cuando el frío ya no era más que un eco en las cumbres, y aun así prendieron con fuerza insospechada en la franja contigua al bancal de patatas. Los hermanos contemplaron en silencio la primera cosecha de sus vidas. La huerta había recuperado su pulso a pesar del asedio de los pájaros y ellos, dos críos que aún no habían mudado los dientes, eran los únicos artífices de aquel milagro.

Al arrancarle el último fruto al verano, Aurelia sintió una punzada en el vientre que la postró a cuatro patas sobre la tierra. Ahora –pensó retorciéndose– me moriré aquí, como mi padre, y nadie vendrá a enterrarme. Tres gotas se deslizaron por sus muslos dejando tras de sí una estela encarnada. Contrajo el abdomen, hinchado y duro, y la sangre brotó caliente de su pequeño sexo. Tres redondas, brillantes gotas púrpura, cayeron sobre la tierra.

EN LAS SIGUIENTES COSECHAS confeccionaron un espantapájaros que vistieron con la ropa que a Valentín se le iba quedando pequeña. El primer monigote que defendió la huerta de los grajos medía poco más de un metro. Lo vencieron la pedriza y la crueldad de los muchachos del pueblo, que jugaban a trepar sobre la mediana para derribarlo a golpe de perdigones. La casa de los huérfanos, la llamaban. Lo decían sin sentimiento de culpa; todos tenían demasiado trabajo en sus propios hogares como para ocuparse del nido ajeno. Preferían pasar de largo ante la soledad, tal vez el hambre, de aquellos niños; mejor dar por hecho que alguien vendría a ocuparse de ellos, aunque de sobra sabían que ninguno se complicaría la vida hasta esos extremos, que al territorio de los huérfanos solo llegaban aquellas balillas buscando hacer blanco en la cabeza de paja del único guardián que podían permitirse.

Al año siguiente el monigote vistió su primer pantalón largo. Cuando la artillería de los cuervos se apostó en las ramas más altas de la higuera supo defender la plantación de maíz, erguido y solemne en mitad del sembrado. Una cosecha después renació embutido en un pantalón de pana. Había crecido casi dos palmos y espantar a los pájaros era ya una rutina que cumplía sin mayor entusiasmo; prefería mirar al mar con sus ojos de corcho, esa cólera estrellándose contra los acantilados. A su vera, las sandías emanaban un dulzor que distraía a los insectos, pero aquel espantapájaros, al igual que el dueño de sus ropas, tenía otras querencias.

Cinco veranos más tarde el muñeco había alcanzado las proporciones de un muchacho alto y espigado. Su versión de piel también lo había hecho. Valentín se ocupaba del pequeño rebaño de cabras, aumentado tras el parto de dos hembras, al que sacaba a pastar por los riscos antes de ir a la escuela. Su hermana se había empeñado en que no abandonase sus estudios, al menos los primarios. Ella misma regresaba por las cabras horas después, las ordeñaba y vendía la leche por cántaros a las mujeres que hacían cola detrás de la puerta mientras Valentín afilaba el lápiz en su pupitre y escribía sobre un cuadernillo los ejercicios de caligrafía. En la escuela se había reencontrado con un niño de piel tostada y espaldas demasiado anchas para su edad que le había preguntado si se llamaba Valentín. Sí –respondió–. ¿Quién eres tú? El niño le sonrió con su boca de pícaro desdentado, se rascó la nuca y, dando un salto, se colgó del perchero antes de responder que él era Samuel. Mi madre nos dio de mamar a los dos cuando abultábamos menos que un gato. Dice que jugábamos al gua con las bellotas y que estábamos todo el día juntos, el uno con el otro. Valentín sonrió sin recordar aquella infancia común que el chico le refería, aunque era cierto que había soñado varias veces con un bebé color canela gateando entre calabazas.

Se hicieron inseparables. Eran hermanos de leche y esa condición reclamaba un restablecimiento. Don Heliófilo no veía con buenos ojos aquella fraternidad, más aún cuando se escapaban de la escuela para ir a pescar con el padre de Samuel, que había trocado sus faenas noctámbulas por la pesca diurna de la sardina. Samuel es un holgazán, pero Valentín podría llegar a bachiller si se lo propone, le comentaba consternado a Aurelia cada vez que se topaban en el puerto. Que no se nos descarríe, Aurelita, que no se convierta en un tira-anzuelos más. Y ella le aseguraba que vigilaría a su hermano, que procuraría que cumpliese diariamente la tarea escolar, que lo alejaría de Samuel, pero algo le decía que, por mucho que anudase cada objeto a un punto de anclaje, sería imposible contravenir las leyes de su naturaleza. Dos hermanos de leche, el vaivén de las mareas, el destino de los hombres.

ESTABLECIÓ OFICIALMENTE UN TALLER de costura, hilado y tejido de paños en el altillo. Su habilidad con la lana y el algodón americano le granjeó cierta fama en la comarca y por aquella época tejió más de cien mantillas nupciales y otras tantas mortajas fúnebres. La aldea prosperaba a rebufo de la capital, una ciudad cercana y lejana a un tiempo, escondida como un molusco dentro de otra cala pétrea donde la mayoría de los aldeanos no había atracado nunca salvo en las chalanas del correo. El comercio internacional era floreciente. Todas las semanas arribaban barcos de mediana envergadura que echaban el ancla por dos o tres días desplegando un tapiz de asombro sobre las piedras del malecón: teteras de porcelana, seda salvaje, café colombiano, alpargatas de caranday para los caballeros, guantes de vicuña para las señoras. Los viajantes marítimos descendían del barco como un ejército bien organizado y al pie de la escalerilla se repartían metódicamente el puerto por cuadrantes mientras los mozos de cuerda descargaban la mercancía y plantaban los tenderetes. En los camarotes de primera viajaban los hombres de negocios, algunos americanos, otros emigrantes de ventura, bien diferenciados de la turba de los charlatanes. Eran estos tipos vestidos con guayabera, sombrero de ala, los rostros atezados por las horas perdidas jugando al truco en la cubierta de los trasatlánticos. Aunque podrían haberse costeado un cuarto en el hostal de Arriero e incluso alojarse a cambio de nada en casa del alcalde, aquellos hombres gustaban de hospedarse en la pensión de la Generala, donde la *troupe* de muchachas desplegaba las mejores galas en honor a sus príncipes, así los llamaban entre risas, aunque procurando siempre que los comerciantes de manguito y tenderete no escucharan el agasajo porque, si unos eran ricos, los otros eran espléndidos, hombres de vida disoluta, rendidos de antemano a los placeres de la vida, que desembarcaban en este último fondeadero deseosos de rematar el género y revolcarse en una cama con sus cuatro patas clavadas en la tierra. Daban buenas propinas, no

escatimaban en gastos y hasta invitaban a los pescadores a una ronda de orujo si la venta había sido sustanciosa. Los mozos de cuerda, los camareros y el resto de la tripulación, incluidos el capitán y su segundo, dormían en el barco; unos por cuestiones económicas, otros por costumbre y casi todos porque no soportaban la estabilidad engañosa de un cuarto en firme, y esos eran los más envidiados por los niños, los verdaderos marinos curtidos en mil tormentas cuya lucha contra calamares gigantes imaginaban al espiarles mientras se afeitaban al otro lado de los ojos de buey. Era gracias a este variopinto pasaje de los mercantes americanos por lo que se mantenían a flote negocios como el de la Generala y no por la caterva de viajantes provinciales, siempre con la bolsa de los cuartos amarrada al cinturón, el gesto miserable al repasar la cuenta, y solo para ellos las muchachas se empolvaban las mejillas y se dibujaban unos labios de *rouge* por encima de los suyos, tan cansados de sonreír.

De todos los comerciantes marítimos, Nicanor Romero era el más veterano. Una cédula personal en la que se superponían sellos de países que nadie en la aldea habría sabido señalar en el mapa daba fe de sus continuos saltos de una orilla a otra del Atlántico. Cada dos o tres años desembarcaba en el puerto con el mejor cargamento de manufacturas de la región. Nadie le aventajaba en textiles pero tampoco en el comercio del azúcar, y se decía que, antes de cumplir los treinta, Romero ya poseía un ingenio azucarero en Cuba y que desde allí viajaba personalmente a Europa para firmar contratos, vestido con un impecable traje de lino blanco, sombrero panamá y chalina impregnada en esencia de bergamota, porque Nicanor Romero era un hombre de buen gusto, dotado de un agudo instinto para los negocios al igual que su padre, del que también había heredado la costumbre de peinar raya a la izquierda y recortarse el bigote a la italiana. El amarre del Buenaventura –su barco habitual– en la ensenada de la aldea respondía a una íntima debilidad por aquel pueblo de labriegos y pescadores fascinados por el brillo de una loza fina o un terrón de azúcar como antaño les ocurriera a los indios con las baratijas de occidente, y él amaba con decidido desprecio a aquellas pobres gentes incapaces de distinguir una botella de ron de primera del agua de fregar.

Era el único tratante que no se alojaba en casa de la Generala. A Nicanor Romero no le gustaba mezclarse con la chusma de los tenderetes. Prefería alquilar un cuarto espacioso y tranquilo en la casa de Juan Arriero, un contrabandista que compraba a bajo costo las manufacturas americanas para venderlas después en las aldeas más recónditas del litoral a precio de oro. Con las ganancias de este negocio había construido una casona amplia, pórtico de madera, jambas de piedra tallada con hiedras y hojas de acanto en los capiteles

y, en el segundo piso, una espléndida galería de cristal que ocupaba el ancho de la fachada, en la que alojaba a algunos huéspedes selectos de su más estricta confianza. Nicanor Romero era su predilecto y como tal le reservaba un cuarto elevado con privilegiadas vistas al puerto; ordenaba al ama de llaves que vistiese su cama de las mejores sábanas y que colocase una botella de vino en la mesita de noche, obsequio que Romero agradecía displicente para vaciarlo en la tierra húmeda de las azaleas tan pronto como se quedaba a solas. Pobres almas, murmuraba contemplando el retorno vespertino de los pescadores, sucios, embrutecidos, las piernas de barro doblándose por nada, y sentía una lástima momentánea por sus ropas miserables, aquellas sandalias cuarteadas por la sal que envilecían los andares; hombres que nunca conocerían la felicidad que embarga al que duerme hasta el mediodía entre sábanas de seda, ni el vigor de las adolescentes que se ofrecen en las ceremonias yoruba. Pobres obreros del mar, hasta aquí llega su olor a tripas de pescado. Y se servía un trago de ron que le transportaba a su mansión cubana, la casa de cerámica rosada rodeada de palmeras heredada de su abuelo; a los muslos de bronce de las trabajadoras de la plantación de caña, tan hermosas, suplicándole unos pesos con la piel cuajada de azúcar y sudor, al son montuno de las claves y el bongó. Pobres diablos –farfullaba de nuevo, llorando, ebrio, sobre la cama–. Tan lejos de los orishas…

VALENTÍN TAMBIÉN ADMIRABA a Nicanor Romero. Al muchacho le fascinaban los barcos, desde la infancia ejercían sobre él una atracción irresistible que Aurelia había tratado de atajar sin demasiada fortuna. Los barcos son peligrosos, siempre se alejan. Esas gentes se parecen a los bandidos, no conocen techo ni palabra, le advertía bajo la penumbra del candil de la cena. Existía entre ambos una conexión que permitía que los pensamientos cruzasen de una mente a otra como a través de dos vasos comunicantes de modo que, si la superficie de la sopa vibraba alterada por la pleamar, Aurelia sentía un mareo creciente en cada cucharada y torcía el gesto porque aquel desasosiego era señal de que su hermano otra vez estaba soñando con navegaciones. Valentín aborrecía la tierra, para él era un ancla, aunque se guardaba muy bien de confesárselo a su hermana. En cuanto salía de la escuela corría hacia el puerto y allí se sentaba como un viejo prematuro dispuesto a la espera de todo y de nada. Aguardaba la llegada de Samuel, que había abandonado definitivamente los estudios para dedicarse a la pesca al mando de su propia barca, pero también acechaba una oportunidad de saltar al otro lado y los barcos de América eran una rendija abierta a otra vida por la que él solo podía colar los dedos.

Días antes de la llegada del Buenaventura, Valentín oteaba el horizonte en busca de algún indicio. Una corriente súbita o una gaviota airada le parecían signos evidentes de que el trasatlántico estaba cerca. Corría entonces hacia el faro y Dionisio le abría la portezuela para que ascendiera por la escalera de caracol que conducía a la lámpara. Desde allí la visión era de un asombroso cobalto, una capa de agua sin aristas, hermosa por lo infinita, aunque huérfana de barcos. Dionisio se acodaba en la baranda junto a él, encendía una pipa de espuma de mar y le contaba, clavándole la pupila cuerda, la historia de la sirena. Este que ves aquí –decía señalándose el ojo torcido– parece que está loco, apuntando siempre al levante, pero es el más astuto de los dos. Durante el tiempo que el otro dedica a engrasar las piezas de la bombilla, a repasar el cuaderno de abordajes, a trabajar como un condenado de sol a luna, este sueña como un poeta sin perder de vista el mar y ve lo que nadie ve, lo que sucede cuando nadie está mirando. Valentín simpatizaba con aquel hombre que había nacido en el mar una madrugada de hacía más de sesenta años en la que su madre se empeñó en salir a faenar con su marido por un antojo de la preñez. En un revés de la navegación, que ese día era torpe y revirada, la mujer sintió que un lagarto se le removía en la tripa y apretó con todas sus fuerzas el brazo de su hombre, gritándole para su estupor que se dejara de maniobras, que ya no había tiempo de volver a tierra. Empujó con fuerzas sobrehumanas mientras su marido trataba de hacerse con el control de la barca, atorada en un remolino, y al fin parió sobre los baos de cubierta, el mar picado lanzando olas de un lado al otro de su vientre. El niño nació envuelto en una amalgama de sangre, placenta y espuma de mar. Su padre lo alzó en el aire con el corazón aún agitado por el trance y el pequeño abrió los ojos allí mismo con tan mala suerte que una corriente de aire oceánico le barrió las pupilas arrastrando una de ellas hacia oriente. Semejante nacimiento me hizo marinero, reía el viejo. Durante su juventud pocas noches descansó en tierra firme. Cuando no andaba embarcado en las campañas de la lubina griega o el marrajo escocés dormía en su propia barca amarrada en el puerto, porque decía que no soportaba la pesantez con que discurre la vida sobre una superficie estable. Llegó a ser patrón del Poseidón, envidia de toda la flota pesquera de la comarca; quilla azul de columna de ballena, cuadernas dispuestas en costillar, y un majestuoso mascarón de proa en forma de atlante que identificaba a la sociedad de los pescadores nostálgicos, porque nadie ya ostentaba este emblema en los tiempos del acero. Pero una tarde, ya en la edad madura, llegó una noche a la taberna gravemente perturbado y con el ojo desviado que parecía querer salirse de su órbita. Se sentó en la mesa más apartada y pidió cinco vasos de aguardiente que bebió uno tras otro. Más tarde,

cuando estuvo suficientemente borracho y eran ya tres las lunas que veía bailar a través de la ventana, contó a todo el que quiso oírle que había visto una sirena. La descubrió este –aseguraba señalándose el ojo virado–. El que nunca me engaña. El otro andaba en sus asuntos y este la vio saltar sobre las aguas como un delfín. Tenía una cabellera ondulada de algas y dos pechos pequeños y redondos como manzanas frescas. Ella también me miró. Y no estoy seguro de esto, porque todo fue muy rápido y borroso, como son siempre las cosas en el mar, pero juraría que me hizo un gesto para que me acercara y hasta me sonrió.

Malgastó sus ahorros en contratar a una partida de hombres para que rastrease el litoral de la región y, cuando la bolsa estuvo vacía, vendió el Poseidón para seguir hurgando en todos los caladeros. Era peligroso salvar los escollos sin que las olas estrellasen el navío contra las rocas y solo unos cuantos muchachos ávidos de emociones consintieron en acompañar a Dionisio en aquella empresa. Cuatro veces salieron en busca de la sirena y todas regresaron con las manos vacías. El marino se arruinó y empezó a beber más de lo saludable. Contaba una y otra vez la historia de aquella tarde remota en la que una mujer con cola de pez le había sacudido la vida. Me sonreía, ahora lo veo claro, y tenía en la boca una perla escondida que al cantar brillaba como un carboncito, de tan hermosa. En la cofradía de pescadores decidieron ayudarle. Había sido un buen patrón toda su vida, no podía terminar sus días ahogado en aguardiente, así que le ofrecieron un puesto como farero aprovechando que el anterior se acababa de morir de una mala gripe. Le convencieron arguyendo que desde el faro podría continuar buscando a la sirena, que a cambio solo le pedían que dejase de beber y controlase que a la lámpara no le faltaba parafina y que la bocina ululaba en los días de niebla. No se lo digas a nadie, pero estoy ahorrando otra vez para comprar un barco –le confesó a Valentín dando una calada honda a su pipa–. Un barco no muy grande, que tampoco pretendo hacer ahora carrera en el mar, pero con la envergadura suficiente para volver a buscarla. Y el hombre observaba el océano pensativo, tratando de discernir en su murmullo alguna nota discordante, y Valentín aprovechaba aquella ausencia para contemplar con lástima su ojo derecho, púber y enamorado, humedecido brevemente por un velo de agua de mar.

AL FIN UNA MAÑANA CLARA la proa del Buenaventura despuntaba sobre el horizonte de la bahía. Dionisio hacía sonar tres veces la bocina de los días brumosos para alertar al muchacho de la llegada del barco y este, sobresaltado, se fugaba de la escuela sin que don Heliófilo reparase en el vacío de su pupitre hasta que ya era demasiado tarde. El maestro suspiraba resignado. Era una batalla perdida. Si Nicanor Romero le hacía una seña desde cubierta, el chico perdía la sombra por correr a su encuentro. El comerciante se dejaba

querer e incluso un día aceptó la invitación del muchacho y acudió a comer a su casa en un gesto inédito que a todos sorprendió. Valentín y Samuel, que también andaba hipnotizado con las historias que Nicanor les contaba acerca del paraíso americano, le llevaron a Aurelia el pescado más exquisito de la lonja, un ejemplar tan fresco que aún boqueaba entre sus manos cuando le rogaron que lo cocinase con esmero. Ayúdanos a deslumbrarle, parecían querer decir. Aurelia desconfiaba de las maneras afectadas de Nicanor. Más que un hombre –pensaba– parece un encantador de serpientes. Pero sobre todo recelaba de la bandada de pájaros que dispersaba sobre la cabeza de los muchachos, y tan pronto lo vio cruzar el umbral de su casa con aspecto atildado y una sonrisa protocolaria, envuelto en aquel aroma que embriagaba a los aldeanos empujándolos a la sandez de tratarle de excelencia, el ánimo se le cubrió de nubes grises.

Allá en América apenas existe el invierno. La gente se cubre el cuerpo únicamente para protegerse del sol, por eso los tejidos son alegres y ligeros. Ellos no necesitan las lanas bastas de pastor que se gastan por aquí. Bebía Nicanor con parsimonia, mojándose los labios tan solo; dejaba caer las palabras una a una sobre la mesa, monedas de distintos metales que al golpear la madera emiten una nota que siempre merece atención. De vez en cuando, miraba de soslayo hacia el lar donde Aurelia removía la sopa, inclinada sobre la trébede sin decir una palabra. Valentín lo saeteaba a preguntas. ¿Hablan como nosotros? Qué va, muchacho –reía Nicanor–. Aunque la lengua es la misma, el tono es más dulce. Algo así: cántame un son mi amor, cántame negra guajira, imitó el acento cubano con un deje meloso que hizo palmear de entusiasmo a los muchachos. ¿Y cómo suena su música? –volvían a preguntar, insaciables–. Ah, chicos, eso es pura delicia. Tocan las guitarras y los bongós como ángeles negros y las muchachas menean las caderas siguiendo el ritmo. Todo tiene un sabor más intenso allá, la vida es más vida al otro lado del mar. Los muchachos enmudecieron, avergonzados de habitar aquella torpe réplica del paraíso que era la aldea, sobre todo en otoño, cuando el estertor de la lluvia no permitía ni imaginar el eco de aquellos tambores. Escuchaban su discurso, fluido y preciso, plagado de vainas exóticas, frutos imposibles de colores espléndidos, un sabor excitante que, según les dijo, no estaba hecho para todos los paladares. Hay quien no soporta el festín de los días, concluyó dirigiéndose a Aurelia con sorna. Nicanor Romero adoptó entonces un gesto de estudiada seriedad. Miró con firmeza a los ojos lánguidos de los dos muchachos y, cuando la tensión estaba a punto de estallar la loza, les lanzó su oferta sobre los platos del postre. No sé qué hacéis en este pueblo de mala muerte, vosotros que sois jóvenes y valientes deberíais venir conmigo a hacer fortuna. ¿Qué edad tenéis? Aurelia golpeó la mesa

con el puchero y un alud de minúsculas partículas de café salpicó el mantel formando una constelación desconocida.

No sabemos nuestra edad –se adelantó la muchacha con rudeza–. Perdimos la cuenta cuando murieron nuestros padres.

Nicanor Romero torció el labio superior. Aquella huerfanita morena, de cuerpo menudo y virgen no lo amedrentaba. Al contrario, le hacía gracia observar sus pequeñas garras de fiera desvalida. Si piensa que va a ganarme la partida es que se ha vuelto loca, se dijo extrayendo un par de habanos fragantes de su chaqueta de lino. En todo caso –añadió Nicanor con una lentitud exasperante–, Valentín ya tiene edad para fumar como un hombre y apuesto a que el año que viene les habrá salido la barba a los dos. Cuando eso ocurre, un muchacho está listo para embarcar. Volveré a por vosotros y os haré de oro. Les golpeó la espalda y ellos recibieron el gesto como un anticipo del gran banquete del mundo, y succionaron el puro que les tendía con un deleite fingido, porque aquello les supo a estiércol de mula y ni siquiera lograron disimular la tos. Nicanor Romero se inclinó sobre el oído de Valentín como una culebra dispuesta a atestar el bocado definitivo a su víctima. Las noches de Cuba hay que saberlas fumar –le susurró exhalando una columna de humo–. Yo os enseñaré.

Entre la espesura de las volutas, Valentín imaginó el vaivén de las palmeras en los días de viento, el oleaje rompiendo contra el malecón donde los negros se sientan para tocar esa música vibrante, soleada, tan distinta del lamento monótono de las tonadas de su aldea. Las noches doradas –repitió hipnotizado las palabras de Nicanor–, la espuma blanca del Caribe. Samuel paladeó el habano con un aire de superioridad que a Aurelia le pareció ridículo. Se ríe de vosotros, ¿no os dais cuenta? –les recriminó cuando el comerciante se hubo marchado–. Solo quiere tomaros el pelo. Ya podéis esperar sentados a que ese charlatán venga a buscaros para haceros ricos. Los chicos recogieron los restos del pescado, que ahora les parecía insípido en comparación con la frescura de la carne de la guayaba, y lo hicieron mirándola de reojo. Con rencor.

VISTIERON AQUEL AÑO UN ESPANTAPÁJAROS con ropa de muchacho: una camisa de cuadros color vino y un pantalón de dril remendado por todos los flancos que le dieron al monigote un aire de vagabundo alegre, la paja del pecho brotándole a través de los ojales del blusón, y trabajaron la tierra ajenos a la turbulencia que agitaba las páginas de los periódicos. Contaba el médico en su consulta que el ejército andaba levantisco por el norte de África, se debe estar preparando una buena, por fin alguien va a poner un poco de orden en este país. En la aldea las únicas noticias que llegaban a puerto lo hacían a bordo de los barcos o del paquebote del correo, pero, desde hacía cinco años, don Paco primero y la Generala después, se habían suscrito a dos

diarios de signo opuesto, así que cuando los aldeanos querían informarse acudían al cafetín de la pensión a beber un anisete o pretextaban algún dolor extraño y oscilante en la región lumbar para visitar el gabinete del médico. La Generala ofrecía además su visión particular de los acontecimientos y, entre copa y copa, relataba la crónica ácida de los sucesos del día. Los curas siguen siendo cuervos con sotana y las monjas prostitutas frustradas, anunciaba a sus parroquianos entre carcajadas. Para sosegar su ánimo, las muchachas hacían bailar discos de pizarra en el gramófono e interpretaban pícaras coreografías. «Ojos verdes, verdes como la albahaca». Un catorce de abril bailaron envueltas en la bandera tricolor improvisando un espectáculo de varietés al que arrastraron a la mismísima Generala a encaramarse sobre dos mesas y cantar alguna coplilla subida de tono. Aunque su estado de embriaguez le turbaba las letras, reinventaba jocosos finales en los que las criadas amanecían en la cama de los curas y los muchachos se instruían en las artes amatorias en brazos de viudas ricas. Todo era sátira en los labios de aquella mujer de la que se rumoreaba que había vivido en Madrid durante algunos años y conocía de primera mano los entresijos de la Corte. La señora –cuchicheaban las muchachas– frecuentó al mismísimo Alfonso XIII, con el que se dice tuvo más que palabras. Como su marido era un hombre importante… Abría la boca y se alzaba el telón de un teatrillo esperpéntico donde no quedaba títere con cabeza. «El día que nací yo, qué planeta reinaría». La música repicaba por los pasillos de la pensión con un soniquete que la instaba a taconear, escandalosa y procaz. Señora –preguntaba tímidamente un huésped–, ¿es cierto que usted conoció a su Majestad? La Generala reía a mandíbula batiente, su soberbia corpulencia sacudida en convulsiones que solían acabar en un ataque de tos y el curioso se sonrojaba hasta el cuello de la camisa. «Verdes como el trigo verde, y el verde, verde limón». Ese era más bien el rey de los sátiros, apuntillaba.

Aquel mes de julio el mar ondeaba alterado y el ánimo de la Generala acusó la incertidumbre. Parece que unos generales quieren robarnos el verano y la libertad, sentenció apurando de un trago una copita de endrinas. El bochorno se hizo insoportable durante las noches previas al estallido de la guerra. Los comerciantes, agoreros, sembraron inquietud en el saloncito del hostal, que permaneció aquellos días más silencioso que nunca. El país se alzaba en armas, aunque, según afirmaba don Paco mientras auscultaba a una criatura enferma de neumonía, aquello no iba a durar mucho tiempo. Antes del fin del verano todo estaría resuelto, el país reconstituido y los ánimos templados. Volverán –afirmaba el médico– las buenas costumbres y la paz a las calles de la capital.

Las muchachas de la pensión se pintaban lunares de gitana ante el espejo para evadirse del siniestro informe de los acontecimientos y, a la hora de la siesta, se perfumaban de jazmín bajo la cruz de sombra que proyectaban los reactores. Vienen a apoyar a los sublevados, mascullaban los huéspedes. Michelle arremetía con fuerza redoblada sobre las teclas del piano interpretando algún ritmo optimista, un foxtrot o una polonesa, en un breve intento de acallar el zumbido de los motores. Juegos de niños malos –suspiraba–. *C'est la vie*, señores; por favor, no dejen de bailar.

La Generala ya no lanzaba proclamas anticlericales. Vigilaba el horizonte con preocupación, como si temiese la llegada inminente de una ráfaga de plomo o de un tribunal. Aquí estamos a salvo. Esta aldea no sale en los mapas, solo en las cartas de navegación –le comentó a Dionisio en un aparte–. Pero si en algún momento descubres algo sospechoso, corre a avisarme. Tengo en casa unos documentos comprometedores, le rogó en voz baja. El hombre le guiñó el ojo izquierdo en señal de confianza porque el derecho ni siquiera sabía que estaban en guerra, más preocupado por otear el rastro de la sirena que por la batalla submarina que se libraba bajo los bancos de peces.

En los sermones dominicales don Serafín pontificaba las virtudes de aquellos militares rebeldes que pronto traerían al país cordura y prosperidad, las puertas del cielo se abrirán para ellos de par en par porque son valientes adalides de Nuestro Señor, clamaba solemne. Los feligreses escaseaban en la aldea. Apenas una docena de mujeres enlutadas, algunos niños vestidos con traje dominical de terciopelo y mangas de farol, el médico y su esposa, la hermana del cura –una mujer de rostro macilento e inexpresivo que llevaba gastada media vida en planchar sotanas– y el sordo Isaías, que a sus ciento dos años acudía puntual a todas las homilías ante el temor a encontrarse cerradas las puertas celestiales cuando llegase su hora. Los labradores, más dados a los dioses lares, dormían plácidamente con sus mujeres bajo las cobijas de lana hasta la hora del almuerzo, sin pensar en más redención que la del guiso de cabra que hervía sobre la trébede. Por su parte, los pescadores no eran hombres de pasear santos y preferían matar la mañana del domingo en el más concurrido de los templos: la taberna. Dos puertas más allá de la pensión de la Generala, Celestino, un antiguo vinatero lisiado de un brazo, despachaba vinos y conservas en un angosto almacén reconvertido en tasca donde los aldeanos se reunían a diario después de faenar. A pesar de su merma, o quizá gracias a ella, el tabernero había desarrollado la habilidad de servir una docena de vasos de vino con un solo chorro sin que la frasca le temblase en la mano, tomad y bebed todos de ella porque esta es mi sangre, bendecía con sorna las rondas de un caldo sin competencia,

porque ni los blancos ambarinos ni los tintos ácidos de uva Mencía que los viajantes transportaban desde la capital desmerecían los chatos de Celestino. Y es que, pese a que el mismo caldo llegaba a todas las mesas, solo en la taberna alcanzaba el punto exacto de mixtura entre la tierra y el mar. Cuando le preguntaban por su fórmula secreta, Celestino reía con ganas y respondía guiñando un ojo que no había más truco que el responso con que bendecía las frascas, pero algunos sabían que el posadero introducía erizos de mar en los toneles. Aquellos animales nadaban en el jugo desprendiéndose de su esencia marina en un regocijo etílico, porque hasta los erizos sucumben al espíritu de la vid, pregonaba el manco, y, gracias a aquella simbiosis, el vino adquiría un sabor a océano.

Don Serafín odiaba sin reservas a aquel hombre contrahecho que tenía la desfachatez de burlarse de la consagración a tan solo veinte pasos del templo. Renegaba de su voz de corcho hueco, de su pelo de maíz, de la barba montuna que no se afeitaba ni en los días de fiesta nacional pretextando que se trataba de un recuerdo de sus años como viñador en una isla volcánica donde aprendió todos los secretos del cultivo en bancales. Caminaba entonces descalzo por los malpaíses asomándose a los cráteres por ver si podía calentarse el almuerzo y, en un mal lance, un bufido le tiñó la barba de rojo lava y así la trajo de regreso. Rechazaba el cura su vino, aunque muchas habían sido las veces que el propio médico se lo había recetado para avivar el fuego circulatorio. Es una vergüenza que este alfeñique emborrache a los pescadores en el nombre de Dios, algún día esta iglesia estará más llena que ese antro que comunica directamente con el averno y entonces se tendrá que ir del pueblo con su tonel de demonios, perjuraba en la sacristía. Don Paco asentía, taciturno, y a las claras del día secundaba su predicamento, pero por la noche, cuando el cura ya había consumido el cabo de vela de su dormitorio, le encargaba a Samuel un par de frascas de aquel vino digno de cardenales. Cómpraselas al viejo –le apretaba las monedas en la mano– pero no le digas que son para mí. Y quédate con una perra chica por el recado. El chico se colaba sigiloso como un gato por un ventanuco de la taberna donde Celestino le despachaba de espaldas a su parroquia aquel elixir al que daba algún trago en el camino de regreso, porque su madre le había contado que a los niños les corre por las venas un rastro de leche materna que el vino transforma en sangre con los años, y Samuel quería crecer, crecer y echar la barba y embarcarse rumbo a América para hacerse tan rico como Nicanor Romero.

En los márgenes de la aldea, Aurelia y Valentín vivían como ángeles salvajes. Aquel verano recogieron la cosecha más abundante que recordaban desde los tiempos del padre. Aurelia tejía desde el alba, su hermano ordeñaba ahora las cabras y por la tarde se reunían en la

huerta para merendar un pedazo de pan con queso curado a la sombra de la higuera. Dormían la siesta al resguardo de aquella frescura, los insectos zumbando en torno a ellos en una danza infinita en la que morían y nacían sin dejar de batir las alas, hasta que alguno se colaba como un pensamiento funesto en sus oídos, despertándolos. Las vacaciones escolares devolvían a Valentín a aquella franja de tierra germinada. Despertaba cada amanecer con los últimos destellos del faro y sacaba a las cabras a pastar al prado más elevado, una extensión lindera con la falda alta de los riscos desde donde contemplaba, absorto, la amplitud del océano durante horas. Recordaba las palabras de Nicanor Romero, su promesa de llevarlo más allá de aquella frontera azul que le separaba del mundo. A su alrededor las cabras mordisqueaban las matas de hierba húmeda. También su hermana sorbía la sopa sin prestar oídos a aquella insurgencia que salpicaba los cristales de la cocina en los días de marejada con un fragor que a Valentín se le antojaba el bramido de todos los ahogados.

Un domingo al amanecer una barca irrumpió en el horizonte. Dionisio dormitaba a esa hora en su camastro tras una jornada apacible y solo Valentín fue testigo del avance silencioso de la chalana en la cuenca de la bahía. Guiñando los ojos distinguió la silueta oscura de dos hombres que enarbolaban una tela al viento cuyo emblema no supo descifrar. Desembarcaron al llegar a puerto y, tras escudriñar los alrededores, treparon a una torre vigía que se alzaba al final del espigón y allí izaron su bandera. Una cabra baló inesperadamente y el eco de su berrido se multiplicó en el auditorio de piedra hasta llegar al mar. El corazón de Valentín latió sobresaltado. Los hombres se giraron hacia la montaña y, por primera vez en su vida, el muchacho sintió miedo.

El mismo día en que la aldea celebraba la boda de Iria con un joven patrón de barco de la familia de Joaquín Candelas, dos hombres uniformados recorrieron las calles en busca del alcalde. Gumersindo, que así se llamaba el hombre que llevaba las cuentas del pueblo sin más ambición que un secretario, los recibió en su casa en camiseta de tirantes, embadurnado el rostro de espuma de afeitar. El tiempo se le había echado encima y su mujer, que ya había salido hacia la iglesia, le había dejado la camisa de los domingos planchada sobre la misma silla en la que uno de los forasteros apoyó su mano grasienta. Vaya sacando sus cosas del ayuntamiento porque este pueblo ha sido tomado por las fuerzas nacionales. No queremos ver ni solo un símbolo republicano en todo el pueblo, ¿entendido? Gumersindo asintió limpiándose apresuradamente el rostro con un paño. Estaba desconcertado. Algo había oído en la consulta de don Paco, pero no le había hecho mucho caso a lo que juzgó una algarada de la gente de

ciudad; de haber estallado una guerra realmente –razonaba– se disiparía en el océano antes de llegar a la aldea. Pero los dos fusiles cargados que apuntaban a su cabeza eran mucho más que un rumor de verano.

Irrumpieron en la iglesia en el momento en que el novio le ponía el anillo a Iria. Don Serafín empalideció en el altar durante los breves instantes que tardó en identificar el bando al que pertenecían aquellos uniformes descoloridos. Gracias a Dios, suspiró aliviado al ver que los hombres se persignaban, y concluyó la ceremonia atropelladamente, empujando a los novios y su cohorte de invitados fuera de la iglesia.

Alertado por Valentín, el farero aún tuvo tiempo de advertir a la Generala de la presencia de los militares. Ya han llegado y lo han puesto todo patas arriba. Los acompañan el cura y el médico, los malnacidos, en menos que canta un gallo los tendrá husmeando por aquí. La Generala no pareció inmutarse. Con mano firme le sirvió una copa de su mejor aguardiente, un licor –le dijo– a la altura de la ocasión. Brindaron con vehemencia y, tras despedirle, la mujer impartió a sus chicas instrucciones precisas sobre cómo actuar en caso de registro. Las muchachas debían entretener a los soldados el mayor tiempo posible mientras ella destruía en un hornillo los papeles más comprometedores. No os vayáis a pensar que soy una delincuente –ironizó–. Se trata de menudencias, pero conozco demasiado bien a esta ralea y cualquier cosa les puede aflojar el gatillo.

Media hora más tarde golpearon tres veces la puerta de la pensión. Una muchacha preguntó con ahogo quién llamaba mientras las otras colocaban en el gramófono un disco de Miguel de Molina, el preferido de la casa. Somos nosotros, respondieron, y como se hiciera un silencio, abrieron la puerta de una patada. Los dos hombres parecían hermanos a pesar de su diferencia de edad. El mayor era alto y seco como una estaca, los ojos hundidos en el pozo oscuro de las cuencas y un bigote recortado, canoso. El otro era visiblemente más joven, panza prominente, mirada embotada, barbilampiño, pelo rubio rapado al tres y unos cercos de rubor en las mejillas que delataban su origen rural. Queremos hablar con Pilar Cuesta Reglero, dijo el más viejo. Las muchachas enmudecieron. No sabían a quién se referían y a punto estaban de responderle a los soldados que se habían equivocado de casa cuando la Generala apareció en la sala vestida con un batín de moaré y aires perezosos de recién levantada. Aquí estoy, caballeros, ¿qué se les ofrece? –preguntó bostezando–. Disculpen el desorden, pero no acostumbramos a recibir visitas antes del almuerzo. Los hombres la recorrieron con la mirada. A solas –especificó el joven–.

Entraron en la oficina de la Generala cerrando la puerta tras de sí. En la sala, la música apagaba el murmullo de la conversación. «Apoyá en el quicio de la mancebía...». Casi una hora después se abrió de

nuevo la puerta y los hombres salieron con el mismo rostro impávido, seguidos de la Generala. Vengan cuando quieran –los despidió–. Ya saben que esta es su casa. El joven sonrió con una mirada turbia. Que sea la última vez que escuchamos la voz de ese maricón, apostilló señalando el disco que giraba sobre el plato del gramófono. «Dejaste mis brazos cuando amanecía y en mi boca un gusto a menta y canela». Todo ha cambiado, niñas –se derrumbó la Generala en el sofá de cretona–. Estamos en plena guerra y tenemos todas las de perder. Se acabó la fiesta.

AL DÍA SIGUIENTE CONVOCARON a todos los vecinos en la plaza del pueblo. Aurelia, que apenas salía de casa para comprar pescado, se enteró de lo sucedido en la voz entrecortada de Samuel y Valentín. Supo así de la historia inverosímil de un hombre seco como un alambre y otro seboso, una bandera distinta ondeando en el puerto, la guerra y los fusilados de ambos bandos, más allá de la bahía. La muchacha los escuchó sin dar demasiado crédito a sus palabras. Tienes que ir a la reunión, es importante. Y la sacaron a rastras del altillo, donde dejó a medio rematar un faldón sostenido sobre un miriñaque.

En la plaza los aldeanos acercaban sus rostros velados por el humo del tabaco, sacudían la pava y se separaban murmurando algo inaudible hasta encontrarse de nuevo, unos pasos más allá, con los mismos ojos de plomo. Desde la segunda fila, las mujeres comentaban en voz baja lo que sus hombres no se atrevían a decir, vigilando a los niños que corrían de un lado a otro encaramándose a los poyos de piedra para gritar sus nombres, excitados por lo eléctrico del ambiente. El alboroto de voces, chillidos infantiles y ladridos cesó cuando los militares se asomaron al balcón del consistorio flanqueados por don Serafín y don Paco. El más viejo alzó una voz de trueno que nadie hubiera imaginado que pudiera habitar en un cuerpo tan magro y el pueblo calló de súbito con obediencia ovina. Habló de la guerra en términos de Gran Cruzada Divina, elevados sus ejecutantes a la categoría de mártires, y alabó a los generales levantiscos en cuyo nombre la aldea había sido rescatada de las garras de la barbarie republicana. Hablaba con afectación y su compañero le secundaba agitando los brazos en el aire como los polichinelas de las ferias de agosto; gesticulaba con la misma vileza que los niños denunciaban a gritos desde sus asientos, señalando al títere culpable de la tragedia con dedo justiciero, solo que ahora todos escuchaban el parlamento con las bocas vacías, quietas. A partir de ese momento, anunció el más viejo, el nuevo alcalde sería el médico, don Paco, un buen católico en cuyas manos estarían tranquilos. El cura continuaría velando por la salud espiritual de sus pobres almas descarriadas y, a tal fin, era obligatorio acudir al santo oficio de los domingos, cumplir los

mandamientos y temer a Dios. Don Serafín sonrió henchido de satisfacción. Él sería el dedo delator, el ojo que todo lo ve, el guardián del rebaño. Por fin regresaban las virtudes del Antiguo Testamento, agradeció. Advirtieron de la próxima comunicación del listado de vecinos que deberían unirse a las filas del ejército nacional para luchar por la liberación del país y, solo cuando el balcón se cerró de un portazo y los aldeanos se dispersaron por las calles sin mediar palabra, con una pesadumbre que les quitó las ganas de beber y hasta de cenar iniciando así un ayuno que más tarde sería obligatorio, fueron conscientes de que la marejada de la guerra acababa de irrumpir en el paraíso.

AURELIA SE ESCURRIÓ entre la multitud arrastrando consigo a Valentín. Por el camino, observaba angustiada al hermano calculando cuál sería su edad. Echaba la cuenta de las cosechas, pero se le iban de las manos los días y los riegos. Valentín comenzaba a dar el estirón y ya apuntaba maneras de adolescente, el mismo porte altivo del padre, los ojos de cuco revelando la inteligencia de la madre. Si es necesario –pensó– le encerraré en los arcones del granero hasta que acabe esta locura. Pero el chico no figuraba en las listas que días después el alguacil clavó en la puerta del ayuntamiento. Las mujeres se apiñaron alrededor de aquel panel de madera verde deslucida por la lluvia. Algunas se cubrían el rostro y lloraban arrodilladas en el suelo; otras, suspiraban con alivio y alentaban a las menos afortunadas.

Días después partió una barcaza llena de muchachos. Entre ellos se hallaba el joven recién casado con Iria, que había alcanzado la mayoría de edad unos días antes de la boda. Por más que la muchacha se deshizo en súplicas ante los militares, aduciendo que no habían tenido tiempo de armar la casa ni de deshacer su ajuar, todo fue en vano, el país le necesitaba más que ella, le dijeron. ¿O acaso creía que su luna de miel podía retrasar el glorioso fin de la contienda?

La barca vacilaba atestada de ojos redondos y blandos, gelatinosos ojos de pez que se esforzaban por no romper a llorar delante de sus familias. Basta de lamentaciones –ordenaron los militares a un puñado de madres que se resistían a soltar la mano de los suyos–. Se van como aldeanos, pero volverán siendo héroes. Una anciana cuyo nieto iba en la barca se acercó al más viejo de los soldados. ¡Se van como vacas al matadero!, gritó con voz ronca. El hombre se giró hacia ella y, sin terciar palabra, la derribó de un golpe seco sobre las losas del puerto. Rugieron como lobos heridos los muchachos desde la barca, pero ya era tarde. Estaban lejos, demasiado lejos para defender su dignidad, y el alguacil que les conducía a la otra orilla no tuvo remilgos a la hora de continuar la marcha. La anciana sangraba por la boca como un pez de branquias desgarradas, la baba oscura fluyéndole en dos hilos paralelos. Nadie se atrevió a ayudarla. Solo cuando los militares se

retiraron maldiciendo la cobardía de aquellos críos, aquellos niñatos soberbios que aún tenían muchos piojos por criar en el frente, Aurelia le tendió una mano y la anciana se irguió resollando en el centro de una multitud helada. Sobre las piedras del puerto rodaron sus dos últimos dientes.

De todos aquellos muchachos solo uno regresó con vida a la aldea y lo hizo casi entero tres años después, dispuesto a sofocar el fuego del infierno que allí se había instalado. Tenía el cabello rubio y una cólera azul en la mirada que le ayudó a sobrevivir a los peores momentos de la guerra: las balas perforando su cazuela de hojalata, el olor de la carne quemada, suculento y repugnante como el de los cueros tostados del día de la matanza, la gangrena. Se llamaba Juan Mazurca y era el nieto de la anciana desdentada. Solo se tenían el uno al otro. Mientras la barca le alejaba de su casa, se juró que regresaría con vida y vengaría aquella humillación, aunque para ello tuviese que retorcerles el cuello a los ángeles. A los míseros ángeles en cuyo nombre iban todos directos al cadalso.

DURANTE AQUEL TIEMPO DE SOMBRA Aurelia no dejó de tejer ni un solo día. Los encargos de mortajas y mantillas luctuosas se multiplicaban cada vez que el alguacil clavaba en la puerta verde un nuevo listado de caídos en combate. Algunas mujeres requerían los hilados antes de recibir la fatal noticia a fin de no retrasar los sepelios. Nunca el camino al cementerio fue tan transitado. Don Serafín había dispuesto un pequeño altar móvil junto a la tapia para ahorrarle a los monaguillos el trabajo de empujar cuesta arriba una carreta con los instrumentos del viático cada vez que las barcas devolvían un nuevo ataúd de pino a la aldea. Las pescaderas eran las primeras en descubrir el mal augurio de la barca fúnebre adentrándose en la bahía y, desde esa distancia, calculaban las medidas de las cajas mortuorias con la esperanza de no hallar correspondencia con la talla de sus hijos. Ese no es el mío –se aliviaban–. El mío es un mozo largo que no cabe en ese cajón.

Había interrumpido, eso sí, la laboriosa tarea de atar todo lo amado ahora que la guerra evidenciaba que la expansión universal era solo un mal menor. El flujo del Universo nunca sería tan brutal como el odio. Al fin y al cabo –cavilaba– puede que la rabia nos separe antes que las estrellas.

Los militares se establecieron en el hostal de Juan Arriero, que les rindió vasallaje desde que se adentraron en el patio de la casa con un paso seco, marcial, clavando las suelas con la certeza de que los verdaderos amos de la casa tomaban por fin posesión de lo suyo.

Nunca América estuvo tan lejos como en aquellos días. Rotas las relaciones comerciales con el exterior ya no cabía soñar con la silueta de los trasatlánticos doblando el islote. Apoyado en la barandilla del

faro, Valentín contemplaba aquel horizonte limpio con mirada adormecida hasta que el sol se hundía en un mar sin rayo verde. Dionisio le pasaba el brazo sobre los hombros en un gesto de solidaridad, el ojo sirénico ligeramente humedecido, y le decía corre a casa, chico, que ya es la hora del toque de queda.

Todo el pueblo acudía a los oficios del domingo con expresión sumisa, el traje almidonado, los cabellos infantiles envueltos en una nube de colonia de hierbas. Tan solo Celestino y la Generala se encerraban en sus cuarteles los domingos por la mañana, pero, a pesar de que el párroco señalaba con su dedo inquisidor el recodo del puerto que ocupaban la pensión y la taberna, nunca consiguió que los militares precintasen sus negocios. La Generala pagaba caro el precio de aquella deferencia. A cambio de hacer la vista gorda, los milicos tenían vía libre dentro de la pensión y allí acababan la jornada, bebiendo una tras otra las botellas de ron que ella custodiaba como oro líquido en la alacena, cabalgando después a las muchachas hasta caer rendidos entre sus muslos. Interrumpido el comercio con América, los únicos tratantes que desembarcaban eran aquellos hombres pacatos de la capital que vendían pucheros y paños bastos a precio de peso. El negocio languidecía y, por primera vez en su vida, la Generala comenzó a racionar el alcohol, el consumo de carne, los huevos. Los soldados, en cambio, no conocían estrecheces. Tomaban lo que deseaban de cada casa: el vino marinado de Celestino, al que saqueaban a diario en ingentes cantidades, los peces más hermosos del mercado, la leche aún caliente de las cabras de Valentín y Aurelia. Acudían a su casa cada mañana para hacer la requisa y, mientras la muchacha apretaba las ubres de las cabras con desolación, el más joven la miraba con unos ojos que la estremecían. Era un hombre zafio que olía a sudor y a queso agrio; incluso cuando ya se había ido, su aura nauseabunda permanecía en el cuarto durante horas. Una mañana, al tomar el cántaro de leche, el hombre rozó su mano con la suya en un gesto premeditado que a Aurelia le resultó repulsivo. Pajarica, le dijo, y torció una boca que parecía llena de plumas negras.

La tierra languideció. En las huertas nacían unos tomates anémicos, tristes pellejos en comparación con el rubor de otras cosechas; las cebollas eran pechos caídos; las judías, que siempre se habían dado jugosas, degeneraron en raquíticos filamentos sin fruto. También el maíz blanqueó su grano y las mujeres recurrieron a la molienda de raíces de helecho, que pulverizaban sobre una piedra hasta obtener el polvo fino de la harina de barrilla. Vencida la tierra y limitado el comercio, el mar se convirtió en su principal fuente de sustento. Joaquín Candelas volvió a pescar de noche acompañado de su hijo, Samuel, y del propio Valentín, que en aquellos días comenzó a hacerse a la mar. Esperanza los despedía con una cesta de víveres en la mano,

el corazón encogido por la previsión de las mareas. A lo lejos, canciones revolucionarias repicaban en el gramófono que la Generala había escondido en su alcoba. Cualquier día la van a pillar y nos cierran el negocio, le reconvenían las muchachas. La dueña se encogía de hombros y apuraba su copa de anís. Total, ya estamos todos muertos.

El médico alternaba su consulta con el despacho en el ayuntamiento. En connivencia con el párroco habían creado grupos de mujeres dedicados día y noche a rezar el rosario por la victoria de sus soldados, de modo que siempre debía haber alguien declamando los misterios gozosos en el reclinatorio o todos arderían en las simas del infierno. Organizaron disparatados turnos que obligaban a las mujeres a despertarse en mitad de la noche para relevar a la anterior oradora porque, según predicaba don Serafín, el silencio era cosa de ateos. Las rezadoras se morían de frío arrodilladas junto al altar mayor con los dedos picados de sabañones sin dejar de elevar aquella plegaria infinita que se extendió por la aldea como una serpiente. Y ese reptil se colaba en los dormitorios de los niños, cuyo sueño envenenaba a fuerza de diluvios, amorosos castigos del Divino; trepaba por los emparrados hasta alcanzar el lecho de las viudas, que empapaba de una lluvia fría, para terminar filtrándose por una brecha abierta en el tejado de la casa parroquial, donde acariciaba la figura de Encarnación deteniéndose, lujuriosa, en cada corva. Al llegar a la cama del cura, la oración giraba en torno a su respiración corrupta, olorosa a vino robado, asado y buen yantar, y se iba por donde había venido, aborrecida. La aldea había sido tomada por una beatitud enfermiza y poco tiempo después ya nadie recordaba cómo era la vida en libertad.

MESES MÁS TARDE la escuela reabrió sus puertas por mandato militar y los muchachos retomaron las enciclopedias y el plumier como si nada estuviese sucediendo más allá de las cuatro paredes del aula. Valentín y Samuel pertenecían al grupo de los mayores y gozaban del privilegio de sentarse junto a la ventana más amplia, que enmarcaba veinte pulgadas de mar por las que evadirse de los quebrados y los ejercicios de caligrafía mientras los más pequeños sumaban con ayuda de los dedos en las filas traseras. Compartían pupitre chicos y chicas, clasificados por edades, y don Heliófilo repartía su tiempo entre todos como mejor podía. El primer día de escuela de aquel septiembre el maestro se presentó ante sus alumnos con aspecto ceniciento. Ojeras, arrugas en la frente, calvicie. Había envejecido diez años en un solo verano.

Como todos sabéis, las cosas están cambiando en nuestra aldea, pero también en el resto del país. Más allá de esas rocas que nos separan del mundo suceden cosas y algunas son terribles. Este verano

sangriento se ha llevado por delante a una de las mejores voces de nuestra literatura y yo querría que no olvidarais sus versos ahora que los libros arden en las trastiendas. Tal vez en un futuro sean un consuelo para vosotros. Sacad los cuadernos, vamos a hacer un dictado. Don Heliófilo carraspeó antes de empezar a leer, con una voz algodonosa y lenta, que trastabillaba a ratos por la emoción.

Quiero dormir el sueño de las manzanas,

alejarme del tumulto de los cementerios.

Quiero dormir el sueño de aquel niño

que quería cortarse el corazón en alta mar.

No quiero que me repitan que los muertos no pierden la sangre;

que la boca podrida sigue pidiendo agua.

No quiero enterarme de los martirios que da la hierba,

ni de la luna con boca de serpiente

que trabaja antes del amanecer.

Quiero dormir un rato,

un rato, un minuto, un siglo;

pero que todos sepan que no he muerto.

El maestro levantó la vista del libro. Tres decenas de rostros lo admiraban lívidos, con un pavor en los ojos en el que creyó leer su propia exaltación. Les sonrió con tibieza y en ese instante percibió un aroma a armario cerrado y tocino rancio que le hizo girar la vista hacia la sombra siniestra de dos hombres apoyados en el quicio de la puerta. Un temblor le sacudió de pies a cabeza. No era un hombre vehemente, al contrario, su carácter reflejaba la placidez de los estanques, y tardó unos segundos en recuperar el aliento necesario para preguntarles qué se les ofrecía. Los militares le arrancaron el libro de las manos, examinaron la portada brevemente y el más viejo lo lanzó por la única ventana abierta. El libro trazó una elipse en el aire antes de precipitarse sobre las rocas. En el interior del aula los muchachos contuvieron la respiración. No sé qué sandeces le está metiendo usted a los chicos en la cabeza pero no va a seguir haciéndolo en esta escuela, gritó el joven. Los hombres se acercaron tanto a don Heliófilo que este pudo sentir la aguja del vino en su aliento. No supo qué responder. Alguna de sus glándulas había comenzado a segregar una adrenalina viscosa que bloqueaba cualquier intento de heroicidad. Guardó silencio mientras los dos hombres

rebuscaban en el armario. ¿Dónde guarda vuestro maestro la vara de los castigos? Una niña de la primera fila respondió con voz débil que el maestro no les pegaba nunca y esto los encolerizó aún más. Entre los mapas de Europa hallaron una fusta con la que el profesor señalaba los puntos más altos de la geografía continental, aquellos países nórdicos, lejanos, cuya nieve nunca habrían de hollar. A veces son los maestros los que merecen un castigo, se mofó el mayor. Y el joven blandió la vara en el aire.

Le obligaron a bajarse los pantalones delante de los muchachos. Apoyado sobre su mesa, de espaldas a los pupitres, el maestro dobló el espinazo con dignidad de mártir. Los militares comenzaron a azotarlo ante el estupor de aquellos ojos infantiles que nunca habían visto a un adulto sufriendo en sus carnes el silbido del látigo. Valentín no habría de olvidar jamás la imagen de sus nalgas blanquísimas surcadas de líneas encarnadas. Tangentes, paralelas, secantes. Las mismas líneas estudiadas en la negrura del encerado marcaban ahora la piel del maestro, que soportaba el agravio en silencio, apretando los labios, dispuesto a la asfixia con tal de no gemir de dolor en presencia de sus alumnos. Ese estoicismo excitaba aún más a los hombres, que arremetían contra sus posaderas con saña; le escupían en la espalda y de nuevo chasqueaban la vara, hasta que Valentín, en un arranque de ira, saltó por encima de su pupitre llamándolos bastardos. No le mataron porque el maestro, aún con las calzas bajadas y muerto de vergüenza, consiguió alejarlo de aquellos hombres que lanzaban espumarajos por la boca y amenazaban con descerrajarle dos tiros allí mismo. No me hace falta un paredón para eso, gritó el más joven desde la puerta de la escuela, pero el chico no le oyó porque corría como el matacán de los cuentos de las viejas, montaña arriba.

NO SABÍA ADÓNDE IR. Por el camino se cruzó a Esperanza e interrumpió un instante su carrera sin encontrar palabras para describir la infamia. Me van a matar –le dijo al fin– y huyó con las mejillas enrojecidas por una callejuela en cuesta. No tardó en alcanzar la zona de las huertas, donde saltó las medianas de piedra sin responder al saludo de los labradores que a esas horas echaban el primer trago apoyados en los tocones de las cercas. Después rodeó el bosque siguiendo los claros por los que bien sabía que no se toparía con los rebaños, que en esa época eran tres sin contar con sus propias cabras. Al llegar a la montaña supo que no había escapatoria. La aldea era una jaula inexpugnable rodeada por el roquedal, cuyo abrazo completaba el mar por el otro flanco y, sin barca ni conocimientos precisos de navegación, aquella puerta infinita suponía el final de la huida.

Pasó toda la noche escondido en una pequeña oquedad de poco más de un metro de altura conocida como la cueva del bandido. Al alba,

avistó la luz de un fanal que se aproximaba flotando en el aire. Este es el fin, pensó. Y cerró los ojos esperando el impacto de las balas. La luz se detuvo en mitad del aire, osciló un instante como si dudase del camino a seguir, y alguien tosió antes de decir sal de ahí, chico, no hay peligro. La sombra se alongó sobre las rocas desde la estrella lúgubre de un farol de aceite. Valentín salió de su guarida temblando como un cordero y el hombre se acercó la luz al vientre para mostrarle la boca abierta de su morral. Coge un poco de pan con tocino, te quitará el hambre esta noche, le ofreció. El niño quiso gritar su nombre, pero la sombra de Celestino le instó a no perder el tiempo en melindres. Saciada la urgencia del hambre, el manco le explicó la situación. Los militares le habían buscado todo el día como perros de caza y, al no dar con él, habían detenido a Aurelia para que declarase en el calabozo del ayuntamiento. Allí don Paco había intercedido por ellos diciéndole a los milicos que eran unos huérfanos a los que nadie había enseñado modales. El chico tiene una minusvalía que yo mismo le diagnostiqué al nacer y el pobre no sabe lo que hace, aseguró. Los soldados se aplacaron, pero aún exigían un resarcimiento. Si no bajas al pueblo mañana se vengarán en Aurelia. Tienes que ser un hombre, le espoleó el tabernero tendiéndole una bota de vino para que entrara en calor. A Valentín le ardió la garganta.

Se despidieron en lo alto de las rocas. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?, le preguntó antes de que la sombra se emboscase entre la maleza. El manco giró su fanal. A la luz temblorosa de la llama su rostro parecía una máscara. Porque yo también me escondía aquí cuando era un pájaro como tú, contestó. El muchacho siguió la estela mandarina del farol hasta que la oscuridad borró de un brochazo cualquier vestigio de luz. Pensó en Aurelia. Tendría miedo. Tanto como él. Se ovillaría en su altillo como aquel erizo que apareció en la huerta hecho una bola de pinchos y hojas de hiedra. Tal vez pensase que estaba muerto, que nunca volvería a verlo. Sintió un dolor profundo y antiguo. Eran huérfanos. El médico había dicho que eran unos pobres huérfanos. Eso eran para la aldea, unos muchachos salvajes, sin dominio. Vagabundos. Y su hermana… Atándolo todo había estado durante años, medio loca. La muerte del padre la había trastornado. Él casi no se acordaba de él. Solo sabía que bebía mucho y que se dormía sobre la mesa. Recordaba el tacto de su pantalón de pana, el sonido hueco de una voz muy grave, como de gigante, o tal vez lo imaginaba porque él era muy pequeño cuando todo aquello sucedió. Ahora vivían en la miseria. Cuatro cabras y dos dedos de tierra. Eso era todo. Aurelia dejándose los ojos en la rueca, hilando y tejiendo toda la noche. Y ahora retenida por su culpa, con aquellos dos hombres que olían a ganado. No lloraría porque ella era dura, lo guardaba todo dentro y no le enseñaba a nadie el hueco de su dolor.

Ni a él se lo mostraba. A él menos que a nadie, porque era lo que más quería. Lo había criado siendo ella una niña. Sin ella se habría muerto poco después de nacer. Se lo había escuchado decir a las vecinas, que si no hubiera sido por la Aurelita él estaría criando malvas en la tumba de los padres. Un remordimiento le hirió en lo más íntimo. Debía haber regresado con Celestino a liberarla del sufrimiento de la espera. Pero esa noche ya no podía ser, esa noche mejor dormir sobre las rocas, donde nadie lo alcanzara. Ni los malos sueños llegarían tan alto. La reverberación del mar era soberbia en aquel punto, y el rumor amplificado de las olas fue lo último que escuchó antes de cerrar los ojos.

LE ATARON A LA PICOTA, los pies y las manos anudados con doble cuerda de esparto, y congregaron a todo el pueblo a su alrededor para anunciar que hasta los niños debían obediencia al poder y que no consentirían ni una sola falta de respeto más sin disparar el fusil. El soldado joven reía encañonándoles en la distancia. Apuntaba hacia un rostro demudado por el pánico, iniciaba el gesto de apretar el gatillo y finalmente desviaba el disparo al aire. Algunos se desmayaban.

Permaneció allí todo el día, sin comer ni beber, porque los militares habían amenazado de muerte a quien osara vulnerar el cerco de estacas clavadas en torno a la picota. Horas antes su hermana había visitado al párroco. Aurelita, tú bien sabes que os aprecio, pero tu hermano está cometiendo errores muy graves. Si tus padres viviesen me agradecerían que tuviese mano dura con él. Mira que defender a ese rojo… Don Serafín hablaba en un tono paternalista que le pulsaba la bilis y la mención a sus padres se le clavó en el vientre como un puñal. Pensó con tristeza en los ojos de cuco de Valentín, condenado a escarnio público por defender a un hombre de la humillación. Madre estaría orgullosa de él, pensó.

El muchacho se quedó solo, atado como un pájaro al puntal de piedra. En la aldea no tenían ánimo para venganzas. Hacía meses que sufrían de un hambre acrecentada por el odio hacia sus carceleros, más doloroso que el vacío en el estómago. Incluso don Paco era un títere más en manos de los militares. Tan solo el cura continuaba defendiendo la virtud de aquellos hombres que obligaban al pueblo a escuchar misa mientras yacían con las prostitutas.

Dos días después permitieron que Aurelia lo desatase. Tenía las muñecas y los tobillos desollados por el roce de la cuerda y de tan débil como estaba se desmayó en sus brazos como un santo moribundo. Su hermana lo envolvió en una manta y con la ayuda de otras dos mujeres lo llevó a casa en volandas y allí durmió durante tres días seguidos. Al despertar no tuvo fuerzas para levantarse, le dolían los huesos y las tripas y algo que no podía ubicar. La imagen de las nalgas cubiertas de latigazos de don Heliófilo volvió entonces a su

memoria como un mal sueño. Quiso visitarlo, pero su hermana le prohibió que saliese de la casa. Le acercaba a los labios un caldo ralo de hortalizas y un cuenco de leche de cabra para que tomara fuerzas y le rogaba que no la hiciese sufrir más, pero, semanas después, ella misma le acompañó a casa del maestro saltando sobre los pajares como dos fugitivos. Golpearon la puerta y esperaron sin percibir el más mínimo aliento de vida; nada que no hiciese pensar que aquellos muros eran el comienzo de una ruina. Cuando ya estaban a punto de abandonar el rellano, la cancela se entornó y al otro lado apareció el maestro, sucio y despeinado, los ojos hinchados, vestido con una camisa rota y un pantalón de tergal atado con un cordel a la cintura. Las heridas le dolían tanto que solo podía permanecer de costado en la cama y en esa postura se había aletargado durante aquel tiempo en el que nadie le había visitado, porque los militares rondaban la casa y ni el propio médico se había atrevido a hacerle las curas. Llevaba días sin comer, dejándose crecer la barba, hablándose a oscuras por hacerse compañía. Le preguntaron si le dolía mucho ahí abajo y respondió señalándose el pecho que le dolía más allí dentro y rompió a llorar como un niño. Los hermanos no supieron cómo reaccionar; se fueron de allí ahítos de tristeza y, al cabo de unas horas, Aurelia regresó furtivamente con un atado de frutos secos, pan y un poco de queso que don Heliófilo le agradeció entre lágrimas. Le contó que ya no era maestro, que ahora la hermana del cura se encargaba de impartir las dos únicas materias a las que se había reducido la educación de los muchachos: religión e historia nacional. Don Serafín le había mandado aviso de que no se quejase, mejor eso que ser fusilado. Después de todo había tenido mucha suerte. Mucha suerte. Y repetía esta frase con una voz mecánica que a Aurelia le inspiró temor.

Valentín no volvió a la escuela y en esta ocasión Aurelia no tuvo nada que objetar. Mejor sería que se quedara en la huerta pelando guisantes o con las cabras risco arriba, donde los milicos no se le cruzaran. Cada día visitaba al maestro siguiendo el camino periférico que cruzaba el molino de maíz; rodeaba los cobertizos en ruinas y descendía por un callejón de no más de un metro de anchura hasta alcanzar la puerta trasera de la casa. Los militares andaban ocupados con los alistamientos y pasaron por alto aquella amistad que de otro modo habrían atajado con una ráfaga de plomo. Siempre le llevaba algo de comer: un bacalao seco, unas manzanas, un puñado de castañas. Se sentaban en el saloncito del profesor y charlaban durante horas. Don Heliófilo le hablaba de astronomía, de la belleza humilde de las enanas marrones, de la flama exaltada de las gigantes rojas. Estudiaban con atención las fases lunares, asomados como topos al balcón de la casa, capaces de percibir el centro del Universo en una mesa camilla, circular y fulgurante como un ojo abierto de par en par.

Desde su retrato, Rosalía les observaba con expresión lánguida. Era mi mujer –le confesó una noche–. Murió siendo una adolescente. Y Valentín callaba porque adivinaba en su voz una herida sin cauterizar y él era aún demasiado niño para hundir los dedos en esas llagas.

Guardaba el telescopio en el doble fondo de un arca desde el comienzo del asedio. Lo había construido él mismo siguiendo los prototipos de Galileo con alguna variación en la curvatura de las lentes que, dado el tiempo transcurrido y los avances acumulados, había estimado pertinente. ¡Qué gran hombre, Valentín! Un visionario. Tan inteligente como para negar ante los necios su sabiduría con tal de seguir estudiando el cielo, clamaba. Con aquella prolongación del ojo más agudo observarían las lunas de Júpiter, las estrellas dobles, los anillos de Saturno, alguna nebulosa oscura. Valentín asentía emocionado. En aquellos tiempos grises en los que la aldea era un desierto al caer la noche, la posibilidad de volar lejos de los militares, del toque de queda y de la salmodia de los rezos, era lo más parecido a soñar despierto. Hasta el pescado había perdido su sabor por mucho que lo sazonasen. Los inviernos escarcharon el pueblo durante meses y los veranos se convirtieron un triste correr de días bajo un sol vítreo que apenas calentaba lo suficiente para madurar la fruta. La tierra fue asolada por varias heladas consecutivas que convirtieron la huerta en un campo de fractales. Aurelia se afanaba en la costura con los dedos entumecidos y trataba de extraer de la tierra la limosna de algún vegetal. Una mañana, al apretar las ubres de las cabras, un chorrillo de suero salpicó el suelo. Estaban secas.

LA GARRA DEL HAMBRE aumentó su crudeza. Tras devorar la cena, los militares profanaban los lechos de las muchachas, enfermas de debilidad, a las que forzaban rehuyendo el aliento del hambre para salir después por la puerta trasera como aves de rapiña amenazándolas con pegarles un tiro si les contagiaban la tuberculosis. Las rameras sois nidos de infección, y les soltaban uno a uno los deditos famélicos con los que se agarraban a su pechera suplicándoles un trozo de pan o, al menos, unas mondas de patata. La angustia ajena no les quitaba el sueño. Al contrario, el miedo de los otros los encumbraba. Dormían plácidamente entre las sábanas de lino de Juan Arriero, interceptaban las canastas de peces –que vendían en otros puertos, de contrabando–, y acosaban con una mirada de perro babeante a todas las mujeres, especialmente el más joven, cuya lujuria parecía inagotable. Incluso llegó a perseguir a la hermana del cura por la galería acristalada de su casa, alargando unas manos como pinzas para pellizcarle los pechos de camino a la despensa, donde no solo saqueaban su cuerpo sino también las rémoras de cacao y galletas de guayaba que Encarnación escondía en el fondo de una lata. Nada quedaba ya de los tiempos gloriosos de los trasatlánticos, ni una

migaja de aquel pasado reciente y sin embargo lejano en el que todos se recordaban felices, desagradecidos.

La sangre de los enfermos se coaguló en todas las casas. Don Serafín ya no se henchía de orgullo ante un templo rebosante de ojos amoratados por la penia. Nadie, ni siquiera él, confiaba en que un dios magnánimo fuese a descender de las alturas para rescatar a su pueblo de los tiranos, como dieron en llamar a los militares en la clandestinidad de la taberna y de las alcobas. No importaba el bando al que perteneciesen, habían traído la pobreza y la opresión al pueblo y lo habían hecho de un modo igualitario: robaban al rico y al pobre sin distinción de clase. Hasta el médico era un lacayo más de aquellos hombres cuyo nombre nadie conocía. Milicos, soldados, tiranos, diablos. El enemigo común.

DURANTE LA HORA que seguía a la puesta de sol trataban de vislumbrar la silueta de Mercurio. Don Heliófilo vivía obsesionado con su observación y había inoculado este veneno en Valentín, que ya no podía clavar la vista en tierra sin acusar la pérdida de tanta magnificencia como había allá arriba. Juntos convencieron a Samuel para que se hiciera a la mar cuando todos regresaban de la faena con el señuelo de que si conseguían avistar el planeta podrían pedir un deseo. El muchacho se había convertido en un pescador tan hábil como su padre, pero aún alentaba la esperanza de embarcarse hacia América algún día. Quiero asomarme al otro lado de la mar, repetía en casa, en la taberna, en el puerto. Pero no era tiempo de soñar con grandes viajes cercados por la guerra como estaban, y la barca al atardecer suponía una discreta insurrección. Los militares les dieron el alto en varias ocasiones. Trataron de explicarles que solo querían acercarse a los gemelos Cástor y Pollux, a las hermosas Pléyades y al pensamiento de Giordano Bruno, Keppler y Galileo. Los hombres se miraron con indolencia. Está bien –concedió el mayor–. Espero que no sean cosas de rojos. Toda esa gente que ha nombrado… ¿Trabajaba para la República? Don Heliófilo suspiró negando con la cabeza, pero el desaliento no duraría porque mar adentro la estupidez humana era un accidente ínfimo. Algo pasajero. Azaroso. El maestro se emocionaba mostrándoles las cadenas de satélites. Calixto, Europa, Ganímedes, Ío. Mirad qué belleza tan insolente, muchachos. Cuando ya no estemos aquí, cuando ya no quede de nosotros ni el recuerdo, ellos seguirán girando allá arriba. Qué soledad tan perfecta, ¿podéis oírla?

El toque de queda los devolvía a sus cuarteles con el pensamiento cuajado de luz. Samuel abría la puerta y Esperanza leía en su mirada una dimensión distinta. Pareces alunado, hijo. ¿Tienes fiebre? Aurelia no necesitaba hacer preguntas. De sobra sabía de dónde venía su hermano. Ten cuidado –le advertía mientras colgaba el huso–. Si los

milicos sospechan pueden prenderos fuego. Valentín le besaba la frente y se acostaba con la cabeza girando como un satélite más, borracho de aquel vino pálido de los astros que le hacía olvidar los sabañones y hasta el hambre.

LA CUERDA SE ROMPIÓ un viernes de cuaresma. El día se levantó amenazando lluvia con un cielo alborotado de gaviotas. Los pescadores salieron a faenar, pero dos horas más tarde regresaron con las redes vacías y el ánimo tan picado como el mar. Se refugiaron en la taberna de Celestino según era costumbre en días de marejada y allí encontraron a Dionisio apoyado en la barra con la mirada más perdida que de costumbre. Le preguntaron qué le ocurría y escucharon un rumor extraño en su silencio. Celestino le señaló con su único índice. Mirad, tiene los dos ojos torcidos. El ojo virado a la derecha había ganado el pulso con su opuesto arrastrándolo a su territorio y aquello a los marineros les hizo tanta gracia que brindaron entusiasmados por el triunfo del más loco. Dionisio continuó ausente, bebiendo su vino sin mediar palabra. Al cabo de un rato, cuando todos se habían olvidado de él y departían sobre el último ultraje de los militares, se escurrió por el ángulo más oscuro de la taberna dispuesto a perderse en el laberinto del barrio de pescadores. Caía un agua mansa. Por el camino se cruzó con los soldados que subían la cuesta para confiscar leche en casa de Aurelia. La muchacha entreabrió la puerta y les dijo que no había nada que requisar. Las ubres están secas como pellejos. Estas cabras tienen más hambre que nosotros. Trató de cerrar la hoja de madera, pero el más joven la empujó hacia el interior con unas manos pegajosas que le quemaron los pechos. A ver si las tuyas tienen leche para darnos. Y rieron, el más joven con ansiedad, el viejo con un chirrido de muelle oxidado. Quiso gritar, pero el miedo la derrumbó sobre la mesa de la cocina. El soldado forcejeó como un lobo tratando de abrirse camino entre el bosque de sus piernas mientras el mayor vigilaba la puerta de reojo sin dejar de jalearle. Esta es virgen, no como las putas, reía. Por fin consiguió que el aire brotase de su garganta tomando la forma de un alarido estentóreo. Gritó con todas sus fuerzas, pero su voz se licuaba en el aguacero. No grites, zorra –le susurró el lobo– porque nadie te va a oír. Pensó fugazmente en su hermano y el pánico se apoderó de ella. Deseó que no regresase en ese momento con cualquier excusa para descansar del trabajo en la huerta; lo quería lejos de los depredadores, lejos de aquel páramo húmedo y violento que era la cocina. Comprendió que su carne intacta era una ofrenda con la que saciar a la jauría y aflojó las piernas pensando en Valentín. Solo quería que se fuesen, que se fuesen rápido, sin dejar más huella que un charco sucio en el suelo, porque si a ella la violaban a él lo matarían por pura rabia. El más joven desenvainó un sexo afilado y Aurelia cerró los ojos con la ingenua creencia de que

el dolor disminuiría si no veía aquel rostro desencajado. Suplicó a la Fuerza de la Expansión Universal en la que tan firmemente había creído siendo una niña que actuase en aquel momento desasiéndola del cuerpo maloliente que la aprisionaba contra las tablas, pero el aliento del hombre continuó ahí, adherido a su cuello. Recordó a su madre clavando la aguja en la tela al comenzar el hilván, mostrándole el arte de coser un género delicado que no conoce puntada, y se refugió en esa imagen dispuesta a recibir la primera embestida, pero solo sintió que la presión de aquellas garras vacilaba en sus muñecas. Temblor. Entreabrió los ojos y vislumbró una silueta entre los hilos de lluvia, el perfil intermitente de un hombre que apuntaba hacia ellos el rifle olvidado por el soldado más joven junto a la puerta. Váyanse ahora mismo de esta casa o les pego un tiro a los dos. No lo voy a repetir.

Una fiebre dulce la obligó a cerrar los ojos. No quiso ver el patético gesto del milico abrochándose la pretina, la mirada cargada de odio del más viejo, la calma posterior que inundó la casa de extrañeza. Intuyó que su salvador la observaba desde la puerta porque podía escuchar su resuello, pero no le devolvió la mirada. Concentró toda su atención en la cantiga incesante de la lluvia hasta que la puerta se cerró de un golpe seco de mano o de viento. Diez segundos de silencio le confirmaron que estaba sola. Entornó entonces los ojos. Una mancha de humedad comenzaba a calar el techo descolgándose en un hilo brillante que caía, gota a gota, sobre el sudor de su frente.

CUANDO VALENTÍN LLEGÓ A CASA un plato de sopa le esperaba sobre la mesa como todos los días. Después de comer, Aurelia recogió las migas de pan procurando no rozar con su piel aquellas tablas que aún le olían a sudor y sebo rancio y le dijo a su hermano que estaba cansada. Voy a acostarme un rato. Subió a su alcoba agarrándose al tronco de la baranda y se desplomó sobre la cama. Lloró. Hacía años que nada conseguía quebrarla y su dolor se diluyó en aquel llanto hasta dejarla dormida. Cuando despertó ya era de noche. Llamó a Valentín, pero nadie respondió. La casa estaba vacía o inundada y una premonición funesta apuntalaba las paredes. Bajó corriendo las escaleras y salió de la casa. La calle era una sucesión de charcos que sorteó con poca fortuna, apoyándose en las rocas que jalonaban el barrizal, pero ni la humedad que le calaba las botas ni el frío de la madrugada lograron disuadirla en su avance hacia algo que aún no podía nombrar. Al llegar a la plaza comprobó en el reloj del ayuntamiento que ya habían transcurrido dos horas largas desde el toque de queda. No le importó. El rumor proveniente del puerto la retrajo a los tiempos en los que allí se celebraba un bullicioso mercado. Hombres y mujeres se arracimaban alrededor de tres metros de suelo y Aurelia se abrió paso entre ellos con el corazón desbocado.

En el centro del círculo halló a un hombre derribado sobre un charco de agua, ligeramente rosada en sus contornos. Le han disparado esas dos bestias en el mar, denunció alguien. Aurelia apartó a dos niños que admiraban con ojos alucinados la estampa brutal y bella de un hombre muerto bajo la lluvia. Lo vio mejor entonces. Las ropas empapadas y una flor de sangre mustiándose en su pecho; un gesto confuso en los labios, como si aún le quedase por decir una última palabra, su ojo derecho vuelto hacia el mar seguido del izquierdo, tan dócil. Dos pescadores le habían visto subir a su barca nueva más alterado que nunca. Uno le preguntó adónde iba. Él respondió que a buscar a la sirena. Llevaba un fusil en la mano, aseguraron, pero al subir a la barca lo tiró al mar haciendo aspavientos. Los otros le dispararon por la espalda cuando trataba de escapar mar adentro. Peor que a las liebres, dijeron. Aurelia sintió que la tierra se hundía bajo sus pies, que la aldea entera se sumergía en las aguas y desaparecía por siempre en la oscuridad de los fondos abisales. Que el farero se llevaba la luz y cualquier posibilidad de salvación.

LOS HUÉRFANOS PIDIERON PERMISO para lanzarle al mar. Eso es lo que él hubiese querido, explicó Valentín con un nudo en la garganta. Pero don Serafín se negó argumentando que los hombres que flotan en las aguas nunca llegan al cielo y que aquel pobre demente merecía una tumba en tierra firme como mandan las Escrituras. Cuando todos se fueron del cementerio, el muchacho acercó los labios al montículo de tierra húmeda que cubría a Dionisio. Yo la buscaré por ti, susurró.

Aquella misma noche, envueltos en la silenciosa penumbra que los había dejado sin hambre ni palabras, un haz de luz barrió la cocina y, por un momento, todo lo ocurrido pareció un mal sueño. Alguien había encendido el faro y con él la triste evidencia de que la vida reanudaba sus rutinas al margen de Dionisio. Aurelia estrechó una mano de Valentín entre las suyas dispuesta a contarle lo sucedido sobre aquella misma mesa en la que reposaban dos platos intactos, los únicos supervivientes del ajuar de la madre, pero su hermano estaba demasiado lejos para escuchar su vergüenza. Algo había soltado amarras dentro de él, iniciando una navegación al pairo que la dejó sin habla. La casa se balanceaba al ritmo de las olas, ellos mismos flotaban sobre el mar bajo una luna menguante, mísera, y aquel faro fantasma era el último vigía.

DÍAS ANTES DEL FIN DE LA CONTIENDA una barca desconocida llegó al puerto. Cerca del espigón un hombre rubio lanzó el amarre con soltura y desembarcó echándose un saco de tela sucia a la espalda. Tres años habían pasado desde la última vez que pisara aquel firme, pero su rostro había cambiado demasiado para que alguien lo reconociese. Nada quedaba ya de su adolescencia, toda aquella ingenuidad había

sido mancillada por la guerra. La visión de la muerte te echa años encima, le habían dicho una noche en la trinchera, y él se supo el más viejo entre los viejos. Los militares le dieron el alto ante la puerta de la taberna. Soy Juan Mazurca, excombatiente de las fuerzas nacionales, salí de esta aldea hace tres años y ahora me han licenciado por heridas de guerra, declaró. Y remangándose los pantalones les mostró una pierna de madera maciza, pulida como la pata de una cama bien torneada. Los soldados lo escrutaron con desconfianza. Recordaban vagamente una barcaza llena de carne joven que mandaron al principio de la guerra hacia la capital, pero eran incapaces de dibujar con exactitud uno solo de aquellos rostros deformados por el miedo. El hombre debía ser joven, aunque aparentaba al menos cuarenta años. Le hicieron las tres o cuatro preguntas de rigor, exigieron su cédula para confirmar que no era un desertor. Finalmente, le dejaron ir advirtiéndole que las cosas habían cambiado en la aldea. Poco después Juan Mazurca pudo comprobar hasta qué punto aquello era cierto.

Buscó la casa de su abuela entre el dédalo de calles, pero solo encontró una ruina poblada de gaviotas. Se había venido abajo tras la muerte de la dueña, le explicaron las vecinas. Entre los escombros aún pudo distinguir los restos de su alcoba: el marco dorado de un espejo roto ante el que su abuela le peinaba los domingos, la figura de un san Antonio manco del brazo izquierdo, el sillón de tejer de la anciana, ahora cubierto de cascotes. A falta de un jergón donde dejarse caer, llamó a la puerta de la pensión de la Generala. Desde la muerte del farero, el estado de sitio se había recrudecido y prácticamente no podían salir de sus casas. Únicamente los pescadores gozaban de un estrecho margen de libertad para faenar. La taberna y la pensión eran tristes espejismos de la felicidad pasada donde hacía mucho tiempo que no sonaban la música ni el repique de las copas, y la Generala lo recibió con una sonrisa amarilleada por los días de encierro. Bienvenido a casa, Juanito. Siento que no estemos para muchas fiestas.

Fue la única que lo reconoció. Sentados a una mesa austera, muy diferente a los báquicos festines de tiempos pasados, Mazurca desgranó los horrores de una guerra en primera fila. He visto cosas tan terribles que apenas duermo por no soñar. La vigilia, decía, era su único refugio. La vida en el frente se cuenta por días. Nunca sabes cómo va a terminar la jornada, si respirarás para contarlo. Te das cuenta entonces de lo frágil que es todo esto, señalaba el comedor, la vajilla, los brazos de las muchachas desmayados sobre el mantel. Engulló con voracidad un pedazo de pan duro untado con tocino mientras la Generala le relataba la historia de la supervivencia. Tu abuela murió de pena, de verse sola y saqueada cada día. Decían que

requisaban para los soldados del frente, pero todos sabíamos que esas viandas no llegaban a vuestra boca. Eran ellos los que daban buena cuenta de todo o lo revendían en el mercado negro de la capital. Desde que mataron al farero la situación ha empeorado. Ahora entran en la casa que más les place, a cualquier hora, y torturan a hombres y a mujeres. Al maestro le han cruzado la espalda a latigazos varias veces y no lo rematan de un tiro porque la diversión se les acabaría y el tedio aquí es duro de llevar. Tampoco los niños se libran de este azote, que el otro día en la escuela encañonaron a los hijos de Lucas el sardinero solo porque su padre se resistió a la requisa de la pesca del día. A más de una docena les han dado el paseíllo por rebeldes y luego han tirado sus cuerpos al mar como pescado podrido. Lo mejor que podrías hacer es huir de aquí ahora que estás a tiempo.

Pidió permiso para aflojar las tiras de cuero de su pierna de palo, dejando al aire un muñón rosado rematado por una cicatriz con forma de oruga. Las muchachas no podían apartar la vista de aquel miembro cercenado que Mazurca acariciaba con la yema de los dedos porque decía que aún le picaba la sangre. Introdujo la mano en su morral y extrajo una pequeña damajuana llena hasta la mitad de un líquido negro. Cuando algún hombre enfermaba de gangrena y desesperaba le dábamos de beber de este frasco y todos sus males se acababan, recordó con una sonrisa helada. La Generala miró la botellita con embeleso e imaginó que su vientre oscuro habría sido la última visión de decenas de muchachos hacinados en las trincheras. La guardo por si vienen mal dadas, añadió. La vida en sí no es gran cosa, pero eso ya lo sabía antes de la guerra.

Se calzó la pierna de madera sin abrocharse las correas y subió cojeando a una de las alcobas donde al poco una muchacha se coló por una rendija, de tan delgada que estaba, y le hizo el amor con una generosidad que lo conmovió. Al acabar le acunó en sus brazos, acompañándole en su llanto sin emitir sonido alguno, hasta que el muchacho se quedó dormido con un gesto beatífico que le rejuvenecía.

VARIOS DÍAS DESPUÉS los militares enarbolaron su bandera en la plaza del ayuntamiento. La guerra había terminado. Algo se venía barruntando en la aldea desde hacía semanas, convertidas las calles en torrenteras de mensajes encomendados de boca a oído, de oído a boca. Una red de hilos invisibles unía la casa del cura con la del médico, la del médico con la taberna, la taberna con la pensión, la pensión con la cofradía de pescadores y esta a su vez con la casa del cura. El dolor común les había unido con una cuerda más sólida que la tolerancia porque, según había declarado el médico, todos eran células convalecientes de un tejido inflamado.

La Generala recibió la noticia con un mohín de cansancio. Si hemos

perdido la guerra –dijo– también tendremos que celebrarlo. Comenzaron los preparativos de una gran cena, el banquete de la paz, como dieron en llamarlo en los mentideros del mercado. Don Paco encargó bajo cuerda a los pescadores pulpos rosados como los que hacía tiempo nadie podía comer porque los milicos requisaban las mejores piezas para sus pantagruélicos festines y compró en la taberna media caja de botellas de vino tinto y otra media de blanco. El tinto –le rogó a Celestino– pónmelo del mejor que tengas. Sé generoso con los erizos de mar y nada de orinar en las botellas como sé que haces con las de los soldados, que de estas hemos de beber todos. El cura ordenó a su hermana que hornease una decena de bandejas de pastas glaseadas haciendo acopio de las últimas reservas de almendras, huevos y harina que escondían en la sacristía, bajo los faldones de san Miguel. Hasta Juan Arriero, hombre avaro y poco dado a los eventos sociales, quiso colaborar con dos quesos de oveja y unas ristras de salchichones ahumados que guardaba en el falso fondo de su despensa como oro en paño. A Aurelia, la Generala le pidió un poco de leche, la justa para manchar un café en la sobremesa. La muchacha acarició las ubres de las cabras, brevemente recuperadas gracias a unas lechugas raquíticas, y las apretó entre los dedos corazón y pulgar hasta que fluyó un fino chorro. Le llevó tiempo colmar el jarrillo que la Generala le agradeció con un abrazo desconcertante. Aquella mujer nunca había mostrado el menor interés por su existencia; no les había ayudado cuando se quedaron huérfanos, ni había defendido a su hermano Valentín de la tortura de la picota, pero aquel abrazo la dejaba sin réplica, preguntándose qué dosis de compasión o camaradería habría en aquel gesto.

Como don Serafín se negara a entrar en el café de la Generala, decidieron que la cena se celebraría en el salón de la casa del médico y que la cocinera de la pensión se trasladaría hasta allí horas antes para iniciar los preparativos. La Generala repasó con un lápiz la lista de invitados. A saber: don Paco y su mujer; el cura, que acudiría sin su hermana Encarnación, que había declinado la invitación pretextando unas fiebres inoportunas; Juan Arriero; el presidente de la cofradía de pescadores, un hombre muy respetado por el gremio con varios lustros de experiencia en la pesca de red; ella misma, que acudiría acompañada por su huésped el excombatiente Juan Mazurca; y, claro está, los militares. Espero que no nos fallen esta noche –les suplicó la Generala–. Se servirán manjares con los que nunca han soñado. Tenemos mucho que celebrar, ¿no creen?

Les extrañó aquella cortesía poco común en los últimos tiempos, que el más viejo achacó a un cambio de actitud ante la derrota del ejército rojo. Estos pobres diablos prefieren estar a bien con nosotros porque saben lo que se les viene encima, farfulló el joven. Aunque no

sé qué van a cocinar –repuso el viejo– si no les queda en la despensa más que un puñado de patatas y raspas secas de bacalao.

A las nueve en punto don Paco recibió en su salón a los primeros invitados ataviado con un impecable chaqué. Su mujer había dispuesto que vistiesen la mesa con el mantel de gala, una seda púrpura de visajes azules que centelleaba a la luz de las velas. En el gramófono de la sala sonaba un disco de valses vieneses que don Paco consideró sería del agrado de los militares por lo marcial del compás. La criada había sacado brillo a los cubiertos de plata frotándolos con bicarbonato y hasta había desempolvado el juego de copas de cristal guardadas en la alacena desde hacía tres años. A la vista de aquel salón envuelto en la luz dorada de los candelabros, la guerra parecía una pesadilla pasajera.

Lucieron esa noche sus mejores trajes, que se pudrían en el fondo de los armarios a la espera de una ocasión especial. Aquella lo era. Así lo declaró don Paco en el discurso con el que inauguró la velada. Venimos a celebrar el final de la discordia, anunció. Después don Serafín bendijo la mesa con un breve responso al que todos dijeron amén y comenzaron a dar cuenta de los manjares que humeaban sobre la mesa sin perder de vista la zafia estampa de los militares, que más que comer devoraban, vestidos con las casacas desaliñadas de costumbre y la boca pringada de grasa. Pese a ello, don Paco los trató con un protocolo exquisito. Durante años habían demostrado un comportamiento execrable con aquellas personas que ahora les servían amablemente bandejas de aperitivos y colmaban sus copas de un vino que en nada se parecía al brebaje ácido que le requisaban al tabernero. Sin duda la victoria había ejercido sobre ellos un influjo decisivo. Tenían miedo y querían agasajarles para ganarse su favor con aquel desfile interminable de fuentes de pulpo regado con cristales de sal y pimentón, carnes guarnecidas en su punto de jugo, queso de cabra espolvoreado de hierbas aromáticas.

Todos departían animadamente sobre la nueva etapa que iniciaba la aldea. En algunos momentos la algazara tomaba un tinte nervioso, excesivo, que alguien reconducía con cautela abriendo un paréntesis para contar alguna anécdota. Brindaron por el porvenir, pero también por la tradición. A la Generala siempre se le ocurría una excusa para alzar las copas y los militares apuraban el vino sin contemplaciones. Apenas habían hablado con nadie aquella noche y, al llegar la hora de los postres, ya con las bandejas de deliciosas pastas crujientes sobre la mesa, el presidente de la cofradía les rogó que pronunciasen unas palabras. Los dos hombres se miraron aturdidos. Tenían las mejillas encendidas por el alcohol y los adobos. El mayor de ellos se puso en pie para gritar con lengua reblandecida: ¡viva nuestro caudillo, libertador del país! Todos enarbolaron la copa en señal de adhesión a

la proclama al tiempo que la Generala hacía un gesto a su cocinera para que trajera de una vez los pucheros de café. Hacía tanto tiempo que nadie bebía nada más que jugo de achicoria que aquel aroma los transportó al tiempo de los barcos americanos. Esperemos que pronto se reanuden las líneas de comercio, comentó don Paco. Su mujer ordenó a la criada que comenzara sirviendo a los agasajados. Lo desean cortado, ¿verdad?, les preguntó con un hilo de voz la camarera. Los militares asintieron y la Generala, tomando en sus manos la jarrilla de leche de cabra, les sirvió un chorro generoso hasta que los hombres dijeron que era suficiente. ¿Alguien más desea leche en el café?, preguntó con una sonrisa desmesurada. Todos guardaron silencio. La luz de las velas tiritó dibujando la sombra de un cisne sobre la porcelana. Me parece –contestó Juan Mazurca– que en este pueblo preferimos tomar el café solo.

La dulzura voladiza del vals elevaba una conversación que eludía la miseria, las vejaciones y el miedo que todos habían sufrido durante aquellos tres largos años. Miraban de reojo cómo los militares apuraban su taza con el rostro sombrío, incapaces de contagiarse de aquella sensualidad de los alimentos que engullían con voracidad de perros. A estos hombres –había dicho alguna vez la Generala– parece que se les ha apagado una luz en el alma. Nunca habían querido revelarles sus nombres porque, según decían, eran secreto de guerra. La mayor intimidad la habían tenido con las prostitutas, pero ni en los momentos de mayor indefensión, cuando caían exhaustos entre sus piernas murmurando algo parecido a una terneza, habían desvelado quiénes eran ni dónde los habían parido.

El más joven parpadeó con lentitud y se sacudió una mosca imaginaria de la frente, cada vez más pálido. La mujer del médico apretó asustada la mano de su marido, que conversaba con el cura sobre el estado ruinoso de la parroquia tras las últimas lluvias. El militar intentó decir algo, pero no tuvo tiempo. Un velo oscuro le cubrió los ojos impidiéndole distinguir la secuencia de rostros que le observaban, expectantes, alrededor de la mesa; el mantel salpicado de los restos del festín sobre los que se desplomó como un fardo de piedras. Su compañero dio un salto en la silla y, abalanzándose sobre él, trató de reanimarlo, pero el joven ya había dejado de respirar. El viejo en cambio resollaba. ¡Haga algo, por Dios!, increpó al médico. Don Paco no se movió de su asiento. Me temo –contestó pausadamente mientras el milico buscaba con movimientos cada vez más torpes su fusil– que ya no hay nada que yo pueda hacer por este hombre. Y por favor –añadió don Serafín–, no meta a Dios en esto. El soldado sintió que el mareo le desbordaba. Todo orbitaba a su alrededor: los rostros, los candelabros, la música. El aire mismo le resultó flamígero, irrespirable. Trató de mantenerse despierto, pero la

gravedad aplastaba sus párpados con tenacidad de mula. Juan Arriero se inclinó sobre él y su diente de oro brilló como un florete a la luz de las velas. Ahora que vas a morir, ¿quieres decir una última palabra?, le preguntó sibilino, pero el hombre apenas pudo alzar la vista porque un alud de nieve negra descendía sobre su cabeza arrasándolo todo. Me llamo Antonio –acertó a decir en un último aliento–. Y se derrumbó junto a su compañero con un estruendo hueco. El vals se reiteraba atascado en un surco hasta que alguien tuvo la serenidad necesaria para levantar la aguja del disco de pizarra.

TRAZARON UNA CRUZ EN EL AIRE sobre los finados. A partir de ese momento todos conocían perfectamente su papel. Las criadas, al borde del desmayo, recogieron eficazmente los restos de la cena mientras Juan Mazurca y don Paco arrastraban los cadáveres a la alcoba donde les aguardaban unas sábanas desplegadas sobre el suelo. La Generala trataba de calmar con palabras templadas a la mujer del médico, que lloraba agarrada a las cortinas de terciopelo rojo, presa de una crisis de ansiedad. Ya envueltos en los improvisados sudarios, todos los hombres excepto don Serafín cargaron sobre sus espaldas a los militares y los transportaron hasta una barquichuela de leña que las olas zarandeaban contra el espigón. La luna creciente iluminó los bultos que resbalaron sobre los baos de la chalana como dos pesadas crisálidas. Juan Mazurca prendió una cerilla. El haz de leña humeó unos segundos antes de estallar en un fuego ambarino. El cofrade desató entonces el nudo del amarre y asestó una patada contundente a la barca que, abandonada al capricho de la marea, se alejó de la bahía sacudiendo una cola de pavesas. Cuando ya solo era una llama de candil, sinuosa y tímida, una ola la cubrió con su escama de sal sin dejar más huella en el horizonte que una neblina gris. Cumpliendo el último rito de una ceremonia perpetrada durante meses al calor del vino y las trastiendas, Juan Mazurca extrajo del bolsillo interior de su chaqueta una damajuana vacía que arrojó al suelo y pulverizó de un golpe seco con su pierna de palo. Los fragmentos de cristal brillaron como espejos antes de que una criada los barriese hacia el mar. Dispuestos en círculo se miraron a los ojos los unos a los otros. Una brisa cálida descendió sobre la aldea cuando el médico alzó la voz para sellar el pacto de silencio que habrían de respetar durante el resto de sus vidas. Lo que aquí ha sucedido se lo ha tragado el océano, sentenció. Ahora volvamos a nuestras casas y olvidemos esta pesadilla. Nadie discrepó. Se dispersaron al cobijo de la noche, cautelosos como bandidos que regresan a sus guaridas. Definitivamente la guerra había terminado y el último vestigio de pureza se había consumido en aquella hoguera que quedaría grabada en el reverso de todos los párpados.

DURANTE LOS PRIMEROS DÍAS DE PAZ, la aldea trató de recomponer el

hilván perdido en aquellos tres años de cosechas arruinadas por la pedriza, peces insípidos, inviernos glaciares y jóvenes sacrificados como reses en el matadero del otro lado de la bahía. Una pléyade de ancianos, mujeres y niños –algunos de ellos exentos de integrar el último batallón de la contienda al filo de la adolescencia– salieron a las calles aturdidos como náufragos, sin atreverse aún a alzar la vista al cielo claro de principios de abril. Algo ligero flotaba en el aire, devolviéndole su antigua condición; algo intangible aunque sólido que acartonaba la piel de los vencidos, que en la aldea eran todos.

Desde el despacho de la alcaldía, don Paco informó al alguacil de la desaparición de los dos militares días después de acabar la guerra. Debieron huir aprovechando la oscuridad. Tal vez eran desertores, quién lo sabe, ni siquiera nos dijeron sus nombres. Lo mejor será echar tierra sobre este asunto, concluyó lacónico. Juan Mazurca se hizo cargo del faro, apenas atendido desde la muerte de Dionisio por algunos pescadores voluntariosos, y don Serafín inauguró una escuela segregada por sexos adjudicándose la educación de los varones mientras su hermana hizo lo propio con las muchachas. El maestro no puede volver a su puesto –reconvino airado al médico–. Una cosa es que nos hayamos deshecho del demonio y otra que volvamos al rojerío de antes de la guerra con hombres y mujeres mezclados como ganado. A don Heliófilo, que desde su destitución había sobrevivido gracias a la caridad del pueblo, le ofrecieron un puesto de escribano municipal. Es todo lo que puedo hacer por ti –le confesó el médico, cabizbajo–. Las cosas han cambiado para siempre. Bastante suerte has tenido de que todo se haya quedado en una azotaina. Don Heliófilo sonrió magullado dando unas gracias que sonaban a canción de vencidos.

Abolidos el toque de queda y las requisas, la vida fue rehaciendo a tientas su camino. Y aunque la ausencia de los tiranos era un hecho constatado, pues nadie se los topó en el mar ni en la taberna, durante años vivieron con la amenaza latente de su regreso. Nadie sabía por qué se habían ido, si se trataba de un abandono transitorio de su posición o si, por el contrario, su partida era definitiva. Al acabar la guerra debieron reclamarles desde la capital y a lo peor vuelven cualquier día con refuerzos para rematarnos, elucubraban los pescadores. Pero aquellos hombres no regresaron nunca. Sus partículas calcinadas flotaron durante varias jornadas sobre las aguas de la bahía hasta que una corriente fría los arrastró océano adentro, disgregándolos rumbo a ninguna parte, borrada para siempre su identidad genética. Nadie los reclamó jamás, ni se supo quién los había enviado a asolar a aquella población escondida entre las rocas. Tan solo algunas noches de bruma, cuando el relente dibujaba círculos de vaho en el cristal, una lumbre dorada parecía crepitar en la lejanía con aura de fuego fatuo. Don Heliófilo observó aquellas claridades con

su telescopio e incluso escribió a las instituciones científicas de la capital informando del fenómeno, pero nadie le respondió y, con el tiempo, la aldea se acostumbró a la presencia del halo misterioso e incluso organizó una fiesta pagana para celebrar la aparición de aquellos relumbres que anunciaban el retorno de la primavera. De la vida.

LAS MUCHACHAS LE SERVÍAN a la dueña su copa vespertina y colocaban discos en el gramófono al caer la noche, su reino al margen de la eucaristía y de la rectitud moral preconizadas por el párroco en la escuela. Recordad bien los diez mandamientos –declamaba con voz de púlpito don Serafín durante las larguísimas lecciones de catequesis– porque ellos serán la guía de vuestra salvación. Repetid conmigo: amarás a Dios sobre todas las cosas, no tomarás el nombre de Dios en vano, santificarás las fiestas, honrarás a tu padre y a tu madre, no matarás… Al llegar al quinto precepto su voz se fracturaba por un instante, como si atravesase una capa de hielo quebradiza que prefería saltar sin mirar al abismo hasta poner un pie en la solidez del sexto mandamiento y sobre esa tierra firme su voz recuperaba el timón del séquito infantil que repetía mecánicamente «no cometerás actos impuros».

El comercio se restableció con las aldeas cercanas de un modo espontáneo y festivo. Los controles marítimos fueron cediendo al trasiego de las barcazas de fruta, pescado y cereal que iban y venían entre las calas cruzando saludos altivos algunos, demacrados otros. Cada gesto, cada mirada, cada palabra se esgrimía con miedo por los vencidos, con ufanía por los vencedores. En la aldea todos se sentían liberados del yugo de la opresión, personificada la guerra en dos hombres grises que durante tres años habían socavado sus islas de felicidad. Regresaron a ellas con aire sonámbulo, sin recordar muy bien el camino que nadie se había molestado en señalar. Abrazaron las viejas costumbres con una pasión olvidada y un paseo por el puerto al anochecer se convirtió en la antesala del paraíso para don Heliófilo o una mañana de subasta en la lonja en un acto de gloriosa libertad para Aurelia.

Otros, como la Generala, se mantuvieron atentos a las noticias que llegaban impresas a tinta doble en las cuartillas de los diarios. Masacre, derrota, exilio. Contemplaba el trajín de barcas sentada en el porche y se consolaba pensando que había perdido la guerra, pero al menos había sobrevivido a la crueldad. El precio había sido elevado, ciertamente. Si mi hijo viviese ya no podría mirarle a los ojos al darle las buenas noches –se repetía con amargura–. Dos muertes son demasiadas para declararse inocente.

NO SOLO EL MAR REVIVIÓ en aquellos días. El deshielo también

despertó a la tierra, para alivio de los labradores que, al fin, consiguieron que un tomate palpitase en los surcos, rojo víscera. Mira, parece el corazón de una cabra. Aurelia le mostraba con orgullo el fruto rugoso entre sus manos y Valentín sonreía sin comprender por qué su hermana se alegraba tanto por un puñado de vainas o un chorro de leche dulce. En la piel tan blanca del muchacho la cicatriz de la guerra nunca curaría por completo. El cadáver de Dionisio sobre un charco de agua de mar, la cantinela tenebrosa de las plegarias, la intemperie de la picota, las nalgas bañadas en sangre del maestro, los gritos de las mujeres ultrajadas a la hora de la siesta… Aquellas imágenes le robaban el sueño y, cuando al fin lograba dormir, volaba lejos de la aldea a una tierra sin nombre donde arrojaba el saco de piedras que la sordidez de la guerra había colgado a sus espaldas. Despertaba, ensopado, y comprobaba que seguía anclado al mismo catre de muelles oxidados, al pedazo de tierra, al rebaño de cabras que lo miraban, narcotizadas, sin comprender su tristeza. Aurelia lo abrazaba con entusiasmo porque las cebollas brillaban ahítas de lluvia sin aceptar la evidencia de que él estaba cada día más lejos. Apretaba su pecho contra el suyo tratando de aferrarse al tallo común que los unía, pero, en sus sueños, Valentín rodaba pendiente abajo, brincando como una piedra sobre el perfil abrupto de los acantilados. De no haber sido por el mar, aquella bien podría haber constituido la verdadera felicidad para ella, enturbiada únicamente por los sueños que a veces la asaltaban y el recuerdo de ciertas tardes de aguacero.

Pero siempre llegan barcos en septiembre, y aquel año regresó el Buenaventura con aire de galeón errante. Juan Mazurca fue el primero en avistarlo desde el faro. ¡Viene un barco americano!, gritó. Una multitud entusiasmada se congregó en el puerto dispuesta a dar la bienvenida al más esperado de cuantos navíos habían amarrado en la aldea desde el final de la guerra. Las mujeres se abrazaban entre sí y alzaban a los hijos recién paridos por encima de sus cabezas para que contemplasen por primera vez la envergadura de cetáceo del mercante que ahora penetraba lentamente en la bahía.

¡NICANOR ROMERO ha vuelto!

Samuel irrumpió con ímpetu en la huerta.

Allí sorprendió a Valentín escardando la tierra, la columna doblada en hoz sobre los rastrojos. La voz de su hermano de leche lo estremeció, pero aún asestó dos golpes más al surco antes de dejar caer la azada definitivamente. Se acabó el destripar terrones, pensó acariciándose una barba incipiente. Salieron corriendo hacia el mar sin cerrar la puerta de la casa, que Aurelia encontró abierta de par en par dos horas más tarde, al regresar de la lonja con un paquete de sardinas bajo el brazo. Esquivó la algarabía del puerto y ni siquiera se detuvo a admirar al hombre que, vestido con un traje color marfil y

sombrero panamá, había descendido del barco con una botella de ron en cada mano. Los aldeanos lo rodeaban ansiosos y le estrechaban la mano como si de un semidiós se tratase. Valentín y Samuel se abrieron paso a codazos entre la multitud, elevando la cabeza por encima de los hombres más altos con tal de establecer un mínimo contacto visual con Nicanor Romero, el deseado. Ha prometido trabajo para cuarenta muchachos, rumoreaban. Alguien lanzó la gorra por los aires y el pueblo prorrumpió al unísono en un grito furioso, que viva Don Nicanor.

Aurelia preparó una sopa de tomate, la favorita de su hermano, y lo esperó sentada al calor de la hebra azafrán del candil, pero el caldo se enfrió, la sombra de la muchacha fue alargándose sobre la tabla y una luna lívida apareció en el tercer cuadrante de la ventana de la cocina sin que él apareciese. Aquella noche soñó que las páginas de *Misterios del Universo* volaban sobre la aldea, expelidas por una fuerza sobrenatural. El maestro surgía de las sombras y le susurraba una frase al oído. ¿Qué quiere decir? Don Heliófilo sonreía, enigmático, y señalaba la bandada de pájaros de papel que sobrevolaba el rompecabezas añil de los tejados. Al despertar halló a Valentín sentado a los pies de la cama. Parecía meditar, tan lejano y pacífico su perfil iluminado por la luna que obligaba a guardar silencio.

¡Mira lo que nos ha traído Nicanor!

Días después su hermano entró en la cocina agitando dos cuartillas de papel timbrado. Son nuestras actas de nacimiento, señaló exultante. Aurelia tenía veintidós años y Valentín quince. Aquellos documentos les devolvían a un tiempo, el suyo, y restablecían el cómputo de riegos, siembras y cosechas. Aurelia le miró fijamente a los ojos y supo con claridad que aquella estancia desordenada en torno al lar, los pucheros desportillados bajo la luz del final del verano, el olor a fruta madura, casi podrida, que guardaban en la alacena y hasta ella misma, todo aquel fárrago formaba parte de una escena que ya sucedía en el pasado de Valentín.

Consiguió la bobina en el puerto, en el viejo almacén de desguaces donde los pescadores compraban y vendían piezas a precio de saldo. Pagó siete monedas por aquel enorme carrete que tres hombres extirparon del vientre de un barco reventado por el óxido advirtiéndole que aquella pieza había sido el cabestrante de un ancla de gran tonelaje y que, aunque era extraordinariamente ligera para su envergadura, sería complicado desplazarla hasta su casa. Necesitaría una estancia entera para albergarla, trataron de disuadirla. No se preocupen –respondió Aurelia, obstinada–. Si es necesario levantaré el tejado.

Seis hombres empujaron la bobina arriada sobre un carro de poleas. Valentín casi no pisaba la casa, ocupado junto a Samuel en un ir y

venir de papeles que a ratos les encontraba en la taberna, a ratos en la pensión de Juan Arriero. No vio el muchacho a la comitiva que empujaba la pieza calle arriba, ni escuchó el rumor creciente que aseguraba que Aurelia se había vuelto definitivamente loca. Tan extraña, tan solitaria, murmuraban las pescaderas con un mohín de lástima. Con lo buena que era la madre y qué hija tan lunática.

Aurelia abrió de par en par la portalada del galpón del heno y entre todos introdujeron la bobina en aquel almacén ribeteado de telas de araña que olía a madera hinchada por la humedad y a grano añejo, donde les aguardaban dos caballetes de metal. Uniendo fuerzas y valiéndose de un sistema de cadenas, poleas y palancas los pescadores lograron izar el cuerpo de la bobina y depositaron su eje sobre los dos bastidores, quedando la pieza en posición horizontal con la manivela ajustada a uno de sus costados. Aurelia comprobó con satisfacción que encajaba perfectamente en su soporte, tal y como había previsto, y ofreció a los hombres tres monedas más a cambio de que abriesen un pequeño orificio de forma cuadrangular en la portezuela trasera del galpón, la que daba al mar. ¿Para qué quiere todo esto?, le preguntó uno de los hombres mientras sajaba la madera con un serrucho. Asuntos de familia, respondió ella sin pestañear. Cuando la abertura estuvo rematada despidió a los hombres sin dar más explicaciones y cerró las puertas tras de sí.

Arrumbadas en las esquinas del altillo, las madejas de hilo que había tejido durante toda su infancia y adolescencia se apilaban cubiertas del polvo dorado que la luz esparcía en el aire. Recordó aquel tiempo no tan lejano en el que había tratado de frenar con sus nudos la deriva universal y aquella creencia le pareció de una ingenuidad conmovedora. No hay tiempo que perder –se animó–. Y comenzó a cargar los capullos de lana en una carretilla que empujó hacia al granero.

Desenredó durante días la maraña de ovillos oculta en un ángulo sombrío del almacén. Valentín llegaba a casa a la hora de la cena, sorbía la sopa con mirada de insomne y solo cuando se iba a la cama y el rumor de lo cotidiano se aplacaba, Aurelia retomaba la tarea. Lanzaba el primer cabo de hilo atado a una plomada sobre la cintura de la bobina y lo recogía en el suelo rodeando una y otra vez su perímetro. Cuando terminaba un ovillo ataba el final de su cabo al comienzo de otro y la mecánica se repetía, giratoria, alrededor de aquel cilindro que iba adquiriendo la consistencia de un gigantesco carrete de hilo acerado. El sueño la vencía allí mismo, aferrada al cabo de lana, hasta que el vuelo de un insecto o el haz de luz que el ventanuco volcaba al interior del galpón la despertaban imbuida de la fuerza necesaria para realizar un nuevo injerto. Al devanar la última madeja, asió con fuerza el cordel y lo ató a una espetera de hierro

clavada en la pared. En las cuadras, entre los pesebres vacíos y una alquitara envuelta en telas de araña, destapó dos cubos llenos de sebo de cabra que arrastró a los pies de la bobina. Empapó de grasa dos manteles raídos y untó los ejes de la rueda hasta hacerla girar sobre sí misma al compás de la manivela con la liviandad de una bailarina.

Contempló su obra chorreante de sebo y cardenillo. Aún faltaba un último detalle. Desató entonces la cuerda de la espetera y amarró con un nudo de rizo una piedra del tamaño del hígado de un buey que lanzó al exterior a través del ventanuco abierto en la puerta. Erró las dos primeras veces, pero a la tercera consiguió colar el canto por el orificio y allí lo dejó, oscilando al capricho del nordeste.

ESTABA AGOTADA. Las piernas le pesaban como anclas de fondeo y esa densidad la mantuvo sujeta a la cama durante toda la noche. Soñó con el fondo marino. Ella, que nunca había subido a una barca, que durante toda su vida había renegado del mar, nadaba ahora entre velos de agua salada, deslizando su cuerpo de anguila en busca de una corriente de agua dulce que la devolviera a casa.

El amanecer la sorprendió acurrucada junto a Valentín. ¿Qué te ocurre?, quiso preguntarle Aurelia, pero solo tuvo que deslizar su mirada sobre el cobertor de lana para descubrirlo. Dos maletas esperaban al muchacho entre las tinieblas azules del alba, dos viejos baúles herencia de su abuelo paterno que desde hacía décadas nadie utilizaba para otro menester que el de proteger las sábanas del hambre de las polillas, ahora custodiaban las pertenencias de su hermano.

No llores Aurelia, le suplicó abatido. Trató de consolarla acariciándole el rostro con aquellas palmas que, a pesar de los trabajos, aún conservaban el tacto pulido de los primeros veranos. Le prometió que regresaría al cabo de tres cosechas y que lo haría con las maletas llenas de riqueza. Nicanor nos ha prometido un buen trabajo en sus astilleros de La Habana –le aseguró–. Nos vamos con él cuarenta muchachos.

Había regalado tabaco, camisas y alpargatas a los pescadores a cambio de que permitiesen que sus hijos se embarcasen en el Buenaventura. Es un nombre generoso, decían, todo lo que toca lo convierte en oro, como un rey Midas. Samuel viene conmigo, trató de tranquilizarla. Era una oportunidad. Eso le había dicho don Heliófilo, que si él fuese más joven también se iría a descubrir el mundo en lugar de quedarse en lo de siempre. Aquello era lo más parecido a viajar a otro planeta. El maestro me contó que las estrellas del Sur dibujan otras formas en el cielo y que desde Cuba podré dar el salto al otro lado del ecuador y enviarle un mapa de las constelaciones desconocidas. Aurelia reconoció en sus pupilas el brillo loco del entusiasmo. Valentín calló unos segundos, como si tratase de dar forma a un pensamiento que no podía ser formulado de cualquier

manera, y añadió una sentencia que a su hermana le pareció definitiva: seguro que en el Caribe hay sirenas.

Buscó sus ojos, aquellos carboncillos negrísimos que al nacer heredara de la madre, y pensó que de buena gana los guardaría en una caja. Ojos de cuco –le susurró al oído con una tristeza infinita–, ya no puedo retenerte a mi lado.

Se abrazaron en silencio. Guarecida en aquel pecho que era parte de sí misma, supo que hacía mucho tiempo que su hermano se había ido. Días, meses, años quizá. Durante la guerra se había topado muchas veces con aquellos fósiles oscuros que contemplaban el mar con añoranza. Se acostumbrará a la tierra, al fin y al cabo venimos de ella, pensaba la muchacha. Recogía las cabras con resignación, las ordeñaba ausente y si de noche cenaban a la luz del candil un caldo de congrio o un plato de puchero, lo hacían en silencio, absortos en sus propias soledades. Desde el otro lado de la mesa Aurelia escuchaba el rumor de la caja torácica de Valentín. No es el mar lo que resuena, es su nostalgia, se decía. Pero la jaula de sus vértebras no había podido contener aquel vendaval que ahora desbordaba espumas y comprendió que este era tan solo el último adiós de una larga sucesión de despedidas.

No podía impedir la huida, pero sí demandar un alivio a su soledad. Coge tus maletas y sígueme, le ordenó poniéndose en pie de un brinco. Descendieron a oscuras la escalera, tanteando los peldaños. Al llegar a la cocina, Aurelia encendió un candil que ungió sus rostros de una luz oleosa. El rastro incandescente de la bujía los guio hasta el almacén de grano, olvidado al fondo de la huerta desde que la pedriza arruinó el maíz y su hermana decidió que no lo volverían a sembrar hasta que su suerte cambiase. Las mazorcas –le advirtió entonces– también nos han declarado la guerra.

Dentro del galpón el gigante orondo de la bobina aguardaba con su fajín de lana enroscado a la cintura. Aurelia siguió el carril de hilo que desembocaba al otro lado de la portezuela y deshizo el nudo trayendo de regreso el cabo hacia el interior del granero. Valentín parpadeó confuso, sin entender qué diablos hacía allí aquella mole de hierro. Tampoco supo descifrar el friso de nudos laberínticos que su hermana trenzó con firmeza en torno a su muñeca izquierda. Aurelia alzó el candil a la altura de sus ojos. Prométeme que mientras estés lejos de mí no cortarás este hilo. No quiero que olvides el camino a casa. La llama vibró al roce de su aliento. Valentín asintió conteniendo la respiración y le susurró al borde del llanto que le escribiría cada día, pero Aurelia contestó tajante que no quería palabras envueltas como pescado en un papel. No leeré una sola carta. Quiero que seas tú quien me cuente la vida. Al otro lado del tablero las cabras balaron de hambre. Era la hora a la que Valentín las guiaba a pastar a los riscos y

esta expectativa le dolió al muchacho más que una herida abierta en el costado. Aurelia tomó sus manos tratando de grabar en su interior aquella imagen condenada al olvido y apagó la vela de un soplido. Oscuridad. Ahora vete –le rogó con los ojos cerrados–. No quiero ver cómo te alejas de mí.

Sintió el fuelle entrecortado de la respiración de Valentín sobrevolando la suya y casi pudo escuchar el latido de su corazón. Después las señales de vida fueron declinando lentamente. El vaho se disipó en el aire y el bombeo se atenuó en dirección a la portezuela que daba al océano. Aurelia apretó los párpados para no vislumbrar la silueta de su hermano recortándose sobre la claridad de la mañana. Se hizo un silencio denso con mar de fondo. Cuando la bobina venció su resistencia y gimió por vez primera, girando sobre sí misma a medida que Valentín se alejaba con los ojos arrasados de lágrimas, Aurelia sintió un vacío lacerante en el vientre, a la altura de la matriz, donde no habría de concebir otra vida que llenase el hueco de aquella que ahora escapaba pendiente abajo.

La bocina del Buenaventura la obligó a abrir los ojos. Por primera vez en su vida estaba completamente sola. Escurrió su cuerpo hacia el otro lado de la portezuela y la luz le golpeó las pupilas, que se dilataron un instante antes de acomodarse al resplandor de las nubes. El cordel discurría sobre los acantilados haciendo girar la bobina a cada tramo; alcanzaba el puerto y se perdía entre la tripulación que atestaba la cubierta del trasatlántico. De nuevo escuchó el bufido del barco espantando a las gaviotas. Un ancla debió levarse porque el navío tembló ligeramente haciendo vibrar el hilo y después comenzó a separarse de la costa, majestuoso, tan despacio que Aurelia necesitó abrir y cerrar los ojos varias veces para ser consciente de su movimiento. En la desembocadura del cordel, apoyado sobre la barandilla de popa, creyó distinguir a su hermano apartado del resto de muchachos que despedían a sus familias agitando pañuelos y gorras. Dio unos pasos en dirección a los acantilados. El viento del norte manoteó su cabello y la muchacha le respondió desplegando los brazos en cruz. Pensó que aquel era un buen momento para saltar al vacío. Si el viento lo quiere –se dijo– que así sea. Pero la brisa tan solo acarició sus tobillos, su cuello, su tez. La dejó allí, con las alas extendidas como un albatros varado, contemplando la imagen de un barco que, en la distancia, no abultaba más que una nuez.

SEGUNDA PARTE

SU PADRE HUBIESE ELEGIDO para él un destino más acorde a su posición social. Procedían de una estirpe de hombres de mar, almirantes y altos cargos de la navegación que conocían con más exactitud la cartografía oceánica que el mapa de su ciudad, donde apenas habían pasado siete días seguidos. Thomas William Wilbourgh Greenglass era el miembro rebelde de esa realeza marítima, el último eslabón de una saga de militares galeses rectos y atildados que maldecían a los ingleses en la intimidad de sus dormitorios, pero que bebían sin rechistar el té de las cinco de la tarde cuando recibían a un representante de la Corona Británica. Siendo niño perdió a su madre durante la epidemia de tisis que asoló Cardiff y, pocos años después, su padre lo convenció de que lo mejor para su futuro sería internarse en el colegio militar más estricto del país. A cambio de la pérdida de casi todo, le permitió que ese verano fuese su acompañante en un viaje de placer por la costa mediterránea. El muchacho tenía diez años, edad suficiente para discernir realidad de fantasía, aunque no en el caso del pequeño Greenglass, que se pasó todo el viaje confundiendo el cielo con el mar, los peces con los pájaros y estos a su vez con los seres oceánicos. Quiso ver gaviotas zambulléndose en las aguas del Bósforo a la hora en la que los muecines llaman a la oración desde todas las mezquitas de Estambul; en el mar Egeo, en algún punto entre Sifnos y Folegandros, se sorprendió ante la visión de unos peces blanquiazules que al atardecer sobrevolaban las cúpulas ortodoxas. Entre la multitud carente de entusiasmo, con los ojos vueltos hacia sus propias diatribas internas –cuestiones políticas o domésticas en mayor medida–, el pequeño almirante, así le apodaron, dibujaba toda aquella belleza en su cuaderno. Tomaba nota del milagro azul de las cúpulas bizantinas, pero también de las luces lúgubres de las tabernas corsas. Me temo que su hijo será poeta, pronosticó una dama francesa que amenizaba las cenas cantando ópera. El almirante enrojeció de ira ante la insinuación de que su único heredero fuese un débil de voluntad. Días más tarde, cuando al recorrer las calles acuáticas de la Serenísima sorprendió al muchacho trazando en su cuaderno una hilera de góndolas que surcaban el cielo, quiso saber por qué dibujaba aquellas barcas suspendidas en el aire. Thomas William le respondió con naturalidad que estaban volando. Yo no veo tal cosa, alegó su padre con gesto severo. El muchacho señaló el reflejo invertido de la ciudad en las aguas del Gran Canal, pero su padre no comprendió aquella matemática. Son golondrinas, papá. ¿No ves cómo vuelan sobre los palacios del otro lado del agua? El almirante alzó la vista a la evidencia del único cielo que podía concebir y trató de sosegar su soliviantado espíritu. Aquella misma noche, durante la cena, descubrió con desazón que todo el pasaje conocía ya la historia de las golondrinas venecianas. Su hijo es tan

encantadoramente fantasioso… Será un artista célebre, aplaudió la condesa de Gramont. De mayor –expresó el niño con un fulgor en la mirada– quiero ser vagabundo.

Brindaron pletóricos por todo lo mundano, alzando las exquisitas copas de cristal de bohemia que, al chocar, emitieron una nota aflautada. Un general retirado confesó que en su juventud había soñado con dedicarse a la arqueología y *madame* Farcis, dueña de uno de los grandes emporios cosméticos de París, reveló que siempre había anhelado ser trapecista de un circo ambulante. Quiero caminar con los bolsillos vacíos, apostilló William, recorrer el mundo y no tener nunca una casa. Todos aplaudieron, entusiasmados por la libertad salvaje del joven, por los umbrales de aquella noche en la que cualquier sueño parecía asumible. Todos menos su padre, que se retiró en silencio a su camarote sin probar el postre. Abochornado por lo que consideraba una mácula en su genealogía, el almirante se vio en la obligación de tomar decisiones urgentes a su regreso a Cardiff. No quería perjudicar al muchacho, pero tampoco estaba dispuesto a mezclar su apellido con un expediente repleto de faltas disciplinarias. Debí suponer que esto acabaría así. Nada bueno puede surgir del deshonor, rezongaba. Al final del verano le inscribió en una discreta escuela de marina mercante, un destino más apropiado para las tendencias de un bohemio que la instrucción castrense, donde sin duda habría causado escándalo con sus ideas revolucionarias, y se embarcó en un largo viaje de reconocimiento militar que lo mantuvo varios años fuera de casa. Durante todo este tiempo le envió sobres de borde azul y rojo que contenían una generosa suma de dinero, incrementado porcentualmente año tras año, pero nunca acompañó el peculio de una sola carta. Al cabo de ocho años de silencio retribuido, el joven Thomas William asumió que su padre le había abandonado.

Tiempo después, ya convertido en capitán de la línea comercial más importante entre América y Europa, fue invitado a una recepción diplomática en una ciudad del sur de España. El joven, de porte espléndido e ingeniosa conversación, entretenía a las damas con su perfecto castellano. Había pasado un tiempo en la costa española y dominaba la lengua local, cuyo acento imitaba siempre que alguien se lo solicitaba. A la hora de la recepción se encontró frente a frente con su padre. Le sorprendió la vejez prematura de aquel hombre al que recordaba alto y apuesto, ataviado con su uniforme de gala. Un temblor infantil le sacudió, pero logró sobreponerse y con un gesto elegante le tendió la mano al tiempo que se presentaba con un marcado acento ibérico como Tomás Golondrina. El anciano almirante frunció el ceño con el mismo gesto ofuscado con el que un día escrutara el cielo de Venecia en busca de góndolas voladoras. Hace tiempo que solo respondo por ese nombre, papá, añadió con cortés

ironía. Y girando sobre sus talones se perdió entre la multitud dispuesto a servirse otra copa de vino.

EL ESTRELLA DE MAR se aproximó a la bahía a una velocidad cautelosa, anticipando las maniobras siempre complicadas en aquel punto de la costa noroeste –especialmente si la carga era abundante, y en este caso así era–. El barco transportaba desde Cuba varias toneladas de piñas y cacao de la mejor calidad y, por una decisión personal del capitán, que había decidido recalar en la aldea antes de poner rumbo a la capital contraviniendo la rigidez de las fechas señaladas por la Compañía, tomó puerto a las doce y treinta y cinco minutos de la mañana de un miércoles entre dos columnas de espuma azuzadas por las turbinas. Quiero conocer ese rincón de la costa antes de que empiece el mal tiempo. Quizá en unas semanas ya no podamos fondear allí, le había explicado a su oficial primero marcando una cruz en la carta de navegación. Un sol radiante pulía los acantilados arrancándoles una irisación verde que el capitán Golondrina anotó en su bitácora por parecerle especialmente bella. «Quiero visitar esta aldea porque aquí transcurrió la infancia de mi madre», escribió.

Contempló el cúmulo de casas precipitándose sobre el mar, la concha de piedra que abrazaba el amasijo de tejados germinados de verdín, e imaginó a su madre niña, el ángel cerúleo de las fotografías que su padre custodiaba en un álbum de piel que rara vez le había permitido ver. Son frágiles, le advertía. Y cerraba la tapa de un golpe seco llevándose consigo al espectro coronado de azucenas que posaba junto al mar con sonrisa triste. Sabía que su madre y su abuelo habían emigrado a finales de siglo a Gran Bretaña, que el olvido era implacable y que posiblemente nadie pudiese dar cuenta del paso de su sombra blanca sobre los cantos pulidos de las caleguinas y, pese a ello, sentía la necesidad de completar aquel rompecabezas de su pasado del que la aldea formaba parte.

Al principio creyó que se trataba de un efecto óptico, un brillo alargado y blanquecino que rasgaba fugazmente el aire, pero al cambiar de posición constató su persistencia. Se trataba de una línea fina, casi imperceptible, que acompañaba al barco en su travesía centelleando al sol. Siguió su curso hasta perderlo en el entramado colorido de las primeras casas. Poco después, cuando el barco atracó en el puerto desatando el griterío habitual entre los lugareños, el capitán Tomás Golondrina corroboró su sospecha. El cauce de luz, la interminable y finísima cola de cometa que venía doblando su avance desde quién sabe cuándo, era un hilo; un cordón de lana grueso, bien afianzado, que trepaba hasta las casas más altas de la aldea y se perdía en la oscuridad de un ventanuco. Lo señaló sin saber cómo nombrarlo, pero nadie pareció advertir su gesto. Los oficiales se afanaban en las tareas del desembarco y los tratantes desempacaban su equipaje con la

ayuda de los mozos de cuerda.

Sale de casa de Aurelia.

Tomás Golondrina se giró hacia aquella voz. Tenía el cabello rubio y unos ojos desafiantes de zafiro, la espalda ancha pese a su escasa estatura, la piel atezada. Era falto de una pierna, sustituida por un puntal de madera corroído por la sal y, aunque vestía un traje vulgar de misa de doce, se permitía lucir un pañuelo primorosamente doblado en la solapa que más que adornarlo resaltaba la miseria del conjunto. Su edad era una incógnita.

El hilo, digo, insistió Juan Mazurca. Es una muchacha muy rara que ató a su hermano con un cordel hace un año, cuando el chico se fue a Cuba. Lo que no sé es cómo no se le acaba nunca el ovillo ni qué demonios guarda en el granero que es de donde sale el hilo. Este es un pueblo de locos, señor. Se lo digo yo que estuve en la guerra y no perdí la cabeza de milagro, y aun con todo soy el más cuerdo de esta aldea.

El capitán sonrió desconcertado. Durante la travesía en alta mar, recordaba haber observado aves que parecían detenidas en el aire, en posición de descanso. Debían reposar sobre el hilo. Increíble. Este cabo de cuerda nos ha acompañado desde Cuba. Y aquello le pareció una señal más de un vínculo invisible con la infancia de su madre, el remoto anticipo de su propia vida.

Asomado a la ventana del cuarto que la Generala dispuso para él en la parte más alta del hostal, contempló la fina brecha que el cordel abría entre el cielo y la tierra. Aquella noche soñó con la tejedora, a la que nombró Ariadna. ¡Ariadna! –le gritaba suspendido en el aire–. Sujétame fuerte, no me sueltes. Y estiraba su mano izquierda, implorante, hacia aquella muchacha de rostro borroso que sostenía la cuerda.

A la mañana siguiente Aurelia golpeó la puerta del hostal. Me han dicho que aquí se aloja el capitán del barco que acaba de llegar de Cuba, expuso sin más preámbulos. La Generala sonrió con picardía desde en el umbral. El capitán Golondrina era un hombre muy atractivo. También a ella le había deslumbrado la visión de aquel caballero rubio de rasgos finos, piel de niño, pulcra vestimenta y modales de lord. Sus ojos la miraron desde el fondo de un lago verde trébol que a la hospedera le recordó a un amor de juventud, un muchachito inglés que había conocido en un balneario al que acudía con su familia cada verano para tomar aguas sulfurosas. Veo que al fin te corre sangre por las venas, pero te advierto que no eres la primera que se interesa por el capitán, las chicas del pueblo andan detrás de él como las moscas. La Generala le hablaba sin dejar de sonreír, como mordiendo las palabras. Yo no ando buscando un marido –replicó Aurelia, contrariada–. Solo quiero saber si me puede dar noticias de

Valentín. Nada más. En ese caso –contestó la Generala haciéndose a un lado– mejor será que esperes en el saloncito.

Aurelia nunca había traspasado aquel umbral. Cosía las medias de las muchachas, les confeccionaba faldas tan ligeras que casi no escondían nada y hasta les remendaba los puntos sueltos de los sostenes, pero prefería no acercarse por allí. No se trataba de mojigatería. Sus padres no habían tenido tiempo ni ganas de inculcarle el temor al castigo divino. En ese sentido, como en muchos otros, se había hecho a sí misma. Creía en el cielo estrellado y en la unión indivisible de la sangre. Solo había leído un libro en su vida, su biblia particular, pero en su mapa del bien y del mal algunos territorios no estaban claramente definidos y el cenagal del sexo, con sus humores dispuestos al derrame, era uno de ellos. Durante mucho tiempo tuvo pesadillas en las que hombres de falos desproporcionados paseaban delante de su casa, acechándola. Hombres erróneos, extranjeros, que golpeaban los cristales con sus miembros erizándole la piel. Mejor olvidar sus ojos y sus intenciones. Pero la Generala parecía no entender la vida sin aquella pulsión de los cuerpos atravesándose unos a otros, siempre con una procacidad en la punta de la lengua. Por eso prefería no acercarse al hostal, porque allí se sentía como una monja estúpida, con su obstinada virginidad a cuestas. ¿Nunca te vas a echar novio, criatura?, le preguntaba la *madame*. No sabes lo que te estás perdiendo, muchacha. El de la carne es el único placer igual de sabroso para ricos que para pobres.

Rojo y verde. La sala era un tapiz discontinuo de distintas texturas. Cortinas de terciopelo púrpura, relojes de gong, cuadros de bailarinas del Moulin Rouge, fotografías de cupletistas exhibiéndose en poses provocativas. Almizcle y jazmín. Los sofás eran mullidos, suaves al tacto y cubiertos de cojines con flecos dorados que le daban al salón un aspecto oriental. En mitad de aquella blandura disoluta, Aurelia se posó como un pajarito oscuro, la nota discordante en el templo del placer que no sabe cómo encajar los ángulos de su cuerpo en el paraíso de las poltronas. Reparó en que sus zapatos estaban rotos y sus uñas llenas de tierra, nada que ver con el retrato de la mujer negra que reía agitando, voluptuosa, la ristra de plátanos de su falda.

Sonaron pasos en la escalera que comunicaba el salón con las alcobas principales. Dos ritmos distintos, uno agudo de tacón, el otro sólido, botas de cuero lustrado seguramente, y aquel cruce de pisadas le alteró el corazón unos segundos. Escuchó a la Generala dándole explicaciones al capitán en un tono precavido, se trata de una huérfana que vive de la limosna de los hilados, su único hermano se embarcó y no ha vuelto a dar señales, el muy tunante. A Aurelia le dolió aquel deje compasivo. Nunca había considerado que su trabajo fuese una limosna, pero sobre todo le hirió que aquel hombre del que

solo conocía la firmeza de sus pasos sobre la madera la viese como a una pobre huérfana, una mujer abandonada, a la deriva. Sola. Cuando estuvieron frente a frente por primera vez, Aurelia se irguió altiva, olvidando el perpetuo dolor de espalda que la acompañaba desde hacía un año, y le tendió una mano fría, casi ministerial. Tomaron asiento en uno de los sofás de terciopelo verde del salón, ligeramente apartados de la Generala que, fingiendo discreción, se sentó en el otro extremo de la sala con un libro entre las manos. Golondrina extrajo un cigarrillo de una pitillera de plata y Aurelia escondió las manos bajo los muslos, avergonzada de lo que pensaría aquel hombre de dedos tan finos si reparaba en sus uñas sucias de campesina. Le habló sin mirarle a los ojos envuelta en el humo dulce del tabaco. Describió prolijamente a Valentín, enumeró a los cuarenta muchachos que habían partido de la aldea el pasado año hacia La Habana bajo la tutela de un indeseable al que retrató al detalle. El capitán hizo un esfuerzo por recordar. Un grupo de españoles. Muy jóvenes. Sí, sí, ahora me viene a la memoria. El dueño de un ingenio azucarero que necesitaba mano de obra a bajo, bajísimo precio. Un tipo petulante apellidado Romero los había traído en persona a bordo del Buenaventura, eso le contaron dos guajiros tomando tragos una tarde en Viñales. Lo comprobó personalmente días después, cuando los vio en la plantación que el tal Romero tenía en Pinar del Río. Caminaban con el espinazo doblado sobre la tierra, como esclavos. No aguantaban el calor como los negros y muchos de ellos caían enfermos, la piel quemada por las horas de intemperie. Sudaban como animales aquellos adolescentes que miraban con esperanza hacia el camino de tierra roja por el que cruzaban hombres a caballo como él, hombres que podían haberlos liberado, comprado tal vez, pero que pasaban de largo o se detenían un instante para trocar cigarrillos por azúcar con el capataz. Él los había visto, Valentín sería uno de ellos. Aquel muchacho pálido que Aurelia describía quizá no hubiera sobrevivido a la canícula, que aquel año había sido especialmente dura en la provincia. No quiero asustarla –le advirtió el capitán con gravedad–, pero no puedo dejar de ser sincero con usted. Quizá su hermano haya fallecido en la plantación. Allí la vida es muy dura y él no está acostumbrado al clima. Muchos se han insolado.

Aurelia, que había escuchado el relato con el rostro demudado, le miró, ahora sí, fijamente a los ojos y negó rotundamente. Él sufre, pero no está muerto, dijo. El capitán Golondrina parpadeó desconcertado sin comprender el origen de aquella seguridad. Qué sabía ella de los aconteceres de Viñales, engarzado en sus mogotes al otro lado del océano, y por qué apretaba de ese modo las manos bajo los muslos. Silencio. Las pupilas del capitán se dilataron al caer en la cuenta. El hilo, claro, sonrió. Por eso el hilo.

LA PRIMERA NOCHE la pasó en vela, recostada bajo la bobina. Hacía horas que Valentín se había ido y el carrete giraba sobre sí mismo arrastrado por el suave balanceo del hilo. Está buena la mar, se tranquilizó. Por suerte no les ha cogido la galerna. El cordel subía y bajaba con docilidad y en cada giro Valentín se adentraba en la región de lo desconocido. ¿Qué hay más allá?, le había preguntado tantas veces señalando la línea de mar difuminada por la niebla. Aurelia callaba. Su mundo también terminaba allí, en aquel horizonte estrecho que a veces era plateado; otras, turbio. Mar y más mar. Eso vería. Algún islote que Aurelia imaginaba como una tortuga cubierta de musgo y, quizá por la noche, cuando todo el mundo templase el mareo en sus camarotes, Valentín se asomaría a la baranda del barco y descubriría en la negrura el aura dorada de una cabecita asomando entre dos olas. Él no sabría interpretar la señal porque había crecido sin más cuentos que los despojos de aquellos que ella recibió, espléndidos, de labios de la madre, pero aquel tal vez sería el pez de las fábulas de su infancia, el mismo que hablaba el lenguaje de los humanos y concedía deseos a los corazones puros.

No se separó de la bobina durante los veinte días que duró la travesía. Alternaba su vigilancia con la incansable labor de hilado que aquella empresa le suponía; necesitaba miles de kilómetros de cordel, una legión de ovejas cediendo sus vellones para que Valentín no se alejase de su vida por completo.

En el escaso tiempo que le restaba, la muchacha se alimentaba de pan mojado en leche, paseaba a las cabras o concluía a las prisas el último encargo de la hilandería. El granero se había convertido en el epicentro de la casa, desplazada la cocina de ese lugar de privilegio, y la bobina, con su ritmo variable, era el nuevo corazón. Hubo noches calmas, en las que el siseo del carrete era un arrullo para Aurelia, y otras en las que la cuerda se sacudía a gran velocidad, causándole a la muchacha unas náuseas vicarias que la dejaban extenuada sobre las tablas. Acudía entonces a las escasas reservas de la despensa donde hallaba un salchichón, una libra de queso rancio, alguna conserva de hígado de bacalao. Había algo en aquella austeridad que la reconfortaba. No le parecía justo regalarse manjares que a su hermano le estaban vedados en mitad de esa nada que es el océano.

Vivía así, de espaldas a la aldea, pero sin conseguir volverse invisible, condición que al menos la hubiera liberado de las explicaciones que pronto le fueron requeridas por la presencia de un larguísimo hilo que partía de su granero para precipitarse sobre los tejados del barrio de pescadores. Ellos fueron los primeros en descubrir aquel cabo que se perdía en la infinitud del océano. Esa muchacha rara, esa muchacha. Al principio supusieron que Aurelia había anclado alguna barca de bajura o que tal vez pretendía marcar

el camino a los bucaneros, cada vez más frecuentes en la costa noroeste, pero, al abandonar su casa tras media hora de respuestas huidizas, los cofrades concluyeron que se había vuelto loca. Esto podría ser peligroso para los niños, proclamó un veterano. ¿Cómo pretendía mantener aquella cuerda sobre sus cabezas hasta que Valentín regresase? Habrían preferido cualquier impostura, algo que respondiese a un instinto tan humano como el enriquecimiento o la traición. Debían vigilar aquella locura y, llegado el momento, zanjar por lo sano, y bajo esta proclama sellaron el pacto en la taberna de Celestino, quien, al quinto vaso, les hizo prometer que le concederían a la muchacha un tiempo prudencial hasta que recuperase el raciocinio y cortase por sí misma aquel cordón. De todas formas, agregó el tabernero rellenando la jarra con una venencia, no entiendo por qué os preocupa tanto. Seguro que los pájaros se acostumbran antes que vosotros a un simple hilo.

No anduvo errado Celestino. Al cabo de unos días, las aves comenzaron a posarse sobre el cordel con naturalidad. Aprovechaban aquel sustento para descansar del vuelo o acomodar su plumaje, a veces simplemente para otear el horizonte desde una atalaya. Las jornadas nocturnas del calamar mantuvieron ocupados a los pescadores durante semanas, aturdidos por el cambio de horario y las malas digestiones de la madrugada. Después llegaron nuevos barcos, mañanas espléndidas en las que se vendía hasta el último jurel arrojado sobre la piedra. La vida siguió su curso al margen de aquel filo de lana que partía en dos el puerto como una hogaza. Finalmente, lo olvidaron. O más bien se acostumbraron a él hasta ignorarlo por completo, dándole un respiro a Aurelia y a la fatiga de las gaviotas.

Una tarde, mientras la muchacha dormía la siesta acunada por el vaivén de la bobina, el hilo dejó de vibrar y el carrete se detuvo bruscamente, despertándola de un duermevela que había durado casi tres semanas. Supo así que Valentín había llegado a Cuba, la tierra prometida. Respiró hondo y salió por la puerta trasera del granero a contemplar un mar que a esas horas era una lámina dorada apenas moteada por dos o tres chalanas. Con los ojos perdidos en el océano se ajustó el chal a la espalda y bajó a la calle embargada por una felicidad inexplicable, una felicidad que aumentaba cuesta abajo, dispuesta a concederse el placer de una manzana.

VENDIÓ EL REBAÑO y todas las tierras de sus padres en lotes de cuatro parcelas buenas y dos animales viejos o bien tres fincas baldías y un par de cabras fecundas. Se trata de ser justos, replicaba. Ahora que se había quedado sola ya no tenía ánimo para cuidar de aquellas fincas y, solo en honor al padre y por mera supervivencia, respetó un trío de cabritillas dulzonas, un macho y la huerta de la casa, donde el espantapájaros del último verano agonizaba entre las zarzas. Sus horas

transcurrían de la hilatura a la bobina. En cada giro Aurelia imaginaba a Valentín tumbado en el jergón de una pensión del Caribe, la ventana abierta al puerto inundado de músicos donde una multitud alegre braceaba entre el calor y los vendedores de turpiales. Una tarde en que la muchacha remató tres pequeñas mortajas para tres niños enfermos de difteria, el hilo comenzó a vibrar con fuerza inusitada, elevándose hasta rozar las vigas del techo y arañando después el tablero hundido. Aurelia se estremeció. Aquel vaivén frenético no indicaba nada bueno. Valentín sufre, dijo en voz alta. Algo no había salido como Nicanor les había prometido y ahora casi podía palpar el sudor enfebrecido de su hermano rodando cuerda abajo desde el otro lado del mundo. Tras escudriñar la tensión dramática del hilo, Aurelia llegó a la conclusión de que Valentín trabajaba duro, trabajaba como un esclavo, doblando sin descanso su cintura de adolescente hacia el mar o la tierra, sin música a su alrededor ni pájaros exóticos que picoteasen la guayaba. Contemplaba impotente el movimiento sesgado del hilo, lo acariciaba augurándole futuras alegrías y hasta lo untaba con abundante agua de árnica por ver si aquel ungüento alcanzaba los brazos de su hermano, mar adentro.

SE DESPIDIÓ BREVEMENTE y salió del hostal sin echar la vista atrás. Tomás Golondrina, preocupado por la palidez que había tomado el rostro de la muchacha a lo largo de la entrevista, se acercó a la ventana para observar cómo se alejaba caminando por el puerto. No se preocupe por ella. La Generala le hablaba con una copa de anís en la mano. Ahí donde la ve, esa muchacha es más fuerte que usted y yo juntos. De hierro es.

El capitán no escuchó sus últimas palabras. Al otro lado del vidrio, Aurelia se había desplomado sobre el empedrado como un fantoche de lana. Tomás Golondrina corrió hacia el lugar donde la joven se revolvía tratando de erguirse. ¿Se encuentra bien? Ella lo miró como si nunca hubiera tenido ante sí el rostro de aquel hombre. Segundos después recordó el barco, la esclavitud, los cojines de terciopelo rojo, las botas ciñéndose con firmeza a las piernas del capitán, sus labios que ahora sonreían a dos palmos de su propio aliento. Ya estoy bien, gracias. Quiso regresar sola a casa, pero Golondrina insistió tanto en acompañarla que hubo de aceptar el brazo que le tendía, aunque sabía que aquel gesto no pasaría desapercibido en la aldea. Sintió el calor de aquella extremidad que culminaba en una mano de pianista, blanca y hábil, una mano que ella imaginó capaz de virar el rumbo ante una tormenta o dibujar un mapa de arrecifes si la ocasión lo requería. Caminaban muy despacio. La voz del capitán le pareció serena. Aurelia no despegaba los labios. Dejaba que Golondrina hablase con pausa crepuscular mientras ella inventaba vericuetos que demorasen el camino, preguntándose con rabia por qué diablos estaba dando

vueltas alrededor de la mediana del huerto. Ya conoce el tópico de que los marineros somos de todas partes y de ninguna, sonrió Golondrina. Usted sabrá de lo que hablo porque vive a la orilla del mar. Trató de responderle que no, que no sabía a lo que se refería, que ella nunca había cruzado la frontera del horizonte, ni siquiera había hundido un pie en aquella incógnita que era el océano, pero continuó parapetada en su silencio hasta llegar, ahora sí, al zaguán de la casa. Aquí es, le dijo. Sintió el aplomo de aquellos ojos de trébol cayendo sobre los suyos a la espera quizá de algún gesto elegante; una palabra inteligente a la altura de la conversación que el capitán había sostenido, imperturbable, con su silencio. Para volver a la pensión camine siempre cuesta abajo, dijo. Golondrina quiso acompañarla al interior de la casa, pero ella desdeñó su ofrecimiento objetando que tenía mucha labor por hacer. ¿Se refiere usted al hilado?, se aventuró a preguntarle. El capitán no supo si fue el tránsito de una nube o el desmayo que acababa de sufrir lo que coloreó de gris el rostro de la muchacha un momento antes de cerrar la puerta. Permaneció unos segundos inmóvil y después se ajustó la gorra dispuesto a desandar un camino que se le antojaba laberíntico. Cuesta abajo, recordó. No había avanzado ni diez pasos cuando una voz lo llamó desde la ventana del piso superior de la casa. Capitán, ¿usted sabe dónde está ahora Nicanor Romero?

NO FUE NECESARIO TRAZAR UN MAPA para encontrarlo. El propio Nicanor marcó con una cruz su presencia en la aldea semanas después, cuando desembarcó abrazado a la cintura de una mujer negra cuya piel contrastaba con la blancura de su traje de lino, combinados ambos en un perfecto negativo que hipnotizó momentáneamente a los pescadores. Muchos habían confiado a sus hijos a la suerte del Buenaventura y ahora que conocían la estafa no daban crédito a la desfachatez de aquel hombre que se asomaba a la pasarela como un príncipe, invicto y orgulloso. El barco amarraba repleto de maderas exóticas, salazones y conservas de frutas tropicales. En cubierta, Nicanor Romero fumaba ajeno al hervidero de cajones de madera, poleas y tenderetes. También al dolor. Las miradas de los pescadores se cruzaron y más de uno señaló la ventana del granero de Aurelia, donde el hilo manaba en un continuo sube y baja que remedaba el sufrimiento de la plantación. Romero descendió junto a la dama negra y, extrayendo un fajo de billetes del bolsillo de su guayabera, se dirigió a los aldeanos con una seguridad ensayada a lo largo de dos semanas ante el espejo de su camarote. Aquí tenéis el salario que os envían vuestros hijos. Que quede claro que Nicanor Romero siempre cumple su palabra. El hilo se tensó súbitamente. Las vendedoras de la lonja, que se habían congregado en el puerto dispuestas al motín, gritaron lo que estaba en mente de todos: ¿qué has hecho con nuestros

chicos, malnacido? Más de una estuvo a punto de irse hacia el tratante con la navaja de cortar carnaza. Nicanor Romero no se amilanó. Todos están bien, hechos unos hombres, trató de apaciguarlas. No os creáis las habladurías y tomad el sueldo que vuestros muchachos os envían.

Los aldeanos se miraron aturdidos. Si el capitán Golondrina hubiese permanecido entre ellos habría sido un faro en mitad de aquella confusión, alguien con la autoridad suficiente para replicar a aquel hombre que parecía esconder un alfanje en cada manga. Pero su barco había partido tres días antes rumbo a la costa norte y ya no habría de atracar en la bahía hasta la primavera. En el puerto lo habían despedido emocionadas las muchachas del hostal y hasta la propia Generala, con la que aquel otoño compartió tazas de té negro con miel en un ritual que comenzaba media hora antes de la puesta de sol y languidecía hasta la madrugada. No es necesario pasar mucho tiempo en un lugar para establecer costumbres, musitaba Golondrina. Imaginaba a su madre acudiendo a las fiestas patronales con un vestido de organdí. No quedaba en el barro fresco de aquella aldea ni una sola de sus huellas. Nadie conocía a Irene Wilbourgh–Greenglass y tampoco él sabía mucho más de aquella figura desvaída, de la que ignoraba incluso el apellido de soltera, salvo que era hija de un militar viudo de segundo rango al que habían destinado temporalmente a la aldea a la espera de un cargo de mayor categoría. La princesa custodiada en su torre de marfil no estaba destinada a mezclarse con lo mundano, pero el destino del padre se retrasó e Irene aprendió a leer y a escribir en aquella aldea remota donde mudó los dientes y hasta se vistió de largo. La Generala escuchaba embelesada esta y otras historias con una expresión adolescente que la rejuvenecía. Tomás Golondrina la transportaba a aquel orden de cosas que ya no existían, que pudieron ser y renunciaron al paso del tiempo; a los niños atrapados eternamente en un cuerpo de ocho años que le sonreían detrás de aquellos labios color grana que se adivinaban dulces y salados. ¿Qué me dice de Aurelia?, le preguntaba azuzando su instinto de casamentera. El capitán Golondrina alzaba entonces la vista hacia el hilo y le respondía que aquella muchacha vivía ensimismada. No creo que le interese nada ni nadie que esté a menos de quince mil kilómetros de distancia. Puede ser, reponía la Generala, pero hasta el más esquivo de los pájaros necesita un nido donde cobijarse de la tormenta, no lo olvide. El capitán sonreía aproximando su taza al filo de los labios. Dudo que yo pueda ser un nido para nadie. La Generala escanciaba un chorro de té en la boca de la porcelana. No quiera correr más rápido que su sombra, Tomás.

Partió el capitán una mañana de principios de noviembre entre las franjas de luz del amanecer. La Generala, que nunca se despertaba antes de las doce del mediodía, apareció en el puerto envuelta en una

mantilla de lana junto a dos de sus muchachas. Vengo a decirle adiós, capitán, aunque espero que esta costumbre suya de abandonar a los que le quieren no siente un precedente, bromeó con una sonrisa triste. Tomás Golondrina besó la mano de las muchachas con la misma ceremonia con la que saludaba a los embajadores en las recepciones, y susurró algo al oído de la Generala. Después se fue. La bocina bramó tres veces y la quilla se separó lentamente de tierra firme. Los barcos, pensó el capitán, se alejan muy despacio. Agitó la mano desde el puesto de mando y las mujeres le respondieron con sus pañuelos. También balanceó su mano una pequeña silueta atrincherada tras el ventanuco del que nacía aquel hilo que habría de conducirle al otro lado del mundo.

TRES JORNADAS DESPUÉS, el barco de Nicanor Romero irrumpió en sus vidas, pero Golondrina no estaba allí para alzar la voz entre la muchedumbre y replicar que aquella gente era pobre pero dueña de sí misma, que la vida de sus hijos no se podía comprar ni con una mina de oro, y los aldeanos no encontraron palabras para defender su dolor. Eran gentes de mar o de tierra, que a fuerza de aplicarse en su tarea habían adquirido una rudeza casi objetual. Dialogaban en silencio con las olas, con los bancos de sardinas, con las semillas de calabaza, con los tocones de las huertas. Nada sabían del lenguaje del engaño y, por no encontrar el modo de escupir al patrón, recibieron el dinero que les arrojaba entre las manos sin saber qué hacer con él.

No se acerque a mí. Yo no voy a venderle a mi hermano por dos perras.

Todos se giraron hacia ella. Pequeña, enlutada, la expresión carbonizada por el odio. Aurelia surgió de la nada blandiendo aquella voz que apenas resonaba en las callejas. Nicanor la miró con desdén y se guardó los billetes en un bolsillo. Está bien, contestó sin mirarle a los ojos. Con tu parte invitaré a beber ron cubano esta noche a todo el que se acerque a la taberna.

Se alojaron en casa de Juan Arriero, el único hombre dispuesto a abrirles las puertas a cambio de unos billetes y dos botellas de licor. Los escrúpulos conducen a la pobreza, ese era el lema que Arriero seguía al pie de la letra. Vendía al triple de su valor el producto comprado a las barcazas del contrabando, mercadeaba con la necesidad si eso le reportaba beneficios, y consideraba inútil aquello que no preñase sus tinajas de barro. Porque Juan Arriero atesoraba su caudal dentro de unas vasijas que escondía en el altillo de su casa, un espacio de apenas metro y medio de altura ubicado entre el techo y el tejado al que se accedía a través de una puerta oculta tras un armario. Nadie conocía esta isla de riqueza a la que el viejo ascendía dos veces al año: una en Navidad y otra en la fiesta de la cosecha de agosto. Apartaba entonces el armario para descubrir una pared inmaculada

cuya carga de cal no arrojaba más sospecha que la cosquilla de un ciempiés o alguna tela de araña que se rasgaba con solo soplarla. Rascaba con una navaja el perfil oculto de la portezuela sintiendo la misma emoción de la primera vez. ¿Y si todo era un sueño? ¿Y si no existía ya la puerta, ni las vasijas, ni las monedas doradas? Pero de nuevo surgía el rectángulo recortado en la aparente tersura de la pared, que cedía al impulso de la mano de Arriero, dejando al descubierto una angosta escalerilla. Entonces, subía. El último peldaño crujía amenazando con hundir al codicioso y arrojarlo al vacío sin permitirle contemplar la gloria de las tinajas: ocho ánforas de barro rojizo alineadas en dos filas de cuatro, el cuello sellado con tapones de corcho y resina, que despedían un aroma a bosque capaz de embriagar a un hombre hasta hacerle perder el conocimiento. Arriero resollaba de felicidad al constatar que su pabellón de los milagros se mantenía intacto. Disfrutaba de aquel preámbulo, agachado en el umbral de la escalerilla, pero al poco el ansia le empujaba a tantear la panza de las tinajas antes de elegir la que sería profanada. Comenzaba entonces el recuento, tan satisfactorio. Sabía que debía permanecer allí poco tiempo, menos de media hora, o caería narcotizado por los efluvios de la resina, pero siempre se reservaba unos minutos para palpar la redondez del oro. Después descendía las escaleras sin hacer ruido, cerraba la puerta tras de sí y encalaba la pared. Una vez seca la carga, colocaba el armario en su lugar. Regresaba entonces a la penumbra de su cuarto, convertido de nuevo en un pobre viejo sin más luz que la de un cirio robado del cementerio, a las escuetas cenas de sardinas sobre una lasca de pan duro, al vino a punto de vinagre que Celestino desechaba de su taberna y que Arriero recogía a cambio de nada. Solo era rico dos días al año y aquel placer efímero era su beneficio. El resto del tiempo sobrevivía, como todos en la aldea.

El ama sospechaba que Juan Arriero escondía su fortuna en algún lugar secreto, pero el viejo nunca accedía a revelarle dónde se hallaba el escondrijo. Cualquier día se va a usted a morir y todo su dinero será pasto de los gusanos, le hostigaba. Arriero sorbía la sopa miserable. Sabía que el ama era tan codiciosa como él. Robaba cuanto podía de las propinas de los huéspedes y falseaba las cuentas en cuanto tenía ocasión, pero era limpia, metódica y poseía un sentido innato del buen gusto. Sabía cómo vestir una cama para contentar a un melindroso o componer el perfume que haría que Nicanor Romero se sintiese como en casa. Ella misma los destilaba mezclando en su almirez puñados de pétalos desecados con las esencias adquiridas a los mercaderes. Sándalo, almizcle, ámbar. A este hombre –deducía– le gusta el olor a hembra. Entre esas sábanas aromadas, Nicanor cabalgó aquella tarde a la muchacha. Su cuerpo negro hundido en la blancura del lecho lo emborrachaba de placer, abierto por fin el ojo de iguana que yace

entre las piernas de las indígenas. Solo allí dentro se sentía inmortal.

Al atardecer, Romero paseó por el malecón agarrado a aquella figura espléndida que se dejaba guiar como una sombra. Los hombres contemplaban con lujuria las piernas torneadas de la mujer, ascendían hasta llegar a los glúteos abultados, al vértice de su pubis. Nicanor Romero podía palpar la envidia y eso lo envanecía y le obligaba a ralentizar el paso, demorándose en cada detalle del camino, señalando las minucias pintorescas del paisaje, las mujeres de piel enrojecida por el nordeste que lo miraban hostiles tras los montículos de conchas.

Cayó la noche y un aroma dulzón a maíz maduro e higos secos se dispersó sobre la aldea, mezclándose con la morralla amontonada en el puerto. Romero ordenó a los mozos de cuerda que llevasen una caja de botellas de ron a la taberna de Celestino. Esto es oro líquido del que no conocen vuestros gaznates de vino picado, desafió a los parroquianos desde la puerta. Les dijo, con un tono más propio de una amenaza que de una generosa invitación, que nadie saldría de allí sin probar su ron, que se sentía en deuda y que quería celebrar con ellos que pronto sería un hombre casado, e hizo una pausa para asegurar el efecto de sus palabras. Todos los ojos se clavaron en la diosa de madera oscura que sonrió tímidamente sin entender una palabra. Nicanor la atrajo bruscamente hacia sí con un tirón semejante al que los pastores emplean con la ganadería rebelde y le dijo algo al oído que le hizo abandonar la taberna, azorada.

El hilo vibraba a esas horas bajo la luz de la luna. Siguió con la mirada el sendero brillante de la cuerda hasta su desembocadura en la ventana de una casa alta, algo desmañada, al pie del farallón de roca, donde el vaho de una vela empañaba los cristales del piso superior. Una mancha difusa cruzó el vano y la mujer apartó la mirada. Prosiguió su camino hacia la hospedería de Arriero, un chorro de luz blanca deslizándose por la loma de su espalda. Avanzaba con serenidad entre el rumor del oleaje. Más allá del bullicio de la taberna, el faro bramaba tratando de abrir brecha en la masa compacta de la bruma. Al girar el pomo de la puerta algo le hizo dar un brinco. Un gato se había escurrido bufando entre sus tobillos. Era negro, pero sus ojos de almíbar eléctrico iluminaron la escena un segundo antes de borrarse entre la niebla.

AQUELLA NOCHE AURELIA sintió el latido de la fiebre dilatando sus venas. Había pasado toda la tarde llorando de rabia en el granero. La imagen de Valentín atado a una yunta de bueyes, picando la tierra bajo el sol calcinado del Caribe mientras ese malnacido comía y bebía como un rey del brazo de aquella mujerona, se le había incrustado en el cerebro. Lo odiaba. Lo odiaba tanto que deseaba su muerte. Que la de la capa oscura llamase a la puerta de Juan Arriero con su guadaña y lo arrastrase al infierno. Mil imágenes se agolpaban en su cráneo y

en todas ellas Romero suplicaba clemencia ante las falanges de la muerte que le apuntaban, irrevocables. Se levantó temblando, aún sin discernir el sueño de la realidad, y se arrastró hasta la puerta de la casa apoyándose en las paredes del granero. Nunca imaginé que el diablo vestiría de blanco, pensó antes de hundirse en un sopor febril. Soñó entonces que un gato empujaba un ovillo de luz por las esquinas de la aldea impidiendo que el sol alumbrase sus miserias. Nicanor Romero paseaba con su negra por el muelle, inmune al sufrimiento, mientras el hilo de Valentín brillaba como un cuchillo en el aire y bajaba, bajaba, hasta situarse al borde de su garganta. Aurelia observaba la escena paralizada entre el deseo y el temor. Al fin el hilo le cortaba el cuello de un tajo limpio y la cabeza del tratante rodaba sobre las piedras del puerto. Daba dos, tres, cuatro botes y caía al mar, donde los peces acudían voraces al banquete de la carne. La negra abría entonces la boca desmesuradamente y de su garganta no surgía un grito sino un vendaval que arrancaba de cuajo los cimientos de las casas, dispersándolas como pan calizo sobre las aguas.

Amaneció envuelta en sudor. Corrió las cortinas y de nuevo se arropó en la cama, contemplando el cielo diáfano que prolongaba la colcha más allá de sus pies. Cerca de las escolleras, un bulto oscuro flotaba en el mar. Al principio pensó que se trataba de un animal muerto, alguna yegua enferma que se había arrojado a la bahía en un ataque de nervios o una cría de ballena varada como la que el año pasado llegó a la costa noroeste precedida de una estela putrefacta. Después el sol iluminó la parábola de aquel fardo sobre el mar y Aurelia tuvo un presentimiento que la empujó fuera de la cama descalza y envuelta en una manta. En el puerto un corrillo de marineros rodeaba un cuerpo. Huele a marisco podrido, dictaminó una pescadera acercándose al rostro hinchado del ahogado; extraño híbrido entre un hombre y un pez, piel purpúrea, los ganglios inflados como branquias asomando de un cuello casi inexistente.

Horas más tarde Aurelia contempló desde su ventana el trasiego de autoridades. Un hombre vestido de gris descendió de una barca oficial y escribió allí mismo, sobre un papel húmedo, el sucinto informe de los hechos. El alcalde ordenó al alguacil distribuir un bando general y gracias a ese papel que a la mañana siguiente apareció clavado en todas las puertas, los vecinos supieron que Nicanor Romero, de cuarenta y dos años, natural de la comarca aunque residente en Cuba, antigua Isla Juana, hijo de Felipe Romero y Ernestina Gayoso, había fallecido por ahogamiento en el mar durante la madrugada pasada, encontrándose en el puerto varias botellas de ron vacías junto a su sombrero panamá. En su estómago se hallaron, mezclados con agua de mar, más de tres litros de alcohol, varios crustáceos en estado de somnolencia, y un coral blanco de origen impreciso, aunque en

apariencia tropical, que vivía parasitariamente alojado en aquel estómago desde hacía años. Tras interrogar a las últimas personas que lo vieron con vida, se deduce que el finado, hallándose en estado de embriaguez, trató de nadar hacia el islote del Tomillar y en ese ciego empeño murió antes de alcanzar la orilla, quedando su cuerpo atrapado en un remolino que lo retuvo junto a la costa hasta el momento de su hallazgo. No obstante, las autoridades conminan a cualquier testigo a personarse en la Casa Consistorial para prestar declaración que esclarezca tan oscuro episodio.

Pero todos decían haber dormido como recién nacidos la noche del suceso y hasta Celestino aseguró haber echado el cierre de la taberna antes de la medianoche, cuando los últimos pescadores volvieron a su casa dando tumbos. Ni siquiera Juan Arriero, cuya palabra se compraba y se vendía a bajo precio, recordó haber visto algo significativo. Solo sé que esa noche se me escapó el gato y todavía no ha vuelto. Eso también deberían investigarlo. En este pueblo de envidiosos lo mismo matan a un animal que a un hombre, no hacen distingos, renegó cuando el alguacil lo interrogó a la puerta de su casa. Además, añadió, ese hombre no ha pagado la cuenta y me ha dejado aquí a su querida que no tiene dónde caerse muerta. Y esto no es una casa de caridad, usted sabe.

SOLO ELLA HABLÓ y lo hizo a gritos bajo la aguja de un sol cenital, pero nadie pudo descifrar la jerga ininteligible con que aquella mujer golpeaba rabiosa el vientre hinchado de Nicanor Romero. Al día siguiente, un aséptico cortejo fúnebre recogió del galpón del ayuntamiento los restos mortales del ahogado procediendo a darle sagrada sepultura junto a la tapia del cementerio. No sabemos si falleció por muerte natural, asesinato o melancolía, reflexionó el cura. Así que dejémoslo a medio camino y así no nos equivocaremos. Si de verdad había inocencia en él, su alma encontrará un lugar en el camposanto.

A la mujer le entregaron un morral húmedo con las ropas de Nicanor y su cédula de identidad. Era todo cuanto quedaba del hombre con el que ya nunca se casaría, el único que hablaba su lengua en aquella tierra ajena donde se había quedado varada. Permaneció inmóvil en mitad del puerto sosteniendo el paquete de ropa con expresión vacua. La aldea reanudó su discurso con naturalidad: los pescadores salieron a faenar, el mercado se llenó de escamas y branquias rojas y los niños cantaron en la escuela la tabla del cinco. La vida continuó implacable entreteniendo las horas con mil quehaceres y solo ella permaneció al margen de aquel deambular, sentada en el suelo del malecón, quieta, increíblemente quieta, cada vez menos visible entre las sombras que la tarde prolongaba sobre la piedra. Se hizo de noche. Los primeros candiles iluminaron las ventanas. Una

columna de humo ascendió por las chimeneas. La mujer se dispuso a dormir al raso arropada por el traje de lino de su difunto, pero aquel tejido liviano no había sido concebido para guarecerse de la escarcha sino para proteger la piel de la brasa del Caribe, tan lejano. Por primera vez en su vida sintió el frío. Y aunque el suelo era duro y la humedad calaba, el sueño no tardó en derribarla, extenuada por el llanto.

Amanecía cuando un roce de ala la despertó. Abrió los párpados y vislumbró el rostro menudo de una joven enlutada con un fondo añil estallado de nubes, en cuclillas; una mujer que no hablaba, simplemente la observaba con detención. Sin decir palabra, Aurelia le echó un chal sobre los hombros helados, tomó su mano y, poco a poco, al ritmo que los miembros entumecidos de la muchacha permitían, la condujo hacia su casa. Abrió la puerta con sigilo y la cerró tras de sí, mirando a un lado y a otro. El aire frío de la alta madrugada removió un puñado de hojas secas en el lugar donde antes dormía la muchacha.

LA LLAMÓ SELVA porque le recordó a las mujeres indígenas de las ilustraciones de la Historia Natural que don Heliófilo custodiaba en la pequeña biblioteca del aula, donde hombres y mujeres de raza negra cubiertos de escuetos ropajes danzaban en torno al fuego invocando a la lluvia. Ignoraba el origen de aquella muchacha aterida y su verdadero nombre, pero necesitaba una palabra sobre la que cimentar sus días en la casa. No la había acogido por lástima; su cuerpo desplomado a la intemperie le había rozado el alma como una bala de hielo, pero su propia soledad la había inmunizado contra los males del mundo y el sufrimiento ajeno pasaba ante sus ojos sin dejar excesiva huella. Si le abrió las puertas de su casa fue para acallar su conciencia. Desconocía los detalles que habían rodeado el negro final de Nicanor Romero, pero no podía impedir sentirse responsable de su muerte. Ella había soñado esa misma noche que ponía fin a su vida, que Valentín la ayudaba desde su isla a sesgar el tallo de aquel hombre miserable, y estaba convencida de que ese impulso inconsciente le había arrojado al vacío. Acoger a Selva compensaba la herida del odio. A fin de cuentas, aquella muchacha desconocía el cautiverio de Valentín, su nombre y el hilo que le unía a aquella tierra en la que había desembarcado del brazo de un comerciante de esclavos.

La instaló en la alcoba de su hermano, cerca de la suya propia que, tras el absceso de fiebre, había vuelto a habitar. Caldeó la cama de Selva con un ladrillo tibio envuelto en trapos, pero ese calor no fue suficiente para que la muchacha dejase de tiritar. Parecía que el frío hubiese introducido sus témpanos en lo más profundo de aquel cuerpo, sometiendo a unas glándulas desacostumbradas al invierno. Las tazas de caldo de gallina le ayudaron a recuperar su propio

aliento. Aurelia subía a la alcoba provista de compresas de agua caliente o infusiones de malvavisco que le aplicaba en las axilas, entre las piernas, sobre la frente. Ante la ausencia de palabras establecieron una nueva forma de comunicación basada en insinuaciones. Una mirada, una señal, un sonido aprobatorio.

Aurelia alternaba el cuidado de Selva con la hilatura y el engrasado de la bobina, que con el frío se había vuelto un animal pesado. En aquellos días había comenzado a darse un cambio en la actividad frenética de Valentín. Poco después de la muerte de Romero el hilo fue aplacando su ajetreo habitual para disolverse en un balanceo suave, ondulatorio, muy parecido al de su travesía marítima a la otra orilla del mundo. Dedujo que el hermano podría haberse embarcado de regreso a casa, que tal vez, muerto el patrón, habría conseguido huir de su cautiverio para colarse como polizón en algún mercante de la ruta atlántica. Si es así –se dijo en un susurro para no despertar a Selva–, en menos de tres semanas estará aquí, justo para el deshielo.

Encaló los cuartos, remendó cortinas, ordenó dos medidas de leña y limpió la huerta de rastrojos. Selva, que al fin se había despertado de su letargo, ayudaba en todo lo que Aurelia le permitía, que no era gran cosa. La soledad prolongada la había transformado en un ave hosca y las manos de Selva eran demasiado finas para las tareas de una casa de labranza. ¿Qué hacías tú en tu tierra?, la violentaba Aurelia. La muchacha sonreía tímidamente sin comprender el significado de sus palabras. Estaba aislada, muda en un caserón que pugnaba por no derrumbarse de un momento a otro, unido su destino al de aquella mujer que deambulaba como un péndulo infinito.

Pese a las reticencias iniciales, juntas enjalbegaron la cocina, barrieron estancias que acumulaban un polvo centenario, ordenaron los armarios y tejieron nuevas colchas para los catres. Aurelia consintió en que Selva subiera al altillo para ayudarla a desenredar la lana, urgida por el correr de los días. Si sus cuentas no fallaban, su hermano atracaría en la bahía en menos de una semana y la casa debía estar lista para ese momento. Le explicó gestualmente algunos rudimentos de la hilatura que Selva aprendió con presteza. Cantó desde el primer momento que comenzó a devanar el hilo. Al principio a Aurelia le molestó aquella melodía monótona, alterada cada cierto tiempo por leves variaciones en el ritmo que recordaban a la secuencia de lluvias y claros. Quiso mandarla callar, pero no pudo interrumpir su trance. Selva movía las manos al compás de su voz transformándose en una mujer distinta, una artesana diestra que no razonaba la mecánica del hilado sino que, sencillamente, se dejaba llevar por la música. Una mañana la propia Aurelia se sorprendió tarareando una de aquellas salmodias con las que Selva acompañaba su labor y se dio cuenta, no sin cierto vértigo, de que se estaba

acostumbrando a su presencia. Le gustaba llegar a casa y encontrarla sentada junto a la ventana que daba a la huerta, oteando el mar. Aquella tendencia a la contemplación que antes le parecía un signo de indolencia ahora le transmitía añoranza. Debe echar de menos su tierra, pensaba, e imaginaba a su hermano en la mitad del océano, asomándose con el mismo gesto vacío a la baranda de proa.

Aurelia le explicó la situación de Selva al capitán del trasatlántico en el que había llegado, pero no consiguió que este la aceptara en el pasaje de regreso. Esta mujer –arguyó– no tiene billete de vuelta. Si consintiera que viajara con nosotros estaría cometiendo una falta grave y no quiero problemas en esta línea. Entre las pertenencias de Nicanor no se habían encontrado más objetos de valor que un escapulario de plata con un rizo negro guardado en su interior y un puñado de calderilla que no daba para embarcar ni en los catres inmundos de la tercera clase.

La cocina era el templo de Aurelia y únicamente permitía que Selva tocase los pucheros cuando se trataba de colocarlos en la alacena. Ella era la que hervía las legumbres en el fuego, la que colocaba el pescado sobre las brasas hasta que la cola comenzaba a enroscarse, la que cortaba la leche y la azucaraba en los días de buen ánimo. La muchacha se sentaba a la mesa como una criaja y engullía todo lo que ella le servía en el plato sin más gesto de placer o repulsa que una sonrisa abstraída. Una noche, mientras Aurelia cocinaba un caldillo de congrio sobre la trébede, el chirrido de la bobina la alertó de un cambio de ritmo. Corrió hacia el granero y observó cómo el hilo se sacudía ahora en un intermitente picoteo que la mantuvo despierta durante dos noches seguidas. Si viajaba a bordo de un trasatlántico, ¿a qué se debía aquel gorgoteo? La respuesta llegó por sí sola una mañana en la que Aurelia acudió a la casa consistorial para comunicar oficialmente que Selva era vecina de la aldea. Había retrasado aquel momento, incluso había ocultado a la muchacha por miedo a las represalias, al juicio de los otros, siempre tan severo, a la sospecha de que ella pudiese estar involucrada en la muerte del tratante aunque únicamente fuese como instigadora inconsciente de los hechos. Durante un tiempo sopesó la posibilidad de librarse de ella. Reunió los tarros de confitura de melocotón donde atesoraba sus pingües ahorros con la esperanza de que fuesen suficientes para comprarle un billete de regreso a su tierra en el primer mercante que fondeara en la bahía. Pero… ¿de dónde procedía verdaderamente Selva? Si fuese cubana hablaría su idioma y, sin embargo, aquella jerga incomprensible nada tenía que ver con el castellano. Días después, ante la expectativa del regreso de Valentín, comenzó a albergar esperanzas de otro plumaje. Tarde o temprano su hermano querría casarse, tener hijos. ¿Y qué mejor que aquella mujer hermosa, delicada pero hábil con la labor del

hilado? Cierto es que su carácter era lluvioso, pero seguramente el de Valentín también lo sería después de probar el lado más amargo de la vida. Aquella sería la argolla con la que retener al hermano definitivamente. Ella misma tejería su ajuar. Vivirían todos juntos en la casa, como la familia que eran. Y esta palabra resonaba como una campanita dorada augurando cosechas abundantes y cálidas navidades; el retorno de los bosques de las fábulas, de los cuentos antes de dormir.

El secretario del ayuntamiento le dijo que él mismo podía hacerse cargo de todas las gestiones, que en realidad eran una sola: encubrir la presencia estable de una forastera en la aldea. No tiene por qué decir que es extranjera –repuso Aurelia, alarmada–. Inscríbala como Selva y póngale mi apellido, tal si fuera una pariente que se ha mudado a mi casa. El hombre encendió un cigarrillo. Está bien –concedió–. Pero esa salvaje queda bajo su responsabilidad. Y por supuesto este negocio tendrá un precio, agregó. El tono había sido cruel, pero Aurelia no quiso entrar en liza con el secretario. Le urgía zanjar aquel asunto cuanto antes, así que sacó de la faltriquera un fajo de billetes atados con una cuerda que el hombre guardó con rapidez en un cajoncillo de su escritorio.

La muchacha esperó sentada en la única silla que había en la oficina a que el hombre colocase una cuartilla de papel en el cilindro de su máquina de escribir. La sala no podía ser más austera: una mesa con un tintero, una pluma y una resma de papel; un sillón desvencijado que ocupaba don Paco las pocas horas que su consulta médica le dejaba libres; un mueblecito con cuatro baldas atestadas de cartapacios; un retrato militar, símbolo de la autoridad de aquellos tiempos. En el rincón más oscuro del despacho, entre dos columnas atiborradas de archivadores y pliegos polvorientos, don Heliófilo ejercía su labor de copista sobre una caja de madera. Apenas alzó la vista para saludarla. Hacía tiempo que evitaba cualquier espejo que le enfrentase a su debacle personal. Ni ganas le quedaban ya de observar el cielo. Solo algunas noches, desde su balcón, retomaba el hábito del telescopio por pura nostalgia. Leía, eso sí. A Galileo, a Bruno, a Aristóteles, a Homero, y ese era su pasadizo secreto hacia la libertad.

El secretario comenzó a teclear con dos dedos los datos del nuevo empadronamiento. Mientras observaba la escasa pericia del hombre sobre las teclas, un viento revelador le barrió la frente. Mi hermano no está de regreso –comprendió al instante–. Ha logrado escapar de la plantación, ha abandonado en barco la isla y ahora trabaja en un nuevo país como grabador de una oficina. El secretario la miró con descaro. ¿Me ha oído? Le he dicho que ya está, que ni se le ocurra decirle una palabra a don Paco, que es un legalista. Espero que sea discreta o me arrepentiré de hacer estos favores, usted ya me entiende.

La esperada llegada del hermano la había empujado a abrir puertas y ventanas permitiendo que la casa ventilase tanto dolor estancado. Ya no olían a cerrado las alcobas, ni a tocino rancio las alacenas; los sacos de lavanda que había colocado entre las mantas exhalaban un aroma a campo en primavera. Pero Valentín no se acercaba milla a milla en dirección al puerto. Seguía lejos, quién sabe en qué tierra; ajena, eso sí, porque su hogar era este. Su cama aún conservaba el hueco mullido de su cuerpo adolescente. Sin embargo, la certeza de que había escapado de la esclavitud supuso un alivio para ella. Adiós a las pesadillas nocturnas en las que la sangre de su hermano se mezclaba con la de los potros sobre la tierra; ya no la asaltarían aquellas imágenes de torsos malheridos, hombros cubiertos de pústulas bajo el peso insoportable del azúcar. Cómo algo tan dulce, tan placentero, podía ser causa de dolor, se preguntaba, y comenzó a beber el café amargo porque no soportaba la idea de endulzar sus labios con el sudor de los suyos. Pero ahora era libre, trabajaba guarecido en un despacho; allá tendría un asiento, unos manguitos, cierta camaradería en la que refugiarse cuando le venciese la nostalgia. Esa certeza era suficiente para seguir sosteniendo el paso de las cosechas y atrincherarse en su propio círculo: de la casa a los riscos, de los riscos a la huerta, de la huerta al puerto y de allí de nuevo a la casa, una hilatura engranada por las constantes visitas al granero donde el hilo fluía ahora con un trotecillo alegre que la reconfortaba a pesar del silencio, tan compacto. Si al menos pudiese hablar con Selva, pensaba, si comprendiese una sola palabra… Al principio Aurelia consideró oportuno que vistiese de luto riguroso por la muerte de su prometido, pero al observar aquella mancha dócil confundida en la penumbra decidió que lo más apropiado sería un duelo inverso, así que le confeccionó tres camisones blancos. Ella se dejaba hacer sin comprender el misterioso vínculo de los tejidos y los estados de ánimo, la mirada siempre perdida en el horizonte último de cada escena, y Aurelia se preguntaba cuál sería el color de la pena de aquella criatura. Quizá ni siquiera esté triste, dudaba otras veces al contemplarla apoyada en el alféizar. Quizá solo esté a la espera.

Días después apareció el gato de Juan Arriero flotando panza arriba sobre el mar, el vientre hinchado y los ojos disueltos en salmuera. Lo avistó Juan Mazurca desde el faro, con aquella vista de lince capaz de distinguir los objetos más inverosímiles en la lejanía, y él mismo se lo llevó a su dueño envuelto en un trapo. Si esperas que te voy a dar algo por traerme un gato muerto lo llevas claro, torció la boca Juan Arriero. Ahí te pudras, viejo, igual que tu gato, maldijo Mazurca de regreso al faro. Las manos le olían a muerte.

Arriero extendió el cadáver del animal sobre la mesa del comedor y dispuso a su alrededor cuatro cirios pascuales. Al verlo el ama dio un

respingo. ¿Se ha vuelto usted loco? Mire que traer a casa este pingajo apestoso. Si le ve don Serafín velándolo como si fuera un hombre le excomulga, ándese con cuidado. Me trae al fresco lo que haga el cura, respondió él sin alzar la vista del pellizo húmedo. Lo velaré dos días como manda la costumbre. Después le daré sepultura.

El ama trató de disuadirlo, pero el viejo era terco y permaneció sentado junto a la mesa fúnebre, las palmas pegadas a la madera, contemplando la figura aureolada del gato con unos ojos opacos que reflejaban las llamas. La luz del atardecer prendió hogueras de ultratumba en el pelaje apelmazado del animal y de ellas nació un hedor a carne corrupta. Arriero abrió la ventana de la sala y el aire cortante del invierno aplacó los efluvios de la muerte. Va a coger una pulmonía, le gritó el ama desde la cocina. Eso querrías tú, vieja zorra, mascculló él. Y acarició el bulto pestilente con la punta de los dedos.

Pasó dos días y dos noches atrincherado junto al animal. En la madrugada del segundo, unas horas antes de que el sol despuntase sobre el islote, envolvió el cuerpo del gato en una mantilla negra herencia de su difunta madre y se encaminó al cementerio, colina arriba. Nadie escuchó el sonido de sus pasos hollando la nieve. Hacía años que no nevaba al nivel del mar y un frío hiriente anunciaba que una nueva camada de copos caería antes de la salida del sol. Apretó el paso para acometer el último repecho. Al llegar a la tapia junto a la que descansaba Nicolás Romero, sacó de su morral la pequeña pala de hierro con la que recogía las cenizas de la chimenea y comenzó a cavar un agujero junto al montículo de la tumba del tratante. Una gruesa capa de hielo brillaba bajo la luz espectral de las estrellas de diciembre, pero el viejo continuó perforando, obstinado, hasta que extrajo la primera cucharada de una gravilla oscura como el carbón. Una vez hubo pergeñado un hueco suficiente, introdujo el envoltorio del cadáver y lo cubrió meticulosamente con la tierra amontonada sobre la nieve. Unos copos menudos descendieron sobre el hoyo ayudándole a cegar la tumba. Antes de abandonar el cementerio, Arriero se detuvo un momento junto al pequeño promontorio y los ojos se le llenaron de una agüilla rala que el frío paralizó.

Cuando llegó a casa el sol ya había rebasado el último risco del islote del Tomillar y alumbraba con una luz plomiza la tersura del mar bajo las barcas. El ama le esperaba alarmada por la hora tan temprana a la que el viejo había salido de la hospedería. Con este frío a quién se le ocurre, le reconvino echándole una frazada de lana sobre la espalda. Viejo estúpido. Arriero subió las escaleras hacia su alcoba muy despacio, en silencio, y una vez allí se metió en la cama sin quitarse la ropa dejándose llevar por el temple de la fiebre. Tres días después, amaneció con el cuerpo cubierto de un eritema rojo como un coral que le dibujaba formas sinuosas sobre las mejillas, bajo el

mentón y en la parte alta del pecho. Don Paco lo visitó cuando ya era demasiado tarde. El anciano agonizaba entre toses convulsas, cubierto de un sudor que aumentaba la comezón de los eccemas. No se atrevió a palpar su piel, ni siquiera osó acercarse a la boca entreabierta por la que el viejo dejaba escapar, entre suspiros, vagos delirios sobre unas tinajas selladas con resina. Dime, dime dónde están, no seas tan miserable de llevarte eso a la tumba, le susurraba el ama al oído. Desde el otro ángulo de la alcoba, don Paco enrojecía de vergüenza ante la valentía de aquella mujer que se exponía al contagio a fin de paliar el dolor de su patrón con unas palabras serenas. ¿Dónde guardas ese tesoro, malnacido?, insistía ella, enfurecida. Juan Arriero se aferraba como un náufrago a la tabla de la cordura, resistiendo todos los envites de aquella ebriedad de la muerte. Callaba. Al atardecer, una mano huesuda le robó el último aliento dejando su pecho flácido como un pellejo sin vino.

Para evitar el contacto con las llagas, cuatro muchachos envolvieron su cuerpo en lienzos de arpillera y, tras orearlo al relente de la noche, depositaron el bulto sobre la mesa del comedor. El ama no quiso celebrar velorio. Prendió los cuatro cirios pascuales medio derretidos por el duelo del gato y cerró la puerta. Esperó sentada junto a una lumbre alta hasta que unos parientes lejanos vinieron a llevarlo de regreso al cementerio. Los vio alejarse, colina arriba, cuatro mozos envueltos en capas de lana oscura que la ventisca se obstinaba en arrollar. Los copos, que ahora caían en abundancia, borraban las huellas de la comitiva al cabo de unos segundos, dejando el camino tan terso que pareciera que nadie lo hubiera recorrido antes.

DESPUÉS DE VARIAS NOCHES EN VELA interpretando la vibración del cordel, Aurelia dedujo que Valentín trabajaba en una imprenta. Tiempo más tarde, un marinero italiano que arribó a bordo de un pesquero confirmó sus sospechas. Los españoles que habían sido comprados como esclavos para trabajar en una plantación de azúcar se habían escapado aprovechando el desconcierto por la muerte del dueño, embarcándose como polizones en un buque que hacía escala en La Habana para finalizar ruta en Puerto Madero, Buenos Aires. Lo último que supe es que al llegar a Argentina no les pusieron muchos problemas, se ganaron al encargado del registro de inmigración que tenía un primo español y con esa broma consiguieron que hiciera la vista gorda.

Encargó un atlas del mundo a un comisionista de la capital y quince días después el hombre le entregó un paquete voluminoso que contenía el segundo libro que Aurelia poseía: tapas duras, brillantes, mapas de colores desplegados sobre la planicie del océano como la monda de una naranja. Buscó con avidez el dibujo de Argentina, aquella piel de vaca colgada boca abajo cuyos confines rayaban con el

desierto helado de la Antártida. Repasó con un dedo su contorno, hundiendo la yema en el Mar de la Plata, la desembocadura en estuario de un río que en el mapa semejaba una serpiente descuartizada. En sus fauces se erguía Buenos Aires, un punto negro circundado por un cuadrado rojo donde habitaba su hermano, seguramente cerca del puerto. Leyó la descripción que el atlas hacía de aquel país con la atención que nunca prestó a las lecciones del maestro. Supo así que su invierno mudaba allí en verano y su primavera en otoño por obra y gracia de los hemisferios, de modo que, mientras ella barría la hojarasca que se arremolinaba junto a la puerta, su hermano contemplaba las grandes avenidas de Buenos Aires festoneadas de jacarandás en flor. Supo de los gauchos, de los compadritos, de la pampa y del crujido abismal del perito Moreno; del mate, del mijo, de los ganados de vacas salvajes corriendo por las llanuras del sur; de los cerros elevados de El Chaltén, cuyas cumbres se pierden en las nubes para desgracia de los pilotos del correo postal aéreo que en más de una ocasión habían errado la ruta estrellándose contra los pináculos; de los olvidados yaganes, verdaderos señores de la Tierra de Fuego, que cubrían su cuerpo con grasa de león marino e iluminaban sus canoas con llamas sostenidas en cráneos de foca; de la Cruz del Sur bendiciendo las noches, del tango arrebatando los días; de la Garganta del Diablo gritando su nombre en Iguazú. Supo todo eso y, sin embargo, tuvo la certeza de que nunca podría imaginar el esplendor de los días australes.

Selva observaba los mapas que Aurelia olvidaba sobre la mesa de la cocina. Buscaba su país, el pedazo de tierra donde otros hablaban su lengua. Un dedo oscuro y desorientado vagaba por las páginas del libro, tratando de encontrar el norte, de establecer el sur. Era inútil. Nunca había pisado la escuela, jamás había visto una representación del mundo salvo en los planos que algunos navegantes desplegaban en la cubierta de los barcos. Buceando en el azul cian de aquellas cartografías se sentía más perdida que nunca, sola.

El aire del sur logró derretir la nieve. Selva había asistido al milagro de los copos con un entusiasmo infantil. Salía a la huerta con las manos extendidas rogando que la nieve le borrase las líneas del destino y, aunque Aurelia la arrastraba de regreso al hogar, ella se escabullía por la cortina en cuanto la muchacha se enfrascaba en la lectura del atlas o subía al altillo para continuar la labor.

Aquel invierno tan crudo consiguió recluir a todos los aldeanos en sus casas. Sobrevivieron gracias a las rémoras del otoño que don Paco ordenó racionar en un bando municipal de obligado cumplimiento. Si hay frutos secos y algo de pescado en salazón llegaremos a la primavera, aseguraba haciendo montones igualitarios de pasas e higos secos en el salón del ayuntamiento.

Atados a tierra firme, sin esperanzas de hacerse a la mar hasta que amainasen los temporales, los pescadores se reunían en torno a la barra de Celestino y quemaban las horas vaso a vaso contándose las historias de siempre. Comprarían su propio barco en primavera, aunque tuviesen que empeñar hasta el último céntimo de sus ahorros; faenarían en alta mar por unos meses, a lo grande; llegarían incluso a Escocia o a Grecia, donde se enrolarían en la campaña de la lubina; conocerían a hermosas mujeres núbiles dispuestas a la alegría, que los esperarían en los puertos del Mediterráneo con una cesta de olivas en la mano. Celestino los escuchaba con lástima y ternura. Sabía que aquellos hombres nunca saldrían de la concha de su aldea. Quizá los más jóvenes se embarcaran unos meses para matarse pescando salmones en el Báltico. El resto, con suerte, morirían en su cama tras una sucesión de días idénticos repartidos entre el mar, la taberna y alguna visita furtiva a las muchachas de la pensión de la Generala. Su mayor aventura consistiría en resistir estoicamente el tedio de la pesca de bajura. El mar encrespado los sorprendería una tarde, tendrían que maniobrar con dificultad para regresar sanos y salvos a la aldea. Contarían después esa anécdota en un tono épico, añadiendo peligros donde solo hubo un ligero sobresalto, y vivirían de las migajas de aquella hazaña humilde el resto de sus días. Recordaba Celestino a Dionisio, el visionario. Quizá se había inventado el truco de la sirena para no ahogarse en aquel sopor de las horas. Se sentaba en la mesa del fondo de la tasca y bebía en soledad. De vez en cuando alguien le preguntaba, más por compasión que por curiosidad, si era cierto que había visto a una mujer pez y a él se le encendía el ojo virado. Les hablaba entonces de los pechos redondos como manzanas, la voz de flauta dulce. Siempre había un bromista que le soltaba alguna procacidad. Si no tiene piernas, ¿dónde guarda el erizo tu sirena? Todos reían, pero él permanecía serio, lejos. Cuando los pescadores volvían dando tumbos a sus casas, él se quedaba un rato más con Celestino, le ayudaba a barrer los vasos rotos y juntos echaban el cierre a la taberna. Todo para reunir fuerzas y preguntarle: tú me crees, ¿verdad? Celestino le miraba un momento con afecto. Sí, claro que te creo. Y el hombre se iba satisfecho de contar al menos con un aliado entre aquella recua de asnos sin ambición.

Pero la mesa estaba ahora vacía y nadie hablaba de sirenas. Son malos los tiempos del hambre, suspiraba Celestino sirviendo otra ronda a los más taciturnos. Si uno de estos animales pescara una sirena, la subastaría en la lonja por pedazos.

ESCUCHARON EL CRUJIDO DEL DESHIELO una mañana, cerca de los riscos donde Aurelia sacaba a pastar a las cabras. En unos días la capa de hielo perdió más de la mitad de su grosor, se tornó quebradiza, y los monigotes que los niños habían esculpido en las praderas fueron

deshaciéndose bajo los primeros rayos oblicuos. Una mañana Aurelia descubrió que la hierba quemada por el frío comenzaba a verdear. Llegaba la primavera. Aunque el regreso de Valentín ya no fuese un acicate, las dos muchachas retomaron el cultivo de la huerta por pura necesidad. Esta tierra mantuvo vivo a mi padre, Selva. Si el corazón no le hubiese estallado en el pecho aún estaría aquí, sembrando, le contaba mientras armaban el espantapájaros del año. Pensó en pedir ropa vieja para vestir al monigote por no profanar el arcón donde conservaba los trajes del padre. Le gustaba abrirlo de vez en cuando y aspirar con hondura el aroma de los tiempos en los que él no se ahogaba en vino y su piel olía a hojas de higuera bajo el sol. Selva musitó unas palabras y le alargó un atadillo de ropa blanca que resultó ser el traje de Nicanor Romero. Ella misma infló la camisa de paja y ciñó el pantalón alrededor del haz agavillado de su cintura. Cuando coronaron aquel cuerpo oblongo con una calabaza, ambas sintieron que esa segunda vida era la que le correspondía. La de un hombre de paja, clavado a la tierra por una cruceta de palo, sin más cometido que ahuyentar a los zorzales y las aves de rapiña.

MALDITO AVARO, voy a poner la casa patas arriba, pero no me iré de aquí sin encontrar lo que has acumulado durante todos estos años.

Izó los colchones, los volteó y los rajó de un extremo al otro; vació todos los baúles, las alacenas, las gavetas del escritorio sobre el que Arriero extendía los pagarés a los comisionistas; les dio la vuelta a los abrigos del anciano, descosió los morrales, abrió las aceiteras del establo, los pesebres llenos de telas de araña; incluso levantó algunas tablas sueltas del suelo de las alcobas. El ama buscó desesperadamente el tesoro de Juan Arriero por toda la casa. En unas semanas la hospedería saldría a subasta pública, tal y como el viejo había consignado en su testamento. Mísero, qué poco has tardado en librarte de mí, perjuraba. Al ama no le había dejado más herencia que la posibilidad de pujar por la casa o someterse al nuevo patrón que arrendase el negocio. Me voy, le anunció a la mujer de don Paco. Estoy cansada de humillaciones. En cuanto salga la subasta me marcho del pueblo. Mujer, qué locura, si llevas aquí toda la vida. Espera a ver qué pasa. Lo mismo el nuevo dueño te permite seguir viviendo en la casa.

El ama recordaba al viejo velando al gato putrefacto y el odio le devastaba el corazón. De regreso a la hospedería continuaba su búsqueda en los armarios, entre los aperos de labranza, los que hacía años que no tocabas, viejo holgazán, que me has exprimido hasta la última gota de sangre. Y ahora, mira, este es el pago a tantos años de servicio. Qué digo servicio, de servidumbre.

Corría el rumor de que la Generala estaba considerando ampliar su negocio. Se lo dijeron al ama durante la partida de cartas a cuatro

manos que jugaba semanalmente en la hospedería con la mujer del médico, la hermana del cura y la matrona. Solo nos faltaba tener dos lupanares en el pueblo, Dios santo, exclamó la hermana del cura, persignándose. ¿Y dónde va a dormir ahora la gente honrada?, preguntó con un hilo de voz la mujer del médico. El ama guardaba silencio. Lo que menos le importaba era que la casa se convirtiese en un prostíbulo o en un monasterio, ella solo quería ganar tiempo para buscar lo que era suyo. Me corresponde, viejo tacaño. Aunque te revuelvas en el infierno. Es mío y a mí vendrá. La matrona pintó en bastos y con una sonrisa burlona le sugirió al ama que quizá la Generala estuviese interesada en contratarla. Todas rieron, escandalizadas, imaginando aquel cuerpo escurrido envuelto en las estolas de plumas que lucía la *troupe* voluptuosa de las muchachas. El ama dio un golpe seco en la mesa que cortó de cuajo todas las risas. Las cuarenta, dijo.

CUATRO AÑOS LLEVABA HOSPEDADO en el hostal, desde el final de la guerra. Cuatro años ya, qué rápido había pasado el tiempo y, a su vez, qué lento. Las noches en el faro eran cada vez más largas, le costaba subir con la pierna de madera por aquella condenada escalinata de caracol y los días de lluvia tenía que agarrarse al pasamanos para no caer rodando peldaños abajo. La Generala le había reservado una de las mejores habitaciones, es cierto, aunque la más grande de todas era para el capitán, aquel inglesito con porte de príncipe. Se volvían locas por agradarle, sobre todo ella, la patrona. Nunca la había visto así, parecía una quinceañera. Cuando se fue el capitán pensó que le mudaría a su cuarto, al fin y al cabo él era un cliente fijo. Pensó que le diría: Juanito, ahora te toca a ti la mejor alcoba de la casa, que por algo eres un herido de guerra. Pero qué va. Se la reserva para cuando vuelva. Porque él le dijo que regresaría, pero nada de fechas, nada de tal día o tal otro. Y con eso había sido suficiente para que Pilar Cuesta Reglero, la Generala, le guardase un cuarto vacío, solo por si el Golondrina regresaba una noche cualquiera. Y él… Cansado estaba ya de acostarse con las putas. Le querían mucho, sí, todas se lo decían, pero él sabía que lo hacían por lástima, que la guerra no le había nublado las entendederas. Se turnaban la faena porque a ninguna le agradaba ver su muñón desnudo y eso que les había contado que había perdido la pierna en un acto heroico. Me la volaron cuando rescataba a un compañero que se había quedado atrapado en la trinchera, entre los sacos, les dijo. Pero era mentira. Pisó donde no debía, eso había sido todo. Una granada dormida entre las zarzas del camino. Su pierna saltando por los aires. Nada más. A veces se arrepentía de haber vaciado la damajuana aquella noche, pero mejor no pensar en aquello. Mejor pensar en Iria, la viudita. Pobre, tan hermosa, tan joven aún y ya vistiendo de negro por aquel marido que

no le duró ni dos meses. Lo mandaron a la guerra en la misma barca de reclutamiento que a él y fue de los primeros en caer en la batalla. Lo vio morir empapado en sangre, con una bala atravesada en el cuello, y, aun con esas, trató de decirle algo entre espasmos. Algo sobre Iria. Pobre diablo, pensó en ella hasta el último aliento y él tampoco dejó de hacerlo durante el resto de la guerra. Cuando regresó al pueblo la encontró pálida, muy delgada, pero tan guapa como siempre, los ojos rasgados de gata, los labios perfectos, hechos para el beso. Pertenecía a esa generación de mujeres sin hombre que mataban las horas leyendo novelitas románticas o sesteando bajo el único peso de las vigas. La guerra se los llevó a todos y ahí se quedaron ellas: Iria, Merlina, Aurelia… Él había regresado con vida de aquel infierno, no como los otros que estaban en el cementerio o en las fosas comunes de váyase a saber dónde. Miraba pasar a Iria cada atardecer, desde el faro, pero ella no lo veía. Y eso que no era mal partido. Cobraba una pensión por lo de la pierna que sumada al sueldo de farero le alcanzaba para darse algún capricho. A veces recordaba a su abuela y sentía que todo aquello no era suficiente. No hay que andar por la vida sin dejar huella, decía la vieja. Luego le entraba la cólera al recordarla caída en el puerto con los dientes rotos. Quería ser algo más que un cojo pagador de putas. Ahora que ha muerto Juan Arriero sale a subasta la hospedería y eso no es cualquier cosa; ya le había dicho la Generala: a mí no me interesa, que con lo que tengo ya es suficiente. Pero tú, Juanito… Esta puede ser tu oportunidad de medrar. Le daba vía libre. Se imaginaba regentando el hostal de la gente de bien, la que se acuesta temprano, bebe con moderación y no se mezcla con la chusma; la que tiene los bolsillos a reventar de dinero. Bien vestido, con traje de domingo. Necesitaría ayuda porque él solo no daría abasto a tanta labor. Contrataría a muchachas bellas, jóvenes, con risa de campana. Honradas, eso sí, nada de putas. La nueva vida de Juan Mazurca sería blanca como la nieve.

El Reposo de la Sirena abrió sus puertas durante el mes de febrero, en el tiempo aún frío en el que los aldeanos plantaban parras y frambuesos en los confines de las huertas. Aprovechando un descuido de Aurelia, obstinada en arrancar una mata de ruda que había degenerado alrededor del granero, Selva salió de la casa y descendió la calle en dirección al puerto. Desde la balconada de la hospedería, el dueño pronunciaba su discurso flanqueado por dos mujeres jóvenes que saludaban a unos y a otros con gesto radiante. Selva observó a aquel hombre rubio, de ojos brillantes y ancha envergadura al que le faltaba una pierna que había sustituido por un tocón de madera más o menos aparente. Le recordó a un anciano de su aldea que también estaba mutilado. Le faltaban las dos piernas y su mujer y su hija lo llevaban siempre a cuestas, encaramado a una tabla de madera

pintada de rojo y cubierta de hojas de palma y pétalos de flores que paseaban a su antojo entre las chozas, pero, en lugar de estar agradecido, el hombre era un dios iracundo erguido sobre su altar. Un tirano. Una mañana, cuando les ordenó que izasen la tabla para dar un paseo por la aldea, las mujeres lo miraron de brazos caídos, insumisas. No se acercaron a él en todo el día, ni tampoco los siguientes. El hombre profería horribles insultos, amenazaba con delatarlas a los dioses –con los que aseguraba tener comunicación directa–, que urdirían una venganza cruel para hacerles pagar su afrenta, pero lo único que sucedió fue que un aguacero turbio cayó dos días sobre los techos de paja de la aldea y el hombre hubo de soportar, inmóvil sobre su tabla, las inclemencias del tiempo. Selva, que entonces era una niña, observaba desde su choza aquellos muñones pulidos que el hombre agitaba como un insecto bajo la lluvia, y le pareció un dios triste en el que todos habían perdido la fe. Desde entonces desconfiaba de los tullidos porque su envidia hacia los cuerpos completos los convierte en seres despóticos. Pensaba todo esto mientras Juan Mazurca agitaba las manos con entusiasmo en el balcón. Ayudado por sus nuevas trabajadoras, Iria y Merlina, más tarde descorchó una docena de botellas de vino de Mencía para obsequiar a los presentes. Que no se diga que alguien pasa sed en mi casa. Brindaron a la salud del negocio y la Generala, entre risas, le rogó que no le hiciera la competencia, al menos durante las noches, y acompañó sus palabras de una mirada maliciosa que perturbó a las dos muchachas. Mazurca les había hecho una buena oferta, una oferta de las que llaman a la puerta una vez en la vida. Si esto sale bien, pronosticó, nos haremos ricos. De oro. Iria sustituiría al ama de Arriero en la regencia del hostal. La mujer se había encabritado como una fiera reprochándole su falta de consideración hacia ella, una trabajadora impecable durante años, que se había dejado la vida atendiendo a los huéspedes. Juan Mazurca sabía que aquel era el lugar de Iria y sobre ese punto no había discusión. La quería cerca; su fragancia de violetas, sus manos afiladas disponiendo bolsas de espliego sobre las almohadas, la frescura de su risa saneando aquellas alcobas marchitas. A su lado Merlina, su vieja amiga de la infancia junto a Aurelia, Aurelita la rara, la oscura, la encerrada en su torre. Merlina era una mujer práctica, poco dada a las pompas fúnebres, que seguía soltera pese a gozar de un buen patrimonio. Desde pequeña había llevado las cuentas del negocio familiar de compraventa de aceite, tan lista era. Eso decía don Heliófilo, que era avispada como un ratón. Entrada en carnes, el pelo rojo estallando en el volcán de su cabeza, desparramando sobre su piel blanquísima una cascada de pecas. Nadie como ella para llevar las cuentas del hospedaje, para encargarse de la cocina, de recomponer las camas. Las dos mujeres habían sido amigas en la infancia, seguían

siéndolo a pesar de los vaivenes de la vida, y eso aseguraba cierto equilibrio en las relaciones. Ten cuidado con el trato que das a cada una, le advirtió Celestino. Son dos mujeres fuertes, no se conformarán con las migajas de la otra.

Hombres y mujeres entraron en El Reposo para curiosear el resultado de la pequeña remodelación que Mazurca había acometido en la antigua casa de Juan Arriero: un poco de pintura, algún mueble rescatado de la casa de su abuela, varios aguamaniles regalo de la Generala, una buena bodega comprada a precio de saldo a Celestino. Presidiendo cada cuarto, un retrato pintado sobre madera de una sirena de cabello de algas y labios oscuros que recordaba vagamente a la descripción que Dionisio les había legado. El resto permanecía tal cual lo había dejado el viejo Arriero: las mismas camas con dosel, los baúles forrados de piel y terciopelo, la cocina de carbón y las dos chimeneas, la de cocinar y la de curar las carnes. El ama también había querido husmear en el interior de la que hasta hacía muy poco fuera su casa. Mientras todos admiraban la suavidad de las sábanas de encaje, en cuyo embozo Merlina había bordado una sirena verde, ella escudriñaba cada recoveco de la posada. Le habían permitido alojarse en la casita de la plancha, pequeña prolongación de la principal donde guardaban las sábanas, las toallas y las cortinas recién secadas al sol en el jardín, a cambio de que se hiciese cargo de planchar y almidonar aquella ropa. Al principio se negó rotundamente. Alegaba que aquello era una humillación, una degradación por la que no estaba dispuesta a pasar, pero dos días más tarde aceptó sin condiciones. Solo mantuvo una premisa: continuaría elaborando los perfumes del hostal que ella misma esparciría por las habitaciones antes de la llegada de los huéspedes. Juan Mazurca aceptó con la convicción de que acababa de quitarse un problema de encima. Bebía y abrazaba a quienes se acercaban a felicitarle sintiendo que al fin ascendía un peldaño en la escalera umbría por la que hasta entonces había discurrido su vida.

Selva no había entrado en la casa, ni había mojado sus labios en el vino ácido de las tierras del norte. Cuando se cansó del espectáculo de la felicidad ajena desanduvo sus pasos de regreso al hogar. Un muchacho joven, casi un adolescente, le salió al paso al doblar una esquina. Trató de besarla, asiéndola torpemente por las caderas, el mismo proceder con el que se inmoviliza a las reses para la esquila, pero la muchacha logró escapar mientras el chico reía y le decía que era una remilgada, que volviese a sus brazos que le iba a enseñar lo que era bueno. Llegó corriendo a casa con el corazón desbaratado. No había nadie. Sin fuerzas ni para llorar, aventó unas ascuas y poco a poco aquel frío interno fue cediendo. Un segundo antes de quedarse dormida, la imagen del tullido abandonado a merced de la lluvia regresó a su mente.

AL INICIO DE LA PRIMAVERA Tomás Golondrina regresó a la aldea y lo hizo a bordo del mismo barco en el que se fuera tiempo atrás. Tenía el capitán la piel lustrada por el sol y su cabello, más largo, le caía en mechones rizados sobre el cuello en un delicado descuido. Mazurca, que bajaba al puerto a recibir la llegada de los trasatlánticos para ofrecer su servicio de hospedaje, le recibió con un frío apretón de manos. Imagino, capitán, que no querrá usted honrarnos con su presencia en El Reposo de la Sirena. Golondrina le respondió con una sonrisa vaga que agradecía su oferta y le felicitaba por su nueva empresa, pero que él ya tenía casa en aquella aldea. Horas más tarde, la Generala le puso al corriente de los últimos acontecimientos mientras fumaban juntos en un tobago que el capitán había traído del Caribe junto a máscaras, esencias y varios sacos de café.

Durante días buscó un pretexto para acercarse a la hilandera. La Generala le había contado que la muchacha casi nunca salía de aquella casa donde ahora vivía con la amante del difunto Nicolás Romero. Únicamente se la ve por aquí cuando tiene que comprar algo de pescado o llega una barcaza de vellones de oveja para la hilandería. Esa pobre indígena… Nadie entiende ni una palabra de lo que dice, no se sabe de dónde viene ni tiene adónde regresar.

Por fin llamó a la puerta de la casa de Aurelia, pero nadie salió a abrirle ni escuchó sonido alguno en el interior. Cuando ya se disponía a descender la cuesta, una voz lo llamó desde la ventana con un silbido agudo, sostenido, un timbre que parecía provenir de la garganta de la muchacha negra que se asomaba, medrosa, entre los visillos. ¿Está Aurelia en la casa?, preguntó el capitán. Selva le hizo una señal para que esperase junto a la puerta, bajó corriendo las escaleras y le invitó a pasar a la cocina con ademán apresurado. Al girarse hacia la huerta, la muchacha golpeó sin querer una olla de loza que se estrelló contra el suelo. *¡Chodyé a!*, exclamó alterada, y se arrodilló tratando de recomponer los fragmentos del perol. El capitán se agachó a su lado. Sin perder la sonrisa, pronunció unas palabras que la dejaron muda de asombro. *Pa enkyete ou. ¿Kijan ou rele?*

Hacía tanto tiempo que nadie se dirigía a ella en su lengua natal que le parecía imposible que aquel hombre blanco hubiese dicho aquello. Rompió a llorar. Todo su cuerpo era una enorme vasija sellada y ahora que por fin el corcho saltaba por los aires, era incapaz de hacer otra cosa que no fuese sollozar en el hombro de aquel desconocido que simplemente le había preguntado su nombre.

Aurelia irrumpió en la cocina alarmada por el estrépito. El capitán trató de explicarle, pero ella se anticipó a sus palabras. ¿De dónde es?, preguntó secamente. De las Antillas, respondió el capitán. De la isla de Haití. Habla criollo haitiano. ¿Y cómo se llama? El capitán interrogó de nuevo a la muchacha, que temblaba como un pájaro entre los

fragmentos de barro. Dice que se llama Matu, tradujo Golondrina. Y añadió unas palabras con suavidad, mirando directamente a los ojos de Aurelia. Dice, continuó el capitán, que ese era su nombre del pasado. Ahora se llama Selva. Una sonrisa fugaz cruzó los labios de Aurelia, tan leve que otros ojos menos acostumbrados a la penumbra que los de Selva no se habrían percatado. Estaba acostumbrada a vislumbrar lo invisible. En su tierra era la que presentía la lluvia, la que danzaba en fase creciente, la única que conocía la receta de la inmortalidad, que cocinaba a fuego lento durante tres días y tres noches y regaba con el jugo amargo de la corteza de cuasia. Y a pesar de estos y otros saberes innatos, el jefe de su aldea la había vendido al hombre vestido de blanco por quince monedas de plata, una por cada año de su edad. Hablaba ahora de corrido, con una lengua ágil que sonaba a instrumento recién afinado, y el capitán Golondrina debía interrumpirla cada cierto tiempo, incapaz de traducir aquel borboteo de palabras con sus rudimentarios conocimientos de un idioma que había aprendido siendo un muchacho imberbe, en uno de los viajes que realizó al graduarse. Se lo había enseñado una muchacha de la edad de Selva con la que hizo el amor por primera vez en su vida, a la hora de la siesta. Supieron así que Nicanor Romero había pagado aquellas quince monedas de plata al jefe, que a su vez le dio la mitad a su padre. La obligaron a embarcar del brazo del hombre de blanco que esa misma noche la montó cinco veces seguidas en su camarote mientras ella lloraba aterrada. Jamás había salido de su aldea, nunca había navegado, tampoco había hecho el amor. Sin embargo, prosiguió, Nicanor no había sido lo peor de aquel viaje. La verdadera brutalidad la encontró en Cuba, en la plantación de azúcar del señor, donde trabajaba un capataz que era una auténtica bestia. Maltrataba a los muchachos obligándolos a cargar sacos de azúcar bajo el sol del mediodía como no lo hacían ni los animales en su aldea y, aprovechando la ausencia de Nicanor, la perseguía como un perro por todos los rincones de la casa tratando de violentarla. Las criadas celebraban rituales de magia algunas noches. Cortaban el pescuezo a unas gallinas que corrían alocadas regando de sangre el terrado. Las mujeres bailaban como posesas hasta la madrugada invocando a Damballa y le daban de beber un jugo agrio que la adormecía hasta la mañana siguiente. Una vez escuché cómo le decían al señor que ya casi me habían domado, que estaba a punto de entregarles mi alma. Pero ella seguía recordando su nombre, que repetía a solas como un mantra: Matu, Matu, Matu. No había olvidado la noche en la que saltó el fuego para convertirse en mujer, ni el olor penetrante de las esencias que el houngan quemaba al comienzo de las ceremonias vudú. Tampoco a los muertos vivientes recogiendo el cereal en los campos del jefe de su poblado, con los ojos vacíos y las manos

blandas, moviéndose con aquella abulia que la hacía esconderse en un rincón de la choza, temblando de miedo. Nicanor también montaba a las chicas de la finca, a todas ellas. Las cogía de espaldas, les levantaba la falda y se vaciaba allí mismo, delante de los trabajadores. Ella era la favorita, la que dormía en el mejor cuarto. Nicanor le regaló un anillo y días después embarcaron. Yo creía que volvía a casa, pero un muchacho que viajaba en el mismo barco y hablaba mi lengua me dijo que no, que estábamos cruzando el océano, que nos íbamos muy lejos, explicó en labios de Golondrina. Pero no sabía a dónde. Nicanor le mandó al muchacho que me dijera que nos íbamos a casar y que no me faltaría de nada y yo me puse muy triste, me eché a llorar, y me dio una bofetada que me dejó un oído zumbando durante el resto del viaje. Odiaba a mis padres por haberme vendido, pero echaba de menos a mis hermanos. A veces jugábamos bajo la lluvia a los peces voladores, corríamos y abríamos mucho la boca hasta que las gotas de lluvia nos picaban la lengua; después volvíamos a casa con la ropa mojada y madre nos reñía y nos obligaba a desnudarnos para secarnos junto al fuego. Las llamas se reflejaban en los ojos de mi tío, que me miraba sin moverse, sentado al otro lado de la choza. Parecía que le ardían los ojos de tanto que me miraba.

Selva hizo una pausa para beber un sorbo de agua. Los ojos se le habían vuelto hacia dentro, velados por un humo gris que le desenfocaba las pupilas. El capitán Golondrina le estrechó una mano afectuosamente y este gesto punzó el alma de Aurelia causándole un dolor que no supo cómo interpretar. La muchacha continuó hablando para ellos, pero también para sí misma. Recordaba las largas noches a bordo, aquellas cenas en las que todos la miraban en el comedor como si fuese un animal salvaje que pudiera contagiarles alguna enfermedad. Golondrina quiso saber más sobre el desembarco en la aldea y Selva les confesó que para ella había sido un alivio llegar a tierra. No sabía dónde estaba y no podía hablar con nadie, pero algo le decía que no debía tener miedo. Entonces sucedió aquello. Habían ido a la taberna, Nicanor gritaba y golpeaba las mesas como siempre que deseaba impresionar a otros hombres. Había traído muchas botellas de ron. Le dijo al oído que lo esperase en la cama, desnuda, y ella le había obedecido. Al entrar en casa el gato del posadero se escurrió entre mis piernas y huyó hacia el puerto. Cerré la puerta y no lo volví a ver, recordó. Ni al gato ni a Nicanor.

Aurelia los observaba enmudecida. Cuando Golondrina le preguntó si quería decirle algo ella respondió que no. Se odió a sí misma por la displicencia con la que despidió al capitán, ya en la puerta. Le dio las gracias escuetamente, tratando de interponerse entre ellos, de disolver aquella unión cuanto antes. Golondrina le dijo que volvería al día siguiente, que si quería podía ser el maestro de Selva durante el

tiempo que estuviese en la aldea, pero ella le dijo que no era necesario, que se apañaban bien así, sin palabras. Como desees, contestó el capitán desalentado. Aurelia se estremeció. Era la primera vez que no la trataba de usted. El capitán se despidió y echó a caminar cuesta abajo. Cuando estaba a punto de desaparecer de su mirada, Selva le llamó con un grito desesperado. El capitán se giró para escucharla y aún pudo traducir, elevando la voz, sus últimas palabras inteligibles de aquel día. Dice que no sabe cómo darle las gracias por haberle salvado la vida. Para ella usted es su hermana, todo lo que tiene en el mundo.

Selva la miró con los ojos hinchados por el llanto temiendo el momento en el que el capitán desapareciese cuesta abajo llevándose su voz, los signos de la compasión, y abrazó a Aurelia súbitamente, con un calor indómito capaz de desmoronar una montaña de hielo. La muchacha estrechó su cuerpo, primero con flaqueza, después con una fuerza desconocida que la dejó sin aliento. El vientre de Selva temblaba y golpeaba el suyo levemente como una campanita aterida. Hacía tres cosechas que nadie la abrazaba. Sin alzar los ojos, Aurelia le rogó al capitán que regresase al día siguiente para empezar las clases y que, por favor, no volviera a tratarla de usted.

DECIDIÓ QUEDARSE EN LA ALDEA durante un par de semanas antes de partir hacia tierras del sur, evitando así la zona en guerra. Mientras continúe el conflicto en Europa la navegación marítima estará restringida, informó a la Generala. La guerra es especialmente cruel en el mar, no se imagina las atrocidades que puede cometer un ejército sin trincheras que oculten la vergüenza.

Golondrina había traído consigo una pequeña colección de libros, poemarios orientales en su mayoría, que acostumbraba a leer recostado en cubierta durante las noches en altamar. A veces se dejaba atrapar por una de aquellas burbujas de tiempo en las que la brisa agitaba los juncos salpicados de lluvia o un insecto se posaba en la corola de una flor doblando su tallo, y en esa fugacidad reconocía su más íntima esencia; siempre de paso, pensaba inclinando la cabeza hacia la mancha oscura del mar, polvo de mil ciudades en mis sandalias. Le pareció apropiado llevar algunos libros a casa de Aurelia para enseñarle a Selva no solo la fonética, sino la grafía del lenguaje. Todas las tardes Golondrina subía la cuesta hacia la última casa del pueblo, donde las dos muchachas lo esperaban en la cocina. Selva, niña aplicada con su cuaderno en blanco, un tintero y una pluma perfectamente alineados. Aurelia, que al principio se había mostrado reticente a participar de las clases, los acompañaba mientras pelaba guisantes o mondaba unas patatas para la cena. El capitán había ideado un sistema de dibujos, sonidos y colores gracias al que Selva fue incorporando por asociación nuevas palabras a su vocabulario. La

«hierba» sonaba aguda, el «agua» tenía un tacto aterciopelado y las «abejas» sabían a verano. Flor, cerezo, mar, barca, vasija. Anotaban las palabras en papeles, junto a los dibujos que el capitán y la propia Aurelia pergeñaban con más entusiasmo que habilidad. Los haikus, les decía abriendo un libro por una página al azar, deben leerse dos veces, solo así se sienten en plenitud. Los hacedores de estos versos dedican toda la vida a escribir su poema de despedida, que solo culminarán al morir, les explicaba. Aurelia reconocía en su voz una belleza que no despreciaba la humildad de la cocina, sus propias manos ofreciéndole el pan, lo mejor de la cosecha.

A solas, Selva le confesó en haitiano que Aurelia tenía atrapado un espíritu en el granero. Todo el día se escuchan gemidos. Ella vive pendiente de él y a veces hasta se desmaya y tengo que echarle unas gotas de ajenjo en la lengua para que vuelva en sí, susurró. Yo creo que es de pura debilidad porque el espíritu del granero le absorbe las fuerzas, de tan malvado como es. Golondrina sonreía. Pensaba en aquellos monstruos invisibles que devoran el grano y el ánimo de sus huéspedes. La soledad, la tristeza, el desamor.

La vibración de la bobina mudó alegre y apasionada, muy distinta del estertor asfixiado de los tiempos de la plantación. En su vaivén Aurelia reconoció los reveses del tango, escuchados alguna vez en boca de los tratantes porteños, las noches de farra en los cafetines de la ciudad, convertidas en amaneceres por milagro de la diferencia horaria, e incluso el hábito del tabaco. Valentín vibraba al ritmo circulatorio de la ciudad y Aurelia era la telegrafista que interpretaba aquel lenguaje de ascensos y molinetes, más pendiente del hilo de la vida ajena que de tejer la suya propia, abandonada al pairo. Las alacenas se vaciaban sin que nadie repusiese el tocino, el café, el queso de cabra, y las comidas eran cada vez más frugales hasta el punto de llegar a alimentarse de mendrugos de pan ablandados en agua. Ahora está en la imprenta. Ahora pasea por alguna avenida principal. Lo hace con orgullo, debe haberse comprado un par de zapatos nuevos. Ahora baila tango en alguna milonga. Y qué bien lo hace. Acompañaba el paso de las horas con la lectura reiterada del atlas, capítulo Argentina, siete someras páginas que ya se sabía de memoria. Selva asistía atónita al constante ir y venir de Aurelia al granero, recinto sagrado al que tenía prohibido entrar, aunque la muchacha, que temía al espíritu allí custodiado más que a nada en el mundo, jamás hubiese traspasado aquella puerta por su propia voluntad. Algunos días, insistía Selva al oído del capitán, pasamos hambre, señor.

Al día siguiente Golondrina apareció en la cocina cargado con un cajón de conservas, salazones, almendras, nueces pacanas, vino tinto, café cubano y varias onzas de chocolate. Cuando Aurelia le preguntó a

qué se debía todo aquello él le dijo que esperaba al menos ser invitado a una cena. Mañana me voy y me gustaría tener tiempo para charlar a solas contigo.

Por primera vez desde su llegada a la aldea, Selva se hizo cargo de la cocina. Hervía raíces encontradas en el bosquecillo de abedules que discurría al pie de los farallones, troceaba tubérculos y manojos de algas que ella misma recogía de las redes rotas de los pescadores y sazonaba todo ello con las especias que el capitán les había regalado. Aquella noche cocinó para ellos un plato haitiano a base de carne, pimientos y arroz tostado con un toque picante que les hizo entrar en calor al primer bocado. Dispuso la mesa y, tras prender una lumbre tenue de ramas de romero, desapareció como una sombra por la escalera pretextando un dolor de cabeza que le había robado el apetito.

Parece que cenaremos solos, comentó el capitán sirviendo el primer plato. Espero que no te canses de mi conversación. Los marinos siempre contamos las mismas historias.

Le habló de su último viaje por las Antillas, el loco mestizaje del que provenía Selva, obviando las vivencias más íntimas, porque el capitán Golondrina alimentaba su paz del fuego interno de ciertos desgarros. Mencionó también La Habana, esa ciudad luminosa donde gánsteres, negros y criollos convivían en noches de son y hierbabuena, pero lo que cautivó a Aurelia no fue el relato de sus días en el Caribe sino una frase que el capitán pronunció distraídamente. El verdadero paraíso está en Argentina, había dicho arrastrando la punta de su bota derecha por la piedra barrida del suelo. ¿Ha estado usted allí?, preguntó Aurelia con interés. Sí, en un par de ocasiones. Es una tierra exuberante. Ella quiso saber más sobre la geografía del país y Golondrina le describió con detalle el torrente místico de las cataratas de Iguazú; la tierra roja de la provincia de Misiones, donde los últimos poblados guaraníes luchaban por la supervivencia de un lenguaje, de una selva interior solo compartida con las bestias; del silbo helado de la Patagonia presagiando el estrépito del Perito Moreno en primavera. ¿Conoce Buenos Aires? El capitán contestó tarareando un viejo tango de letra prohibida que un gaucho le había enseñado en una pulpería. Buenos Aires, agregó, es una ciudad floreciente. Llena de españoles, italianos, ucranianos…, gentes del mundo entero. Y para todos hay una oportunidad. Allí estará bien, Aurelia, la tranquilizó. Después tomó su mano con delicadeza y, poniéndose en pie, le preguntó si quería bailar. La joven trató de recuperar el dominio de su cuerpo, pero ya era demasiado tarde: Golondrina la había arrastrado al centro de la cocina entonando una canción que sonaba triste y alegre a un tiempo, «era rubia y sus ojos celestes reflejaban las glorias del día». Aurelia se estremeció al sentir el contacto de otra piel, la leve presión

con que la palma de aquella mano superponía los trazos de su destino a los suyos, el perfume a madera húmeda que mana de la raíz de un cabello. En la penumbra de la cocina, brillaba la estela púrpura de su pañuelo, el ingenuo atrevimiento que aquella noche se había permitido porque un aguijón la había azuzado en lo más tierno cuando se enfundaba el mísero traje negro de todos los días.

Sucedió en uno de los reveses más arriesgados del tango, justo antes de que la muchacha de la letra muriese postrada en su lecho sin que el payador pudiese cantarle su último poema. Golondrina la sacudió entonces con una brusquedad que la sobrecogió, quedando ambos inclinados sobre la mesa en una reverencia que escenificaba el final del baile. Las velas se apagaron por el ímpetu del movimiento y la cocina, la casa entera, se sumió en la oscuridad. Había comenzado a llover y ese sonido ciego le trajo a Aurelia un recuerdo funesto. La lluvia, aquella mesa, el calor nauseabundo de otro cuerpo aplastando su vientre, una hebilla desatada, la cercanía del arma, la risa asfixiante del milico. El pánico de aquella tarde invadió sus pulmones y una bocanada de ácido le llenó la boca. Quiso gritar, salir corriendo. Deshizo aquel lazo con violencia, como si las manos del capitán le quemasen la piel y hubiese de apartarlas antes de que el incendio se propagase por todo el territorio. Lo despidió apresuradamente, sin mirarle a los ojos. Golondrina recogió sus pertenencias preguntándose cuál había sido el agravio, de dónde nacía aquella mueca de repugnancia reflejada en el rostro de Aurelia al abrir la puerta a la noche, sin opción a una palabra de sosiego, ni tan siquiera de despedida, y con esta zozobra se alejó de la casa a paso desorientado.

La Generala lo recibió en el porche con un cigarrillo en la boca. No pierda el tiempo con esa muchacha, le aconsejó. Es un caso perdido. Golondrina aspiró con fuerza las volutas de humo antes de formular una pregunta cuya respuesta ya sabía. ¿Cree usted en el destino? La mujer sonrió con amargura. El capitán encendió un fósforo y contempló absorto la vibración de la llama. No puedo huir de mi sombra, añadió.

NO PONGAS ESAS SÁBANAS tan bastas. Usa mejor las de lino, las portuguesas.

Merlina la miró de reojo, sosteniendo el canasto de lienzos bordados sobre las rodillas. El día antes de que arribase un barco grande ponían a punto todos los cuartos del hostal. Aunque la habitación ya estuviese preparada, a Iria le gustaba orear la ropa de cama antes de que llegasen los huéspedes para que no oliese a casa de pobres. Tampoco creo que noten la diferencia, protestó Merlina entre dientes. Vaya si se nota, unas tienen el tacto de un saco de patatas y las otras son una caricia, insistió.

Iria tenía un porte elegante desde la infancia. En el colegio nadie

lucía una espalda tan recta ni un cuello erguido de bailarina; su forma de hablar no se parecía a la de ninguna otra muchacha de su edad, en armoniosa coreografía con los arabescos de sus manos, que jamás había manchado con las faenas del hogar, mucho menos con las de la tierra. Sin embargo, nunca había sido una muchacha altiva pese a tener plena consciencia de la turbación que sus ojos provocaban allá donde se posasen. Simplemente, vivía al margen del esfuerzo cotidiano, del racionamiento de alubias y tripas de pescado, y de ese desconocimiento del lado sórdido de la vida nacía su evanescencia, más ingenua que orgullosa. Su padre era un militar retirado sin vocación para las armas, un hombre apacible, alejado de las rencillas políticas, cuya única ambición consistía en agasajar a su mujer y a su única hija, consciente de que el placer de acariciar una seda india o la dulzura de un confite de castaña era todo lo que habrían de llevarse a la tumba. Si aceptó que su hija trabajase como encargada en el hostal de Juan Mazurca fue para romper su ensimismamiento, demasiado tiempo libre hace que pensamientos siniestros aniden en la mente de las muchachas, y él no deseaba esa vida sin horizonte para Iria. Merlina ejercía el contrapunto a tanta liviandad. Desde niña había trabajado en casa ayudando a su madre a lavar la colada en el arroyo y gestionando las cuentas del negocio del aceite. Si el invierno era crudo, rompían la capa de hielo que cubría el agua con una piedra para enjuagar las sábanas y, aunque los dedos se le llenasen de sabañones, nunca dejaba de ir a la escuela. Don Heliófilo la sentaba cerca del brasero para que se calentase las manos antes del primer dictado; se te van a helar como a Ninotchka, le advertía en tono paternal. Y le echaba un chorrillo de agua de romero en las palmas enrojecidas mientras le contaba la historia de la niña de nieve que unos ancianos ucranianos acogieron en su hogar una mañana de noviembre. No se había casado nunca aunque había tenido varios novios, historias incipientes que la guerra interrumpió sin más concesión que algún encuentro apasionado en la escalinata del campanario o detrás de los almiares. Pertenecía a la generación de las viudas y las solteras, mujeres rodeadas de tullidos, niños y ancianos que esperaban todo de una vida rota, pero esta fatalidad no había conseguido minar su naturaleza alegre y carnal. Ejercía la paciencia, especialmente con Iria, a la que conocía y quería desde la infancia pese a sus circunstancias, tan diferentes. Mientras una se deleitaba en la crujiente suavidad de la mantequilla con azúcar tumbada en el diván de su madre, la otra daba cuenta de un pedazo de pan con longaniza junto a la lumbre, pero, una vez acabada la merienda, las dos corrían juntas a escuchar aquellas historias fabulosas de lobos, niños y bosques que la madre de Aurelia les contaba y entonces las tres vidas sucumbían al mismo embrujo, los rostros demudados por el

pánico o la alegría.

La vieja ama de Arriero no incordiaba demasiado. Vivía austeramente en la casita de la plancha, territorio que solo Merlina frecuentaba algunas tardes. La anciana aprovechaba esas visitas para servirse una copita de anís y darle conversación a la muchacha mientras esta llenaba la plancha de carbones encendidos. El cojo os ha contratado a una de criada y a otra de señorita, la aguijoneaba arrellanada en una butaca. ¿Y sabes por qué? Claro que lo sabes, que no tienes ni un pelo de tonta. Porque se quiere beneficiar a la reina de las nieves. Así es la vida, hija. Tú aquí deslomándote a trabajar y la otra soñando con las musarañas, pero al final ella será la señora y tú la freganchina. Los hombres son así de estúpidos, no saben apreciar el verdadero esfuerzo. No diga tonterías, mujer, replicaba Merlina espolvoreando almidón sobre el cuello de una camisa. Las dos venimos aquí a trabajar. La vieja sonreía malévola. Sí, sí, pero cada una en su sitio.

Merlina suspiraba haciendo acopio de paciencia porque no quería importunar al ama. Mejor que estuviese allí quietecita o jugando a las cartas con las otras mujeres, que husmeando en los armarios de la casa. Cuando creía que nadie la veía entraba en la pensión y removía las camas, los baúles, los pucheros incluso. Merlina le salía al paso discretamente preguntándole qué buscaba y la mujer respondía huidiza que nada, hija, nada, cosas mías, me voy haciendo mayor y se me va la cabeza. Pero al poco volvía a la carga. Como se entere Mazurca se va a enfadar, le advertía Merlina. Ni se te ocurra decirle nada al cojo, ese no sabe lo que es trabajar toda una vida para nada, gruñía el ama.

Desde la inauguración de la hospedería Juan Mazurca vestía como un príncipe. Había encargado cuatro trajes a una sastrería de la capital que Iria le había recomendado, dos claros para las mañanas, dos oscuros para las noches. Aconsejado por la muchacha, combinaba un pañuelo de seda salvaje con cada uno de ellos y un perfume distinto según la hora del día, lirios o clavo, todo comprado de contrabando a un viejo pescador que escondía la mercancía entre cajones de sardinas. El hostal requería que la presencia del dueño fuese acorde a los precios, algo abultados; debía vestir bien, peinarse con agua de colonia, lustrar su pierna de palo con aceite de linaza. También lo hacía pensando en Iria. Todas las tardes la llamaba a su despacho, un cuarto espacioso rematado por una galería de vidrios altos, y la invitaba a una taza de café que ella siempre rechazaba con la excusa de que solo bebía té. Mazurca renegaba en silencio y volvía a reclamarla pretextando esta vez una revisión de cuentas, o un plan de reorganización de la cocina, pero Iria, que no tenía ni la menor idea de estas menudencias, llamaba a Merlina para que se hiciera cargo,

deseosa de regresar a la paz del jardín donde trataba de obtener una rosa híbrida. Merlina acudía corriendo, recién salida de la despensa con el cabello desparramado sobre la espalda, y Juan Mazurca la despachaba molesto, sintiéndose burlado dentro de aquel traje de señorito que no borraba al pueblerino. Le obsesionaba Iria. Soñaba con recorrer su espina dorsal, sofocar tanta sed acumulada en la grieta de sus labios; imaginaba el contorno redondeado de su pecho, generoso sin caer en la vulgaridad de los escotes de las prostitutas, los muslos finos apenas profanados por aquel pobre muchacho caído en los primeros días de la guerra. Cuando el deseo le nublaba la vista como un licor de alta graduación, Mazurca se refugiaba en el consuelo de sus propias caricias. Asomado a la galería, contemplaba a la joven inclinada sobre los rosales pergeñando injertos y su mano adoptaba la forma exacta de un deseo que se derramaba, jadeante, sobre las baldosas. Después apoyaba la frente en la cristalera y perfilaba con su dedo índice la pequeña figura de Iria, el sexo húmedo latiéndole entre una pierna y la ausencia de la otra.

El camino al cementerio discurría en pronunciada pendiente a lo largo de cinco quiebros perpetrados en la ladera de la montaña. Siglos atrás, cuando los primeros pobladores de la región fundaron la aldea, acostumbraban a oficiar sus enterramientos junto al mar, pero pronto cambiaron de idea puesto que las olas, en fase de marejada, socavaban el descanso de los muertos e incluso llegaban a arrastrarlos mar adentro. Para evitar que esto sucediese, treparon montaña arriba, en busca de la última franja de tierra fresca donde poder clavar una pala sin tropezar con la piedra.

Aurelia subía aquella cuesta dos veces al año: una por el cumpleaños de la madre, otra por el del padre. Casi nadie limpiaba el cementerio de malas hierbas. La aldea adolecía de cierta dejadez hacia sus muertos. Se los añoraba, les encargaban misas conmemorativas y, una vez al año, el día de difuntos, les llevaban flores y coronas de laurel, pero más allá de esas fechas el camposanto era un desierto.

Se sentó entre los dos montículos de tierra y roció con un cántaro las matas ralas de flores que unían ambos territorios. Como de costumbre, los puso al día de las novedades del mundo exterior. La guerra asolaba Europa y los barcos americanos escaseaban por las restricciones; Valentín continuaba en Argentina, ganándose la vida en una imprenta y, pese a todo, las cosechas seguían su curso; a veces llegaba un inglés a la aldea a bordo de un trasatlántico. Era un hombre guapo, muy leído, que había visto mundo a pesar de su juventud. Gracias a él Selva había aprendido a hablar en castellano. Creo, le confesó a su madre, que la última vez fui demasiado brusca con él. Me trajo malos recuerdos, ya sabes, del tiempo de la guerra. Aurelia respiró hondo. Todo era silencio allá arriba, tan solo el fragor

del oleaje allanaba la ciudad de los muertos. Él es un hombre de mar, de la tierra no sabe nada, añadió con la mirada perdida. Tarde o temprano acabará yéndose.

Siempre que Aurelia visitaba el cementerio dejaba una flor junto a la cruz de madera donde nadie había escrito el nombre de Dionisio. Aquella mañana, al agacharse, la tierra se tambaleó bajo sus pies y un calor repentino le presionó las sienes. Cayó fulminada sobre la tumba. A lo lejos, la bocina de un barco bufó anunciando su entrada en la bahía. Un tábano sobrevoló su cuerpo. Hacía calor. Entre las matas de cardos rechinaban las cigarras. Cuando recuperó el conocimiento la flor se había marchitado, aplastada por la palma pegajosa de su mano, y tenía la boca llena de tierra. A tan solo dos metros de profundidad, los cuerpos de sus padres yacían paralizados en un silencio mineral, incapaces de socorrerla.

DON PACO GIRÓ EL ESPÉCULO guiñando el ojo izquierdo para que el derecho constatase lo que ya había intuido al escuchar sus síntomas: fatiga, interrupción del periodo, dolor abdominal al amanecer, desmayos reiterados. Aurelia apretó con las manos el contorno de la camilla sobre la que reposaba con las piernas abiertas. Era la primera vez que la exploraban de aquella manera. Don Paco era un médico atrevido, un médico que podía salvarte de unas cataratas irreversibles en su quirófano subterráneo o matarte de un tajo arriesgado en un mal momento. Cojeaba de derechas, pero había tenido una juventud disoluta durante sus años de universitario en la capital y algo conservaba de aquella moral distendida de los cafés y las *soirées* bohemias de medianoche.

Vístete –le dijo–. Ya hemos acabado. Aurelia se incorporó sobre la camilla y recompuso sus ropas mientras el médico se lavaba las manos. Tomó asiento detrás del escritorio y comenzó a dictarle un informe a su mujer, que hacía las veces de recepcionista y enfermera del consultorio. La muchacha escuchaba la retahíla de términos: folículo, quiste, ovario, endometrio. Se puso los zapatos y se sentó en una silla de madera, ligeramente coja. No te preocupes. Tu vida no está en peligro. Solo tienes que cuidar un par de detalles, le advirtió sin levantar la vista del papel en el que escribía con renglones torcidos hacia el sur.

A Aurelia la visita al médico le suponía un trago que procuraba evitar a toda costa, incapaz de borrar de su mente la imagen de don Paco frunciendo el ceño y lavándose las manos en una palangana. El agua negra, el olor a tripas abiertas. Observaba sus dedos mientras hablaba sin dejar de pensar que aquellos filamentos habían rasgado el vientre de su madre, habían hurgado entre sus vísceras con la única intención de salvar al bebé; lo demás había sido morralla para

aquellas manos: los cuentos, las redes, el hígado, el pez dorado de las fábulas, el corazón, el páncreas, la rueca. Puro desperdicio.

¿Me has entendido, Aurelia?

La muchacha asintió. Perdone, todavía estoy algo mareada.

Te decía que solo hay una mala noticia, carraspeó incómodo don Paco. No podrás tener hijos.

Aurelia se levantó muy despacio, tal y como le recomendó el médico, y se dirigió a la puerta en silencio. Antes de salir agradeció a don Paco sus servicios y este la despidió con un distante apretón de manos. Siempre que veo a esta muchacha siento una culpa terrible, le confesó a su mujer una vez a solas. Prepárame un café, por favor.

Caminó sonámbula por las calles. No solía pasear, ocupada siempre en las tareas domésticas, y el poco tiempo libre que le quedaba lo dedicaba a repasar el atlas o el librito de poesía japonesa que Golondrina había olvidado intencionadamente en su casa. Permite que los versos sucedan dentro de ti, le había dicho una tarde el capitán, antes de embarcarse. Leía el poema, cerraba los ojos, respiraba con hondura y detrás de sus párpados hallaba la flor de la peonía o el páramo nevado.

Tres veces cruzó el malecón casi vacío a esas horas. A la cuarta, Aurelia entró en la taberna. Los pescadores aún faenaban, los viejos dormían la siesta con la boina ladeada y Celestino dedicaba ese tiempo de sosiego a leer periódicos viejos y disfrutar en silencio de su propio vino. Le sirvió un vaso de la misma frasca que él estaba bebiendo y la muchacha se lo llevó a los labios como si estuviera a punto de cometer un sacrilegio. No es costumbre que las mujeres vengan por aquí, pero me alegro de que hayas entrado, esa cara de muerto solo la cura un trago, le dijo. Aurelia lo miró con extrañeza. Al tercer vaso, su cuerpo empezó a entrar en calor. Me acaban de dar una noticia en casa de don Paco, anunció con voz pastosa. No podré tener hijos. Ha mirado entre mis piernas y no hay más que tierra seca ahí dentro.

El tabernero le sirvió otros dos vasos de vino. Él tampoco había tenido hijos, su mujer no tuvo tiempo de dárselos. Llegaron de la isla a destiempo, diciembre por delante, y ella buscaba el calor de los alisios, pero allí no soplaba ni rémora de la calima aquella. Aurelia lo miró con lástima. Su rostro arrugado, su barba roja de cabrero, el vacío de su brazo izquierdo. ¿Cómo lo perdió? Celestino no respondió. Bebieron de nuevo hasta que en el fondo de la jarra brillaron las púas de los erizos de mar que el tabernero aplacó con otra medida de vino. Brindaron por el mar y por la tierra, condenados a entenderse en aquella aldea perdida. Al séptimo vaso la muchacha se echó a llorar sobre la barra. Balbuceaba algo sobre Valentín, tan lejos de casa. Para qué quiero yo más hijos si el que tenía ha huido de mí, decía. Sola

estoy bien, no necesito a nadie. El aura del vino le aflojaba la lengua. Abrazó al tabernero como una niña perdida y este la estrechó entre sus brazos con una dulzura desacostumbrada. Todo el mundo necesita a alguien a su lado, muchacha. Pero no estás sola, no lo estás, la consoló. Aurelia se apoyó en la barra con gesto vacuo. El tabernero parecía inspirado. Yo tampoco estoy solo, pero es un secreto. Le brillaban los ojos y parecía estar a punto de hacer algo de lo que más tarde y más sobrio se arrepentiría. ¿Quieres que te enseñe algo? Aurelia asintió sin pensar y al rato se sorprendió subiendo las escaleras que conducían al piso superior de la taberna. Allí vivía Celestino desde que treinta años atrás llegó a la aldea con su mujer para montar el negocio. Ella no sobrevivió al primer invierno, aquejada de unas fiebres virulentas que se la llevaron a la otra orilla. Se murió sin volver a probar la malvasía, eso no me lo perdono, sollozaba. Ya estando enferma me cantaba desde la cama «sobre la lava, amores de volcán de madrugada». Al final casi no oía su voz, de tan débil se confundía con el nordeste. Celestino se limpió la nariz con un pañuelo grasiento. Tenía los párpados hinchados y rojos, vibrantes. La echaba tanto de menos que pensé que iba a volverme loco y un día en el que ya no pude más me fui a la capital a buscar a un quincallero que conocía desde hacía años. Qué carajo, pensé.

El cuartucho tenía el techo medio hundido en su punto central y olía a óxido y alcanfor. Una palangana estallada, una mesa camilla sobre la que reposaba una lámpara de aceite y un pequeño catre cubierto por una sábana componían todo el mobiliario de la alcoba. Celestino levantó el lienzo con sumo cuidado. No quiero despertarla, susurró. Sobre la cama, ataviada con un traje blanco de maitines, reposaba una muñeca mecánica del tamaño de una niña de trece años. Aurelia la contempló entre las tinieblas de aquella habitación claustrofóbica: melena cobriza, formada por mechones de pelo engarzados a su cráneo de metal mediante una red punteada; nariz aguda, de perfil similar al de las muñecas de porcelana con las que Aurelia había jugado de niña; en las mejillas, el quincallero había dispuesto sendas placas circulares de un color levemente sonrosado. Celestino le había enfundado unas medias finas que tamizaban el brillo del latón. Sus párpados, rematados por unas pestañas de cerdas descoloridas, se abrieron de súbito cuando el tabernero accionó un engranaje mostrando unas pupilas de vidrio nublado. Movió los labios, alzó una mano con un movimiento sincopado y regresó chirriando a la postura inicial. El tabernero le sonrió con la mirada enturbiada por el alcohol. Antes me saludaba y hasta podía ponerse en pie, pero se ha hecho una perezosa. Muchos días no se levanta ni para comer, quiso bromear. Dio dos tumbos, se recostó junto a la muñeca y empezó a llorar desesperadamente, cubriéndose el rostro con unas manos

enormes, tanto que podían abarcar la esfera achatada de su cráneo, su barba volcánica y una cicatriz con forma de media luna que le sesgaba una oreja. Aurelia sintió un amago de compasión. Tapó a la extraña pareja con un cobertor de lana y permaneció sentada a su lado hasta que el sollozo se transformó en un débil gorgoteo; después bajó las escaleras tambaleándose entre los muros desconchados por la humedad. Ya en el puerto, buscó a tientas la pendiente que conducía a su casa tratando de no errar el camino entre las hileras de fachadas que se retorcían amenazando con derrumbarse al más leve soplo de brisa.

Selva la esperaba sentada en el poyo de la casa con una arruga de preocupación en la frente. Al llegar a su vera, Aurelia se desmoronó como un fardo de heno. Estás borracha, balbuceó desconcertada. La muchacha vomitó sobre la hierba un caldo púrpura que salpicó las alpargatas de Selva. A la altura de sus ojos, el vientre fértil de la joven giraba como un satélite alrededor del suyo, lleno de aire.

EL MISMO DÍA QUE DON HELIÓFILO recibió la comunicación oficial de su jubilación, un paquete envuelto en papel de estraza llegó acompañando al sobre de las autoridades. Lo depositó sobre la mesa de su salón, haciendo un hueco entre libros, tazas de té sin lavar y una pila de mamotretos y lo abrió cuidadosamente, retirando las sucesivas capas de papel hasta llegar a una cajita de forma circular sellada por una vitola en cuyo interior encontró un planisferio celeste del hemisferio sur junto a una nota manuscrita en tinta violeta. «Para mi querido maestro, la bóveda que me cubre cada noche». Lo firmaba Valentín con una letra fina y estilizada que sorprendió gratamente a don Heliófilo. No ha perdido el tiempo. Esta caligrafía no tiene nada que ver con aquellas patas de mosca que dibujaba en la escuela. Nada que ver.

Días después, una mujer de melena rubia metódicamente recogida en una trenza de raíz desembarcó provista de una voluminosa maleta de cuero. Forcejeó con ella hasta que logró acomodarla sobre las piedras del malecón y, sin perderla de vista, preguntó a un pescador dónde podía encontrar al señor alcalde. Dos muchachitos flacos que ayudaban a los marineros a cambio de unas monedas se ofrecieron a transportar su equipaje hasta la casa de don Paco, pero la mujer se negó alegando que la maleta no pesaba mucho y siguió la dirección señalada tirando del bulto con las dos manos. Vestía un sobrio traje gris perla de dos piezas con una libélula de falsos brillantes incrustada en la solapa. Sus ojos azul glaciar centellearon desafiantes cuando se presentó ante el alcalde como la nueva maestra. Vengo, dijo estrechándole la mano con frialdad, a relevar a la interina que nombraron ustedes hace unos años. Y le tendió un informe sellado por el consistorio de la capital en el que se detallaban las causas y

circunstancias del nombramiento. Don Paco se fijó en aquella mano, en su finura rematada por el óvalo de cristal de un anillo que reflejaba el color de sus ojos. Teresa Valero, treinta y cinco años, docente reputada dentro de la línea ideológica del Movimiento, soltera y en perfecto estado de salud. Ni una sola mácula en su expediente civil, nada que objetar a sus quince años de ejercicio educativo. Don Paco la observó por encima del papel. Verdaderamente parecía una mujer fuerte, de caderas anchas y mandíbula regia, hermosa sin llegar a llamar la atención, decidida, seguramente terca, con una mueca burlona, casi irónica, redondeándole los labios. No debe tener buenos contactos en el Ministerio cuando la destinan a esta aldea de mala muerte, comentó el alcalde con malicia. Teresa le respondió sin acusar su veneno que precisamente ese era el destino que llevaba años esperando. Un lugar tranquilo, lejos del ruido de la ciudad, subrayó. El médico intuyó que a don Serafín no le iba a hacer ninguna gracia la destitución de su hermana al frente de la escuela. No se equivocaba. El párroco recibió a la nueva maestra en su casa sin ocultar su desagrado. Espero que respete usted el programa que he diseñado personalmente para el nuevo curso escolar, le advirtió. Teresa sonrió enérgica y extrajo de su maleta un cartapacio lleno de papeles. Aquí tiene usted el plan educativo nacional, si lo desea puede echarle un vistazo, estoy segura de que no difiere en gran medida de su propio programa. Don Serafín atisbó el grueso volumen por encima de sus lentes, más de doscientas páginas mecanografiadas con una tipografía apretada a espacio simple, y lo rechazó con pereza. Déjelo, déjelo, no tengo tiempo de lecturas. Mañana mismo empieza. Mi hermana le enseñará la escuela esta tarde.

La alojaron en El Reposo de la Sirena de forma provisional aunque indefinida. Don Serafín no mostró compasión alguna por don Heliófilo, pero don Paco intercedió por él impidiendo que lo desalojaran de la casa que habitaba desde hacía más de cuarenta años a cambio de una pequeña renta que el ayuntamiento nunca hizo efectiva. En el hostal de Mazurca estará bien, ya lo verá. Más adelante ya decidiremos dónde la ubicamos, le explicó don Paco de camino a la hospedería. La propia Iria les abrió la puerta sorprendida por la llegada de un huésped a la hora del almuerzo. Don Paco le presentó a la maestra y, en un aparte, estableció las condiciones económicas que más le convenían. No hay discusión, le aseguró. Se trata de una empleada pública. Y tened cuidado con ella. Es de armas tomar.

A solas, las dos mujeres se analizaron mutuamente. Teresa dedujo que Iria era una muñequita de cristal, hermosa y malcriada; una belleza perturbadora por la que muchos hombres habrían perdido la cabeza sin preocuparse de averiguar qué tenía ella dentro de la suya. Iria, en cambio, sintió una curiosidad fulgurante por aquella mujer

que había irrumpido en el hostal arrastrando su propio equipaje y que se dirigía al alcalde como a un igual. Se veía a la legua que no conocía el miedo, firmemente plantada en mitad del recibidor, observándolo todo con sus ojos azulísimos antes de preguntar, sin ningún reparo, qué había para comer ese día. Estoy hambrienta, dijo.

LA LLEGADA DEL CAPITÁN GOLONDRINA cargado con dos baúles de ropa y libros fue la última sorpresa de aquel verano. Tiempo atrás la Generala había recibido una carta que anunciaba su regreso en los últimos días de septiembre. «Esta vez –le escribía– he decidido tomarme unas vacaciones. Estoy cansado de vagar de un lado para otro y, aunque será la primera vez que pasaré tanto tiempo en tierra firme desde que comencé a trabajar en la marina mercante, trataré de descansar en su aldea durante un par de meses. Necesito tiempo para leer, para escribir. También para enamorarme». Colocó tres decenas de libros en un anaquel que la Generala ordenó subir desde la sala de estar y distribuyó cuatro trajes civiles en un baúl espacioso que reposaba a los pies de la cama. Pero hasta que colgó su gorra de marinero en el perchero no tomó conciencia de que el suelo no se balancearía bajo sus pies durante una larga temporada. Abrió las dos hojas de la ventana y contempló la panorámica que el balcón le brindaba: las barcas irradiando su color –verde, rojo, azul– amarradas a las cornamusas del puerto, las gaviotas chillando de placer bajo el sol, el islote del Tomillar flotando como un corcho en el mar ardiente. Aspiró con fuerza sintiendo que sus pulmones se llenaban de verano, de la estación del trigo y la pereza, y que aquel limbo soleado era un buen punto de partida. Al avistar la zona más occidental del dédalo de callejuelas, Tomás Golondrina no pudo resistir la tentación de buscar con la mirada el cordel, el viejo cabo de lana que oscilaba en la cúpula azul de la aldea como un viento visible. Los gritos de la chiquillería saltando al agua de uno en uno, de dos en dos, agarrados por las manos en un pulso alegre, lo distrajeron. Trepaban desnudos y empapados por la precaria escalerilla de hierro anclada al borde del malecón, riendo con las bocas muy abiertas y los cabellos revueltos, chorreando luz. Las pequeñas piernas se flexionaban antes de volver a saltar con el miedo agazapado en los tobillos, cerca del suelo.

TRAS COMER FRUGALMENTE, el capitán se disculpó ante la anfitriona y el resto de los huéspedes arguyendo que tenía una visita pendiente, y salió del hostal con un paquete envuelto en papel de seda celeste bajo el brazo. Allá va, a casa de la ermitaña. Qué paciencia tiene este hombre, masculló la Generala liando un cigarrillo.

La puerta estaba abierta. Saludó en voz alta y, al no obtener respuesta, el capitán se adentró en la casa. Atravesó la cocina, comprobando que hasta el polvo permanecía invariable, idéntico a su recuerdo. La lumbre crepitando entre las cenizas de la noche anterior, la gran llanura de la mesa, el pan del día aún sin cocer, las trébedes, un bodegón de frutas, las sillas de madera de tonel. Había invocado tantas noches aquel aroma a cereales y humedad que a punto estuvo de echarse a llorar ante aquella simetría. Al fondo, la cortina que separaba la casa de la huerta dejaba entrever un haz de luz denso, casi sólido. Golondrina asomó la cabeza entre los lienzos de tela. Allí estaban las dos muchachas, desarmando el espantapájaros ya convaleciente de los trabajos de la cosecha. El esplendor de la tierra había alcanzado su cima en agosto para decaer un mes después entre los montones de sandías que se pudrían en una esquina con su pulpa roja y pegajosa picada de moscas. El hombre de paja no había conseguido defender su dignidad más allá del ecuador del verano, cuando una bandada de cuervos le arrebató el sombrero primero, los ojos después. Ciego y aniquilado, se inclinó servil sobre los surcos dándose por vencido mucho antes de la llegada del otoño. Has sido un cobarde, sentenció Aurelia arrancando de cuajo la cruceta de madera.

Selva fue la primera en descubrirlo. ¡Bienvenido a casa!, gritó abrazándolo con todo su cuerpo. El capitán sonrió. Veo que has progresado, le contestó sin desasirse. Aurelia contemplaba la escena con el fantoche de paja desmayado entre sus brazos en una postura forzada. Cuando Tomás Golondrina se acercó a ella, la muchacha lo saludó sin soltar el espantapájaros. El hombre le tendió el paquete con una sonrisa obligándola a liberarse del monigote para recibirlo en sus manos manchadas de tierra. Rasgó la seda del papel y entre los pliegues descubrió un libro grueso, bien ensamblado, en cuya portada de piel podía leerse en caracteres helvéticos: *Argentina: retrato del paraíso*. El espantapájaros cayó sin hacer ruido sobre la tierra aún caliente de la huerta.

LOS NIÑOS NUNCA HABÍAN VISTO a una mujer con pantalones. Lo más parecido era una anciana, apodada la Cigarrera, que recorría con su barca los pueblos de la comarca vistiendo una falda plisada atestada de bolsillos donde ocultaba el tabaco de contrabando. Teresa Valero los sorprendió con ese y otros detalles que rompieron la monotonía del nuevo curso. Tras hablar con la hermana de don Serafín, consiguió

que chicos y chicas volviesen a compartir aula. Se trataba, según le explicó a la mujer, de optimizar los medios de los que disponían. Si solo tenemos una escuela, lo mejor es aprovechar el tiempo al máximo, sin divisiones de horarios. Usted convenza a su hermano y lo demás déjelo de mi cuenta, sé bien lo que hago.

Antes de entrar en clase, la maestra fumaba un cigarrillo envuelto en papel negro, fino, que olía a caramelo de vainilla, y así apostada saludaba jovial a los niños que por primera vez acudían expectantes a la escuela, ansiosos por descubrir la nueva ocurrencia de la Pantalones. La llamaban así, la Pantalones, y a ella no le molestaba en absoluto, al contrario, le producía un vago regocijo infantil saberse en el punto de mira de aquellos muchachitos que intentaban aparentar hombría cuando en realidad estaban tan escandalizados como cualquier beata.

Teresa iniciaba sus clases obligándolos a rezar dos oraciones, un padrenuestro por las ánimas y un avemaría por los afligidos, y esta costumbre desanimó a los que esperaban que la maestra convirtiese los rosarios en collares y borrase de sus frentes la mancha cenicienta de la culpa, dinamitando así la dictadura religiosa impuesta por el cura y su hermana. Pero una vez habían ofrecido sus almas a la santísima trinidad, encomendado su destino al arbitrio divino y agradecido el entendimiento, la maestra iniciaba su verdadero discurso. Les hablaba entonces de la fauna de la comarca, de la evidente a la microscópica, porque en lo pequeño se fragua la grandeza, repetía, para después extenderse a la de otras regiones del país, incluso a la de territorios ultramarinos. Sutilmente, entre descripciones profusas del plumaje de las garzas reales y del pico del tucán arcoíris, enunciaba las teorías evolucionistas, les hablaba de Darwin, de su fabuloso viaje a bordo del Beagle en busca del origen de las especies. Jugaban a adivinar los tesoros que halló en las islas Galápagos, dibujaban aquellos simios que, según el científico, eran parientes directos de los hombres. Al principio se habían reído de ella. Y cómo va a ser mi abuelo un mono, señorita, había exclamado el hijo de un pescador, aún analfabeto. Ella reía, reía con ellos y les explicaba el origen, la lentísima evolución a través de milenios de aquellos animales que salieron del agua a la pálida luz del primer día, el arrojo de la vida por abrirse paso adaptándose a los cambios, y la incredulidad de los ojos infantiles mudaba en asombro.

En unos meses consiguió que todos aprendiesen a leer y escribir con cierta soltura gracias a las lecturas dramatizadas de sainetes en las que los niños interpretaban a las damas y las niñas mutaban en caballeros, un hecho insólito que los confundió al principio pero que más tarde asumieron con soltura. Una tarde les leyó un capítulo de *Alicia a través del espejo* y al día siguiente dos pescaderas acudieron a protestar a la

escuela porque sus hijos habían roto los espejuelos de la alcoba tratando de cruzar al otro lado. Críos del demonio, vociferaban, de dónde será que sacan esas ocurrencias. Ella los reprendía en público, pero todos sabían que aquella era una escena más del gran teatro del mundo y que, tan pronto como la maestra cerrase tras de sí la puerta de la escuela, los alentaría de nuevo a cruzar las fronteras de lo conocido. Tenéis que ir más allá de esta realidad tan chata, los espoleaba. Atreveos a soñar sin humildad.

Su lucha era sibilina. Teresa Valero sabía que era necesario satisfacer a todas las esferas para seguir ejerciendo su libertad. No perdonaba un rezo a la entrada y a la salida de la escuela y les recomendaba que acudiesen a los oficios del domingo, aunque durante el sermón imaginasen otras historias más divertidas que los martirologios. Consiguió así que todos fuesen sus cómplices, convencidos cada uno de ellos de que lo eran en exclusividad. Los niños, el alcalde, la hermana del cura e incluso el propio cura, a cuya misa no faltaba nunca. La revolución, predicaba en el aula, debe hacerse en silencio, con pequeños gestos. Para cambiar el mundo hay que empezar por uno mismo. Los muchachos la escuchaban con reverencia, conscientes de que la Pantalones sabía mucho más de lo que decía, que sus palabras eran tan solo la punta del iceberg, y que aquella hada nórdica valiente y bella, por la que se habrían dejado cortar la lengua antes de decepcionarla, había llegado a su aldea para trasmitirles una revelación de la ya eran dueños desde hacía mucho tiempo. Sobra decir que todo esto, añadía siempre como corolario, queda aquí, entre nosotros.

El único que no se rindió a sus encantos fue Juan Mazurca. Aquella mujer impetuosa le había producido escalofríos desde que Iria se la había presentado, ya instalada en uno de los mejores cuartos de la casa. ¿Por qué le has dado una habitación tan amplia? Solo es una maestra de pueblo, rezongó. Iria no respondió, en realidad ni ella misma comprendía sus razones. La maestra la había obnubilado desde el primer momento, máxime cuando descubrió que su enorme maleta estaba llena de libros. Poesía, novela, filosofía. Una tonelada de literatura comprimida entre aquellas hebillas y su cabeza rubia, que ella imaginaba nimbada por un halo de sabiduría. Me importan más las prendas del alma que las del cuerpo, le había dicho Teresa mientras colocaba sus libros en un armario. Iria sonrió arrobada, sin saber qué decir. Una tarde la espió a la salida de la escuela, siguiendo la estela dulce de su cigarrillo, y así descubrió que los jueves la maestra frecuentaba la casa de la Generala, donde había instituido una pequeña tertulia alrededor del piano. En aquellas veladas Michelle interpretaba algunos temas ligeros mientras Golondrina, don Heliófilo y la propia Generala se enzarzaban con los huéspedes en un

animado debate sobre lo humano y lo divino. Bebían café con aguardiente y un misterioso licor de color verde; fumaban en boquillas y pipas orientales y, si el día era propicio, entonaban, achispados, canciones en una lengua extranjera que Iria desconocía. Asomada al ojo de la cerradura, la muchacha contemplaba la desenvoltura de Teresa Valero, su risa distendida, aquella rotundidad al hablar que la ubicaba irremediablemente en el centro de la escena. Le fascinaban su mirada aguamarina, alegre aunque con una astilla de desconfianza, el pelo soleado que nunca llevaba suelto pero que debía ser un verdadero escándalo de ondas sobre su espalda, la solidez de sus piernas. Si alguien la saludaba en aquel trance desde el otro lado de la calle, fingía que había perdido un objeto muy preciado que buscaba sin descanso. Pasado el peligro, de nuevo se asomaba al parnaso de los dioses, aquellos hombres y mujeres tocados por la llama sagrada de la inteligencia, capaces de hablar sin jerarquías; con vehemencia a veces, otras con ternura. Deseó formar parte de aquel mundo, traspasar la puerta como una integrante más del círculo de librepensadores, ansiosos todos por escuchar lo que ella tendría que decir sin reparar en sus ojos de gata, pura fruslería en ese tipo de veladas. Ella se sentaría junto a Teresa, la maestra díscola que le pondría en los labios uno de sus cigarrillos de papel negro, ya encendido, y con una sonrisa pícara le susurraría algo al oído que la haría estremecerse.

AL COMIENZO DEL OTOÑO vendieron las cabras: tres hembras, un macho y una cabritilla recién nacida a la que Aurelia había asistido en el parto cortándole el cordón umbilical con un cuchillo templado al fuego. Se deshicieron de ellas porque Aurelia ya no daba abasto entre el telar y la rueca y a Selva el pastoreo se le daba francamente mal; la mayoría de las veces perdía los animales riscos arriba y ella tenía que acudir en su auxilio dejando a medias la labor en el altillo. El comprador fue un labriego llegado desde otra aldea que se había establecido en una casa cercana. Cuando se llevó las cabras atadas con una soga, el hombre hubo de tirar con fuerza para arrastrarlas cuesta abajo. No querían irse de aquella casa, especialmente la pequeña, que se escapó tres veces al reencuentro de los brazos de Aurelia. Finalmente se acostumbraron. También lo hizo ella a la presencia de Tomás Golondrina, que desde que había regresado a la aldea visitaba la casa a diario con el pretexto de instruir a Selva, aunque lo cierto era que la muchacha ya hablaba el castellano con soltura y hasta era capaz de desafiarse a sí misma con algún trabalenguas. Al caer la tarde, cuando Aurelia cesaba el hilado o la labor del telar, el capitán daba por concluida la lección y salían a pasear. Le contaba historias de navegación, los motines sucedidos a bordo, el asedio de los piratas en ciertos mares propicios a la emboscada y, si presentía que su interés

decaía y que las hazañas de Francis Drake no lograban capturar su atención, cambiaba de tercio para hablarle de sirenas y tritones. Aurelia le contó que en aquella aldea hubo una vez un hombre que juraba haber visto aquellos monstruos. No son monstruos, replicaba Golondrina con cierto enojo. Son mujeres bellísimas y solitarias. Y se quedaba un largo rato pensativo y añadía: como tú. Aurelia enrojecía, cambiaba de tema sin aceptar el halago, y le hablaba atropelladamente de cualquier menudencia cotidiana sin mirarle a los ojos, que sabía se habían quedado fijos en ella con aquella mirada intensa que a veces él le dirigía y a la que no era capaz de responder. Protegía su intimidad como un animal herido. Nadie había entrado en el granero, ni siquiera Selva, a la que solo permitió una vez asomarse a una rendija para desterrar de una vez por todas aquella absurda creencia de que tenía secuestrada a una bestia plañidera entre sus cuatro paredes. A pesar de este celo, Golondrina había conseguido que le regalase algunos fragmentos de los días felices en que sus padres aún respiraban y la aldea le ofrecía la ilusión de un hogar. Cuando le preguntaba por la guerra la muchacha torcía el gesto. Prefería no hablar de aquel tiempo aciago. Aquí la guerra fueron dos bestias que llegaron por el mar y nos hicieron sufrir durante tres años larguísimos, zanjaba golpeando un guijarro contra la pared.

Algunas noches Selva insistía en que se quedase a cenar con ellas. He preparado un plato que se come en mi isla durante las fiestas de carnaval, les anunciaba radiante desde la puerta. La muchacha servía una pasta envuelta en hojas de col que, salvo Aurelia, acompañaban con un poco del vino que el capitán les había regalado. ¿No quieres regresar algún día a tu tierra?, le preguntaba Golondrina. Yo podría acompañarte. Selva respondía con voz opaca que no, que si la vendieron una vez por quince monedas ahora volverían a hacerlo por dieciocho, que al fin y al cabo se es de donde bien se nos quiere y que aquella ya era su casa. Y miraba a Aurelia con la misma querencia de aquella cabritilla que corría una y otra vez hacia sus brazos con ganas de ubre.

Tras la cena, Selva se retiraba a su cuarto para rezar ante el pequeño altar de dioses que ella misma había tallado aprovechando los tocones de madera que espigaba en las lindes de las huertas. Junto a ellos, decenas de muñecos antropomorfos, confeccionados con sacos de grano y cuerda de pita en un pedestal. Pasaba horas delante de aquel retablo venerando a sus ídolos y algunas noches despertaba acurrucada junto a él, temblando de frío. De madrugada, el silencio pesaba como una roca sobre la casa, una calma arañada tan solo por el chirrido intermitente de la bobina. Hacía horas que Tomás Golondrina se había ido. En algún momento de la velada, Aurelia volvía los ojos hacia dentro y se guarecía en un lugar vedado para él donde de nada

valían sus brújulas. Se quedaba el capitán un tiempo esperando que sus ojos reconsiderasen la fuga hasta que, rendido, salía por la puerta sin despedirse.

En la pensión lo esperaba el viejo ritual de las madrugadas. Desnuda entre las sábanas, una muchacha menuda lo recibía y el mar enfurecido rompía contra los escollos cuando Tomás Golondrina se entregaba a aquel cuerpo cuyo nombre aún confundía con el de sus compañeras. Entraba en ella con apremio, como un niño que corre al encuentro de un peligro al que es mejor hacer frente antes de que el miedo nos consuma. Llegaba entonces el vaivén desesperado del placer, la falsa intimidad, el insípido baile de los cuerpos que colisionan en mitad de la noche como vasijas huecas. Y Golondrina apretaba los párpados aferrándose a ese instante que le conectaba fugazmente a la vida porque sabía que un segundo después irrumpiría la culpa y que esta vestiría el rostro de Aurelia. Un insoportable desaliento le obligaba entonces a retirarse de aquel vientre anónimo dándose media vuelta sobre la cama mientras la mujer, que aún yacía a su lado, alejaba su cuerpo discretamente.

El faro lamió tres veces el torso desnudo del capitán con su lengua de luz. Oscuridad. En lo alto del acantilado, el triple destello también iluminó el interior del granero revelando a Aurelia encogida como un gato junto a un hilo que vibraba apasionado. Imaginó otros cuerpos anudándose al de su hermano. Valentín franqueaba desnudo el umbral de la pureza al otro lado del mundo y a su paso el viento inflaba los visillos de alguna pensión de urgencia donde ardían los restos de su infancia sobre un colchón.

Ella estaba sola. Su cuerpo rígido como una vaina seca.

LAS LLUVIAS ARRECIARON pronto aquel otoño y el campo se entregó a un merecido barbecho. Apenas entraron barcos en el puerto, a excepción de un pequeño navío griego cargado de higos secos y tarros de miel de Artemonas y un pesquero marroquí que mercadeaba té y especias bajo cuerda. El mar anduvo picado y los pescadores salieron poco a faenar, así que no era extraño encontrarlos cada mañana en la taberna de Celestino jugando a las cartas o contemplando absortos un mar de color mercurio.

En épocas de temporal la pensión de la Generala colgaba el cartel de completo. Los navegantes retenidos por el mal tiempo fumaban un tabaco negro mezclado con pimentón que les hacía estornudar apoltronados en los sofás a la espera de que Michelle espantase las nubes con una polka. La bullanga vespertina hacía reír con estruendo a la Generala, los pechos rebosantes cubiertos de un sudor de alfileres que asperjaba sobre las mesas improvisando coplillas al calor del alcohol. Llenemos el vaso del caballero que esta noche cena anís de

puchero. Varias muchachas de cabello a lo *garçon* y semblante risueño se habían instalado en los cuartos de la planta baja en sustitución de la anterior hornada de cupletistas que había regresado a la capital para inaugurar sus propios cafés cantantes. En las noches de marejada, las mujeres de los pescadores vigilaban la luz titilante de las alcobas a ras de suelo preguntándose si sus maridos estarían ardiendo en aquella hoguera. Apretaban los puños hasta clavarse las uñas y rezaban para que la tormenta escampase y la vida se recondujese por su cauce habitual: la cena sobria, la cama temprana, la faena al alba.

La relación entre la casa azul y las aldeanas estaba marcada por los celos, con el cura por el estigma del pecado y con los pescadores por la complicidad silenciosa. Aurelia era un caso aparte. La Generala sentía lástima por ella y hasta un breve instinto de protección que hubiera ejercido de buen grado si la muchacha se lo hubiese permitido. No entendía el absurdo sacerdocio de la hilatura y aún menos que Selva fuese su rehén. Una mujer tan racial, tan imponente como tú, había tratado de persuadirla con una sonrisa traviesa, no debería ocultarse en un armario con naftalina. ¡Te vas a apolillar, niña! Si trabajaras en mi casa te llenarías los bolsillos de dinero. Pero la plata no era una tentación para ella. En aquellos días vivían holgadamente del tejido de mantillas y mortajas, del cultivo de la tierra y de los amuletos que Selva vendía a los marineros en tiempo de aguaceros, unos monigotes de tela negra vestidos con un mandilón blanco que, según pregonaba, poseían el nada desdeñable poder de amansar la galerna. Los vendía por decenas entre los hombres, no solo del mar sino también de la tierra, porque entre ellos se había corrido la voz de que aquellos santitos más que amainar los temporales lo que hacían era avivar el apetito carnal.

El capitán Golondrina compró la barca de Samuel por tres monedas y la bautizó Irene en honor a su madre. Pasaba jornadas enteras con los pescadores interesándose por el arte de los cebos, las corrientes peligrosas o las zonas de bonanza para la red. Comenzó así a pescar acompañado de algunos hombres, más tarde solo. Al amanecer se hacía a la mar junto al resto de chalanas y no regresaba hasta poco antes del ocaso. El sol oscureció su piel, que adquirió el tono tostado de la pesca de bajura, y lo que antaño fuera una barba rubia de caballero inglés se propagó, salvaje, por su rostro. Mudó sus trajes de oficial de la marina mercante por las ropas holgadas de los hombres que regresan del mar para dormir en un lecho. Al capitán, aleccionaba la Generala a sus pupilas, debéis tratarle con un cariño especial, que el pobre está enfermo de amor por esa loquita de la cuerda que no quiere varón. Tomás Golondrina nunca habría de ser tan feliz como en aquellos días. Liberado de todas las ataduras, se había convertido en el lobo de mar que siempre había soñado y, transcurridos los dos meses

de licencia, escribió una carta a la Compañía Marítima solicitando una demora. Regresaba con su chalana cargada de peces que repartía entre las cocinas de Aurelia y de la Generala con una alegría que no recordaba haber experimentado desde la infancia. «Ahora –relataba en sus diarios– soy dueño de mi tiempo. Salgo a pescar sin otro horario que el que marcan el sol y la pleamar; como únicamente cuando el hambre lo dicta y me zambullo en la lectura durante horas e incluso días si el libro lo requiere. La aldea más bien parece una isla, protegida del mundo por un farallón de roca que se cierne como un brazo de piedra a sus espaldas. Es la mejor muralla que la naturaleza pudo construir para salvar a estos hombres del veneno del progreso. Todos custodian un pedazo de verdad en su interior: desde el pescador que me enseña a poner la carnada en el anzuelo al viejo profesor con el que comparto lecturas y contemplo el cielo en las noches despejadas. La única fractura de este paraíso se esconde en su cima. Aurelia. A su lado me siento como esas barcas fantasma que aparecen navegando a la deriva».

COLGABAN LOS FAROLES NAVIDEÑOS de las puertas, encendidos día y noche durante el adviento, y algunos hornos de piedra cocían las primeras tortas de anís cuando le vieron llegar a bordo de su barca con un cinto cuchillero ceñido al vientre en el que la quincalla se alternaba con navajitas finas y facas de yemení. Su pelo largo y cano se confundía con la barba que cubría en gran parte su pechera. Dos niños que jugaban a las tabas en el malecón huyeron despavoridos al verlo, calle arriba. Tal vez les asustó su atuendo, una especie de abrigo de pieles negro a juego con un sombrero ushanka que le daban un aspecto de pope ruso recién llegado del invierno glaciar, arrastrando un par de sacos repletos de cacharrería. Recorrió la aldea anunciando su género. Este año traía navajas de hojas tan afiladas que cortaban el viento, con unas cachas de nácar grabadas dignas de un sultán; pequeños alfanjes de puño de olivina y unos abrecartas de daga cartaginesa que relumbraban al sol desde el fondo del cinto. El capitán Golondrina escogió una navaja de mariposa con mango de madera de olivo que aún olía a aceitunas. No se arrepentirá, dijo el viejo repasando la hoja con la punta del dedo índice sin llegar a cortarse. Esta sirve para todo: puede despedazar un conejo o partir un corazón, bromeó.

En la plaza del pueblo anunció su última adquisición: cosa tan insólita que no podrán olvidar. Allá donde duerma esta noche haré un pequeño espectáculo para mostrároslo, prometió apretándose la panza dentro del abrigo. Juan Mazurca le ofreció posada a cambio de un porcentaje del precio de la entrada que el quincallero aceptó tras un bronco regateo, y esa misma tarde se dejó caer como un tonel sobre la cama sin desprenderse de aquellos dos sacos que sonaban a lata. A la

hora de la cena, el viejo cerró la puerta de su alcoba con llave y bajó al comedor, donde despachó un pollo asado, cuatro mazorcas de maíz, dos bizcochos borrachos y un par de jarras de vino cosechero. Se limpió la boca grasienta con el envés de la mano y regresó a su cuarto, donde se encerró durante casi una hora. En este tiempo, Iria y Merlina escucharon golpes metálicos, extraños pataleos y un zumbido similar al de las ruedas de los afiladores, agudo en algunos tramos, romo en otros.

Don Heliófilo y don Serafín fueron los primeros en llegar, aunque se esquivaron mutuamente ubicándose en extremos opuestos de la sala; junto al cura tomó asiento su hermana, seguida de don Paco, su mujer y la matrona; tampoco faltó a la cita la Generala, que no dudó en acomodarse detrás de don Serafín haciendo caso omiso de la mirada mortífera que este le dedicó al verla traspasar la puerta acompañada de su corte de nínfulas. Celestino, que deambulaba inquieto de un lado a otro, se instaló junto a la butaca desde la que Teresa Valero dirigía a un grupo de escolares a los que había invitado. Los últimos asientos los ocuparon el capitán Golondrina, Selva y Aurelia, arrastrada hasta El Reposo de la Sirena muy a su pesar. De la casa solo faltaba la vieja ama, a la que ni Iria ni Merlina echaron en falta, atareadas en repartir bandejas de frutas escarchadas y mantecados entre los presentes.

Desde el centro de la escena, Juan Mazurca anunció el que en su opinión sería un espectáculo memorable, digno del más noble teatro de la capital. No pierdan de vista sus vasos vacíos, insinuó, porque pronto podrán brindar por la Navidad. Las pisadas del viejo retumbaron en los travesaños de la escalera. Poco después apareció en la sala con aires de santón turco, acompañado de dos bultos cubiertos por una sábana que colocó sobre una mesa de madera. Discuten todas las noches, anunció con voz de trueno. Les reto a que alguno de ustedes consiga hacerlas entrar en razón. El anciano destapó de un tirón el primer bulto dejando al descubierto las cabezas de dos mujeres de aspecto decimonónico, tocadas con un sombrero de gasa fina que velaba sutilmente su rostro de metal. Parpadearon espasmódicamente antes de iniciar un diálogo absurdo en el que no parecían hallar acuerdo. La voz brotaba con dificultad de aquellos labios de hojalata, pero tras un carraspeo de fuelle sobre cascotes, el timbre se afinó hasta alcanzar la agudeza de dos adolescentes parlanchinas. El público aplaudió el número con entusiasmo y el quincallero detuvo la ovación con la palma extendida. ¿De verdad se creen que he venido hasta aquí para mostrarles esta gazmoñería?, bramó. El autómata que van a ver ahora ha emocionado a reyes y generales y hasta logró ganarle una partida de ajedrez al mismísimo Napoleón Bonaparte, que a punto estuvo de encerrarlo en una

mazmorra parisina de pura rabia. Lo ideó un relojero francés con lente de orfebre llamado Jacques de Vaucanson y esta noche va a interpretar para todos ustedes una sonata pastoril.

El quincallero voló la tela y un hombre mecánico de mediana estatura arrancó una exclamación. Su rostro era un conjunto armónico de membranas de hojalata, aguda la nariz, curvos los labios, el pecho discretamente atlético que parecía agitarse a cada inspiración de unos pulmones imaginarios; todos sus movimientos delataban una estructura de engranajes bien articulados. El autómata fijó sus pupilas de cristal en los presentes, a los que pareció escudriñar desde su iris bellamente moteado, esbozó algo parecido a una sonrisa y alzó con donaire una flauta travesera colocándosela a la altura de los labios. Sopló entonces y del instrumento brotaron las primeras notas de una tonada que erizó la piel de los aldeanos. Su cuerpo acompañaba la melodía arqueándose o extendiéndose según el compás requería, izándose de puntillas sobre unos dedos brillantes como dedales. Tocó tres piezas que los dejaron transidos de emoción y hasta don Serafín se preguntó con los ojos llenos de lágrimas si aquel engendro sería un sacrilegio o un enviado de los cielos. Cuando hubo concluido su concierto, el autómata depositó su flauta junto a las cabezas parlantes y agradeció el encendido aplauso con una reverencia. El quincallero le colocó entonces una botella de vino en la mano derecha y el flautista, siempre gentil, comenzó a llenar las copas de los asistentes. Servía el vino mirando fijamente a los ojos del agasajado en un gesto reflexivo que denotaba inteligencia. Las muchachas de la Generala devolvieron nerviosas la sonrisa, Celestino lloró embargado por la emoción, los niños acariciaron su rostro con las manos pegajosas de azúcar y Aurelia rechazó el vino discretamente. Al acercarse a Mazurca, el autómata clavó sus pupilas agradecidas en los ojos del anfitrión y este le devolvió una mirada codiciosa que le provocó un temblor de tuercas a la altura de las rodillas. Cuando los aldeanos se retiraron comentando los pormenores del prodigio y solo quedaban en la sala el rumor de los aplausos y varias decenas de copas vacías, Juan Mazurca se apostó junto al anciano que empaquetaba sus bártulos con manos lentas. Le preguntó si estaba satisfecho con su parte de la ganancia y al responder el viejo afirmativamente, le ofreció duplicar sus beneficios a cambio de un pequeño regalo. Estoy seguro, dijo, de que será usted comprensivo.

El quincallero abandonó la aldea al amanecer. Los pescadores que le vieron estibar la mercancía en su barca le saludaron con un gesto de admiración que el viejo correspondió con cansancio. Celestino acudió a despedirle con las manos metidas en los bolsillos del mandil mugriento y una sonrisa bobalicona. Ahora ya sabes, un poquito de grasa de vez en cuando y volverá a ir como la seda, le aconsejó el

quincallero mientras afianzaban la carga con un par de correas cruzadas. Al soltar amarras una ola zarandeó la chalana haciendo que la cabeza del autómata asomase tímidamente por la boca del saco. Abrió los ojos de cristal, ahora opacos, y contempló, con una mirada que a Celestino le pareció infinitamente triste, el perfil de la aldea desde la lejanía. Horas más tarde Juan Mazurca irrumpió en la taberna con una pierna de metal acoplada a su muñón, gritando exultante que aquella ronda corría de su cuenta.

AL AMA LA ENCONTRARON MUERTA sobre el canasto de la ropa sin planchar. La descubrió Merlina cuando se disponía a arrojar al cesto un revoltijo de sábanas recién recogidas del tendal cuyo aroma a espliego no logró disfrazar el olor nauseabundo de la muerte. Contempló la imagen de la mujer rígida como una urraca coronando el montículo de ropa blanca y, aunque no podía ver su rostro hundido entre los lienzos, reconoció en su melena cana desparramada sobre una bata negra a aquella hada oscura que parecía haberse estrellado contra una colina nevada durante su último vuelo.

La enterraron al día siguiente y no lo hicieron aquella misma tarde porque Merlina intercedió en su favor alegando que todo ser humano tiene derecho al menos a una noche de velorio. La amortajaron con el traje de los domingos, un vestido oscuro ornado con una pequeña filigrana dorada en el cuello, y esa breve concesión a la coquetería le produjo a Merlina un abatimiento más doloroso que la muerte. Sintió compasión por aquella mujer que había perdido su posición en la casa pero también en el mundo, convertida en una sombra que vagaba por los pasillos en busca de algo que nadie consiguió averiguar. Quién sabe cuántos días llevaba allí muerta, rígida sobre la blandura como un pájaro extraviado buscando la nieve.

Quemó incienso para disimular el olor a putrefacción y dedicó toda la noche a pensar en ella, en la casa, en su propia vida. Iria apenas la visitó diez minutos después de la cena, el tiempo justo de persignarse con un mohín de disgusto y retirarse musitando una disculpa a la alcoba de Teresa. Desde que la maestra había llegado a la aldea, Iria la seguía a todas partes como una abeja obstinada. Al principio trataba de captar su atención haciéndole mil preguntas que la mujer respondía sin levantar tan siquiera la vista del libro. Más tarde halló la fórmula perfecta para asegurarse su compañía y fue así como se convirtió en su asistente en la escuela durante las horas prácticas que la maestra impartía por las tardes. Salían con los muchachos a pasear por la montaña en busca de minerales, al bosquecillo para recolectar hojas de árboles y arbustos o al puerto, donde aprendían sobre el terreno los fundamentos de la navegación. Iria la seguía sosteniendo los mapas, llevándole los cuadernos y anotando todo lo que Teresa Valero le indicaba con un gesto locuaz. En correspondencia, la maestra le daba

clases particulares a la hora de la siesta porque, según parecía, a Iria le interesaba muchísimo la literatura y el arte y hasta la historia natural, y de todo ello leía por las noches hasta caer rendida sobre los libros que Teresa le prestaba, secretamente halagada por el afán de aprendizaje de aquella pupila tan entregada. La belleza, le dijo alguna vez, es enemiga de lo inmarcesible, no lo olvides. E Iria apuntaba en un cuaderno aquella palabra que no había oído en su vida y que más tarde buscaría en un diccionario que la propia Teresa le había prestado para que cada día aprendiese un nuevo término, una nueva manera de nombrar lo amado: petricor, sotavento, cenotafio. A Mazurca esto no le hacía ninguna gracia. Se lo había dicho así, ni pizca de gracia me hace que pierdas tanto tiempo con esa señora con todo lo que hay que hacer en el hostal, pero Iria le había sonreído con esa ingenuidad suya, como de ángel, y Juan, que estaba loco por ella, la había dejado hacer muy a su pesar. Sentía celos de la maestra. La última vez que cenaron juntos quiso hacerse el listo y Teresa Valero lo puso en su sitio desmintiéndole delante de Iria. Eso a Juan no le había gustado nada, acostumbrado a llevar la razón y conseguir todo lo que se le metía en la mollera. Por eso se empeñaba en conquistar a Iria, porque se le resistía, que si no ya se habría olvidado de ella porque nada tenían que ver; una siempre en las nubes y el otro con los pies enterrados en el suelo. Le compró al quincallero la pierna del músico mecánico pensando que eso le gustaría, pero ella se había burlado de su ocurrencia. La noche anterior aquel flautista les había dejado mudos de asombro y ahora Juan se paseaba con su pierna, que chirriaba al caminar de una manera espantosa. Este no sabe tocar ni el tambor, le comentó Iria ahogada de la risa. Y a ella le había dolido que hablase así de Juan, que bastante desgracia tenía con haber perdido una pierna en la guerra. Además, pensaba Merlina, a ella no le disgustaba el patrón. Era un hombre rudo, pero tenía un brillo en la mirada, algo de niño ambicioso, un poco botarate. Le gustaba su pelo rubio, sus manos duras, su espalda ancha. Le atraía su voz deshilachada y hasta el olor a tabaco y sudor que le cubría como un abrigo gastado por el uso. Pero él no veía más allá de los ojos de gata de Iria. Parecía que hubiese bebido la pócima de su perdición y que nada más le cupiese en aquella frente despejada que él se empeñaba en nublar. Ni el hostal –que empezaba a sufrir pérdidas–, ni la muerte del ama, ni ella. Mucho menos ella, que solo era la sombra de una sombra para él.

Merlina se durmió al alba, cuando los cirios que había prendido alrededor del ama se derritieron por completo sumiendo el cuarto en una tiniebla azulada. La despertaron los mozos que venían a recoger el ataúd para transportarlo al cementerio. Le pidieron las dos monedas convenidas por adelantado. Los muertos pesan más a la ida que a la

vuelta, le dijeron.

CELEBRÓ LA NOCHEBUENA en casa de Aurelia y el fin de año en la pensión de la Generala. La muchacha lo invitó fingiendo desapego mientras amasaba un pan de pasas; aun así, el capitán dedujo que iba por buen camino. Durante días buscó en el mercado los mejores géneros, ensayó salsas, desempolvó los recetarios que su madre guardaba en un anaquel de la cocina e hirvió unos frutos semejantes a guijarros conservados en un tarro desde tiempos inmemoriales que, al contacto con el agua, se desgajaron de su cáscara de piedra mostrando una semilla azul, carnosa y dulce. Cuando finalmente se sentaron a la mesa aquella noche, Selva y Golondrina admiraron a la luz de las velas el resultado de tan laboriosa tarea: un pavo horneado relleno de uvas de espino blanco, castañas confitadas, semillas en almíbar, besugo en salsa de cítricos, pastel de carne con higos y nueces y una hogaza de frutillas, redonda e inflada como la que su padre acostumbraba a amasar en aquellas fechas. El capitán aportó dos botellas de *champagne* francés, aunque solo bebieron la mitad de una de ellas, ya que, a la segunda copa, Selva estalló en sonoras carcajadas diciendo que aquel bebedizo le llenaba la boca de abejas. Aurelia consintió en hacer un brindis en honor a su hermano y durante toda la velada se mostró afable, alegre incluso, entre la que parecía su nueva familia. Al final de la noche, Selva cayó rendida en el escaño de madera que habían colocado junto a la lumbre. Golondrina les habló de una isla cuyos habitantes vivían desnudos, sin más protección contra el frío que la grasa de león marino con la que untaban sus cuerpos. Aquellos hombres y mujeres eran tremendamente fuertes, capaces de arrancar un árbol con una sola mano o desviar el cauce de un río a fuerza de empujar la corriente con sus brazos. Entre las gasas del sueño, Selva percibía los acordes de su voz avivando las brasas. La barba iluminada por el fuego, los ojos de un verde líquido, el semblante sosegado. El capitán se había convertido en un pescador. Sin embargo, pervivía en su voz un tono intrépido, un deje extranjero, y en ese resquicio Aurelia entreveía una puerta abierta a la intemperie. A la huida.

Al arrullo del sueño de Selva, que se había quedado dormida sobre el escaño, la muchacha quiso compartir con él las viejas fábulas de su madre: el niño perdido, el bosque inexpugnable, el pez dorado. Hacía tanto tiempo que no aireaba aquellas joyas que le pareció que la ceniza de los años había mermado su fulgor. Golondrina recibía aquel tesoro con templanza, callado. Cuando le describió la escena del molinillo rojo, sepultado bajo el mar sin renunciar a su infinita molienda de sal, el hombre acarició una de sus manos. Aquel contacto ínfimo saltó por los aires como la pavesa que prende un bosque en mitad de la noche. Aurelia no interrumpió su relato y solo un oyente

muy atento hubiese detectado la mínima quiebra que se produjo en su voz en el instante en que la mano de Golondrina cubrió por fin la suya con naturalidad, como quien regresa al nido después de un largo viaje. Selva sonrió dormida. En aquellos momentos la muchacha creía ver un caballo blanco, un esbelto y soberbio caballo que corría libre por la playa y que de cuando en cuando frenaba su carrera para beber agua salada. Hundía su hocico en la espuma del mar y esperaba a que una ola le colmase las fauces. La saliva de Tomás Golondrina también sabía a sal. Eso fue lo primero que pensó Aurelia cuando el hombre la besó con un movimiento lento, como de otro tiempo.

LA VERDADERA SORPRESA de la fiesta de fin de año llegó del brazo de Teresa Valero. La maestra apareció en casa de la Generala disfrazada con un frac *belle époque*, el pelo recogido en un moño apretado que apenas se intuía bajo el sombrero de copa, un pícaro lunar pintado sobre la mejilla derecha, casi en la frontera con la boca, y un bastón plateado que batía en el aire como un relámpago. La acompañaba una sensual *cocotte* a la que nadie reconoció hasta que Michelle interrumpió la marcha turca que interpretaba al piano para gritar: ¡pero si es Iria! La joven lucía un vestido color uva festoneado con pedrería de granates, estola de plumas y unos zapatos de seda púrpura que se balaceaban como dos copas de vino en perfecto equilibrio. Sobre el cabello, una tiara refulgía a la luz de los candelabros que la Generala había dispuesto alrededor de toda la sala. El rostro de Juan Mazurca se contrajo al contemplar la extraña luz que irradiaba la pareja, entre lo bello y lo diabólico, y a punto estuvo de dejar caer la copa que sujetaba con flacidez. Hacía un par de horas que se había despedido de sus huéspedes, a los que había ofrecido una cena de fin de año correcta pero sin grandes dispendios, y lo que menos esperaba era la irrupción de Iria en aquella fiesta a la que él no la había invitado. Desde hacía meses la muchacha lo evitaba a todas luces, obviaba su presencia con gestos de repugnancia que lo herían profundamente. De nada le había servido la adquisición de la pierna mecánica. Al contrario, aquella muestra de amor había supuesto para ella el fiel retrato de su patetismo. Y allí estaba ahora, pavoneándose del brazo de aquella mujer altanera disfrazada de hombrecito. Odiaba su forma de hablar, las ciudades en las que había vivido, los libros que había leído y que acumulaba en su alcoba, ordenados con escrúpulo de bibliotecaria, de norte a sur, de este a oeste; su cabello de pantera rubia, su voz, sus manos. Pero ante todo detestaba aquella manera suya de dirigirse a Iria como a una niña más cuya educación le hubiese sido encomendada. Aunque, para ser justos, había que reconocer que Iria disfrutaba con todo aquello, no cabía duda, jamás la había visto tan risueña como al lado de Teresa Valero. Aquella mujer había conseguido despertarla de su ensimismamiento para

llenarle la cabeza de pájaros, de libros prohibidos que nada bueno debían contener, y ahora la traía a la casa del pecado vestida como una pecadora más, tan hermosa que ganas daban de llorar.

Bailaron, bebieron, rieron, pisotearon anteojos, lunas de espejos caídos en el fragor de la parranda. Bebieron aún más. Teresa se mostraba más traviesa que nunca bromeando sobre lo humano y lo divino sin perder un ápice de su elegancia. Esta mujer, le comentaba en voz baja la Generala al capitán Golondrina en una esquina del salón, es una maga en el arte de caer de pie. Está a bien con el cura y con las putas y nadie es capaz de llevarle la contraria. Veremos si el corazón no la echa a perder.

Michelle improvisó algunas coplillas al piano y las chicas cantaron, robándose el turno unas a otras, estrofas sicalípticas que les chisporroteaban en los labios ebrios de *champagne*. Teresa reía con desparpajo paseándose entre los grupos de invitados, dueña de la palabra precisa que les hacía perder la compostura, que a esas horas solo era una piel muerta agonizando entre fragmentos de cristal. Aquella era su noche. Alzaba la copa permitiendo que las velas repasasen con un dedo de luz el borde del cristal y brindaba por todo lo bueno que habría de traerles mil novecientos cuarenta y cinco. Por el fin de la guerra entre los hombres y por el amor de los adolescentes, gritó antes de caer de espaldas sobre un sofá, burlándose de su propia torpeza. Pero nadie se asombraba ya por la pérdida de equilibrio de los cuerpos o los discursos incomprensibles. El alcohol enturbiaba la mente y enredaba las manos, los pechos, las piernas.

Mazurca había intentado bailar con Iria en varias ocasiones, pero la muchacha le había rehuido pretextando otra petición, una sed repentina o un vahído que le impedía ponerse en pie. Finalmente aceptó, compadecida de aquel pobre hombre que enjugaba obsesivamente con un pañuelo las gotas que le corrían por la frente.

Michelle interpretó un vals que Mazurca acometió con tal vehemencia que a los tres compases bloqueó su pierna mecánica en una postura que no fue capaz de doblegar. Continuó bailando cada vez más tenso, la frente y las manos chorreando sudor, arrastrando a trompicones a Iria, que no lograba disimular su repugnancia. Un chirrido subrayaba cada movimiento de aquella marcha abrupta de zancudos. La pierna del autómata no había sido concebida para la danza sino para una sujeción estática durante la ejecución de las piezas musicales, y aquel torpe pataleo que nada tenía que ver con el vals lo ponía en evidencia. Antes de que Michelle concluyese la melodía, Iria, incapaz de soportar un instante más el contacto con aquella mano húmeda, le apartó bruscamente provocándole un desequilibrio que le hizo trastabillar unos metros hasta caer de bruces a los pies de un sinfonier. Todos rieron el desvarío, que achacaron a la

borrachera, pero los ojos de Juan Mazurca brillaron de rabia. Trató de incorporarse por sus propios medios y, al no conseguirlo, de nuevo hubo de humillarse aceptando la mano que le tendía desde su altura bien aposentada Tomás Golondrina. Una vez erguido, se despidió de la Generala y de algunos invitados, apuró su copa de un solo trago y se fue dando un portazo en el que nadie reparó tras dirigir una última mirada de rencor a Iria y a Teresa, que en ese momento improvisaban un charlestón. Nadie se fijó en su figura renqueante adentrándose en la oscuridad del puerto, ni en aquella soledad mohosa que desde hacía algún tiempo padecía en silencio, porque todos se habían entregado a la catarsis colectiva de la pólvora y el carmín. Saltaban los pechos en los corsés, los hombres hacían competiciones de resistencia etílica y los muslos de las chicas de la casa volaban como bengalas sobre el piano. El confeti estallaba sobre los invitados, despeinados y torpes esbirros de la parranda, animándolos a girar como trompos en una danza atroz que mareaba más que el licor. La noche se había atrincherado allí dentro dando rienda a todos sus demonios, y aquel infierno lúbrico le pareció a Mazurca la trastienda más roja y sucia del paraíso.

TAMBALEÁNDOSE SOBRE LA ALFOMBRA de cristales pulverizados y botellas decapitadas, algunos hombres se retiraron a los cuartos de las muchachas con las que poco pudieron hacer salvo dormir la borrachera. Tomás Golondrina se fue sobrio y solo a la cama tras darle un abrazo a la Generala y desearle al oído un feliz año nuevo. En unos minutos el torbellino se dispersó y la sala se quedó vacía, silenciosa. Hundida en el sofá de terciopelo rojo, Teresa Valero yacía sujetando la copa de *champagne* con una mano desmayada y la sonrisa velada por el alcohol. A su lado, Iria. Más despierta que nunca. Aprovechando aquella tregua observó a la maestra con un detenimiento que nunca se había permitido. Su frac había cedido a los desmanes de la jarana y la pajarita había desaparecido junto a los primeros botones de la blusa dejando al descubierto una piel rosada, salpicada de pecas. Deslizó su dedo índice por la abertura y acarició un centímetro de aquella piel uniendo con su yema los lunares en una línea invisible. Ascendió con lentitud hacia su cuello, más suave de lo que había imaginado durante las largas horas dedicadas a espiar a la maestra en cada uno de sus quehaceres, y de ahí trepó hasta coronar sus labios, que parecían latir bajo la mancha corrida del *rouge*. La frontera, pensó. Izó entonces su cuerpo en el aire y se dejó caer suavemente sobre ella. Permaneció así un largo rato, sintiendo bajo su pecho el bombeo de otro corazón, aspirando profundamente el aire que la mujer exhalaba, codiciosa como la niña que nunca había dejado de ser. Cuando la maestra entornó los ojos, los labios de Iria ya se habían hundido en los suyos y el pez de su lengua buceaba entre ambas bocas con soltura. Loco, loco

pez. A pesar del frío invernal de la madrugada, Teresa Valero sintió un ardor de juncos trepándole los muslos. Las manos de Iria eran ahora dos ascuas inventando caminos, arañando, ariscas, su espalda en una caricia tan intensa que rozaba la tortura. Mordía con avidez aquellos senos rematados por unos diminutos pezones que abrían la brecha del placer.

Tal vez Teresa Valero, sabia en los desafueros de la pasión, fue consciente del abismo al que se precipitaban envueltas en los ingenuos oropeles de sus vestidos de fiesta; dos princesas rebeldes que huyen de palacio sin tener la menor idea de dónde acabará la fuga. Pero la maestra no pudo o no quiso detener la caída, porque a esas alturas Iria lo cubría todo con unos besos furtivos, impetuosos y desgarrados besos de adolescente, a cuya llamada acudía, servil, la sangre. Se dejó arrastrar hacia una alcoba vacía, ebria de aquella mujer que forcejeaba entre los pliegues de su vestido, hasta caer desnuda sobre una cama que gimió bajo el peso de sus cuerpos. Ya no hay vuelta atrás, debió pensar la maestra. Al otro lado de los cristales afloraba el pálido vaho del primer día del año.

EL CORDEL SE MOVÍA con lentitud desde hacía meses y a Aurelia le costaba interpretar aquella monotonía repentina de la que, en el fondo, se sentía culpable. Por primera vez desde que Valentín se embarcara rumbo a América, la muchacha había descuidado sus obligaciones. Se demoraba en el telar, nunca encontraba el momento de cardar la tierra e incluso había llegado tarde en dos ocasiones al cambio de ovillo que permitía a la bobina seguir girando. Selva observaba intrigada el devenir sonámbulo de la muchacha por las estancias de la casa, sus misteriosas ausencias, que a veces duraban horas, de las que regresaba con la mirada perdida, levemente tiznada de verde. Y, aunque intuía que el capitán Golondrina tenía algo que ver en aquel súbito cambio de actitud, nunca se atrevió a preguntarle si era el amor el motivo de aquella apatía o un simple devaneo melancólico causado por el cambio de estación.

A la hora de la siesta el capitán esperaba a Aurelia en su barca, amarrada en la zona más recóndita del puerto. No fue fácil convencerla de que aceptase navegar. Ella le contó que siendo niña un adivino le había vaticinado que moriría en el mar una noche veraniega de luna llena y, pese a que tan solo estaban a las puertas de la primavera y el sol lucía, níveo, sobre sus cabezas, no conseguía desterrar de su mente aquel temor primigenio a todo lo que no fuese tierra firme. Solo quiero enseñarte la cala más bella de la comarca. Allí no existe el miedo, susurró Golondrina.

Al primer contacto con la ingravidez de las aguas Aurelia se agarró instintivamente a los baos de la barca, muerta de un miedo tan antiguo como su propia voz. El capitán remaba con calma al tiempo

que, por distraer su miedo, le relataba la historia de la bella Lorelei. Cuando llegaron a la pequeña cala de corales blancos Aurelia supo que aquel lugar la esperaba desde hacía mucho tiempo, antes incluso de su nacimiento o del nacimiento de su propia madre. Apretó la mano de Tomás Golondrina, que reposaba a su lado sobre la loma suave que los corales oponían a la lengua de mar. El sol tibio del mes de marzo encendía un resplandor de cal sobre los fósiles que los obligó a entornar los ojos y, al hacerlo, la muchacha presintió el rumor de algo inaudito, un milagro que solo podía ocurrir allí y del que ellos apenas serían una sombra.

Se besaron sin tiempo en aquella playa que Aurelia bautizó como Cala de Nieve, el rumor pacífico del océano como único testigo de unas caricias cada vez más audaces. Regresaban al atardecer con la prudencia de no adentrarse en la zona más concurrida del puerto sino en una de sus estribaciones naturales, donde Aurelia descendía de la barca con el pelo enredado por el viento y los pechos doloridos. Por la noche la muchacha descubría en su piel señales inequívocas del roce de otro cuerpo. Su aliento, la vibración de aquellos labios mordiendo los suyos, la presión delicada de unas manos alrededor de su cintura. Si el insomnio se le hacía insoportable, envolvía su cuerpo en una manta y cruzaba la huerta en mitad de la noche para adentrarse en la soledad del granero, donde la bobina agonizaba en un tímido rodaje. Si Valentín se hubiera quedado aquí se habría enamorado de Selva, lamentaba al contemplar el cuerpo negro y brillante de la muchacha bañándose en un balde. Habrían llenado la casa de hijos fuertes y hermosos y yo no tendría que seguir atada a la rueca para no perderle. ¿Por qué se demora tanto?

La respuesta llegó dos días más tarde entre cajas de jabón de coco y aceites perfumados. Sin previo aviso, una silueta familiar quebró la planicie del horizonte marino una mañana de mayo, apenas unas semanas después de que la prensa anunciase el final de la guerra europea. Alguien gritó: ¡Es el Buenaventura!

Más de un centenar de personas acudieron a recibirlo. Algunos esperaban desde hacía meses el final de la guerra con la esperanza de que sus hijos regresasen a casa, tal y como les habían prometido en las cartas que sobrevivían al maltrato de los paquebotes del correo. Aurelia buscó inquieta el rostro de su hermano entre aquellos otros dorados por el sol que descendían decenas de baúles atados con una cuerda por la pasarela del barco. Se asomaban a la baranda de hierro, buscaban ansiosos los ojos de quienes también les aguardaban y, cuando sus miradas se cruzaban brevemente, agitaban los brazos y corrían a tierra firme en busca del abrazo prometido. Lanzaban vítores, gorras, pañuelos al aire, reían y apretaban a los niños contra sus pechos, pero ya no eran los muchachos imberbes de unos años

atrás. En su piel curtida se superponían las penurias de la plantación, las noches en vela de los cuartos compartidos en pensiones decrépitas, los trabajos del sustento; cicatrices que más adelante secarían al calor de la lumbre, cuando llegase la hora de hacer recuento de todo lo perdido, pero que ahora no querían sacar a relucir, para qué arruinar la alegría.

De los cuarenta muchachos que partieron rumbo a América al acabar la guerra civil solo regresaron veinte. Doce murieron insolados en Cuba durante la primera campaña del azúcar en la plantación de Nicanor Romero; uno se embarcó como polizón en un barco de café que se hundió a los pocos minutos de zarpar del puerto de la Habana; los restantes decidieron continuar la aventura americana escondidos entre los sacos de guano de un mercante que los condujo a la ciudad de Buenos Aires, donde, tras merodear varios días por las oficinas de Retiro, consiguieron trabajos de diversa índole. Poco más les contaron sobre Valentín y Samuel los muchachos que regresaron a su hogar a bordo del Buenaventura. Hacía meses que Esperanza no recibía carta de su hijo y Aurelia solo podía recurrir a la interpretación del hilo. Los chicos cargaron las maletas sobre las carretillas que sus padres habían rodado hasta el puerto, riendo y desgranando el relato de la gran aventura al que habrían de volver tantas veces a lo largo de su vida. Aurelia emprendió el camino a casa y, aunque Esperanza trató de acercarse a ella, la muchacha evitó su mirada dejando claro que aquella lluvia del pasado no había escampado en su memoria. Se alejó del puerto en silencio sin reparar en las espumas de papaya y las pastillas de jabón oloroso cuyas virtudes pregonaban los tratantes desde sus tenderetes. Selva, en cambio, se perdió entre la muchedumbre dispuesta a probarse todos los afeites y a enjuagar su boca con los colutorios de hierbabuena que los vendedores ofrecían en vasitos de papel a cambio de unos céntimos. Regresó a casa a la hora de comer, envuelta en una miscelánea de perfumes, junto a un hombre pelirrojo de pequeña estatura y espalda musculada que se presentó como Orsini. Aurelia se quedó clavada en el umbral de la puerta, observándole con los ojos desenfocados por el cansancio. El hombre se secó el sudor de la piel encarnada y le sonrió con franqueza. Estoy buscando a la hermana de Valentín, dijo. Soy yo, respondió Aurelia, lacónica. Y un segundo después le preguntó con los pies muy juntos si su hermano había muerto, algo que Orsini se apresuró a negar.

Está tan vivo que se casará dentro de unos meses. Espera un hijo.

Aurelia sintió que su cuerpo se desmoronaba como una montaña de turba. Respiró hondo y, apartándose brevemente del vano de la puerta, musitó un «pase, por favor» con el corazón oprimido aún por el peso de sus palabras. Un hijo, pensó. Un hijo.

Orsini les contó entre trago y trago que había conocido a Valentín

una tarde de invierno en la plaza Dorrego. Marcaba los ocho pasos del tango con más arte que los porteños y eso le hacía gracia a la gente de San Telmo, porque no era cosa común ver a un gallego dándoselas de compadrito, así que le arrojaban algunas monedas al sombrero e incluso alguna vez habían invitado a toda la barra a un asado en un conventillo del barrio. Después del baile nos íbamos juntos al café de la plaza a gastarnos lo que nos quedaba de la paga semanal en unos traguitos, y allí fue donde Valentín conoció a Elena. Al principio le costó acostumbrarse a no cambiar de pareja de baile cada semana, pero ahora están felices, créame. Tendría que verlos pasear de la mano por las calles de San Telmo, la parejita de oro, les dicen. Se casan en Buenos Aires dentro de poco, ya tienen apalabrado un departamento en el barrio, nada lujoso, no vaya usted a creer, que allá las cosas no son como hace años. Me manda a decirle que tome usted el Buenaventura de regreso a la Argentina, llegará a tiempo a la boda y puede quedarse a vivir allá, con ellos. Aquí me envía precisamente el pasaje y la invitación internacional.

Se limpió la grasa de las manos en el mantel y hurgó en un bolsillo de su chaqueta del que extrajo un billete sellado por la Compañía Transoceánica Argentina que dejó sobre la mesa, entre dos pedazos de queso y una jarra de vino tinto. Selva lo miró con un temblor de ala entre las manos. Era azul como las pupilas de los muertos vivientes de su isla, como el anillo que su tío la obligaba a besar antes de dormir.

Dígale que no puedo irme, contestó Aurelia esforzándose por alzar su voz hasta el límite de lo audible. Tengo una cosecha por recoger en la tierra de nuestros padres. Si me voy, se arruinaría. Felicítele de mi parte por su matrimonio. Supongo que no piensa volver nunca más.

El tratante la miró con una mezcla de compasión y extrañeza. Le dolió confesarle que nunca le había escuchado a Valentín una sola palabra sobre la posibilidad de volver a su aldea. Allí le va bien, compréndale. Sin riquezas, pero también sin necesidades. Cuando has abierto los ojos al mundo es difícil caminar hacia atrás.

Orsini extrajo un nuevo sobre de la pechera, sobado y roto por una esquina, doblado varias veces sobre sí mismo. Valentín me lo advirtió. Me dijo: Orsini, mi hermana es muy testaruda, no será fácil convencerla. Si se niega a viajar, al menos entréguele este sobre. Dentro le envía el dinero del pasaje para que disponga de él como prefiera. También hay una carta. No sé leer, mintió Aurelia, y el dinero se me pudriría en los cajones. Devuélvaselo usted y dele las gracias. Ahora que va a ser padre lo necesitará más que yo. ¿Quiere usted que le lea la carta? No, respondió ella poniéndose en pie. Es mejor así.

El hombre se levantó de la silla. Sudaba copiosamente y al contacto con sus dedos la carta se reblandecía. En un último intento de hacerla

entrar en razón objetó que era posible que los piratas le robasen el dinero durante el viaje de regreso; traerlo íntegro hasta la aldea le había costado noches de insomnio vigilando los movimientos del resto de los pasajeros. Había dormido con él bajo la almohada y por el día lo llevaba pegado a su cuerpo como una segunda piel.

En ese caso, tírelo al mar, resolvió Aurelia desde la puerta. Los peces se lo agradecerán.

UNA MAÑANA LA PANTALONES anunció a sus alumnos que iba a hablarles del Japón. Dibujó en el encerado un contorno alargado que a unos les recordó a la vaina de los guisantes, a otros el cuerpo espigado de los muiles, pero que nadie recordó haber visto en un mapa, flotando sobre el océano. Japón, les explicó, es mucho más que ese país lejano que ha perdido la guerra. La isla estuvo cerrada al mundo durante más de dos siglos y cuando abrió sus puertas se golpeó contra un espejo en el que no se reconocía. El tiempo no había pasado igual para todos. Arcos contra balas: dos épocas opuestas y simultáneas.

Durante varias semanas les leyó haikus y tankas alentándoles a que pasearan por el bosque en busca de sus propios asombros; bebieron sorbos de té en las tazas de porcelana con que las niñas jugaban a las señoritingas; reprodujeron a plumilla delicadas estampas orientales de cortadores de bambú y damas de la corte Heian. Como colofón a las que denominó «jornadas orientales», Teresa Valero encargó a las barcazas de los comisionistas de la capital una resma de cartulinas de colores con las que pergeñaron hermosas grullas a base de dobleces. Guardad bien estas aves de papel porque dentro de unos años os recordarán vuestra infancia, les alentaba. Nunca volveréis a ser tan libres de pensamiento como ahora. Y pronunciaba estas palabras con un deje melancólico, como si pudiera viajar al futuro y observar el pueril discurso de sus vidas desde esa atalaya, la sucesión de renuncias, la merma de horizontes.

Iria también hizo su grulla con una cartulina azul aguamarina, que era el color de los ojos de Teresa, el mismo que reflejaba la piedra ovalada de su anillo cuando la besaba ante el mar. Hacían el amor durante horas. Cerraban juntas la puerta de la escuela y fingían despedirse, pero esto solo era una treta para despistar a posibles curiosos, porque poco más tarde ascendían por caminos paralelos a la cueva del bandido y allí pasaban el resto de la tarde al calor de los cuerpos, que se buscaban con ansia en cada encuentro, el furor del mar escarbando la piedra allá abajo. Una manta y una almohada robadas al hostal, de cuya ausencia Merlina había sido testigo silencioso, y un pellejo de vino relleno de agua de té era todo cuanto necesitaban dentro de la covacha. Iria reposaba la cabeza en el pecho de Teresa y escuchaba durante horas el bombeo de su corazón ligeramente destartalado, apresurado a ratos; cada tres latidos un

ligero redoble revelaba una fragilidad que le hacía amarla con más fuerza. No hablaban de futuro. Sabían que de hacerlo dejarían de vivir el presente, y ese era su único territorio. Los muslos de Iria deshaciéndose entre las caderas de Teresa, los labios cubiertos de una fina costra de sal, los pechos al abrigo de una mano, la humedad en que se traduce el deseo. Todo lo que cabe en una gruta de apenas un metro de altura.

A sus pies, más allá de las huertas y de los muros de piedra que dividen los sembrados, más allá de los prados donde pacen las cabras huérfanas y las mulas más tercas, la aldea encendía sus primeros candiles. Ese crujido rompía el encantamiento de la cueva empujándolas de regreso al hostal, a la insípida cena. Mazurca las miraba torvamente. Hacía meses que apenas les dirigía la palabra y, si lo hacía, sus monosílabos tenían un regusto amargo que solo Merlina pasaba por alto. No se lo tomes en cuenta, mujer, mediaba con Iria mientras recogía la ropa del tendal. Es por culpa de la pierna. Pero ella sabía que no era cierto o, al menos, no del todo. Más de una vez había descubierto a Juan espiándola tras las rendijas de las puertas, revolviendo sus cajones en busca de indicios de algo a lo que aún no acertaba a poner palabras. Mazurca sabía que Iria se alejaba de él, de la casa, de su propia familia a la que hacía meses que no visitaba, y no cabía duda de que la llegada de la maestra había sido el detonante de esa actitud indolente. Aunque le guardaba rencor por la escena de la fiesta de fin de año, el deseo permanecía intacto, palpitante como un tumor al límite de su resistencia. Habría dado media vida por un momento de intimidad con aquella mujer a la que ya no osaba acercarse porque entre sus cuerpos planeaba la sombra perenne de una advenediza empeñada en protegerla de algo o de alguien, tal vez de él. Siempre la Pantalones, como la llamaban los críos. Merlina, en cambio... Tomaba la alcuza con cuidado y engrasaba las tuercas de su pierna con una paciencia que lo enternecía. Los días de lluvia ya ni siquiera salía a la calle y, aun así, la humedad del aire bastaba para que la articulación se agarrotase antes de dar diez pasos. Sonaba entonces aquel chirrido obsceno que delataba su presencia al otro lado del agujero perpetrado en la pared del baño e Iria le daba la espalda muerta de vergüenza.

A la hora de la siesta Mazurca cruzaba ante la puerta de Merlina y por un instante vacilaba. Casi podía oír cómo la muchacha se desataba el cabello dejando caer aquella nube rojiza sobre sus hombros, impregnados de un sudor fresco que olía a hiedra y a humedad. La duda ralentizaba sus pasos acelerando el ritmo cardiaco de la mujer, las manos apoyadas contra el tabique en un intento sordo de averiguar cuán cerca estaba Mazurca de girar el pomo y el discurso de la historia, pero la esperanza agonizaba al fin como una estrella fugaz en

las sombras del pasillo cuando él reanudaba la plegaria del óxido de camino a su cuarto. Solo.

ANTES DE SOLTAR AMARRAS, Aurelia creyó ver a don Heliófilo observando el eclipse de luna con su telescopio en el rincón más sombrío del puerto, una estampa poco común en los últimos años que, sin embargo, no le extrañó. Que los eclipses propiciaban lo extraordinario era un hecho aceptado en la aldea desde el tiempo remoto en que los pescadores se encerraban en la iglesia buscando un refugio a la ira de Dios, que bien podía asperjar una lluvia de guijarros incandescentes o envenenar a los peces tiñendo las aguas de un púrpura maligno según le dictase su capricho.

Cinco cabras abortaron aquel día y dos de ellas parieron prematuramente sendas crías albinas envueltas en una placenta grumosa de leche cortada. El mar amaneció revuelto a causa de un viento temprano que expandió por la aldea un aroma a marisco podrido y don Paco dejó ciego a un muchacho en una operación de retina a causa de un mal pulso. No hubo vino de consagración en la iglesia ni tampoco en la taberna de Celestino. Las calles quedaron desiertas, amparadas en un silencio premonitorio que el viento rompía a ratos zarandeando una veleta o desprendiendo una teja.

A Golondrina no le intimidaron estos sucesos que ni siquiera relacionaba, como tampoco lo hicieron los tres pájaros muertos que se desplomaron sobre el suelo de la plaza provocando el llanto histérico de una anciana. Lo que los aldeanos señalaban con el dedo como prueba irrefutable del poder maligno de los astros era para él pura superstición. Así se lo dijo a Aurelia aquella misma tarde cuando, contraviniendo las normas tácitamente establecidas entre ellos, acudió a su casa con paso despreocupado. No le importaba que los fetos se revolviesen en el vientre de las embarazadas, ni que algunos pescadores asegurasen haber visto un aura rojiza sobre las aguas, porque lo único que deseaba era contemplar junto a ella el espectáculo del eclipse en Cala de Nieve. A Aurelia todo aquello le pareció un desatino. Las noches de eclipse no son para vivirlas a la intemperie, de todos era sabido, pero aquel hombre siempre conseguía llevarla un paso más allá del terreno conocido. Todo lo vivido junto a Tomás Golondrina suponía para ella una revolución interior, una suerte de abismo incómodo y tentador contra el que solo restaba lanzarse sin ambages o aceptar el fracaso, y hacerse a la mar, de noche, bajo el estigma de una luna apocalíptica, supuso una verdadera prueba de fe, un festín peligroso al que Aurelia no pudo renunciar.

Contemplaron la progresiva desaparición de la luna tumbados sobre la loma de corales. La luz era cada vez más tenue y su aliento azulado contagiaba a los cuerpos de un brillo que también era penumbra. El capitán se interpuso entre sus ojos y el satélite menguado antes de que

este se convirtiera en un rasguño. Trepó sobre su cuerpo arrasando con todo lo que ocultase su piel desnuda y ella clavó sus dedos en la nuca del hombre hasta sentir la raíz de su esqueleto. Me gustas así, vivo. Todo ardía aquella noche: el vientre de Aurelia, el sexo erguido de Tomás Golondrina apuntando hacia sus muslos, el silencio calcificado de los fósiles. El hombre la abrazó con tanta fuerza que Aurelia sintió que iba a desmayarse, que aquella punzada no sofocaría al segundo corazón que le palpitaba entre las ingles, dilatado y húmedo. Golondrina lo acarició con el dedo pulgar y el dolor fue cediendo a un placer que hasta entonces había sido clandestino. Soy yo, le dijo, y su cuerpo se abrió camino sin esfuerzo en lo que le pareció una medusa ciñéndose, blandamente, al cuello de su sexo. Aurelia supo que la había penetrado cuando la primera ráfaga de mar le salpicó los muslos. Creyó que eso sería todo, una invasión de la carne que tarde o temprano se bate en retirada, el mecanismo sórdido y desprovisto de interés con que el ganado se perpetúa, pero un temblor interno acompasó sus movimientos a los del hombre, al que recondujo hacia lo más hondo de su vientre, perfectamente acoplados los cuerpos en la búsqueda del placer común. Una marea de imágenes le lamía entrecortadamente los pies: su padre acometiendo a Esperanza en el pajar en la misma postura en la que el perro del médico se afanaba sobre una hembra sin raza de la que no pudieron separarle por mucho que tiraron de sus cuartos traseros; el militar blandiendo con una mano su animal ciego y maloliente; los círculos que las caderas de Selva dibujaban bajo las sábanas algunas noches, aquel gemido ahogado precedido de un olor dulzón que a ella le prendía un ascua entre las piernas que la obligaba a espiarla hasta el final, cuando dos descargas eléctricas sacudían su abdomen y la postraban en una ataraxia de la que Aurelia emergía con los muslos goteando una baba insatisfecha.

La barca se balanceó con fuerza bregando contra el escollo al que estaba amarrada y ella contrajo sus músculos en torno a aquella sensación desbordante que solo le permitió abrir los ojos un segundo antes de estallar. En sus pupilas, la luna manchaba de fósforo la boca del pozo. Respiró fatigada. El aire escaseaba y tuvo la sensación de haber recorrido una gran distancia en muy poco tiempo. Regresó después el sonido incesante de la marea, los corales golpeándose entre sí como piedras de un gigantesco palo de lluvia; regresó también la conciencia del otro y un relámpago de lucidez la traspasó. Dentro, nadie había estado tan dentro, y temió que aquella incursión en su interior le hubiese otorgado a Golondrina el conocimiento absoluto de sus secretos, lo más íntimo y vergonzante, la prueba de su mezquindad. Quizá lo había visto todo de un solo golpe, pensó apretando los párpados, atrapada en aquella desnudez que por

momentos se le hacía insoportable. Incluso la tarde en la que siendo una niña sopesó la posibilidad de arrojar al suelo al bebé lívido que era su hermano entonces. Toda su miseria sería desvelada por aquel hombre que se había empeñado en salvarla de sí misma, en borrar de su frente el estigma que la señalaba como una de esas muchachitas extrañas, sin capacidad de amar ni de ser amadas. Sin corazón.

El capitán recostó la cabeza en su pecho y ella le acarició el cabello con un gesto mecánico. Quizá esto te parezca una locura, pero desearía que de este momento naciese algo nuestro, un hijo tuyo y mío, le confesó el capitán con los ojos aún cerrados. El rostro de Aurelia palideció en la oscuridad como un segundo satélite sin que él percibiese el temblor que le recorría la espina dorsal. Aspiró hondo el aire cálido de la noche y continuó enredando los dedos en sus rizos de ángel, leyendo con las yemas el relieve de su pensamiento, sus ideales románticos de libertad y amor eterno, repitiéndose a sí misma con una certeza entre la decepción y el alivio, que aquel hombre no había desvelado en el fondo de su cuerpo ningún secreto inconfesable; que nada sabía al margen de lo que ella misma le había confesado junto a la chimenea. Que, aunque ya no fuese virgen, todo lo demás seguía intacto.

LA NOCHE DEL ECLIPSE las gallinas despertaron de madrugada y pusieron huevos de un color verde oscuro que los niños lograron abrir a fuerza de golpearlos con una piedra, tan dura era su cáscara. Del óvalo brotó una sustancia pegajosa parecida a la hiel que despidió un intenso hedor a azufre, y don Serafín ordenó sacrificar a las aves y enterrar sus cuerpos a tres metros bajo tierra junto a sus huevos putrefactos. Varios hombres se emborracharon hasta derrumbarse sobre la barra de Celestino cantando en lenguas desconocidas y uno de ellos juró con los ojos desorbitados que era el Cordero de Dios que venía a redimir a los hombres del gran pecado del mundo. Nada de esto contaron al cura, que lo que sucedía en el templo del vino no era asunto del templo de las almas, aunque al día siguiente le aconsejaron al borracho que no se dejase ver cerca de la iglesia por lo que pudiera sucederle. Salvo estos desvaríos de la naturaleza, nada grave aconteció en la aldea aquella noche.

Al día siguiente brilló una luna radiante y muchos salieron a dar un paseo nocturno con la excusa de contemplar la fuerza del plenilunio. Don Heliófilo rearmó su telescopio en el malecón para mostrar a los curiosos los satélites de Júpiter, levemente ensombrecidos por el fulgor de aquella luna sin mácula. También fue visto Juan Mazurca dirigiéndose con su pierna recién engrasada a la pensión de la Generala. Se había corrido la voz de que aquella noche los clientes estaban invitados a vino de yema, una delicia que de vez en cuando un antiguo amante de la patrona le enviaba desde la capital.

Abandonó Mazurca su hostal bajo aquella luna de locos e Iria, que había observado cómo se enfundaba la chaqueta buscando su petaca y su sombrero, caminó de puntillas hacia la habitación de la maestra. Pocas ocasiones tenían de hacer el amor en una cama blanda, envueltas en unas sábanas suaves y perfumadas, y aquella era la noche perfecta. Merlina no le preocupaba en absoluto. Sabía que la muchacha era discreta y jamás la delataría, como tampoco lo había hecho en la infancia cuando encubría sus pequeños hurtos, aquellas travesuras de niña consentida que arrancaba las páginas impares del libro del maestro y le escondía los mapas y las pantuflas.

Estás loca, le reprendió la maestra, sorprendida al sentir el roce de otro cuerpo colándose en su cama. No te imaginas lo que nos podría pasar si nos descubren. No me importa, contestó Iria vehemente. Ya no me importa nada de este mundo. Solo tú.

Teresa Valero tomó el rostro de la mujer entre las manos. Tenía la mirada extraviada, imbuida de un valor nuevo para ella que le ardía en las cuencas de los ojos como una mala fiebre. Sintió vértigo al pensar que había puesto en marcha aquel ciclón que ahora amenazaba con arrastrarla mar adentro, pero era tan hermoso el desgobierno que solo pudo besarla con el ímpetu de una adolescente. Había en aquel gesto un robo de aire que las acercaba a la muerte y ese asomarse a la zanja les devolvía la fe en que la vida era algo más que el paso de los días, tan iguales. Una vez, dos niños estuvieron a punto de descubrirlas agazapadas en el aula vacía. Teresa se excusó diciéndoles que le estaba enseñando a Iria a escudriñar las partículas de oxígeno en el aire y los muchachos se fueron con la mosca detrás de la oreja comentando de camino al puerto lo rara que era la Pantalones, en eso también se notaba que venía de la ciudad.

Me gustaría despertarme a tu lado. Teresa pensó que la frase era ambiciosa, toda una declaración de intenciones. Era la primera vez que Iria ponía palabras a aquel sentimiento que las absorbía como un cenagal. En muchas ocasiones Teresa había tratado de sacudirse aquella pasión perniciosa que podía dar al traste con su misión allí. Se decía entonces, para infundirse ánimos, que no era ese su objetivo; que si había arriesgado tanto había sido para salvar la vida y, de paso, dar alas a aquel puñado de escolares abocados a una existencia mezquina, no para enredarse entre las piernas de una jovencita díscola acostumbrada a sembrar deseo y recoger tempestades. No esperaba darse de bruces contra aquella mujer, ella que lo había abandonado todo en la ciudad, que había quemado las fotos de su última amante, cada una de sus cartas con tal de no dejar huellas, y ahora aparecía esta joven con el cuaderno en blanco, deseando comerse la vida con el mismo desgarro con que le mordía el cuello.

No son buenos esos pensamientos. Teresa hablaba con voz ceniza,

tratando de no levantar el más mínimo viento entre las sábanas. Algún día esto tendrá que acabar, nos estamos buscando la ruina. No viviría en esta aldea ni un solo día más sin ti, repuso Iria, obstinada. Se me caería encima. La casa, las barcas, todo. Y el cojo persiguiéndome con esos ojos de perro en celo... Te juro que me da asco solo de pensarlo. Teresa le tapó la boca con la mano. Calla, no hables así. Te quiere, no puede remediarlo. No elegimos en estos asuntos, somos víctimas, todos lo somos. Nadie gobierna al amor.

Iria la miró con furia antes de saltar sobre su cuerpo. Lo quería todo de ella: su piel, la hondura de sus palabras, incluso aquella grieta de temor en su armazón. Se preguntaba a cuántas mujeres habría amado Teresa Valero, a cuántos hombres, y a cuántos de ellos habría entregado su corazón verdaderamente. Hasta el dolor. Así quería que la amase a ella, sin miedo a las piedras o la excomunión. Y desde ese vendaval buscaba la sombra de su vientre, traspasarla o bebérsela, igual daba. Hicieron el amor toda la noche demorándose en cada gesto, reteniendo el momento del placer solo por alcanzar un placer mayor. Sabían que Mazurca ya estaría borracho a esas horas, derrumbado sobre los sillones de terciopelo de la Generala con una copa en la mano y una muchacha sentada en su única pierna. Cayeron después en un letargo sin toque de queda ni señales de alarma y un magma denso las arrastró, artero, hacia la profundidad del sueño.

Cuando horas después abrieron los ojos el mundo ya había saltado en pedazos. El Reposo de la Sirena se hizo añicos al igual que su vida en la aldea, la escuela, la casa familiar, su buena reputación. Escucharon el estruendo entre la neblina del sueño, una explosión abrupta que las arrancó de sus fantasías particulares para traerlas de regreso a la realidad, esa violencia en la que un hombre bramaba junto a su cama con la furia de un poseído, el cabello revuelto, sus manos crispadas, una cólera imposible de apaciguar inflamándole las venas del cuello. El odio transfigura a los hombres y Juan Mazurca llevaba meses haciendo acopio de pólvora en su pecho. Las insultaba, exhortándolas a salir de su casa, a salir al frío de la calle desnudas como putas, que es lo que eran, directas al infierno sin una sábana que cubriese su vergüenza. Gritaba tanto que algunos huéspedes golpearon las paredes de sus cuartos y otros se asomaron tímidamente a la puerta tratando de averiguar a qué se debía semejante escándalo.

Las dos mujeres le miraban sonámbulas, sin poder mover un músculo. Se habían quedado petrificadas, abrazadas bajo la capa de lava de aquel volcán en erupción que las vapuleaba hacia la puerta. Prefería verlas muertas a que siguieran respirando un segundo más el aire de aquella casa, les imprecaba. Su aliento apestaba a alcohol y la pierna chirriaba más que nunca en aquella danza del odio que le empujaba de un lado al otro del cuarto. Por fin, Teresa Valero

reaccionó y lo hizo con la misma dignidad de siempre. Estaba desnuda, sí, pero esa era la única diferencia entre ellos. No se preocupe, me iré de esta casa en cuanto recoja mis cosas, dijo con fingida templanza. Pero Mazurca no podía permitirle ese tono altanero, menos ahora que el telón había caído definitivamente entre ellos. Lárgate ahora mismo de aquí, perra, si no quieres que te denuncie a las autoridades. Lo único que te vas a llevar es la sábana con la que habéis llenado esta casa de ponzoña, vociferó empujándola hacia la escalera.

La maestra no se atrevió a mirar a Iria. Siempre había aparentado fortaleza ante ella y el reflejo brutal de aquella escena en sus ojos multiplicaba lo humillante del castigo. Tomó la sábana entre sus manos y la enrolló alrededor de su cuerpo. Parecía una diosa griega, la melena rubia y dispersa, sin peso, y aquella tela cayendo en pliegues sobre sus piernas. De camino a la puerta trató de coger uno de sus libros de la estantería, pero Juan Mazurca se lo arrancó de las manos de un golpe seco. ¡Largo de aquí, puta!, gritó. Tuvo que recorrer el pasillo evitando la mirada de los huéspedes que, completamente desvelados, presenciaban su penitencia desde los dinteles. En el fondo de su alma Mazurca sintió un relámpago de placer al contemplar la ignominia de aquel ángel caído. Por fin te has hundido, pensaba, y una sonrisa maliciosa afloraba en su interior. En la cocina Merlina salió a su encuentro con una mirada triste. Le tendió un atadillo de ropas a Teresa y otro a Iria, que la había seguido escaleras abajo completamente desnuda. Las muchachas se vistieron acuciadas por el golpe metálico que la pierna de Juan Mazurca imprimía en cada peldaño al descender la escalera.

¡Iria!, gritó desaforado. ¡Tú no te mueves de aquí!

La muchacha lo miró con un odio que rayaba en la lástima, pero no despegó los labios. Sonrió fugazmente a Merlina tratando de darle las gracias con aquel gesto fugaz no solo por la ropa, sino por tantos años de paciente complicidad, y se alejó del brazo de Teresa Valero hacia el único territorio neutral donde podían esperar la llegada de la primera barcaza a la ciudad.

LAS MUCHACHAS LES REGALARON sus zapatos más discretos y la Generala dispuso dos pequeñas maletas con lo imprescindible para el viaje mientras Michelle les servía unas tazas de té humeante con bizcochos que las mujeres agradecieron sin levantar la vista del suelo. Teresa parecía agotada, como si en lugar de comenzar un viaje estuviese al cabo de una infinita travesía. Iria permanecía impávida. Bebía su infusión con un gesto inexpresivo que solo se quebró cuando el capitán Golondrina, que había bajado al comedor al escuchar el trajín de pasos en la planta baja, le preguntó si quería despedirse de sus padres. La muchacha rompió a llorar diciendo que no se atrevía,

que qué les iba a decir, se morirían. Teresa la estrechó contra su pecho y le susurró algo al oído. No, respondió ella con rotundidad. Quiero irme contigo. Lo hubiera hecho de todas formas.

Se despidieron en el puerto. Por favor, Pilar, le suplicó Teresa tendiéndole un papel a la Generala antes de embarcar, si consigue que ese hombre entre en razón envíeme mis libros a esta dirección. Es la casa de un buen amigo, la única que puedo darle por ahora. Allí estarán seguros.

Iria subió a la barca y Teresa introdujo la mano mecánicamente en un bolsillo en busca de su monedero. No tenía nada, había salido con las manos vacías del hostal, sin recoger ni una sola de sus pertenencias. Palpó, eso sí, la llavecita de la escuela que siempre llevaba colgada al cuello para evitar sus habituales despistes y echó a correr hacia el colegio. Al cabo de unos minutos regresó con un fajo de billetes en la mano. Los guardaba debajo de una losa junto a otros papeles porque nunca se sabe, les confesó. Guárdese eso para su estancia en la ciudad. Los pasajes ya están pagados, replicó la Generala abrazándola. Un mar de plomo se reflejaba en el óvalo de la sortija de Teresa Valero cuando la barca arrancó. Iria contempló la aldea alejándose de la quilla, cada vez más escondida en su cuenca de piedra, y un vértigo oscuro le azotó la nuca. Apretó la mano de Teresa, inusualmente fría, y se prometió escribir una larga carta a sus padres explicándoles lo ocurrido. Mis padres, pensó. Mis padres estarán durmiendo a estas horas. Se echó a llorar.

Cuando a las nueve de la mañana los niños entraron en el aula, traspasada por la corriente de aire fresco que golpeaba entre sí las hojas de la puerta, descubrieron una frase escrita con urgencia en el encerado: «Sois libres».

SE BALANCEABA DE UN LADO A OTRO con suavidad. Al principio Aurelia creyó que su hermano se había hecho de nuevo a la mar, pero pronto comprendió que aquel compás elegante con el que el hilo se complacía no respondía a los vaivenes de la marea y, a pesar de la decepción que eso entrañaba, una alegría vigorosa se apoderó de su ánimo. Esta noche haremos una cena especial, Selva.

Hacía tiempo que no invitaban a Golondrina a su mesa. Desde que habían establecido aquella relación clandestina sobre las aguas, sus encuentros en tierra firme escaseaban y Selva se dolía en silencio del inexplicable abandono al que ambos la habían relegado. Después fue atando cabos: las ausencias de Aurelia, cada vez más prolongadas, sus enigmáticas visitas al puerto cuando el mercado estaba cerrado, el olor inconfundible a maderas exóticas que reconocía en su piel, el balanceo voluptuoso de su cuerpo durante la cena. No hizo preguntas porque sabía que Aurelia interpretaría su curiosidad como un ataque. Continuó atendiendo la casa, labrando la huerta en soledad, rezando a

sus dioses. Estaba acostumbrada a ese silencio desde la infancia, tantas veces la encerraron sus padres durante la época de lluvias. En aquellos días se tumbaba a escuchar el aguacero en el camastro de su choza e imaginaba que el río se desbordaba y la arrastraba corriente abajo como a una talla rígida que al doblar los meandros chocaba con las rocas. Algunas veces su tío entraba en la tienda pisoteando la fantasía con pasos de elefante. Volvía entonces a la soledad de la tierra, mucho más dolorosa que la del agua, y el aire de la choza se enrarecía si él la miraba con ojos de tormenta y le susurraba palabras extrañas que olían a estiércol.

Cenaron juntos como en los viejos tiempos. A la hora de los postres, Aurelia alzó su copa e inflando la voz con orgullo dedicó un brindis a su hermano, que ese mismo día había celebrado su boda en la Argentina. Era un vals. El ritmo ondulatorio del hilo respondía al baile principal de las ceremonias nupciales. Les explicó que llevaba semanas percibiendo un trajín inquietante en la rutina de la cuerda, como si la sangre de Valentín anduviese alterada por algún acontecimiento fuera de lo común. Y esa mañana lo había entendido todo al observar la danza. Un, dos, tres. Un, dos, tres. Bailaban los novios en el centro de la verbena y el mundo giraba a su alrededor. Pronto seré tía, continuó, y tengo que prepararle la canasta. He pensado que podría tejer varias mantitas para el recién nacido y también alguna rebeca de manga de farol. Aún no sé si será niño o niña, claro, pero no me costará distinguirlo. Si el hilo se mueve de arriba a abajo, con un impulso firme y violento, habrá sido niño; los hombres mecen así a los muchachos, con fuerza, para que se desprendan de la cáscara del miedo. Pero si es una niña la mecerá con dulzura desde su primer vagido, de este a oeste, porque a las niñas no deben espantarles los fantasmas, que las mujeres somos fuertes por naturaleza, sino convencerlas de que el mundo es un lugar en el que merece la pena quedarse.

Nunca la habían visto tan elocuente. Peroraba sin descanso de los tiempos que habrían de venir, de lo que sembrarían en la huerta para que cuando Valentín y su familia regresasen a tomar posesión de lo suyo lo encontrasen todo como en los tiempos del padre. No quiero que piense que he arruinado nuestra única herencia. Y mientras Aurelia echaba las cuentas del maíz y de cómo se distribuirían los cuartos, una sombra comenzó a planear sobre la mesa. Fue Selva, siempre intuitiva y conectada al fluir de la naturaleza, la única que reparó en la baja intensidad con que lucían las velas. Al otro lado de las llamas el capitán miraba al vacío con languidez. No la estaba escuchando. Había dejado de hacerlo cuando Aurelia comenzó a enumerar prolijamente las prendas que tejería para el futuro bebé, las confituras que cocinaría con los frutos de la higuera, y a Selva ese

parcial abandono le pareció el temblor primero que anuncia las grandes catástrofes. Tal vez él pensase, al igual que ella, que aquel hermano invisible de Aurelia iba a seguir siéndolo durante mucho tiempo, quién sabe cuánto; que si no había regresado cuando estaba solo menos habría de hacerlo ahora que tenía una familia al otro lado del mar. Y por primera vez sintió una compasión infinita por ella, esclava de aquella bobina gigantesca que estaba consumiendo su vida. Había confiado en que su idilio con el capitán conseguiría salvarla de aquella condena, pero al descubrir el rostro abotargado de Tomás Golondrina contemplando el pábilo de una vela a punto de extinguirse, intuyó que la sombra estaba, una vez más, ganándole terreno a la luz.

DOS CARTAS LLEGARON a la aldea en el paquebote del correo del viernes. Ambas compartieron saca durante la travesía, pesaban escasos ochenta gramos y habían sido enviadas por organismos oficiales: una, sellada por el Ministerio de Educación, estaba dirigida al señor alcalde; la otra lucía un membrete de la Compañía Marítima y apareció sobre la mesa en la que Tomás Golondrina acostumbraba a tomar el primer té de la tarde. En ella, la Oficina Central de la Marina Mercante le comunicaba que disponía de dos semanas para embarcarse en un buque con destino a Buenos Aires. El marino errante vuelve a la mar, pensó al doblar el papel ligerísimo. La Generala no necesitó profusas explicaciones sobre el contenido de aquel sobre. Imagino que te marchas de nuevo, anticipó con una sonrisa helada. Parece que estas vacaciones han llegado a su fin, respondió Golondrina cebando una pipa. El tiempo había tejido entre ellos una red de complicidades que les permitía contárselo todo sin decirse casi nada. Sabían de los rincones más oscuros de sus almas y aun así se habían otorgado el pan y la sal desde el primer instante. Ella le había regalado el tesoro gastado de su historia, que no era ni más ni menos apasionante que la de cualquier mujer de la burguesía que alterna su monótona vida de casada con la saliva ardiente de los amantes que su marido escogía personalmente entre los hombres más inocuos de su entorno. Todo con tal de salvar un matrimonio sin noches en vela, sin caricias y sin más diversión que las cenas de gala ofrecidas en su mansión de la capital en las que ella siempre desaparecía durante una hora, a veces algo más. Regresaba con la ropa perfectamente recompuesta y un rescoldo de calor enrojeciéndole los labios como única señal de la pasión vivida sobre una mesa o detrás de una cortina de terciopelo. Su marido la seguía con la mirada durante la breve elipse que trazaban sus tacones hasta llegar a la silla vacía que la esperaba al otro extremo de la mesa sin que ella fuese capaz de corresponder a sus pupilas, a pesar de que ambos sabían, ambos consentían, él mismo le había propuesto que le enseñase al caballero

de turno la última escultura adquirida o el caballo purasangre con el que pensaba ganar todas las carreras. Un hijo concebido al calor de uno de aquellos *affaires*, con un oficial del ejército muy parecido a usted, capitán, rubio y soñador como un ángel, vino a salvarla del tedio mortal en el que se consumía su juventud. Me quedé embarazada en un descuido y juntos planeamos una nueva vida. Íbamos a escaparnos lejos, a algún país sin civilizar. Pero por qué será, Tomás, que la felicidad nunca se puede planificar, solo es posible tomarla por asalto. Una tarde en que la tormenta estaba a punto de estallar, mi marido, que parecía sospecharlo todo y andaba con una nube negra posada en la frente desde hacía semanas, le ofreció las riendas de aquel caballo bravo que tantas alegrías le estaba dando y el ángel rubio cayó en la trampa más vieja del mundo. Lo vi alejarse cabalgando sobre aquel alazán rebelde al que ningún domador le había visto las intenciones y tuve un mal presentimiento. El aguacero comenzó a caer con furia sobre la hierba. Yo mordía un pañuelo y contaba hasta diez, hasta veinte, pero no cesaba. Parecía el diluvio universal. Sé que no volverá a llover así sobre la Tierra. El caballo regresó poco después empapado, ciego de lluvia y con la montura vacía. Mi marido no se movió de la mecedora. Tenía unos ojos de acerico, Tomás, llenos de alfileres, unos ojos infames que no se atrevían a mirarme. Ni siquiera cuando me nació aquel hijo meses después y yo estaba deshecha de dolor fue capaz de devolverme la mirada. Tendrías que haber visto al alazán trotando bajo la lluvia, daba miedo de tan hermoso que era.

Golondrina sabía que no debía preguntar qué había pasado con su hijo, que el del niño muerto en un fatal accidente era un tema intocable para ella. Cuando el caballo irrumpía en la historia –y eran varias las ocasiones en las que se la había contado–, él sabía que era el momento de guardar silencio y servirle una copa de anís para que escampase el aguacero.

¿Y qué piensas hacer con ella?, le preguntó sin rodeos la Generala. Golondrina bebió un sorbo de té y respondió simulando una certeza que estaba lejos de sentir que convencería a Aurelia para que se fuese con él a Argentina. Será perfecto, añadió, así podrá reencontrarse con su hermano. Pasaremos allí una temporada y luego ya veremos qué destino me asignan. Brasil, tal vez.

Pilar Cuesta Reglero, la Generala, también sabía callarse a tiempo. Al fin y al cabo, quién era ella para resquebrajar el cristal tan limpio de la esperanza de aquel joven. Por qué habría de decirle que Aurelia no se movería del pedazo de tierra a la que vivía clavada desde que era una niña, como si ella misma fuese el fruto del concubinato de su padre con la huerta, que perdía el tiempo intentando arrastrar a aquella muchacha al azul turquesa de sus sueños cuando su sitio

estaba más claro que el de ellos mismos, almas nómadas. Ella era la única que sabía bien dónde pisaba, hasta había previsto que la enterrasen en el hueco que mediaba entre las tumbas de sus padres, y aquel hilo solo era el símbolo de una esperanza remota, nunca una cuerda sobre la que cruzar el océano como una funambulista. La Generala repasó con la punta de la lengua el borde reseco de sus labios. Debían dolerle la grupa solitaria del caballo y un nido de reúma en las rodillas cuando pronunció las palabras destinadas quizá a aquel otro ángel caído en desgracia décadas atrás: ante todo, sálvate tú.

LA OTRA CARTA LLEGÓ al despacho de la alcaldía justo en el momento en el que don Paco se disponía a abandonarlo para atender el consultorio. Una docena de casos de tosferina le traían de cabeza aquellos días. Había probado con ungüentos, infusiones de jengibre y hasta había quemado cucuruchos de pólvora en las casas, todo sin resultado alguno. Abrió la carta pensando en aquellas tosecillas ahogadas de los niños, transformados en ancianos agónicos a causa de la enfermedad, y leyó un texto escrito con letra arial, tinta violeta, probablemente ejecutado con algún modelo antiguo de Underwood. «En respuesta a su comunicación acerca del abandono del puesto de maestra nacional de la titular Doña Teresa Valero Vilches, debo aclarar que la citada maestra falleció por heridas de guerra en el año 1937, siendo imposible por tanto que la susodicha haya ejercido la labor educativa que Ud. refiere en su carta. No nos consta en todo caso haber enviado a ninguna maestra a su aldea, puesto que su solicitud todavía no había sido tramitada en la fecha en la que Ud. afirma que la supuesta profesora tomó posesión de su cargo. Por tanto, podría tratarse de alguna infiltrada del Partido Comunista que, suplantando la identidad de la fallecida, se ha refugiado en su localidad con el fin de burlar el control policial y soterrar los cimientos de la educación cristiana que defiende el Movimiento. Investigaremos esta irregularidad y no dude que, cuando identifiquemos a la usurpadora, el brazo de la justicia caerá con dureza sobre ella. Procedemos a cursar su solicitud enviándole un nuevo maestro con la mayor garantía y celeridad posible». Firmaba el Consejero Delegado.

Don Paco dobló la carta tratando de poner en orden sus ideas. Casi no había tratado a aquella mujer a la que recordaba con una sonrisa franca y voz cantarina, rodeada siempre de un avispero de niños que la adoraban. A don Serafín nunca le había caído en gracia y se lo recordaba cada vez que la maestra se cruzaba con ellos por la calle, atenta y apresurada. Que tengan buen día, caballeros. Él le devolvía el saludo llevándose la mano al sombrero y al poco el cura mascullaba algo sobre esa mujerona que se creía que los pantalones la convertían

en un hombre. Pero él nunca dio pábulo a este recelo. Bastante tenía con aquellas operaciones de retina que se le complicaban por momentos en el sótano como para interesarse por cuestiones tan triviales como el atuendo de la maestra. «Cuando identifiquemos a la usurpadora, el brazo de la justicia caerá con dureza sobre ella», leyó de nuevo. Imaginó a aquella mujer rubia, de una hermosura contundente y redonda, esperando su turno ante el patíbulo sin poder cantar la tabla del tres, ni dibujar ríos en los mapas mudos de los cuadernos escolares, y el castigo se le antojó desmedido. Tan triste su liturgia del adiós como aquellas tosecillas secas, aquellos esputos míseros de los hijos de los pescadores.

Hubo una tercera carta que nunca llegó a destino. Se trataba de una misiva escrita en papel de arroz que por su liviandad salió volando de la saca abierta y acabó flotando en las aguas de la bahía, despedazada por las gaviotas. La carta provenía de Francia y en ella se narraban los pormenores de un viaje al otro lado de la frontera. «No sé si algún día podréis comprender la naturaleza de este amor que ni yo misma puedo explicarme, pero lo único que hoy quiero deciros es que soy feliz». Continuaba describiendo las calles de París, el barrio de Montparnasse, donde se habían establecido en un pequeño *boudoir* desde el que se divisaba un perfil desdentado de chimeneas y tejados a cuatro aguas. «Aunque acaba de salir de una guerra, París es una ciudad que conserva su descaro y su alegría. Aquí la gente es más liberal, no tienen reparos en besarse por la calle o enseñar las enaguas, todo el mundo es un poco *fou*, algo loco, y a su lado me siento una aldeana sin modales. Hace frío en París y a veces pasamos hambre, pero esto no me roba la sonrisa. Como dice un amigo pintor, si es necesario quemaremos los muebles para prender la chimenea».

Pero los padres de Iria no necesitaron una carta para saber cómo y con quién se había ido porque Juan Mazurca se encargó de extender la noticia por toda la aldea. En la taberna de Celestino contó que había visto a las dos degeneradas enroscadas como serpientes, la una en la otra, ante un público ebrio y alucinado; en la iglesia, confesó a don Serafín que había pecado de lubricidad al recordar en reiteradas ocasiones la estampa demoníaca de aquellos cuerpos acoplados; en el mercado, describió a las pescaderas la perversidad de aquel amor desnaturalizado por el que había penado durante largos días y frías noches. Los padres de Iria soportaron con estoicismo el aguacero de injurias que Mazurca vertió durante meses sobre su hija. Y aunque don Serafín pronunció un apocalíptico discurso en el púlpito de la iglesia en el que condenó a las dos pecadoras a la combustión eterna en el infierno y Mazurca –en connivencia con el párroco– quemó todos los libros de la maestra en una gigantesca hoguera improvisada en la plaza del pueblo, el padre de Iria no dejó ni un solo día hasta su

muerte de bajar al puerto a la hora del amarre de la barcaza de la capital. Vestido con su habitual pulcritud –traje gris nube y un sombrero de fieltro ligeramente más oscuro–, aquel hombre taciturno permanecía largo tiempo de pie junto a la lonja sondeando el horizonte, no fuera a ser que Iria o el mar reconsiderasen su destino.

La primera vez que el capitán le pidió a Aurelia que se fuese con él a Argentina la muchacha estaba recogiendo fresas en la huerta. La fruta lanzaba destellos encarnados sobre la hierba que rodeaba los surcos cuando Tomás Golondrina, sentado bajo el recorte de sombra fresca que proyectaba la higuera, le contó la historia de la carta, su reincorporación inminente a la Compañía, el ascenso prometido a condición de tomar el mando de una línea comercial estable entre los dos continentes. Las palabras le llegaban a la muchacha deshilachadas por el gorgojeo de los zorzales y el lance de las golondrinas, que ese año habían anidado bajo el alero de la fachada frontal del granero, hecho que interpretó como un buen augurio. Le sugirió que podría acompañarle en su viaje a Buenos Aires y empujar por sí misma las puertas de la pampa, de la vida al sol. La muchacha permaneció agachada sobre la tierra, arrancando las últimas fresas maduras que introducía en una cesta de varas de fresno. Los pardales sobrevolaban las matas tratando de robar algún fruto antes de que un nuevo hombre de paja impusiese su dominio en el pequeño imperio de la huerta. Nos podríamos casar a bordo, trató de persuadirla. Aurelia sintió un escalofrío. No soy un pez para andar en el agua, respondió sin mirarle. Mi sitio está aquí. Pero te reunirías con Valentín, insistió el capitán jugando su principal baza, la única capaz de poner en jaque aquel obstinado sentimiento de pertenencia que no podía o no quería comprender. Y conocer a tu sobrino, añadió muy despacio, casi vocalizando. Aurelia guardó silencio. Se había soltado la melena oscura desde hacía semanas y su piel había adquirido una pátina dorada. Esta mujer, cabeceó el capitán, tiene las raíces más profundas del bosque. No será fácil convencerla de que abandone su casa.

No se dio por vencido. Su vida estaba irremediablemente unida al mar, pero ella también era su refugio, aquel que siempre le fue negado, y aceptar que se hallaba en una encrucijada entre la tierra y el océano le resultaba inasumible. Creyó que, tras hacer el amor, aún envueltos en la fina película de sudor y corales de Cala de Nieve, sería más fácil sortear sus recelos. Tomás Golondrina, el más diplomático y hábil conversador que Aurelia habría de encontrar, era un experto en burlar escollos. Conoces Argentina a través de los libros... ¿No te gustaría pasear por la calle Corrientes, escuchar tango en San Telmo o beber un mate en algún conventillo? Ver otro mundo, Aurelia, otras gentes con otro timbre de voz. Tu hermano... Ella se revolvió en el montículo de fósiles sobre el que reposaban. No quiero irme de aquí,

Tomás, le dijo mirándole, esta vez sí, directamente a los ojos. Esta es mi tierra y aquí quiero vivir y morir. Tú no lo comprendes porque no eres de ninguna parte.

Golondrina no hizo objeciones. Desde que tenía uso de razón se recordaba viajando o deseando el viaje; nunca sintió nostalgia, ni soñó con una Ítaca lejana a la que regresar. Aquella aldea había sido una isla de paso en el mar de su vida, una placidez transitoria. Pero no esperaba el sobresalto del amor, el desasosiego que suponía depositar en otras manos la ofrenda de su felicidad. Nunca había considerado realmente la opción de quedarse varado en aquella tierra. Una barca de bajura, tres vasos de vino en la taberna o las noches cada vez más lánguidas del cafetín escuchando el silbido del viento entre las cortinas de terciopelo ajado, no eran suficiente reclamo para atarle a su mástil. El viaje continuaba, inexorable, y le arrastraba mar adentro, pero esta vez quería llevarse con él a aquella mujer. Le gustaba imaginarse a su lado, rodeado de tres o cuatro niños correteando entre sus piernas mientras ella empañaba el vidrio de la ventana con un vaho abstraído. «La amo más por las puertas cerradas de su alma que por aquellas que han cedido de par en par», había escrito meses atrás en su diario. Aurelia sombra, Aurelia hilo indestructible, Aurelia palabras no dichas.

El único testimonio que evidenciaba su inminente partida era un equipaje amontonado junto a la puerta de su habitación. Aunque la Generala le había ofrecido la reserva indefinida de aquella alcoba, Tomás Golondrina no quiso abusar de su hospitalidad. Esta vez me temo que tardaré en regresar, Pilar. A la Generala se le humedecían los ojos, no lo podía evitar, aunque se esforzase por simular un parpadeo alérgico o apartar con la mano el humo de un cigarrillo invisible. ¿Qué le había sucedido con aquel joven? Quizá veía en él a su hijo amputado, a su amante a punto en enjaezar el funesto caballo o a su propio padre meciéndola sobre sus rodillas alguna tarde remota en la que siempre era verano. Dichoso tiempo, qué lentos engranajes. Compartieron tabaco, botellas de licor y muchas puestas de sol. También algunas noches, aunque él siempre se iba un instante antes de que la corteza amarga de su corazón se resquebrajase. Se iba entonces a buscar a Aurelia o a remediar el mundo con don Heliófilo y la Pantalones. Pobre Teresa, otra mujer tomada por asalto. Qué habrá sido de ella.

SOLO UNO DE LOS DOS supo que aquella era la última vez que hacían el amor. De haberlo sabido ambos quizá algo hubiera sido distinto, más dramático, tal vez; un acto en el que el dolor y el placer hubieran fundido, más que nunca, sus contornos. Ella le recibió en su carne con reposo, sabiendo que así comenzaba la ceremonia del adiós. La marea estaba crecida aquella noche y tuvieron que replegarse hasta el borde

de las rocas, pero Aurelia no sintió la punzada de los guijarros en la espalda, solo su cuerpo adentrándose en el suyo. Nada más.

Pese a que restaban apenas tres días para su embarque y la muchacha había rechazado todas sus propuestas, el niño terco que la habitaba se negaba a admitir que aquello fuese una despedida. Aurelia no tardaría en darse cuenta de que sepultar el oro de su juventud bajo aquel quintal de tierra era un pecado mortal. De regreso a la aldea, el mar les permitió una navegación de cortesía y Aurelia se despidió de aquella sensación de ingravidez. Sabía que él también se llevaría el océano consigo. Esto debe estar escrito en alguna parte, pensó, pero quién sabe dónde. Su cuerpo desnudo cabalgando la grupa de un ángel, lo agrio del sudor, tanto semen malogrado derramándose sobre los fósiles. Todo había sido morosamente descrito en algún legajo. Ella era la tierra, él era el mar; la semilla fértil de aquel hombre joven, dispuesto a conquistar su felicidad, a llenar su barco de hijos bellos e indómitos como él, no germinaría nunca en el pedregal de su vientre y aquella historia de amor fronteriza estaba a punto de acabar como siempre sospechó que lo haría. Y aun así había merecido la pena.

Se despidió de todos los aldeanos. Llamó a las puertas de los pescadores, que le colmaron de bendiciones y consejos para la navegación. El médico le estrechó la mano deseándole un feliz viaje por los confines del mundo y hasta don Serafín, con quien nunca había manifestado afinidad ni punto de encuentro, le despidió con una sonrisa beatífica disipando así cualquier sombra de rencor. Las rederas, las mujeres del mercado, los escolares, el tabernero. Todos añorarían a aquel extranjero que había jugado a ser uno de ellos.

En casa de la Generala prepararon una suntuosa fiesta de despedida. La dueña encargó *champagne* francés, guirnaldas de purpurina y hasta contrató a una cantante que lanzaba unos aullidos tan lastimeros que hizo sollozar, borrachos como estaban, a la mayoría de los huéspedes. Aquella misma tarde, víspera de su viaje, Tomás Golondrina supo que el único cabo suelto era el que colgaba de la última casa del pueblo: Selva. Porque de Aurelia no era necesario despedirse ya que ella embarcaría con él a la mañana siguiente. Conociéndola, la muchacha se estaba aferrando al hilo y a la tierra del cementerio, pero la vida ganaría aquel pulso irracional, no le cabía la menor duda. No podrán más los muertos que los vivos, pensó mientras acometía la cuesta hacia su casa, más empinada que nunca a la hora del almuerzo. Y ni siquiera era necesario decirle adiós a Selva porque también ella podría acompañarlos y tal vez regresar a su tierra para reconciliarse con aquellos que la vendieron por quince monedas. Así se lo dijo dejando caer un pocillo de azúcar en la jícara de porcelana, pero ninguna de las dos se contagió de su entusiasmo. Allí estaban bien. Repitieron la misma retahíla de siempre. Una cosecha por

recoger, un cementerio que limpiar de rastrojos, un hilo que alimentar. Tomás Golondrina sintió que un órgano febril se revolvía en su vientre. ¿Por qué os empeñáis en esta muerte en vida? Aquel pensamiento hirió a Selva de soslayo e impactó de lleno en el corazón de Aurelia. Sin decir una palabra, la muchacha comenzó a recoger la mesa. Así no, Tomás, se dijo, así no encontrarás la salida. El capitán se disculpó y Selva le abrazó emocionada. Te echaré de menos, le dijo al borde del llanto. Nos quedan tus libros. Y señaló a la alacena donde reposaba una docena lomos de piel junto a los cubiertos de alpaca de las grandes ocasiones.

Ya en la puerta, Golondrina jugó su última carta.

Tal vez esta sea la única oportunidad que tengas de volver a ver a Valentín, le advirtió. Dudo que él regrese nunca.

Los ojos de Aurelia brillaron de cólera. Podía aceptar su desprecio, pero no su crueldad. ¿Quién era aquel ángel cicatero? ¿Dónde estaba ahora su ternura de aprendiz?

Te equivocas, respondió ella con rabia. Si voy a su encuentro él nunca regresará a casa. Me obligará a encajar en su vida igual que tú pretendes hacer ahora. Este es mi mundo y nadie va a arrancarme de él como si fuera un manojo de hierba. Le esperaré aquí, en nuestro hogar. Yo sé que volverá tarde o temprano. En cambio, tú nunca lo harás. Déjame vivir en paz esta vida que tan poco te parece.

Bajó la calle en silencio, la espalda curvada bajo un tonel invisible. Aurelia pensó que tal vez aquella sería la última imagen que tendría del marino que había apostado por el futuro sin saber que ella habitaba en el pasado, y, por un momento, lamentó no haberle abrazado con la calidez que su historia merecía. Quiso correr hacia él, gritar su nombre antes de que desapareciese tras la última esquina de la calle, pero algo, el orgullo quizá, la retuvo junto a la casa. Y, aunque no fue la última vez que vio al capitán, aquella sería la imagen que durante años se esforzaría en evocar de aquel hombre del que no conservaba ni una sola fotografía.

Golondrina no disfrutó de su fiesta de despedida. Tenía un ánimo de velorio que ni la voz desgarrada de la cantante, ni el mimo con el que Michelle interpretó un tema especialmente compuesto en su honor pudieron sosegar. La Generala le observaba compasiva desde un ángulo del salón, capaz de leer sus pensamientos como en una cartilla escolar. Qué ingenuo había sido creyendo que podría llevársela de la aldea. Pobre Tomás, tan soñador que no puede asumir la falta de alas con la que algunos nacen.

Bebió más de una decena de copas de *champagne* que acompañó de otros tantos tragos de licor de ajenjo. Se dejó agasajar hasta que las botellas se vaciaron y los invitados se confundieron en el aire frío de la madrugada y las muchachas le besaron en los labios dejándole

marcas de carmín en la piel que él borró concienzudamente camino de casa de Aurelia. Las fachadas cimbreaban a uno y otro lado y, aunque conocía el camino de memoria, sus pies dudaron en un par de ocasiones. Hueles a taberna. Aurelia abrió la puerta con un mohín de desagrado, envuelta en una manta. Golondrina la había llamado a gritos con su lengua pastosa y las dos muchachas despertaron alarmadas, creyendo que se trataba de algún mozo ebrio con ganas de fiesta. Pero era él, el capitán Thomas William Wilbourgh Greenglass, el hombre templado y cordial, pulcro, inteligente, reducido ahora a un borracho triste de pelo revuelto y camisa desabotonada. Aurelia contempló con cierta lástima sus esfuerzos por mantener el equilibrio, balbuceando una mezcla ininteligible de idiomas, a punto de echarse a llorar. Y pese a su afán por hacerse entender, por transmitirle la inmensa angustia que para él suponía olvidarla en aquella aldea recóndita junto al recuerdo perdido de su madre, no pudo impedir que las palabras sonasen gastadas, algo limadas en sus últimas notas. Aurelia abrazó con ternura aquel cuerpo en el que tantas veces había naufragado y le deseó en un susurro casi maternal una feliz travesía. Pero, lejos de ser un alivio, a Golondrina la respiración se le quebró de un tajo y comenzó a boquear como un pez fuera del agua. Aurelia le invitó a pasar al interior de la casa, preocupada por su creciente palidez, pero él insistió en salir a la huerta para tomar un poco de aire fresco. Me hará bien, le dijo débilmente. Aquí me estoy ahogando.

Contempló la higuera con la certidumbre, ahora sí, de que aquella era la última vez que lo hacía. El hilo manaba por el ventanuco con un gruñido de puerco recién nacido y la bobina, oronda y sebosa, se removía al otro lado con alevosía. Algo crujió dentro de su pecho y al capitán los ojos se le nublaron de sangre. La higuera, la tierra, el rostro asustado de Aurelia al verle extraer una navaja del bolsillo interior de su camisa; todo se filtraba a través de un cristal rojo oscuro, casi opaco. Un loco había pisoteado los tréboles de sus ojos y ahora apretaba en su mano las cachas de aquella navaja de mariposa sopesando cuál sería su siguiente paso. Aurelia creyó que iba a abrirle el vientre. Por un instante estuvo segura de que allí terminaba todo, con las tripas al aire como su madre. Pero Golondrina no pensaba rasgar la piel que tanto amaba. Incluso ahora que iba a perderlo todo seguía queriéndola con una fuerza enferma que le instó a correr como un desahuciado arrastrándola hacia la puerta trasera del granero.

De pie frente a los acantilados todo era más violento. ¡Mira el mar!, gritó el hombre apretando su muñeca hasta el dolor. Es nuestra puerta de salida. La navaja tembló en su mano. Su rostro era una máscara cruel, más encarnada y obscena que la de los diablos del carnaval, en la que nadie, ni tan siquiera la Generala, le hubiera reconocido. Un pensamiento envenenado floreció entonces con la velocidad de las

malas hierbas y pugnó contra sus labios grana, transmutados en quebradizas vainas de invierno. Trató de impedir que aquella bajeza brotase al exterior y para ello no le hubiese importado morderse la lengua hasta la sangre, pero cuando quiso detener la primera palabra la cicuta de la frase ya había abandonado su boca.

¿Y quién te dice que Valentín no ha atado este hilo al bajel de cualquier barco y por eso se mueve?

Una bofetada de aire frío sacudió el cabello de Aurelia de izquierda a derecha y el vómito la obligó a darse la vuelta. A sus espaldas el capitán Golondrina sintió que una brecha se abría bajo sus pies, que todo perdía consistencia y se reblandecía hasta convertirse en una masa deforme donde hierba, fresas, océano, dioses menores, viejos excrementos de cabra y sacos de guano se aglutinaban. En un último intento por agarrarse a algo firme antes de ser engullido por aquella grieta, apretó el hilo en su mano izquierda, acercando el filo de la navaja con la otra.

¡Voy a cortar este hilo, Aurelia! Lo voy a cortar porque te está ahogando.

Su voz sonaba distorsionada y a Aurelia le pareció que tenía la garganta llena de carbones encendidos.

Córtalo si quieres, pero eso no cambiará nada.

No había en sus palabras rastro de duda o amenaza. Cerró los ojos a la espera de que aquel desconocido cercenase lo único que la unía a la vida. Si lo hace, pensó, me tiraré al mar.

El hombre cayó de rodillas sobre la tierra, llorando como un niño que acaba de cometer una falta irreparable a sabiendas de que el castigo superará con creces la afrenta. Guardó la navaja y se disculpó con una voz sofocada que parecía surgir del fondo de una ciénaga, pero Aurelia no se giró esta vez para abrazarle. Dejó que se serenase, que poco a poco fuese recuperando la cordura necesaria para comprender que había llegado el momento de irse y que debía hacerlo con la discreción con que los vencidos recogen su montante sin perturbar el silencio sagrado de la mañana. Miró por última vez la silueta de aquella mujer oponiéndose a los primeros rayos de sol y salió de la casa dando tumbos. A punto de doblar la esquina, no pudo resistir la tentación de mirar atrás. Asomada a la ventana, una muchacha negra le despedía agitando la mano en el aire.

Descendió la cuesta sintiendo que su cabeza era una vasija hueca con un residuo de sal adherido al fondo. La desmemoria le protegió durante meses alejándole de todo lo que dolía: los idiomas, los mapas, las historias que él mismo inventó para iluminar las noches, su propia ruindad. Ya en el puerto, no reconoció el rostro contraído de una mujer corpulenta de cabello cobrizo que le estrechó contra su pecho como si fuera su hijo, aquel que, según le confesó al oído, había

muerto en la cocina de su mansión al probar una sopa envenenada que no le correspondía.

Hombres y mujeres se apelotonaban contra la proa del barco agitando pañuelos y señalándole a los niños, que corrían excitados de un extremo al otro del malecón, las bobinas grasientas que izaban el ancla con estruendo de chamarilería. Desde la popa, el capitán Golondrina divisó un hilo que arañaba el cielo con el brillo de su riel. Supo que aquel trazo era un símbolo, pero no pudo desentrañar el enigma. El dolor había clausurado aquel cuarto de su memoria obligándole a lanzar la llave. Tiempo después, cuando dibujaba en su cuaderno el perfil de una tortuga centenaria avistada en una playa de Galápagos, los recuerdos volvieron a posarse en su hombro. De uno en uno, de dos en dos. Como pájaros en la tormenta.

LES ESCRIBIÓ DECENAS DE CARTAS que, en su mayoría, alimentaron la lumbre durante varios inviernos. Solo unas cuantas se salvaron de las llamas gracias a que Selva logró interceptarlas en un descuido de Aurelia. Reunió así una docena de misivas en una cajita de palosanto que ocultó entre los faldones de los dioses lares a quienes había encomendado la protección de aquel héroe bello y triste al que no habría de volver a ver salvo en sus sueños.

Durante la siguiente cosecha Aurelia solo sembró cebollas en señal de duelo y prohibió a Selva que le mentase su nombre, pero el tiempo y el viento salino de la aldea deshicieron la costra del rencor hasta dejar al aire una cicatriz rosada que únicamente le dolía en los cambios de estación. Germinó entonces en su ánimo una raicilla inapreciable que dejó crecer hasta que alcanzó una envergadura tal que comenzó a socavar los cimientos de su memoria. Primero fue el aroma a madera húmeda de su piel, después el timbre apacible de su voz; las historias que compartieron al calor de la chimenea, los poemas que permanecerían sellados en los libros. Con la llegada de las lluvias se diluyeron las palabras secretas, los nombres inventados para designar el mundo. Más tarde fue el traqueteo alegre de las travesías nocturnas; también el dolor de la última madrugada con el sol despuntando en su navaja. Casi nada se salvó del olvido. Al final de sus días, si pensaba en Tomás Golondrina solo podía recordar dos tréboles verdes y una playa escarchada de corales.

Pocos días después de la partida del capitán, cuando la herida aún sangraba y ella se negaba a salir del granero despreciando la comida que Selva le llevaba en una bandejilla de esparto, el hilo comenzó a balancearse de oriente a occidente. Este repentino cambio de costumbres rompió su letargo, haciéndola gatear hasta el pie de la bobina. Derecha-izquierda, derecha-izquierda, la secuencia era clara. Aurelia sonrió esperanzada. ¡Ha sido una niña!, gritó.

TERCERA PARTE

Apenas se veían los unos a los otros y, si alguien tosía o murmuraba algo al oído de quien tuviera a su lado, le llovían órdenes de silencio desde diferentes puntos de la tupida oscuridad del comedor. Un pálpito común los mantenía unidos en la espera, las rodillas apretadas, rozándose inevitablemente al cambiar de postura, los brazos cruzados sobre los regazos o apoyados en la pared. El invierno hacía más soportable aquella reunión a puertas cerradas que había congregado a varias decenas de aldeanos en torno al prodigio. Así lo había pregonado el alguacil en la taberna: un prodigio va a ocurrir esta noche en casa de don Paco, pero solo algunos estamos invitados. Y lo había repetido en el mercado y en el consultorio. A don Paco no le importaba que la casa se le llenase de curiosos porque estaba exultante. A su edad no solo mermaba el brío de las piernas y se erosionaban los sentidos; también la capacidad de sorpresa adolecía de un implacable menoscabo y ocasiones como aquella brindaban su oro a alguien que, como él, se hundía en el tedio sin contemplaciones. Se sabe que un hombre es viejo cuando se aburre tanto que prefiere estar dormido, le había dicho a don Serafín una tarde en el salón de la casa parroquial. Hacía un par de años que había clausurado el quirófano subterráneo debido a un temblor en las manos que no podía controlar, una vibración que comenzó siendo un repique gracioso en la cucharilla del café y que finalmente había conseguido pulverizar la piedra de su pulso en tan solo cuatro estaciones.

A su mujer, en cambio, le molestaba profundamente que los aldeanos hubieran acudido en masa a lo que iba a ser una reunión de amigos: el cura y su hermana, el alguacil, la mujer de este y don Servando, el nuevo maestro, que, aunque ya llevaba dos cursos en la escuela, aún parecía desubicado, con su chaleco excesivamente ajustado y sus pantalones tan anchos. No esperaba la llegada de aquella otra gente que olía a pescado, a sudor mal disimulado bajo el efluvio de las colonias baratas adquiridas en los almacenes de la capital, porque a nadie le quedaba ya ni una gota de las esencias de América, tanto hacía que los trasatlánticos no habían vuelto a recalar en la aldea. Encontraron tal vez otra ruta más directa a la ciudad o quizá se tratase de un tema político, nadie lo sabía con certeza, pero desde que el Estrella de Mar levó anclas ni un solo mercante más había atracado en el puerto y ahora ya no había una guerra a la que culpar. Se tuvieron que conformar con las materias vulgares y de mala calidad que traían los viajantes de provincias, nada que ver con las exquisiteces de antaño, aquel chocolate que los grumetes servían en unos cuencos dorados que decían eran idénticos al que Moctezuma le ofreciera a Hernán Cortés siglos atrás.

Menos mal que al cabo de un tiempo el olfato se adecuaba y ya no se distinguían los olores acres de sus ropas, fundidos todos en la

misma nube pastosa. A oscuras tenían que estar todavía un buen rato, había advertido don Paco, si querían contemplar el prodigio. Los niños preguntaban qué significaba prodigio, si tenía algo que ver con el hijo pródigo que habían leído en la Biblia la semana pasada y don Servando ahuecaba la voz y les explicaba que no, que prodigio es algo asombroso, un milagro. Y en este punto don Serafín carraspeaba desde el otro extremo de la sala haciendo saltar entre las tinieblas la chispa hiriente de su desacuerdo y eso era suficiente para acallar a don Servando, quién era él para corregir al señor párroco, aunque la edad le hiciese desvariar y repitiese en el púlpito tres veces la misma estrofa, aunque se empeñase en marcarle las lecciones y supervisar personalmente cada una de sus palabras.

Alguien alzó la voz en aquella muselina de susurros para decir que a ver si llegaba ya el prodigio ese, que se le estaban durmiendo las piernas, y don Paco, de espaldas al muchachito de la capital que se afanaba sobre el origen del milagro, pidió un poco de paciencia. Todo lo bueno se hace esperar, les calmó.

Hay algo inquietante en la oscuridad que nos remite al comienzo de los tiempos. La frase se la había escuchado Selva a don Helióflo en el salón de su casa, alguna mañana en que le había llevado por mandato de Aurelia una cesta de fruta o una bufanda expresamente tejida para él. A Selva no le gustaba visitar la casa desordenada y sucia de aquel anciano que parecía no dormir nunca, siempre pegado a las páginas de un libro, centenares de legajos desparramados sobre la mesa, amontonados en las esquinas e incluso en las alacenas donde poco más había que lo que ellas le regalaban. Casi siempre le hablaba de la oscuridad y lo hacía mirándola con unos ojos vidriosos, bordados de venillas rojas de tanto aguzar la vista para descifrar la letra de aquellos mamotretos. Le suplicaba que no se fuese, que se quedase un rato más y le contase cosas de su tierra, de todas las tierras que sin duda había visto. Selva se disculpaba diciendo que Aurelia la esperaba en casa para hacer la cena, para confitar higos o pelar guisantes; cualquier excusa era válida con tal de salir de aquella cueva de papel roído, platos sucios y cercos de moho. Tampoco don Helióflo guardaba las formas en su vestimenta ahora que apenas salía a la calle. Al caer la noche encendía una palmatoria y continuaba leyendo, pero a veces el cabo de la vela se extinguía antes de lo esperado y se quedaba en silencio en la penumbra de su cuarto, solo, como ahora estaba Selva arrellanada en una esquina del salón de don Paco, y le daba por pensar en la ceguera de siglos de aquellos hombres de las cavernas que se escondían de la noche en su madriguera, sumidos en una negrura de espanto.

Ahora, ahora viene. Abrieron los ojos cuanto fueron capaces en medio de aquella nada para ver el prodigio que se había demorado

más de una hora en llegar a la mesa camilla del alcalde. Una chispa menuda, anaranjada, se dibujó por un segundo en el aire acompañada de un zumbido de abeja que a más de uno hizo manotear. Después llegaron dos pequeños relámpagos intermitentes que arrancaron una exclamación admirada, aunque fueron tan breves que no pudieron precisar el mecanismo que los emitía. Por fin, tras unos ajustes, un filamento rizado se definió con claridad. Del color cobrizo pasó al dorado y de ahí a un rubor de azafrán donde al fin se estableció. Los rostros se acercaron ensoñados a la burbuja de cristal que exhibía el milagro de la electricidad, apiñados los unos contra los otros alrededor de aquella pata de araña incandescente que emitía un destello sombrío incapaz de iluminar un radio de veinte centímetros. Las pupilas reflejaron el bizqueo petulante de la bombilla. Habían oído hablar de ella, de la desaparición de los faroles de carburo de la ciudad, de las llamas condenadas a la extinción de candiles y lámparas de aceite. Hasta los faros serán eléctricos, anticipaban los comerciantes. Don Paco quiso ser el primero. Él sería recordado como el alcalde que trajo la luz al pueblo, y en esa empresa había empeñado su nombre y su capital tratando de convencer a unos y a otros de la necesidad de prolongar aquellos postes cableados hasta su aldea. No podían condenarlos a una oscuridad eterna solo porque una cresta de piedra los abrazaba celosamente por la espalda. Busquen el modo de llevarlos hasta allí, insistía a las autoridades, por una de las quiebras de la montaña o bordeando la costa, por la zona donde la piedra se rinde al mar. Y finalmente alguien lo debió escuchar, porque dos meses después de su última entrevista con el Gobernador Civil aparecieron unos operarios en la aldea, y no lo hicieron por mar si no por un costado del brazo de la montaña conocido como la quebrada de los santos, cerca de la cueva que en épocas pretéritas habitaron unos monjes eremitas, protegidos ellos también por una oscuridad sin límites al único calor de sus divagaciones místicas.

Esperaron un minuto a que la bombilla diese una nueva señal de vida, algún aspaviento que la elevase a nuevas intensidades, pero nada sucedió. El filamento de tungsteno se quedó en silencio, muerta ya la abeja imaginaria, iluminando la mesa camilla con su potencia ridícula. Pues alumbran más los cirios, se atrevió a decir una pescadera. Todos asintieron decepcionados. Aquel era un prodigio bien pequeño, pensaron, hecho a medida de una aldea como la suya; había luciérnagas mucho más potentes que aquel alambre y más hermosas. Don Paco contempló absorto la bombilla sin escuchar el murmullo escéptico de la muchedumbre que abandonaba el salón urgida por la alcaldesa. Aquel era el comienzo de un tiempo de luz y él les había traído la electricidad a aquellos habitantes de las cavernas, como un Prometeo, como el hombre de ciencia que siempre había sido. Su

mujer le rogó que se acostase, que hacía frío y era tarde para estar despierto, que tomase sus pastillas con un poco de agua que le había dejado en la mesita de noche. Al cerrar los párpados descubrió el negativo en verde del filamento iluminado y aquella epifanía le hizo sonreír.

UN BOSQUE DE POSTES DE MADERA y cables de alta tensión se extendió por las laderas de la comarca haciendo palidecer el débil hilo que sacudía su fibra desde hacía más de una década sobre los tejados del barrio de pescadores. Don Servando les explicó a los niños que por aquellos conductos viajaba la electricidad, que era la forma que Dios tenía de manifestar su gloria en cada hogar. Pronto, aseguró, todos tendréis una porción de luz en vuestras casas. No admiréis entonces la grandeza del Hombre sino la de nuestro Señor, que es la única fuente de la que manan estos inventos. Parecía que hablaba desde un púlpito, antiparras de vidrio grueso, la frente despoblada a fuerza de peinarse el cabello hacia atrás y un cuello de camisa abrochado hasta el último botón que remedaba una sotana invisible. Había llegado a la escuela dos años atrás, después de un rifirrafe entre la alcaldía y el Gobierno de la capital por la fuga de una republicana que se había hecho pasar por maestra nacional para huir de la policía. Cuando desembarcó en la aldea ya estaba don Serafín esperándole con un catecismo en la mano. Esta vez, le advirtió, no quiero descuidarme ni un momento. Trabajaremos codo con codo en la educación de los muchachos.

Ni un solo día había pasado en aquellos años sin que el cura revisase el aula a una hora u otra. Elegía las lecturas –siempre religiosas–, escribía los discursos del maestro en fechas señaladas, supervisaba los exámenes e incluso ayudaba a don Servando a corregir los ejercicios escolares. No quería que volviese a suceder un descalabro similar al de la Pantalones, que había sido la vergüenza de toda la región. Imagínese, le contaba indignado al maestro, una roja en nuestro pueblo, adoctrinando a nuestros chicos en los fundamentos del comunismo y la degeneración. No quiero ni mentarle cómo acabó todo… Una vergüenza que Dios habrá señalado en su mapa, no me cabe duda.

Le habían alojado en una casita de labranza a punto del derrumbe. Don Paco había intercedido nuevamente en favor de don Helióﬁlo, alegando que aquel pobre hombre estaba cruzando ya el umbral de la senilidad y sería un pecado desahuciarle a sus setenta y tantos años, sin familia ni otro lugar donde caerse muerto. Y como Juan Mazurca se había negado a alojar de nuevo a otro maestro en El Reposo de la Sirena, le habían proporcionado un hogar provisional que acabó siendo su residencia durante casi veinte años. Don Serafín mandó barrer, fregar, orear y deshollinar la vivienda, pero aquella era la radiografía de una ruina y así permanecería siempre, cubierta de un

polvo denso de casi un centímetro de grosor que al principio obstruyó las fosas nasales de don Servando provocándole una alergia severa, pero al que finalmente se acostumbró, igual que lo haría a la penumbra constante y al fantasma del frío, que ni una lumbre alta ni unas polainas de lana conseguían espantar. Es que en esta casa, le confesó una anciana, vivía el tío Inviernos, que ni un chavo gastaba en leña ni en braseros, tanto así que se murió exhalando un vaho helado que ha debido guarecerse entre las vigas, vaya usted a saber.

De Juan Mazurca le habían dicho que no se lo tomase como algo personal, que era un buen hombre, tozudo como todo lo que crecía en aquella tierra y algo rencoroso, y de ahí su negativa pertinaz a alojarle en su pensión. Las malas lenguas se encargaron de ponerle al día de todos los detalles sobre su historia frustrada de amor, la bella Iria, pobrecita, un ángel que cayó en las garras obscenas de aquella mujer hombruna y pervertida que la raptó una mañana sin que sus padres pudiesen despedirse de ella. Y era una encantadora de serpientes la tal Teresa Valero, o como quiera que se llamase realmente aquella mujerzuela, porque a todos los sedujo con su falsa sonrisa y sus modales refinados; hasta los niños la lloraron durante meses y no se acostaban ni una sola noche sin preguntarle a sus madres cuándo volvía la Pantalones. Afortunadamente, le dijeron, Mazurca se había ido reponiendo del tremendo golpe que aquella historia supuso para él y ya no se emborrachaba todos los días como durante algún tiempo hizo, cuando los pescadores tenían que llevarle a rastras de la taberna de Celestino al hostal, oliendo a bodega. En la puerta lo recogía Merlina, la muchacha que más le ha querido y la única que se mantuvo a su lado cuando todos le dieron la espalda. Cuántas veces la vieron comprando pescado tierno para hacerle un caldo que le asentara el estómago después de la borrachera o poniéndole compresas de agua fría en la frente cuando le dieron aquellas fiebres del puro odio que se le había agarrado a la garganta tras la huida de Iria. Poco a poco se debió ir fraguando un sentimiento entre ellos y en primavera los vieron caminando del brazo por el puerto como una pareja de enamorados. Él con su pierna de metal reluciente y ella vestida con un trajecito de lino sencillo pero hermoso, orgullosa de caminar al lado del hombre al que siempre había amado. Pero para que la paz llegase al hostal fue necesario coser la brecha del dolor y por eso no quieren inquilinos permanentes, solo tratantes de paso, gentes anónimas que no enreden sus vidas con la suya, ahora que son felices. Todo esto le contaron a don Servando en el mercado, en la taberna, en el rellano de la escuela donde algunas madres les llevaban a sus hijos bocadillos de pan con manteca y se quedaban a charlar con el maestrito, un hombre apocado y bueno, de los que no hacen historia. Justamente el tipo de hombre que don Serafín había

requerido por correo postal a la capital: «un maestro comprometido con el Movimiento y la Santísima Trinidad, que no levante la voz ni tenga pensamiento propio más allá del que está impreso en la Biblia y el Catón».

DICEN QUE LLEGÓ siguiendo el camino de los postes de luz, por la quebrada de los santos. De otro modo habría sido imposible que un hombre accediera por tierra a la aldea dada la altura y desnivel del cordal montañoso, ni siquiera aquel extranjero de movimientos elásticos que izaba su cuerpo sobre las rocas con la ligereza de unos huesos rellenos de aire en lugar de tuétano.

Los primeros en dar la voz de alarma fueron los pescadores, que avistaron a un hombre trepando por los acantilados pertrechado de una navajuela con la que iba arrancando lapas de los roquedales que arrojaba a un balde ennegrecido por la humedad. Le apodaron el Mulato por el color tostado de su piel, vestigio de una raza híbrida de salvajes y hombres de alcurnia, según ponderaba don Serafín en sus discursos dominicales al hablar de las colonias, y ese fue el único nombre que conoció entre los lugareños. Cuando arribó al puerto, el alguacil y dos guardias civiles, recién instalados en la aldea a fin de garantizar la paz vecinal y el cumplimiento de la normativa, ya le estaban esperando. Hicieron inventario de todas sus pertenencias, que no eran más que las que cabían en un morral de cuero quemado por la sal: seis anzuelos, un arpón mediano, dos bobinas de sedal, una navaja de cachas de nácar, dos manzanas, un balde, un collar de dientes de tiburón, una bolsa con dos duros de plata y un instrumento musical de cuello doblado que fue identificado por el pianista del hostal de la Generala como un saxofón. El dinero y el collar le fueron requisados por la autoridad como arancel portuario, que, aunque no hubiese llegado por el mar como era lo habitual en aquella aldea, algún impuesto debía abonar al ayuntamiento por los gastos que su estancia ocasionase. Le preguntaron cómo se llamaba, de dónde venía, qué buscaba allí. El Mulato se limitó a gesticular con las manos en un lenguaje cifrado que nadie supo traducir. Era un hombre de mirada reposada que no se amedrentaba con facilidad. El verdor de sus ojos le confería un halo místico vinculado en algún punto a aquellas enormes manos de cuyo apéndice derecho asomaba un sexto dedo dotado de una habilidad asombrosa para manejar el sedal. Mediana estatura, corpulento, labios gruesos que escondían unos dientes sólidos; pelo breve y rizado, brillante de tan negro. Las primeras mujeres que lo vieron no pudieron evitar imaginarle haciendo el amor sobre las piedras del malecón, tan intenso su olor hormonal que evocaba el forcejeo de la cópula, y algunas hubieron de taparse los ojos para evitar el escalofrío de sus muslos firmes, el contorno de lomba de sus nalgas, aquel pecho repujado por dos pezones de violeta.

Le dejaron ir tras advertirle que aquel no era puerto para ladrones. La aldea era pequeña y todos se conocían, así que más le valía andarse con cuidado si pretendía afanar algún apero o violentar a una mujer y le pidieron que hiciera el favor de ponerse una camisa. El Mulato se despidió alzando su sexto dedo por encima de la cabeza y continuó arrancando conchas de las rocas hasta llenar su cubo. Al mediodía se acercó a la taberna de Celestino y le ofreció las lapas a cambio de unas monedas. Los pescadores miraron de hito en hito a aquel hombre vestido con un pantalón que apenas le llegaba a la rodilla y Celestino le ofreció un vaso de vino que él rechazó cortésmente. Solo quería las monedas. Con ellas compró unos tablones de madera y un puñado de clavos en casa del carpintero que cargó hasta el último escollo visible desde la aldea, cien pasos más allá del faro. Allí estableció su casa, un chamizo sostenido hábilmente sobre la tierra dura de las inmediaciones de la costa desde la que podía divisar los barcos antes que cualquier aldeano. Lo construyó todo en un día, sin titubear, como si aquella fuese para él una tarea rutinaria a fuerza de repetida. No tardaron en nacer los primeros rumores que le señalaron como a un fugado de la justicia. Ese hombre, decían, debe ser el asesino que buscan desde hace tiempo en la capital. Los aldeanos encerraron en casa a sus mujeres e hijos durante una semana y una comitiva de pescadores derribó el chamizo tres veces aprovechando la ausencia del Mulato, que se había hecho a la mar sobre una balsa pergeñada con la ayuda de tres troncos y dos cuerdas. Lo rehízo cada vez sin mostrar señal alguna de agravio, haciendo alarde de una resignación indolente ante aquel recelo que ya se sabía de memoria. Al fin, llegó el comunicado de la ciudad que el alguacil había solicitado cuando el Mulato irrumpió en sus vidas reptando entre las rocas. No pesaba sobre un hombre de color denuncia alguna. No sabían quién era, pero precisamente por eso no se trataba de un huido; a esos bien los conocían. Sencillamente, no era nadie.

NADIE DERRIBÓ EL CUARTO CHAMIZO de madera. Tan solo unos críos, alentados por la bravuconería de sus doce años, le tiraron unas cuantas piedras con las que solo consiguieron abollar la chapa oxidada que le servía de entrada. No duró mucho el ataque porque, en cuanto vieron aparecer al Mulato con el pelo revuelto por el sopor de la siesta, exhibiendo al aire del mediodía una musculatura atlética, huyeron despavoridos por la quebrada. Le dejaron vivir entre ellos, siempre y cuando se mantuviese un centenar de metros al margen. Ese fue el acuerdo tácito entre los aldeanos y aquel hombre que nunca pronunció una palabra.

Era mudo o al menos eso dictaminó Don Paco. Como nadie conocía la lengua de signos, se comunicaba mediante una gestualidad más o

menos evidente a la que pronto se habituaron. Los nombró a todos con un movimiento distinto: don Serafín era una aureola, don Paco un cetro de mando, Mazurca un cojeo disimulado, Aurelia un hilo interminable. Dibujaba en el aire estos signos y los transeúntes sonreían, asumiendo su bautismo de silencio como un saludo. Era un pescador formidable, un tritón habilidoso a la hora de echar las redes o hacerse a la mar empuñando el arpón, una de sus especialidades. Lanzaba los anzuelos desde su balsa y los peces acudían en racimo, ávidos por engullir su carnada. Los pescadores le envidiaban y algunos trataron de levantar falso testimonio contra él en la taberna de Celestino. Ese usa carne humana como cebo, por eso le cunde tanto la faena. El tabernero les mandó callar con un aspaviento. Desde que le había visto por primera vez con su cubo de lapas y los pantalones calados hasta la cintura había presentido que aquel hombre cambiaría el curso de sus vidas. Le defendió ante los pescadores, ante sus mujeres, ante el alguacil. Fue él quien le prestó dinero para comprar la barca de Golondrina, anclada al puerto desde que este partiera, dos años atrás. El Mulato selló el pacto con un apretón de manos, pintó la cubierta de verde con un ribete azul índigo y se internó en el mar por primera vez a bordo de una embarcación en condiciones. Desde aquel día a Celestino nunca le faltó una ristra de peces colgada del pomo de la taberna. Se los dejaba al alba, cuando regresaba de su primera incursión en el mar, porque el Mulato también salía a pescar al atardecer, cuando ya todos habían recogido sus redes y colgado sus aperos, dispuestos a beber un vaso de vino o a sentarse junto al fuego, de espaldas al océano. Nadie supo por qué lo hacía. Acaso era un suicida, un hombre cuya vida no valía más que las lombrices que ensartaba en los anzuelos y no le importaba estrellarla contra el oleaje vespertino. Al fin y al cabo, nadie le esperaba en su chamizo. Qué valor tiene la vida de un hombre al que nadie espera, más si ese hombre tiene en lugar de lengua un caracol adormecido en el paladar. Ningún pescador comprendió el sentido de sus travesías contra poniente hasta que dejó caer la primera caja de aquellos peces sobre el suelo del malecón y un resplandor verde los obligó a cerrar los ojos como si hubiesen visto una aurora.

LLEGARON BARCAS CARGADAS de cajas de madera, llenas a su vez de otras cajas mucho más pequeñas que contenían las bombillas que don Paco había anunciado con orgullo desde el balcón del consistorio. Las primeras fueron a parar a casa de la Generala y no alumbraban más que aquella que reunió a los aldeanos en torno a la mesa camilla del alcalde. Juan Mazurca no quiso quedarse atrás y encargó media docena para las alcobas de El Reposo, más por no irle a la zaga a don Paco y a la hospedera que por verdadera fe en los avances de la tecnología. Al cabo, don Serafín también mandó a su hermana a

comprar un par de aquellos inventos para iluminar su cuarto de lectura. Después la luz llegó al vulgo. Celestino mandó instalar una en su taberna y los pescadores, persuadidos por su ejemplo, abrieron la puerta a los electricistas para recibir la chispa aquella que en cada remesa ganaba intensidad. Los electricistas les hablaron de vatios y de tensión, tiraron cables por los rincones de sus casas, entre las tablas, bajo las puertas; prensaron los hilos de goma con grapas a la pared, clavaron postes allá donde la tierra lo permitió. Electrificaron, en definitiva, la aldea registrando su pequeña constelación en el mapa del futuro.

Solo dos hogares permanecieron al margen de aquella novedad, fieles al fulgor de las llamas: ni Aurelia ni el Mulato supieron de los parabienes de las cápsulas de luz. A la primera se las ofreció un comerciante que empujaba una carretilla llena de cajitas de cartón. Abrió una, se la mostró y le describió el milagro de su panza brillante, pero la muchacha no le dio mayor crédito que a los vendedores de monigotes que aparecían en el puerto durante las ferias del verano. Y a pesar de que Selva protestó como una niña caprichosa, la cola de serpiente de la electricidad no traspasó el umbral de la vieja portalada de los huérfanos.

Tampoco lo hizo bajo el recorte de metal que sellaba la casa del Mulato, aunque en este caso nadie fue a venderle el progreso encerrado en una esfera de cristal. Durante todas las noches que habitó allí, los aldeanos vieron su fuego arder como una estrella más, enigmática y lejana. Escucharon un sonido lánguido, un lamento de cuello de cisne que flotaba en el aire caliente del verano cubriendo las primeras casas del puerto de un limo desvelado. Ya está el Mulato tocando la flauta, asentían recostados en los poyos de piedra. Por más que Michelle les había explicado que no era una flauta sino un saxofón, al cabo lo volvían a repetir, hipnotizados por aquella melodía triste.

La Generala no tenía que rebuscar en los pliegues de su inconsciente para saber adónde la llevaba el humo gris de aquella música. Ella sabía de la melodía sinuosa de los negros, de los campos de algodón donde la voz acompaña al sudor. Conocía bien la forma de fornicar de aquellos músicos que tocaban la trompeta contrayendo su cuerpo con la misma rabia con que la poseían en los reservados mugrientos de los *jazzbar* mientras su marido fingía beber *whisky* con hielo sin enterarse de nada. Una noche un saxofonista ciego –casi dos metros de estatura, manos de gigante– la arrastró escaleras arriba hasta una sala forrada de recortes de periódico amarillentos que apestaba a tabaco y allí la derribó sobre un catre revuelto donde apenas cabía una persona. Perdieron la noción del tiempo. Cuando regresó a la sala ya no había nadie. Su marido se había esfumado

junto a la pareja de diplomáticos franceses con quienes compartían aquella velada que había comenzado horas antes con una amistosa cena a base de *raclette* y vino de Burdeos. Náusea, vergüenza, dolor vibrante en el sexo. Todos pensarían que era una fulana que martirizaba a su esposo con escenas repugnantes como aquella. Sintió unas ganas insoportables de llorar, atrapada en mitad de una sala en la que dos borrachos amenazaban con airear las navajas. Sola.

Trató de convencerle de que acompañase a Michelle en alguna improvisación, pero él no accedió. Negó con un leve manoteo y continuó ensartando carnaza en sus anzuelos. Era bello aquel hombre, un auténtico cazador. Le recordaba a sus amantes de los bajos fondos de París, aquellos músicos que se inclinaban sobre su vientre con el mismo instinto con que el Mulato lo hacía sobre los roquedales.

A MERLINA LE GUSTABA recorrer con el dedo índice la espalda de su hombre. Comenzaba en la cerviz, ancha y robusta, donde un rizo dorado se confundía con el vello que cubría el resto de su piel. Aquí, pensaba, se ve al animal. Iniciaba después el descenso por su columna vertebral, hueso a hueso. Temblaba de emoción al imaginarse concibiendo un hijo de ambos, una sangre común que los uniese para siempre, más allá de aquella cama, del amor a la hora de la siesta, entre el sudor copioso de él y el ansia de ella. Rebasaba la loma blanda de sus dorsales, atravesaba la cintura. Más allá comenzaba el territorio prohibido de las nalgas. A los hombres no les gusta que les acaricien las posaderas, creen que eso es cosa de mujeres, y continuaba dibujando círculos cada vez más pequeños en torno a aquella redondez cubierta de pelusa. En un arranque de valor su dedo se lanzaba en picado desde la cumbre de los glúteos deteniéndose bruscamente en el aire antes de precipitarse al abismo de las sábanas. Porque ocho centímetros más allá, el muslo se quebraba abruptamente y el dedo resbalaba sobre el muñón que remataba en pocas palabras lo que antaño fue una pierna. Pisé mal, esa es la verdad, le había confesado Juan Mazurca entre lágrimas. No salvé a nadie, no fui un héroe. Solo pisé donde no debía. A ella no le importaban ni la cojera del ánimo ni la de la pierna; acariciaba con el mismo amor la anchura de su espalda que la frontera descarnada de su antigua extremidad. Le dolía la pierna inexistente cuando amenazaba tormenta. No te imaginas el dolor tan horrible que siento en ese vacío. Es como si un millar de alfileres se clavasen en mi carne y alguien los revolviese con saña. Merlina lo abrazaba hasta quedarse sin aliento haciendo suyo aquel dolor fantasma, los pequeños rencores que trenzaban su vida, la herida mal curada del orgullo. Algunas veces, cuando ya compartían cuarto y todos sabían del vínculo que los unía, Mazurca se levantaba en mitad de la noche. El lamento sostenido de una melodía acariciaba los cristales de la ventana y él necesitaba abrir las hojas y

abandonarse a aquella música. Apoyaba su mentón cuadrado sobre dos dedos y lanzaba la mirada al mar durante horas, la pierna inacabada suspendida en el aire y sin embargo sólida. En la cama, Merlina fingía dormir para no pedirle explicaciones. Sabía que pensaba en ella, que en ese momento de soledad se preguntaba dónde estaría, qué paisaje reflejarían ahora sus ojos rasgados. Es mejor así, se decía tratando de aplacar aquel fuego. La brisa le revolvía el cabello y Mazurca permanecía un momento más en el alfeizar con los ojos vacíos, asomado a una parte de sí mismo que nunca descansaba.

POR LAS fiESTAS DE SAN JUAN ardió el horizonte con un verdor de fuego fatuo que a nadie sorprendió. Los aldeanos se habían acostumbrado a aquella flama sinuosa con que las aguas celebraban el solsticio emulando a las auroras boreales, y la santidad del fenómeno que muchos quisieron vislumbrar en otros tiempos ahora no suscitaba más emoción que los pobres argumentos de los teatrillos de títeres. Quemaron la hoguera con su fantoche encaramado a la cúspide del palo central, bailaron la danza prima y bebieron un vino que ya clamaba relevo. Al amanecer, una barca inesperada disipó la fosforescencia que aún flambeaba las olas. Era la chalana del hojalatero, que esta vez viajaba en compañía de un muchachito tan delgado que podían contársele las costillas una por una, como él mismo les enseñó a los niños que hicieron corro alrededor del artilugio que entre los dos plantaron en mitad de la plaza. La máquina no abultaba más que el vientre del viejo, liberado del pesado cinto de navajas, y desde luego mucho menos que el aquel niño de unos nueve o diez años que se afanaba sobre las dos bobinas metálicas perforadas en su perímetro por una serie de circunferencias. Los más pequeños quisieron tocar la manivela, asomarse al ojo de la lente que les apuntaba desde el fondo de la embocadura, agitar las latas que el hojalatero apilaba sobre las piedras del malecón, pero el chico les golpeó con su mano huesuda y morena. No toquéis las películas, gruñó. Son *fágiles*.

Anunciaron el espectáculo por todo el pueblo tocando un cuerno de carnero. El hojalatero pregonaba solemne la llegada de la verdadera magia, el más grande invento desde los tiempos de los sabios de Babilonia, mientras el muchacho arrastraba la maquinaria sobre una carreta que protegía de los curiosos agitando una vara.

La función tuvo lugar en el salón del cabildo, un pequeño espacio de suelo de madera y pórtico de pizarra en el que el chico pasó más de tres horas poniendo a punto los engranajes de las dos bobinas, ajustando la lámpara de carbones y sacando brillo al cuerpo de hierro de la máquina con un esmero que fascinó a los más pequeños. Al acabar la faena se secó el sudor de la frente con un pañuelo grasiento, cubrió su pelo revuelto con una visera y clavó dos cartelones en la

pared que avanzaban el programa del día: una sesión de tarde para todos los públicos y una nocturna para los adultos. Después se sentó en una esquina a esperar la hora del primer pase concentrado en la punta gastada de sus zapatos, muy serio, marcando una distancia insalvable con el aluvión de muchachos que espiaban su oficio a través de las junturas de la puerta.

El hojalatero presentó el espectáculo con tanto prolegómeno que los pescadores más jóvenes, apretados en las filas posteriores a la bulliciosa bancada de los chiquillos, le gritaron que menos palabrería, que habían pagado la entrada para ver el invento ese del cine, no para oír sus sermones. Palurdos, masculló el viejo. Luego tosió con desdén e hizo una seña a su ayudante para que pusiera en marcha el aparato. Apagaron las luces y corrieron las cortinas para que el sol rabioso de la media tarde no saturase el espectro de la imagen, y en la sala se hizo una oscuridad compacta en la que los más avezados creyeron discernir cómo el chico engarzaba una cinta de celuloide a la bobina superior, proyectando un haz de luz blanca moteado por partículas de polvo y algunos cabellos sueltos en una sábana matrimonial colgada de la techumbre. Don Paco contuvo la respiración, todos lo hicieron, cuando el rostro de un muchacho no muy diferente de aquel que giraba la manivela y accionaba la palanca del mecanismo apareció sombreado en blanco y negro en el centro de la tela, harapiento y digno, mirada líquida, algo lastimera, concretado su cuerpo de mendigo en unos movimientos ralentizados que al poco se acompasaron con el ritmo más ágil de la realidad.

Los niños señalaban las imágenes, alborotaban como pájaros sin creerse el milagro de aquella ventana abierta a otro paisaje donde unos frailes con aspecto bonachón recogían al muchacho, le daban una escudilla, un pan y un crucifijo y el hojalatero chistaba fingiendo enfado cuando en realidad su panza se inflaba de orgullo, solo por ese asombro merecían la pena las miserias de la vida nómada, pensaba, corriendo de feria en feria con aquel artefacto que había comprado a plazos a unos señoritos de la ciudad, comiendo pan duro las más de las veces, racaneándole al pobre huérfano que le acompañaba la ración del día y hasta el sueño, porque la vida de los caminos no es menos dura que la del mar, chico, algún día tú mismo tendrás que apoyar el peso de tus carnes sobre los huesos de otro y entonces te acordarás de mí, ya lo verás. Y el muchacho giraba y giraba la manivela como un autómata, no en vano a todos les recordó al músico que años antes los deleitó con su sonata pastoral, solo que este pasaba hambre, mucha más que el niño milagrero de la película, más aún que los jorobados confinados al mundo subterráneo de la siguiente proyección. A esta solo asistieron los adultos por considerarse cosa de mayor enjundia en opinión del quincallero, que les advirtió del

advenimiento de una pesadilla. Una torre, un secuestro, rostros espolvoreados de luz entre la neblina de una ciudad siniestra. Nadie escuchaba el resumen del argumento que el hojalatero peroraba al comienzo de cada escena porque no funcionaba el aparataje del sonido y, al fin y al cabo, tampoco era tan importante saber qué se decían aquellos labios que parecían morder la niebla. Les bastaba con asimilar la perpetuidad del movimiento, la ilusión vaga con que los gibosos cometían horrendos crímenes ante sus ojos, conscientes tal vez de su presencia desde el otro lado de la sábana. Alguien encendió un cigarro y dijo que aquello era cosa del diablo, pero nadie le hizo caso. Contemplaban absortos aquella miseria tétrica sin que el rodal chamuscado que se dibujó en la pantalla alterase la sugestión colectiva. El chico se había quedado dormido unos segundos sobre un cabezal y el hojalatero le había despertado de una colleja, un día vamos a salir en llamas, qué demonio de ayudante, que sea la última vez que me quemas una cinta, y los aldeanos aplaudieron el súbito final suponiéndolo parte del argumento, porque de qué otra manera podía acabar aquella historia de nobleza y monstruosidad más que en la hoguera, que todo lo purifica.

CONOCIÓ A SELVA en el mercado, una mañana de finales de verano en la que intentaba subastar una docena de peces de una especie que nadie recordaba haber visto nunca. Las vendedoras de la lonja se apiñaban alrededor de la mercancía intentando adivinar qué era aquello que el Mulato quería venderles a perra el kilo. Coleteaban sobre la cama de helechos del fondo de la caja con desesperación, quince centímetros de longitud, el cuerpo carnoso cubierto de una escafandra de escamas color esmeralda ensartadas unas sobre otras en una orfebrería más digna de un joyero que de un cajón de pescado. Los hombres le preguntaron dónde había capturado aquello, pero él se limitó a señalar un punto impreciso del océano. Dos duros por una docena no era un precio alto para ese peso, pero ninguna pescadera hizo trato con él. Los peces se retorcían, brincaban a gran altura, abriendo sus branquias brillantes y unos ojos verdes, redondos y acuosos, que guardaban en su pupila una gota de rencor. Esos bichos no son comestibles, aseguró la pescadera más veterana. Con ese color es imposible que lo sean.

Unos pies de ébano se detuvieron ante él, envueltos en unas abarcas que al Mulato le parecieron demasiado bastas para la tersura de su piel. Alzó la vista y lentamente descubrió unas piernas onduladas, un vestido de lino, dos tirantes flotando sobre unos hombros esbeltos, un rostro ovalado donde unos ojos observaban sin parpadear el destello que emanaba el cajón. El Mulato sonrió invitándola a saciar su curiosidad. Se agachó Selva para ver mejor el interior del canasto y su piel rozó brevemente la del Mulato, que le pareció inusualmente

cálida, casi febril. No se miraron a los ojos. De haberlo hecho, Selva habría descubierto la asombrosa coincidencia entre el color de las escamas de los peces y el iris del hombre, una conexión que no establecería hasta mucho tiempo después, cuando el Mulato regresó a la aldea con las cuencas vacías. Observó, eso sí, sus manos color café, el sexto dedo brotando de la llanura carnosa de su palma derecha. Su terco mutismo. Quiso comprarle uno, pero el Mulato insistió en regalárselo. Dejó en sus manos la ofrenda de un pez después de apretar sus branquias para que la falta de oxígeno amainara su furia y se despidió de ella sin saber su nombre.

Se llama Selva, le informó una de las muchachas de la Generala, apostada a su espalda. Pero no te hagas ilusiones porque vive con una muchacha que la tiene encerrada bajo siete llaves. Mejor será que visites nuestra casa si te quieres dar una alegría, a ti te haremos un precio especial. Y hablando de precio, ¿a cuánto me vendes toda la caja? El Mulato contemplaba embelesado la imagen oscilante de Selva internándose en el dédalo de casas con el pez entre las manos. Señaló sin volver la espalda un dos con los dedos. Dos perras. Te daré una y media, respondió agraviada, porque el más hermoso se lo has dado a ella.

LA LUZ DEL AMANECER se colaba por el ventanuco más alto, resbalaba por la pared como una segunda capa de enlucido y desembocaba sobre la rueca formando una colmena. Un poco más allá, Aurelia enhebraba la urdimbre en el peine del telar aprovechando las primeras partículas de sol. A sus pies, un canasto de mimbre acumulaba más de una veintena de mantitas de lana, caperuzas de lino con un lazo primorosamente calado, chaquetas de un ojal y sábanas de cuna con un pavo real bordado con hilo azul noche en una esquina. Había dedicado todas las alboradas de los últimos dos años a tejer ropa de bebé, primero, de niña después. Esta vez su rueca había hilado no solo para alimentar la bobina, que había continuado girando, dulcemente, al compás de una infancia, sino para dar forma a prendas delicadas que abrigasen a su sobrina del invierno bonaerense, que según había leído era húmedo y propicio a las afecciones pulmonares. No pensaba enviárselas por correo; ni siquiera sabía su dirección postal, tan reacia a una forma de comunicación que se le antojaba fría e impersonal que no quiso preguntarle a aquel italiano por su domicilio. Además, el tipo le había anunciado que pronto se mudarían de casa así que para qué molestarse en indagar. Lo importante era que aquella familia de ultramar se dejaría vencer por la añoranza algún día, no le cabía duda, y ella debía estar preparada. Valentín se asomaría a la ventana de su departamento en un barrio humilde y echaría en falta el olor a sal y algas de su mar, la tierra húmeda que cubría los cuerpos calcificados de sus padres, a ella misma, preparando la cena sobre la

trébede. Todo aquello se le vendría encima como un alud de nostalgia que le oprimiría el pecho durante días hasta dejarle sin aliento y al cabo de un tiempo se vería obligado a comentarle a su mujer que ya era hora de volver al hogar. Allí podrían comenzar de nuevo, en una casa grande donde todos los objetos contenían una historia, donde habitaba su hermana a la que prometió volver al cabo de dos cosechas y ya iban para once las siembras que había recogido sola. Imaginaba el salón del pisito, el rumor alegre de un conventillo que olería a fruta fresca y a asados dominicales; la sonrisa comprensiva de su mujer al escuchar la propuesta, digna en su modestia, rubia y celeste como las pulperas heridas de muerte de los tangos.

Al tiempo que imaginaba a su hermano haciendo las maletas, empacando botellitas de licor de calafate y cajas de alfajores de maicena y dulce de leche y rebenques y boleadoras, regalos y más regalos para hacerse perdonar tanta distancia, sus manos deslizaban la naveta, entretejiendo los hilos de la trama en el cuerpo tenso de la urdimbre para después presionar con el peine hasta que la tela ganaba consistencia. En ese momento en que el tejido se definía, pasaban ante sus ojos los billetes de barco que Valentín habría comprado para los tres, un camarote sencillo, de tercera, con una literita para la nena; apenas cuatro bultos con todos sus enseres, lo imprescindible nomás. Y su mujer le preguntaría de camino al puerto por qué no cortaba ya ese hilo absurdo que llevaba atado a la muñeca si al fin iba a reencontrarse con su hermana. Pero él le respondería muy serio –y en este punto Aurelia corría de nuevo la naveta de izquierda a derecha– que hasta que no la abrazase bajo la higuera no rompería aquel cordón umbilical, que hacerlo sería blasfemia.

El quejido del telar le impidió escuchar los gritos de Selva. La muchacha subió las escaleras a la carrera e irrumpió en el altillo con un pez fosforescente cogido por la cola. Mira, me lo ha regalado en el mercado un muchacho que tenía una caja llena. ¿No es precioso? Seguro que da una sopa riquísima.

Aurelia detuvo su tarea. Estaba hermosa Selva junto a la puerta, con aquel vestido blanco que ella misma le había tejido y que resaltaba su piel. ¿Qué edad tendría? Había perdido la cuenta. La misma que Valentín, seguramente, unos veintiséis años. Tan joven, tan sola. En su mano izquierda sostenía un pez que se agitaba débilmente dejando en el aire una estela de verdín. Tira eso ahora mismo, le respondió volviendo la vista sobre el telar. Con ese color no puede ser comestible.

Selva trató de convencerla de que al menos podían hacer un caldo, pero Aurelia había dejado de escucharla, absorbida como estaba por el movimiento horizontal de los hilos, tramando historia y tejido. Tomarán un barco mediano que les dejará en la capital y de ahí la

barcaza de la tarde. Qué alegría, qué alegría más grande cuando aparezcan en el malecón con la pequeñita. ¿Le habrá puesto el nombre de nuestra madre?

TRAS EL DESVÍO de la ruta marítima del comercio con América, la bahía volvió a ser el puerto de pescadores de un siglo atrás, una ensenada salpicada de barcas de bajura, paquebotes de correo y algún navío de menguada armazón que transportaba a los comisionistas de la capital. Desapareció el bramido hondo de las bocinas de los trasatlánticos arrastrando consigo al tropel de marineros y comerciantes hambrientos que antaño desembarcaban en el hostal de la Generala; aquellos hombres vestidos a la moda colonial, pertrechados con sus baúles de piel repletos de mercancías y una cartera grande de la que asomaban billetes de distintas nacionalidades. Con ellos se esfumaron también las postales de otro mundo, las especias y el ritual de las despedidas, tan hermosas en su coreografía de gorras y pañuelos. Los tiempos cambian que es un delito, suspiraba la Generala, y ahora tocaba conformarse con la mísera clientela de los tratantes de la capital que pernoctaban en la aldea porque habían perdido la última barca de regreso, ensopados en las borracheras tristes que despachaba Celestino. Eran malos pagadores, cicateros y hábiles en el arte del regateo. Escatimaban en la tarifa de la habitación y hasta en la propina de las muchachas, algo nunca visto en aquella casa donde los caballeros de antaño asumían la cuenta final con la discreción más absoluta. El Reposo de la Sirena también adoleció la pérdida, aunque allí continuaron alojándose los huéspedes más ancianos, aquellos que viajaban en compañía de sus esposas o algún comisionista despistado que se topaba con el cartel de madera tallada nada más desembarcar y se dirigía hacia allí desafiando la dirección de la mayoría.

Hacía tiempo que a la Generala no le salían las cuentas y, a pesar de ello, se esforzaba por no caer en la decadencia. Abrió las puertas al vendaval anémico de la electricidad y no dudó en instalar una bombilla en cada cuarto sin desterrar las palmatorias tan necesarias aún durante los apagones intermitentes que con frecuencia trizaban la instalación. Incluso compró un aparato radiofónico en la capital que junto con el que don Paco había adquirido a un viajante que visitaba la aldea en una barca atiborrada de novedades domésticas, constituyeron la gran atracción para los aldeanos.

Quedó relegado a una esquina del salón del cafetín el viejo gramófono, su colección de discos de pizarra estallados en alguna esquina, rayados por el uso en las parrandas de otros tiempos, y en su lugar resonó la voz alta y clara, sin asomo de aguja o carraspeo, de la radio. Los huéspedes ya no querían escuchar a Michelle tocando el piano, preferían sintonizar el aparato y dejar que la voz de la Piquer

inundase el saloncito mientras agonizaban derrumbados en los sofás.

No despidió a nadie. Tampoco rebajó los sueldos. Continuó sirviendo licores de primera –de endrinas, de cereza, de cáscara de naranja, de café y clavo–, encargándole a Aurelia las mismas sábanas de lirio, tratando de apaciguar la zafiedad de la nueva clientela con su pícara diplomacia. Si alguien le preguntaba con un rictus de preocupación por el desplome de la economía de la casa, respondía dando una palmada que en sus cuentas solo mandaba ella, que tiempos mejores habrían de venir; que si sobrevivió al cataclismo de su vida conyugal –mucho peor que la guerra dónde va a parar– también se las ingeniaría esta vez para salir adelante. Y brindaba con el recuerdo de Tomás Golondrina por todo lo que el océano volvería a traerles algún día. Aquí todo llega por el mar: lo sublime y lo nefasto, reía.

Celebraron una comida familiar: las chicas, Michelle, la Generala y la cocinera. El elenco de siempre sentado por primera vez a una mesa, después de tantos años. Para la ocasión se sirvió sopa de erizos, huevos escalfados y un pescado al horno de carne blanca y tierna como espuma de mar. A los postres, la Generala dejó caer una lágrima en su taza de café con orujo al leerles una carta del capitán. «Os echo de menos de un modo en el que nunca pensé que lo haría. Yo, tan acostumbrado al abandono. Pero esta vida errante es una maldita bendición que me fue impuesta desde que nací».

Las chicas recogieron la mesa y Michelle se retiró a su cuarto para dormir la siesta. Hacía tiempo que la edad le pesaba en las manos, en los hombros algo hundidos; le costaba deslizar los dedos con ligereza sobre las teclas, agarrotados por la artrosis y los sabañones, y en aquel sueño vespertino regresaba, triunfal, a las veladas como primer músico de una orquesta de los bajos fondos de Marsella, un tiempo mugriento y feliz donde siempre era joven.

La Generala felicitó a la cocinera y le rogó que se fuera a descansar. Yo misma prepararé el café de los huéspedes, quédese tranquila. Hacía años que no pisaba la cocina. Odiaba aquella trastienda doméstica, su olor a aceite quemado y a carne cruda, los desperdicios sobresaliendo de los cubos de basura, un bucle de patata, una raspa de pescado, la manteca rancia en la alacena, los conejos desollados colgando de un gancho. Tomó un puchero del aparador y contempló el destello que la luz arrebataba en su panza. Pensó que bien podrían nacer así las estrellas, por un reflejo inesperado. Dio un paso hacia adelante, se detuvo, y el puchero resbaló de sus manos precipitándose contra las losetas como un astro en llamas. Sus manos no trataron de impedir el estruendo. Se quedaron inmóviles, sosteniendo una forma invisible, una fracción de aire. De haberse visto desde otro ángulo se hubiera juzgado ridícula. Pero en ese momento nada importaba; ni su

expresión conmocionada, ni sus manos detenidas, porque sentado a la tabla que la cocinera utilizaba para trocear las verduras y almorzar después de cada servicio, un niño peinado como un pequeño lord –el pelo humedecido con agua de colonia, calcetines de punto hasta las rodillas, jerseicito merino– le sonreía tímidamente junto a un montón de hojas emborronadas de tinta.

¿Qué haces aquí?, preguntó la Generala con un hilo de voz.

El pequeño, apenas ocho años, piel láctea y dientes por mudar, la miró desconcertado desde su asiento.

Hago los deberes, mamá, respondió.

Al oír su voz, aquel timbre arenoso que tan bien recordaba, la Generala se agarró con fuerza al borde pulido de la repisa de mármol. De no haberlo hecho, su cuerpo también se hubiera quebrado contra el ajedrez del suelo.

LE DOLÍA UN COSTADO cada vez que Aurelia recibía una carta. Interceptar la correspondencia en el puerto era la única manera de impedir que los mensajes de Tomás Golondrina acabasen carbonizados en las ascuas del llar. Si eso sucedía, Selva se limitaba a quedarse sentada junto al fuego observando cómo el papel se retorcía sobre sí mismo hasta reducirse a un pequeño montón de ceniza blanca. Aurelia contemplaba el espectáculo con aparente frialdad y, en aquellos momentos, Selva hubiera querido apretar su cuello hasta la asfixia. Pero cuando las llamas se aplacaban y Aurelia le anunciaba que se iba a la cama, percibía en su laconismo un temblor lánguido, como de niña enferma, imperceptible para cualquiera que no fuese ella, experta en escuchar la lluvia, y su odio se evaporaba sin remedio en el aire lúgubre de la casa. La manera en que Aurelia se detenía un segundo delante de la higuera, recordando algún resplandor pasajero de felicidad, su pelo suelto en el que asomaba la premonición de una primera cana, el llanto nocturno, las pesadillas que azuzaban sus sueños. Por todas aquellas debilidades la quería, la quería hasta la extenuación, y transigía con su rigidez y aquella resistencia al paso del tiempo. No le importaban sus modos de niña huraña, ni el desdén con el que a veces aplastaba su entusiasmo hasta el crujido. Aprendió a llevarla, como solían decir en el pueblo. Si Aurelia únicamente plantaba cebollas, ella las rellenaba de carne en la cocina; si quemaba las cartas de Golondrina, ella las robaba de las sacas antes de que el cartero las repartiese; si le decía que los peces esmeralda del Mulato eran puro veneno, ella cocinaba a escondidas un caldo delicioso, un manjar secreto del que siempre repetía.

«Dale un abrazo a Selva, dile que no la olvido pese al mar y la distancia. Pronto viajaré a su isla y he pensado que quizá no sería mala idea visitar a su familia, tratar de comprender sus motivos, contarles que su felicidad está a salvo». Las líneas rescatadas del fuego

flotaban en su interior devolviéndole la expectativa salvaje de la vida que ha de venir. El movimiento infinito. El futuro.

ENCARÓ LA CUESTA DEL CEMENTERIO cargada con un cubo de agua y un rastrillo para limpiar las tumbas de maleza. Selva lo sabía porque una vez la siguió escondiéndose detrás de los árboles y la vio baldear con esmero las sepulturas, regar las flores que había plantado la semana anterior, unas begonias hermosas con una arruga fresca en el nacimiento de los pétalos. Después observó cómo Aurelia tomaba asiento entre las tumbas enfrascándose en un monólogo dirigido a sus padres. Se sentía sola a pesar de la compañía de Selva. Los echaba de menos a ellos, a Valentín, al capitán. Sí, también al capitán. No conseguiría odiarle toda la vida por aquella torpeza, pero su recuerdo le dolía tanto como una espina clavada entre las uñas, así que prefería dejar que el polvo cubriese gradualmente su memoria hasta hacerle desaparecer. Continuó confesándoles la sensación de ahogo que la invadía cuando miraba al mar sin saber qué había más allá. Soy una de las pocas personas de esta aldea que no han salido nunca de aquí, dijo. Y Selva no pudo determinar si su tono era de orgullo o de frustración.

El sol declinaba cuando Aurelia se puso en pie sacudiéndose los pliegues del vestido. Arrancó entonces una begonia de la tumba de su madre y la depositó sobre un montón de tierra sin lápida ni leyenda que se hallaba a su derecha. Después se fue. Selva permaneció escondida hasta que Aurelia desapareció tras la tercera curva del camino. Su mirada se topó entonces con otro montículo de tierra ubicado extramuros. Se quedó mirándolo con los ojos vacíos de emoción, extrañada de su propia indiferencia. Bajo aquel cúmulo yacían los huesos del hombre que la había comprado por un puñado de monedas de plata, el mismo que había profanado su cuerpo tantas veces como el placer le dictó y ella ni siquiera era capaz de sentir un átomo de odio. Nada quedaba de aquella piel perfumada con los más delicados afeites, nada de su orgullo de colono aventajado. Tan solo un resto óseo blanqueaba la oscuridad de la cárcava en la que yacía. Junto a su tumba halló un bulto casi inapreciable. Un montoncito de piedras, tierra y hojarasca del tamaño de un bebé.

SE CORRIÓ LA VOZ de que aquella caldereta de pescado era un placer para los cinco sentidos. Los primeros comerciantes que probaron su carne alabaron la destreza de la cocinera en la confección de la salsa, pero, ante todo, la calidad de la materia prima. ¿De qué pescado se trata?, preguntaban sirviéndose otra ración. Las muchachas callaban mirándose unas a otras con complicidad. En los últimos tiempos el restaurante del hostal se había convertido en el motor del negocio. Los tratantes, que antes solo pasaban unas horas en la aldea, ahora

reservaban mesa en casa de la Generala en cuanto ponían un pie en tierra firme. Las chicas trataron de llegar a un acuerdo con el Mulato: le pagarían el doble de lo estipulado a cambio de que no le vendiese a nadie más aquellos peces de escamas verdes. Su silencio estaba garantizado, en eso el Mulato era un hombre de palabra pese a que nadie había oído su voz, pero el monopolio de la venta era otra cosa. No podía negarle un pez a Selva. Se lo daba a escondidas, en la parte trasera de su choza, un camino que la muchacha había aprendido de memoria a fuerza de recorrerlo cada mañana. La primera vez que estuvo allí le impresionó la pulcritud del caos que rodeaba al Mulato. Tenía pocas cosas, casi todas construidas con sus propias manos, y cada una ocupaba un lugar preciso dentro del espacio mísero de la choza: un aguamanil, un cubo, fósforos, aperos de pesca, una pala, una estera, un cajón de madera, un gancho, una cazuela estallada y el saxofón, que dormía en un estuche de piel negra forrado de terciopelo violeta en su interior. Su aspecto de hombre curtido por un viaje interminable no disfrazaba su timidez y, si alguna vez se atrevía a mirarla directamente a los ojos, sus pupilas huían al instante. Le ofrecía el mejor ejemplar de su pesca diaria y ella sonreía, sonreía con toda su alma, e intentaba pagarle una moneda que él siempre rechazaba.

A veces, Selva se sentaba a su lado mientras él reparaba redes o deshacía los nudos de las cuerdas y observaba extasiada las filigranas que el sexto dedo dibujaba en el aire. Fingía el Mulato una concentración absoluta en su labor y dilataba la faena, inventaba nuevos y alambicados giros, complacido por el interés que su malformación despertaba en la muchacha. Al cabo de un rato Selva se levantaba con brusquedad y, sin pronunciar una palabra de despedida, regresaba a la aldea acunando al pez entre los brazos como a un recién nacido.

LOS COCINABAN en caldo verde, a la brasa, envueltos en una farsa de cítricos o con salsa de marisco. De cualquier manera, incluso con el único condimento de unos granos de sal, aquel pescado era un manjar que a todos complacía. Después de servir el almuerzo, Michelle y las chicas se emocionaban haciendo el recuento de caja, la radio sonando de fondo a la hora en que emitían un serial romántico al que todos se habían aficionado. ¡Le han disparado por la espalda!, gritaban consternados. ¿Qué dirá ella cuando le encuentre? Se morirá de pena, le perdonará todo. La Generala escuchaba el soniquete desde la lejanía. Hacía tiempo que solo salía de su habitación para comer y ni siquiera saboreaba las hebras de un pescado que engullía con prisa, sin deleite, ansiando recluirse de nuevo en su dormitorio. Michelle sospechaba. Últimamente duerme mucho y ayer la escuché hablando sola. Las muchachas ataban los fajillos de billetes y le respondían con

desdén que la señora siempre había tenido humores cambiantes, vaya usted a saber.

Nada le importaba ya a la Generala del mundo que se extendía al otro lado de su puerta. Ni la caja rebosante, ni la suculencia de los mediodías, ni el engaño que la protagonista del folletín radiofónico acabaría por confesarle a su amante herido de muerte. Solo quería abrazar a su hijo, hacer recuento de todas las minucias verdaderamente importantes de las que no había podido hablar con nadie durante los últimos treinta años. Ahora estaban repasando la tabla del siete. A Daniel le había costado un poco más de lo habitual, se quedaba atascado en siete por seis, que siempre le daba cincuenta y cuatro. Ella no le regañaba. Ya no. Le pasaba la mano por el cabello fino, humedecido por la loción que parecía renovarse por sí misma, y contemplaba ensimismada aquel milagro que vestía pantalón corto y calcetines de rombos. Siete por dos, catorce, siete por tres, veintiuno. Los gestos eran los mismos de entonces: su manera de morderse el labio inferior, su parpadeo insistente y aquel lunar con forma de libélula. Siete por cuatro, veintiocho. No se atrevía a preguntarle de dónde había salido por miedo a despertar de aquel sueño, pero no, se apretaba las sienes, no podía ser un sueño porque al mismo tiempo que la voz brevemente rota de su hijo recitaba la tabla ella podía escuchar la turbulencia del dramón radiofónico, la voz del actor moribundo perdonando a su amada la traición cometida antes de cerrar los ojos para siempre. Siete por cinco, treinta y cinco. Y a la Generala –la ruda, la irónica, la sarcástica mujer de pechos turgentes y risa de cántaro roto– se le anegaban los ojos de lágrimas contemplando, devota, a aquel muchachito reclinado sobre su libro de aritmética básica, tantos años después. ¿Estaría volviéndose loca? Siete por seis, cincuenta y cuatro.

La noticia no era ni buena ni mala, pero lo que estaba claro era que aquello cambiaría sus vidas y Mazurca no sabía hasta qué punto deseaba echar raíces. El Reposo de la Sirena no iba bien, apenas ganaban para pagar a la criada que contrataron cuando se fue Iria y poco a poco habían ido vendiendo los escasos objetos de valor que quedaban en la casa: las maderas nobles, los cuadros, los cubiertos de alpaca. En las paredes solo restaban las marcas de sombra del esplendor pasado como un recuerdo borroso que alguien olvidó limpiar. Merlina trabajaba como una mula, de sol a sol, y lo hacía sin protestar. Había sido la mejor ama del hostal, más tosca en sus modales que Iria pero más aplicada en la tarea, siempre pendiente del cambio de sábanas, de hacer facturas, de inventariar las manías de los pocos huéspedes fijos que les quedaban. Planchaba, barría, ayudaba en la cocina, cosía, compraba el género a primera hora, organizaba las horas. De no ser por ella, Mazurca habría echado el cierre al negocio

dos años atrás y se hubiera ido lejos, a algún lugar sin nombre donde el rencor no hallase sustento. Pero ella le dijo «vamos a empezar de nuevo, tú y yo» y le hundió los labios en la boca y a él aquello no le pareció un beso sino un bocado de fruta, tan espontáneo que fue imposible resistirse a la frescura de su lengua. No era la primera vez que se le pasaba por la cabeza cómo sería su cuerpo desnudo, si aquella redondez rosada se abriría de placer entre sus piernas. Pero tenía la cabeza, los ojos y las manos llenos de Iria en aquel tiempo y esa plenitud le hacía pasar de largo ante la puerta entornada del cuarto de Merlina, aun a sabiendas de que la muchacha acechaba el sonido de sus pasos al otro lado. Lo cuidó durante las fiebres que siguieron a la huida de Iria, enfermo como estaba de la pura rabia de perder a aquella mujer que le había vuelto loco. Se coló en su cama por sorpresa cuando aún tiritaba y le hizo el amor con una naturalidad que le dejó sin palabras. Dentro de su cuerpo Mazurca encontró un silencio sordo y apacible donde Iria simplemente no existía y ya no quiso salir de ahí. Dejaba que ella le cabalgara a la hora de la siesta, mientras los ancianos hospedados dormitaban en sus cuartos o leían la prensa sin imaginar que al otro lado del tabique dos cuerpos se acoplaban con voluptuosa somnolencia, entregados al vaivén muscular de un placer que echaba a perder las sábanas recién lavadas. De aquel fluido irreflexivo vino la noticia, del deseo derramado de más de quinientas siestas. El rostro de Merlina se tornó pálido. Lo rosado de su piel se diluyó por la náusea. No quería comer nada que viniese del mar, ni siquiera aquellos peces que toda la aldea le compraba al Mulato pero que ella no había probado porque desde hacía semanas no soportaba el olor a algas y sal, tanto es así que los días se le iban cerrando ventanas y repartiendo limones por doquier.

Le dijo que estaba preñada una semana más tarde, cuando Mazurca se empeñó en llamar a don Paco por si criaba lombrices en los intestinos. Qué voy a tener lombrices, burro. Lo que tengo es un hijo tuyo clavado en el vientre que se retuerce como un sargo. Eso le dijo. Mazurca se quedó sentado en la cama un buen rato, impávido. Un hijo. No se lo esperaba, eso era todo. Una sombra de duda oscureció su frente. ¿Y si el niño nacía mutilado como él? ¿Y si su naturaleza no sabía ya engendrar un ser humano completo y reproducía aquel espantajo que era su cuerpo? No te preocupes, Juan, le tranquilizó don Paco en su consulta. Deja que ese muchacho se haga a fuego lento en el vientre de Merlina. Ella es una mujer fuerte, te traerá un hijo sano. Eso sí, deberíais ir pensando en casaros si queréis que don Serafín os lo bautice.

No sabía si reír o llorar. Un hijo, una rama verde creciendo de aquel tronco podado; con sus dos piernas ágiles y robustas, capaces de correr un día entero a través de los bosques. Miraba el vientre

levemente abultado de Merlina y le parecía escuchar el borboteo de sus sangres batiéndose en el interior, dando forma a aquella estrella de mar cuyas puntas repasaba una a una. Que no le faltase nada. Solo pedía eso. Que naciera entero y dispuesto a la vida. Le había cogido de sorpresa, ni siquiera pensaba que él pudiera tener descendencia. Así se lo dijo al cura después de la misa dominical, cuando le rogó en la intimidad de la sacristía que le reservase un día cualquiera para celebrar su boda. Un martes o un miércoles, que habría menos faena en el hostal.

SE CASARON un mediodía de finales de septiembre. Ya no era verano y, aunque el tiempo aún permitía que las mujeres vistiesen manga corta y los hombres se quitasen la chaqueta, una campana fresca remataba la brisa de aquellos días de tránsito al otoño. Celebradas ya la romería de la Virgen del Carmen, las claras de San Juan y la verbena de la cosecha, la boda de Juan y Merlina fue el colofón de las fiestas estivales de aquel año. Ofició don Serafín una misa corta, bendijo a la pareja con su hisopo hasta calarles los trajes y le hizo tres veces la misma pregunta a Mazurca: ¿aceptas a Merlina como legítima esposa? Sí, acepto. Tres veces respondió sin titubear que quería a aquella mujer y una cuarta lo hubiera hecho si no llega a intervenir el monaguillo tirándole de la manga a don Serafín, que se había quedado encasquillado en una estrofa infinita. Merlina –que esperaba paciente su turno para dar el sí– lucía un hermoso vestido con miriñaque ceñido a la cintura por una doble hilera de ballenas con las que trababa de disimular su estado. Lo había confeccionado Aurelia en poco más de tres noches durante las que apenas concilió el sueño y, aunque la habían invitado a la boda, declinó el agasajo pretextado un trabajo excesivo que no le permitía cerrar su taller. También faltó Iria, su antigua compañera de juegos, de la que nada había vuelto a saber. El ángulo ausente de aquel trío de la infancia. Ella la habría ayudado a vestirse, a componerse el peinado; habría escogido para ella las mejores joyas de su cajita de nácar, guardada bajo llave en el secreter de su alcoba. Qué tristeza, cielo santo, no podía olvidar su última mirada, su despedida furtiva. Pero ahora era el momento de perdonar y comenzar una nueva vida. Abrazó a Aurelia emocionada, dándole efusivamente las gracias por aquella tela tan blanca que ella no merecía. Todo el mundo sabe que no debería vestir este color, pero don Serafín ha hecho la vista gorda a cambio de que no celebremos el convite en casa de la Generala. Mazurca no se había planteado tal cosa. Desde el capítulo de Teresa Valero, sus relaciones con la pensión se habían enfriado de manera evidente. La mujer no le perdonaba el modo brutal en que se había comportado y él no podía tolerar que ella hubiese favorecido su huida. Era cómplice y eso era decir tanto como culpable. Así que dispusieron seis mesas en el comedor de su propio

hostal y hornearon seis pollos con guarnición y tortas de azúcar en abundancia. Celestino les regaló cinco medidas de su mejor vino, un tinto espeso que debía beberse con cautela. Pero la aldea era propensa al exceso, lo llevaba en las venas como una herencia indeseable, y nadie dudó en brindar una decena de veces por los novios, por la pesca, por el verano aquel, agonizante y ebrio. Trincharon los pollos entre risas, desgajaron con avidez los granos de las mazorcas de maíz asadas en la lumbre, dieron cuenta del queso de cabra que Mazurca partió en cuatro porciones, blancas y firmes. Dientes, manos, manteles grasientos, niños alborotados como gallinas. A la hora de los postres llamaron a la puerta. Abrió una anciana con una botella de anís sostenida bajo el brazo y en el marco aparecieron dos de las muchachas de la Generala cargando un maletín polvoriento. Era el gramófono del hostal. Os lo envía la señora como regalo de bodas, anunciaron antes de desaparecer intimidadas por la mirada torcida del cura. Mazurca tomó uno de los discos de pizarra que acompañaban al aparato y sonrió pensando que así era Pilar Cuesta Reglero, generosa hasta con quienes le retiraban la palabra. Alzó el brazo del gramófono con delicadeza y acomodó la aguja en el extremo de la membrana dejándola caer suavemente sobre el primer surco. Sonó un vals, la melodía lejana de otras fiestas en las que él había comprometido su dignidad por una mujer de párpados orientales. Recordó con rubor el chirrido angustioso de su pierna de metal, atascada en el momento preciso en el que rodeaba con sus brazos la cintura de la muchacha, aquella levedad que nunca poseería. Miró a Merlina, sentada junto a sus padres con expresión de feliz agotamiento. Le tendió una mano y, a pesar del cansancio, ella aceptó la invitación. Los primeros compases sonaron ralentizados, pero un muchacho apuró la manivela del gramófono y la música brotó, al fin, torrencial y clara. Giraron sobre sí mismos, rodeados por una rueda de invitados arrellanados en sus sillas, y en cada vuelta crecía una esperanza entre sus cuerpos vinculada al sentido de las horas. La alegría colmaba las copas de un mosto brillante y ellos bailaban sin peso, el cabello rojo de Merlina arañando el destello de su pierna de autómata bien engrasada; los ojos azul zafiro de Mazurca arrojando un brochazo de hielo al jirón púrpura de los labios de ella. Giraban tan deprisa que era imposible distinguir sus contornos, diluidos en la misma mancha de color ciruela, el mismo cuerpo ingrávido sostenido sobre el índice de un vals al que únicamente le fallaba una nota.

EL SEXO DEL MULATO era un animal con vida propia, un monstruo prehistórico que Selva había espiado desde los riscos cuando él orinaba en el mar, de pie sobre su barca. Enorme, violáceo, completamente ajeno al resto del cuerpo. Parecía la obra de un artista distinto, más orgánico y procaz, que hubieran adherido al resto de su

anatomía. No se cansaba de observar a aquel hombre capaz de levantar un mundo con sus manos. La venta de los peces le había procurado tablas, clavos, cuerdas, herramientas con las que había rehecho y ampliado su chamizo hasta darle una apariencia de hogar precario en armonía con la naturaleza. Si el viento se inflaba y derribaba la casa la pérdida no era grande, podía recomenzar en cualquier bahía, en cualquier bosque. No se oponía a los elementos, sencillamente tomaba lo que le era dado.

Desde la lejanía, Selva se preguntaba qué sabría el Mulato del amor, de qué vientre habría nacido y a quién debería aquella virtud de no esperar nada. Prendía su fuego con las ramas caídas de los árboles, recogía las manzanas que rodaban perdidas por los caminos que mediaban entre las huertas, cazaba pájaros con unas trampas que él mismo construía con un alambre y dos tablillas. El Mulato se valía de todo cuanto carecía de dueño. Cuando llegó el invierno, Selva le ofreció dos vellones de lana a cambio de un amuleto que el hombre había tallado con su navaja en un trozo de madera de abedul, rosada y suave a fuerza de pulida. Lo ató a una cuerda y se lo colgó al cuello. Cada tarde, al ponerse el sol, se sentaba bajo la higuera y repasaba la madera con dos dedos pensando en el Mulato, cuya lengua imaginaba del color de aquella corteza.

No podía apartarlo de su mente, ni tampoco dejar de comer aquellos peces que se desprendían de su cáscara tornasolada con el leve tirón de una escama. Hasta Aurelia los había aceptado a fuerza de aderezos. En la aldea ya nadie compraba sargos ni jureles y este cambio de costumbres perjudicaba gravemente los intereses de los cofrades. Ante la avalancha de la demanda había sido imposible mantener el monopolio que exigía la casa de la Generala. Si el pueblo quería esmeraldas –como popularmente eran conocidos los peces– él no se las podía negar. Nunca subía el precio, jamás regateaba. El Mulato era firme en los negocios y su ganancia nacía precisamente de aquel desinterés por el dinero. Le bastaba con un techo, una lumbre y una barca. Era difícil cercar a un hombre así, pero los pescadores lo intentaron varias veces. Querían saber dónde los capturaba, por qué solo picaban al atardecer, qué cebo utilizaba. El Mulato callaba por costumbre dibujando tres signos imprecisos en el aire. No podía o no quería dar más pistas del origen de aquel tesoro que no le pertenecía. Puede que temiese que la codicia de los aldeanos esquilmase la especie; tal vez una cuestión de honor le obligaba a mantener el secreto a salvo de las redes. O quizá simplemente quería seguir viviendo así, día a día: regalarle un pez a Selva, orinar sobre el mar, derramar por las noches aquella música lánguida sobre los roquedales. Que solo mudasen las estaciones.

Le decía a Aurelia que iba a llenar los cántaros a la fuente o que

Merlina le había pedido que la ayudase con la plancha ahora que le pesaba el vientre como una carga de centeno. Bajaba entonces la cuesta a la velocidad de un impala y al llegar al puerto oteaba la línea del horizonte en busca de la barca del Mulato. Si la hallaba amarrada, corría al chamizo; si no, Selva regresaba a casa, taciturna, y se encerraba en sus cavilaciones durante el resto del día. Aurelia apenas percibía estos cambios de humor. Tejía, hilaba, retejaba, repasaba los surcos para que el acuífero llegase con vigor hasta su huerta el día que les tocaba la suerte de los riegos. Sembraba, armaba un espantapájaros, engrasaba la bobina. Cuando el hilo brincaba, imaginaba a su hermano batiendo una comba para que la nena saltara; si se ondulaba levemente, percibía la caricia del pan que debía estar amasando, heredero de las querencias del padre. Una vez el cordel dio un tirón tan fuerte que Aurelia tembló presintiendo que el carro de un chamarilero había estado a punto de segar la vida de Valentín.

Aunque vivían bajo el mismo techo, pasaban estaciones sin que compartiesen un puñado de palabras. Únicamente cuando el frío obligaba a prolongar la lumbre, Aurelia sentía la necesidad de recordar en voz alta pasados inviernos, las largas noches en vela de la infancia escuchando el aullido del viento, aquel espanto que solo su madre lograba apaciguar con fábulas de peces dorados. No supo de la raíz de deseo que había germinado entre los muslos de Selva, ni de los encuentros a bordo de la barca del Mulato. Porque Selva también se había dejado seducir por la vieja Irene y lo había hecho sin miedo al naufragio, arrojándose al agua con naturalidad mientras él retenía la barca para que pudiera nadar en las aguas cristalinas que circundaban el islote del Tomillar. Tampoco supo Aurelia de la hora concreta en la que, mientras recogía las mondas de manzana de la mesa de la cocina, el cuerpo de Selva dialogaba con el del Mulato en el interior del chamizo: su pecho ciñéndose al suyo, que olía a mar; su vientre golpeándole el pubis como una campanita; sus labios gruesos probando el primer sorbo de sal de aquella boca; los sexos, al fin, entrelazándose como trama y urdimbre en el telar. Una lluvia aguda comenzó a caer sobre la aldea, picando arrítmicamente el techo del chamizo. Se desnudaron muy despacio sobre el colchón de paja hasta que no quedó nada que ocultar. Él señaló con su dedo las cicatrices de los ritos de pasaje que perfilaban la copa oscura del sexo de la muchacha. Ella descubrió el tatuaje borroso de una sirena en la cara interna de su muslo izquierdo.

Aurelia se asomó a la huerta en el preciso instante en el que, en otro espacio, el animal cobraba vida entre las manos de Selva, su hocico cercado de vello husmeando el aroma a uvas maduras de la brecha de ella. Llovía con desgana y Aurelia pensó que aquella era un agua buena, que se filtraría con mansedumbre por las venas de la

tierra favoreciendo la cosecha. Las hojas de la higuera cedían al peso de las gotas de agua, borrada su sombra de la hierba rala por la densidad de las nubes, y un aroma a savia inundó la casa. Algo crujió en el piso de arriba, un gozne oxidado que se viene por el peso de la madera hinchada o una teja que los ratones desprenden al cobijarse del agua, pensó. Después unos pasos retumbaron en el suelo de madera del altillo, seguidos de un suspiro hondo y del trasiego asmático de la rueca que tan bien conocía. Aurelia preguntó con voz trémula que quién andaba ahí arriba, pero solo se escuchó el responso de una lluvia que parecía de otro tiempo. Subió las escaleras lentamente, afianzando cada pie sobre el siguiente peldaño antes de atreverse a dar otro paso, al tiempo que, en el chamizo, el animal se zambullía en lo más profundo de la sima de Selva con una felicidad desaforada, saltando dentro y fuera, ardiendo él también en aquella hoguera húmeda.

Del otro lado de la puerta Aurelia escuchó con nitidez el crujido de una silla que recibe a un cuerpo, las patas acomodándose al peso incorporado, patinando un instante sobre el suelo antes de establecerse. Giró la manilla conteniendo la respiración, dispuesta a enfrentar la visión de una fiera, de un rebaño de ratas devorando la lana o de un mozo furtivo armado con una escopeta. A lo lejos, el hocico se vertió de placer en el interior de Selva, que yacía desmadejada en el suelo de la choza, casi a la intemperie. La puerta del altillo chirrió largamente –un día tengo que engrasarla, solía repetirse Aurelia desde hacía años–, y al otro lado surgió una mano, primero, un brazo cubierto hasta el codo por una manga de lino, después. La clavícula huesuda, la cerviz de un cuello blanco, el fleco rebelde de un cabello sobrevolando la nuca. Se besaron los amantes bajo la secuencia continua de la lluvia, deshecho el nudo del deseo que los aguijoneaba desde el mismo momento en el que ella se apostó frente a su cajón de pesca, más extranjeros que nunca ante el mar de los otros. A Aurelia le tembló el pulso, los ojos clavados en un solo punto, incapaz de parpadear ante el rostro que ahora le sonreía, agotado, al otro lado de la rueca. Intentó decir algo, pero la sed le había sellado los labios con un dedo de sal. Cuando al fin pudo despegarlos, nada pudo añadir a aquel silencio. Fue su madre quien lo hizo al girar la rueca, el copo sabiamente enroscado al huso, de la que comenzó a manar un hilo blanco como un reguero de leche, la misma que aún no se le había retirado de los pechos, según le dijo tiempo después.

LLOVIÓ SIN INTERRUPCIÓN durante tres días. Al cuarto, el sol asomó entre dos nubes y las franjas de luz sesgaron la penumbra del chamizo con un haz de partículas encendidas. Solo habían salido del refugio para atender a sus necesidades detrás de las rocas. El resto del tiempo

lo habían consumido sobre aquella sábana enmohecida por el empeño húmedo del mar y la llovizna. Habían perdido la noción del tiempo y algo liberador se desató en su pecho al ignorar si era de día o de noche, lunes o jueves. No tenían hambre, apenas una sed vaga que el Mulato saciaba con un aguamanil que llenaba del agua acumulada en un pequeño aljibe. Acercaba la jarra a los labios amoratados de Selva, más hinchados que nunca por la presión salvaje de otra boca, dejando caer un hilo de agua que le resbalaba por las comisuras y estallaba en el filo de sus dientes. Reconoció en su cuerpo el sudor salino del hombre, el olor a mar de sus humores más profundos. Asomó la cabeza fuera del chamizo y una bocanada de sol le aventó los ojos. Parecía que nada hubiese sucedido y, sin embargo, tuvo la clarividencia de que su vida había cambiado para siempre. Pensó en Aurelia mientras contemplaba la rotunda desnudez del Mulato. Estaría preocupada. Quizá la habría buscado por toda la aldea, resguardándose de la lluvia con una piedra de pizarra arrancada del acuífero de la huerta. Pensaría que se había ahogado o que había huido a la capital sin decir ni adiós. Ese era el tipo de cosas que Aurelia solía imaginar cuando lo imprevisible irrumpía en su vida. Quiso sentirse culpable pero no lo consiguió. El pecho del Mulato subía y bajaba y su sexo se erguía dulcemente al ritmo del sueño. Sintió el impulso apremiante de besar al animal y recomenzar la vieja ceremonia, pero algo se lo impidió. Un presentimiento atravesó el cielo limpio de aquella mañana dejando a su paso un cauce emponzoñado de barro y hojas secas. Debía regresar a casa ahora que el Mulato dormía, porque si despertaba ya nunca más saldría de aquella madriguera que él había construido para guarecerlos de aquella lluvia sucia que asolaba la aldea en sus peores horas.

Se vistió con la misma ropa con la que tres días antes llegara hasta allí, arrugada y húmeda, y un desasosiego la acompañó durante todo el camino de regreso. Se dará cuenta de que llevo el vestido hecho harapos –presintió subiendo la cuesta–, de que huelo a hombre por los cuatro costados. Abrió la puerta de la casa con temor, pero solo encontró una cocina perfectamente dispuesta, la lumbre viva en el llar, el suelo barrido y encharcado de sol. Los pasos de Aurelia resonaron en los travesaños de la escalera con una lentitud exasperante hasta que al fin apareció en la cocina envuelta en un halo de luz y con una sonrisa pacífica. Estás aquí… ¿Llevas mucho tiempo esperándome?, musitó sin dejar de sonreír.

LA RADIO ANUNCIABA con voz de lata las bondades de las pastillas para la tos, el enérgico remedio contra la artrosis, el más nutritivo de los cacaos para la merienda de los niños. Sonaba la musiquilla de las cuñas publicitarias y los aldeanos repetían impostando la voz que nada lava tan blanco como el jabón de Marsella o que las planchas

eléctricas lo dejaban todo tan liso que su marido irá hecho un primor. Las chicas del hostal compraron las planchas a un viajante que les hizo precio y corrieron a enchufarlas en aquellos dos agujeritos que las ancianas rehuían con espanto porque por allí, decían, asomaban los pelos del diablo y quien osara tocarlos moriría fulminado. El resultado fueron varias camisas quemadas y tres de los mejores manteles de la Generala estampados con la huella negra del acero incandescente. En otra ocasión la patrona les habría reprobado tan alocado comportamiento, pero ahora ya no se la oía trajinar por la pensión. Preocupado por su salud, Michelle hizo venir a don Paco, pero, tan pronto este golpeó a la puerta, la mujer gritó con una vehemencia grosera que no quería matasanos en su casa. El pianista insistió en el reconocimiento y la Generala consintió perjurando que el médico la explorase en su consulta. Le palpó el vientre, auscultó su respiración cavernosa, le tomó el pulso; aplastó su lengua con un depresor y le tiró de los párpados para ver mejor su interior. Se detuvo en este punto un instante y luego le rogó que se vistiese. No tiene nada que vaya a matarla por ahora, dictaminó. Lo que era de esperar: obstrucción pulmonar, hígado inflamado, algo de artrosis... Y una coloración extraña en el borde de los párpados inferiores que puede deberse a la falta de vitaminas. Le entregó un papel en el que le recomendaba la ingesta diaria de varias pastillas y la abstención de bebidas alcohólicas y tabaco, indicaciones ambas de las que la mujer hizo caso omiso. Ella solo quería volver a casa y encerrarse con su hijo; contarle todos los cuentos que no pudo inventar para él porque siempre delegó las cuestiones de la maternidad en las niñeras, demasiado ocupada saltando de amante en amante como estaba sin prever la siniestra pérdida que se avecinaba. El niño la escuchaba con los ojos muy abiertos y la consolaba acariciándole una mejilla cuando rompía a llorar pidiéndole perdón desesperadamente. Perdón por ser tan mala madre, por no haberte cuidado más, por aquella sopa envenenada que no era para ti, hijo mío, todo fue un terrible error. Era él el que debía beber mi odio. Pero la vida quiso vengarse quitándome lo único que en verdad quería y no le faltaba razón, no le faltaba. El pequeño sonreía sin entender una sola palabra de aquella retahíla de remordimientos y al poco la convencía de que le enseñase a hacer pajaritas de papel o de que le trajese un pedazo de pan con chocolate.

No escuchó la Generala el bullicio de los apicultores, que llegaron una mañana al puerto en una barca especialmente alquilada para la travesía. Eran seis hombres, dos rubios y cuatro morenos, de acento cantarín y mirada animosa. Ninguno tenía más de veinticinco años y sus cuerpos vigorosos destilaban buen humor. Cargaron sobre sus hombros unos cajones enormes de madera blanca cerrados por chapas

de metal y pagaron con generosidad al barquero. Venimos a la aldea para hacer buen negocio –le explicaron horas más tarde al alcalde–. Buscamos un lugar de costa en el que establecer las colmenas. Queremos que las abejas se aclimaten y den miel salada. Pagaremos bien los terrenos y también la posada.

Las muchachas los recibieron como a emisarios del destino. Son los salvadores por los que tanto habíamos suplicado, señora. La Generala no quiso saber nada más. Disponed todo lo necesario, les respondió sin abrir la puerta. Vivió al margen del trasiego de camas y arcones, de los asuntos de aquellos hombres con las muchachas, a los que nunca cobraron ni una moneda por sus servicios porque dedujeron que aquel repique en el pecho debía de ser el tan cacareado amor que enloquecía a los amantes de los seriales radiofónicos. Asentaron las colmenas en un terreno que arrendaron a Esperanza, en las proximidades del abedular. Vestían unos trajes de hule blanco, con caperuza y rejilla, e insuflaban un humo gris en las celdillas que dejaba a las abejas como borrachas, volando pesadamente en torno a sus cabezas. En unos meses consiguieron los primeros panales de miel salada y como inauguración del negocio ofrecieron una cucharada a cada niño del pueblo aduciendo sus virtudes para el desarrollo. Don Servando los alineó en la plaza, por orden decreciente de estatura, dispuestos a saborear el manjar prometido. La niña más pequeña de la fila, una muchachita flaca de piel casi transparente y cabello rubio, paladeó su porción con seriedad. Sabe a lágrimas dulces, concluyó limpiándose la boca con la manga de su chaqueta.

MADRE, ¿estás despierta?

Claro que sí, hija, si yo nunca duermo.

Aurelia se ovilló a su lado en la cama que había instalado para ella en el altillo, junto al telar. Descansó su cabeza sobre el pecho de la madre, que le acarició el cabello en el que despuntaban las primeras canas de sus treinta y cuatro años.

¿Cómo es tu hermano?

Aurelia guardó silencio. No sabía qué responderle a ella, precisamente a ella que lo había parido a costa de su vida, que le había entregado sus ojos y su torrente sanguíneo. Es un muchacho noble, contestó en voz muy baja, casi sin mover los labios, soñador y algo botarate. Ahora vive en Argentina, al otro lado del mar, pero volverá pronto, ya lo verás.

A tu padre le hubiera gustado viajar al otro lado del mar, pero le daban miedo los barcos... Nunca salió de la aldea. Yo no llegué ni a pisar la capital.

Somos de la tierra, suspiró Aurelia.

Es como una maldición, replicó la madre con disgusto. Te dejé muy sola, cuitadica. Todos te dejamos. Eras la más fuerte de la casa, la

única capaz de sacar la vida adelante.

Madre...

¿Qué ocurre, hija?

Cuénteme el final del relato aquel. El del pez dorado.

La mujer se inclinó sobre su oído con una sonrisa espectral y dos malvas frescas prendidas de los ojos. Una luz tenue penetraba por el ventanuco amalgamándose con las sombras, con el vestido oscuro de Aurelia y hasta con las propias sábanas. Susurró unas palabras que le sonaron a liturgia, a fórmula mágica y ancestral, pero, antes de que pudiera desvelar el misterio último de la fábula, los párpados de Aurelia se cerraron a plomo como dos fardos de heno cayendo sin remedio, interminables, contra su voluntad.

El frío no facilitó las cosas. Aquel año el invierno burló al otoño cubriendo los riscos con una capa de neblina y escarcha. No tuvieron tiempo los higos de madurar y las calabazas no alcanzaron la gloria de pasadas cosechas. La tierra se dispuso al letargo. El pueblo entero lo hizo. Frente a las montañas heladas se extendía un mar de brea, opaco y sin respuestas. Las calles se quedaron desiertas, las casas cerradas a cal y canto. Tan solo los escolares conseguían arañar la costra de hielo de aquel tedio tan parecido a la muerte. Cantaban con aplicada inconsciencia los salmos que don Servando les repartía manuscritos en unas cuartillas manoseadas, grises. En algún momento, aprovechando un descuido del profesor, su mirada escapaba, furtiva, por el vano de la ventana. Los mayores introducían entonces su mano distraídamente bajo la tapa del pupitre y acariciaban una cartulina de color rojo, azul, verde, doblada en forma de grulla. Pensaban en ella al unísono, conjurando así la frescura de su presencia en el aula. Imaginaban que regresaba a la aldea y los rescataba de aquella vida sumisa, sin desgarro; que los tomaba de la mano y los llevaba a los bambudales de Kioto, a las costas de Yokohama, lejos, muy lejos. Don Servando se ajustaba las gafas con desagrado. Había percibido un ligero desajuste en el tono de la canción y ya no eran fechas para cometer esos errores con la Semana Santa a la vuelta de la esquina. Le había prometido a don Serafín que convertiría a los muchachos en un coro de ángeles y aquello estaba lejos de la gloria celestial. Más salmos y menos matemáticas, Servando, le ordenaba el cura. Estos niños se van a ganar la vida en el mar o en las huertas. No necesitan más conocimiento que el de la piedad.

El Mulato rellenó de paja las paredes de su choza para que Selva no sintiera el frío. Lo visitaba a diario y siempre aparecía con una sorpresa oculta en un saco de tela: un trozo de queso, un puñado de nueces, un libro de poemas orientales hurtado de la alacena. Ahora que Aurelia se pasaba las horas muertas en el altillo era posible imponer su ley. Hacía semanas que apenas salía a la calle y juraría

haberla escuchado susurrando en soledad. Únicamente abandonaba su cuarto para sorber el caldo de pescado que el Mulato les regalaba cada día. Los pescadores, en cambio, malvendían el fruto de su esfuerzo. ¿De dónde los sacará ese vagabundo? Le siguieron. Trataron de tenderle una emboscada, contraviniendo las leyes no escritas que rigen en el océano, pero el intento no prosperó. El Mulato era taimado y al avistarlos se dedicó a caracolear sorteando los escollos con una habilidad de que la que ellos carecían, hasta que lo perdieron de vista.

En aquellos días helados solo una vez Aurelia franqueó la puerta de su casa y lo hizo para visitar a don Heliófilo. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de él y su madre le había rogado que le llevase un hatillo de víveres a aquel hombre que siempre fue tan amable con ellas. Recuerda cómo te atendió cuando andabas como una sonámbula, rememoró la mujer ajustando el peine del telar. No quería ir, era cierto. Acostumbraba a enviar a Selva con algún donativo y esta siempre regresaba con un olor a rancio sobrevolándole las ropas. Temía encontrárselo rodeado de basura, con la bata raída y la mirada extraviada. Sabía que comía cualquier cosa, que los sesos se le habían licuado de tanta lectura y ella prefería recordar al viejo maestro, ridículo y tierno; aquel hombre con la cabeza perdida entre las nubes que contaba astros como legumbres.

No encontró podredumbre en aquella casa, al contrario. La salita estaba limpia, recién baldeada, y el sillón de lectura había sido cuidadosamente remendado con una tela fina color vino. Sobre la mesa camilla algunos libros se apilaban por orden alfabético junto a un jarrón de melisa que llenaba el cuarto de un aroma tibio a limonar. Don Heliófilo la recibió con alegría. Los años no habían pasado de largo, era cierto, pero costaba creer que aquel hombre bien peinado, vestido con un batín de lana algo apolillado pero pulcro y oloroso a agua de jazmín, era el anciano decrépito que Selva le había descrito tantas veces con una mueca de repugnancia.

Le ofreció una taza de té que ella rechazó alargándole el paquete con todo lo que su madre dispuso para él: una camisa de lino, dos pares de calcetines de lana, un pedazo de tocino y algo de fruta. El maestro se lo agradeció profusamente y le preguntó si tenía noticias de Valentín. Yo, le dijo con tristeza, hace mucho que no he vuelto a saber nada. Aurelia no pudo darle más razón que una sonrisa forzada. El hilo, ya sabe, eso es todo. Estaba a punto de irse cuando un detalle la detuvo. Tras el jarrón, entre una torre de libros y un reloj de leontina, empalidecido por los años, halló el retrato de aquella mujer lánguida que de nuevo la observaba desde las afueras del tiempo. Don Heliófilo señaló la fotografía con entusiasmo. Rosalía... ¿La recuerdas? Me preguntaste su nombre hace muchos años. Claro que la recuerdo, respondió Aurelia con cierta nostalgia, no podía dejar de mirarla. Era

una mujer bellísima, maestro. Debió dolerle mucho su pérdida. Sí, fue muy duro para mí cuando se marchó y mucho más cuando me dijeron que había muerto de tisis, en Inglaterra. Durante años me mortifiqué pensando que yo era el culpable de aquella desgracia. Pero ahora..., quién lo iba a decir, Aurelita, resulta que todo era mentira.

Lo miró con un asomo de inquietud. Él se acercó a su oído, tanto que la mujer pudo distinguir con claridad una nota cítrica entre los jazmines de su perfume. No se lo digas a nadie –hizo una breve pausa mirando alternativamente a un lado y a otro, con desconfianza–. Cómo decirte... Ya sé que es extraño, pero... Rosalía ha vuelto. Y está tan joven y hermosa como entonces.

Don Heliófilo sonreía, iluminado por la revelación de sus propias palabras, y se apretaba el pecho como si allí dentro ardiese un candil o una cola de zorro. Soy un hombre afortunado, ¿no crees? ¿Cuántas veces regala la vida una segunda oportunidad? Ninguna, Aurelita, ahí fuera nadie vela por nosotros, solo hay cinturones de astros girando sin un fin. Nada es más indiferente que una estrella.

A Aurelia una hiel fría le revolvió el vientre y ya no pudo mantener por más tiempo la compostura. Se despidió apresuradamente, dejándole casi con la palabra colgada de los labios, y el viejo maestro le dio las gracias desde la puerta mientras ella descendía la escalera con una sensación creciente de enfermedad. ¡Vuelve a comer con nosotros cuando quieras! Y trae contigo a esa muchacha tan tímida. Ella no le oyó. La voz de su conciencia gritaba las razones que durante tanto tiempo había evitado plantearse. Que siga ahí. Haz que siga ahí, suplicaba caminando apresurada. Nunca iba a la iglesia, nunca rezaba al modo mecánico de los hombres y mujeres de fe, pero en los momentos cruciales de su vida había apelado a la compasión de una fuerza superior, imprecisa. Ya en su casa, subió de dos en dos los peldaños que conducían al altillo sin reparar en las risas que tintineaban en la huerta. Abrió la puerta y encontró a su madre tendida en la cama. ¿Por qué me miras así?, le preguntó con una sonrisa fatigada. Ella respiró hondamente antes de contestar: por nada, madre. Es que tenía ganas de volver a verla. La mujer se incorporó y sus ojos de cuco reflejaron fugazmente la luz última de aquella tarde. Ven, siéntate a mi lado. Te voy a explicar cómo debes tejer a partir de ahora. Tendrás que empezar de nuevo porque lo has hecho sin querencia y sin eso nada tiene sentido. Después iremos a ver esa bobina de hilo de la que me has hablado. Queda tanto por hacer...

SELVA LA CONVENCIÓ asegurándole que necesitaban a alguien que les cortase la leña aquel invierno si no querían morir de frío. Él podía hacer eso y mucho más. Retejaría, limpiaría de maleza los regueros de la huerta, cargaría varias medidas de agua de la fuente, arrancaría las malas hierbas antes del sobresalto de la primavera. Fue así como el

Mulato se estableció temporalmente en casa de Aurelia hasta que el invierno aflojase y pudiese volver al desierto gélido del chamizo. El acuerdo le pareció justo, aunque la idea de tener a un extraño en su hogar en las circunstancias que ahora la envolvían le resultaba una carga excesiva, pero transigió pensando que de ese modo no perdería el tiempo en afanes domésticos y podría dedicarse a lo único que verdaderamente le importaba.

El Mulato se movía por la casa sin hacer ruido, deslizándose entre los objetos como un gato. Formó dos enormes pilas de madera a golpe de hacha, ahondó en los surcos que conducían el acuífero a la huerta y fabricó una carretilla en la que podía transportar seis cántaros de agua de un solo viaje. Por la noche, después de sorber la sopa, acercaba su cuerpo a lumbre y tocaba el saxofón procurando que la melodía no alborotase las pavesas. Acurrucada en el vientre de la madre, que ahora era una esfera hueca sin pálpitos ni borborigmos, Aurelia escuchaba el eco de la música ascendiendo entre las vigas y sonreía bajo el ala protectora de algo parecido a la felicidad.

De madrugada Selva bajaba de puntillas a la cocina a despertar al Mulato, que dormía en el escaño cubierto por una manta. Lo guiaba con los ojos aún cegados por el sueño hasta su alcoba y allí le mostraba el altar de figuritas tribales que adoraba antes de dormir, la pléyade de amuletos que, aseguraba, sostenían el peso de su destino. Tomaba el sexto dedo del hombre y lo acercaba sujetándolo entre los suyos a uno de aquellos dioses panzudos de ojos de pez y en ese gesto hallaba una sutil correspondencia que encendía su cuerpo. Después se metían en la cama y hacían el amor en silencio, con movimientos tan lentos que parecían suceder bajo las aguas, hasta que ambos naufragaban en el cuerpo del otro sin haber encontrado una respuesta y al día siguiente el hombre amanecía de nuevo en el escaño de madera con aquel secreto clavado en las costillas y el cuerpo laso, dispuesto a la faena cotidiana.

Vendía toda la pesca en el mercado. Cuando la jornada no era abundante, los aldeanos se disputaban la mercancía con violencia ofreciéndole unos precios disparatados que el Mulato jamás aceptaba. Los peces eran siempre los mismos, fuesen muchos o pocos, y su precio también debía serlo. Esa era su ley. Solo a esta hora se veían almas por la calle. El resto del día imperaba la desolación. Nadie quería salir de su casa y quizá el frío no fuese el único motivo, aunque lo cierto es que durante aquel invierno un viento del norte lamió con lengua helada las ventanas y asoló los sembrados, cristales y simiente entumecidos por la escarcha, que todo lo paraliza.

Solo ellos existían al margen del frío. Acercaban su cuerpo como un ascua y el cuarto resplandecía al otro lado de las sábanas con un extraño fulgor de sombras chinescas. Se besaban ávidos, las manos

arraigando en el cuerpo del otro. Desconocían sus nombres verdaderos y las circunstancias de sus nacimientos, pero poco importaban aquellos datos. De haber sabido él cómo acabaría todo –el mineral de su cuerpo bajo la higuera, su sexto dedo iluminando las madrugadas del altar junto a la caja de latón que atesoraba las cartas salvadas del fuego de Tomás Golondrina–, habría actuado del mismo modo en que lo hizo: amante, irreflexivo, dispuesto a perderse sin brújula en la selva de aquella mujer ignorada por todos; la diosa que repartía la dádiva del mundo en su regazo con la misma generosidad con que sajaba una sandía.

VÍRGULO NACIÓ al comienzo del deshielo. Su madre no había salido apenas a la calle durante aquel invierno y en la aldea se rumoreaba que había perdido al niño al cuarto mes de embarazo. Sabían que era un varón porque una anciana ducha en estas lides había alzado sobre el vientre de Merlina un péndulo de plata y este había oscilado trazando una línea horizontal de dudosa precisión al principio, que al ganar fuerza abarcó el diámetro de su abdomen. La anciana sonrió dejando entrever unas encías rosadas sin asomo de dentadura y les anunció que por primavera les nacería un varón pequeño y nervioso como un rabo de lagartija. Con este mismo péndulo, les dijo, he vaticinado la preñez de cuatro vacas y una perra sin errar ni una sola vez en el sexo de los cachorros, así que podéis ir haciéndoos a la idea de que un hombrecito llegará a esta casa dando guerra.

Rompió aguas mientras planchaba en el viejo cuarto de las sábanas, al agacharse para ajustar un enchufe que pendía de la pared. Mazurca mandó llamar a don Paco y este acudió al cabo de un buen rato, cuando la mujer ya se retorcía en una marejada de contracciones que le nublaban la conciencia. Les advierto, anunció quitándose el abrigo, que este será el último parto que atienda. Para estas cosas está la matrona. Yo ya estoy mayor para andar trayendo niños al mundo.

Nació por parto natural apenas una hora después. Dos kilos seiscientos, proclamó el doctor tras colocarlo envuelto en un paño sobre la romana. Es pequeño, pero llora con la fuerza de tres muchachos. Será un rebelde, bromeó lavándose las manos en el aguamanil que Mazurca le ofrecía. Sufría de congestión, le faltaba el aire, pero no podía apartar la vista de las piernecitas blancas de aquel cuerpo minúsculo. Eran dos. Dos filamentos menudos rematados por unos pies cuyos dedos se estiraban y contraían en un movimiento mecánico. Merlina, extenuada, tomó al bebé y lo posó sobre su pecho. Solo entonces dejó de llorar. Era verdaderamente muy pequeño, olía aún a placenta y en su cabeza se adivinaba una pelusa roja heredada de su madre. Acarició aquella piel húmeda, reblandecida bajo una capa de gelatina púrpura cuya textura le recordó la de la tripa de las ranas de san Antonio. Mazurca se acercó a su hijo con una sonrisa

nerviosa. No sabía cómo cogerlo, ni qué decir en un momento así. Al sentir su proximidad, el niño rompió a llorar de nuevo y el llanto no cesó hasta que su padre se alejó cuatro pasos de la cama. No se preocupe, le consoló el médico antes de irse, les pasa a muchos. Al principio solo quieren a la madre. No olvide que usted no puede amamantarle y eso lo saben bien. Vaya si lo saben.

Lo bautizaron Virgilio porque, días antes de su alumbramiento, Merlina se había soñado a sí misma llamando a gritos a alguien con ese nombre bajo el cenador emparrado de un jardín nocturno. A pesar de la oscuridad que envolvía la escena había algo onírico en ella, algo que hacía dudar del brillo cegador de las luciérnagas, del aroma penetrante a damas de noche, rodeadas de sauces y alisos, de veredas con un rumor de agua oculto en un recodo. Llamaba a Virgilio y nadie respondía, pero un resplandor lejano le infundía tranquilidad porque sabía que en aquella llamarada se escondía el portador del nombre y ella lo repetía solo por saborear el oro fecundo de sus sílabas. Vir-gi-lio. Vir-gi-lio. Don Serafín dejó caer un hilo de agua sobre su cabeza y el recién bautizado gimoteó. Llora porque es amargo renunciar al pecado, sentenció el párroco. Pero se acostumbrará.

Nadie lo llamó por su nombre salvo su madre; para los demás siempre fue Vírgulo. Alguien mencionó que sus piernas eran delgadas como dos rayitas trazadas por un niño en un cuaderno, igual, igual que dos virgulitas. A Mazurca no le importaba que sus piernas fuesen de alambre siempre que le sostuviesen. Su obsesión era que el pequeño caminase con premura, que aprendiese a huir del peligro antes que a balbucear palabras sin sentido. Le lanzaba un puñado de bellotas para que gatease en pos de ellas; sostenía una manzana roja en el aire para estimular su aún endeble equilibrio. Meses más tarde, ya entrado el verano, Vírgulo se alzó por primera vez en el aire. Su padre lo miró atónito desde el otro lado de la sala. Sabía que aquel ímpetu duraría poco, que dos segundos después se derrumbaría como un montón de arena, pero no corrió en su auxilio. Prefirió admirar desde la distancia aquella figura erguida sobre dos piernas que iniciaba el camino a todas las desdichas, a la huida entre los árboles con dos teas quemándole las mejillas, al descubrimiento de la crueldad. Treparía por el tronco del cerezo como él mismo hiciera en otro tiempo, levantaría cabañas que la pedriza se encargaría de derribar durante el invierno; robaría el nido de los pájaros, burlaría su luto para llorar después junto a sus cuerpos desmembrados sin saber que lo hacía por sí mismo. Mazurca sonreía satisfecho. Su semilla había prosperado, había originado una anatomía completa, sin rasguños, izada ahora como una vela en mitad del comedor. Vírgulo miró a su padre con pasmo, sorprendido él mismo por lo insólito de su proeza, y Juan Mazurca se preguntó cuánto tiempo podría defender

aquella plenitud.

ENVIÓ UNA CARTA a las oficinas centrales del Gobierno Civil. Le dio una buena propina al barquero a cambio de que llevara aquel sobre en el bolsillo interior de su chaqueta. No quería arriesgarse a que la galerna sacudiese las sacas y su renuncia al puesto de médico local acabase devorada por los peces. Don Paco se sentó en un poyete del puerto. Por primera vez tras el sitio impuesto por el viento del norte, una brisa acalorada rizaba la bahía devolviéndole su brillo. Escuchó a lo lejos los gritos de las pescaderas, el rifirrafe de las desescamadoras puliendo el lomo de la mercancía, que aseguraban era más fresca que nunca; el llanto de algún niño golpeándose contra el suelo. El acuífero saltaba pendiente abajo, abierta de nuevo la compuerta de pizarra por orden municipal, y su vena surtía a las huertas de un agua que aún sabía a hielo. Crecían los tubérculos bajo la tierra, únicos supervivientes del frío, al ritmo de mandíbula del telar de Aurelia. Contempló el hilo con ojos nuevos, tan acostumbrado a su visión que la confundía con el rabo de nubes que se retiraba hacia el oeste. Dentro, en algún vértice oscuro de sus pulmones, tintineaba aquella campanita dislocada, y si trataba de inspirar profundamente sentía cómo el oxígeno se fugaba sin remedio. «Debido a mi precario estado de salud me veo obligado a renunciar a mi puesto y solicito que tengan a bien enviar a un sustituto antes de final de año». Cuarenta años de servicio; cuarenta inviernos sobreviviendo a la humedad, a las epidemias de tosferina, al mal de huesos. Conocía los cuerpos de aquella aldea con precisión de cirujano: los pechos caídos de las ancianas, los vientres abultados de los pescadores, las vaginas lúgubres de las beatas. Eccemas, desgarros inconfesables, nódulos henchidos de linfa. Había traído al mundo varias decenas de niños, había cegado y había devuelto la vista. Había abierto en canal el vientre preñado de quince mujeres y solo una se le había muerto entre las manos. Había anunciado la muerte y también la vida. Le quedan tres meses, atestiguaba sin mirar a los ojos del enfermo que le preguntaba angustiado si llegaría vivo a la temporada de los erizos de mar. Espera usted gemelos, y la mujer se encendía como el alambre de las bombillas, apretaba la mano de su hombre y, al día siguiente, este aparecía en su consulta con una cesta llena de sargos frescos que él regalaba a don Serafín porque no soportaba aquel sabor a mar, su sal hedionda.

La brisa remontó la bahía y acarició brevemente el cabello encanecido de don Paco. Cerró los ojos. El verano acababa de desatar el nudo frío de la primavera en algún punto del aire y bien sabía lo que traería consigo aquella victoria. Cometas al cielo, verbenas, fiesta de la cosecha, pero también estómagos afligidos por el mal de las aguas, alguna insolación. El año que viene todo habría terminado. Se

iría con su mujer a pasar algunos meses fuera, probablemente a casa de su hermano, en la capital. Cambiaría de aires, viajaría al interior. Tal vez cruzaría la frontera para conocer a ese sobrino que ejercía la medicina en Francia. Abrió los ojos y el sol los golpeó sin delicadeza. Algunos aldeanos habían salido de sus madrigueras buscando un recorte de luz que sanease su piel, un rescoldo sobre el que tenderse en mitad de la calle. Caminaban solos, y, sin embargo, no se acercaban los unos a los otros. El médico observó su peculiar manera de deambular, ligeramente inclinada hacia un lado, como si tratasen de proteger un vacío. Le sorprendió descubrir entre los viandantes matutinos a la Generala, que no solía levantarse antes de las cinco de la tarde. La saludó con un movimiento de cabeza y la mujer reaccionó de un modo extraño, virando repentinamente el rumbo de sus pasos. Giró la vista hacia la casa de don Heliófilo y se preguntó cómo habría sobrevivido a aquel invierno, tan solo en ese laberinto al que le había hecho llegar cada semana una caja con algunas viandas, lo justo para no morirse de hambre. Su mujer diezmaba el paquete, bien lo sabía. Odiaba al viejo, decía que era un rojo y un parásito al que no tenían por qué alimentar. Lo hago porque me da la gana, le respondía él secamente. Don Paco apreciaba a aquel hombre. Le recordaba barbilampiño, las cicatrices de un mal afeitado cruelmente inflamadas el día en que llegó al pueblo. Era casi un niño, pero se rumoreaba que había leído más de un millar de libros. Los muchachos no le hacían mucho caso, debían pensar que era un lunático. Solo aquella chica, la de la discordia. Se acercó demasiado a él y no supieron detener la torrentera. Cuando todo se supo a punto estuvo el padre de la muchacha de pegarle dos tiros. Él mismo le dio la noticia. De cuatro meses, le dijo. El hombre apretó la mandíbula. ¿No se puede arreglar?, preguntó enrojecido de cólera. No se podía. Él no hacía esas cosas y mucho menos si la vida de la muchacha peligraba. Lo mejor era irse, poner un mar de por medio. Lloró Heliófilo. No lo pudo evitar la tarde en la que él mismo le prohibió que saliese de la escuela durante una semana a fin de que el capitán no le descerrajase el pecho antes de abandonar la aldea. Desde el puerto, sentado en este mismo poyo, el médico lo descubrió asomado al ventanuco trasero de la escuela observando con ojos febriles cómo el barco soltaba amarras para no regresar jamás. Ella iba pálida como un espectro, envuelta en un pañuelo de gasa floreada que el viento inflaba desde la proa. ¿Cómo era que se llamaba aquella muchacha? Tenía una mirada lánguida, algo enfermiza. Su nombre sonaba a primavera. A deshielo.

LLEGÓ CON LOS OJOS cubiertos por un velo de sangre pegajosa que le impedía abrir las pestañas. Selva no se explicaba cómo había podido subir la cuesta de aquella guisa, si ni las rodillas podían sostener su cuerpo magullado. Pobre, pobrecito mío, qué te han hecho. Llamó a

gritos a Aurelia para que la ayudase a acostarlo en su cama y, aunque la mujer respondió de mala gana, al ver al Mulato en tal estado se quedó sin habla. Cómo podían haberle hecho algo así. Todo por envidia. Porque nadie encuentra esos peces, solo él, y en esta aldea no soportan los secretos aunque todos esconden alguno en la trastienda. Aurelia deambulaba soltando espumarajos de un lado al otro, salpicando de saliva los paños de caléndula que Selva le aplicaba en las heridas. Cuando el hombre se adormeció, regresó al telar y le contó el escarnio a su madre. Han sido los pescadores, que le tienen ojeriza desde que llegó a la aldea. Lo tomaron por un mendigo, pero ha sabido ganarse la vida vendiendo su pesca y ellos solo traen los sargos insípidos de siempre, que nadie quiere comer después de haber probado las esmeraldas. La madre le acariciaba el cabello. Esta aldea, respondió con la mirada perdida, es un puchero de rencor.

Quince días pasó el Mulato en la cama sin poder mover un músculo ni comer otra cosa que no fuera un caldo de ave o pan desmigado con manteca. Cuando reunió fuerzas se levantó renqueando y guardó sus escasas pertenencias en un atado de tela. Agradeció los cuidados y les anunció que se iba de la casa. No quería que los pescadores tomasen represalias contra ellas por guarecerle, así que volvía a su chamizo y de ahí, quién sabe, había recomenzado tantas veces... Selva interpretaba sus gestos con un nudo en la garganta. Por primera vez le abrazó delante de Aurelia y le susurró algo al oído que sonaba a súplica. Pero el hombre quería irse solo y así lo hizo. Tuvo la prudencia de salir por la puerta trasera, la que daba a la huerta, y rodear la aldea por la zona del abedular hasta llegar a su choza, de la que apenas quedaban dos paredes en pie.

Aquella noche las lágrimas de Selva gotearon en la sopa. Imaginaba al Mulato tumbado sobre la estera, bajo el techo de su casa en ruinas. Quizá los hombres del pueblo volviesen a rematar lo que no habían podido destrozar de una sola vez o puede que cayese una tormenta que acabase de arrojarle a la intemperie. Pasó la noche en vela, contando las intermitencias del faro para entretener la espera. Recostada junto a las costillas de su madre, Aurelia podía sentir el aliento de su melancolía. Tres días después volvieron a escuchar el lamento del saxofón. La melodía pareció reanimar a Selva, que cocinó una olla de lentejas con flores de alcaparra y le dijo a Aurelia que después de comer se acercaría a llevarle una ración al Mulato. Salió a la hora de la siesta llevando sobre la cabeza un puchero templado y una bolsa de anzuelos que el hombre había olvidado en la cocina. Pasaron las horas y, al ocaso, Aurelia encendió el fuego para calentar la sopa. La esperó dos horas con los platos dispuestos sobre la mesa. Finalmente, cenó a solas y subió a tejer junto a su madre a la luz de dos cirios que engarzó en una palmatoria. Por la mañana, la casa

despertó inmersa en un silencio denso que le recordó a la niebla que anegó las estancias durante la tristeza del padre. Abrió la puerta del cuarto de Selva y descubrió su cama vacía, la colcha perfectamente dispuesta sobre el colchón, sin una arruga.

Preparó el desayuno con la pequeña esperanza de que la muchacha regresase a tiempo para ayudarla con los semilleros, pero no lo hizo. Más allá del faro se escucharon golpes metálicos desde el albor. Horas después los encontró en el mercado, vendiendo juntos la pesca del día. Él pesaba los peces en una romana y ella los desescamaba con un raspador. Parecía que llevaran faenando a dúo toda la vida, como una familia de nómadas que viaja de mercado en mercado buscando su suerte. Aurelia se acercó a ellos y con voz trémula les pidió un pez para el almuerzo. A Selva le tembló el pulso al servirle uno que aún se sacudía la muerte entre las hojas de helecho. No se atrevió a levantar la vista del empedrado. El sol de las doce reducía sus sombras a un polvo menudo como carbón de hulla y ni siquiera estas fueron capaces de mirarse de frente.

HUÍAN DE LAS PREGUNTAS por miedo a encontrar alguna respuesta. Cuando la felicidad brilla con tal intensidad, debían pensar, mejor no atender a los porqués ni a los cuándos. Al fin y al cabo, qué le importaba a la Generala el origen de aquel milagro de pantalón corto al que sacaba bien de mañana a pasear por las calles menos concurridas. A veces habían osado acercarse a la escuela como dos mendigos al escaparate de una panadería. Observaban por una rendija los movimientos de don Servando a la hora del dictado, los rostros acalorados de los muchachos de la primera fila junto al brasero donde se consumían las últimas ascuas de la temporada; de todos era sabido que hasta el cuarenta de mayo no debían quitarse el sayo y don Servando más que nadie profesaba esta religión ancestral de los refranes y ni por esas conseguía espantar el frío. A la Generala le hubiera gustado tocar a la puerta y que el maestro le preguntase con tono amistoso quién era aquel mozalbete. Ella hubiera contestado loca de orgullo que aquel niño hermoso era su hijo, sí, su hijo, dotado de una imaginación y una inteligencia fuera de lo común; si le cediera un pupitre pronto comprobaría lo diestro que era con la aritmética y las ciencias de la natura. Pero lo único a lo que se atrevió fue a pedirle en una ocasión a don Servando unos libros de cuentos y otro de Historia, y ante la mirada desconcertada del maestro, que se recolocó las gafas al menos tres veces con un tic nervioso, aseguró que ella misma quería ponerse al día en algunos conocimientos y fantasías para amenizar las veladas del hostal.

Tampoco Aurelia quiso preguntarle a su madre de dónde venía, qué había hallado al otro lado de las sombras y cómo era posible que ahora estuviese allí, a su lado, pasándole el peine al telar mientras ella

componía la trama, ayudándola con la rueca, engrasando los ejes de la bobina al tiempo que ella recogía el primer canasto de fresas de un verano temprano. Y aunque debía morderse la lengua para no lanzar estas y otras cuestiones, como dónde estaba su padre y por qué no regresaba él también a la tierra de los vivos, si acaso le guardaba algún rencor a ella o a su hermano, prefirió andarse con tiento no fuera a ser que una ráfaga de viento se llevase lo que más quería en este mundo como castigo a su curiosidad.

Alguna vez intentó llevarla a los riscos bien temprano, a pasear hasta el arroyo, pero la madre siempre estaba cansada, como si hubiera revivido hasta un punto y la energía solo le alcanzase para lo cotidiano. Aunque en ningún caso perdonaba la visita al carrete de hilo, del que era experta adivinadora. Le daba detalles a Aurelia que esta jamás hubiera podido dilucidar, como que Valentín había ascendido en su trabajo y ahora tenía un pequeño despacho para él solo, o que su mujer estaba encinta del segundo hijo. Será varón esta vez, señaló con aplomo. Como él desea. Supo también que se habían mudado de departamento y que ahora vivían en una casita de arriendo en el barrio de Belgrano, cerca de un café donde Valentín daba clases de tango a cambio de una copita de calafate y unas monedas con las que iba preparando la canastilla para el bebé. Está feliz, hija, pero no nos ha olvidado. Mira cómo se agita el hilo por la mañana, que son las horas de su sueño más profundo. Eso es porque sueña con este mar. Y Aurelia imaginaba a su hermano enseñando a las turistas americanas a bailar tangos al salir de la oficina, muertas de risa cada vez que daban un traspiés, tan rubias y entradas en carnes. Alimentaba la bobina siempre que era necesario y a veces, entre giro y giro, pensaba en don Heliófilo. No podía evitar preguntarse por qué él habría perdido la cabeza justamente ahora que a ella le había sucedido este milagro, si no habría enloquecido ella también de tanta añoranza, pero la madre la llamaba desde la huerta para que corriese a echar venenos a una hilera de orugas y olvidaba este pensamiento aciago porque nada era más real que aquella mujer con un pañuelo portugués anudado a la barbilla.

La campana de cristal que encerraba sus vidas en un feliz reencuentro se habría mantenido así durante años, discreta y radiante, amparando los pequeños paseos de la Generala y su hijo; la labor interminable de Aurelia y su madre, empeñada esta en que tejieran juntas un camisón de lino para su noche de bodas, por más que la muchacha le replicaba que nunca habría tal noche o que quizá ya la había vivido, aunque no en una cama sino en un lecho de corales blancos; la conversación interminable de don Heliófilo y Rosalía tras el almuerzo; los amores de los pescadores con sus primeras novias muertas de tisis tiempo atrás o el reencuentro de algunas mujeres con

los soldados caídos en la guerra que regresaban ahora por la puerta de atrás y les hacían el amor con desespero mientras sus maridos se atiborraban de vino en la taberna. Todo aquel desbarajuste entre vivos y muertos, tan secretamente celebrado por unos y otros, habría continuado su festín quién sabe durante cuánto tiempo de no ser porque una mañana, tras la verbena de San Bartolo, Juan Mazurca despertó sobresaltado con un regusto a hiel en el paladar. A su lado Merlina dormía profundamente, enmarañado su cabello rojo sobre la almohada de lino bordada con sus iniciales, sin darse cuenta de que algo bullía bajo las sábanas. Abrió los ojos Mazurca con desmesura al alzar la tela y descubrir la evidencia de que su cabeza ya no regía como debiera. Y es que ella estaba allí, tal y como la recordaba. Intacta, musculada, firmemente enraizada a su cuerpo. La constelación de lunares dispuesta en forma de Osa Mayor no dejaba lugar a dudas: aquella era su pierna. La misma que salió volando una mañana de otoño sobre un alcornoque grueso, recién descorchado.

MERLINA HIZO LLAMAR AL MÉDICO con recado urgente. Le dio dos monedas a un muchachito flaco al que apodaban el Galgo a cambio de que fuese a buscar a don Paco a su casa y lo trajese en volandas hasta la alcoba de Mazurca. Dile, le rogó angustiada, que Juan ha perdido la razón y está gritando como un loco. Encontró al médico jugando al ajedrez en casa del cura, mientras su mujer y la hermana del párroco bebían té de achicoria. Señor médico, corra a casa del cojo que dice su mujer que se le han ablandado los sesos.

A Mazurca lo encontró tumbado en la cama, sudoroso y gritando algo de la gangrena y de una curación milagrosa. Don Paco trató de sosegarlo y el hombre tiró de la sábana dejando al aire su cuerpo en cueros vivos. ¿Ve lo que le digo, doctor?, preguntó exaltado. Don Paco examinó su muñón desde varias perspectivas y lo halló tal cual lo había reconocido la última vez, cuando dos meses atrás Juan Mazurca había visitado su consulta aquejado de un dolor de cicatriz agravado por el temporal marino. ¿Qué debo ver, Juan? ¡Pues qué va a ser, por Dios! ¡La pierna, doctor, la pierna! Y señaló bajo su muslo quebrado un vacío de sábanas revueltas. El médico se acercó a él, fingió palpar el miembro invisible y, al decir el enfermo que podía sentir sus manos en la piel de la extremidad, dictaminó que sin duda se trataba de un caso extremo de pierna fantasma. Aunque puedas verla, Juanito, lamentablemente la pierna no está ahí. Es una ilusión.

Juan Mazurca bajó la mirada, entristecido, y al alzar de nuevo los ojos hacia el médico un brillo centelleó en la penumbra de la alcoba. Don Paco se acercó a un palmo de su rostro y con dos dedos tiró de sus párpados inferiores descubriendo en su interior una media luna de un verde intenso. Aquel color… ¿Pasa algo, doctor?, le inquirió Merlina, asustada. ¿Qué habéis comido últimamente?, preguntó don

Paco. Parece una intoxicación. La mujer le respondió que poca cosa, que andaban algo desganados. Don Paco le descubrió los ojos, pero no halló en ellos restos de cardenillo ni tampoco en los del pequeño Vírgulo. Solo hemos tomado un poco de pescado durante las últimas semanas. Solo eso. ¿Qué pescado?, insistió el médico con un incipiente dolor de sienes. Pues cuál ha de ser, don Paco. Los peces del Mulato, los que come todo el mundo menos usted, que ya sabemos que gusta más de las carnes.

Visitó varias casas aquella tarde y en todas ellas reconoció la cucharada verde en los párpados y una hostilidad manifiesta al reconocimiento médico. No fue fácil convencer a la Generala –atrincherada en su cuarto desde hacía meses, la pensión en manos de las muchachas, el pianista y la cocinera– de que accediese a someterse a un nuevo examen. No se preocupe, señora, no tardaré nada. Solo deseo verle otra vez los ojos, se excusó el médico tratando de no perder la compostura.

En la taberna encontró el mismo tinte verde en la rebaba inferior que en la escuela o en el mercado. Los aldeanos le preguntaban si aquello era grave, si se iban a quedar ciegos o estrábicos, pero él los tranquilizaba diciéndoles que seguramente era una intoxicación alimentaria, cosa de poco. ¿Qué han comido últimamente? La respuesta era unánime.

En caldo, a la sal, escabechados o al horno. La aldea entera había ingerido los engendros de escamas tornasoladas que vendía aquel hombre mudo que vivía en una choza, más allá del espigón, por donde la quebrada de los santos. Hasta el cura, poco dado a los festines exóticos, tenía las cuencas de los ojos del color del jade. Echó la vista hacia el extremo occidental de la aldea y acometió el ascenso a aquella casa a la que no había vuelto desde hacía muchos años. No le gustaba Aurelia, nunca le había inspirado otra cosa que desasosiego y mala conciencia. Recordaba el vientre abierto de su madre y aquellos ojos inmensos de la muchachita descubriéndolo todo desde el quicio de la puerta.

Aurelia tardó un tiempo en abrirle, tanto que a punto estuvo de tomar el camino de regreso. En la trébede humeaba un puchero de pescado. ¿Qué cocinas Aurelia?, preguntó el médico tirándole de los párpados. Caldo de pez, don Paco. ¿De esos pescados que vende el Mulato? Sí señor, de esos mismos. Tenía los ojos de un verde casi fosforescente, inundada incluso la esclerótica de aquel veneno que se esparcía como una enredadera en torno a su iris. Será mejor que no comas eso hoy. Creo que los peces os están envenenando y puede ser peligroso. Aurelia asintió sin comprender. Aquel caldo era una delicia, nunca había sentido malestar alguno, ¿por qué habría de ser veneno? Sin duda se trataba de otra estratagema contra el Mulato, querían

matarlo entre todos, pueblo de asesinos.

Por cierto –el doctor se giró en el umbral de la puerta–, ¿últimamente has visto algo extraño?

La mujer no entendió a qué se refería y el doctor le contó en voz baja el caso de la pierna de Juan Mazurca. Creo, apostilló, que el veneno podría estar causando desvaríos. Aurelia sintió cómo el aire se agolpaba en sus pulmones. Tosió dos, tres veces, y en cada sacudida el corazón quiso salirse de su cárcava. Despidió al médico dándole las gracias por su preocupación y le aseguró que ella no había visto nada digno de mención. Nada en absoluto.

LA CONFIRMACIÓN LLEGÓ una semana más tarde con el resultado del análisis de uno de aquellos peces que el doctor le había comprado al Mulato para enviarlo a un laboratorio de la capital. El diagnóstico era claro: se trataba de una *Sarpa salpa*, un pez cuya ingesta producía potentes alucinaciones debido a las algas de covacha de las que se alimentaba. La mujer del presidente de la cofradía fue la primera en confesar y lo hizo entre lágrimas porque desde hacía meses engañaba a su actual marido con su difunto, que había regresado una tarde fría de invierno y se había metido en su cama como si tal cosa. Desde entonces la frecuentaba día sí día también, y ella, que lo había querido tanto, se había encariñado con él de tal manera que no veía el modo de romper el sortilegio. Después confesaron los niños, que compartían canicas y merienda con algunos compañeros fallecidos durante la peste de la tosferina. No dije nada, gimoteaba una chiquilla, porque creía que me iban a castigar por hablar con un muertito. Finalmente, la mayoría de los aldeanos admitió haber cohabitado, bebido, conversado y hasta celebrado nupcias secretas con algún finado.

El alcalde mandó tocar a rebato las campanas hasta reunir en la plaza a un grupo numeroso y desconcertado. Los niños jugaban al tula entre los corros de aldeanos y don Servando los llamaba al orden agarrándolos por el cuello de la camisa. Cuando don Paco salió al balcón del consistorio no se anduvo con medias palabras. El pueblo está siendo envenenado, afirmó rotundo, y la culpa de todo la tienen esos peces verdes que os están provocando unas visiones que muchos habéis ocultado por creerlas verdaderas. Pero no lo son. En cuanto dejéis de comer esos bichos se irán disipando y vuestra salud se restablecerá. Hablaba el alcalde y los aldeanos se observaban los unos a los otros con desconfianza. No todos habían acusado fantasías. Algunos, quizá los de más profunda raigambre en la realidad, habían mantenido la cordura y, sin embargo, estos eran los que lucían un rostro más adusto. Miraban a los otros, los hechizados, como les dieron en llamar, y un rencor indómito les pudría el pensamiento. Eran muchos, más de medio centenar anotó el médico en su registro y alguno más habría que negaba las visiones por miedo a las represalias.

Niños, hombres, mujeres y casi todos los ancianos de la aldea. Alguno veía a más de tres o cuatro difuntos, incluso hubo quien congregó una tertulia en la que solo era uno el que respiraba.

El médico cabeceaba mientras su mujer escribía con letra apretada en el cuaderno el nombre, síntomas y naturaleza de las visiones de los afectados. Y no mintáis, porque bien se os reconoce, que todos los que tenéis los párpados manchados de verde estáis alucinados. Confesaban de uno en uno, dóciles como corderos. Algunos lo hacían llorando porque sabían que el testimonio implicaba la despedida. Una pescadera gritaba que ella no estaba loca, que su hermano era tan real como que estaba sentado a la vera del señor alcalde, haciéndole burlas durante todo el discurso, usted lo perdone. Los niños corrieron a refugiarse en las faldas de sus madres, lejos de aquellos muchachos que los miraban con una tristeza lívida desde el otro lado de la plaza, vestidos con sus trajes marchitos de domingo, dispuestos al juego como cada tarde. Largaos de aquí, les rogaron en un aparte, que ya sabemos que estáis todos muertos y os van a echar a pedradas del pueblo.

En el fragor de las súplicas –no nos deje sin los nuestros, señor alcalde, ahora que éramos tan felices– Aurelia subió corriendo la cuesta hacia su casa. Su nombre no constaría en el registro. No quería purgantes, ni alivios de nogal. Si en el vientre de aquellos peces residía el alma de su madre, ella misma saldría a pescarlos en caso de veto.

¿Qué ocurre que vienes boqueando?

Aurelia contempló aquella imagen con nostalgia premonitoria. Su perfil, los ojos levemente entornados por el sueño, el cabello oscuro resbalándole sobre los hombros aún tersos. Se preguntó si aquella mujer no sería más joven que ella misma y sintió una vergüenza súbita por las grietas incipientes de su piel. Mi madre es una muchacha que no llega a veinticinco años y yo voy camino de los cuarenta, pensó con amargura.

Todo está bien, madre, respondió tratando de aparentar calma. Parece que habrá tormenta y la gente anda revuelta como las moscas.

La Generala tampoco acudió a la cita. En su lugar envió a dos muchachas y estas regresaron a casa sobrecogidas, atando los cabos sueltos de aquel tiempo incierto. ¿Por qué me miráis así?, preguntó furiosa la patrona. No le importaba lo que dijese el médico, ese fascista no soporta la felicidad de los pobres, gritaba. Michelle le rogó que bajara la voz, que el alguacil rondaba las calles haciendo requisa de pescado y que si le oía proferir semejantes injurias daría con sus huesos en el terrado del calabozo. Además, insistió ella, ¿qué mal le hago yo a ese curandero por leerle a mi niño los cuentos que no me dio tiempo en vida? Rompió a llorar de pura rabia y ordenó a las

muchachas que fueran corriendo al chamizo del Mulato. Nunca habían escuchado el llanto de aquella mujer poco dada a las ternezas y aquel chillido sincopado y torpe les revolvió el corazón. Compradle todo el pescado que tenga en casa antes de que llegue el alguacil. Daos prisa.

Cuando las muchachas alcanzaron la quebrada varios aldeanos se disputaban ya la media docena de peces que coleaban en el cajón. Selva lloraba atemorizada por la agresiva demanda de aquellos hombres que amenazaban al Mulato con quemarle vivo si no les revelaba el origen de los bancos de esmeraldas, pero el Mulato se encogía de hombros y señalaba al mar con ambigüedad.

El alguacil organizó brigadas civiles de vigilancia. Como medida cautelar, le prohibieron la pesca al Mulato, al que encarcelaron durante tres días frustrando así cualquier tentativa de embarque. Pasado este tiempo en el que apenas comió un mendrugo de pan mojado, le abrieron las puertas de una patada y le requisaron la barca. Si quería pescar tendría que irse a otro pueblo, allí no había mar para él. Así se lo dijo el alguacil, escupiéndole en el pecho un esputo amarillo que se lavó en el puerto, de regreso a la choza donde Selva le esperaba enferma de insomnio.

El propio alcalde acompañó al alguacil en el registro de las alacenas, casa por casa, pertrechados de un baúl donde guardaron los restos de los peces, que algunos ya habían convertido en salazón a fin de conservarlos durante más tiempo. Hallaron pucheros escondidos bajo las camas, raspas envueltas en pañuelos de fiesta, entre los sostenes de las mujeres, dentro de las cajas de anzuelos, colgadas de los armarios. Una anciana había guardado los restos de un caldo en la pila de lavar la ropa, creyendo que nadie iría a husmear allí, pero don Paco era exhaustivo en la inspección. Aquel era su último servicio como médico y quería hacerlo con el celo que tal vez le flaqueó en los años postreros de su ejercicio. No permitiré que acabéis convirtiéndoos en muertos andantes, les decía, y ordenaba abrir cajones, arcas, sayas y tenadas. Prohibió a los hombres acercarse al chamizo del Mulato bajo pena de cárcel y excomunión. Que no me entere yo, les advirtió autoritario, de que andáis en tratos con ese. Pocos días le quedan en el pueblo, que ahora que no puede pescar acabará por irse de aquí.

Algunos consiguieron escatimarle algunas hebras a la requisa, aunque tratándose de pescado poco podría durar la bonanza. Aurelia cenó a oscuras, bajo la mesa de la cocina, la carne reseca de un pez con el que había cocinado un caldo abundante días atrás que escondió en una garrafa de vidrio a la que dio sepultura en la huerta. De cuclillas bajo el tablón, su madre pugnaba por encender una vela protestando a cada fósforo por lo insólito de aquella postura, pero la muchacha fue inflexible. Si nos descubren nos separarán de nuevo, no

sea testaruda. No sabe cómo es don Paco, en esto bien se ve que es usted una chiquilla confiada, la reprendió agachándose para sorber el caldo frío. La madre plegó sus rodillas y Aurelia observó cómo le brillaban los ojos de cuco a la luz de una lunilla menguante cuando le aseguraba que no la abandonaría. No estarás sola mientras yo tenga un soplo de fuerza. Me quedaré a tu lado hasta que regrese tu hermano, que poco debe faltar porque lleva días echando la cuenta del precio de los pasajes. Prendió una cerilla y Aurelia sintió un vértigo oscuro al contemplar al otro lado del pábilo aquel rostro robado al más allá, exultante de una juventud contra natura.

Tras cuatro días de forzosa abstinencia la tensión creció en la aldea al tiempo que las visiones de los hechizados iniciaron un lento aunque inexorable declive. El alcalde mandó prender al Mulato varias veces para evitar veleidades, aunque también se ocupó de que le sirvieran un poco de pollo frío y un puchero de col. En el chamizo, Selva se había encerrado en un estado fetal que no abandonaba hasta que el Mulato aparecía de nuevo en la puerta con una sonrisa cansada y la camisa hecha trizas. Y a pesar de lo convulso de aquel tiempo, de la humedad solitaria de la celda y de los golpes a deshoras en la chapa de la choza, no les costaba remendar su mundo. Volvían entonces las canciones de cuna de ella, tan antiguas como la voz; las tareas de paciencia de él, que a veces consistían en trenzar sandalias, inventar nudos corredizos de intrincada hechura o tallar figuras en tocones de madera recogidos en las lindes de las huertas. Brillaban de nuevo los cuerpos desnudos al trasluz de las lonas. Con frecuencia abría los ojos Selva en mitad de la noche y palpaba su ausencia en el jergón aún caliente, hundido bajo el peso de un cuerpo invisible, y rogaba a sus dioses para que el Mulato hubiese ido a buscar conchas por los roquedales, su único alimento desde que le habían despojado de la barca; pero tardaba días en reaparecer y lo hacía con los ojos teñidos de púrpura y el labio partido en dos como una ciruela. Se preguntaba entonces por qué el Mulato se obstinaba en quedarse en aquella tierra hostil. Era ancho el océano, bien lo midió durante su travesía, y a su lado podría empezar de nuevo en cualquier lugar siempre que hubiera un cielo y una tierra, y repetía cielo y tierra mientras ordenaba por tamaños los amuletos tratando de conjurar el ansia de la aldea. El Mulato no huía del martirio, que soportaba estoicamente como un mal necesario. Vadeaba los registros del alguacil, las amenazas de los pescadores y las súplicas de las viudas que le perseguían hasta la quebrada de los santos implorándole peces de contrabando. Él sonreía, apacible, y negaba con su sexto dedo. No podía pescar. Estaba prohibido.

FUE LA GENERALA quien promovió aquella batida nocturna, desesperada por el tono desvaído que su hijo había adquirido en los

últimos días. No podía luchar contra la evidencia de que aquellos peces eran el origen del milagro, cualquiera que fuese la naturaleza de este, pero lo cierto era que si no los ingería el niño moriría de nuevo y dos veces eran demasiadas para padecer semejante suplicio. Ni la tabla de multiplicar podía recitar ya, con aquella vocecilla lacia que no llegaba a suspiro, y hasta las manos se le derretían al tratar de girar un trompo como manteca bajo el sol. En la taberna de Celestino se dieron cita siete hombres –todos ellos pescadores y cofrades– y la Generala, que apareció vestida con un traje austero, casi luctuoso, a juego con un abanico de encaje negro que abría y cerraba con nerviosismo. Bebieron ocho garrafas de vino sin erizos ni responsos y decidieron por unanimidad que raptarían esa noche al Mulato para que los condujese hasta el banco de peces, allá donde estuviese. Creo que hablo por todos, sentenció la Generala apoyada de codos en la barra, si digo que en esto nos va la vida de nuestros muertos, así que llegaremos hasta el final, sea el que sea.

Salieron a la noche los hombres de párpados verdes como una comparsa fantasmagórica guiada por la tenue luz del chamizo y los fósforos que uno de ellos iba prendiendo hasta quemarse la punta de los dedos. En la taberna, la Generala y Celestino apuraron los últimos posos de vino y ya iba a regresar la mujer a su alcoba donde su hijo la esperaba macerando entre las sombras, cuando el tabernero rompió a llorar tapándose la cara con las manos. La Generala lo tomó por su único brazo y, apretándolo con fuerza contra su pecho, le preguntó conciliadora por qué lloraba si todo se iba a arreglar. Porque no es justo que estando viudo y solo como estoy por más que me he hartado de ese pescado que me regalaba el muchacho no he visto ni una sola vez a mi difunta, respondió Celestino con un hilo de baba colgándole de la boca desdentada. La Generala le abrazó aún más fuerte y el cuerpo del tabernero cedió a la blandura maternal de aquellos senos en los que hubiera querido dormirse para siempre. Se quedaron así un buen rato y a la Generala le pareció que el hombre cada vez pesaba menos, que su cuerpo estaba hueco o lleno de serrín. Por no ver, ni siquiera he vuelto a ver el brazo que perdí al tatuarme su nombre –se restregó la nariz con un pañuelo sucio–. Si seré cenizo.

EL FARERO, un muchacho imberbe que atendía por Blas el de Simona, vio cómo lo sacaban a empellones de su covacha, desnudo y magullado, al relente de la noche. Amarradas en un recoveco de los roquedales aguardaban dos barcas: una era la del Mulato, la otra era la nave del pescador más joven, un tipo bajo y redondo que lloraba como un lechón cada vez que pensaba que su hermana mayor –la que se había tirado al pozo cinco años atrás por un mal de amores– se borraría en el aire si no ponía remedio.

No tenemos nada que perder, lo empujaron hacia las chalanas, así

que si nos la juegas te partimos la cabeza contra la quilla. Acordaron que el Mulato dirigiría la expedición a bordo de su antigua barca y que ellos irían unos metros por detrás, cubriendo la retaguardia. Llevaría un farol en la mano para poder seguir su rastro en la oscuridad de aquella noche sin luna y a cada tanto respondería, remo en alto, al silbido del cofrade más viejo. A punto de saltar a la barca, el Mulato miró a Selva que lloraba asomada a la puerta del chamizo. Le sonrió fugaz mientras los hombres lo empujaban y ella sintió que un viento frío le traspasaba la carne en dirección al mar. Aún permaneció un largo rato contemplando cómo la luz oscilante del farol se abría paso en la negrura hasta que las barcas doblaron el islote del Tomillar y se internaron en la noche. Sus ojos se dirigieron instintivamente hacia la casa de Aurelia. Pensó que ella también estaría sola a esas horas y añoró sus manos tan blancas y aquel pecho donde siempre ardía una llama.

Cuando regresaron con el sol a punto de descollar sobre la peña, el alguacil y la brigada civil ya habían dado cuenta al alcalde de la desaparición de las dos barcas. Quienes los vieron echar el amarre contaron que ellos mismos parecían muertos de gris que era su piel y vidriados los ojos. De las dos chalanas que se hicieron a la mar aquella noche solo una conoció puerto de nuevo. En ella retornaron los pescadores, calados hasta el tuétano y temblando como si hubiesen visto al diablo. ¿Dónde está el Mulato?, les gritó el alcalde. Se lo tragó el mar, respondió el más joven. Y se echó a llorar en los brazos de don Servando, que les traía unas tazas de achicoria recolada en la estufilla de la escuela.

No llegaron a descubrir el banco de peces, ni fueron conscientes del momento en que la noche engulló el farol de un bocado limpio. Solo escucharon un grito horrendo, sin eco ni consuelo, y después ni rastro quedó de la luz, solo un silencio clamoroso que los había dejado medio sordos. La barca, señor, tampoco volvimos a verla y el berrido nos extrañó porque al Mulato nadie le oyó nunca una palabra. Era como si se hubiese despeñado por un agujero, añadió otro haciendo aspavientos.

Don Paco contempló el mar con apatía. El horizonte limpio de la mañana presagiaba un buen día de pesca y algunas gaviotas sobrevolaban el techo de la lonja en busca de carnaza. La linterna del faro ya se había apagado y Blas el de Simona regresaba a casa con andares sonámbulos. Como suele decirse, muerto el perro..., concluyó don Paco sin apartar la vista del agua.

El domingo únicamente el alcalde y su mujer acudieron a la iglesia. Los aldeanos se habían confinado en un ayuno voluntario, decididos a pasar con sus seres queridos todo el tiempo posible antes del adiós definitivo. Don Paco respetó el luto de los hechizados, aunque le

extrañó que don Serafín no acudiese a su oficio por primera vez en más de cuarenta años y decidió visitarle por ver si había enfermado. En la puerta le recibió una vaharada de putrefacción y, aunque la hermana del cura trató de disimular, en sus ojos se apreciaba una angustia que estalló a la primera pregunta. ¡Ay, don Paco, que mi hermano se ha vuelto loco! No hará ni un mes que le serví ese pescado y desde entonces habla solo por las alcobas y a mí me trata con un desprecio que no le había conocido. Ahora le ha dado por decir que no hay más Dios que el de las estampas y el otro día le sorprendí escupiendo en la pila bautismal. Haga algo, por favor se lo pido. Entró en la habitación de don Serafín tras golpear la puerta y no obtener más respuesta que un gruñido bronco. La imagen era dantesca. El cura había izado la cama y se había agazapado en el hueco que mediaba entre el colchón y la pared como un animal asustado. Olía al mismísimo infierno allí dentro y don Paco no tardó en descubrir los montones de raspas de pescado rodeados de orina y astillas incineradas de palosanto. Bajo el colchón floreado don Serafín, barba de varios días y ojos delirantes, agarraba un pedazo degradado de pez esmeralda, probablemente el último que quedaba en toda la aldea.

Don Paco se agachó con esfuerzo hasta que sus ojos quedaron a la altura de los del cura, temblorosos y verdes como piel de culebra, y extendiendo la mano con familiaridad le rogó que le entregara el amasijo de carne y espinas. ¡No!, gritó el cura aferrándose al despojo. Si te acercas más te sacaré los ojos, bastardo.

La hermana del párroco se llevó las manos a los oídos y salió de la habitación gimiendo enloquecida. ¡Haz que enmudezca, Señor!, gritó por la galería. El alcalde meditó unos segundos y se sentó en el suelo, entre un charco de agua sucia y dos colas de pez. ¿Qué es lo que has visto?, le preguntó con calma. Don Serafín, desconfiado, dudó antes de responder, abatido, que todo era mentira. Todo, insistió clavándole unos ojos alucinados. Como don Paco no entendiese a qué se refería, el cura le explicó ya más sereno que llevaba semanas en conversación con los santos de la quebrada. Se sientan los dos aquí, a mi vera, justo donde estás tú ahora, y me cuentan que al otro lado no hay nada, Paco. Nada de nada. Ni un infierno flamígero ni un cielo de liras y nubes blancas; solo un vacío horrendo, una soledad infinita. Todo lo que hemos predicado era mentira, ahora bien lo sé. Me han dicho que me queda poco en este mundo, que cuando pase la fiebre de los peces me apagaré como una vela y que no me espere grandes recibimientos al otro lado porque será una caída interminable en el abismo. Eso me han dicho. Y cuando me hablan el nimbo se les ilumina que da gloria verlos.

Hacerle entrar en razón fue tarea imposible por más que le explicó que todo estaba en su mente, que no había tales santos en aquel

cuarto, ni nadie que hubiera vuelto del otro lado para arrojar un poco de luz sobre el mapa de la muerte. Don Serafín tenía un color de hoja de maíz que nada bueno presagiaba y el médico le dijo que se dejase de tonterías y se metiera en la cama no fuera a coger frío con tantas emociones. El cura cedió poco a poco como el muchacho dócil que había sido muchos años atrás, en su época de seminarista en una ciudad septentrional, fría, en la que el único calor para combatir los carámbanos provenía de los cuerpos de los estudiantes, de sus manos de cera tibia marcando páginas del Antiguo Testamento con un doblez y acariciándose después bajo las sábanas, a condición de que no le quitasen el pedazo de pescado que sostenía con devoción entre las manos. No lo haré, le prometió don Paco.

Se dejó conducir suavemente a la cama –que entre el médico y la hermana lograron reubicar en posición cristiana– y mientras esta baldeaba el cuarto y barría la inmundicia, el cura le agarró el brazo al médico con una fuerza inesperada y le susurró al oído: si es cierto lo que me han dicho, al menos nadie nos pedirá cuentas por nuestro crimen. Y sonrió con un gesto turbio antes de caer dormido tras una semana de insomnio.

A medida que pasaban los días y la esencia de los peces disminuía en el torrente sanguíneo, las visiones se diluían en el aire templado de septiembre. Sin una gota de caldo que llevarse a la boca, Aurelia permanecía acostada junto a la figura deshilachada de su madre. Hacía un par de días que apenas oía su voz, de la que únicamente flotaba una voluta de aire en el altillo. Solo se levantaba para cambiar la madeja de la bobina y al hacerlo sentía una nostalgia infinita de aquel hermano que, sin saberlo, estaba a punto de quedarse huérfano por segunda vez. Dormía, lloraba, despertaba, dormía de nuevo.

También lloraba la Generala, abrazada a su hijo que ahora más que nunca parecía un ángel inacabado y ligero como un saco de plumón. Algunos niños faltaron a la escuela porque no podían soportar la tristeza con que aquellos compañeros de juego los miraban desde una esquina del aula sin comprender que no les dejasen ya el plumier para hacer, ellos también, la tarea semanal. Don Servando los visitó uno por uno, frunciendo el ceño cuando los mayores le preguntaban, entre delirios, por la Pantalones. A mí, le confesó acalorado el hijo del carpintero, uno de los muertitos me besó en la boca y me dijo que no me preocupara porque no era pecado.

Mazurca se calzó la pierna de metal con resignación y Merlina le ajustó las cuerdas sin decir palabra sabiendo cuánto le dolía a su hombre aquella pérdida. Miraban a Vírgulo, que ya caminaba con destreza sobre sus dos piernecitas, y un aliento esperanzado los salvaba de aquel fangal de tristeza.

La agonía duró casi un mes, el tiempo de tránsito del resuello final

del verano a las profundidades del otoño. Los últimos días ya solo restaban jirones dispersos de las imágenes nítidas de antaño. Del cuerpo de la madre sobrevivía una mano que palpitaba como una paloma enferma entre las sábanas de lino. Aurelia se agarraba a ella desesperadamente, tratando de no caer en el sueño por temor a la pérdida, aunque no hizo falta resbalar al otro lado porque sucedió allí mismo, en mitad de un suspiro holgado. Llenó sus pulmones de aire y, al exhalar, la mano de la madre se deshizo entre las suyas en un estertor de plumas. Cayeron en una palangana de estaño los ojos del hijo de la Generala cuando trataba de enjuagarle el rostro desdibujado; las viudas recuperaron su condición, los niños muertos derramaron su tinta sobre los pupitres; las ancianas abrazaron el vacío de aquellos hijos acribillados a balazos en la guerra y don Serafín apretó el embozo de la sábana entre los dedos, atemorizado por el alud de nieve negra que se le venía encima.

El alcalde decretó tres días de luto por la segunda muerte de los finados, bandera a media asta y tratamiento a domicilio de tres gotas de ruda para paliar los efectos secundarios del veneno. Visitó a todos los enfermos y en cada casa encontró una desgracia similar, una tristeza mísera ante la que poco se podía hacer salvo dejar que el tiempo restañase las heridas. Confíen en el olvido, les consolaba. Es la mejor medicina. No se atrevió a visitar a la Generala. Le habían advertido que la mujer estaba fuera de sí, que la desesperación de la pérdida le había desatado una bestia furiosa en la garganta que la instigaba al insulto y la blasfemia a tal punto, que no habían tenido más remedio que desalojar a los huéspedes, incapaces de conciliar el sueño bajo semejante tormenta, y echar el cierre al hostal hasta nuevo aviso. En aquellos días la mujer solo abrió la puerta una vez y fue para recoger una carta que Tomás Golondrina le enviaba desde algún país remoto donde probablemente la muerte no existía.

Don Paco dio la epidemia por finalizada el día que la rescataron de la barca que había robado para buscar ella misma el origen del bancal de peces. Maldecía, sollozaba, pataleaba sin dejar de toser, el cabello adherido al rostro en una lasitud poco frecuente en ella –siempre coqueta y chascona–, teñido de un color flamígero en cuyos tallos se mostraban con impudicia los haces de canas.

La tumbaron boca arriba sobre el empedrado del puerto y Esperanza, pesarosa por la defunción repetida de su marido Joaquín Candelas, le presionó el pecho con las manos cruzadas hasta que la Generala expulsó por la boca dos litros de agua de mar y varios peces finos como navajas de los que ninguno fue identificado como esmeralda. Michelle, las muchachas y Celestino la arrastraron hasta su cuarto. Por el camino la mujer profirió tales injurias que si don Serafín hubiera estado en sus cabales la habría hecho exorcizar allí mismo.

Pero no estaba el cura para ejercer su ministerio, dominado por unas fiebres intensas que hacían hervir el agua con que su hermana le rociaba la frente. Don Paco intentó rebajarlas con alcohol de romero e incluso accedió a frotarle un rosario en la tonsura porque su hermana aseguraba que así le habían salvado siendo un niño de un tifus contumaz, pero nada funcionó. Me muero, Paco, ya me lo dijeron los santos. Y lo peor es saber que no me espera nada al otro lado, solo oscuridad. La hermana se persignaba y le acercaba un crucifijo de plata que el cura apartaba de un manotazo como a un insecto molesto. El alcalde, que primero trató de convencerle de que luchara contra su mal, calló después y se limitó a brindarle silenciosa compañía. Lo que hicimos esa noche estuvo muy mal, dijo don Serafín de madrugada. Ya sé que aquellos hombres eran el demonio, pero nosotros nos comportamos como vulgares asesinos. Cállate, le amonestó don Paco. Si has vivido con esto toda tu vida no sé a qué vienen ahora tantos remilgos. Además, ¿no dices que no hay nada al otro lado? El cura protestó con un resuello pedregoso y cayó en un limbo que el médico aprovechó para descansar recostado en una butaca. Despertó don Serafín al salir el sol y lo hizo dando gritos, agarrándose con sus manos huesudas a todo lo que podía retenerlo un segundo más en la orilla de los vivos. Bramaba con ojos desorbitados que no quería morir, que tenía miedo, un miedo horrible a caer en el abismo, que no le dejasen resbalar. Don Paco le sostuvo la mano derecha y su hermana hizo lo propio con la izquierda, ambos aterrorizados por la angustia con la que el cura se asía a la vida, pero nada pudieron hacer por impedir que la muerte lo devorase. Falleció gritando de miedo, clavándoles una mirada de reo que ninguno de los dos habría de olvidar jamás y cuyo recuerdo les acercaría el aliento helado de la tumba de mármol donde lo enterraron dos días después. A petición expresa del difunto, don Paco se encargó de recoger sus pertenencias y quemarlas en una hoguera que prendieron en el patio de su casa con dos brazadas de retama. No había gran cosa en su armario: ocho sotanas, dieciséis alzacuellos, una casulla violeta para los advientos, un joyero de Compostela con cinco anillos de oro blanco y el diario de sus años de diletante en el seminario. Al deshacer la cama el alcalde halló una talega de cuero bajo la almohada. De su interior surgió un muñequito de trapo negro, dos puntadas de hilo de plata por ojos y un atavío de arpillera enrollado en torno al cuerpo. En la taberna le dijeron que era uno de los amuletos que la negra Selva vendía años atrás y que los hombres compraban para fecundar erguidos a sus hembras.

LAS PRIMERAS LLUVIAS del otoño refrescaron la piel calcinada de la aldea. Cayeron débiles aunque persistentes durante las semanas siguientes al entierro de don Serafín, y algunos quisieron ver en

aquella manera de llover la señal de un armisticio entre vivos y muertos. Se van, apuntó un labrador, pero se van en paz, que nos quieren dejar buena cosecha de calabazas. El duelo se prolongó durante varias estaciones, pero aquella lluvia sosegó las tumbas.

Aurelia, que dormía desde hacía días en el hueco fosilizado que el cuerpo de la madre dejara en el colchón, abrió los ojos y contempló los hilos de agua deslizándose por los cristales. Llovía. Su consciencia había aumentado tanto durante las apariciones que ahora era capaz de percibir los sonidos más ínfimos. Descubrió así, sin moverse de la cama, que un séquito de hormigas llevaba décadas socavando los cimientos de la casa. Afinó el oído para mejor discernir el tránsito de insectos que arrastraba su abdomen por las rendijas de la alcoba, descendiendo por los desconchones de la chimenea hasta llegar a la cocina, donde hallaban el paraíso del pan desmigajado, los cordeles de pimientos y las mondas de patata. De ahí salían a la huerta, rodeaban tres veces la casa sin flaquear en número ni en constancia y se dispersaban por la mediana de piedra en busca del siguiente caserón a razón de un segundo por hormiga. Escuchó un latido sordo que provenía del tejado y supo que las golondrinas no habían esperado al nacimiento de su última cría antes de migrar. En el granero, el hilo discurría pacíficamente, sin ahuyentar a la colonia de avispas que había tejido un nido de floritura en el envés de una viga. Percibió asimismo un secreto que pugnaba por salir a la luz, vibrando como ala dentro de una caja no más grande que un joyero, y aquel misterio imperceptible fue capaz de levantar el cuerpo de Aurelia de la cama y conducirlo, sonámbulo, hasta el altar donde se ocultaba el brillo apagado del cofre de latón que antaño sirviera para guardar botones caídos, corchetes y agujas romas. Apartó las figurillas de madera que lo custodiaban, consciente de que estaba profanando un espacio sagrado. Abrió la caja y allí las encontró. Eran apenas una docena de cartas, atadas entre sí con una cinta azul, cuidadosamente ordenadas por fechas y lugares. Argentina, Cuba, las Antillas, Brasil. Reconoció la letra al primer golpe de vista y no tardó en reconstruir el rompecabezas de aquella historia. Selva las había robado para salvarlas del fuego. Ella siempre le quiso y quizá también había sentido la punzada del deseo o tal vez solo trataba de mantener abierta una ventana al mundo. Las cartas estaban dirigidas a las dos y entre ellas se dividía su contenido. Leyó una por una las partes que le estaban destinadas, del primer renglón –«Querida Aurelia, un baño en el mar de madrugada es un bautismo para los hombres que cumplen una condena»– hasta el último –«Debo despedirme hoy, aunque pronto te volveré a escribir desde la primavera de Misiones, que no distingue el barro rojo de los caminos de los paraguas negros de los indígenas». Todas estaban rubricadas por el mismo nombre, escrito con letra firme

e inclinada. Lo pronunció en voz alta, paladeando las sílabas con detenimiento y comprobó que no quedaba ni una brizna de rencor en su memoria, tan solo el recuerdo de una playa de corales y el placer de otro cuerpo irrumpiendo en el suyo. Cayó entonces en la cuenta de dos hechos importantes: hacía más de seis meses que no llegaban cartas del capitán Golondrina y Selva se había quedado sola en el chamizo, viva o muerta, bajo la lluvia.

La encontró en posición fetal, envuelta en una sábana sucia sobre la que caían dos gruesas goteras. No estaba dormida pero tampoco completamente despierta, atrapada entre ambos estados con los ojos abiertos a la nada. Aurelia la llamó por su nombre, pero ella no reconoció aquel par de sílabas que le sonaron a arandela oxidada rodando por el puerto. Celestino la ayudó a llevarla a casa. Al llegar a la plaza una anciana los detuvo. Comenzaba a llover de nuevo y la mujer paseaba cubierta por un enorme paraguas que sujetaba en su mano izquierda. Llevó la palma derecha al vientre de Selva y se echó a reír. Ya va de camino, para la primavera estará aquí, anunció con la boca muy abierta.

Durmió una semana seguida en su antigua cama. Cuando despertó, encontró a Aurelia sentada a los pies del jergón con una arruga en la frente. ¿Es verdad que estás preñada?, le preguntó sin rodeos. La muchacha asintió llevándose una mano al vientre ligeramente redondeado y Aurelia clavó la vista en el suelo con expresión reconcentrada. Tendremos que hacerle la cuna en la maleta de Valentín, resolvió con gravedad. Selva sintió deseos de abrazarla, pero no fue capaz de moverse de la cama. Sonrió con tristeza y en ese gesto se resumieron los días de angustia vividos en el chamizo, las horas de incertidumbre vigilando el perfil de las escolleras en busca de la barca del Mulato, de una señal que anticipase el dolor definitivo de la pérdida o el aliento de una esperanza. Es la segunda vez que enviudas. El mar te roba siempre a los hombres, le dijo. Selva apretó los párpados hasta sepultar sus pestañas y ni aun así pudo impedir que dos lágrimas rodasen por la pendiente hundida de sus mejillas. Aurelia quiso limar la rudeza de sus palabras antes de dejarla a solas, pero solo acertó a decir que le prepararía un guiso de carne. Que estaba seca como una espiga.

CON LA IGLESIA VACÍA, don Paco hubo de organizar los oficios dominicales a la espera de la llegada del nuevo párroco. Andaba la hermana de don Serafín cabizbaja por los aledaños de la sacristía, retraída ante un posible desahucio por fin de servicio, cuando don Paco le ofreció la posibilidad de ejercer como lectora de la palabra divina hasta que en la capital tuvieran a bien enviar a un sustituto. A la mujer se le iluminó el rostro al oírlo y hasta pareció recuperar un ápice de ingenuidad al darle mil gracias al alcalde por tan hermosa

propuesta, que trataría de ejercer, dijo, como si su hermano guiase su voz y su espíritu desde la otra orilla. Fue así como Encarnación resurgió de las tinieblas del presbiterio, recuperando su nombre y cierto sentido de estirpe justiciera, para inaugurar una de las épocas más oscuras de la historia de la aldea.

Esa misma tarde reunió a un grupo de mujeres a la puerta del templo y les entregó escobas, trapos y cubos de agua jabonosa. Había que pasarles un pañito a los santos, las aleccionó, baldear un poco el suelo, que falta le hacía después de tanto sepelio, y, si quedaba tiempo, sacudir las telarañas de los altares. Durante tres jornadas cepillaron las imágenes, sacaron brillo al baldaquino de Santa Eulalia, enarbolaron las escobas para alcanzar los ángulos más inaccesibles de la techumbre. Cuando estancia y pedestal lucieron saneados, encargaron a Aurelia que tejiera nuevas túnicas para el arcángel San Gabriel y, aunque le pareció que había un deje irónico en la encomienda, aceptó porque no eran aquellos tiempos de abundancia.

Dos horas antes del oficio dominical las mujeres acudieron a la iglesia para rematar la faena que, desde el altar, Encarnación dirigía con entusiasmo. No frotéis el pan de oro de los santos, que os lleváis el polvo en los dedos y os tendré que denunciar por ladronas, amenazaba con una sonrisa mordaz, y aunque las mujeres no le hacían demasiado caso, ocupadas en recomponer las flechas de los martirologios, y hasta ella misma se restaba importancia asegurando que su momento de gloria apenas duraría una Pascua, todas presintieron que aquella regencia espiritual no había hecho más que comenzar. Repetía Encarnación a voz en grito la cantinela del hurto malicioso del pan de oro cuando María la Peica atestó el escobazo definitivo a la pared contigua al retablo de la Anunciación. La cal, que venía venciéndose desde hacía años, se desparramó en una miríada de fragmentos de la que surgió la imagen velada por el polvo de unos ojos negros, redondos; unos ojos que parecían atisbar desde la matriz del desconchón el asombro, casi miedo, de su descubridora. Ay, doña Encarnación, que creo que hay aquí un demonio, gritó la Peica.

Suspendieron los oficios de ese día por causa mayor y pasaron la semana raspando los restos de cal adherida al temple de la pared sin pronunciar una palabra que vulnerase el secreto. Encarnación iba y venía con una Biblia en la mano, tratando de identificar la figura renegrida que tomaba cuerpo bajo la cal. Al principio no atribuyeron lo avieso de aquellos ojos a una forma humana, sino más bien a un fauno u otra figura mitológica con la que algún artista hereje habría profanado el templo. Picad, picad por ahí que parece que hay un buey que lo sostiene. Pero no era buey sino hembra, una virgen voluptuosa, de piel negra y pechos exuberantes, un escándalo de pechos para lo que se suponía una imagen virginal, que sostenía entre sus brazos a un

recién nacido del mismo color del azabache, nimbados ambos por un aro dorado de grano grueso. El niño, cuya silueta se aferraba a los emplastos de cal, lucía un hermoso cabello ensortijado pintado a carbón, pelo a pelo, del que asomaban dos protuberancias que Encarnación no tardó en catalogar señalando una imagen de las Sagradas Escrituras. Es un diablo negro. Mirad qué cuernos le asoman entre la pelambre, gritó con un placer maligno. Y la Virgen, apuntó la Peica, más se parece a una puta.

Bautizaron la escena como La infancia del Diablo y, tras pedir consentimiento al alcalde, que tuvo a bien cobrar un óvolo por visita, abrieron puertas a la multitud que hacía cola a la entrada de la iglesia. Ya podíais haber venido a misa estos años con el mismo afán, les reconvenía Encarnación recaudando la tasa. Si mi hermano levantara la cabeza... Toda la aldea, a excepción de Selva y Aurelia, desfiló ante la iluminación de la Virgen negra y su hijo. A los niños se les permitió la entrada porque don Servando consideró que aquella visión les prevendría contra los pecados del fornicio y del onanismo, tan perniciosos para el aprovechamiento escolar y el crecimiento de los huesos. Los aldeanos entraban con la boina en la mano, se quedaban un rato contemplando la imagen y salían al cabildo a esperar a sus mujeres, más meticulosas en el escrutinio de la que don Servando elucubraba podía ser una imagen perpetrada por Caravaggio, que anduvo por estas tierras durante su adolescencia purgando el pecado de sangre de una reyerta. En todo caso, anunció Encarnación envuelta en un halo de misticismo, está claro que esta imagen es una advertencia que no debemos pasar por alto; sobre todo ahora, que nos hemos quedado sin cabeza espiritual. Todos convinieron que era cierto, que sin duda aquel diablillo negro y su madre implicaban un mensaje, algo turbio, un castigo quizá por haber caído en el feo vicio del alucinamiento. Y se sonrojaban al contemplar aquellos ojos pulidos de escarabajo, los cuernecillos apuntando a la grieta blanca del yeso, dos dedos levantados en clara burla al Salvador. Encarnación leía la Palabra y, a su siniestra, la negra estampa la observaba de reojo con un gesto obsceno que le provocaba ardores nocturnos entre los muslos. Fue por eso por lo que ordenó cubrir la imagen durante la lectura, que no debía ser nada bueno leer al Altísimo con el Diablo sentado al lado haciendo morisquetas a cada palabra que ella pronunciaba.

Dadas las circunstancias, explicó a don Paco en la consulta, urge constituir un comité moral hasta la llegada del nuevo sacerdote. Bien sabe usted que mi hermano no era amigo de reuniones femeninas en lo tocante a las cuestiones del espíritu, pero había pensado que no estaría de más combatir al demonio que nos acecha con un grupo que preserve la salud de nuestras almas. El alcalde la escuchó distraído. Estaba dándole vueltas a su propia dimisión, ahora que ya tenía en la

mano la aceptación de su renuncia. Eran tiempos de cambio. La semana pasada, sin ir más lejos, habían desembarcado en la aldea las tres primeras cocinas de carbón. La casa de la Generala fue una de las destinatarias de la novedad y las otras dos fueron a parar al hostal de Merlina, que desde que los peces esmeralda habían desaparecido del mercado había recuperado un aceptable flujo de huéspedes. No tardarían en apagarse las lumbres en el resto de los hogares y solo quedarían las trébedes como soporte de cántaros o simple recuerdo de un tiempo remoto en el que las patatas brincaban al calor de las llamas. La medicina en cambio no había experimentado grandes cambios. Continuaba haciendo sangrías con sanguijuelas, más por consuelo que por eficacia, empleaba los mismos emplastos de tomillo y mejorana que componía en su gabinete de estudiante, y aún a veces vencía la repugnancia y bebía unas gotas de la orina de los diabéticos por calibrar su dulzor sin demora. Ejercía una medicina artesana, de manguito y serrucho, ironizaba, y no podía dejar a la aldea sin galeno, sin cura y sin alcalde de un solo golpe. Aquello sería demasiado para aquella pobre gente que aún se estaba recuperando de la segunda muerte de sus seres queridos, así que tocaba aguantar hasta que se ocupase uno de los dos puestos: el de sanador de cuerpos o el de almas.

Asintió sin atender a los argumentos de aquella mujer de rostro marfileño y le concedió, sin saberlo, el permiso para fundar la sociedad de las Damas Negras, un grupo de mujeres mal pensantes nacido al rescoldo del mural diabólico. Fe, austeridad y castigo. Sus principios fundacionales fueron leídos en voz alta en el primer gineceo celebrado en la sacristía. Todas eran mujeres de buena familia, reputación impoluta y sacramentos ejercidos con supuesta devoción, lideradas por una Encarnación soberbia, enardecida, a cuya diestra tomó asiento la mujer del médico; completaban el círculo en ambos sentidos una decena de beatas de fe ovina. Pese a ser la descubridora del fresco, Manuela la Peica no fue invitada a la reunión, un desprecio elitista que la mujer no le perdonaría nunca a aquella recua de aprendices de monja, como solía mentarlas en la pescadería. Y aunque pocas eran de oficio diario, la mayoría arrastraban la aflicción de la abstinencia de peces y quisieron ver en aquella hermandad una vía de expiación de su debilidad moral.

A la luz de las velas, la mandíbula de Encarnación apuntaba a los crucifijos de la pared con sombra de estilete. El aroma de las bandejas de pasteles de anís y avellana dulcificaba lo lúgubre de aquella estancia presidida por los retratos al óleo del eccehomo y de san Agustín sentado junto a una escribanía. En nuestra espalda ha recaído la dura labor de recuperar la altura espiritual que este pueblo tuvo en otros tiempos, proclamó altanera. No nos ha de temblar el pulso a la

hora de premiar a los justos y castigar a los pecadores. Y el mayor agravio lo tenemos ahí fuera, en ese diablo negro colgado de los pechos de una mujer tan negra como él. ¿Vamos a dejar que el rayo de Dios caiga sobre nuestras cabezas? Gritaron al unísono que no, que de ningún modo permitirían semejante atrocidad. El demonio, prosiguió Encarnación, adopta formas que nuestra imaginación no puede concebir. Sería capaz de adueñarse incluso de mi alma. Las mujeres se persignaron sobrecogidas. Pero creo que todas sabemos hacia dónde apuntan los cuernos de este niño malvado para el que el estupro es travesura. Se hizo un silencio sepulcral que Encarnación rompió escupiendo tres veces en el suelo. Después alzó su dedo de sarmiento y apuntó hacia el oeste en un gesto sostenido más allá de lo razonable. En aquel momento nadie captó la sutileza de su acusación, pero todas estuvieron de acuerdo, al abandonar el conciliábulo de la sacristía, en señalar que Encarnación hablaba como una visionaria: altiva, firme y un poco perversa.

LE CONTÓ LO DE DON HELIÓFILO durante una de las visitas que el médico les hizo acompañado de su mujer para suministrarle la dosis de miel con ruda. Tres debían de ser las gotas, ni una más ni una menos. Tres, calculaba don Paco, curan los fríos del ánimo, pero cuatro pueden mandar a un hombre sano al otro barrio. Les había comprado a los apicultores más de veinte tarros de miel salina, que le pareció al doctor un aditivo apropiado para que los aldeanos aceptasen engullir el jugo amargo de la ruda. Su mujer sujetaba el bote de miel en la mano izquierda y el frasquito del remedio en la derecha mientras don Paco introducía el cuentagotas en el cuello de la botella guiñando un ojo para precisar mejor la cantidad. Aurelia bebió la cuchara que la mujer le tendía y les rogó, cabizbaja, que subieran al cuarto de Selva. Sabía que en el pueblo no se aceptaban de buen grado las maternidades extramatrimoniales, especialmente la mujer del médico, que como todos sabían pertenecía a un grupo de mujeres religiosas que velaba por la pulcritud de las costumbres, pero, en su estado, Selva no podía mantenerse al margen. Parecía no haber sufrido visiones, pero si alguien había estado en contacto con los peces esa había sido ella: la desescamadora, la que pesaba, cargaba y vaciaba las cajas en el puesto del Mulato. Su mujer más allá de las leyes de los hombres. Don Paco y su esposa ascendieron la escalinata tras los pasos de Aurelia. Está en su cama, les susurró en la puerta. Desde lo del Mulato no dice palabra. Apenas se levanta para orinar en la huerta. El médico la saludó, pero ella no respondió ni una palabra. Un olor a moho enrarecía el ambiente de la alcoba. Por Dios, abran las ventanas. Esta mujer necesita aire, ordenó el médico con repugnancia. Aurelia obedeció y don Paco procedió a examinar a la muchacha. Le miró los párpados, le auscultó el corazón, le palpó los ganglios, las

axilas y, finalmente, el vientre. Se quedó un instante en silencio y después cubrió a Selva con la sábana. De regreso a la cocina, el médico tomó asiento junto a Aurelia.

Imagino que ya sabes que está de cuatro meses, afirmó con rostro circunspecto.

Aurelia sintió como la sangre se le agolpaba en las mejillas cuando afirmó que algo sabía, sí.

Imagino también que ha sido obra de ese hombre, ese envenenador que a estas alturas ya estará desembarcando en otra aldea con sus malas artes.

Don Paco hablaba con la rabia apretada entre los dientes y Aurelia rogó al cielo para que Selva no escuchase aquella conversación. Dicen que murió ahogado, replicó con un hilo de voz. De eso nada, intervino súbitamente la mujer. Ese vagabundo aprovechó la ventaja que le llevaba a los pescadores para huir por la costa y dejar a esa infeliz condenada al Infierno.

Bueno, don Paco tomó de nuevo la palabra en un tono más conciliador, aquí no se trata de estas cuestiones, que bastante tendrá ella con la parte que le toca. La ruda no puede ni probarla en su estado, pero tampoco observo señales de intoxicación. Esta epidemia es extraña, no afecta a todos por igual y esta muchacha está inmunizada. Lo que debe hacer es nutrirse bien, que tiene las carnes escurridas y eso es malo para el bebé. Y sáquela de ese cuartucho, usted me disculpe. Que le dé el aire del mar.

La mujer del médico miraba por la ventana agitando con impaciencia la medida del antídoto.

Hay algo más, señor, dijo Aurelia cuando el médico ya se levantaba. No sé si ha visitado a don Heliófilo para darle la ruda, pero yo sí que lo hice la semana pasada y debo decirle que él sigue teniendo visiones. Le pidió a la tal Rosalía que nos acompañara en nuestra reunión y todo el tiempo le hacía carantoñas al aire mientras hablábamos. Don Paco carraspeó sin mirar a su mujer. Ah, eso. No te preocupes, Aurelia. Don Heliófilo es un caso aparte. Él no necesita tomar la ruda porque no probó ni un pedazo de ese pescado. Sus visiones no tienen nada que ver con las del resto de la aldea, han coincidido en el tiempo por pura casualidad. Y añadió con fingido desapego que el viejo maestro sufría de demencia. Como Aurelia no entendiese el diagnóstico, don Paco le aclaró que estaba loco. Loco de remate. Por eso veía a Rosalía, un caso un tanto escabroso, por cierto. Era natural que acabase así, los libros le han aflojado las entendederas al pobre.

Su mujer le apremió a continuar la ruta y él quiso añadir algo más, pero no encontró las palabras. Cuidaos. Este será un otoño lluvioso, se despidió.

OCTUBRE TRAJO CONSIGO un manto de lluvia tan abundante que

desbordó los cauces del acuífero. El agua arrastró las lajas de pizarra que ocluían la entrada a las fincas y anegó los surcos convirtiéndolos en largas crestas que emergían de la superficie. Los hortelanos maldecían aquella generosidad excesiva que tanto habían implorado sin saber que hasta el mayor de los bienes puede resultar mortal en demasía. Las huertas parecen arrozales, se quejaban en la taberna. No solían bajar al puerto los hombres de tierra, pero ese otoño lo hicieron a menudo, espoleados por la necesidad de mediar en vino sus penas porque una tierra de tubérculos hinchados era para ellos la peor de las desgracias. No hubo calabazas, ni uvas, ni cercos de roquiles bordeando los caminos. La humedad era tal que las raíces se pudrían buscando un terrón firme donde arraigar. Los pescadores sumaban las tragedias del mar a las de la agricultura, contraponiendo la cosecha arruinada de aquel otoño a la escasez de los jureles. Unos y otros vaciaban los toneles de Celestino de un caldo que únicamente sabía a tierra y a sal, olvidada la costumbre de emborrachar erizos de mar en las barricas. A veces a los parroquianos la mirada se les escoraba hacia el horizonte y se preguntaban en silencio dónde estaría aquel banco de peces esmeralda capaz de resucitar lo que ya solo era carne tumefacta, y ese pensamiento los mantenía suspendidos en un limbo que no era huerta ni océano sino pura, interminable pérdida.

Selva accedió a comer lo poco que quedaba en la alacena. Aurelia la había escuchado gemir algunas noches. Seguramente, pensó, soñaba que el Mulato regresaba y la apretaba contra su cuerpo. Una tarde la muchacha le pidió con voz opaca que la acompañase a recoger lo olvidado en el chamizo. Llovía tanto que tuvieron que cubrirse con una lona vieja que Aurelia utilizaba para resguardar la siembra de patatas. Bajaron la cuesta convertida en un río de aguas turbulentas, cruzaron el puerto solitario y neblinoso y emprendieron la travesía por el pedregal de la quebrada sin mediar palabra. No hallaron en aquella loma encharcada más que recortes oxidados de chapa, un colchón ulcerado por la humedad y dos mantas enmohecidas. El techo del chamizo se había hundido en su ausencia y alguien había robado los aperos de pesca del Mulato. Ni rastro de los cántaros, ni de las sandalias de junco que él había trenzado para que pudiese caminar sobre las rocas. Ni cubo, ni aguamanil.

Regresaron a casa tras devastar con una azada lo poco que quedaba del refugio. Selva golpeó con saña las paredes de madera que su hombre había rehecho tras los reiterados ataques de los aldeanos. Cuando no quedó nada en pie que hiciese suponer que alguien había vivido y amado en aquel páramo, la mujer respiró con desahogo bajo la lluvia. Gruesos hilos de agua corrían por su rostro y Aurelia, que había contemplado la escena sin saber qué decir, alzó la lona tratando de guarecerla. Selva la rechazó. Se agachó sobre una oquedad cubierta

por una piedra y extrajo de ella el cuello desmayado del saxofón, que ocultó bajo el vestido. Por el camino de regreso se giró varias veces hacia aquel lugar. Parecía nostalgia, pero había en su mirada un afán escudriñador que revelaba un recelo o una esperanza. Aurelia siguió la trayectoria de sus ojos bajo el aguacero y comprendió que no era a las ruinas del chamizo a donde se dirigía sino al mar; al telón de espumas tras el cual ella seguía esperando a su hombre.

DECIDIERON CONCEDERLE todo cuanto pidiese, aunque ella solo anhelaba una cosa de este mundo: alcohol. Michelle y las muchachas no pusieron límite a los pantagruélicos encargos que la mujer ordenaba desde su *chaise longue*, inmersa en un sopor etílico desde el que manoteaba apartando quién sabe qué telarañas invisibles que, gritaba, la estaban ahogando. La recluyeron en su dormitorio con el fin de volver a abrir el negocio, pero en la aldea pronto corrió el rumor de que la habían encerrado a la espera de que se muriese de una borrachera monumental. Los apicultores, que ya eran como de la familia, ayudaron a trasladar el cuerpo de aquella soberbia mujer que era la Generala, el cabello encrespado sobre los hombros, la boca pintarrajeada como un fantoche. Enorme y sólida. Desahuciada. Yo le perfilo los labios, señora, se ofrecían las muchachas. Ella les respondía con un exabrupto. Déjame, que tú solo sabes pintarme como a una puta. Gritaba a todas horas, insultaba a Michelle, azuzaba a las chicas. También contra los apicultores, únicos clientes del hostal en aquellas horas bajas, había disparado sus improperios. Entre curda y curda arreciaban las crisis de llanto. Echaba de menos a su niño. ¿Dónde estás? ¿Dónde te has escondido? Trataban de apaciguarla con buenas palabras, pero no había esperanzas para aquella mujer que gateaba por los corredores llamando a su hijo –pequeño, pequeñín de mamá, no juegues más y ven a tomar tu merienda– y pronto se dieron cuenta de que sería un delito negarle su único sosiego. Dadme otra botella, pedía. Se la daban. Don Paco tenía vedada la entrada en el hostal por deseo explícito de la Generala. Si veo a ese matasanos rondando por aquí me corto las venas, les amenazó. El médico insistió, no obstante, en visitarla. Dictaminó que tanto alcohol acabaría con su hígado, que aquella mujer tenía que cuidarse. Ella rugió desde la fortaleza de su interminable borrachera que fuera al diablo a contarle que era un asesino. Don Paco, al oír esto, palideció. Las muchachas trataron de disculparla temiendo que el alcalde pudiera enviarla al calabozo, pero el hombre se limitó a girar sobre sus talones y alejarse de allí. Tampoco recibió a las Damas de Negro, que acudieron al hostal dispuestas a ofrecerle el viático en ausencia de mayor autoridad eclesiástica. ¡Fuera de aquí, perras!, bramó escupiendo al suelo.

En un ataque de histeria pisoteó todos sus discos de Miguel de Molina, hizo trizas sus trajes emplumados –aquellos con los que

celebrara las grandes parrandas del hostal–, arruinó los libros de fábulas que don Servando le había prestado en los tiempos de las alucinaciones. Dicen que el niño solo estaba en mi cabeza, sollozaba, pero no es verdad. Estaba aquí, sentado a mi lado pidiéndome que le repasase la tabla de multiplicar. Michelle acariciaba una de aquellas manos de venas desbordadas por el alcohol, apretaba sus cauces de sanguijuela y le cantaba en voz baja una canción francesa que a ella le gustaba mucho; una que hablaba de malandros que pasean sus amores bajo los puentes del Sena y de muchachas que ahogan sus penas en vino, hasta que la Generala se quedaba dormida en el suelo, rendida y exiliada mole de tristeza, riendo y llorando a un tiempo.

ERA NECESARIO SANEAR LA CASA antes del nacimiento del bebé. Había postergado la tarea durante casi veinte años a la espera de la llegada de Valentín y el aire había fermentado entre las paredes, condensándose en una calima crónica que amenazaba con reblandecer las vigas. Si seguimos así moriremos con las tripas podridas por la humedad malsana que hay en esta casa, le dijo a Selva, que se dejó caer, aún convaleciente, en la silla que Aurelia colocó para ella a la entrada de la huerta. Al fresco estarás mejor. Voy a poner la casa patas arriba para arrancarle los mohos. La mujer la miró con unos ojos espejados en los que Aurelia observó el reflejo mellado del alero. También tendría que hacerse cargo de eso.

Regó el basamento del llar con un veneno violeta que esparció a cucharadas por la cavidad longitudinal que las hormigas habían horadado durante décadas. Lo compró en el colmado abierto por una pescadera viuda, donde también se hizo con una manguera, dos medidas de sulfato para el pulgón, tres latas grandes de pintura blanca que le subieron a casa otros tantos chiquillos a cambio de unos céntimos, un saco de cal, grasa de oveja para la puesta a punto de la bobina y un brochón grueso de mango de cerezo. Por el camino varios mozos le ofrecieron ayuda, pero la mujer se negó. Lo haría con sus manos porque solo puede purificar una casa quien la habita y sabe de sus malos humores.

Aprovechó un claro en las lluvias para subir al tejado a cambiar las lajas sueltas; encaló las paredes después de abatir más de un centenar de telarañas, algunas de ellas tan antiguas como la propia casa que, según le había oído contar a su padre, había sido construida por un tatarabuelo hábil en el arte de los alarifes. Encontró cuatro nidos de paloma embocados en las tejas, otras tantas guaridas de ratones al cobijo de los solapes y una virgen de plata que cabía en la palma de su mano escondida en un boquete abierto en el gallur con la que alguien, tal vez el propio tatarabuelo, había bendecido a quienes viviesen bajo aquel techo. Enfoscó con maestría la chimenea, de la que había sacado varios sacos de hollín unas horas antes, y envenenó la carcoma que

roía las vigas de la casa desde tiempos inmemoriales. Selva permanecía absorta en el sonido del viento, la ínfima visión de las gotas de lluvia cincelando arroyos entre las piedras de la huerta. Se dejaba alimentar con indolencia y solo se levantaba de la silla para agacharse a orinar bajo la higuera, el vientre abultado de varios meses sostenido entre las manos, puntiagudo. Rellenó de lana los colchones, mandó a reparar las sartenes y cazuelas estalladas aprovechando que unos cobreros hacían fonda en el pueblo; calentó en el fuego una caldera de agua y baldeó la cocina. Al fin decidió vaciar los baúles, una tarea para la que nunca había reunido fuerzas suficientes porque sabía que allí aguardaban los restos del naufragio. Cuatro eran los arcones que se alzaban a los pies de los catres. Uno perteneció al padre, otro a la madre, un tercero estaba lleno de sábanas y retales y el cuarto había sido su escondite secreto durante la infancia. Abrió primero el de la madre y un aroma agridulce inundó la habitación. El perfume de heliotropo que la mujer había comprado a un mercader americano en el tiempo dorado de los transatlánticos flotaba amalgamando el tesoro: un anillo de bodas, un brocado de seda, varios libros sobre el arte de tejer, una enigmática postal de Gales sin firma ni remite en la que alguien lamentaba la pérdida de su propio nombre y se despedía para siempre con un afectuoso abrazo. Enredado en el marasmo de papeles y útiles de costura, halló también varias medallitas de oro, un dedal de san Antonio de Padua y un libro manuscrito con una letra pulcra y atildada que Aurelia reconoció como la caligrafía de su madre. *El pez dorado* encabezaba la primera página y, al inicio de cada capítulo, una fecha escrita daba cuenta del paso del tiempo. La última inscripción databa de 1924. Un muchacho desmemoriado que por olvidar había olvidado hasta el camino a su propia casa se debatía en lo intrincado de un bosque, que en realidad era un laberinto, en cuyo centro se ubicaba un lago donde el pez dorado le esperaba con aire de filósofo. El resto de las páginas estaban en blanco. El cuento nunca tuvo final, concluyó en voz alta. El misterio, en realidad, no era más que uno y olía a caja de pino cerrándose sobre unos ojos de cuco.

NO HUBO MAGOSTO ese año pues la cosecha fue tan pobre que cabía en dos serones de paja. Las mazorcas de maíz nacieron esmirriadas y entecas las castañas, así que no merecía la pena reunirse alrededor del fuego para asarlas y brindar con sidra dulce por la bonanza de la tierra. En su lugar, las Damas de Negro convocaron a la feligresía a un rezo comunitario con el que esperaban espantar al diablo zaíno que los amenazaba cada domingo desde el desconchón de la pared. La mujer del médico recorrió las calles al atardecer de la víspera haciendo sonar una campanilla de plata en cada esquina, que era la señal de que debían unirse a los responsos para la salvación de la

aldea bajo peligro de purgatorio. Antes de las oraciones, Encarnación aprovechó la concurrencia para sembrar las primeras malas hierbas en aquellas cabezas apiñadas en posición de rosario. Mirad bien los ojos de carbón de ese niño cornudo y a la mujer negra como la pez que lo sostiene en sus brazos, les exhortó bajo las llamas oscilantes de los candelabros. Ese mal con forma de inocente está a punto de llegar a nuestra aldea y algo habrá que hacer para superar la prueba de fe que el Divino nos envía. Sabéis a lo que me refiero, ¿verdad? No lo sabían. Tomando aire prosiguió haciendo un mohín de hastío ante lo inexcusable de su ignorancia. Hay una mujer en esta aldea cuya piel es tan oscura como la de esta otra, acusó señalando a la virgen negra. Y esa mujer a la que todos conocéis ha pecado contra el sexto ante nuestras narices y lo ha hecho con un pordiosero que nos envenenó a todos con su mercancía y que luego desapareció dejando en el vientre de esa salvaje su semilla diabólica. Porque yo os digo que ese hombre era el mismísimo Satán y el engendro que esa mujer negra parirá en primavera será el azote de nuestras almas; un diablillo que carbonizará las cosechas con solo mirarlas y que envenenará las aguas como ya lo hizo su padre. Encarnación gritaba desaforada, las venas del cuello palpitándole inflamadas y una órbita de locura enmarcándole las cuencas de los ojos, tan parecidos a los de su difunto hermano. Los aldeanos se buscaron la mirada entre el bosque de luces y sombras que los pábilos encendían en el templo. Hacía tanto tiempo que no la veían caminar entre los vivos que muchos la habían dado por muerta, una alucinación más arrastrada al inframundo por la muchedumbre de los fallecidos. Muchos ni siquiera sabían que Selva esperaba a un hijo y lo cierto era que, con el tiempo, ninguno de los alucinados le guardaba rencor al Mulato, más bien le estaban agradecidos por haberles brindado la oportunidad de darle un último abrazo a sus difuntos. Pero aquel perfil aguileño, aquella mujer vestida con una túnica oscura bajo la que no se adivinaba más cuerpo que una cruceta de palo, erigida en guía espiritual hasta la llegada de un nuevo párroco del que nada se sabía –por más que don Paco había escrito varias cartas a las autoridades alarmado por el cariz que estaba tomando la situación–, aquella mujer decía que Selva era la madre del Innombrable y que el Mulato olía a azufre. Y era tal el desgarro de sus palabras que incluso se había dejado caer de rodillas con los brazos cruzados sobre el vientre simulando el martirio que el demonio le infringía desde el útero de Selva. Dos pescadores acudieron en su auxilio recostándola sobre uno de los bancos de madera del templo. Encarnación temblaba poseída por una fuerza superior, sollozaba, mientras los aldeanos, compungidos, trataban de sosegarla diciéndole que no se preocupase, que ya verían lo que podían hacer para evitar tanta desgracia como ella les auguraba. Pero la mujer no cejaba en su

empeño y les espoleaba asegurando, con lágrimas en los ojos, que aquella lluvia impenitente era obra de Belcebú, que ya había empezado a hacer de las suyas antes de rasgar el vientre pecador.

Lo mejor que podría pasarnos es que esa fiera no llegase a nacer.

Lo dijo con una voz inocua, ensayada durante horas en la penumbra seca de la sacristía. Después se persignó.

SENTÓ A SELVA junto a la puerta del granero, aunque sabía que desde allí la verían los chiquillos que al salir de la escuela trepaban la tapia para espiarla, las carteras al hombro y el tirachinas prendido en el cinturón. Aurelia los ahuyentaba lanzándoles piedras y ellos brincaban al otro lado con la agilidad de sus doce años gritando que querían ver a la virgen negra. Malditos criajos, por qué les habrá dado ahora por ponerle ese mote. No tenía sentido encubrir por más tiempo lo que ya era un secreto a voces, así que le encomendó a Selva la vigilancia del hilo para impedir que saliese a deambular por las calles con el bebé a cuestas, aunque de sobra sabía que aquella era una tarea innecesaria porque el artilugio dormitaba sobre el eje desde hacía varios meses, señal de que la vida de Valentín discurría sin grandes sobresaltos. En la oficina habría alcanzado un puesto cómodo, algo aburrido tal vez, pero suficiente para alimentar a su familia y darles estudios a los chicos. Cada tarde cebaría el mate junto a la ventana que daba al corredor procurando no despertar a su mujer –que a esa hora dormía la siesta aprovechando que los muchachos merendaban en casa de los vecinos– y saborearía la discreta felicidad de escuchar un disco de Gardel arrellanado en su sillón predilecto. Qué lejos quedaban ya el arrebato del tango callejero y las milongas de barrio. Era el tiempo de la estabilidad doméstica y ese estado de ánimo, se lamentaba, nada tenía que ver con la aventura de liarse el petate a la espalda y regresar a la tierra remota que lo vio nacer. Aurelia cabeceaba pelando patatas junto a la lumbre. Se preguntaba qué significaría todo aquello para él si es que algo sobrevivía al naufragio de la memoria después de dos décadas. La casa, el mar, la fuente, la plaza de la picota, la quebrada, el bosque de abedules, las cabras ya muertas y enterradas, la tumba de sus padres, los ojos desintegrados del farero. Pobre Dionisio, qué quedaría de él salvo un puñado de polvo.

Adelantó la siembra en una tierra embarrada por las lluvias torrenciales que la asediaron durante meses y, aunque al principio le costó que los terrones de lodo ganasen consistencia, al cabo de varias jornadas de drenaje y arado logró amalgamar el sustrato. Selva la observaba desde la entrada del galpón con su tripa de planeta brillando bajo los rayos del primer sol. Aurelia apareció en la huerta con un canasto lleno de sacos de simiente; cortaba las cuerdas con una navaja, aflojaba la arpillera y volcaba las semillas en los surcos. ¿Qué siembras?, le preguntó Selva alzando la voz. Aurelia le contestó que

no lo sabía. Encontré estos serones en un baúl que tenía mi padre. Ya veremos qué sale de aquí, sonrió.

Con la primavera regresaron las viejas costumbres: volvió al mercado a comprar sargos, subió al bosque a recoger hojas verdes de abedul para las tisanas, saludó a Celestino de regreso a casa. El manco observó con gesto preocupado cómo se alejaba cuesta arriba y corrió tras ella para advertirle con un carraspeo discreto que anduviesen con cuidado, que los cuervos sobrevolaban su casa. Aurelia no comprendió y el hombre le aclaró que un grupo de beatas rezaba a diario responsos contra el diablo que, según pregonaba la hermana del cura, daba brincos en la tripa de Selva. La gente de esta aldea ha perdido la cabeza, respondió Aurelia alterada. Y subió la cuesta con el ceño fruncido sin percatarse de que Juan Mazurca descendía el camino con el pequeño Vírgulo de la mano girándose para mirarla. Cerró la puerta de la casa tras de sí, llamó a Selva en voz alta y suspiró reconfortada al escuchar su respuesta. Aquí estamos a salvo, pensó.

El baúl de su infancia fue un bálsamo en tiempos de asedio. Trompos, muñecas de trapo, puñados de canicas tricolor, dos lazos de tul, un tirachinas, dos pulseras de latón envejecido. Envuelta en un paño color café, atada por una cuerda de doble vuelta, halló una lata oxidada no más grande que un misal cuyos filos untó con un trapo empapado en aceite de linaza a fin de deshacer el sello de la herrumbre. Surgió de aquella clausura de décadas el viejo caballito de madera con sus crines de estopa apolillada y un espejo de hojalata que deformó su rostro grotescamente. Ya no era la piel fresca de una niña lo que reflejaba sino la de una mujer de casi cuarenta años, las arrugas rodeando sumideros y un brillo opaco en la mirada. Acarició con un dedo la superficie pulida de una canica azul ensartada en un junco; a su lado, los restos de un insecto pulverizado, quizá dos. Y en el centro de aquella trampa de la nostalgia por la que ya se despeñaba sin remedio, un libro azul cobalto grabado con bellos caracteres dorados. Allí estaba, incólume, el origen de sus pesadillas infantiles.

NO SÉ QUIÉN ERES, mujer. Déjame, estoy muy ocupado.

Don Heliófilo se ajustó los lentes estallados tratando de enfocar aquella figura de pelo recogido en una trenza y ojos de avellana que le tendía un objeto con insistencia. Le robé este libro hace muchos años y quiero devolvérselo. Me ha dado por pensar… –Aurelia agachó la cabeza, ruborizada–. A lo mejor si no me lo hubiese llevado todo sería distinto.

El viejo maestro tomó entre sus manos el tomo azul de Misterios del Universo y sin prestarle atención lo depositó en una estantería abarrotada de libros. Su pelo era ya tan solo una nebulosa blanca flotando sobre su cabeza. Piel de pergamino, ojos ausentes, sordera crónica. Aurelia calculó que debía rondar los setenta y cinco años,

quizá alguno más. Mantenía no obstante un vestigio de infancia en las pupilas, un brillo travieso que le rejuvenecía a pesar de la calvicie y las arrugas. Estoy muy ocupado, muy ocupado. Acabo de descubrir un conjunto de satélites y aún no sé qué nombre les voy a poner. Manoteaba en el aire con embarazo, como si buscase un legajo fundamental, su gran obra aún por escribir, repetía. Aurelia constató que la casa volvía a ser el caos de papeles y restos de comida que tanto repugnaban a Selva. Don Heliófilo olía a cera rancia y vestía una bata hecha harapos. ¿Y Rosalía?, le preguntó fingiendo despreocupación. ¿Rosalía? El profesor la miró por encima de los lentes. ¿Quién es Rosalía?

El crujido intermitente de la carcoma daba fe de la aniquilación de la estructura de la casa. De seguir así, calculó Aurelia, cualquier día se le derrumbará el techo encima. Tengo muchos enemigos y algunos han querido llevarme a la hoguera, pero he logrado salvarme gracias a mis buenas amistades, le explicó el maestro revolviendo una resma de papeles. Mi castigo consiste en no poder moverme de esta casa, pero mientras tenga una ventana y un telescopio no necesito nada más en este mundo. Aurelia le miró con escepticismo. El viejo hablaba con una grandilocuencia que nunca le había conocido; parecía poseído y al mismo tiempo su voz sonaba más nítida que nunca. ¡Soy Galileo Galilei!, gritó el anciano. No me mires así. Yo construí este telescopio, viajé a los infiernos de Dante, me arrodillé ante Copérnico y denosté a Aristóteles. Descubrí la imperfección de la Luna, las asas de Saturno, y cuatro cuerpos brillantes y hermosos que orbitan entorno a Júpiter y que pronto bautizaré como me plazca. El Sol es nuestro centro y no me importa que Florencia entera opine lo contrario. Díselo a los de allá fuera, ¡diles que no me he rendido en todos estos años!

Don Heliófilo cayó de rodillas junto a la ruina del sofá orejero apoyándose en el hombro que Aurelia le ofrecía. Le llevaré a la cama, maestro. Se dejó conducir al pequeño dormitorio donde un lecho revuelto esperaba en la penumbra. A veces me exalto demasiado, se disculpó. La ceguera de esta ciudad me saca de quicio. Algún día sabrán de la belleza del caos. Desprovisto de los lentes observó la silueta distorsionada por la miopía de aquella mujer menuda que aguardaba una palabra suya a los pies de la cama. Sonrió con una dulzura cansada, como si acabara de regresar de un largo viaje. Aurelia... –susurró–, ¿se ha escapado Valentín? La mujer negó con la cabeza. Está en casa, maestro, haciendo la tarea que usted le ha puesto esta mañana. Don Heliófilo suspiró satisfecho. Qué muchacho tan listo, llegará lejos. Debes estar muy orgullosa de él. Un nudo corredizo le apretó la garganta. Sintió el impulsó de salir corriendo de aquella cueva donde aún era una niña asustada por el fantasma de la deriva universal, el vientre materno intacto, las botellas de vino sin

derramarse. Aprovechó la oportunidad que el sueño de don Heliófilo le brindó para huir de aquella apnea insoportable, pero al llegar a la puerta el maestro la llamó por su nombre. Quería confesarle algo, dijo. Y agarrándole la mano con fuerza le preguntó si recordaba a Nicanor Romero. Claro que se acordaba. Cómo olvidar al carnicero que vendió a su hermano. Yo lo maté, resolvió el maestro con voz metálica. Había salido a observar Andrómeda con el telescopio cuando le oí gritar. Romero había arrojado a un gato al mar de una patada y, como llevaba una curda de cuidado, él también había caído al agua. Y allí los encontré: el gato flotando panza arriba, reventadico por dentro el pobre, y él agitando los brazos porque no sabía nadar. Me lo pensé dos veces, Aurelia, pero no quise ensuciarme la conciencia con aquel asunto y le tendí mi bastón para que se agarrara. El tipo me gritó que tirara más fuerte, más fuerte. Y lo hacía con rabia, que ni en esas podía ser humilde. Rojo de mierda, me dijo, sácame de una vez o te denuncio. No pude soportarlo, ya no aguantaba una humillación más. Solté el bastón y le dejé a la deriva, dando voces. El mar estaba bravo aquella noche y el gato ni se veía en el horizonte. Cambió la dirección del viento y se lo llevó. Asomó dos veces, tragó agua. Juró que me mataría. Y luego nada, silencio. Todo se quedó en silencio, Aurelia. Acababa de dejar morir a un hombre. Don Heliófilo se echó a llorar, todo él lo hacía. Ese hombre había vendido a los muchachos. Era un tirano, ¿verdad? No merecía morir en una cama.

El maestro esperaba su absolución, pero ella no podía articular palabra. Sentía cómo los hematomas afloraban en su muñeca y un grito redondo le cegaba la garganta. Cuando el viejo aflojó los dedos la sangre reanudó su curso. Yo nunca he creído en Dios, Aurelia, continuó hundiendo la cabeza en un almohadón estampado de cercos amarillos, pero sé que eso que llaman infierno está aquí, entre nosotros. Ya no tengo miedo a las hogueras, estoy dispuesto a arder hasta las cenizas, pero dime que no he sido un ignorante.

Las piernas le flojearon de camino a casa al recordar las palabras de aquel hombre. No se preocupe, usted es un sabio, le apaciguó a punto de echarse a llorar. Oteó la casa del maestro desde la cima de su colina. Definitivamente el tejado se estaba hundiendo bajo el peso de años y nidos. ¿Por qué habrá dejado de ver a Rosalía?

PARIÓ EL DÍA DE PASCUA y hasta en ese azar las Damas de Negro quisieron ver un desafío del Maligno. Aurelia dormía la siesta recostada en un saco de maíz cuando escuchó un gemido. Selva, pensó. La encontró acurrucada en su catre sobre una mancha untuosa de humedad. No quiso llamar al médico ni mucho menos a la matrona, una mujer de manos de albañil, hija de la anterior, de la que se decía era más bruta que un arado. Cuanto menos supiera la aldea, mejor. Recordó cómo el padre atendía el parto de las cabras y puso a

calentar una palangana de agua sobre una trébede; prendió un cirio, amontonó unos cuantos paños y se remangó la camisa hasta los codos. Selva sudaba y las pupilas se le habían dilatado hasta cubrir casi la totalidad de sus ojos cuando le pidió en un resuello que lo hicieran allí mismo, junto a su altar. Acercó la vela a las piernas de la muchacha en el preciso instante en que algo le sobrevoló el ombligo. El sexo de Selva era una cueva húmeda, generosa, y las manos de Aurelia se deslizaron como peces hasta rozar al bebé con la punta de los dedos. Qué milagro, exclamó. Un cuerpo allá dentro, con su corazoncito y sus ojos, qué locura. Palpó su cráneo, no más grande que una calabaza chica, y le pidió a la muchacha que empujara mientras sacaba sus manos de aquella sima para ayudarla presionándole el vientre con los antebrazos. Más fuerte, gritó congestionada. Selva obedecía entre lágrimas y en cada envite brotaba de su sexo una baba sanguinolenta que olía a la vida misma abriéndose paso. Tiró con fuerza de aquel cuerpo que pugnaba por ver la luz al final del túnel. Un poco más, un poco más. Ella contrajo todos los músculos de su abdomen en un último y definitivo esfuerzo que la dejó extenuada, la frente cubierta de gruesas gotas de sudor, laxas las ingles, y al fin su cuerpo expulsó con ímpetu un bulto violáceo cuya piel transparente dejaba a la vista el ramal de venas y arterias que lo recorrían. Aurelia posó el pellizo de sangre a los pies de su madre mientras purificaba un cuchillo acercándolo a la llama. Brilló la hoja, incandescente, y de un solo tajo sesgó el cordón umbilical. Por primera vez el niño lloró entre los restos cuajados de placenta y su vagido sonó a salto de agua mansa, débil e inconstante. Aurelia lo observó con extrañeza. Tenía los párpados abotargados y no medía más que un cachorro de gato; bajo la gelatina que aún lo envolvía se adivinaba la negrura de sus rizos, de su piel entera. Selva extendió los brazos buscando a su cría con una mueca ciega de dolor y Aurelia se la puso en el regazo. No le sorprendió que le lamiese los ojos, ni que el pequeño buscase con su boca diminuta el pezón de uva de su madre. Esto debe ser la vida, se dijo. Y un pálpito secreto le recorrió el pecho de flanco a flanco.

Lo bautizaron días después en la pileta de lavar la ropa ante los únicos ojos de aquellos dioses domésticos a los que Selva confió su suerte. Le susurró su nombre al oído porque según la tradición haitiana solo él debía custodiar ese secreto hasta que aprendiese a hablar. Por la tarde lo bañaban con agua templada en una palangana, demorándose en la faena del gusto que les daba el chapoteo feliz de aquel cuerpecillo de carbón mojado. Contaron seis dedos en su mano derecha y Selva interpretó la deformidad como una bendición. Será valiente como su padre, auguró. Unas semanas después abrió los ojos desvelando el misterio de un iris malaquita, herencia indiscutible del Mulato. Rio desde que tuvo un mes de vida y al hacerlo el rostro se le

iluminaba como un fanal. Hermoso, eres tan hermoso... Aurelia desempolvó la vieja maleta donde en otro tiempo acunase a Valentín y allí acomodaron al pequeño. Mientras Selva descansaba en su catre, ella contemplaba hipnotizada la placidez del sueño del bebé, olisqueándole como perra vieja porque aquel aroma a leche y carne cruda le recordaba al de su hermano cuando era un cachorro. Después se acariciaba el arco yermo del vientre evocando el semen derramado de Tomás Golondrina. Cuánta simiente perdida, se lamentaba. Alguna vez lloraba a oscuras.

NO PERMITIERON que nadie lo viese durante los primeros meses de vida. En aquella primavera, la aldea únicamente supo de su existencia por el vagido goloso que se elevaba sobre la tapia de la huerta al anochecer, cuando Selva se sentaba al pie de la higuera para amamantarlo y el pequeño ceñía con glotonería el cerco violeta de sus pezones. Se nota que tienes buena leche, con qué gusto la toma la criatura, se admiraba Aurelia. Recordaba a Esperanza, su cabello de lava resbalándole, esponjado, sobre los hombros y aquellos pechos de manteca fresca. Hacía años que no la veía. En la aldea se decía que no salía de casa porque estaba aquejada de un mal de hembra y solo se levantaba de la cama para abrirle la puerta al cartero cuando traía noticias de su hijo Samuel. Selva se dejaba celar con su pequeño atado al pecho por una mantilla de más de cinco metros de largo que Aurelia había tejido durante su embarazo. También le había regalado un canasto de mimbre fino repleto de camisolas, gorrillas de lana y calcetines de dos vueltas, amén de un conjunto de sábanas para la improvisada cuna lavado en flor de alcaparra. Al cabo de tres meses, coincidiendo con la llegada del verano, la muchacha sintió la llamada del mar, esa puerta que el Mulato había dejado abierta tras de sí. Aguardó a que el sopor de la sobremesa venciese a Aurelia en el escaño de la cocina y, procurando no hacer ruido, salió por primera vez a la calle con su hijo en brazos. Bajaba radiante la cuesta que separaba la casa del resto del mundo, alzando el rostro adormilado del bebé sobre cada hallazgo. Que no le tenga miedo a nada ni a nadie, como su padre. Aquella euforia la empujó hacia el puerto por un callejón cercano a la plaza que olía a vinagre. La abuela del escabeche, la más anciana de las pescaderas, se había quedado dormida sobre la piedra de labor, el sombrero de paja ladeado contra el sol. Al fondo estaba el mar, el luminoso zaguán del verano que alguna barca rompía en espumas. Caminó por el espigón con un anhelo latiéndole entre las costillas del pequeño y su propio pecho. Al final del paseo, justo antes de que las baldosas cediesen a la piedra agreste para iniciar la quebrada de los santos, se topó con una mujer descalza, sentada al borde del malecón con las piernas colgando en el vacío. A ratos las alzaba dejando que el sol lamiese su piel hasta casi

quemarla para luego devolverlas a la frescura de la piedra mojada por las olas. Se sentó junto a ella. El viento enmarañaba su cabello blanco, pero la mujer lo encaraba sin volver el rostro hacia poniente. Dos gaviotas sobrevolaron el puerto y el niño pataleó sacando las piernas de la frazada. Selva lo arrulló y la mujer se giró al escucharla. Vestida con aquel poncho negro salpicado de diminutas flores blancas, sin un atisbo de maquillaje que ocultase las arrugas ni joya alguna refulgiendo sobre su anatomía, le fue difícil reconocer a la vieja reina de la parranda. La Generala sonrió contrayendo la boca como un alambre de espino. Selva trató de calcular cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se habían visto; no podía ser mucho y, sin embargo, le pareció que había transcurrido una década. Intentó decirle algo, pero la anciana no reparaba en ella; solo tenía ojos para el niño. Le hacía cosquillas en la planta de los pies y el pequeño se retorcía de risa envuelto en el cobertor. Qué bonito eres, qué bonito, repetía. Selva deshizo el nudo de la manta y le ofreció al bebé, tómelo, le encanta que lo acunen, y la Generala lo recibió emocionada en su regazo. Bello, qué bello príncipe. Lo balanceó al ritmo pausado de las olas y una nana antigua se le escapó entre los labios. «Duerme por marzo flor de naranja, la noche es fría y negra la zanja del porvenir. Duerme el invierno flor de jazmín, que aún anda lejos el sol de abril». El niño reía. Una ola le salpicó los pies. Eres muy afortunada, pero será mejor que nadie se entere, le advirtió sin apartar la vista del recién nacido. En esta aldea la felicidad dura menos que un suspiro.

COMO TE ENCUENTRES con la bruja de Encarnación es capaz de lanzar al niño al mar, gritaba Aurelia agitando los brazos desde la puerta. Selva hacía caso omiso de sus tribulaciones. Quería airear su felicidad, que no se le pudriese dentro como el tesoro de las urracas. Esta alegría, pensaba, nació para crecer al sol. Paseaba sin pudor por el mercado, saludando a unos y otros, más locuaz que de costumbre. Cuánto tiempo, muchacha, qué guapo es tu rapaz y qué rollizo está, qué buena color. Algunas pescaderas celebraron el reencuentro regalándole un cucurucho de quisquilla para su hijo; otras la observaron con los brazos cruzados, sin moverse de su mostrador. A Merlina la encontró cargada de paquetes a la salida del colmado, arrastrando al pequeño Vírgulo de la mano. El niño había crecido palmo y medio aquella primavera a raíz de unas fiebres que alargaron sus piernas y le coronaron con una pelambre de fósforo rojo. Se parece a ti, señaló Selva. Merlina se echó a reír. En el carácter no puede ser más clavado a su padre, la contradijo. Vírgulo miró al bebé con unos ojos claros que eran apenas dos rasguños en su rostro ovalado y susurró algo al oído de su madre. Qué tonterías tienes, haz el favor de callarte, le reprendió Merlina. Es un bebé precioso, sonrió acariciándole una mejilla con el dedo pulgar, quién te dirá esas cosas,

por Dios. Se despidieron y, al separarse, Selva observó que el niño cojeaba de la pierna derecha. Lo hace para imitar a su padre, alzó la voz Merlina desde la puerta de su casa. Cosas de críos.

Al subir la cuesta se cruzó con el médico y su mujer que caminaban, casi corrían, hacia la casa de don Heliófilo. Don Paco ni siquiera reparó en ella, pero su esposa la miró con ojos de neblina cuando ya se abrían paso entre los curiosos que flanqueaban la entrada al refugio del viejo maestro. Pasó el resto de la tarde acostada junto al bebé en un claro del abedular. El día había sido caluroso, mucho más de lo acostumbrado en esas fechas, y sobre las casas de labranza flotaba una nube espesa de olor a estiércol. Los aldeanos habían apilado la hierba seca en los heniles y algunos muchachos trepaban al palo armados de bieldos con los que aventaban la paja proclamándose los reyes del trillo. Selva escuchó sus voces desde la lejanía de las lindes y pensó que su hijo algún día también burlaría la siesta para escalar almiares; la desafiaría y ella sabría guardar el equilibrio. Estará solo, presintió observando la rama más baja de un árbol añoso. Como su padre.

Al volver a casa encontró a Aurelia llorando con el rostro hundido en las cuencas de las manos. Viéndola así, encogida de dolor sobre su propio regazo, a Selva le pareció más que nunca una niña perdida. Caía la noche sobre los pesebres y un rumor de luminarias crecía en la oscuridad. A lo lejos alguien cantaba un miserere. Dejó al niño en su maleta y la cubrió con una manta. Después encendió una palmatoria y se sentó a su lado. Estaba muerta de sueño, pero no se movió de allí en toda noche. Permaneció despierta a su lado sin decir una palabra que perturbase su dolor, qué otra cosa podía hacer por ella que ser testigo silencioso de su pena, acompañarla hasta la salida del sol en aquel camino que las dos conocían bien, aunque aquella fuese la primera vez que la había visto llorar.

LO ENTERRARON en tierra santa a pesar de las quejas de las Damas de Negro, que no tardaron en presentarse en el consistorio encabezadas por Encarnación y la propia mujer del alcalde con el grito prendido del cielo de la boca. Su argumento era firme: no se podía dar cristiana sepultura a quien había sido toda su vida declaradamente ateo. Un rojo. Un impío. Carne de averno. Encarnación, exaltada, escupía cada palabra lanzando partículas de saliva sobre el escritorio de la alcaldía. La ausencia de un párroco que le llevara la contraria jugó una baza fundamental que don Paco supo aprovechar. No podemos realizar enterramientos en fincas particulares ni a menos de doscientos metros del mar. Con estas limitaciones ya me dirán ustedes dónde enterramos a este hombre sino en el cementerio, razonó conciliador. Y agregó que don Heliófilo había sido un buen maestro a pesar de sus ideas políticas y que jamás había incurrido en rebeldía. Simplemente, concluyó, vivió en su propio mundo sin molestar a nadie. Aquello no fue del agrado

de ninguna de las presentes, especialmente de su lideresa, que durante semanas menospreció a la mujer del médico, a la que acusó de formar parte de un contubernio a favor del viejo rojo. No sé qué razones tiene tu marido para defender a ese comunista hasta la muerte, pero otro más alto que yo le pedirá cuentas algún día. Y ten cuidado de que no te salpique su pecado, le recriminaba. La mujer del alcalde bajaba el rostro y una vergüenza gris le cubría los ojos, la lengua, las manos; su cuerpo entero, traspasado por la voz de Encarnación reverberando entre las paredes de la iglesia.

Don Paco la hizo llamar con un recado discreto. Dile, instó a un muchacho de su confianza que encendía las estufas del consistorio, que la espero a las seis de la tarde en la casa del difunto. Cuando Aurelia apareció en el quicio de la puerta, don Paco fumaba de pie un cigarrillo de tabaco negro cuyo humo no disimulaba el penetrante olor a muerte que provenía de la alcoba. Sin apenas saludarla, como si llevaran una eternidad preparándose para la tarea que un día habrían de acometer juntos, don Paco colocó su maletín sobre la mesa camilla y extrajo de él un traje de paño negro con un levísimo resplandor azul. Aurelia recogió agua en un cubo desportillado y esperó a que él entrase en el cuarto para seguir sus pasos. No era la primera vez que veía un cadáver, pero, como decía Celestino, la mirada de la muerte es distinta en cada hombre, y aquel cuerpo hinchado cuyo vientre se elevaba hasta un extremo inimaginable la mantuvo en vilo durante toda la ceremonia. Parecía un extraño. El rostro se le había distendido como a los ahogados y el carmín violáceo de los labios le daba el aspecto de un hombre severo, casi colérico. Tenía el cuello ancho de un buey, tanto que a don Paco le costó abrocharle el último botón de la camisa, una pieza sin estrenar profusamente rociada de agua de lirio para disimular el olor acre de la descomposición que había corrompido el cuerpo del maestro durante los tres días que estuvo tendido en el suelo de su alcoba. No permitió que lavase sus partes íntimas. Detuvo su mano cuando el paño húmedo ya alcanzaba el vello canoso del pubis y Aurelia desvió su ruta avergonzada, muslo abajo, hasta alcanzar unos pies demasiado pequeños para sostener aquel cuerpo de cetáceo. Ayudó al médico a enfundarle los pantalones, a calzarle y a anudarle la corbata. Cuando parecían haber concluido su tarea, don Paco salió del cuarto y regresó pertrechado de una palangana y un estuche de afeitar. Le embadurnó el rostro de espuma blanca y con ayuda de una navaja de barbero le rasuró la barba fosca con un pulso que ya daba por perdido. Te he mandado llamar porque tu hermano y tú erais los únicos que le queríais en este pueblo, le explicó sentado en una banqueta. Pero, por favor, no le digas nada a nadie. No quiero ni pensar la que se organizaría si alguien sabe que he permitido que una mujer vea al muerto en cueros.

Esta aldea es un lugar angosto, Aurelia. La luz manzanilla del atardecer se colaba, de bajel en bajel, por la ventana. Coge lo que quieras de recuerdo, todo lo demás debo quemarlo. Es el pacto que he hecho con las beatas. Su voz sonaba llena de rencor. Aurelia miró en su derredor y una tristeza afilada le atravesó el pecho al distinguir entre la pila de libros el lomo azul de Misterios del Universo. Acercó la yema de los dedos a la piel rugosa que tan bien conocía y en el último instante decidió no tocarlo. Ya no era momento de andarse con nostalgias, ella también podía morir de eso si se descuidaba. Mejor sería que ardiese en la hoguera todo aquel tiempo pasado que tanto le pesaba: el telescopio, las brújulas, los sextantes, los planos de uno u otro hemisferio, los restos de comida solidificados en la loza. Todo le dolía. Aquel abandono, el cuerpo del maestro emprendiendo la deriva cósmica que incendió sus pesadillas infantiles, el techo definitivamente hundido por sus centros. Iba a decirle a don Paco que prefería que todo se fuese con él al otro mundo, que no quedase ni una página que diese cuenta de su historia, cuando reparó en aquellos ojos, más tristes que nunca, sujetos al baldaquín de un marco comido por la polilla. El corazón le dio un vuelco al descubrirse pronunciando su nombre como si se tratase de una vieja conocida. Rosalía, musitó.

No asistió al entierro, que el propio alcalde presidió junto a cuatro pescadores, antiguos pupilos del finado. A las ocho de la tarde vio pasar la caja de pino que contenía al profesor desde el atolón de su casa. En sus manos temblaba el retrato de Rosalía, la mujer más triste y bella que Aurelia recordaba haber visto nunca. Recostada contra la pared del granero, repasó el rectángulo de cristal con su índice mientras los porteadores enfilaban el primer tramo de la cuesta que conducía al camposanto y observó cómo el hilo despertaba de su letargo con una vibración doliente. ¿En qué pensaría antes de caer fulminado? El ataúd dobló la penúltima esquina con dificultad. A los mozos les costaba salvar el desnivel bajo la carga de un muerto que parecía haber engordado dos arrobas. La memoria también debe pesar, dedujo. Inesperadamente, el cristal del retrato rodó sobre su regazo dejando al descubierto un papel amarillo adherido a la fotografía, a punto de desintegrarse de puro viejo. Los mozos izaron de nuevo el cajón de madera haciendo un último esfuerzo y ella comenzó a leer aquella letra serifada que juraría haber visto antes.

Querido maestro:

Te escribo desde una habitación a oscuras mientras mi compañera duerme. Escribir sin luz se parece a gritar sin voz y eso es precisamente lo que voy a hacer en esta carta. He descubierto que soy más débil de lo que creía. No tuve fuerzas para fugarme contigo aquella madrugada tal y como planeamos. Nos hubieran encontrado y mi padre hubiera acabado contigo. Es mejor así. Mejor que sigas respirando, aunque sea lejos de mí. Como

habrás descubierto por el matasellos, te escribo desde Gales. Mi padre ha aceptado un nuevo destino aquí a cambio de favores políticos que nos han obligado a cambiar nuestra identidad. Hasta el nombre he perdido, amor. Ya nunca volveré a ser Rosalía, solo tú me recordarás así, cumpliendo eternamente quince años. Y yo te recordaré joven, inteligente, escribiendo versos y anotando astros. La que ahora te escribe ya no es esa muchacha que se sentaba en la primera fila de tu escuela. Es una mujer maltrecha que comparte habitación en una casa de salud con otra muchacha encinta. Aquí daré a luz a nuestro hijo. Aún no sé si será varón o hembra, pero me gustaría que se pareciese a ti. No puedo revelarte mi nueva identidad, eso únicamente complicaría las cosas, aunque sí te diré que mi nombre suena como una caricia en la arena. Me casarán pronto. Mi padre está buscando a un militar del rango adecuado para restablecer mi honra a cambio de una buena dote. Como ves, aquí el amor no significa más que un cántaro roto.

Olvídame ahora que aún estás a tiempo. Yo no podría hacerlo aunque lo deseara porque llevo tu semilla en mi vientre. Le enseñaré todo lo que tú me enseñaste, aquello que de verdad importa: el cielo, la piel, la luz del alba.

Te quiere,

Rosalía.

Dobló la carta con delicadeza cuando la comitiva fúnebre alcanzó la verja del cementerio. Don Paco abrió la cancela y los pescadores empujaron el féretro holgadamente bajo el tímpano de forja. Atardecía. Aurelia observó la fotografía. El rostro ovalado, la nariz recta y fina, rematada con gracia sobre unos labios que se adivinaban grana. Aquellos ojos. No podía dejar de mirarlos. Oscuros y profundos, con un fondo de tréboles. Aquellos ojos. Supo que si continuaba asomándose al brocal caería hasta conocer la raíz del misterio, pero el viento cambió de dirección al igual que sus pensamientos. Regresó entonces el hedor de la muerte, la vajilla sin fregar y aquel cuerpo abandonado como una vieja corteza. La miseria, pensó. Esto es la miseria. Guardó el retrato en el sobre que la había contenido durante décadas, ensambló de nuevo el marco y lo envolvió en su faltriquera, muy apretado contra la tela. No quería saber, no quería. La mar estaba calma y el nordeste desplazó el golpe hueco de los primeros puñados de tierra cayendo sobre el ataúd.

LOS APICULTORES se fueron de la aldea tras la primera verbena del verano. Las muchachas del hostal les rogaron que esperaran a esa fecha, que por una vez en la vida querían ir acompañadas al baile. La aldea celebró San Antonio espetando sardinas sobre montones de ascuas dispersos por el puerto; el calor doraba la plata y cuando crujían las escamas las rociaban de limón y sal gruesa sobre una rebanada de borona. Desde primera hora de la mañana los mozos

habían engalanado las calles con cadenetas de papel, farolillos y guirnaldas de flores enhebradas y a alguna muchacha ya le habían colgado el ramo en la ventana antes del toque de maitines. Todo el día comían y bebían en los puestos del malecón; probaban suerte los hombres en los juegos de boliches y se dejaban convencer para posar muy rígidos en el retrato familiar que un fotógrafo ambulante ofrecía a cambio de dos perras y un vaso de vino. Culminaba la fiesta con la charanga que don Paco contrataba en la capital a través de unos viajantes de confianza.

Llegaron ese año tres hombres vestidos con levita gris marengo, acompañados de una mujer de traje negro rematado en cuello y mangas por puntillas blancas, que ocultaba su rostro tras un antifaz de plumas que no se quitó ni a la hora de comer en El Reposo de la Sirena. Nada parecía llamarle la atención y solo rompió su mutismo para revolverle el cabello a Vírgulo con sus dedos aflautados augurándole un futuro brillante. Tiene oro en las manos este niño, sonrió mostrando una ristra de dientecillos agudos como piñones. Merlina les sirvió un almuerzo de pescadores a base de sardinas al limón y una tomatina con aderezo de tomillo que no les arrancó ni el más leve suspiro de placer. Después, dejaron la trompeta, el tambor y el acordeón arrumbados en una esquina mientras se echaban la siesta en las alcobas del piso superior, momento que Vírgulo aprovechó para acercarse a los instrumentos. Deja de enredar, le amonestó su padre. Mazurca andaba de un humor revirado aquellos días. Las deudas aumentaban y la calvicie avanzaba sobre su cráneo arrasando el último resplandor rubio de su juventud. Desde que había colmado en el pueblo cada vez les visitaban menos viajantes y esto suponía la debacle de su negocio. Si seguimos así, pronosticaba, no tardaremos en echar el cerrojo e irnos a la capital. Su mujer no quería ni oír hablar de esta posibilidad. Remendaba las sábanas, menguaba las raciones de los huéspedes y redoblaba las horas en la cocina. Los tiempos están cambiando, Merlina, y resistirse es morir. Ella no quería verlo. Era cierto que el colmado tenía de todo y al mejor precio; la vieja Eduarda, la dueña, no había pasado nada por alto. Confituras, conservas, zuecos, paraguas. Hasta gafas de ver de lejos tenía en los anaqueles atiborrados de mercancía. Los niños le compraban chucherías y ella les regalaba un palulú y las señoras mandaban a sus muchachas a por agua de colonia y sales de la Toja. Era una guerra perdida y El Reposo de la Sirena, un daño colateral. Habrá que ir pensando en hacer las maletas, repetía Mazurca con la cabeza hundida en un saco de sombra. Por las tardes, se engastaba la pierna de metal y bajaba a la taberna de Celestino. Bebía un vaso de vino, solo uno, y una añoranza premonitoria le humedecía los ojos. Este vino tiene espuelas, se excusaba, y volvía al hostal con la cabeza gacha, haciendo

la cuenta de los pagarés sin firmar que se amontonaban sobre la mesa de su despacho.

Los músicos afinaron sus instrumentos en el comedor del hostal resistiendo el asedio del pequeño Vírgulo, que corría de un lado a otro enardecido por la sordina de la trompeta. Inmóvil en una esquina, la mujer se contaba los pliegues de la falda fumando en una boquilla larga muy parecida a la de las prostitutas. ¿Qué toca esa?, preguntó Merlina. Le respondieron que no tocaba nada. Tampoco cantaba. Lo comprobaron horas después, cuando la charanga se instaló en el pequeño templete de madera que los mozos habían armado en la plaza. Ella solo bailaba. Al principio danzaba sola, con un movimiento oscilante de derecha a izquierda que les hizo reír de puro ridículo, hasta que poco después se lanzó al ruedo de la plaza, esquivando a las parejas con un movimiento en zigzag no exento de gracia. En cada vuelta señalaba a alguien, hombre o mujer, lo mismo daba, y el elegido se entregaba al baile sin rechistar.

Las Damas de Negro contemplaban el espectáculo desde el balcón principal de la casa de Encarnación. Les parecía un ritual obsceno, una burda disculpa de los cuerpos para dar rienda suelta a la lujuria. Denostaban entre dientes los pormenores de la fiesta cuando la mujer del antifaz reclamó sorpresivamente su presencia con un leve gesto. Las señaló y, a su orden, todas las miradas se volvieron hacia ellas con un guiño burlón en el que percibieron el temblor de una amenaza. Corrían las botas de vino de mano en mano y la música los bamboleaba a su antojo, embriagados y felices. Las pescaderas aplaudían embutidas en unos vestidos olorosos a naftalina comprados años atrás a los viajantes sin calibrar la talla ni comprobar las hechuras, balanceándose impúdicamente contra las nalgas de sus maridos, que lloraban de risa, los sexos descollando bajo el paño firme de las pretinas. ¡Qué bajen ya esas arpías!, gritó alguien entre la multitud. A Encarnación una gota de sudor frío le resbaló por la columna vertebral. Cómo podían atreverse, qué hatajo de bestias, peor que el ganado eran. Buscaron a don Paco con la mirada, pero el alcalde se había esfumado entre la concurrencia. Andará con el manco dándole a la jarra, susurró maligna Encarnación al oído de la mujer del médico. Tu marido siempre ha tenido debilidad por el rojerío, a mí nunca me ha engañado. Tampoco hallaron los ojos abúlicos del alguacil, ni rostro alguno al que implorar ayuda. Los músicos sostuvieron el compás mientras la mujer del antifaz se acercaba al balcón soportando una tensión progresiva en la punta del dedo que hizo descender a las Damas de Negro como novicias obedientes. Cuando la bailarina tomó su mano, el pueblo entero contuvo la respiración. La música se detuvo un instante y todos pudieron escuchar con claridad el rumor partido del oleaje. Un segundo

después, la mujer rodeó el talle de Encarnación con su brazo huesudo y los músicos reanudaron la marcha en el mismo punto en que la habían interrumpido. Bailaron. No tuvo tiempo Encarnación de impedir que sus acólitas se mezclasen con la turba de los pueblerinos, permitiéndose incluso el trasiego de un buen chorro de vino a sus espaldas, porque toda su atención se centraba en seguir el compás tratando de esquivar aquellos ojos de aguja velados por la máscara. A su alrededor giraban las parejas, hombres y mujeres agarrándose con un ardor nunca exhibido que le hizo pensar en su hermano; qué habría dicho él de todo esto, sin duda hubiera atajado a tiempo tanta licencia. La bailarina la dejaba cavilar escorándose sutilmente hacia el faro, cada vez más lejos del torbellino de la verbena. ¿A dónde vamos?, preguntó aturdida Encarnación. La fiesta era tan solo un botón vibrante en el horizonte cuando la mujer detuvo sus botines de charol al filo del malecón. Acarició su rostro con una mejilla helada. Olía a claveles marchitos, a resina de pino e incensario, pero aquel aroma no le desagradó a Encarnación. Tampoco lo hicieron sus labios apretándose contra los suyos en un beso frío, como de piedra.

UNA VOZ SE FILTRÓ entre los sucesivos velos de insectos que tupían el sendero más estrecho del bosque. La urgencia aquella sacudió las zarzas, repletas de moras aún demasiado prietas para ser cosechadas, haciendo que don Paco bajase la rama con la que protegía su rostro de los mosquitos. Se detuvo al pie de lo que había sido la fuente de los arrieros, un regato vigoroso que saltaba de piedra en piedra desde los riscos al llano. El cauce había sucumbido, como tantos otros, a la canícula del verano, y pensó que era una lástima no poder echar un trago de aquella agua que aún sabría a nieve. El grito volvió a crujir la hierba seca.

¡Corra a casa de Aurelia!

Detrás de la voz apareció Celestino, la calva enrojecida y la camisa chorreando sudor. Es cosa mala, señor alcalde, le apremió doblándose por la cintura.

Un sentimiento de culpa acompañó a su sed durante todo el camino. Aquella cesárea, el olor de la sangre coagulada, el sudario de sábanas que las vecinas quemaron detrás de la casa. Fue una torpeza abrir a aquella mujer, un error de médico rural con ínfulas de cirujano, y ahora esperaba encontrar a Aurelia en la misma cama, aquejada del mal de hembra que le había diagnosticado años atrás. Ni por un momento pensó en el niño, al que había visto por primera vez el día anterior, cuando acudió a su casa para suministrarle a Aurelia el remedio de la ruda. La última dosis, le anunció mientras su mujer diluía las gotas en una cucharada de miel. Afortunadamente los apicultores le habían donado decenas de tarros antes de irse y gracias a su dulzor conseguía que los aldeanos accediesen a tomar un remedio

más amargo que las olivas crudas. Dale al niño una cucharadita de miel nada más, que es buena para el desarrollo, le dijo a su mujer. Daba gloria verlo con aquella piel lustrosa, el cabello rizado y negrísimo, tan gracioso batiendo los pies en el aire. Pega patadas al cielo, bromeó don Paco. Cuidad que no os salga un revolucionario. Y todos rieron salvo su mujer, que se mantuvo rígida con el brazo extendido culminando en la cuchara. Nada que ver con el pellejo inflado que Aurelia le ponía ahora en las manos: ojos amoratados, vientre esférico, piernecitas de piel de plátano. Por favor, señor, dese prisa, por lo que más quiera. No lloró cuando el médico le palpó la tripa, aunque el dolor debía ser intenso; respiró con la hondura quejumbrosa de un anciano y una baba se le escurrió por la comisura de los labios manchando las sábanas de un verde bilioso. Preguntó qué había comido el bebé en las últimas veinticuatro horas y ella le respondió casi sin voz que todavía estaba a pecho. Lo auscultó y un aleteo espaciado le llegó del otro lado de aquel jubón. Este niño se está muriendo, dijo sin dar crédito a sus palabras. Aurelia rompió a llorar y Selva, que había escuchado trasiego de pasos en la planta baja, apareció en lo alto de las escaleras con el rostro desencajado.

¡No le ponga una mano encima a mi hijo!

Su expresión era tan sólida que el médico creyó que aquella voz solo había tronado en su cabeza. Si no lo llevamos a la capital no tendrá ninguna posibilidad, balbució él con ahogo. Tiene una intoxicación severa. Hacía tanto calor allí dentro. Imposible pensar con lucidez, comprender la dimensión de lo que estaba sucediendo en mitad de semejante calima. Las puertas y ventanas estaban cerradas y en el interior de la casa no corría ni un soplo de aire. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera! Selva apretó al bebé contra su pecho y una baba enferma resbaló sobre su hombro. Le estaba haciendo daño, solo había que ver la mueca angustiada de aquella pequeña máscara gris sin fuerzas ni para llorar, pero don Paco no tuvo el valor de insistir. El dedo de la madre señalaba la puerta. Váyase, repitió, no vuelva nunca. De pie en una esquina de la cocina, Aurelia observaba impávida la escena con los ojos clavados en la tripa del bebé. De vez en cuando abría la boca y parecía que iba a decir algo, pero luego la volvía a cerrar y tragaba con dificultad un bocado áspero que le hacía llevarse la mano a la garganta.

Don Paco sintió el portazo a sus espaldas y aún se giró varias veces gritando que debía llevárselo a la ciudad, pero nadie le respondió. La imagen del bebé le machacó las sienes de camino a casa; el calor licuando la tripa monstruosa, la lengüecita teñida de blanco. Un reguero de sol cayó sobre sus ojos desde el canalón quebrado de un alero. Entre los hexágonos que la luz dibujó en el aire, recordó una mano rematada por una puntilla blanca, de doble vuelta, la misma

mano que sostenía la cuchara, una sonrisa maliciosa pronunciando unas palabras envenenadas desde la matriz de los labios: toma, hermoso, ya verás qué rica está la miel, dicen que sabe a lágrimas dulces. Se apoyó en un pedregal cubierto por la nervadura de una hiedra seca. Respiraba con dificultad y sus piernas no eran más que un montón de arena. Hubiera dado la vida por un sorbo de agua.

EN CASA DEL MÉDICO se oyeron voces toda la tarde. Después, los pescadores le vieron dirigirse al consistorio sin levantar la vista del suelo, donde nadie supo de él hasta que salió a golpear la puerta de la casa parroquial con un puño seco como mazo de ablandar la carne. Encarnación abrió la cancela y dicen que nada más verlo el rostro se le puso del color de los cirios pascuales. En la sala de estar, allá donde antaño don Serafín le recibiese con su batín color ciruela y una taza de té quemándole las manos, su mujer lloraba en una silla tapizada con el mismo terciopelo púrpura de los reclinatorios de la iglesia. Antes de la puesta de sol, el alcalde regresó al ayuntamiento con las mejillas encendidas como un borracho. Ya en su despacho, recordó que había dejado abierta la puerta de la casa parroquial y pensó en dar la vuelta para vigilar a las dos mujeres. Observó entonces el mar, el oído de piedra de la aldea volcándose sordamente hacia aquel paredón de sal, y comprendió que era innecesario.

A la salida de la escuela don Servando se topó con el alguacil, que le saludó con un ademán extraño. ¿Todo bien?, inquirió el maestro. El hombre se limitó a gruñir algo sin detener su camino a la casa del cura, donde nadie le abrió la puerta por mucho que la golpeó. Todavía picaba el sol y el alguacil se secó el sudor de la frente con un pañuelo grasiento antes de subir a su barca. Odiaba el verano, desde que era niño aborrecía aquel enjambre de insectos pegándose a la piel, la jarana tediosa de las verbenas. Los peores crímenes, pensó soltando el amarre, se cometen en verano. El culpable es el sol, que acaba con la paciencia del más sereno.

Don Paco contempló la estela bífida que la barca del alguacil dejaba en el mar. Por fin se ha puesto el sol, menos mal, pensó al borde del llanto. Una mosca le acarició las pestañas trazando una elipse y el alcalde la atrapó al vuelo con la diestra. Será un verano caluroso.

Los pescadores anclaban sus chalanas en el muelle cuando el rugido de la barcaza les sorprendió irrumpiendo a deshoras en la bahía. Vieron descender al alguacil junto a dos hombres uniformados, sendos rifles colgados a la espalda, y algunos temblaron al recordar tiempos pasados, siluetas parecidas a las que ahora preguntaban en el colmado por la casa del cura tachonando el adoquinado con sus suelas de hierro. Llamaron varias veces a la puerta de la casa parroquial, pero nadie contestó al otro lado. El médico sintió el latido desesperado del insecto en su puño y un aliento de misericordia le aflojó los músculos.

Recordó el día en que conoció a su mujer, durante un almuerzo estival en la quinta del doctor Cabrera, a las afueras de la ciudad. Era su única hija, una belleza adiestrada en el arte de la discreción, consagradas sus tardes a la práctica de escalas de piano y a la lectura de los clásicos. Se casaron al cabo de tres meses, coincidiendo con la fecha de su nombramiento, y al día siguiente de la boda la trajo a la aldea para que disfrutase del paisaje de su infancia. Pero él sabía que nunca más saldrían de allí porque esa era su voluntad desde un principio: volver al hogar de sus antepasados y restablecer la gloria perdida de su estirpe haciéndose con el verdadero cetro del poder, que no residía en la política ni en la religión, sino en la salud de los enfermos. Ella lo aceptó con resignación. No hubo un gesto de réplica ni un mohín de tristeza. Incluso pasó por alto que él no accediese a comprarle un piano, una majadería costosa y poco útil que sería difícil de transportar hasta la bahía, según resolvió poco después de establecer el consultorio. Más duro fue asumir que no tendrían hijos porque él no quería ese bullicio engorroso correteando por los pasillos. Bastante tengo, le dijo, con todos los que traigo al mundo en esta aldea. La mujer tomaba sin rechistar el remedio que le suministraba cada noche –dosis doble antes de hacer el amor– y lloraba en silencio de madrugada. Sabía amargo aquel bebedizo y ahora él presentía que algo de aquella amargura se le había ido enquistando en el alma. Solo así podía explicarse el estado al que habían llegado las cosas. Porque ella no era mala, solo estaba cansada. De la aldea, de su abandono, de la pobreza moral de las gentes. Más de una vez la había sorprendido contemplando a los niños a la salida del colegio con ojos de pez muerto. Somos dos viejos, rezongaba él, ya no son horas de darle vueltas a eso. Algo se le debió carcomer ahí dentro y él no supo verlo. Quizá si la hubiese auscultado... Si hubiese dedicado unos segundos a escuchar su corazón habría detectado un latido desacompasado, la señal imprecisa de que las cosas no iban bien. Pero no lo hizo y ella se había agarrado a Encarnación como la hiedra al muro buscando un sentido a tanto tedio. Y esa maldita pintura en la pared de la iglesia... Pero ya era tarde, imposible detener el discurso de la ley, de su propia conciencia. Entre la niebla de su remordimiento ya se adivinaban las que habrían de ser imágenes recurrentes en su memoria: el pellejo sin vida, las gotas de ruda cayendo sobre la miel, a sus espaldas, la voz melosa de su mujer animando al pequeño a abrir la boca. No podía soportar tanta repugnancia como sentía.

Oyó el golpe seco de las culatas de los rifles sobre la puerta, el quejido de los goznes rindiéndose al torrente de la fuerza pública. Algo caliente resbaló por su rostro. Temió escuchar los gritos desgarrados de las dos mujeres arrastradas entre injurias a la barcaza,

pero nada de esto sucedió. El tiempo se había dilatado al igual que lo hacía la madera en aquella época, como los corchos de las botellas vacías que apilaba, secretamente, en el fondo de los arcones. Todo se hinchaba en verano y por eso había que proceder con cautela; apretar el cuello de la garrafa hasta el límite de su resistencia, midiendo las fuerzas para que el vidrio no le estallase entre las manos. Él era bisoño en estas artes del ten con ten; un hombre de campo al fin y al cabo, tosco y montaraz, y ni fuerzas reunía para asomarse al balcón a ver pasar la comitiva. Prefería salir como una sombra por la puerta de atrás, penetrar en la grieta lúgubre que era la casa parroquial a esas horas de la tarde, saludar a las autoridades sin alzar los ojos ni pedir explicaciones. Respirar entonces aquel olor agrio sostenido por una nube de insectos y vislumbrar los dos péndulos vestidos con falda larga y zapatos de tacón que oscilaban en el techo de la alcoba. Los mismos zapatos negros, olorosos aún a piel de cabra y betún de judea, que su mujer había estrenado para la verbena. Abrir entonces la mano derecha en señal de derrota y descubrir, adherida a su piel, la mancha oscura de una mosca muerta.

De Paris se dijo siempre que había llegado a la aldea cuando más lo necesitaban. Caído del cielo, repetían. Don Serafín habría torcido la boca al escuchar sus sermones y en un aparte le habría comentado a don Paco que aquel hombre poco tenía de cura y mucho de iluminado, a pesar de que fue gracias a él que su hermana pudo recibir sepultura dentro del cementerio. A falta de voces disonantes, el criterio del recién llegado, que hubo de dirimir las cuestiones de los muertos antes que las de los vivos, prevaleció sobre las normas de la Iglesia en materia de suicidas. La enterraron mirando hacia el oeste, a diferencia de la difunta mujer del médico que recibió sepultura en dirección al sol naciente por expreso deseo de su viudo. Había recordado don Paco –y eso le había sumido en una culpa profunda que nunca habría de baldear por completo– que a su esposa le gustaba levantarse al amanecer, con los primeros rayos despuntando sobre los tejados. Quizá esto la alivie de algún modo, cabeceó.

Trató don Paco de no aventar aquel fuego desgraciado, pero al final todo se supo. El rumor de que las Damas de Negro habían envenenado al niño de Selva barruntaba con fuerza en todos los mentideros y, sin embargo, muchos fueron los que señalaron al alcalde como el culpable de la muerte de las dos mujeres a las que, según se comentaba, había puesto contra la espada y la pared como el delator que siempre había sido. Incluso hubo quien le adjudicó la autoría del crimen y aseguró que era suya la mano que invitaba a la miel, pero al final todo se quedó en habladurías de borrachos y morralleras.

Enterradas aquellas damas de cuellos tatuados por la soga, Paris, el nuevo cura enviado desde la capital, un ángel de melena rubia llegado

de las misiones del sur de la India, hubo de resolver el espinoso asunto del niño. No estaba bautizado, así que en teoría a la Iglesia no le competía la suerte de aquel cuerpo maltrecho al que Selva se obstinaba en negar la sepultura. Le aconsejaron que no subiera hasta aquella casa, la última del pueblo, de paredes torcidas y ventanas desencajadas por el peso de los años y la orfandad, de donde partía un hilo que cruzaba el océano; el capricho de una tal Aurelia, de profesión hilandera. Vivía con una negra que precisamente era la madre del pequeño, la cual había enloquecido a causa de la desgracia. Lo comprobó por sí mismo cuando llamó a la puerta y la única respuesta que obtuvo fue un alarido sobrehumano que le erizó el vello, pero estaba acostumbrado a enfrentarse al rechazo. Era un hombre alto, óseo, de pelo lacio y pómulos marcados. Alguien dijo cuando lo vio desembarcar vistiendo una túnica blanca que parecía un Cristo resucitado de tan luminoso. No llevaba crucifijos, ni alzacuellos, ni rosario y acostumbraba a caminar descalzo o con sandalias. Al verle pasar por vez primera, Celestino sintió el arrebato de la revelación mística y afirmó ante sus parroquianos que aquel hombre era un santo que venía a redimirles de tanto pecado, que ahora sí que Dios había tomado cartas en el asunto. No disimulaba su diferencia. Cuando le preguntaron cuál era su oficio –y lo hicieron únicamente para cerciorarse– él sonrió de aquella manera tan particular, apenas una insinuación de sonrisa, que el suyo era un oficio de paciencia. Nada enturbiaba su paz, ni una puerta cerrada ni la amenaza de una casa blindada al mundo. Regresó al día siguiente, y al otro, hasta que al fin consiguió que Aurelia abriese una rendija. ¿Qué quiere de nosotras?, le preguntó con voz ronca. Déjeme pasar, le rogó Paris espaciando las palabras. Le prometo que encontraré alguna manera de aliviar su dolor. Y añadió que ese era su trabajo.

Atravesaron la casa a oscuras, completamente cerradas puertas y ventanas al exterior, donde apenas se intuían una amplia mesa de madera, el perfil de cal de una chimenea, algunos sacos esparcidos por el suelo. Aurelia le aconsejó que actuase con cautela. Hace días que ni come ni duerme ni dice una palabra. Todo lo de este mundo parece sobrarle. Un aroma dulzón, casi nauseabundo, le golpeó el rostro. En la penumbra de la cortina, ese tránsito que separaba la casa de la huerta, donde antaño se reunieran para pelar mazorcas o vaciar calabazas, distinguió la silueta de una mujer agazapada en una esquina. Tenía el pelo largo, enmarañado, la ropa raída. Posiblemente ella misma la había hecho trizas. Adoptaba una postura fetal, apretando contra el pecho un bulto flácido del que emanaba un olor que Paris conocía bien. En las misiones no podía sacárselo de las fosas nasales por más que se zambullía en el mar para aspirar agua salada. La mujer canturreaba en una lengua que no supo descifrar, pero cuya

entonación le recordó a los ritos funerarios. Cada cierto tiempo interrumpía su salmo y acariciaba con fruición aquella forma de la que se descolgaba un filamento color ceniza en el que el cura creyó adivinar un brazo. Al otro lado de una cortina de arpillera vislumbró la huerta, la tierra con su aroma a vida tratando de sofocar el hedor agrio de la muerte. Pasó de largo ante Selva, corrió la tela y salió a la finca, donde permaneció un largo rato de pie, bajo la higuera. Después hizo algo insólito: aquel hombre flaco, de pelo sedoso y manos de flautista, comenzó a despojarse con calma de sus ropas. Primero la camisa blanca, que dejó caer como una piel muerta sobre la hierba; después el pantalón de lino, ceñido a las caderas con un cintillo. El calzón era apenas un pétalo frágil bajo el que asomaron unas nalgas de niño, pequeñas y apretadas; por último, las sandalias de pescador. Quedó de espaldas a la casa, completamente desnudo bajo el sol de un día espléndido, alzando los brazos al cielo como si implorase una respuesta. Se arrodilló entonces junto a las raíces de la higuera, allá donde la tierra era más fresca y tierna, y comenzó a cavar un hoyo con las manos. Una vez consideró que la profundidad era adecuada, el hombre se volvió hacia las dos mujeres. Tenía las piernas cubiertas de polvo y su sexo blanquísimo apuntaba al suelo con languidez. Extendió las palmas abiertas hacia Selva y ya se esperaba Aurelia el estallido de furia que la había dominado durante los últimos tiempos, cuando se produjo el milagro. Ella se alzó haciendo equilibrios, como si recién hubiese aprendido a mantenerse erguida, y dio unos pasos vacilantes hacia el cura. Abrazaba al bulto con la misma fuerza, pero ya nada era igual bajo la luz del sol. Ahora vamos a sembrar, anunció París. Selva se agachó hasta quedarse en cuclillas, aproximó los brazos a la cavidad y con una mueca de dolor dejó caer el cuerpo del niño. El hombre no la abrazó. Permitió que la mujer llorase y se arañase las piernas mientras él cegaba de nuevo la pequeña fosa. Desde lo alto, Aurelia arrojó el último puñado de tierra.

ANDABA CASI SIEMPRE SOLO, corriendo por los pasillos lóbregos del hostal, empujando con la punta del pie unas bolas de acero que le había regalado un viajante de juguetes al que no habían vuelto a ver desde el invierno pasado. Cuando los huéspedes dormían la siesta, su madre le mandaba subir al piso de arriba para que no molestase. Anda a darle a las canicas al astro. Así llamaban a los dos cuartos abandonados del piso más alto del hostal, empleados ahora como almacén de sacos de harina y legumbres donde los muebles se desvencijaban unos contra otros en precario equilibrio bajo una capa de polvo. Todo era pasado allá arriba y a él le gustaba aquella luz que untaba de oro las tablas, en cuyas láminas hundía los dedos soñando convertirse algún día en la estatua mancillada del Príncipe Feliz. A veces escuchaba un crujido, el maullido de un gato invisible o una tos

asmática, pero estas presencias vagas no estorbaban su juego. Golpeaba las bolas de acero buscando una carambola, el toque perfecto. Solo la cueva del bandido se postulaba como una alternativa al astro durante la hora de la siesta, pero su padre le había dicho que no se le ocurriera trepar por aquellas rocas, que podía caerse y perder el sentido o, lo que es peor, una de sus piernas, y acabar tullido y arruinado como él. Su padre siempre se quejaba. Se mesaba los cabellos, que eran más de plata que de oro –nada que ver con la cabellera áurea del Príncipe Feliz refulgiendo al atardecer– y suspiraba. No le salían las cuentas, decía. Y su madre le pasaba un brazo por los hombros que no lograba consolarle.

Encontró la cueva por casualidad, jugando al preso huido, pero pronto se cercioró de que no era el primero que buscaba allí cobijo, como atestiguaban una manta y una almohada enmohecidas por la humedad que halló en lo más hondo de la covacha junto a una bota de cuero que al derramarse sobre las rocas exhaló un aroma a hierba mustia. Le centellearon los ojos al imaginar al célebre bandido, el hombre embozado en un tabardo de lana que describían las ancianas durante las noches sin suministro eléctrico; el robaniños, el sacamantecas, el siniestro héroe sin amigos ni padres durmiendo allí, al resguardo de la intemperie. También él pasaba las horas acostado en aquel útero de piedra, fabulando penurias. Se imaginaba muerto allá arriba mientras los aldeanos organizaban cuadrillas de búsqueda capitaneadas por su padre y su madre lloraba con los cabellos pegados a las mejillas. Se arrepentirían de los castigos, entonces. Dirían que en el fondo era bueno, inquieto como los demás niños, el mejor de todos ellos, y su padre clavaría su única rodilla en la tierra del cementerio y elevaría los brazos suplicando al cielo su regreso. La fantasía se rompía cuando Vírgulo regresaba a casa en busca de la merienda y le prometía a su madre que no volvería a subir al cerro, que sería bueno, bueno hasta la santidad. Pero al cabo de unos días tropezaba con las bolachas de acero y volvía a la carga y entonces su madre, vete al astro que aquí molestas a los clientes. Cuatro viejos tratantes, casi todos enfermos, bebedores resignados de la sopa insípida que su madre hervía durante horas tratando de arrancarle un ápice de sabor al mismo hueso de carne.

Golpea las bolas, una contra otra, que ruedan iluminadas a intervalos, impactando a una tercera que se cuela en el interior de un armario abierto. El golpe suena a hueco. Vírgulo corre en busca de las esferas de metal, pero algo ha llamado su atención más allá del brillo del acero o la tos nerviosa que se bosqueja en el aire. Empuja el armario y descubre un agujero por el que la tercera bola se ha adentrado hacia no se sabe dónde. Con la ayuda de un atizador de brasero herrumbroso rasca la cal de la pared y descubre un filo de

madera que asciende, discurre en paralelo al suelo y luego cae en picado revelando el perfil de una puerta. A Vírgulo le late fuerte el corazón y ya no escucha la tos, ni el maullido del gato. Se mueve con agilidad, haciendo el menor ruido posible a esa hora en la que todo se escucha: las pesadillas de los huéspedes, el chirrido triste del colchón de sus padres, cada vez menos frecuente. La puerta cede y al otro lado descubre una escalerilla estrecha por la que se cuela un hilo de luz. Le tiemblan las piernas al escalar el primer peldaño, pero gana confianza y sube uno tras otro, aplicando las palmas de las manos a ambos lados de la pared, hasta que al fin corona el último, que cruje antes de hundirse engullendo su pierna derecha. Una astilla le rasga la piel, pero el niño no grita. Piensa en su padre –qué diría él, que siempre vela por la integridad de su cuerpo, si lo viese ahora, sucio y malherido– mientras extrae la pierna procurando no rozar las tablas resquebrajadas, y se limpia el reguerillo de sangre con el envés de la mano. La asfixia es mucho peor que el escozor de la herida. Una vaharada a bosque inunda la escalera y el efluvio de la resina le roba la respiración colocándole al borde del desmayo. Algo se interpone en ese instante: una mano invisible de anciano que anuda el pecho del niño al hilo de luz que alumbra la escalera devolviéndole la consciencia. A punto de alzar la cabeza sobre la última tabla para descubrir el origen del resplandor rojizo que ilumina las vigas, la cabeza le da vueltas y piensa en los hombres que salen dando tumbos de la taberna de Celestino; esos pobres borrachos que caminan dormidos, manoteando como topos en busca de una pared.

CUARTA PARTE

DURANTE LOS AÑOS SIGUIENTES la marea trajo de regreso viejos tesoros robados. Iniciaba así la aldea un ciclo de esplendor en el que raro era el día que no arribaban chalanas cargadas de prodigios nunca vistos en la costa noroeste. Desembarcaron los armarios del frío, como los anunció el viajante que apareció una mañana en el puerto acompañado de un armatoste metálico que dos muchachitos empujaban sobre los adoquines. La demostración tuvo lugar en la taberna de Celestino, que consintió de mala gana que conectaran el artefacto a un enchufe ubicado bajo su barra. Lo hizo pensando en la clientela o más bien en su ausencia, porque ya casi nadie entraba allí, solo tres borrachos de aspecto tan desaliñado como el suyo. En los últimos tiempos dueño y taberna habían sucumbido a una decadencia de camisas mohosas y vino picado que habían espantado a los hijos de los viejos pescadores, ahora devotos del Café del Puerto, antiguo negocio de la Generala reconvertido por sus nuevas dueñas en un flamante casino de mármoles y baquelita muy al estilo de la capital. Ponían de este modo fin a casi cuarenta años de placeres prohibidos y, aunque aún se comentaba que las regentes, que no eran otras que las prostitutas rurales de antaño, aún recibían en sus alcobas a algunos caballeros con gabán, lo cierto fue que ningún aldeano volvió a frecuentar aquellas camas que ellas mismas quemaron en una pira junto al mar, dejando a la aldea sumida durante días en un vaho de sándalo y sudor. La auténtica señora de aquel pequeño reino de lenocinio, la que pese a su turbada lucidez continuó firmando los pagarés y los recibos de la contribución con una letra que cada día se asemejaba más a los excrementos de los pájaros, se convirtió en un bulto molesto y desaseado; una anciana de pelo ceniciento a la que sentaban cada tarde a tomar el sol en el porche de la entrada, preferiblemente lejos de las mesas de mármol de la recién inaugurada terraza donde los caballeros de gabán y los viajantes acostumbraban a jugarse al dominó las ganancias semanales. Vivía al margen del tiempo, de la reconversión de su negocio e incluso de los delirios místicos con que algunas mujeres sembraron su cosecha de cizaña. Ni siquiera fue consciente de la muerte de Michelle, su último y más querido confidente en aquel páramo. Según declararon las dueñas del café, al pianista se le había clavado el alfiler de la corbata en el pecho a causa de un sesteo inoportuno y en cuestión de minutos se quedó seco como un postigo. No tuvo tiempo ni de pedir el viático, puntualizó una de las dueñas haciéndose la compungida, que, aunque era francés, en el fondo de su alma profesaba como un santo. Por lo visto la aguja fue arrollada por el torrente sanguíneo hasta llegar al corazón, y algo debía haber de cierto en esa teoría porque el forense que trató el caso detalló en su informe el hallazgo de una joya puntiaguda rematada con un falso rubí alojado en el ventrículo

izquierdo. A la Generala no fue necesario darle explicaciones. Permaneció inmóvil en el porche, ajena al tumulto de la Guardia Civil, a las preguntas incómodas del forense y al escueto funeral. Miraba al mar y hablaba sola. Se quejaba continuamente de una sopa ácida, de un error en la receta. Maldito caballo, renegaba, mejor sería que te hubieses escapado cuando te abrí la verja, bicho estúpido. Preguntó, eso sí, por el piano. ¿Por qué nadie toca?

Celestino se sentaba a su lado los lunes, que era el día que echaba el cierre a la taberna, y aquella pareja insólita contemplaba el horizonte de una nueva era cuyo significado se les escapaba entre unos dedos torcidos por la artrosis. Permanecían así durante horas, encerrados en sendos monólogos inacabables. A veces el azar consentía en que la frase de uno pareciese responder a la pregunta lanzada por el otro, pero al cabo los discursos volvían a fluir por cauces paralelos e irreconciliables. Solo había entre ambos soledad y un común sentimiento de pérdida, y sobre ese vacío sin retorno cimentaron su alianza. Al pianista se lo llevaron las putas por delante para que no te defendiera, le reveló Celestino escupiendo al mar. Ella interrumpió su letanía, casi cinco segundos de cordura para rendir homenaje a toda una vida de lealtad. El océano golpeaba los acantilados rompiéndose en una espuma gris que el viento arrebataba. Michelle, Michelle, viejo náufrago, dijo. Después volvió a maldecir al caballo. Y a la sopa ácida.

Enchufaron el armario de metal a la toma de la taberna y en su interior zumbó un enjambre de abejas. Algunos curiosos recordaron el momento en el que, años antes, escucharon un gorjeo semejante a la espera de la primera chispa de electricidad. En aquella ocasión muchos se fueron decepcionados de casa de don Paco, pero cuando el viajante abrió la puerta de aquel enorme cajón y mandó a una de las pescaderas que se metiera dentro, sus rostros empalidecieron bajo el sol aplastante del mes de julio. Le preguntaron qué había sentido. La mujer solo pudo pronunciar una palabra: frío. Pero aquella marea de artilugios que prometían la felicidad de lo inmediato, de lo cómodo, del trabajo eficaz y sin sudores, también tuvo su precio más allá de los billetes que los aldeanos extraían solícitos del fajín. Una ola migratoria comenzó a levantarse en aquella bahía llevándose consigo barcazas llenas de muchachos a las industrias recién establecidas en la capital. En la ciudad aguardaba el progreso, así lo pregonaban los capataces que los domingos visitaban el café, generosos a la hora de regar su taza con el mejor coñac o encargar raciones de altramuces y cecinas para acompañar el vermú. Los asalariados de las fábricas trabajamos al abrigo de un techo sin temer pedrizas que arruinen la cosecha o galernas que desbaraten las barcas. Es un jornal seguro con el que fundar una familia sin mirar al mar o al cielo, les espoleaban

escarbándose los dientes con una espina de bacalao, y ordenaban otra copa de orujo mientras los jóvenes echaban sus cuentas en silencio. A la semana siguiente se liaban el petate a la espalda y se iban de la aldea en busca de la tierra prometida de aquellas factorías donde se fabricaba, pieza por pieza, la modernidad. Lavadoras, tocadiscos, transistores, melitas de café. Y aquellos misteriosos armarios del frío que dejaron a los aldeanos boquiabiertos junto al mostrador roído de grasa de Celestino. Olvidaos de subir a los pozos de la montaña a recoger el hielo del invierno, pregonó triunfante el vendedor de artilugios domésticos poniéndose de pie sobre una silla. Ahora podréis conservar la pesca durante días con tan solo enchufar una de estas neveras en vuestra casa.

A la semana siguiente llegó la primera partida y a esta le siguieron tres más. Aquel verano las alacenas se vaciaron de alimentos y solo un puñado de vecinos continuaron subiendo a los riscos para recoger la nieve que luego almacenaban en el nevero tal cual habían hecho durante generaciones en aquella aldea. Aurelia pertenecía a esa resistencia silenciosa que no se dejó seducir por la fanfarria de cachivaches. Desoyó los consejos de las pescaderas, fascinadas por el reducto de invierno que atesoraban en un rincón de su cocina; no quiso saber nada de la cantinela monótona de la radio, de sus *jingles* en rima y de la música de acento extranjero que había comenzado a desplazar la costumbre de las dulzainas. Ni siquiera se hizo con una de las tan demandadas cocinas económicas, que años después también darían con su mecanismo en el vertedero, sustituidas por los fogones de gas. Continuó subiendo con una carretilla y dos palas a buscar nieve, cocinando sobre una trébede y calentando la cama con un brasero de carbones encendidos. El tesoro que ella esperaba en nada se parecía a aquel trajín de baratijas con que el océano se distraía. Conocía bien el movimiento de las mareas, tan similar al temperamento de los hombres, y sabía que algún día todo lo arrebatado habría de ser devuelto.

UN VIENTO SEVERO del nordeste dejó a la aldea incomunicada durante dos días. Al tercero los nudos aflojaron, el hilo se estiró en el cielo recién desbrozado de nubes y una barquichuela sin identificar apareció en el horizonte. Seguía la ruta que partía de la capital, aunque ligeramente más escorada, como si hiciera aguas por alguna parte del casco quedándose su proa virada hacia la izquierda en un trastabilleo. El farero observó con atención aquella barca color musgo que se adentraba en la bahía, pero no reconoció a su ocupante. También él tardó en discernir aquel punto replegado de la costa en el mapa, pero la visión de la torre de la iglesia, ligeramente inclinada, y el crespón de roca ciñéndose a su arquitectura le devolvieron la fe en su buena memoria. Embocó entonces el puerto doblando la velocidad

de los remos. A medida que se aproximaba, la aldea crecía en los ojos del hombre al tiempo que su silueta se reflejaba en los vidrios de las casas más bajas. Sonrió al reconocer el perfil desastrado de la escuela, hundido el tejado en su gallur y desmochada la veleta, donde creyó distinguir las cabecitas de los niños arracimadas en torno al encerado.

Echó el amarre en una zona apartada para no llamar demasiado la atención, pero nadie se fijó en él. Los pocos que se cruzaron en su camino le confundieron con uno de los comerciantes que en aquellos días asediaban la región sin distinguir festivos o jornales. No repararon en su pelo crespo ni en la piel tostada por el sol austral de sus brazos. El calor que asolaba la bahía le animó a quitarse la camisa, agotado por la travesía a remo desde la ciudad, dejando al descubierto una espalda rasgada por el zarpazo de viejas cicatrices. Escudriñó el puerto en busca de algún rostro conocido, pero nadie acertó a llamarle por su nombre; hasta la misma tierra había olvidado aquellos pies que ahora calzaban unas botas de potro lonjeadas, regalo de un gaucho en agradecimiento por haberle escrito varias decenas de cartas a una pulpera con la que andaba en amores. Intentó orientarse en el laberinto del barrio de marineros, pero no logró dar con el camino a su antigua casa. Ya no olía a carbón humeante a la hora del puchero y hasta las fachadas parecían haber mudado de posición. Sin proponérselo, apareció en la puerta de la escuela y pensó que don Heliófilo andaría por allí, casi centenario, enseñando el abecedario a los más pequeños a golpe de rima. Con la misma rudeza de antaño abrió la puerta del aula de un puñetazo, imprimiendo para siempre su silueta de indígena en las pupilas fascinadas de los niños. Las piernas de don Servando se curvaron como juncos.

Soy yo, dijo con acento porteño. He vuelto.

Pero nadie allí conocía su nombre y hubo de señalar con el dedo la inscripción grabada muchos años atrás sobre la madera del último pupitre: «Samuel».

ENCONTRÓ A SU MADRE postrada en la cama, tal y como le había advertido por carta seis meses antes. «Estoy herida de muerte, hijo. Tengo una vergüenza antigua enquistada en el vientre que pronto me llevará a la tumba. Si no regresas nos despediremos por escrito». Una gota rodó sobre el papel arrastrando las últimas palabras. Había comenzado la época de lluvias en la región de Misiones y desde hacía días Samuel erraba por los lodazales de la selva embuchado en un impermeable amarillo. Lo enviaban los milicos a vigilar los poblados guaraníes. Al principio los indígenas le temían; el elefante amarillo, le llamaban, pero al poco compartían con él pipa petyngua y carne de yacaré y hasta lo invitaban a la ceremonia de la bendición del maíz. Se ganó su confianza enseñándoles artimañas de pescador de mar desconocidas para los de agua dulce y juntos levantaron las chozas

tras la devastación de las peores inundaciones recordadas en la provincia. Al gallego se lo disputaron entonces en cada cabaña, pero él no aceptó dormir en ninguna de ellas; tampoco en la del jefe, que le había ofrecido a su propia hija en agradecimiento por mirar hacia otro lado ante las rutas del contrabando de tabaco. Tuvo una mujer. Solo una. Una guaraní de aspecto enfermizo dedicada a velar por la fertilidad de la tierra rodeada de un altar de cereales y cueros de tapir. Le advirtieron que era huérfana de una familia de sangre espesa, que mejor sería que eligiese a cualquier otra muchacha, pero él quería a aquella mujer lánguida que recorría los caminos oxidados de la selva bajo la cúpula negra de un paraguas. Siempre sola, canturreando en su jerga. Dicen que comió dos granitos de mijo una noche y que por eso concibió gemelos. Samuel vivió entonces en un estado de gracia parecido a la felicidad. Sopesó dejar la vigilancia, cerrar la garita militar e irse a vivir al poblado como uno más de la tribu e incluso le escribió a su madre contándole que pronto sería abuela de dos muchachos; a uno le llamaría Joaquín, como su padre, y al otro Valentín, como su hermano de leche. Le llevaba latas de carne y pescado ahumado a la muchacha para que estuviese fuerte y ella le sonreía con su dentadura de cadáver bellísimo y le rodeaba el cuello con los brazos susurrándole palabras que sonaban a los tambores de agua de los ritos de pasaje.

Había escampado aquella tarde y los charcos rojizos del camino se habían secado dejando unas cicatrices en el barro que daban lástima. Se le espesó la sangre, señor, ya se lo advertimos, le consoló un anciano impidiéndole la entrada a la choza. Extendía los brazos en cruz y, al hacerlo, le temblaba ligeramente el labio perforado por el tembeta. Han muerto los tres, añadió cabizbajo. El chamán los meterá en una vasija que enterraremos en los sembrados para abonar la cosecha.

Pidió un cambio de zona dentro de la provincia. No quería trato con guaraníes. Prefería a los colonos ucranianos, a los rusos estoicos que levantaban sus casas con unos brazos de mármol que no buscaban complicidades; gentes templadas, sin rituales de sangre ni enardecidas ceremonias. Pasó años así, en silencio. Valentín hacía recuento en sus cartas del discurrir del río de la Plata; su madre, del remoto acontecer del mismo día en la aldea. Él nunca contestaba y, sin embargo, nadie dudó nunca de que las cartas llegaran a destino. «Tengo una vergüenza que viene de lejos enquistada en el vientre». La lluvia redujo el resto de la frase a un borrón.

QUIERE VERTE ANTES DE MORIR. Me ha dicho que debe pedirte perdón por un mal que te hizo cuando nos amamantaba a tu hermano y a mí.

Aurelia le sirvió otro vaso de vino, las últimas palabras

pronunciadas por aquella voz ronca, extranjera, aún resonando en su cabeza. Lo llenó tanto que él hubo de tapar la boca del cristal con una mano para que no se derramase. Esta casa es lo único que no ha cambiado en el pueblo, pensó Samuel lanzando una mirada en derredor. La cocina recién barrida, olorosa a lagar, la chimenea con su testero tiznado por miles de hogueras, las trébedes dispuestas en torno al lar, la mesa de madera gruesa que lo mismo aguantaba un parto que un banquete, el escaño bajo el que, de críos, Valentín y él jugaban a las tabas. También Aurelia parecía congelada en el tiempo. Igual de menuda, los ojos alucinados de avellana, las manitas estrechas. Si no fuera por las canas y esos arreboles de piel arropándole los ojos pensaría que la guerra aún no había terminado.

No hay nada que perdonar. Esperanza y yo ya vivimos lo nuestro, repuso Aurelia sosteniendo en vilo la jarra como si esperase a que él apurara el vino para servirle otro trago.

Selva escuchaba el murmullo de la conversación entumecida en la misma postura fetal que durante los últimos veranos la recogía en un rincón sombrío del rellano. Samuel la observó a través del cristal color sangre de su vaso. No quiero que mi madre se muera con esa pena dentro, insistió sin levantar los ojos del vino. Si Valentín estuviese aquí no permitiría que le negases su última voluntad a la mujer que le dio de mamar.

Aurelia se dejó caer sobre la silla más baja de la cocina. Parecía agotada. Desde que se le había retirado el mes ese era su estado habitual: un tedio sin nombre que a veces le provocaba arcadas, otras una profunda melancolía. Posó una mano sobre la mesa, palpó con las yemas de los dedos la piel áspera de la madera, y de su memoria emergió un tumulto de cabellos rojos agitándose entre las chispas del heno. Sin tener consciencia de ello, dibujó un círculo en la tabla que repasó recordando los pechos blancos y redondos de Esperanza, su risa fresca tamizando lo turbio de la pérdida; dos niños gateando sobre las baldosas de barro cocido, nieve y canela eran, la alegría de la casa cuando echaron los dientes y volvieron a cruzarse en la escuela. Luego se hicieron los hombres ante aquel indeseable de Nicanor Romero y hasta fumaba Samuel fingiendo deleite cuando le podía la náusea. Alzó la mano en el aire con el deseo de acariciar el pelo negro y crespo de entonces, pero los ojos de él ya no eran los del cachorro que se ruborizaba cuando ella se quitaba las polainas junto a la lumbre, dejándole ver unos muslos blancos punteados de lunares. Ahora eran otra cosa bien distinta: dos peces oscuros buceando en el fondo de un vaso, girando alrededor de otra mujer.

Dile que iré mañana, en cuanto amanezca.

Samuel sonrió golpeando la mesa con el vaso y Aurelia se estremeció al descubrir en su gesto un vestigio de la osadía de aquel

muchacho de mar que le partía nueces con los dientes a cambio de una caricia. Guardaron silencio. Algo quedaba en el aire, bien lo sabían los dos. Nadie le había nombrado aún y Aurelia se esforzaba por no ser la primera en hacerlo. Está bien, concedió él leyéndole el pensamiento, otro día, si te parece, hablaremos de tu hermano. Hoy estoy cansado.

NI UNA SOLA HEBRA ROJA quedaba ya en el maraña deshilachada que Paris se afanaba en desenredar con un pequeño peine de carey. Esperanza la recibió en la cama, con una sonrisa descolorida en los labios y un crucifijo en la mano izquierda. Está fatigada, la disculpó el cura. Cada palabra le cuesta un esfuerzo sobrehumano.

No quería Aurelia que aquella mujer con la que hacía años que no se cruzaba ni en el mercado, ni en la rula, ni en el colmado, cautiva de su enfermedad como estaba, desperdiciase su último aliento en pedirle perdón por algo que había sucedido hacía siglos, en el pasado de otras personas que ya no eran y que aún no sabía cómo calificar. Pero ella había insistido, le había rogado a su hijo que fuese a buscarla, que la arrastrase hasta su lecho de muerte utilizando cualquier excusa, cualquier chantaje, con tal de lavar su herida. Y Paris el bienhechor, el nuevo y radiante gurú de la aldea, había asentido con la benevolencia del que vuelve de parlamentar con los dioses y transmite a los hombres su conformidad.

Nadie recordaba qué hubo antes de Paris y sus sandalias de pescador, de aquella melena dorada y mística que los aldeanos reverenciaban sin comprender, confirmando de este modo la esencia más íntima de la fe. Las misas nada tenían que ver con los soliloquios del pasado. Ahora se sentaban en círculo, muy juntos hombres y mujeres, y París les hablaba de la India, de la unidad del Ser, de la muerte como un simple cambio de camisa. Todos volveremos a encontrarnos algún día, aunque nos costará reconocernos porque vestiremos otros rostros, predicaba. Les dibujaba una cruz en el pecho, muy leve, tanto que las mujeres sentían un aleteo sanguíneo entre las ingles y los hombres regresaban confundidos a sus catres con aquel estigma ardiéndoles en la piel. Se hizo imprescindible en todos los hogares. Fue el consuelo de Selva en su época más oscura, la única compañía que don Paco toleraba en sus paseos taciturnos por el abedular, el fiel consejero de las muchachas de la Generala, a las que redimió una por una convenciéndolas de que no debían continuar profanando aquel templo que era su cuerpo. Aurelia le abrió las puertas de su casa por el bien de Selva, pero nunca fue santo de su devoción. Por más que el cura había tratado de intimar con ella, de ahondar en el tema de su bobina infinita y aquella vocación solitaria de conversar con las tumbas de sus padres; por más que le había asegurado que la vida no tiene principio ni fin, que todo era uno,

Aurelia siempre había mantenido bien barrida una distancia entre ellos. Sus palabras, aunque cálidas, le recordaban a las frases leídas durante la infancia en cierto libro de tapas azul cobalto que durante años la mantuvo confinada en una órbita excéntrica, e intuía que bajo aquella sonrisa de monje mendicante se ocultaba un infinito desasosiego.

Tengo tu mirada aquí agarrada, musitó Esperanza señalándose el vientre, desde aquella tarde de lluvia que las dos sabemos. Necesito que me perdones o iré directa al purgatorio. Y la miró fijamente con unos ojos púrpura, desesperados. Necesito que aquella niña me perdone, precisó.

Aurelia observó los jubones vacíos de sus pechos y recordó con lástima la aureola rosada de aquellos pezones que habían conquistado a todos los hombres de la casa. Parecía una anciana centenaria postrada entre un sinfín de velámenes y cataplasmas, remedios inútiles para un mal que nadie había sabido extirpar a tiempo. Paris le sostenía una mano y le susurraba al oído breves frases de aliento que reconfortaban la espera. A su lado, Samuel se vigilaba, incómodo, la punta de los zapatos.

Volvió el establo, el jadeo animal y el olor a trementina de los paños que sostenía en sus manos; el rostro contraído del padre, el rubor adolescente de la nodriza dejándose llevar por el deseo de aquel muerto en vida. Volvió su ingenuidad infantil y el resquicio de celos que la atormentó durante años, la suciedad de la duda manchando sus sábanas. Volvió, en fin, la lluvia aquella y las sorprendió de nuevo mirándose a los ojos. Pero, esta vez, la niña le sonreía.

LA ENTERRARON DOS DÍAS DESPUÉS BAJO un sol de justicia que obligó a los asistentes a cubrirse la cabeza con lo que tuvieron a mano durante el sermón que Paris pronunció entre lágrimas. Samuel permaneció muy serio en una esquina con los párpados entornados por la ferocidad de la luz. De vez en cuando examinaba la caja, un recorte de pino de mala calidad que los carpinteros habían improvisado con los restos de un bargueño, lo único que pudo pagar con la miseria que había ahorrado en Argentina. Eso y un traje negro para el funeral, comprado de segunda mano a un pescador viudo. A mí no me ha ido bien la vida, le confesaría tiempo después a Aurelia. Debí quedarme aquí, pescando con mi padre. Era lo único para lo que valía.

Al salir del cementerio Juan Mazurca se acercó a darle el pésame. Apenas le recordaba, pero Samuel hizo un esfuerzo por responder al gesto del alcalde con amabilidad. Había oído decir que ese hombre era ahora el dueño del pueblo, que de la noche a la mañana y sin que nadie se lo explicase había pasado de ser un hostelero arruinado a un próspero hombre de negocios, que si quería un hueco en la aldea

debía aceptar las reglas del cojo de oro, como le llamaban sus detractores, porque se había hecho construir una pierna de metal bañada en oro de veinticuatro quilates. A su lado un adolescente barbilampiño, recién estrenados los pantalones largos de sus catorce años, miraba torvamente al grupo de muchachas que entonaba una salve en el entierro. Tenía un incendio en la cabeza, los ojos de alfiler y dos arañas blancas como manos. Su madre lo llamó, ¡Vírgulo!, y él remoloneó antes de acercarse a ella, tan paciente, siempre hermosa Merlina, vestida con un traje de organdí hecho a medida en un atelier de la capital, porque el telar de Aurelia era una antigualla sin interés alguno en los tiempos de la industrialización. Ahora el gusto era vestirse en las *boutiques* de la ciudad, y quien no podía pagárselo les encargaba el traje a los viajantes apuntándoles sus medidas en un papel. A Merlina le daba pena por Aurelia y a veces le encomendaba mantelerías y brocados para su casa solo por hacerle el avío, pero Mazurca insistía en que ella debía vestir como lo que era, la señora de un alcalde, y lo decía con una voz tan engolada que a ella le daban ganas de reír y a veces de llorar. Recordaba el chocolate con picatostes que les preparaba la madre de Aurelia con aquel rescoldo tostado que daba la lumbre, las bodas ridículas de su primera infancia en las que contraían nupcias un oso de trapo y una muñeca china, el pobre Valentín engalanado como un muñeco de feria, y se preguntaba si no era mayor la pérdida que la ganancia. Mazurca, en cambio, no hacía recuento del pasado porque a sus espaldas, decía, solo había miseria. Echó el cierre a El Reposo de la Sirena sin remordimientos ni falsas nostalgias, dejando al Café del Puerto como única hospedería de la aldea. Compró barcas, pagó sueldos a los pescadores –que por primera vez dejaron de trabajar para sí mismos convertidos ahora en jornaleros–, puso en marcha un pequeño taller de máquinas de coser que acabaron por hundir el negocio de Aurelia e invirtió grandes sumas en empresas textiles de la capital. Alguien le dijo un día que eran buenos tiempos para el turismo, que el verdadero negocio estaba ahora en aquella industria de sacarles los cuartos a los incautos que se asomaban a la vida de los demás, y desde entonces viajaba tres veces por semana a la ciudad y regresaba con un cartapacio bajo el brazo que a nadie confiaba, ni siquiera a Merlina. Los tiempos de oscuridad se han acabado, pontificaba desde la mesa principal del café, y encendía un puro con la satisfacción de estar inaugurando una nueva clase social en aquella aldea de mala muerte. Bebía de más, siempre había tenido esa otra cojera del ánimo, pero al menos ahora bebía coñac del bueno y hasta podía permitirse comer pichón dos veces por semana. Repartió mucho dinero entre los pescadores porque ante todo a Juan Mazurca le gustaba que le idolatrasen. Les permitió comprarse neveras, cocinas último modelo, aparatos de radio y máquinas que

cuajaban la leche de cabra como las abuelas siempre habían hecho en sus cazuelas de barro. Con él había llegado el progreso, aseguraba, y pronto les traería algo más grande: el futuro.

CASI NADIE LE FRECUENTABA y, si se lo cruzaban, le miraban sin verle como a un vago espectro del pasado. No hacía tanto tiempo que don Paco había dejado de ser el cerebro que dirigía el caótico organismo de la aldea, su destino político y su salud, y ya le habían olvidado por completo. Qué caudal inagotable el del olvido. Aunque él no le echaba cuentas a aquella ingratitud, después de lo sucedido no le quedaban ganas de significarse ni de entablar relación alguna. Tan solo permitía que Paris le acompañase en silencio en alguna de sus travesías por el bosque en busca de matas de tomillo, verbena y llantén que secaba sobre una colcha de arpillera hasta que perdían el último asomo de color. Las infusionaba entonces en tres medidas de agua de anís estrellado para curar sus males de pulmón. Después de toda una vida como médico rural esa era la única receta en la que creía.

Paris se había granjeado su confianza fingiendo indiferencia en las encrucijadas de la arboleda. Un saludo parco era todo lo que obtenía al principio del viejo doctor, que pasaba de largo pertrechado con su sombrero de paja, el bastón de caña y un zurrón lleno de hierbas. Otro día le ofreció un trago de agua fresca que bajo la canícula del mes de agosto era un manjar difícil de rechazar. Don Paco bebió e intercambiaron unas frases sin importancia. Cuatro estaciones después solían hacerse los encontradizos, pero lo cierto era que andaban buscándose entre las franjas de luz. Paris pasaba sus horas de asueto meditando a la sombra de un cerezo añoso que se alzaba en un claro; a su lado, don Paco contemplaba absorto la dentellada del mar en las rocas asomado a un mirador natural. Fue el primero en sorprenderse ante el regreso de Samuel a bordo de una barcucha escorada, el único que sabía que Vírgulo y sus secuaces le robaban el vino a Celestino aprovechando que el tabernero pasaba los lunes derrumbado junto a la Generala. Fue testigo de la crueldad de aquel muchacho pelirrojo que aseguraba tener tanto dinero que podía comprar el pueblo entero si se lo proponía, del rubor de su madre ante estos y otros desvaríos ególatras, de los pequeños hurtos de don Servando en el colmado. No pasó por alto las dos jornadas que Juan Mazurca anduvo escudriñando el horizonte tras la muerte de los padres de Iria a causa de la mala combustión de un brasero. Los habían encontrado abrazados en la cama con una sonrisa tan plácida que parecían dos amantes disfrutando de la pereza de una mañana de domingo. Olía a violetas allí dentro pese a que los cuerpos llevaban más de tres días sepultados bajo las sábanas cuando los descubrió el hijo del carpintero al llevarles el atril de lectura que el padre de Iria le había encargado la semana anterior. Hasta el último instante, cuando Paris arrojó el primer

puñado de tierra sobre el ataúd matrimonial que les hizo fabricar a fin de no deshacer tan bella estampa, Mazurca se había girado hacia el mar con una mano sombreándole la frente en busca de algún indicio que finalmente no halló. Tampoco perdía de vista el hilo de Aurelia, que don Paco interpretaba como quien juega a adivinar una forma precisa en las nubes. Ahora le debe haber arrancado un diente de leche a uno de sus hijos, ahora está volando una cometa en algún jardín bonaerense, se ve que tiene mal pulso por el exceso de café. Todo quedaba allí, en la espesura del bosque, y solo a Paris le permitía alguna vez vislumbrar su pesadumbre. Soñaba con su mujer muy a menudo. Oscilaba en sus sueños el péndulo negro con unos zapatos recién estrenados, el olor penetrante a naftalina y aquel hilo de saliva desplomándose, estrepitoso, contra el suelo. Despertaba envuelto en sudor, hervía un agua de malvavisco y subía al monte; alguna vez incluso dormía bajo los árboles. A lo lejos, el despertar de la aldea lo mecía en una fiebre dulce, esa que tantas veces combatió con paños de agua fría en las frentes de los niños. Paris le preguntó en una ocasión qué buscaba en el bosque. Don Paco enmudecía unos segundos y la brisa sacudía las cerezas esmirriadas. Estoy esperando, respondía con hastío.

DÍAS DESPUÉS DEL ENTIERRO de su madre, Samuel tomó la decisión de volver al mar. Compró una barca pequeña a un anciano que cerró la venta con un apretón de manos, suplicándole que la tratara como a su difunta, y rescató los aperos de pesca de su padre del fondo de una artesa.

A casa de Aurelia no regresó hasta dos meses después, aunque sabía que cada hora de incertidumbre pesaba en el ánimo de la mujer. No quería maltratarla, al contrario, se trataba más bien de un ajuste de cuentas consigo mismo. Necesitaba tiempo para rehacer su casa, orear los cuartos del olor a muerte que la agonía de la madre había impregnado en las paredes, pintar su nueva barca y hacerse a la mar. Solo entonces –se había propuesto– volvería a casa de Aurelia para contarle la verdad de su aventura en América, la miseria que Valentín y él habían vadeado con poca fortuna; mejor el flaco, que al menos había conseguido hacerse un nombre en la imprenta y ganarse la vida honradamente, aunque siempre con los manguitos manchados de tinta y aquellas gafas gruesas empequeñeciéndole los ojos. La última vez que lo vio le notó cansado. Se citaron en el café de sus primeros tiempos en la ciudad, al que no regresaban desde que él se mudó a Misiones. Llegó tarde, como de costumbre, y Valentín le esperaba ya en la mesa contigua al mostrador de tabaco, la misma en la que hacía treinta años se habían sentado sin un peso en los bolsillos, pero con las grandes expectativas que da el saberse joven y pobre. Id a la Confitería Ideal, en la calle Suipacha, que hay un tipo gordo que juega

a los caballos que os puede dar trabajo, les aconsejaron en el puerto. Allí aprendió Valentín sus primeros pasos de baile, colocando sus zapatos desfondados sobre las huellas marcadas en el pasillo de mármol donde una morochita uruguaya daba clases de tango a cinco pesos la hora. No quería cuentas con nadie, le advirtió haciéndose la dura sin poder evitar una sonrisa, pero le encantaba bailar con Valentín y el flaco se moría por enredar con el tango, así que no le cobraba las lecciones. Él se quedaba sentado en la mesa, impasible, admirando el sentido innato del ritmo que tenía Valentín, tan bello el galleguito, escuchaba a sus espaldas. Pasaba el tiempo del tango con la misma vacuidad en los ojos, bebiendo café sin azúcar porque entonces aún no tomaban mate, les parecía cosa de ancianos eso de sorber yerba cocida; contando las horas para volver a la pensión cuando andaba desocupado, lo que sucedía a menudo porque a él no le contrataron en la imprenta. Tienes unas manos muy gruesas para laburar con los tipos, pibe, le apartó el encargado de la fila de un tirón. En cambio, al flaco sí le fue bien en aquella jaulita que era la oficina, con sus dedos finos de costurera se lo rifaban para componer las regletas. Él se dedicó a cargar maletas en el puerto, primero; a acarrear fruta a los puestos del mercado, después; oficios de mula que desempeñaba con tenacidad sin dejar de pensar en el mar. Solo una vez consiguió un buen laburo. Debía cuidar la casa de una viuda enferma que necesitaba un hombre que cortase la maleza del jardín y le diese un poco de calor por las noches. A él no le importaba sentir el peso de aquella mano desmayada sobre su muslo siempre que pudiese comer caliente y dormir más de seis horas en una cama grande de marino mercante, pero la vieja murió al cabo de dos meses de estar él allí y con ella se esfumaron las sábanas limpias y los bifes poco hechos. Regresó de nuevo a las pensiones de cama compartida, a las manchas de humedad en la pared y a aquellos espejos torcidos en los que un día dejó de afeitarse. Se fue con la barba crecida a Misiones, tiempo después. Llovía cuando bajó del colectivo y los zapatos, mal remachados, se le llenaron de tierra roja en cuanto puso un pie en el suelo.

Me vuelvo a casa, viejo, le anunció. Mi madre está muriéndose y no quiero que lo haga sola. Aquí ya no tengo nada más que perder. Valentín entornó los ojos como tratando de impedir que un manojo de espigas le hostigase. A pesar del gesto de sorpresa, casi de desaliento, algo debía imaginarse porque metió la mano en una zamarra de cuero y dejó caer sobre la mesa un bulto envuelto en un paño blanco. Era para su hermana, le dijo. Bebieron dos cafés de corrido para prolongar la velada, rememorando los viejos tiempos, cuando se citaban allí con las muchachas de la fábrica de camisas y las invitaban a merendar panqueques con un matecito dulce como les gustaba a las minas.

Cuando ya estaban algo achispados, las convencían para subir a sus cuartos de alquiler a pasar un buen rato viendo postales, nomás, pero ellas también estaban deseando descubrir cómo se las apañaban entre las sábanas aquellos muchachos de la otra orilla; démosle una chance a los galleguitos, se decían, y subían las escaleras riendo, asustados ellos por la siniestra vigilancia de la portera Patricelli que les gritaba a cada peldaño, qué tiempos, che.

Samuel le preguntó por sus hijos y Valentín respondió vagamente algo acerca del colegio y unas vacaciones en la hacienda de sus suegros, con los ojos vueltos hacia dentro. Casi no se le oía entre el barullo de los camareros. Se despidieron en aquella mesa de mármol estampada con los cercos del café de treinta años atrás. Valentín dijo que se quedaría un poco más allí, que necesitaba tiempo para hacerse a la idea de que no volverían a verse y su voz describió una filigrana triste. Se abrazaron brevemente, no era cuestión de echarse a llorar a esas alturas, y Samuel se dirigió a la puerta giratoria. ¿Por qué no agarrás a la familia y os venís a la aldea?, le preguntó volteándose súbitamente. Los periódicos dicen que las cosas están cambiando allá, y añadió que si el problema era el dinero algo se podría hacer, él mismo se lo enviaría en un giro cuando heredase a su madre. Valentín le sonrió débilmente, sin ponerse en pie, más delgado y pequeño que nunca, con aquellas gafas de topo y un bigotito ridículo colgado de la nariz. Había envejecido mal durante los años que no se habían visto. A su espalda, una barra ruidosa de muchachos fumaba tabaco americano riendo por cualquier motivo, solapando rondas de *whisky* con soda que todos se empeñaban en pagar. Samuel le devolvió la sonrisa asumiendo que eso era todo, que allí se quedaba su amigo de siempre, su hermano de leche, en un país cuyo oro declinaba en el tumulto de las corruptelas, extranjero a pesar de los años transcurridos, contabilizando los pingües beneficios del tugurio donde seguía, media vida después, componiendo tipos sobre las rejillas, leyendo el periódico del día anterior recostado entre dos cilindros durante las horas muertas que le dejaba la rotativa.

Aún se giró Samuel una vez más, a punto de ser engullido por las hojas de cristal y caoba de la puerta giratoria, pero él ya no le devolvió la mirada. Parapetado tras la mesa de mármol con la mirada perdida en el vacío como él hiciera en otros tiempos durante sus lecciones de tango, aquel hombre pálido se alejaba flotando entre volutas de humo. Nada en su expresión delataba su presencia en un lugar concreto y a Samuel le pareció un náufrago dormido sobre una tabla.

UN DESTELLO la obligó a pestañear contrariando su querencia por mantener los ojos clavados en el contorno azul de la bahía. La llegada

de la barcaza de la capital no suponía un acontecimiento para la Generala. No esperaba ya mercancías, ni la visita de antiguos clientes dispuestos a revivir el tiempo de sus míticas *soirées*. En realidad, no esperaba nada salvo la erosión paulatina de su cuerpo. Desde su atalaya, don Paco distinguió el origen del deslumbramiento: una piedra de cristal transparente engastada en el óvalo de un anillo en la que se reflejaba el sol último del verano.

Apretada entre la multitud de viajantes que acudían al mercado del lunes a vender las últimas invenciones domésticas –planchas de vapor, rizadores de cabello, cafeteras de filtro–, una mujer tocada con un sombrerito de flores de alhelí y un tercio de velo se esforzaba por mantener a salvo su equipaje. Estiraba el cuello tratando de distinguir el perfil de la aldea, tantas veces dibujado en las servilletas de la *maison* que había regentado durante años en el barrio latino de París. Aquí –señalaba a los clientes españoles que a veces la visitaban– estaba la escuela, aquí el farallón de roca que se enrosca sobre las casas, y un poco más abajo, junto al puerto, el burdel más alegre de la costa. A todos les rogaba que si alguna vez desembarcaban en aquella bahía preguntasen por su familia, ya que desde hacía tiempo nadie contestaba a la correspondencia. Dos años habían pasado desde la llegada de la última carta en la que su padre le narraba los aconteceres de un pueblo que, según decía, había cambiado en todo y en nada.

El mar, que se la había llevado años atrás, la devolvía ahora al roquedal de su infancia. Ojos verdes de gata cansada, un matiz dorado al filo de las pestañas, largas y maquilladas; los mismos labios perfectos de cereza, ribeteados ahora por un cerco de finísimas arrugas que delataban que había reído mucho y bien. Había envejecido Iria con benevolencia, escondida del tiempo en un abigarrado *boudoir* a orillas del Sena. Al atardecer, le gustaba pasear a la vera del río, especialmente en otoño, cuando los pintores plantaban sus caballetes en las riberas para captar el reflejo de las hojas secas en el agua. Desde aquí observaba el trasiego de los barcos de turistas bajo los puentes, tan diferentes y tan iguales a las chalanas de los pescadores de su aldea. La misma luz, el mismo decaimiento anaranjado de la tarde sobre los adoquines. Me quedo en París porque aquí están tus huesos, murmuraba sorteando a los *clochards* que orinaban contra los pilares. Y besaba el anillo con la mirada perdida en el agua.

Por su escaso equipaje –un maletín de tela gris y un bolso de vestir– parecía que venía de visita, pero en realidad todas sus pertenencias cabían allí dentro. Sobre la ropa, meticulosamente doblada y organizada por colores, dos retratos: uno de sus padres vestidos de domingo junto a la fuente de la plaza, tomado por un fotógrafo

ambulante que visitó la aldea muchos años atrás, y otro de Teresa Valero, no muy grande y con una esquina rota, en el que la mujer le sonreía con mirada burlona desde su eterna juventud en blanco y negro.

La Generala no recordaba a Iria ni las circunstancias en las que un día abandonó su casa a bordo de una barca semejante a esta que ahora la aproximaba. Don Paco sí que la reconoció. Se quitó el sombrero de paja para observar mejor el atraque de la lancha, el ronroneo quedo de su motor espantando a los peces, y suspiró sopesando con un temblor de barbilla el sentido de aquella marea de náufragos.

No tardó en correr el chisme: ha vuelto Iria, la querida de la Pantalones. Algunas pescaderas se escandalizaron al rememorar el farragoso episodio de la sábana y el desahucio, pero la mayoría sonrieron con malicia apostando cuál sería la reacción de Mazurca, encumbrado como estaba a los balcones del consistorio, cuando supiese que la culpable de su despecho campaba nuevamente por la aldea. Si llega a estar vivo don Serafín no la habría dejado desembarcar, aseguraban. Pero ahora reinaba Paris, el apóstol del amor sin cortapisas, y aunque muchos vecinos corrieron a ponerle en antecedentes de la historia de aquella espía roja que había seducido a la muchacha con sus tretas sibilinas, el sacerdote no se había inmutado ante la lúbrica descripción de las prácticas amorosas en las que, según decían, habían incurrido. La pasión no es menos humana que el hambre, y nadie considera que saciar esta sea pecado. Asumid de una vez vuestra naturaleza imperfecta, les reconvenía desde el círculo dominical de la iglesia. El exceso de celo en la virtud es tan pretencioso como el propio pecado.

Mazurca se enteró en la capital de lo que sucedía a tres cuadras de su casa. Se encontraba en la ciudad recabando firmas para su gran proyecto cuando un mozo de cuerda le contó en un cafetín frecuentado por políticos y gentes de paso que dos días antes había embarcado hacia su pueblo una mujer bellísima, con unos ojos gatunos que no se le borraban del pensamiento. No necesitó más para saber que por fin había llegado el día que durante tanto tiempo había esperado. Corrió al aseo del café y se enjugó el rostro. Estaba mareado. Iria de nuevo en casa, lejos de aquella mujer horrenda que ceñía su cintura. Y ahora él era alguien, quedaban lejos los tiempos aciagos de la pierna del autómata, la ruindad de su antigua vida. Pensó en Merlina de puntillas, sin detenerse demasiado en la mala conciencia que lo invadía cuando su mujer irrumpía en el cuarto y él acababa de masturbarse invocando a Iria. Estoy enfermo, se lamentaba. Y acariciaba su miembro exangüe con lágrimas en los ojos. También pensó en Vírgulo y eso le dolió aún más. Quizá debí marcharme con la mitad del dinero cuando el chico llegó corriendo

aquel día con la rodilla manchada de sangre. El tesoro, gritaba, he encontrado el tesoro. Pobre Virgulito, terco y sonso hijo suyo, nadie se merecía tanto desengaño. De poco le serviría tener dos piernas si no había un horizonte hacia el que huir. Se empapó el cabello ralo con las manos. Casi se había quedado calvo y los ojos se le habían hinchado como a los peces de morralla. Me llamo Juan Mazurca, pronunció en voz alta, y salió del cuarto de baño con un brillo oscuro en la mirada. Actuaría con cautela, nada de presentarse en casa de sus padres como un perro. Ahora él imponía las leyes, que por algo era el alcalde, el hombre de negocios, el salvador de aquel pueblo arrinconado por el mar. Iria tendría que acostumbrarse a la espera. Por el momento le enviaría a una de sus criadas para que le recompusiera la casa. Desde la muerte de sus padres, la alcoba principal apestaba a violetas y más de uno se había mareado al cruzar bajo la ventana. Las mujeres decían que era el amor, que se había condensado allí dentro como una mala humedad. Nada que no se fuese con dos manos de lejía.

LOS DÍAS DE MAR BENIGNO Samuel les llevaba una cesta de peces. Rondaba los muros de la casa dudando de su estrategia, hasta que al fin golpeaba dos veces la puerta. Aurelia abandonaba la azada clavada en la tierra o los sacos de guano a medio cerrar, y hasta habría descuidado la bobina con tal de abrirle a Samuel en menos de un minuto. Presentía que, si se demoraba, aquel hombre poco acostumbrado a guardar las formas se marcharía para no volver porque no se regresa a donde no te reciben con los brazos abiertos. Cenaban la carne blanca de aquel pescado, aunque Selva apenas tenía apetito y desde hacía algún tiempo, influida por la doctrina de Paris, se alimentaba casi estrictamente de vegetales. En septiembre, durante la primera noche de luna nueva, recogía los frutos de la higuera en un sayón viejo que guardaba hasta el amanecer; comía entonces aquel dulzor con la solemnidad de quien celebra una liturgia, arrodillada sobre la tierra, silenciosa y entregada. Aurelia no osaba tocar los higos porque sabía que eran el fruto de su vientre, lo más cerca que volvería a estar de la maternidad el erial en el que se había convertido su útero, hundidas las raíces de la higuera en el cuerpo de aquel inocente del que solo recordaba un débil vagido.

Aunque no comía carne de animal alguno, accedía a engullir unas hebras de aquellos peces que Samuel volcaba sobre la mesa. Quizá le recuerden al Mulato, cavilaba Aurelia. Pero había que estar ciego para no ver aquellos ojos posándose sobre el cuerpo de la muchacha al menor descuido. Un miércoles de ceniza Samuel no trajo peces sino un paquete grande y pesado que le entregó en la cocina. Te lo manda Valentín, dijo secamente. Aurelia pestañeó varias veces tratando de mantener la compostura. Ninguno de los dos nos hemos hecho ricos,

pero al menos a él le quieren bien allá. Aunque en el fondo –y bajó la voz como si ya no se dirigiese a ella sino a sí mismo– está muy solo, el flaco. No me gusta hablar de todo aquello, prosiguió con acento arrastrado, pero sé que tú lo necesitas. Así que hazme una sola pregunta y olvidémonos de esta macana.

Una pregunta, qué extraño juego. Eran tantos los años que llevaba queriendo saberlo todo, hasta el más nimio detalle de la vida de su hermano, tanto tiempo elucubrando celebraciones, bautizos, sepelios, ascensos y milongas que aquella limitación le resultó inaceptable. ¿Era real todo lo que había leído en el hilo? Los hijos, la oficina, la tristeza. ¿Le fallaba el pulso y por eso el cordel temblaba sobresaltado? ¿Se acordaba de ella, de la aldea, de los padres? Pero por encima de todas estas cuestiones planeaba una duda más ambiciosa, la única a la que no podía renunciar: ¿volverá algún día?

Samuel había evadido aquella pregunta durante los últimos meses excusándose en los quehaceres del mar, de su propia vida. Apretó el filo de la mesa con las dos manos, tomando fuerzas para levantarse. La copa de vino vibró sobre la tabla. Era una pieza de cristal robusto, toscamente tallada en la base; la última superviviente de la vajilla nupcial de sus padres.

No –respondió–.

Salió de aquella cocina a paso de cazador. Al doblar la esquina creyó escuchar el crujido de los cimientos del viejo caserón de los huérfanos y echó a correr temiendo que el pedregal le sepultase. Cobarde, sos un cobarde. La imagen de Valentín aletargado tras la mesa de mármol del café con su rostro pálido, enfermo, le asaltó por sorpresa. Ah, viejo. Así que era eso. ¿Por qué no me contaste? A lo lejos, el faro lanzó tres haces de luz intermitente que él no supo esquivar. Volvió entonces la boca menuda de su guaraní, la lluvia encharcando los caminos, las ojeras de Valentín, el estertor de su madre. Todo le dolía, hasta el cuerpo de Aurelia fingiendo entereza al otro lado de la copa. Debía de ser la mejor de la casa, la de los invitados de honor. Un nudo le apretó la garganta. Corrió por las calles sin mirar atrás. Entre las sombras del puerto, Samuel huía de la tristeza como un fugitivo.

ACABABA DE CUMPLIR catorce años, pero aún no se le había agravado la voz. Tampoco apuntaba la barba en aquellas mejillas rosáceas heredadas de su madre, ni su cuerpo daba mayores señales de rudeza que una nuez sobresaliente y un vello suave cubriéndole los antebrazos. Aquel era el último curso escolar que pasaba en la aldea y don Servando, su eterno enemigo, el delator de todos sus pequeños delitos en los huertos, de su desparpajo a la hora de forzar el precio del pescado y someter a los pueblerinos a su voluntad de niño endiosado, había arrojado definitivamente la toalla. Nada podía hacer

por enderezar a aquel lobezno descarriado. Vírgulo, le advertía durante las horas de castigo, te convertirás en un tirano y todos te odiarán. No querrás que te respeten solo por temor. A Vírgulo no le importaba la raíz de su poder, solo deseaba ejercerlo; tomar a cada momento la fruta prohibida, exhibirse vestido de domingo ante los hijos desarrapados de los pescadores a los que su padre pagaba jornales. Tú eres un muerto de hambre y yo soy rico, le había gritado una tarde al hijo de un cofrade. Basta con que yo lo ordene para que tu padre no vuelva a pisar tierra.

En el fondo de su alma Mazurca aprobaba este delirio autoritario en el que intuía la señal inequívoca de que su hijo sabría hacerse respetar cuando llegase el momento de sucederle en el trono. Merlina, en cambio, se dolía de la bravuconería de sus dos hombres: el ansia de brillo de su marido y la vocación torturadora de su hijo. Hace tan solo unos veranos aún dormías la siesta en mi regazo, Vírgulo. Mi niño blanco.

Algunos días se saltaba las clases en compañía de su banda de salteadores de huertos. Trepaban a las medianas de piedra e irrumpían en las fincas para robar sandías y orinarse en las matas de fresas. No perdían el tiempo en cautelas porque sabían de sobra que nadie osaría a levantarle la mano al todopoderoso hijo del alcalde. Por eso les sorprendió lo del viejo, ese hombre extraño que solían cruzarse en la parte más alta de la arboleda, casi siempre apoyado en el tronco de un cerezo. Otras veces lo encontraban arrancando unas hierbas de la vereda que introducía en su morral. Nunca se saludaban, pero el viejo los miraba con sus ojos de lubina y ellos corrían en tropel bosque adentro, levantando a su paso una nube de polvo que flotaba largo rato en el aire, y ni con esas conseguía nublar aquella mirada.

A la Marianita la convencieron para subir a los abedules con la promesa de que allá arriba le enseñarían un tesoro. Hay un montón de cofres llenos de collares de oro y anillos de plata y algunos pasadores brillantes de los que gastan las princesas, le aseguraron. Era una muchacha ingenua, de mirada achinada y vientre redondo de la que se decía que era retrasada. Ella reía con desmesura, trepaba a lo alto de la picota y desde allí gritaba que era la emperatriz de la China y que castigaría a todos los que la llamaban tontina. Solo tenía un vestido de color vainilla que su madre lavaba los domingos en la pileta del corral. Por eso la Marianita no salía de casa ese día, porque no tenía con qué cubrir la desnudez y no era razonable que una emperatriz del Lejano Oriente se dejase ver en cueros por las calles de su reino. Eso le decía su madre restregando la tela sobre la tabla. También hay un cofre lleno de vestidos de colores, con muchos lazos y puntillas, la persuadió Vírgulo con un tono meloso, muy diferente de la voz altanera con la que solía dirigirse a ella, a casi todos los muchachos. Si

vienes con nosotros serán todos para ti.

Don Paco venía de recoger mejorana cuando escuchó el revuelo. Eran cuatro o cinco chicos haciendo corro alrededor de un grito ahogado, jaleando a otro al que no podía ver. Tuvo un presentimiento. Se acercó a los muchachos resollando, pero ellos no advirtieron su presencia hasta el primer golpe. El viejo sacudió el bastón contra sus espaldas con unas fuerzas que a él mismo le sorprendieron, iracundo, y ellos huyeron del abedular dejando al descubierto el cuerpo semidesnudo de Vírgulo, los pantalones bajados por las rodillas y unas nalgas blancas, aún de niño, afanándose rítmicamente contra las ingles ensangrentadas de la Marianita. Los separó de una estocada como se separa a dos perros que copulan impúdicos ante la puerta de la iglesia. La niña lloraba emitiendo un quejido leve con unos ojos hinchados que en nada recordaban ya a los de una emperatriz oriental. Vete, le ordenó don Paco. Ella se escurrió bajo el cuerpo del muchacho y salió renqueando cuesta abajo con el pelo revuelto y las manos aún llenas de hierba, tres surcos de sangre cruzándole los muslos. En el centro de un círculo vacío Vírgulo yacía a cuatro patas con el miembro exánime goteando sobre la tierra. Se incorporó hasta quedar en cuclillas y don Paco, de pie ante él, pensó que aquel muchacho era un zorro al acecho que nadie había doblegado a tiempo.

Te voy a romper la boca, viejo.

Don Paco levantó el bastón. A sus pies, el reguero de la mejorana caída del morral se mezclaba con las matas de tomillo. Le temblaba la mano, pero no lo suficiente para que aquella alimaña se percatase de su debilidad. Vírgulo se abrochó los pantalones y se plantó a menos de un palmo del rostro del anciano.

Te voy a aplastar con estas manos.

Y acercó a él sus dos arañas blancas sin llegar a rozarle. Lárgate o llamo al cura, que está bajo el cerezo. La sangre le palpitaba en las sienes. Por un momento, sintió un placer violento que solo recordaba haber experimentado en su adolescencia. Vírgulo miró hacia los lados y en un gesto rápido le escupió en los ojos y echó a correr hacia los farallones. El jirón rojo de su pelo incendiando la arboleda fue lo último que don Paco alcanzó a ver. Se lavó en un manantial que nacía muy cerca del cerezo, al término de una pendiente acusada por la que el agua se filtraba en torrentera desde la cima. A la sombra del cerezo encontró a Paris sentado con las piernas cruzadas y las palmas hacia arriba. Buenas tardes, don Paco, ¿cómo es que trae el morral vacío? Vengo, le contestó el anciano dejándose caer pesadamente sobre la hierba, de espantar a un zorrillo pardo que anda destrozando los cultivos.

FUE AURELIA quien le dio la noticia cuando se la cruzó, recién desembarcada, una mañana que bajó al puerto a recoger un pedido de

lana. Únicamente encargaba material para la bobina porque en la aldea casi nadie gustaba ya del tejido del telar, obnubilados los aldeanos con el punto apretado de las fábricas, tan homogéneo y bien distribuido. Por si fuera poco con la competencia del lino, a la que había sobrevivido aprendiendo a trabajarlo a marchas forzadas, ahora se imponía la era del algodón y las factorías textiles se afanaban por estamparlo con motivos que nunca conoció.

La saludó con la misma naturalidad con que lo hubiera hecho si se la hubiese encontrado diez años atrás, un día cualquiera de mercado. Tus padres están muertos, le anunció sin miramientos. Los encontraron en su alcoba, intoxicados por un mal brasero. Iria creyó que iba a desmayarse. Buscó discretamente el apoyo de una pared vecina, simulando un vahído a causa de la navegación, y allí serenó su mente. Te has ido demasiado tiempo, añadió Aurelia. Aquí la vida ha seguido corriendo. Le hablaba con un odio insólito, desproporcionado. Que se fuesen todos de nuevo, pensaba, ya nadie los necesitaba allí. Que no volviese aquel hermano díscolo y absurdo que se moría de ansiedad por aventar su raíz. Cualquier día –llegó a jurar en el granero– corto el hilo y se acabó. Adiós para siempre. Había pasado tres días velando la bobina, llorando de rabia por su mala sangre. De vez en cuando acariciaba el cordel y tiraba levemente de él intentando transmitirle a su hermano aquella aflicción. Dos cosechas, me dijiste. Mentiroso. Y el carrete chirriaba con un resuello de mulo manso.

Guardó el paquete blanco en un rincón de la alacena, entre dos pedazos de tocino y un manojo de cirios y le prohibió a Selva violar aquella puerta, precaución innecesaria puesto que la mujer se pasaba la vida en la huerta; allí comía y allí dormía muchas noches al cobijo de la higuera, sobre el promontorio de tierra que cubría a su hijo. Tampoco bajaba al puerto a sondear los confines del océano porque hacía tiempo que no esperaba a nadie. Continuó profesando un culto desvaído a sus dioses, más basado en la costumbre que en la verdadera creencia, pero ya no invocaba su protección.

El nido se había quedado vacío pero aún olía a violetas, le advirtió Aurelia. Sintió un atisbo de arrepentimiento por su brutalidad; qué estás haciendo, se dijo, te estás envenenando con tu propia lengua. Qué culpa tenía aquella mujer de la pena que ella arrastraba. Trató de enmendar su error, de paliar el tiro de arcabuz de sus palabras, pero el mal ya estaba hecho. Iria dejó que el silencio las alejase con un gesto discreto y continuó subiendo la cuesta que conducía a la casa familiar camino de las tristes, las desoladas ruinas de su infancia.

REGRESÓ SAMUEL a la casa de los huérfanos como si nada hubiera sucedido. Tan parco en palabras como siempre, se dejó caer por allí fingiendo un despreocupado paseo después de la jornada. Me sobran peces, alzó la voz ronca desde el umbral de la puerta dejando caer la

cesta. Si no los queréis echádselos a los perros. Asomada a la ventana de su alcoba, Aurelia contestó que ningún perro comería su pescado y ambos sonrieron. No volverían a hablar de Valentín, ni de la vida en América, ni de nada que implicase a la otra orilla, aunque a veces Samuel bebía de más y lanzaba al aire alguna frase errática que traslucía una herida mal curada. Si no me hubiese ido allá no habría perdido mi vida, balbució un día a punto de desplomarse sobre la mesa de castaño. Aurelia le dejaba dormir al letargo del mismo vapor fermentado que sedujera a su padre muchos años atrás, cuando transmutó su cuerpo de piel y huesos por otro de madera y comején. Cuando estaba segura de que el vino le había nublado la conciencia, acercaba sus dedos a las manos de él, grandes y duras, y repasaba vagamente su contorno. Esa leve caricia bastaba para incendiar sus sueños durante días. Imaginaba el tacto árido de aquellas manos puliendo su cuerpo de asperezas, recorriendo los escombros por los que nadie se aventuraba desde los tiempos de Tomás Golondrina. Tan ensimismada estaba en recordar aquellas audacias –rozo tu dedo, la palma carnosa de tu mano, el cabello crespo e incluso tus labios quemados por el mar– que no prestó atención a las miradas que atravesaban en diagonal la cocina en dirección a la huerta. Y allí estaba Selva, la ignorante destinataria de aquel fuego de mortero, abonando la tierra de un patatal con sus propias manos. Caían los peces en torrente sobre la mesa y Aurelia los festejaba espetándolos a la lumbre de una cepa de cerezo sin querer comprender que no era para ella aquella ofrenda sino para la muchacha que entonaba salmos bajo a la higuera junto a Paris, con quien había establecido un lenguaje ritual para honrar a aquel niño muerto en su santidad de tubérculo. Le bailaba a Aurelia el estómago cada vez que se sentaba a la mesa frente a él, solos los dos como un matrimonio de mediana edad bien avenido –porque hacía tiempo que Selva no comía con nadie, abandonada la costumbre de compartir un almuerzo conversado–, y aprovechaba cualquier ocasión para contarle la vieja historia de los dos hermanos de leche jugando a vida o muerte entre las sillas, trepándose a los árboles para robar nidos de pardal. Pero los ojos de él huían sin remedio hacia la huerta en busca de aquella piel azabache que tanto le recordaba a otra más antigua empapada bajo la lluvia de Misiones y esa analogía de la carne le dolía y le estimulaba a un tiempo como la hierba tierna en el centro de una úlcera.

La sorpresa le estalló a Aurelia entre las manos cuando volvió a casa una tarde de domingo y los encontró sentados frente a frente sobre la tierra húmeda del huerto. Selva sonreía y él, muy serio, le acariciaba el cabello con la punta de los dedos. Los dedos, aquellos animales que creyó suyos durante las siestas del alcohol y que ahora se internaban en su melena negra, aún a salvo de la amenaza del

tiempo. Dedos infieles, traidores, mercenarios.

Le cerró las puertas de su casa sin dar más explicaciones que un «ya no tenemos hambre de tus peces» pronunciado en el dintel. Se quedó él desconcertado con la cesta de jureles entre las manos, sin encontrar palabras capaces de derrumbar lo que sabía era un muro infranqueable. Dentro quedaba Selva, cautiva en aquella prisión destartalada, más lejos que nunca de su alcance.

Se emborrachó durante meses en la taberna dándole vueltas al modo de vencer la resistencia de aquella mujer pálida por la que no sentía otra cosa que una compasión solidaria. Celestino desvariaba sobre el mostrador cubierto de fruslerías que en los últimos tiempos había recogido de los tachos de la basura. ¿Sabes?, le decía el tabernero con lengua enredada tratando de mantener el equilibrio contra una pared mugrienta, pronto volverá mi mujer del más allá y nos casaremos de nuevo en la isla de San Borondón, esa que solo aparece cuando le viene en gana. Y se reía mostrando dos hileras de dientes agudos que a Samuel le parecían de escualo o rodaballo. Ningún aldeano salvo él alternaba en aquel tugurio donde el vino siempre estaba picado y había que soportar la perorata del dueño, más borracho que ninguno. A Samuel le vencía la nostalgia. Recordaba a su padre bebiendo aquel vino de madrugada tras la faena del calamar, jugando con el erizo que Celestino escondía en el fondo de los barriles, que a la luz de la luna brillaba fugaz como una estrella. Fue aquí donde unos mozos de carga que estaban matando el tiempo a la espera de la primera barcaza le contaron la historia de los peces esmeralda. Ellos eran muy jóvenes entonces, unos niños de escuela, pero también habían sucumbido a aquellos venenos y juraban haber compartido el pan con mantequilla de la merienda con otros infantes de mirada melancólica que resultaron estar más muertos que los que dormían en el camposanto.

Preguntó aquí y allá tratando de recomponer el mapa de aquella historia, pero pocos accedían a hablar de un asunto tan doloroso. Se nos murieron dos veces los nuestros, le contestaban huidizos, y algunos le preguntaban en voz baja si sabía algo de los peces. Fue la Generala quien le dio la clave en un breve pasaje de lucidez. Lo fueron siguiendo en una barca hasta el remolino del Diablo, recordó con la mirada extraviada en el mar. Una vez allí le perdieron la pista, desapareció cerca de las escolleras, más allá de la playa de coral. Debió estrellarse contra las rocas con tal de que nadie descubriese de dónde sacaba los peces, el muy estúpido.

Aprovechó la benevolencia del mar de primeros de junio para iniciar el rastreo. Lo hacía al final de la jornada para no levantar sospechas, siempre a bordo de su barca, escorándose cada día unos grados más allá de la zona de faena. Si la galerna azotaba la costa,

postergaba con paciencia su misión y aprovechaba la tregua para planificar mentalmente la ruta que seguiría en la próxima batida. Supo, tiempo atrás, del intenso idilio del Mulato y Selva; la negra que ahora dormía bajo la higuera, esa, le contaron, refocilaba en una covacha más allá del faro con aquel hombre corpulento que tocaba la flauta cuando estaba triste y nos ponía tristes a todos con su son. Luego le envenenaron al hijo –o murió de algún mal de lactante, que eso nunca se supo con certeza–, un bebé negro como la pez que apareció retratado con cornamenta luciferina en la pared frontal de la iglesia en brazos de una mujer muy parecida a ella en el gesto enigmático y en los pechos generosos.

No tenía mucho que perder Samuel en el centro de los remolinos y el premio bien merecía el riesgo. Por la noche, recogido en el antiguo camastro de su madre, enroscaba una bombilla en el casquillo del techo y dibujaba sobre un cartón las direcciones rastreadas en ambos sentidos; garabateaba sus conjeturas de grafito, tachaba y volvía a comenzar la ruta, súbitamente deslumbrado por una epifanía. Fue pasando así el verano, al margen de las verbenas con que el vecindario entretenía el insomnio de un calor sofocante. Aborrecía Samuel el estruendo de los petardos, el compás mal ejecutado de las charangas que Mazurca contrataba para su propia gloria, aquellos discursos interminables a los que todo el pueblo asentía con la cabeza gacha bajo la amenaza de perder su jornal, las ristras de guirnaldas que agonizaban enredadas en los cables del tendido eléctrico durante meses. Tampoco Iria se dejó ver aquel verano en la plaza, no se fotografió en los trampantojos de cartón de los feriantes ni bebió sidra en los tenderetes del puerto. Rifaron un lechón bien cebado y unos comediantes interpretaron una pieza de Arniches que la aldea aplaudió hasta inflamarse las manos. Pero ni este ni otros ingenios lograron atraer a Aurelia, tercer vértice silencioso.

A FALTA DE UN FOSERO OFICIAL en la aldea –desde tiempos remotos, el hijo mayor del difunto o algún amigo juicioso se encargaba de excavar el hoyo–, Paris se vio obligado a solicitar los servicios de un enterrador, ya que en los tres decesos que sobrevinieron en las postrimerías del verano no hubo primogénito ni pariente que se hiciera cargo de la faena, negándose los aldeanos a escarbar por otros la tierra del cementerio bajo aquel calor maligno. Desde la capital les enviaron a un hombruco de pequeña estatura y tez morena, con un pañuelo anudado a la cabeza para protegerse de las inclemencias del sol y tres azadones al costado que doblaban su tamaño. La comitiva salió por la puerta ancha de la taberna, la de los toneles. Cuatro hombres cargaban sobre sus hombros un cajón de madera mal clavado, seguidos de un pescador que arrastraba un fardo que al menor bache prorrumpía en un estruendo de calderilla. Ayer

encontraron muerto al tabernero en su cama –le explicó Paris al enterrador de camino al cementerio–, abrazado a un montón de hojalata según parece. Estaba ya muy mayor, no sabía ni en qué día vivía y el vino se le agriaba en las barricas. Nunca pisó la iglesia, pero en el pueblo era un hombre muy querido, así que hágale un hueco en una zona sombreada antes de que se nos pudra en las manos de tanto calor.

El enterrador se secó el sudor de la frente con su pañoleta. Había cavado un buen hoyo en una tierra húmeda, muy agradecida. Se hizo a un lado para que los aldeanos introdujeran en él los restos mortales de Celestino, el oficiante del Templo, el dios etílico de aquellos pagos, cuando el último hombre de la comitiva fúnebre traspasó la verja del cementerio trazando un surco con su saco en el polvo del camino. Nadie preguntó por qué arrojaban sobre el ataúd aquel amasijo de metales, tan extraño el tabernero en sus querencias que tal vez en una borrachera expresó la voluntad de ser enterrado con toda su quincallería. El estrépito del fardo reverberó durante horas en los oídos de los aldeanos; también en los del enterrador que, al asomarse a la tumba, creyó distinguir una media fina de mujer entre los despojos, visión que le hizo anudarse otra vez el pañuelo, no fuese que el sol le estuviese recalentando la sesera.

No habían pasado ni dos días cuando sus servicios fueron requeridos de nuevo por el cura. En esta ocasión, le advirtió Paris bajo un paraguas de varillas rotas, se trata de un amigo personal y un hombre importante en esta aldea, así que el sermón será más largo, le ruego sea paciente. El enterrador le escrutó con desconfianza y le aseguró que esperaría lo que fuese necesario pero que su tiempo valía dinero, y Paris puso en su mano dos duros que le templaron el ánimo y soltaron la lengua. Mi padre hizo la guerra en África, contó con desparpajo mientras daba un trago al vino de consagrar, y algo de aquellas tierras debió quedársele en la sangre que así nací yo de zaíno. Paris le respondió con una sonrisa triste. La tormenta venía de atrás. Justo después de enterrar a Celestino, dos nubes plomizas chocaron entre sí provocando un trueno ebrio y prolongado que muchos achacaron a las malas pulgas del tabernero. Este es Celestino, que no encuentra acomodo allí abajo porque le pesan los cachivaches con los que le hemos enterrado. Pero él lo pidió así la última noche, terciaba un pescador joven. Es que Celestino nunca estaba contento con nada. Cayeron cuatro gotas tímidas sobre los tejados a las que siguieron ocho más y poco después un aguacero que les hizo temer un desbordamiento de la tierra recién removida del cementerio. A la mañana siguiente prosiguió el afán tedioso de la lluvia y Paris no pudo subir al bosque a meditar. Horas más tarde, aprovechando un claro, acometió la pendiente que conducía al bosque por su ribazo más

pronunciado. Cruzó a paso lento la mancha de abedules, deteniéndose a acariciar las cortezas rociadas de lluvia y las matas de cantueso; cincuenta pasos más allá, dobló la curva que estrechaba el sendero antes de desembocar en la praderilla del cerezo. Desde la lejanía adivinó la silueta en reposo del médico bajo el árbol y sonrió pensando que hasta don Paco había cambiado el horario de su paseo por temor a la tormenta. Habían dejado a medias una conversación el día anterior bajo el mismo árbol, aunque envueltos en una luz, más temprana, acerca de la medicina ayurvédica que Paris aplicaba con verdadera fe sobre los cuerpos de los labradores. Don Paco le escuchaba atentamente, menudeando los brotes del cantueso recolectado, sin lograr desprenderse del escepticismo que le habían inculcado en la Facultad de Medicina.

Paris se acercó a él con sigilo, tratando de no despertarle de una siesta tan plácida, y tomó asiento en una roca a dos metros de distancia a la espera de que don Paco abriese los ojos para exponerle nuevos argumentos a favor de su ciencia milenaria. Los insectos zumbaban alrededor del sombrero de paja del anciano en una danza repetitiva que aún sonaba a verano. La luz de la tarde se espesó y las nubes recobraron su negrura amenazando con una nueva descarga, pero don Paco continuó inmerso en aquel sueño. Paris reparó entonces en una gota de lluvia, redonda y brillante, que hacía equilibrios sobre la punta de la nariz del viejo médico. A su lado descubrió otras, una infinidad de salpicaduras de agua que perlaban sus mejillas, su cuello, su camisola abierta, sus dedos cruzados sobre el vientre. Abrió los ojos el cura con angustia al comprobar que todo él estaba cubierto de lluvia, que aquel hombre llevaba mucho tiempo allí tumbado, tanto que el chaparrón de aquella mañana había campado a sus anchas sobre su cuerpo. Gritó su nombre sabiendo que era inútil, que aquellos oídos estaban sellados con una cera antigua y, sin embargo, lo repitió tres veces más con la esperanza de haber errado en el diagnóstico. Sacudió entonces su pecho y el cuerpo del viejo se desmoronó sobre la hierba empapada. Trató de reanimarlo con sus ancestrales conocimientos de medicina india y, al no funcionar estas técnicas, invocó a los dioses, aquellos en los que verdaderamente creía, que no eran otros que Visnú y Shiva, los benéficos, los dadores de vida, pero todo fue en vano: el aliento se había consumido hacía horas en su tórax. Antes de proceder como la ciencia y la costumbre establecían, abrazó aquella corteza que era el cuerpo de don Paco y solo entonces reparó en los cardenales que la asfixia le había grabado en el cuello.

Le rogó al sepulturero que lo enterrase con cuidado. Yo mismo le ayudaré con otra pala, dijo. No había nadie más en el camposanto aquella mañana. Tan solo Paris había velado el cadáver en la sacristía y hasta hubo de pagar a tres hombres para que le ayudasen en la tarea

de transportarlo al cementerio. Para la aldea aquel hombre había dejado de existir después del incidente de las ahorcadas y, si un día dirigió sus destinos, si conoció la intimidad de su anatomía con más exactitud que sus propias madres, nadie lo recordaba. Por eso no acudieron al entierro. Para ellos ya estaba sepultado. Era tiempo de cosecha y había mucha faena pendiente para andarse con memoriales.

LA TERCERA VISITA DEL ENTERRADOR tuvo lugar el viernes, de nuevo bajo un sol hirviente. Está loco este otoño que ahora veranea, le comentaron las dueñas del Café del Puerto. El hombre murmuró algo entre dientes y vació de un trago la copa de licor de guindas. Estaba harto ya de echar el día por unas monedas pudiendo cobrar el triple en la capital, donde en una mañana enterraba a tres e incluso a cinco muertos con un poco de suerte. Además, aquel encargo era de los complicados porque, por lo visto, el arzobispo había torcido el gesto en su despacho al enterarse de las circunstancias y solo la obstinación de Paris había logrado que ahora él estuviese aquí, bebiendo licor en aquel café elegante que siempre había sido una vulgar casa de putas. Verá, le explicaron con afectación las regentes del negocio, nuestra señora ha dejado escritas unas últimas voluntades un tanto excéntricas. Y al pronunciar esta última frase las tres mujeres miraron al suelo con pesadumbre, tratando de razonarle al enterrador algo que ni ellas mismas acertaban a comprender. Porque cómo se explica que aquella vieja loca hubiera dejado por escrito de su puño y letra que no quería recibir cristiana sepultura sino ser quemada en una pira funeraria sobre el mar, contraviniendo así las leyes de lo humano y lo divino. Y, sobre todo, cómo era posible que desease ser incinerada con todas sus joyas, absolutamente hasta el último collar o camafeo de nácar, como si de una faraona se tratase. Ni que se lo fuera a llevar al otro lado, había exclamado con tono despechado la más joven, ni que prefiriese que todo lo suyo se pudriese en el fondo del mar antes que dejárselo a ellas; ellas que tanto la habían cuidado durante aquellos años de decadencia, cuando pasaba las horas sentada en un banco, haciéndose encima sus necesidades como un san Simón. Qué ingrata, resollaban. Y si no hay entierro para qué me han hecho venir, gruñó el enterrador. Espere, por Dios, espere, que todavía podemos alegar que no estaba en sus cabales, le retuvieron agarrándole de un brazo. Ahora llegará el señor notario y lo aclarará todo. El enterrador suspiró con fastidio y las dueñas le sirvieron una copa más, la botella entera si es preciso, pero que este hombre no se mueva de aquí, le susurró una a otra al oído. El notario llegó poco después en barca oficial, se apretó el nudo de la corbata y tosió varias veces antes de proceder a la lectura del testamento de la Generala. Tiene fecha de hace más de diez años y ha sido ratificado todos los meses de abril desde entonces. Hasta buscó un testigo, Celestino Codón, que aquí firma también. Si

esta mujer quería llevarse sus joyas al fondo del océano está en su derecho, resolvió.

Cosa distinta era el tema de la incineración en el mar, que aquella no era costumbre establecida en el país y mucho menos en aquella región. Paris intervino defendiendo las piras flotantes, que él ya había visto muchas en Benarés en sus años de misionero y era un método económico y salubre de despedir a los muertos, además de poético, si es que esto servía de argumento. A media tarde ya estaban los chiquillos espigando maderas aquí y allá, afanados en los preparativos de aquella segunda Noche de San Juan que era para ellos el funeral de Pilar Cuesta Reglero, alias la Generala.

Hubieron de esperar a la medianoche para encender la lumbre, pues así lo había dispuesto la difunta en los siete pliegos en los que detallaba prolijamente su propio sepelio. Que enciendan la hoguera a las doce en punto y que prenda la llama alguien a quien algo le duela mi muerte, decía. Y se extendía durante tres cuartillas más haciendo inventario de todas las joyas contenidas en su cofre, una cajita de ágatas que Tomás Golondrina le había regalado al volver de uno de sus viajes. Si alguien tiene noción del paradero del capitán hágale saber la noticia de mi muerte, y si él se personase en la aldea será mi heredero universal a falta de descendencia, concluía. Aquella cláusula, que suponía un auténtico varapalo para las antiguas muchachas, las autoproclamadas dueñas y señoras del remozado Café del Puerto, era de difícil cumplimiento. Paris quiso indagar el paradero de Tomás Golondrina, un capitán de la marina mercante que anduvo por estas tierras haciendo la ruta de los barcos americanos y que se alojaba en el hostal de la Generala, aunque por puro placer mundano porque siempre mantuvo una conducta intachable, señor cura, era un caballero, le contaron los cofrades. Anduvo enamoriscado de la hilandera, pero el romance no llegó a mayores y una mañana él se embarcó en un trasatlántico y no volvió a vérsele por aquí.

Cuando Paris le preguntó a Aurelia por Tomás Golondrina, el amago de sonrisa con que lo recibió se transformó en una mueca hostil. ¿A qué viene ahora tanto remover las tumbas, don Paris? No me llames de don, Aurelia, ya sabes que eso no va conmigo. Entonces ¿está muerto Tomás Golondrina?, inquirió. Para mí hace muchos años que lo está, respondió la muchacha con rudeza. No le sirvieron de nada a Paris sus argucias, las frases templadas con las que conseguía amasar el corazón de los hombres y extirparles la hiel. Aurelia le despidió guardándose su pequeño secreto: el atadillo de cartas custodiadas por los santos de Selva que completaba la colección de una correspondencia de la que la Generala ocultaba otra parte bajo una baldosa de su alcoba, hábilmente sellada con argamasa. En ellas podía leerse una extensa descripción de sus viajes transoceánicos, las

gentes que conoció en los centenares de orillas a las que arribó con la compañía mercante y más tarde a bordo de su propio barco. El tono con el que escribía a la Generala era filial y nostálgico. Leyéndolas podrían confundirse con las cartas de un hijo a su madre, cuyo rastro nunca encontró en años de travesía. La Generala contestaba a aquellas cartas, porque en el envés de la última hoja anotaba la fecha de su propia respuesta y dibujaba algún motivo sugerido por la lectura de la misiva: una caracola, un niñito desnudo, una hoja de laurel. Las cartas a Aurelia fueron evolucionando a lo largo del tiempo. Muchas acabaron en el fuego, pero las interceptadas por Selva se mantuvieron incólumes durante décadas, llegando a ser expuestas en una tienda de anticuario de la capital muchos años después bajo la etiqueta «colección de cartas de amor». Eran misivas de una añoranza desgarrada en las que el capitán giraba reiteradamente sobre el mismo tema: la desafortunada noche en que la perdió para siempre. Le pedía perdón a través de mil fórmulas diferentes, le solicitaba una nueva oportunidad, un cabo de esperanza al que poder atarse él también, «un poco de luz, Aurelia, antes de que el olvido todo lo devore». En las últimas cartas su voluntad de regreso se había minado y ya solo insinuaba levemente que quizá un día la marea los volvería a cruzar si ella lo deseaba. Cuando algún cliente interesado le preguntaba al anticuario por el fin de aquellos amores, este le contestaba que nada se sabía. El capitán debió ir perdiendo la cabeza a causa del aislamiento en alta mar porque la escritura se volvió sincopada y en algún párrafo perdía el equilibrio asegurando haber visto una ballena blanca en las costas de Fishguard, muy cerca de su tierra natal. Esta es la última carta y la más breve, concluía el dueño de la almoneda encogiéndose de hombros, solo tiene tres líneas: «Vientos alisios / Ya nunca más veré / corales blancos».

Aurelia nunca permitió que Paris se asomase a su dolor. Solo dudó un instante cuando el cura salió de la casa murmurando, contrariado, algo sobre su crueldad y su falta de compasión. La mujer se sintió herida en lo más hondo. Qué sabría aquel hombre de sus fantasmas, qué sabría. ¡Quiso cortar el hilo!, le gritó furiosa. Pero Paris ya no pudo oírla, tan ensordecedor era aquel día el oleaje.

VEINTICINCO ANILLOS DE ORO –diez dorados, quince blancos– con sus incrustaciones de malaquita y piedra de aguamarina; un collar de perlas negras y otros no menos hermosos de dientes de marfil con remates de plata, de pelo de elefante, de corales rojos, de cadeneta de oro de alto quilataje, de finísimas argollas de alpaca, de filigrana francesa con pequeños granates; una tiara nupcial con tres zafiros engastados en un fondo de piedras del Brasil, cinco brazaletes con farsa de ámbar sobre oro, lapislázuli y azabache de la mejor calidad; dos camafeos de plata: uno que custodiaba un retrato de una mujer de

porte antiguo y otro la fotografía diminuta de un niño vestido de almirante, algo borrosa en su parte central, ambos recamados y tallados con destreza por un maestro joyero que dibujaba su firma en el envés de la joya con alas de mariposa. Ante la negativa de las antiguas muchachas –enojadas por el fracaso de su tentativa de requisar aquel botín de pedrería que refulgía bajo los últimos rayos de sol– fueron las pescaderas las que con sus manos abotargadas vistieron y enjoyaron a la *madame* y lo hicieron con el mismo mimo con el que cada quince de agosto engalanaban la talla de la Virgen de los Mares que don Serafín guardaba celosamente en un armarito de la sacristía y cuya tosca belleza románica había expuesto Paris a la luz sobre un baldaquino.

No fue fácil borrar de su piel la huella corrosiva de los excrementos de gaviota a los que estuvo expuesta durante los tres días que yació muerta sobre su banqueta hasta que unos muchachos le propinaron un pelotazo por error y la mole de su cuerpo se vino abajo. Es una vergüenza, comentaban las amortajadoras refregando su cuerpo con jabón. Mira que olvidarla ahí tres días con sus tres noches. Ni un perro se lo merece. Procedieron por último al ritual del enjoyado, que fue lento y alucinado, porque ninguna de aquellas mujeres había sostenido jamás entre sus dedos de limpiar pescado semejantes maravillas y no podían dejar de admirar el brillo del oro y del zafiro exhalando suspiros. Que todo esto se lo coman los jureles...

Al enterrador le prometieron cena y posada a cambio de que ayudase a cargar el voluminoso cuerpo de la anciana sobre una barca de pesca algo vencida que el presidente de la cofradía de pescadores había pintado de violeta y blanco para la ocasión porque esos eran los colores que más le gustaban a Pilar. Y, al decirlo, un lagrimón delator le rodó por la mejilla y hubo de enjugarlo con vergüenza porque aquellos amores debían morir siendo clandestinos, como un día le prometió. El propio Paris prendió la llama con una tea empapada en aceite por aclamación popular aunque no había conocido a la Generala en sus buenos tiempos, cuando bajaba al puerto a recibir a los trasatlánticos con una sombrilla de seda color lima bailándole entre los dedos, rodeada de una camarilla de muchachitas ruidosas dispuestas a dilapidar su fortuna en los tenderetes de perfumes y afeites, sino a la anciana decadente que contaba barcos dejando que el pelo le creciese encanecido y sin gobierno; gruesa, sudorosa, sin ánimo ya para liar un último cigarrillo ni servirse una copa. Paris se había acercado a ella muchas veces atraído por ese imán que poseen quienes han amado y sufrido intensamente, pero nunca había logrado arrancarle más respuesta que la sonatina inconclusa del caballo y la sopa en la que finalmente debió ahogarse una mañana.

Las llamas crepitaron al roce de la brisa nocturna, bailaron azules

sobre el vientre curvo de la mujer, arraigaron con fuerza en las raíces de su cabello. Paris conocía bien el ritual de los fuegos mortuorios. Lo había presenciado cientos de veces en las orillas del Ganges y sabía de sus fases, de su despiadado retorcerse sobre los cuerpos sin vida que estallan, se consumen, se deshacen ante las pupilas dilatadas por el horror. Un silencio sagrado se expandió en la cuenca de la bahía hasta que solo la batalla del fuego y el agua resonó en los oídos de los allí congregados, que se contaban por cientos. Algunos llevaban velas encendidas en su honor y los más pequeños espiaban la isla incendiada que se alejaba mar adentro asomados a las rendijas de los balcones. Ardió la Generala hasta perder su forma, su nombre, su desmemoria. Su remoto gesto de burla. Vareada por las olas, la barca flamígera que la transportaba se entregó a la deriva. Los pescadores más ancianos, aquellos que habían sucumbido a la vitalidad lujuriosa de su cuerpo, quienes la habían gozado y comprendido la tristeza que su máscara escondía, entonaron a coro una doliente salve marinera. Nadie perjuró; ni siquiera las mujeres que tantas horas habían dedicado a imaginar las diabluras cometidas en su nombre. Hasta sus pupilas salieron a la puerta del café para darle un último adiós entre lágrimas. Cuando el fuego se hubo consumido y sus restos se hundieron en el agua oscura de la noche, las antiguas muchachas se secaron los ojos con un pañuelo fino, suspiraron con afectación y, discretamente, le ofrecieron tres duros a unos mozos a cambio de que buceasen en busca de las joyas. Algunos se negaron, pero otros se lanzaron al mar estallando el reflejo tembloroso de una luna menguante. Fue inútil. No hallaron resto alguno del resplandor de las piedras preciosas y las cadenas de oro. Ni tan solo un anillo.

A NADIE LE PARECIÓ OPORTUNO que Paris, precisamente él, que había abolido las viejas costumbres eclesiásticas con las que don Serafín y sus antecesores gobernaron la aldea con puño de hierro, convocase confesiones generales aquel domingo. Casa por casa, el cura fue advirtiendo personalmente a todos los parroquianos de la obligación de acudir a confesarse al día siguiente sin opción a bulas de indulgencia. Pero, señor, objetó una anciana, si hace años que nos viene diciendo que solo ante Dios hay que rendir cuentas. Paris farfulló algo del deber moral de un párroco y de la necesidad de poner voz a los pecados más feos a fin de lavar la mugre del alma y se encerró a escribir una solicitud urgente para que un cura amigo acudiese en su ayuda en tan ardua tarea.

Por todos los hogares pasó menos por uno. De Selva todo lo sabía; de sobra había buceado en las profundidades de aquella alma. Y Aurelia... No estaba buscando a Aurelia en aquella redada y, aunque lo hiciera, la mujer nunca habría accedido a abrir las compuertas de su alma ante alguien como él. Porque ella sabía de su impostura, sabía

que él tampoco creía en Dios ni en aquellas casullas ridículas que ahora servían de banquete a las polillas en la sacristía. Clavaba sus ojillos de avellana en los suyos y una sombra planeaba sobre el territorio. Por más que él trataba de esconder sus dioses hindúes, sus oraciones en sánscrito y aquella norma inquebrantable de no comer carne, ella sabía; y él, consciente de su desnudez, la rehuía como a un espejo.

Dispusieron dos confesionarios en un ensanche del puerto que se abría ante la lonja, de modo que los parroquianos pudieran formar fila delante de cada uno y, una vez absueltos, continuar con sus quehaceres con el alma impoluta. Un curita joven arribó en la barcaza. Se llamaba Pascual y él mismo hizo la broma de que era cura desde la pila de bautismo porque llevaba en la frente el nombre del Cordero. También se presentó como pintor, restaurador de arte y compañero de fatigas de Paris en los tiempos del seminario.

Antes de comenzar, Paris saludó afable a la concurrencia y dejó caer un saco a la vera de cada confesionario. Con la ayuda de Pascual clavó dos ganchos sobre el ventanuco de las celosías y les explicó que los sacos estaban llenos de pañuelos de lino que debían coger de uno en uno y colgar de aquellos hierros antes de la confesión, de manera que su aliento arrepentido traspasase las telas impregnadas de espliego.

El agua de espliego, le había explicado Paris a su colega, revela la presencia de injurias al quinto mandamiento tomando una coloración oscura de polvo de carbón al contacto con el resuello del pecador. Solo en esos casos has de avisarme, que ando buscando al culpable de un crimen que no puede quedar sin castigo.

El primero en tomar confesión fue don Servando y lo hizo con actitud ovina, más afligido que nunca tras el lienzo que aguardaba sus miserias. Muchos años habían pasado ya desde que viniera a la aldea a ejercer su magisterio, pero nunca había conseguido que los muchachos le admirasen y por eso sufría a veces de brotes de cólera y envidia hacia una maestra legendaria que consiguió despertar en toda una generación de chavales el ansia del estudio, de modo que muchos habían cursado el bachiller en la capital llegando a licenciarse algunos de ellos. Confesó también sus pequeños hurtos, por hambre lo hago, señor, que el sueldo de un maestro no da para mucho y necesito fruta fresca para curar el mal nefrítico que sufro todos los inviernos, y continuó desgranando una retahíla de mezquindades que inspiraban más lástima que rencor. Una nubecilla de color ámbar coloreó el pañuelo que filtraba su aliento y Paris le absolvió ideando una penitencia a su medida: bastaría con que ofrendase peras durante una semana a los niños más desfavorecidos de la escuela. Pero no las robe, hágame el favor de obrar con honestidad, le amonestó.

Tras el maestro, una oleada de pecados de ultramar asoló los confesionarios. Las maldades del océano en nada se parecen a las de tierra firme, y aquellos hombres escupieron en los lienzos las bajezas de su oficio. Pesca de alevines, robo de redes, artimañas para envenenar los cebos de la competencia. Incluso hubo quien confesó haber cohabitado con la mujer del patrón con la excusa de adolecer de unas fiebres reumáticas que le impedían salir a faenar. ¿Fueron muchas las coyundas?, indagó Pascual. Algunas fueron, señor, que esas fiebres son largas y hay que curarlas bien.

A la mayoría le imponían penitencias livianas al comprobar que eran nubes del color del trigo lo que su aliento dibujaba en los pañuelos. Pecaditos, pecaditos. Que pase el siguiente. Las dueñas del café se resistieron, pero el alguacil las escoltó personalmente hasta los casetones de madera de acebo y allí, entre sollozos y promesas de contrición, las antiguas muchachas del burdel de la Generala confesaron sus amores furtivos, la honra mancillada por los cuerpos de los marineros, la nostalgia de los escasos días en que habitaron la infancia. Dieron un rodeo alrededor del tema de la muerte del pianista, que calificaron de accidente, y no repararon en lamentos a la hora de describir su inmensa sed de riqueza, una ambición sobrevenida tras el deterioro de la salud de la *madame*, cuando se sintieron por primera vez dueñas de sus destinos. Pero, pese a sus remilgos y a la falta de veracidad en algunos puntos, no fue una mancha oscura lo que rezumó el lienzo sino púrpura, rojo pasión y rojo víscera.

Ocho horas estuvieron los dos párrocos confesando almas sin pausa para almorzar. Los pañuelos manchados se acumulaban a los pies de los confesionarios, donde los arrojaban una vez administrada la penitencia. Se limpió Pascual el sudor a las cinco de la tarde y salió de su caseta rodeando el montón de venialidades. Aún no hemos terminado, le indicó Paris señalando la casa del alcalde. Don Juan Mazurca y familia han solicitado confesión en el interior de la iglesia y en estricta intimidad dada su condición política.

Allí estaban los tres, rehuyéndose la mirada con incomodidad, sentados en el mismo banco de madera que ocupaban durante los círculos dominicales. A Merlina la confesó Pascual por indicación de Paris, que quiso hacerse cargo de los testimonios de los varones. La mujer lloró en repetidas ocasiones durante su relato, enjugando sus lágrimas con el pañuelo colgado de los ganchos de hierro. Desde el confesionario vecino, Paris la observaba. Ni mancha habían dejado sus pecados; solo quedó estampada en el lienzo la huella de su llanto, que era transparente y discreta como lo había sido su vida a la sombra del cojo de oro, el hombre ambicioso que ahora sacudía el polvo del reclinatorio con un pañuelo antes de plegar su única pierna sobre él.

Perdone padre, dijo, pero no puedo ponerme de rodillas, la otra pierna no dobla como debiera. Paris lo excusó y, como el alcalde se demorara en los prolegómenos, el propio cura le instó a retomar el hilo oscuro de su vida. Creo yo, don Paris, que solo debo confesar aquello de lo que me arrepienta y de pocas cosas me arrepiento. Pero hay una que me roe la conciencia desde hace años porque era yo muy joven cuando lo hice y a nadie se lo he contado nunca. A estas alturas ya no tendré que saldar cuentas con la justicia, que bastante he purgado ya con mi vida el pecado cometido, pero creo que a Dios aún le debo una confesión y por eso estoy aquí y no le he mandado al infierno cuando me ha exigido en mi propia casa que viniera a arrodillarme delante de usted. Continuó Mazurca su parlamento y, conforme detallaba los hechos, una sombra gris espolvoreaba la blancura del lienzo. Paris sopesó la dureza de su pecado, el tiempo transcurrido, el arrepentimiento sincero de aquel hombre entrado en años, de calvicie pronunciada y ojos aureolados por el insomnio. Lo peor fue saber su nombre, concluyó Mazurca con voz hueca. Antonio. Nunca lo he olvidado. Anda con Dios, susurró Paris, y respira hondo cuando salgas de esta casa. Tu pecado ya se ha ido limando con los años y el Padre te lo perdona porque lo hiciste para aliviar el sufrimiento de tu pueblo, pero ándate con cuidado con esa lujuria.

No fue fácil confesar al chico. Primero se negó a postrarse ante la celosía y luego escupió al pañuelo con desdén. Soy el hijo del alcalde y no tengo por qué arrodillarme ante ti, le reprochó. Pero luego su padre le golpeó la cabeza con una mano firme que hizo que Merlina lanzase un grito y el muchacho se reclinase sin mediar palabra, asegurándose de que nadie podría oírle salvo Paris.

Bueno, aquí estamos. Sí, aquí estamos, asintió Vírgulo frío como un témpano. Estoy cansado. Llevo ocho horas limpiando almas y tú eres el pecador que buscaba, así que no trates de engañarme. El muchacho enmudeció. ¿Por qué lo hiciste? No sé qué quieres decir, tiene razón mi padre, todos los curas sois unos cantamañanas. Paris no se dio por aludido. Del otro lado de la reja de madera los ojos del muchacho refulgían con un brillo de lobo herido. Lo hiciste tú, vi restos de tu cabello entre sus uñas. No he querido delatarte ante tu familia y las autoridades porque eres un crío y no quiero arruinarte la vida, pero debes confesarte ante Dios. Vírgulo, ¿qué te ha ocurrido? ¿Por qué dejaste de ser aquel niño travieso pero noble? El chico apretó con angustia las rodillas contra el terciopelo del reclinatorio hasta que las rótulas le crujieron bajo el peso de la culpa. Desde su recinto en la otra punta de la nave, Pascual vio doblarse al muchacho sobre el ventanuco, las mejillas cubiertas de un arrebol de furia y vergüenza. Se me fueron las manos, tartamudeaba. Solo quería asustarlo, pero el viejo empezó a temblar como un palomo con los ojos en blanco.

Vírgulo hablaba removiendo con la lengua la baba espesa que por momentos le atoraba la garganta y, en cada frase, las partículas de saliva se estampaban contra la pantalla de lino que le separaba de los ojos húmedos de Paris. Una mancha oscura crecía como tinta en el centro de aquella superficie hasta hacerse tan grande y negra que el cura temió que comenzara a chorrear sobre las baldosas de la iglesia. Pero una cosa le voy a decir, alzó Vírgulo la voz sobre sus propias cenizas. Paris cerró los ojos y las lágrimas le quemaron las mejillas. El muchacho respiró hondo. Fue él quien me pidió que siguiera apretando.

Pascual no quiso seguir contemplando aquella escena que le recordaba a un viejo grabado florentino del ángel caído sufriendo por su propia maldad ingobernable. Giró la vista hacia la pared y allí tropezó con la estampa de un niño negro sostenido por una virgen indígena de cuyo cabello ensortijado sobresalían dos cuernecillos de carnero, ligeramente desdibujados entre los rasguños de cal de la pared.

DUDARON SOBRE EL DESTINO que debían correr los centenares de pañuelos que se arremolinaban a los pies de los confesionarios en dos montículos de nieve sucia. Paris propuso reclutar una patrulla de lavanderas para enjuagar las manchas del pecado en la boca del manantial mayor, que por la abundancia de su caudal era el que surtía de agua a la fuente de la plaza y a casi todos los huertos de la falda, pero Pascual le hizo recapacitar. No sabemos qué consecuencias acarreará la disolución de una torrentera de pecados en las aguas claras de la montaña. Podría contaminarse el cauce y mustiar las hortalizas, que en otra ocasión oí yo que la envidia y los males de amores arruinaron toda una cosecha de patatas.

El fuego se planteaba de nuevo como la mejor opción para expiar todos los males. Los niños recogieron leña menor en las estribaciones del bosque y los pescadores ofrendaron despojos de barcas echadas a perder. Sobre las maderas resquebrajadas a golpe de hacha vertieron aceite de linaza, verdadera pólvora para las llamas que no tardaron en crepitar elevando al cielo sus sarmientos rojos. Cuando arrojaron a la lumbre los pañuelos pecadores, el fuego se amilanó un instante revolviéndose después en una humareda que en breve se condensó en una nube espesa con forma de ballena. Empujado por la brisa vespertina, el cúmulo trepó hasta los tejados y se estableció en la cima de los farallones, majestuoso y cárdeno, embobando a los aldeanos con su estampa apocalíptica. La panza se le oscureció entonces, adquiriendo un extraño matiz de vena trombosada que presagiaba la furia del temporal que minutos después estalló sobre la aldea. Llovió con rabia durante media hora y en ese tiempo muchos creyeron que el fin del mundo había llegado y tenía forma de diluvio púrpura.

Cayeron de rodillas sobre el empedrado hombres y mujeres del mar y del campo, unidos al fin por la fraternidad del miedo. Perdónanos, Señor, perdona nuestra maldad. Miraron a los sacerdotes, pero estos parecían tan aterrados como ellos, más pálidos que nunca con las sotanas empapadas de aquella lluvia que amenazaba con desbordar el mar. Dos truenos prolongaron la agonía y ya estaban algunos rumiando la pertinencia de los sacrificios, cuando la nube comenzó a deshilacharse en unos rabos rojizos que se diluyeron en la bruma baja del atardecer. Poco después salió el sol.

UN REPUNTE DE FE se extendió por la aldea con la voracidad de una peste. La iglesia se abarrotó de fieles ansiosos por escuchar la palabra divina en labios de Paris, a tal punto que muchos se quedaban de pie junto a la puerta porque ya no cabían en la nave. Por aclamación popular el cura hubo de restablecer las viejas costumbres del ángelus y los maitines e instaurar un riguroso sistema de turnos para vestir a los santos, limpiarles la polilla y tapar los agujeros con cera de abejas debido a las trifulcas entre los devotos por gozar de lo que ahora consideraban un privilegio. Nadie objetó la necesidad de retejar y hasta las centenarias goteras que pudrían la techumbre fueron reparadas en un jolgorio piadoso por los albañiles de la aldea. Tampoco se opuso la feligresía a la colecta que Paris inició para financiar el proyecto de Pascual. El sacerdote, experto en frescos y aguafuertes, se había quedado prendado de la pintura mural a medio descubrir de la virgen negra que portaba al pequeño belcebú en su regazo y quería que su cuadrilla de restauradores retirase por completo el enlucido devolviéndole el esplendor de su color original. Le advirtieron, eso sí, de la admonición funesta que tuvo lugar en el pasado, pero, lejos de ser un obstáculo, aquella leyenda oscura fue para él un acicate. Acariciaba el contorno del dibujo con la yema de los dedos y soñaba con el descubrimiento de una obra cumbre de la pintura religiosa, una representación del alumbramiento del Mal entroncada con cultos paleocristianos aún no catalogados.

Asomada tras la cortina rasgada de su cuarto, Iria contempló el vendaval de la devoción con la misma indiferencia con la que había escuchado los reveses del diluvio universal sobre el tejado de su casa. Desde que había regresado, una pereza infinita la mantenía postrada en el lecho de sus difuntos padres, del que solo se levantó una vez para colocar una cazuela bajo el repique de una gotera. El tintineo metálico del agua contra el estaño marcaba el paso del tiempo en aquel cuarto cuyo aroma a violetas no se había ido ni con diez baldes de agua, pero a ella no le perturbaban ni el tufo de las flores ni el azote de la lluvia, inmersa en una somnolencia insana que la había desviado de la realidad. Escuchaba en sueños la voz de Teresa Valero cantándole al oído viejas canciones de la resistencia, acariciándole las

vértebras como si tocara el piano. Contempló a sus padres sentados a su vera murmurando entre sí algo sobre la fiebre y unos paños de agua fría. Parece que ya le baja, decían. También presintió la llamada insistente de Merlina y solo en este punto rozaba la cordura, porque desde que la alcaldesa supo de su regreso no dejó ni un solo día de acudir a casa de su vieja amiga para llevarle un guiso, aunque lo hacía de espaldas a su marido, que no quería ni imaginarse cómo podría reaccionar si se enteraba de aquellas visitas. Aparecía a la hora de la siesta con un puchero de legumbres envuelto en un trapo o una rebanada de pan con lomo de matanza y desde el umbral del dormitorio la llamaba con una voz templada que apenas lograba sustraerla de su duermevela. Giraba Iria el cuello hacia la puerta y allí estaba Merlina, pero no veía a la mujer rechoncha de carnes descolgadas por el tiempo y pelo canoso recogido en un moño, sino a la niña de melena roja, la misma que golpeaba su ventana con un guijarro para correr juntas a la escuela antes de que don Heliófilo descubriese que otra vez le habían escondido las zapatillas.

No sabía Merlina que, si ella visitaba la casa de Iria en el sopor del mediodía, Mazurca lo hacía al relente de la noche. Apostado junto al parral que desde tiempos remotos hacía sombra en su puerta, el alcalde pasaba las horas vigilando el balcón de aquella alcoba sin atreverse a tocar la aldaba. Regresaba de madrugada a su casa con el frío royéndole los huesos y Merlina, discreta como siempre había sido, fingía un sueño profundo para eludir la penosa tarea de los interrogatorios. Vendrá del café, trataba de engañarse. No hubo más mujeres en la vida de Juan Mazurca durante aquellos años que las prostitutas de los días festivos y su mujer oficial, a la que amaba a su manera, pero entre ambos se abría un foso de nadie desde el principio de los tiempos que alimentaba sus soledades, obligándolos a mirar hacia otro lado cuando se sorprendían soñando despiertos. Iria, siempre Iria. Ese perfil invisible filtrándose entre las cortinas, la caricia ausente en las sábanas de su lecho conyugal. Y, sin embargo, Merlina fue la primera en acudir en su ayuda, la que le dio de comer y se quedó sentada a su vera vigilándole la fiebre. Porque estaba enferma Iria. No sabía de qué porque nunca respondía cuando se la interrogaba, pero un embozo de niebla la asfixiaba en aquella cama y eso, entre quienes han compartido una infancia, era más que suficiente.

El silencio caía como el polvo sobre los muebles de la casa del alcalde. Desde la jornada confesional, Vírgulo se había encerrado en sí mismo y únicamente salió dos veces a la calle en todo el mes. La primera fue para visitar a Paris, con el que mantuvo una larga conversación que alivió el furor de sus pesadillas. El sacerdote le dibujó el símbolo del infinito en la frente con la punta de sus dedos

mojada en agua bendita y el muchacho resolló como la bestia desbravada que al fin alcanza un poco de paz. La segunda vez fue para tomar la barcaza a la capital donde comenzaría sus estudios de bachillerato en un colegio religioso. Se fue el muchacho una mañana de mar picado que zarandeó la barca con olas contradictorias durante toda la travesía. Al llegar a la ciudad vomitó una hiel verdosa que le dejó desfallecido sobre la acera, los mechones de cabello rojo pegados al rostro por la bilis, su cuerpo alargado en exceso convertido en un bulto más que los vendedores ambulantes esquivaron con indiferencia. Escribió algunas cartas al principio; una de ellas dirigida a Paris, a quien pedía que intercediese por él ante el Papa para obtener una bula que le librase del Infierno, su mayor obsesión en aquel tiempo, pero el cura le respondió con otra carta que contenía una sola frase: «Perdónate a ti mismo». El muchacho lo tomó como una burla y no volvió a dar señales de vida durante años.

Se quedaron sus padres vagando por aquella casa lúgubre que retorcía sus cimientos cada noche variando el orden de las estancias. En algún momento su modesta felicidad se había enrarecido; alguna semilla mala debió colarse por la ventana, pensaba Merlina. Mazurca buscó la respuesta en el fondo de las copas cuyo poso apuraba con despecho hasta caer de bruces sobre la barra. Una vez, en plena borrachera, vio reflejado en un espejo que colgaba sobre la chimenea del café a un hombre viejo y abatido que le levantaba la mano desde el otro lado del azogue. Nada quedaba ya de la gloria pasada, si es que alguna vez la hubo, ni de la insolencia de sus ojos. A tientas se acercó al espejo y de un puñetazo estalló la mandíbula vacilante de aquel mendigo. Le sorprendió el gesto contraído del otro, su mano ensangrentada.

Un año le llevó a Samuel arrebatarle al mar su último tesoro, compensando así el robo del centenar de muchachos que emigraron en aquel tiempo a la ciudad seducidos por los cantos de sirena de los astilleros. Recién amanecía sobre el islote del Tomillar, cuando una ráfaga de luz le obligó a virar el rumbo aproximándose a una gruta de difícil acceso oculta entre los arrecifes por la que nunca se había aventurado. Brillaban las aguas en aquella sima con una claridad siniestra y Samuel embocó la barca presintiendo que se acercaba al final de su búsqueda.

Depositó el saco sobre las baldosas del puerto con una delicadeza que nadie le había conocido. ¿Buena pesca hoy?, le preguntó una mujer levantando la romana. Samuel no respondió. Se limitó a asentir con la cabeza sin apartar la vista del bulto de tela que drenaba su humedad al calor de la piedra. Mandó llamar al cura con un muchachito que andaba por allí robando anzuelos y se sentó a esperarle en un noray liando un cigarrillo. Paris se presentó en el

puerto con las manos manchadas de cal y procedió a abrir el hatillo que Samuel señaló sin decir palabra. Las pupilas del cura se dilataron al contacto con aquel brillo nacarado, centro ya de un círculo de hombres y mujeres que observaban atónitos el galimatías que yacía enredado sobre la tela sin acertar a nombrarlo. Lo que está claro, dedujo Paris y Pascual le secundó, es que son dos, aunque no sé si de la misma especie. El griterío creció en vigor. Habría que tomar medidas, avisar al alcalde, separar aquel amasijo, clamaban. No podemos darle tierra tal y como está, sería un pecado, ¿verdad, padres? Los sacerdotes no supieron qué responder. Un labrador rico que presumía de ser el mayor benefactor de aquella parroquia tuvo la osadía de echar mano al saco dispuesto a cargar con él hasta el cementerio. La mano caliente de Samuel cayó sobre su hombro con firmeza. Déjalo donde está, le detuvo. Esto lo voy a llevar a casa de su dueña. Y se echó a andar cuesta arriba con el saco colgado de un hombro seguido de una procesión de curiosos en la que ni siquiera reparó. Él solo pensaba en ella, le temblaba el corazón al imaginarse traspasando el umbral vedado. Porque ahora, se repetía a cada paso, ya no podrían negarle la entrada.

Aurelia escuchó un rumor ascendente mientras engrasaba la bobina. Aquella torrentera se parecía demasiado al zureo de las palomas entre las tejas y eso la confundió en un primer momento, pero el murmullo creció y cuando abrió la puerta para espantar lo que suponía un rebaño de cabras descarriado, descubrió a la multitud que se congregaba ante su casa. Samuel la saludó con parquedad y le preguntó por Selva. Traigo algo que le pertenece, dijo. Sabía que Aurelia no abriría la cancela sin una prueba de la maravilla que escondían los pliegues de aquel saco, así que lo dejó caer suavemente a sus pies y desató con dedos lentos los nudos ya cedidos. De nuevo el sol tibio de aquella primavera iluminó el centenar de huesos hilados por las algas de lo que parecía el cuerpo de un hombre abrazado a algo sobre cuya naturaleza nadie alcanzaba acuerdo.

Dispusieron los restos en una sábana extendida sobre la mesa de la cocina a la espera de que Selva emitiese su juicio. Aurelia casi tuvo que arrastrarla hasta allí, asustada como estaba por el barrunto de la jauría humana que se concentraba alrededor de la tabla. Tienes que identificarlo, le susurraban bocas invisibles desde la penumbra. Dos hombres se apartaron y Selva se encontró cara a cara con un laberinto de huesos desperdigados. Al principio no comprendió el significado de la bóveda abierta de aquel cráneo en la que había anidado una estrella de mar con una punta quebrada. La concatenación de vértebras cubiertas de algas y polvo de crustáceo condujo su mirada hacia el horizonte limpio de los fémures; la rótula izquierda estallada, la derecha desaparecida, los metacarpianos roídos por los peces. Y todo

aquel engranaje mineral, marfil y verde, se entrelazaba hasta la calcificación con otro cuerpo más menudo y ambiguo; un segundo cráneo achatado y completo de cuyas cuencas brotaba un coral blanco. Clavícula estrecha y pulida, vértebras engarzadas a las de su compañero. Más allá del lugar que debió ocupar un vientre terso partía, descarnado, el raíl de la columna del que no surgían humanos fémures, sólidos o quebrados como manda natura, sino una prolongación disminuida, seccionada por unos huesecillos agudos semejantes a espinas que nacían a ambos lados del eje central componiendo algo muy semejante a la cola de un pez. Todas las miradas escrutaban el remate del engendro, pero Selva se había detenido en otro punto. Sus ojos revoloteaban alrededor de una mano, de la mano derecha de aquel primer cuerpo; un prodigio de orfebre compuesto por hermosas, hermosísimas falanges, falanginas, falangetas, capaces de hacer música, de ser música todas ellas al discurrir del aire por sus cárcavas. Y en aquella mano ceñida sobre cuerpo ajeno halló la señal inequívoca de que su hombre había vuelto a casa: el sexto dedo.

LA TEMPESTAD que aquel rosario de huesos trajo consigo azotó la aldea durante diez días durante los cuales los pescadores apenas faenaron y los labriegos hicieron jornada de reflexión. Identificados los restos mortales del Mulato, el misterio se multiplicaba. ¿Merecía aquel hombre recibir sagrada sepultura en su cementerio? ¿Había muerto por propia voluntad, empecinado en no revelar el origen de sus peces delirantes? Pero la gran pregunta, la duda que caldeaba todos los ánimos, era a qué se abrazaba el Mulato.

Don Servando enunció una teoría pseudocientífica por la que ciertos restos óseos de origen animal pueden fusionarse con otros de naturaleza humana por efecto del abigarramiento de los minerales, pero aquella columna perfectamente encabalgada sobre su falda de espinas no dejaba lugar a dudas. El cuerpo era uno, lo leyesen por donde lo leyesen. La pescadera más anciana afirmó que una vez llegó al mercado un atún de proporciones parecidas a aquella raspa, pero todos desecharon esa hipótesis. ¿Y el cráneo ovalado? ¿Y la delicadeza de los húmeros? Si tenía cabeza y brazos, no era pez.

Fue un niño el que la nombró por vez primera, elevando su voz chillona sobre el bosque de piernas que lo rodeaban. ¡Es una sirena! gritó. Todos callaron y en su silencio retumbó el bronce de las campanas tocando a concejo. El tema había adoptado un cariz moral, advirtió Paris, y debía ser estudiado con calma. Como Selva no permitió que nadie tocase el esqueleto del Mulato y este se hallaba fusionado con el otro cuerpo, un comité de autoridades hubo de reunirse en la cocina. Hacía tanto tiempo que Aurelia no recibía visitas que no sabía cómo proceder, y Merlina tuvo que ayudarla a

servir bandejas de pastas y licor y agua de té. Algunos muchachos pidieron refrescos, la bebida de moda en el café del puerto, pero Aurelia se encogió de hombros ante aquella palabra que solo le remitía al hielo del nevero.

Formaron la asamblea los dos curas, Juan Mazurca, la pescadera mayor, el presidente de la cofradía marinera y una mujer muy anciana, de ciento cinco años, a la que trajeron en volandas sentada en una silla por su valor inestimable como testigo de la historia local. Opinaron por turnos sobre la pertinencia de enterrar al Mulato. Algunos le guardaban un rencor enconado, pero la mayoría reconocieron que la visión de sus seres queridos había sido un bálsamo para su alma y agradecían la oportunidad que aquel hombre les había brindado. Sobre el lugar de su enterramiento la voz de Selva se impuso desde la sombra. Se quedará aquí, bajo la higuera, sentenció. Porque ahí está su hijo.

Nadie se atrevió a replicar lo que a todos pareció un acto de justicia. Al fin y al cabo, aquella era su viuda, aunque no hubiesen santificado su amor como era debido. Así sea, concedió Paris. Oficiaremos un ritual íntimo en la huerta y bendeciremos el árbol con agua de la pila bautismal. Todos estuvieron de acuerdo con la solución hallada al entierro del hombre, pero aún faltaba por dilucidar el espinoso tema del monstruo –como algunos nombraron a los restos no identificados–, y en este extremo se pronunció la mujer más anciana del pueblo. Esto que hay aquí es una sirena, que ya la buscaba Dionisio el farero hace años. Y mucho antes, cuando yo era apenas una criaja, unos marineros llegaron a la aldea contando la historia de una mujer cantora que se abrazaba coleteando al mascarón de su barco con la promesa de contarles las grandezas de la Humanidad. Los ahorcaron a todos por herejes y murieron asegurando que no había mentira en sus palabras y que aquella mujer tenía unos pechos dulces como membrillos.

Sea sirena, pez o mujer, no podemos dejar arrumbados estos restos, habló Juan Mazurca. Que los restauradores de la iglesia desliguen los huesos y ya veremos después qué hacemos con los de ella. La parroquia no me parece el mejor lugar para velarla ya que no tenemos clara su naturaleza. La pescadera mayor tomó la palabra. Si es una sirena y, por tanto, mitad pez, el mejor lugar para el velorio sería la mesa de mármol de la lonja, que es donde va a parar el pescado en esta aldea. Los asamblearios asintieron al más que razonable argumento y la reunión se disolvió con una última ronda de licor y la promesa de fidelidad a lo acordado. Salieron de la casa enredados en una sordina de murmullos acerca de la misteriosa naturaleza de aquella pareja, sin advertir que, en una esquina, Selva lloraba derrumbada sobre dos sacos de legumbres.

LOS DOS VELORIOS se iniciaron a un tiempo, si bien el de la sirena habría de prolongarse durante una semana más debido a la avalancha de visitantes llegados de la capital y de otros pueblos de la costa para los que Juan Mazurca fletó más de una docena de embarcaciones. Aquellas gentes vestidas al gusto de la ciudad, ropas de algodón estampadas con motivos florales y pantalones de cortes acampanados, ataviados con trajes dominicales de paño rudo los oriundos de las aldeas de la comarca, repeinados los más pequeños con aguas de colonia barata, las mejillas arreboladas por los vientos que asolan la costa; aquella masa curiosa que se apelotonó a las puertas de la lonja con un duro en la mano para pagar su entrada fue la primera forma de turismo que conoció la aldea. Fumaban tabaco de importación los capitalinos, mientras que los campesinos y pescadores aún liaban sus cigarros con las manos encallecidas por el roce de las maromas. Boinas y viseras amalgamadas en un tumulto que aspiraba a ser fila, al que las pescaderas ofertaban los boletos que los niños habían ilustrado con una sirena de senos puntiagudos rematados por el cálamo de la escribanía de don Servando. Guarden silencio que estamos en un velorio, gritaban las mujeres. Pero era imposible acallar a aquel enjambre que acudía a acariciar el misterio tantas veces descrito en las fábulas. Traspasaban expectantes la puerta de la lonja, algunos con escepticismo, casi todos con temor, y, ya inmersos en la penumbra sepulcral de la sala, se descubrían con reverencia ante la mesa de mármol de la subasta del pescado, limpia y repulida para la ocasión e iluminada por el ámbar de cuatro cirios, donde los restauradores habían dispuesto en riguroso orden anatómico el bellísimo rompecabezas que era el cuerpo de la sirena. Giraban los visitantes mudos de espanto y admiración alrededor del esqueleto y, si algún niño trataba de acariciar una vértebra o espina dorsal, todos le reconvenían con disgusto. Eso no se toca, chico, ¿no ves que es cosa sagrada? Porque aquel esqueleto no pertenecía al mundo de los mortales y su raspa finísima debía ser tan solo una camisa vieja abandonada a merced de las olas por las ninfas del mar, que ni nacen ni mueren ya que son permanentes. Así pontificaba Paris a la salida del velorio entre los grupos de aldeanos y turistas que bebían anís comentando los pormenores. No faltó quien dudase de la veracidad del hallazgo arguyendo que los aldeanos habían soldado hábilmente los huesos para crear aquella ilusión, pero pocos le prestaron oídos porque querían creer que aquello era posible, que al fin el mar respondía a la pregunta que los marineros le habían interpelado durante siglos. Samuel era requerido en todos los corrillos para que les relatase la aventura de su descubrimiento, que había tenido lugar en una cueva pequeña, escondida bajo un atolón de piedra que había hallado por casualidad cuando una claridad verde esmeralda le indicó

el camino. Hubo de lanzarse al mar con el peligro que eso entraña y braceando contracorriente logró penetrar en la oquedad con dos empellones enérgicos y allí los encontró, flotando en mitad del aire líquido de la covacha. Dos cuerpos fundidos en un abrazo infinito, girando sobre su eje sin llegar a tocar nunca el fondo como dos novios bailando en el día de su boda. A raíz de su relato un rumor prendió como la pólvora entre los aldeanos: los peces esmeralda eran fruto de aquella unión contra natura. El semen derramado del Mulato preñó a la sirena y de esa aberración nacieron aquellas crías capaces de conjurar el alma de los difuntos con tal nitidez que ni el cura de entonces se libró de la engañifa. Olvidad esos asuntos escabrosos, les conminaba Paris, ofuscado. No querréis lastimar a su pobre viuda. Pero Selva solo tenía ojos y oídos para su muerto. Allá arriba, sobre la robusta mesa de castaño sobre la que varias generaciones habían amasado el pan y perdido el conocimiento entre los velos del vino, reposaba otro cuerpo rodeado de los cirios que Aurelia había rescatado del fondo de las arcas. Nadie hacía cola para rendir homenaje a aquel difunto, que no tenía cola de pez sino inconclusas piernas de las que solo daban testimonio unos huesos verdeados por las algas. Sentada a los pies de la mesa, Aurelia rememoraba con nostalgia el tiempo de las alucinaciones. En la cabecera, Selva. Sobria, serena, triste. A ratos se levantaba de su asiento y acariciaba los huesos de su hombre, y lo hacía con tal devoción que Aurelia debía cerrar los ojos para no vulnerar su intimidad. Recorría Selva las varillas de paraguas a las que se reducía ahora la mano del Mulato, acercaba la cabeza a su caja torácica husmeando el remoto eco de un latido, el rebufo del aire aventando los pulmones o un vestigio de aquella felicidad sin nombre de escucharse el borboteo de los órganos después de hacer el amor.

Dos días más tarde lo enterraron bajo la higuera, junto al montículo bajo el que reposaba el cuerpo agostado del bebé. Solo cuatro personas acudieron al sepelio. Samuel cavó una fosa de poca profundidad, según le fue indicado, y Aurelia arrojó a la oquedad manojos de romero y malvavisco, hierbas buenas para elevar el alma. Fue Selva quien lo tomó en sus brazos y lo depositó en la tumba con la misma suavidad con que hubiera llevado al lecho a un niño dormido. Paris, enfundado en una túnica azul en honor a Krishna, pronunció un discurso en un idioma que nadie reconoció, pero que sonaba al brincar del agua entre los cantos pulidos de los regatos. Se quedaron de pie unos instantes con los ojos cerrados, escuchando el bramido del mar y del viento que lo provocaba, tal y como Paris les había sugerido. Aurelia fue la primera en abrirlos y eso le concedió el privilegio de contemplar la ceguera de los otros, aún sumidos en la meditación. Vio entonces el rostro lívido del cura y en él leyó la caligrafía del miedo.

Vio el coraje renacido de Samuel e intuyó en la distancia el aullido de sus venas. A su lado, el gesto pacífico de la diosa indígena que al fin enterraba su pasado. Y vio, iluminada por un relámpago interior, la enorme mano de Samuel resguardando en su palma el pez de la mano de Selva, mostrándole la viva estampa del futuro, los días que habrían de venir.

LA HORDA DE TURISTAS retrasó tanto el funeral de la sirena con su deseo de verla, de rozar subrepticiamente alguno de sus huesos, que a Juan Mazurca le rondó la idea de conservarla insepulta en una vitrina para solaz de vecinos y foráneos. Sería una fuente de ingresos permanente, pregonaba. Su fama se extendería por toda la comarca, incluso más allá. Dudaban los aldeanos sobre la oportunidad de aquel negocio del turismo sirénico cuando el mar rugió con fuerza inventando terroríficas series de olas de más de siete metros de altura que amenazaban con desbaratar la flota. Lo que nos va a traer es la ruina, denunciaron entonces los cofrades. El mar la reclama y es mejor obedecer, que en estos litigios tiene todas las de ganar. De nada sirvieron las proclamas del alcalde y sus intentos de aprobar por decreto la exposición pública del esqueleto. El pueblo temía más a los fondos abisales que a las represalias del poder político y a la mañana siguiente comenzaron los preparativos del funeral más multitudinario celebrado en la aldea.

Más de tres centenares de almas se reunieron aquella tarde a la entrada de la lonja portando cada una un cirio pascual que las pescaderas repartían a cambio de la voluntad. El hijo del carpintero le fabricó un ataúd a su medida que no excedía de ancho más de una brazada de mimbres y de largo apenas un metro y medio. Cuatro mujeres portaban el féretro, las cuatro esposas de marineros de estirpe; gentes para quienes el mar era sustento, si bien con dos hubiera sido suficiente dada la ligereza de aquellos huesos sin tuétano. Unos pasos por delante de los sacerdotes, Juan Mazurca encabezaba solemne la procesión flanqueado por Merlina y una fadista angoleña llegada desde Lisboa que entonaba un miserere al paso de la marcha fúnebre. Al enfilar la cuesta de la iglesia, la fadista tuvo la premonición de que la muerte le sobrevendría tres meses después a las puertas de una taberna de Alfama, desgajado su corazón por el rayo fulminante de un infarto. Cantó sin quiebra tratando de mantener la calma ya perdida por todos, pues era la comitiva un llanto inconsolable, sosteniendo el tono hasta llegar al borde de los acantilados, donde al fin se detuvieron. Las porteadoras cayeron entonces en la cuenta de que nadie les había dado instrucciones sobre el destino de los restos mortales de la sirena: la tierra o el océano. La voz de Samuel se alzó entonces como una torre vigía entre la multitud. Todos ratificaron su grito. El viento los ayudó en la tarea de

lanzar al mar el montón de huesos que las olas dispersaron en pos de los cuatro puntos cardinales a fin de que nadie, nunca, volviera a reunir las piezas de aquella incógnita.

DOS HUESOS FUERON ROBADOS, siendo su paradero secreto íntimo que las ladronas habrían de llevarse a la tumba. Aurelia arrancó sin esfuerzo el broche de la clavícula de la sirena aprovechando el momento en que guardianes y plañideras templaban la garganta con unos tragos de aguardiente. Corrió al cementerio, el corazón latiéndole en un puño, abrió la cancela e, intuyendo la tumba de Dionisio bajo la luz lechosa del cuarto creciente, enterró la reliquia en un agujero que excavó a la altura del corazón del farero. Aquí la tienes, musitó.

El segundo hueso habría de permanecer insepulto. Un deseo atávico empujó a Selva a rescatar algún resto del naufragio, y si algo cabía preservar de las ruinas de su amante era el sutil filamento que lo diferenciaba: el meñique de añadidura. La misma noche del entierro, cuando se hubo despedido de Paris con un abrazo y de Samuel con un beso ambiguo en la comisura de los labios, Selva manifestó su deseo de dormir en su vieja alcoba. En la esquina de siempre, el altar de tallas antropomorfas yacía cubierto de polvo. Desenvolvió el pañuelo de lino que contenía aquellas falanges que bien podrían haberse confundido con un coral robusto y las ocultó bajo los faldones de sus dioses lares. La luna iluminó los tesoros custodiados: la caja de lata que contenía las cartas del capitán Golondrina, un mechón apelmazado del cabello de su hijo y una bolita de jade, único testigo de su infancia cuyo significado –si es que alguna vez lo tuvo– había desterrado para siempre de su memoria.

CUANDO MESES MÁS TARDE, ya bien entrado el otoño, Samuel la visitó para pedirle la mano de Selva, Aurelia no se sorprendió. Cierto era que se habían guardado de ser vistos en público, pero desde el entierro del Mulato los paseos bajo la arboleda fueron una costumbre entre ellos. Cayeron las primeras hojas amarilleadas por el roce del viento del norte, recogieron la cosecha temprana de higos y calabazas, esparcieron los pellizos de castaña sobre los zarzos para que acabasen de secar. El otoño cumplía su oficio de paciencia sobre los campos, demorándose en una luz crepuscular que apagaba el verdor de la tierra.

Encontró a Aurelia sentada junto a la lumbre, partiendo avellanas sobre una piedra redonda que la madre utilizaba para majar la carne. Samuel puso a sus pies un atado de leña menuda, dos mantas de lana y una cántara de barro tapada con una madera. Vengo a pedir tu bendición. Selva y yo queremos casarnos antes de que lleguen las nieves. Y miró hacia lo alto de los farallones, donde el silbo helado del

viento anunciaba que no tardaría en detenerse el agua en los primeros copos. Si ella está de acuerdo, por mí podéis iros los dos al diablo, respondió Aurelia sin apartar los ojos de la lumbre. Samuel extendió las manos de buey hacia el fuego y por el rabillo del ojo Aurelia las contempló extasiada. Aquel hombre olía a mar, pero también a tierra, y había algo orgánico en ese aroma, una furia que le sugería lechos colmados de cencerros sacudiéndose en una interminable noche de bodas. Acercó después sus manos calientes a la cántara que colocó sobre el regazo de la mujer. Ella se esforzó en no mirarlo. Quería que se fuese, que se fuesen todos. La bestia hedionda le doblaba los pasos desde que nació. Al principio la había confundido con la raposa que arruinaba ganados enteros por el simple placer de matar. Escuchaba el crujido de sus pasos en invierno, hollando la nieve, y se decía: ya está aquí, ahora entrará por la ventana y me devorará de un solo bocado. Pero se quedaba fuera, haciendo guardia; ya llegará tu hora, parecía querer decir. A punto estuvo de allanar su casa cuando Valentín se fue, pero Selva la salvó in extremis y, cuando la muchacha huyó con el Mulato, la visión de su madre acudió al rescate. La había burlado durante décadas, pero aquí concluía el camino. Ahora ya peinaba canas, su vientre era parva seca, arrastraba unos pechos de ajados como vainas y no quedaba en sus ojos ni un atisbo de luz. El animal también habría envejecido y hasta era posible que se entendiesen, como dos viejos enemigos que apuntan semejanzas. Soledad, ya no te tengo miedo, porfiaba. Entra en casa y siéntate junto a la lumbre.

Samuel destapó la cántara y un brillo boreal deslumbró las paredes tiznadas de carbonilla. Te he traído un regalo más, anunció prolongando cada sílaba. Es algo que guardaba para ti desde hace tiempo. Y añadió: desde que encontré aquello. La mujer hizo un último esfuerzo por ahuyentar su mirada. Temía que Samuel leyese en el fondo de sus ojos el verdadero origen de sus desvelos, que de un manotazo brutal desnudase aquel amor a destiempo que ni ella misma se explicaba, pero la curiosidad ante el resplandor de musgo que emanaba la cántara pudo más que su vergüenza. Allí estaba, trazando círculos en el fondo de la vasija, y, sin embargo, aquel pez de barbas lacias cuya cola desplegaba una estela fosforescente parecía huido de un sueño. El rostro de Aurelia rejuveneció un instante iluminado por el agua verdosa de la cántara. Samuel le susurró que solo quedaba ese en la covacha, que lo encontró nadando solo alrededor de los esqueletos con tanto desánimo que casi se prestó a la captura. Parecía que estuviese esperando ese momento, dijo. Aurelia apretó el barro entre las manos. Allí dentro coleaba el último superviviente de una estirpe, el milagro cuya carne invitaba al reencuentro que tanto añoraba. Imbuida de una fuerza extraña buscó los ojos de Samuel, pero dentro solo halló el reflejo circular del pez esmeralda, primitivo y

desafiante.

SE CASARON en íntima ceremonia celebrada en la huerta el mismo día en que los curas inauguraron los frescos restaurados de la iglesia. Concluían así los anhelos de Samuel y también los de Pascual y su cuadrilla que, ya vestidos de limpio y con las maletas a punto, aguardaban emocionados el momento de la apertura al público de aquella pared andamiada durante más de un año.

Por orden expresa del párroco oficial Pascual debía oficiar la misa aquel domingo, ya que Paris se encontraba a esa hora en la huerta de los huérfanos oficiando los esponsales. Aconsejó a su colega que abriera la puerta temprano y permitiese que entrasen en el templo por orden de llegada. Los hombres se sientan detrás según es costumbre aquí y las mujeres y niños delante, pero en esta ocasión todos querrán hacerse un hueco en las primeras filas para ver bien las pinturas. Cuando estén dispuestos demórate aún cinco minutos antes de levantar el telón. Alguno te gritará, son impacientes como niños, pero no les hagas caso. Tienen que aprender a esperar.

Doblaron las campanas. Paris tomó una rama de la higuera que combó formando un aro que ciñó a la cabeza de Selva. La mujer sonrió y dos hileras de arrugas se perfilaron bajo sus ojos; hacía tanto tiempo que no reía que hubo de vencer cierta resistencia de los músculos al peso de la felicidad. Abrid puertas y ventanas al calor de la nieve y nunca será invierno en vuestra casa, sino eterno tiempo de cosecha. Paris hizo una pausa en su discurso para acariciar el mentón tembloroso de Selva, que oscilaba frente a él, a punto de echarse a llorar. Llega por fin la paz a esta huerta, añadió entrelazándoles las manos.

Los restauradores tensaron los extremos de la soga haciendo bailar el telón que cubría la pared y un murmullo expectante sacudió la bancada de la iglesia. Pascual se acercó al púlpito y desde allí comenzó a enumerar con orgullo los minuciosos trabajos llevados a cabo. Los frescos habían experimentado a lo largo de su historia diferentes repintes y toscos encalados que habían alterado sustancialmente su policromía original, explicó. Sufrieron también problemas de eflorescencias y migración de sales que derivaron en una estratificación de materiales, pero gracias a los cuidados de su equipo, que no había reparado en geles, pinceles y emulsiones, los colores originales habían recuperado casi, casi, el brillo que su creador les imprimió allá por el siglo XII. Y aquí –hizo una pausa teatral el sacerdote– me vais a permitir que os glose las maravillas del autor de estas pinturas, que no he visto cosa igual en toda la provincia ni alrededores.

¡Que la destapes ya, carajo!, gritó alguien desde las últimas filas.

No hubo anillos, ni arras, ni otras simbologías propias de una

liturgia canónica. Paris cantó para ellos un himno védico y dibujó símbolos propiciatorios en el aire conminándolos a fundirse en un abrazo. Arrellanada contra la mediana, Aurelia fue testigo de aquel amor tardío contra el que al fin, asumía, no cabía oposición alguna. Pensó en Valentín, para quien ella había soñado una descendencia sana nacida del vientre de aquella mujer, pero también reparó en sus propias ilusiones, reverdecidas al regreso de Samuel y cercenadas a un tiempo, y en la artimaña que habría de inventar para sofocar el fuego que su olor acre le prendía entre los muslos ahora que estaba casado con otra.

Los curas tiraron de la cuerda y la piel muerta del telón cayó a sus pies suscitando una exclamación unánime que reverberó contra las vidrieras. Pascual sonrió alzando los brazos a la bóveda en señal de agradecimiento. Más tarde comprendió que no era admiración sino estupor lo que avivaba aquellas gargantas poco dadas al dramatismo. Desde su altura de más de dos metros, la virgen indígena los observaba con los dedos corazón e índice de su mano derecha apuntando al cielo; en discordancia con la sagrada norma, ceñía el cuerpo del niño con el brazo izquierdo y su piel negra relucía bajo los tenues rayos de luz que se filtraban a través del rosetón posterior de la nave. Estaba desnudo aquel Cordero de Dios que ahora descubrían nunca había sido un diablo. Las viejas supersticiones que enloquecieron a las Damas de Negro –de cuyo clan únicamente sobrevivía una anciana que abrió los ojos con espanto– se desplomaron junto al telón de lino grueso que había ocultado la revelación última de aquellos frescos.

Besó Paris la frente de los novios y solicitó la conformidad de los difuntos cuyos restos alimentaban las raíces de la higuera. Ya sois uno, declaró complacido cuando percibió el beneplácito del más allá encarnado en una pareja de vencejos. Samuel besó a la novia y Aurelia se retiró discretamente a la sombra de su altillo. Le habían dicho que Selva se iría a vivir a casa de su marido pero que los lunes, si ella consentía, volvería para dormir al raso bajo la higuera. ¿No te importa que todas las semanas duerma con su anterior hombre?, le preguntó Aurelia a Samuel con un deje de maldad. Si de siete noches seis las pasa conmigo, no me importa darle al otro la limosna de un lunes, le respondió con sequedad. Y se la llevó en volandas, sin más equipaje que un camisón de lino. Quiso Selva despedirse de ella y regalarle su corona de reina de los bosques, pero la hilandera se encerró en el desván, hecha un gurruño entre el telar y la rueca. Solo cuando oyó el bronco ajuste de la puerta en el vano descendió los peldaños. Todo estaba en silencio. La lumbre apagada, las trébedes mudas, las ventanas declinando a la luz sin mieles previa al invierno; no había pan sobre la mesa, ni se escuchaba el canto de islas remotas en la

huerta. Caminó desfallecida hacia el granero sin atreverse a mirar la inmensa soledad que avanzaba como una sombra a sus espaldas. La bobina tampoco giraba. Hacía tiempo que su hermano no iba a ninguna parte, no jugaba con los niños –que ya serían unos adolescentes deseosos de escapar del tedio de la vida a plazos–, ni se entregaba a los juegos del amor. Se tumbó en el suelo, boca arriba, bajo la panza descomunal del carrete, sintiéndose muy lejos de cualquier orilla; lejos del zureo de las torcaces, del espejo mostaza del océano, del astracán que la nieve arrastraba desde las cumbres. Más lejos que nunca de los curas y del barrunto de los feligreses que, oprimidos los pechos por un violento *mea culpa*, admitían al fin que no era cornamenta de cabra lo que sobresalía entre los rizos de aquel inocente pintado al fresco en la pared, sino hojas de laurel, victoriosas y afiladas.

A JUAN MAZURCA le hubiera gustado ser recordado durante generaciones por inventar el turismo en la aldea y no por la anécdota azarosa de una frase, pero incluso cuando muchos años después de su muerte los niños practicaban puntería disparando balines de aire comprimido contra la placa que le conmemoraba, las palabras con las que comenzó el discurso inaugural de su obra cumbre aún resonaban en la memoria colectiva. «El futuro nos ha llegado por la espalda», pronunció aquella mañana del mes de julio más caluroso que se recordaba, sudando en el interior de un traje de raya diplomática confeccionado en la mejor sastrería de la ciudad. La frase prendió en el decir popular y, desde entonces, cuando alguien hablaba de la suerte todos le recordaban que a aquella aldea llegaba por donde nadie la esperaba, es decir, por sorpresa y a traición.

Mucho antes de aquella jornada que habría de perdurar en el recuerdo de todos los presentes, Mazurca ya acariciaba la idea de ubicar a su aldea en los mapas del turismo, de contagiar su ambición a aquellas gentes del mar y de la tierra para que abriesen las manos a una fuente de ingresos que se adivinaba más que sustanciosa. El funeral de la sirena fue el pretexto ideal para comenzar su campaña ya que, una vez arrojada al mar la ninfa marina, continuó el asedio de barcazas de forasteros pertrechados con cámaras fotográficas, viseras de algodón y gafas de vidrio oscuro al reclamo de la recién creada «Ruta de la Sirena y otras maravillas». En el puerto los recibían dos muchachos jóvenes, hijos y nietos de pescadores que se resistían a emigrar a la capital, a quienes Mazurca había aleccionado en el arte de la oratoria. Señores y señoras, bienvenidos a la aldea que vio morir a la más bella sirena. No pierdan el mar de vista porque quién sabe si no saltará una sobre las olas en cualquier momento, les esperanzaban. Recorrían el perímetro de la aldea haciendo parada en los hitos de la breve historia de la sirena, a la que el alcalde había añadido algunos

capítulos de su propia cosecha que encandilaban a los más crédulos, como que Samuel, prendado de la mujer pez, a punto estuvo de morir ahogado en sus brazos o que los huesos emitían una fosforescencia tan intensa que habían cegado a la mujer más anciana del pueblo. Engranaban aquel fabuloso relato con las «otras maravillas» que la aldea ofrecía: los frescos de la iglesia con su Virgen de África y su niño Jesús salvaje, que en otro tiempo condujo a tal confusión que un bebé fue envenenado por su culpa, y el hilo kilométrico de los huérfanos, unidos durante más de treinta años por un cordel de lana que desembocaba en el río de la Plata.

Al final de la jornada los turistas, complacidos por lo genuino de la experiencia, pagaban su entrada más una pequeña propina para los muchachos, que les mostraban solícitos el camino al Café del Puerto, donde podían refrescarse con un tónico si era verano o entrar en calor bebiendo un cacao con nata si apretaba el frío. La clientela selecta del establecimiento se disolvió paulatinamente en aquella marabunta sin modales, aquella vociferante masa que arrojaba mondadientes al suelo y ordenaba rondas de mosto con sifón para los niños y vino con gaseosa para los caballeros mientras las señoras se abanicaban la entrepierna desparramadas sobre las mismas butacas en las que en otra época celebraba la aldea su parnaso. Aquella multitud sudorosa no era proclive al dispendio y con el tiempo no fue raro encontrarse a grupos de jóvenes de camisas a cuadros y media melena improvisando meriendas sobre los adoquines del puerto. Llegaban provistos de botas de vino fresco y cestas de viandas que racionaban entre todos. Se ganaban la simpatía de los aldeanos de a pie, los desocupados que se acercaban a saludar y eran convidados a sentarse al mantel que lucía el estampado alegre de las camisas. Al poco alguno de estos jóvenes sacaba una guitarra y cantaba un estribillo que nadie conocía en esa aldea pero que el grupo coreaba con entusiasmo, sirviéndoles un pedazo de longaniza envuelto en pan o un cuarto de cecina.

Y entre tanto bullicio diurno la aldea tardó en apreciar que sus noches eran cada vez más silenciosas. Apenas quedaban jóvenes en las flotillas de pesca y hacía tiempo que no se escuchaba la risa ahogada de las muchachas en el lavadero. La escuela se vio diezmada hasta tal punto que don Servando anticipó su jubilación temiendo que en cualquier momento le cesasen por fuerza mayor. Se fue sin pena ni gloria un sábado por la mañana en la barca del correo y, aunque lo anunció durante semanas, solo Paris acudió al puerto a despedirle. Tenía una hermana acomodada en un pueblo cercano a la capital que ofrecía una media pensión que le venía muy a cuento. Me voy por la puerta de atrás, don Paris, ya ve qué ingrata es la gente. Pero la culpa es mía por dedicarme toda la vida a amansar a esas fieras a las que nunca he querido. Mi vocación era de cura, no de maestro, lloriqueaba secándose los ojos con un pañuelo sucio que escondía en la manga. Paris le consolaba diciéndole que ya solo vivían ancianos en la aldea. Se va usted a tiempo, don Servando, si esto sigue así dentro de unos años solo quedarán las almas del cementerio y un montón de turistas. Y lloraba don Servando porque hasta eso iba a echar de menos, decía, hasta a los muertos. Mazurca no se acordó de despedirle, ni de organizar el homenaje que el anciano maestro demandaba desde hacía años. Su mente orbitaba únicamente en torno al gran proyecto que diariamente negociaba en la capital. Si este hombre hubiera vivido en los tiempos de la Roma clásica hubiese sido digno sucesor de Nerón, comentaba Paris con ironía. Los aldeanos reían sin entender ni una palabra del símil, pero intuyendo que el señor cura quería decir que el cojo era un mandamás y un petulante. Eso sí, añadía pensativo, posee ambición, que es lo que mueve el mundo. Y como un niño recién salido del catecismo le preguntase si no era el amor esa fuerza motriz, Paris le acariciaba la cabecita rubia y le decía que sí, que estaba bromeando, y contemplaba el deambular ciego de la legión de técnicos recién llegados de la ciudad, armados con trípodes y medidores que desplazaban de una punta a otra del puerto anotando cifras en un cuaderno. Mazurca les seguía el rastro ansioso por recibir lo suyo: una firma, un sello, un plazo acotado. Vislumbraba el triunfo de su gran proyecto y, sin embargo, ni el intenso sabor de esa victoria podía compararse al de lograr su otra querencia, que no dependía de su esfuerzo ni de sus méritos; ni siquiera de las vasijas de oro que custodiaba con celo en el altillo de su casa emulando a Juan Arriero en el recuento sus bienes. Su deseo dependía únicamente de la terca voluntad de una mujer llamada Iria, la dama ausente que se había empeñado en no amarle durante toda una vida.

¡Don Servando! –gritó Paris, a punto de zarpar la barquichuela–. Su vida no ha sido en balde, aquí le recordaremos. El maestro sonrió sin fe entre las sacas atiborradas de cartas, ajustándose al caballete de la

nariz unas gafas reparadas con alambre.

NUNCA SUPO SELVA de los frescos de aquella iglesia cuyo pórtico no habría de traspasar jamás, ni llegó a comprender la causa de su desgracia, que atribuyó a la pura maldad de las gentes de la aldea. Desde que Samuel le abriera las puertas de su casa –revocada y olorosa a jabón y a búcaros de verbena, una colcha limpia en cada cama y almohadones bordados con rosas de ganchillo–, la mujer se sumergió en un cenote de aguas mansas creado especialmente para su descanso. Su marido espantaba los rumores calle abajo con el gesto enérgico de quien ahuyenta a las moscas. Él se hizo cargo de la compra diaria en el mercado, de los quehaceres cotidianos de la casa, de los deberes del alma y del cuerpo, celando a Selva de un modo salvaje y enamorado que, contra todo pronóstico, no parecía perturbarla. Dedicó aquel tiempo de paz a restañar sus heridas más antiguas, un proceso laborioso dirigido por Paris que solo interrumpía los lunes por la noche para acudir a su cita bajo la higuera de Aurelia. Aquellas visitas que al principio resultaban incómodas para las dos, sin saber qué decirse ni cómo actuar ahora que ya no vivían juntas, con el tiempo se convirtieron en un ritual feliz que convertía el caserón en un hogar donde las dos cenaban de nuevo sentadas a la mesa como si el tiempo no hubiese transcurrido. Todo ha vuelto a ser como al principio, sonreía Selva. ¿Recuerdas? Cuando yo cocinaba para ti y tú hilabas sin parar. Aurelia le respondía con otra sonrisa más ajada. Hacía tiempo que había echado el cierre al telar por falta de clientes y la rueca solo giraba para hilar los vellones de lana de oveja y últimamente ni eso, porque Valentín solo se movía de un lado a otro de su departamento y de lejos se notaba que estaba aquejado de algún mal. Fregaba después Aurelia los platos de la cena mientras Selva disponía una manta bajo el árbol; invocaba a sus dioses, acariciaba el terrado y se tumbaba replegada sobre sí misma en actitud de ofrenda. Finalmente, dormía.

Esto sucedía los lunes, pero el resto de la semana la soledad hinchaba las vigas de la casa. Aurelia se afanaba en inventar mil tareas domésticas con las que evadir la visita de aquel voluminoso monstruo gris que se sentaba a su lado sin pedir permiso. Una tarde, después de pasar varias horas sentada en la cocina con la mirada perdida en las manchas de hollín de la pared, se puso en pie súbitamente, movida por algún resorte vital e inesperado, y tomó de la alacena el paquete blanco aún sin abrir. Cortó las cuerdas de una en una con el cuchillo de limpiar pescado y se sentó ante un tomo de piel oscura repujado con motivos florales en sus cuatro esquinas, oloroso a cuero y a yerba mate. Comprobó que era grueso y que sus páginas habían sido cosidas a mano en resmas de papel de buen gramaje. Al darle la vuelta, las letras estampadas en oro la deslumbraron con su

caligrafía fileteada. *Historia de un naufragio*, leyó.

Desgajó la primera página. La ráfaga cobriza de una fotografía le iluminó el rostro y la mujer hundió los dedos en la imagen hasta casi rozar el polvo suspendido en la luz de aquella mañana primaveral de 1940 en Puerto Madero, Buenos Aires. Dos muchachos de apenas dieciséis años, barba incipiente y sonrisa nerviosa, esperan que la señal del fotógrafo ponga de nuevo el mundo en movimiento. Visten aparentes trajes de lino, corbatas oscuras a juego con la banda del sombrero panamá, todo encargado a un sastre de segunda con el orgullo de la primera paga. El de la izquierda luce piel blanca, ojos de cuco y unas manos aún por destrozar en los rieles de la imprenta que lo atrapará de por vida; el otro es azúcar tostada, pelo crespo, espaldas anchas barridas por el eco de los látigos de la plantación. Dos adolescentes, la mano del más pálido apoyada en el hombro del otro en señal de camaradería, con un fondo de buques por cuyas pasarelas desfila una multitud hambrienta de futuro. Ellos ya han olvidado la náusea inacabable de la travesía, el vértigo nocturno en sus camarotes de tercera, el miedo; y, como les desborda la ilusión, no han dudado en pagar las dos monedas que el fotógrafo cobra por un retrato. ¿Desean dos fotografías individuales, caballeros? Mejor una para los dos, que somos como hermanos. Y sonríen con franqueza ladeándose el sombrero como hacen los hombres de mundo que han conocido en los barcos. Aún no saben si los tratará con suavidad, pero tienen la vida por delante y aquí está, resumida en poco más de cien páginas.

AQUEL DÍA MAZURCA bebió más de la cuenta. Todo empezó con un brindis por el contrato que habría de sacudir los cimientos de la aldea. Ebrio como estaba, invitó a los presentes a varias rondas de licor y más tarde a pastas con anís y bizcocho de castaña. Sin medir la distancia entre sus pasos y aún menos su destino, decidió que había llegado el momento de saldar cuentas pendientes. Las pulgas me están sorbiendo la sangre, farfulló dando tumbos de camino a aquella casa. Subió las escaleras apoyándose con las manos en los peldaños; al penetrar en la sala de estar, el óleo de los padres de Iria le recibió enmarcado en un lodazal de flores. Al fondo, entre un aparador de madera noble y una mesita estilo Luis XV, la puerta entornada del dormitorio de la mujer adelantaba un cuarto en penumbra. La llamó por su nombre, pero el silencio era demasiado denso allá dentro, así que decidió dar dos pasos hacia la oscuridad y empujar la puerta. Sudaba Mazurca dentro de su camisa y hubo de arrimarse a una jamba para no desmayarse allí mismo, porque aquella forma que se adivinaba entre los pliegues de una sábana, distraída en la contemplación de la mancha de humedad que coronaba el techo; aquel cabello enmarañado, la postura lánguida de brazos descolgados a ambos lados del colchón; toda aquella ausencia era Iria y él llevaba

media vida esperando ese momento, soñando con una puerta entreabierta tras la cual ella durmiese, tal y como ahora sucedía.

Su abrupta irrupción en la casa, desbaratando de un manotazo torpe el jarroncillo de siemprevivas del aparador, no logró quebrantar la plácida insensibilidad que la dominaba. Mazurca se desplomó sobre un sillón de tafetán verde sin apartar la vista de aquella mujer ensimismada. Eres tan bella, pensó con los ojos hinchados por las lágrimas. Pasó por alto los pliegues de sus cuencas y la flacidez de los muslos apenas insinuada entre las sábanas porque el verdor rasgado de sus ojos le había hipnotizado una vez más. Perdóname, habló con un hilo de voz. Desde que te fuiste de mi casa no he dejado de sufrir por lo que hice.

Sin mudar ni un ápice su postura para descubrir el origen de la voz que tan bien recordaba, Iria respondió en un susurro que nada importaba ya. Todo está tan lejos, suspiró. Sus palabras sonaban a viento de rendija, y ese soplo fue suficiente para desbaratar el pequeño monto de calma que Mazurca había reunido para llegar hasta allí.

¿Por qué nunca me has querido?

Se arrepintió al instante de su atrevimiento, de la pierna ridícula chapada en oro, de su calvicie irreparable, de su desaliño. Iria se giró en la cama con un asomo de sorpresa y a Juan Mazurca un tumbo de sangre le golpeó la nuca. No puedo responderte a eso, contestó muy despacio. Y después, como pesando sus palabras en una balanza, añadió: nadie gobierna al amor.

Juan Mazurca sintió un deseo irreprimible de echarse a llorar, de salir de aquel cuarto infectado de violetas y rodar escaleras abajo hasta llegar al puerto. Una vez allí me tiraré al mar y que la vida decida. Pero no lo hizo. Se quedó clavado al sotobosque de la silla rebuscando entre sus ruinas alguna frase que zanjase de una vez por todas el dolor. Ayúdame a olvidarte, le rogó desesperado. Iria cerró los ojos. Vete, susurró. Ella está a punto de llegar. Pero él debió quedarse dormido porque lo siguiente que vio al parpadear fue el rostro de su mujer contraído por el llanto.

ARRECIARON LAS PREGUNTAS, pero esta vez no era él quien las formulaba. Saltaban ágiles al menor golpe de cuchara salpicándole las mejillas con una ráfaga de fuego. ¿Por qué te casaste conmigo?, sollozaba Merlina desde el otro lado de la mesa. ¿Por qué lo hiciste si la tenías a ella metida en la mollera?, insistía. Mazurca sorbía la sopa sin saber qué responder, concentrado únicamente en mantener el ritmo pausado de los ganados al abrevar, avergonzado, y Merlina interpretaba su silencio como una arrogancia más que la enervaba, haciéndole cortar el pan como un verdugo. Un rato después, cuando la criada sirvió los postres sin atreverse a preguntarles si deseaban tomar

café, Mazurca respondió que nadie gobernaba al amor y estas palabras avivaron aún más el caos desatado en el pecho de Merlina, que le echó del comedor gritando que era un mal hombre y que maldita la hora en la que ella había pensado que podía redimirle. Ahora estamos atrapados en este infierno tuyo, clamaba más lúcida que nunca, en una casa de ricos que no nos pertenece. No debimos quedarnos con el oro del altillo, nos ha traído mala suerte. Solo de pobres fuimos felices. Continuó imprecándole en el dormitorio mientras él se desnudaba, callado. Esta vez Merlina no le ayudó a desatarse la pierna. El precio de tanta riqueza es esta vida triste que llevamos, le dijo, y rompió a llorar desesperadamente, apoyada en el borlón de madera de la cama. Él la miró con lástima. Le dolía su pena. Quería abrazarla, decirle que era la mujer de su vida y hacerle el amor como antes, a plena luz del día, pero la duda era una grieta demasiado evidente para cruzarla de un solo paso y Juan Mazurca no era un hombre valiente.

La guerra continuó librándose a sí misma en todas las estancias de la casa. Su onda expansiva le alcanzaba por la mañana mientras afeitaba un rostro embadurnado de espuma que le repugnaba. Me has engañado toda la vida y lo peor es que también te has mentido a ti mismo, retumbaba la voz de Merlina en la lejanía. Tampoco hallaba descanso en el trajín de los negocios porque el eco del reproche se repetía horas después, disuelto en los posos del café. ¿Se encuentra bien, señor alcalde? Sí, gracias, solo es una jaqueca, respondía desalentado. Ha estallado, pensaba. La paciencia de mi mujer se ha roto para siempre. No había confidente para él en la aldea; estaba solo desde que la Generala se borró de su vida eligiendo a aquella mujerzuela y a punto estuvo varias veces de acudir a la iglesia con el rabo entre las piernas, pero, en el último momento, Mazurca giraba su único tobillo y se alejaba calle abajo sin responder al saludo de Paris.

Se volcó más que nunca en su empresa y, si concertaba una cita en alguna oficina pública, procuraba que fuera a última hora para eludir la pálida tentación de la barcaza del mediodía. Pasaba las horas lejos de una casa donde las bombas caían en racimo desde que atravesaba el dintel de la puerta. Merlina lo esperaba sentada en la mecedora del salón, asomada a la ventana en busca de algún indicio de su regreso, odiándose por aquella necesidad imperiosa de saber de un marido que la humillaba. De nada le servía que él le asegurase que no era para tanto, que solo fue a casa de Iria a interesarse por su salud; de sobra sabía ella lo que sus borracheras tristes significaban. Y, sin embargo, a pesar del desconsuelo de saberse engañada, de haber construido una vida alrededor de un hombre que no la quería, que le daba la espalda en la cama hasta cuando las sábanas eran láminas de hielo; a pesar del ruido y la mentira y de aquella furia que a ratos la poseía por no

haber obtenido nada más que las migajas, Merlina no dejó ni un solo día de visitar a Iria. Porque no era ella la culpable de su ruina sino únicamente ellos dos, que habían dilapidado su amor en terreno baldío, con la vista siempre puesta en un lugar imaginario e inalcanzable. Tal vez ella misma, pensaba, había contribuido al desastre con la terquedad de su ceguera. Le había amado con el mismo tesón con el que Iria le rechazaba y no eran esas maneras de querer, sin contar para nada con el otro, le confesaba acercándole a la boca una cucharada de legumbres. E Iria recobraba el aliento y negaba con la cabeza. No lo son, parecía decir.

UN BILLETE DE TRANVÍA y un recorte de periódico amarilleado por las esquinas: «Los trabajadores de la imprenta Ibarra celebran la festividad de su patrón» anuncia el título al que sigue una instantánea borrosa donde más de cincuenta rostros posan para la posteridad, gomina en el pelo y zapatos recién lustrados por los limpiabotas de la calle Corrientes, que no salen en la fotografía, qué fastidio, con el brillo abetunado tan hermoso que deben tener. En la siguiente página surge replegado el programa de una sesión doble de tango y teatro. Letras de Corsini y Blomber, la gran oportunidad de escuchar la voz de oro de Carlitos, un puñado de pesos por una actuación histórica, reza la octavilla. En una servilleta Valentín ha dibujado a carboncillo el perfil de una mujer con cejas a la moda egipcia y boca en arco, tocada con un sombrero de plumas de faisán. En otro tarjetón manchado de vino su hermano ha escrito con letras desmañadas:

Es el santo de la Parda

y en casa se ha congregao

la gente más lunfarda

y el linaje más mentao

De pronto el silencio agita el ruido de un entrevero

Hay una mujer que grita

y hay un hombre pendenciero

que con fiereza inaudita

ha desnudado su acero

Calla sus notas la orquesta

Apaga la luz su brillo.

Y solo se oye en la fiesta

esa música siniestra

del chocar de los cuchillos

Valentín sonríe en sepia junto a las vendedoras del mercado, dos canastos colgados del brazo de los que asoman verduras frescas y cuellos de gallinas. En otra más pequeña, Samuel y él ríen apoyados en la baranda de un conventillo donde una recua de niños muy morenos se arremolina en torno a una bicicleta. Aquí está más hombre, piensa Aurelia, con la camisa arremangada como padre en sus buenos tiempos. Le ha crecido una barbita rala y Samuel posa con gesto jovial enfundado en su chaleco. Da gusto verlos así, tan felices, aunque se nota a la legua que también andan ligeros los bolsillos.

Las páginas impares contienen fotografías y las pares son un mosaico de eventos, partituras, dibujos, etiquetas de vinos mendocinos con los que el hermano debió brindar por algún feliz suceso. Los dedos de Aurelia palpan esa pléyade de recuerdos ordenados cronológicamente. Se ha comprado una lupa en el colmado por dos pesetas y su ojo derecho crece tras el vidrio aumentando su ansia de conocimiento. Quiere saberlo todo, hasta la última minucia digna de ser olvidada: las rayas cruzadas de una corbata, la firma del papel que Valentín sostiene entre dos dedos en la fotografía tomada en el taller de la imprenta, la fatiga de sus ojos de cuco al mando de la componedora. Y qué bella la imagen ligeramente movida de su primera actuación en una milonga del barrio de Mataderos, cómo se nota que ya es mayor de edad, menudo plante. La pierna derecha adelantada con empaque, los brazos tensos, el gesto canalla subrayando el paso y una pierna en la retaguardia a la que se enreda, sinuosa, la de la bailarina con su media de rejilla y tacón agudo. Y en todas las imágenes, absolutamente en todas, encuentra Aurelia el objeto último de su búsqueda. Atado a su muñeca izquierda, casi siempre en un segundo plano apenas perceptible, una tímida línea de lana cae desde la altura de su brazo para perderse en los confines del papel fotográfico.

Era tal el ruido que casi no se podía conversar en la aldea. Comenzó una mañana siendo un llanto débil que los labradores achacaron a una cabra descarriada. No era raro en aquel tiempo encontrar animales vagando por el monte, cerradas las puertas de la casa a la que habían pertenecido por el travesaño de la emigración. Una nube de gallinas picoteaba sin ton ni son los desperdicios del mercado a la espera de que algún alma caritativa les abriese la puerta de su cuadra y les echase un puñado de maíz. Perros, cabras, terneros recién destetados... Todos sufrieron el mismo desahucio. Sus dueños trataban de venderlos en lotes antes de irse, pero el precio que les

ofrecían era tan bajo que preferían soltar a los animales a su libre albedrío antes que malvenderlos a sus vecinos.

El bramido creció en el aire y su lance reverberó en la bahía. Parece venir de la montaña, apuntó uno de los pocos pastores que aún ejercían su oficio, pero nada encontraron en el ribazo que unía el caserío con los bosques quienes subieron en busca del animal que así berraba. Tan solo hallaron a Paris sentado bajo el cerezo de siempre. Buen día, les dijo. Mentía. Aquel no era un buen día como tampoco lo habrían de ser los sucesivos ni lo habían sido sus antecesores. Echaba de menos a don Paco, sus encuentros casuales por aquellos pagos, la charla distendida y sabia del anciano. Contemplaba la estampa reverdecida del cerezo que tantas veces les brindó su sombra y no podía sacarse de la cabeza la frase que alguna vez leyó en un libro: «esa insolencia con que los árboles nos sobreviven». Don Paco bajo tierra y el cerezo impertérrito, ofreciendo refugio a quien quisiera tomarlo. Ahora era él, mañana Dios diría. Y Dios tampoco le servía de ayuda en estas lides porque su fe siempre había sido un animal enclenque hasta que vio la luz en las orillas del Ganges. La misión cambió de signo cuando escuchó los predicamentos de los santones sobre la teoría monista, la transmigración de las almas, la vida como flujo interminable. Mudó entonces la sotana negra por la túnica blanca, los almuerzos carnívoros por los vegetales y la actitud amenazante del viejo testamento por la plácida comodidad del que se sabe poseedor de una eternidad para purgar sus vicios. Pero alguna mala lengua de la congregación hizo saltar la liebre acerca de sus devaneos con el hinduismo y eso le valió la repatriación forzosa por mandato del obispo. No queremos manzanas podridas en nuestro cesto, dictaminaron ya de regreso en un despacho umbrío. Volverás a empezar en alguna parroquia remota donde no causes escándalo. Y allí fue a parar, a la aldea perdida de las viejas leyendas de marineros, el más feliz de los destierros, porque Paris decidió afrontar el castigo como una oportunidad para transmitir su nueva fe de manera soterrada. Poseía conocimientos de medicina ayurvédica y en la aldea también esperaban que alguien se hiciese cargo de la salud de los enfermos, así que le recibieron como a un enviado del cielo. Es un ángel, decían. Él sonreía. Olvidaos de la culpa y del rencor, haced el bien para aseguraros de que vuestra alma reencarnará favorablemente. Nadie le llevaba la contraria, nadie alzaba la voz para gritar «¡herejía!». Los aldeanos eran un hermoso rebaño de rumiantes, manso y atolondrado, y aquellos caminos desnivelados que morían en el mar facilitaban su tarea de pastor de almas, pero desde la trágica muerte del médico presentía que su tiempo allí se había consumido. Añoraba las ceremonias de Benarés, su poética negra y colorida; los Himalayas, el roce de los saris, el revuelo de niños colgándose de su túnica al salir

de la escuela rural y aquel aroma a estiércol mezclándose con los perfumes sagrados que eran las calles de Delhi.

El rugido estentóreo se expandió por la arboleda. Parecía venir de todas partes y de ninguna en concreto. Paris inspiró la brisa marina, tratando de concentrarse en la meditación. Las ondas del trueno le devolvieron a la fastidiosa realidad de la mañana. ¿Será un oso?, oyó que gritaban.

HUBIERA DISFRUTADO mucho más del desconcierto de los aldeanos de no ser porque vivía sumido en un infierno. Merlina vagaba como una sombra por la casa, cenaba sola en el cuarto de invitados, y si se lo cruzaba por los pasillos volvía la cabeza hacia otro lado para ocultarle unos ojos enrojecidos por el llanto. Pero ni el caos cotidiano había mitigado el sufrimiento, ya cronificado, de aquel amor. Volvió a rondar su casa de madrugada e Iria, que comenzaba a dar señales de mejoría, le contemplaba con lástima desde la ventana de su alcoba. Vuelve a tu casa, Juan, aún estás a tiempo. Él negaba con la cabeza. Estoy enfermo, sollozaba, y tú eres mi mal. Iria corría los visillos y volvía a la cama porque sabía bien que no había palabras que sanasen aquella dolencia. Se tumbaba entonces con el retrato de Teresa Valero apretado contra el pecho y esperaba pacientemente a que el sueño la venciese para volver a los brazos de la maestra, que reaparecía radiante y etérea sentada a los pies de una cama deshecha. Solo nos queda este reducto, le decía Iria entre lágrimas. Teresa Valero sujetaba su rostro dirigiéndole la misma mirada de amor y reprobación de tantas otras noches. Olvídate de mí, le rogaba. ¿No ves que estoy muerta? Esto solo es un sueño. Pero Iria no quería soltar el fierro de aquel dolor como tampoco Mazurca ansiaba otra felicidad distinta del sufrimiento de los balcones cerrados de madrugada. Déjame besarte una vez más, la última, le suplicaba. Teresa Valero concedía.

¡Ábreme la puerta!, gritaba el alcalde desde la calle. Pero Iria estaba lejos, demasiado lejos para escuchar sus cuitas. Los brazos de niebla de Teresa Valero se cernían a esas horas sobre su cintura, arrebatándola de aquella realidad que ahogaba las cosechas y caía, implacable, sobre Juan Mazurca.

LA CANCIÓN DE MERLINA se filtraba entre la lluvia: maldito oro, si no hubiera sido por él nos habríamos ido a la capital a empezar de nuevo y no la habrías vuelto a ver.

El vientre de las vasijas aún palpitaba en el altillo, pero su prosperidad no aliviaba la tristeza de la casa como tampoco lo hacía el rugido de las máquinas que él mismo había contratado en la ciudad, iniciando así la que habría de ser su obra más perdurable en aquella tierra. Aunque ese triunfo tan largamente perseguido no fue capaz de atenuar el gran fracaso de su vida. Ha vuelto y no es mía, repetía

entre lágrimas en las cantinas de la ciudad, porque en el Café del Puerto, por orden de Merlina, hacía tiempo que las posaderas ya no le servían ni un dedo de alcohol. Si sigue así habrá que mandar recado a las autoridades, pregonaba en voz baja el alguacil.

El rumor mecánico que asolaba la aldea no interrumpió la vida de Aurelia, cuyo cauce siguió repartiéndose entre las tareas domésticas, los almuerzos frugales una vez al día –que los lunes sustituía por la cena con Selva– y una labor de mantenimiento de la bobina ya casi innecesaria. Había cargado el último ovillo hacía un mes y el hilo apenas había corrido unos centímetros. En invierno limpiaba de nieve el camino al granero donde, extrañamente, siempre hacía calor por esas fechas. Será por el verano austral, dedujo.

Las horas se le iban estudiando el libro de Valentín. Tembló de emoción al desvelar el rostro de su mujer en la foto de bodas. Es tan bella e inteligente como madre, pensó con satisfacción. Lloró en el bautizo de los pequeños: primero en el de la niña, que sin duda había salido a su familia, blanca e intensa como una almendra; cinco páginas más allá, en el del muchacho, celebrado en la iglesia del pueblo de Alcorta según apuntaba la inscripción que halló bajo la estampa bucólica de una fiesta de campo. Valentín sostenía al pequeño en el centro de la imagen, rodeado de un grupo de amigos y familiares de su esposa, y aunque sus labios sonreían, Aurelia descubrió acercando la lupa a sus ojos un ahogo que desmentía cualquier pantomima. Aquí empezó su añoranza, señaló la mancha gris del rostro de su hermano.

A sus pies, el agua de la vasija temblaba a intervalos, sacudida por la vibración que el trueno aquel imprimía en las rocas. Aurelia levantaba la tapa de madera y arrojaba dentro un puñado de lombrices que el pez esmeralda comía sin apetito, con su barba de sabio y su vientre menguado por el cautiverio. Te guardo para el día en que me vuelva loca de remate, le decía en voz alta, e introducía un dedo en el agua solo por el placer de observar cómo su piel se teñía de un verde de ultratumba. Cada dos semanas bajaba al puerto para llenar un cántaro de agua de mar que luego volcaba en la vasija. Si alguien le preguntaba, contestaba esquiva que tenía sabañones y que Paris le había dicho que el agua salada era buena para ablandarlos. Por la noche se acercaba a la bobina y acariciaba el hilo. Su hermano estaba enfermo, ya no se movía de la cama; podía sentir el cansancio de su circulación sanguínea. Valentín, Valentín, por qué has envejecido. Contemplaba su imagen desvalida en una de las últimas instantáneas del álbum, sentado en un banco de la Plaza de Mayo junto a un grupo de niños y palomas. En aquel punto de la historia Samuel había desaparecido de las fotografías como también lo había hecho de la vida de Aurelia. Si algo sabía de él era gracias a Selva, que

ahora llegaba a la casa disfrazada de Esperanza porque, según le había confesado, a Samuel le alegraba verla vestida con los trajes de su difunta madre. Aurelia sorbía la sopa. Pobre mujer, pensaba. Nos hemos pasado la vida disfrazándola de otra persona. Selva le sonreía ajena a aquellos razonamientos y le comentaba sirviéndose un cucharón de caldo que Samuel era un hombre bueno, el más bueno que había conocido, pero que siempre parecía triste. Creo que perdió a una mujer cuando era joven, comentó hipnotizada por el brillo de las velas en la loza. Aurelia se encogió de hombros. A estas alturas todos hemos perdido algo, repuso.

El secreto no tardó en desvelarse y la reacción fue diversa. Hubo quien consideró que aquello era un asalto y que el alcalde debería haber sometido a votación popular una decisión de tal trascendencia. Se formaron pequeños grupos de disidentes, en su mayoría pescadores, que trataron de frenar el avance de las máquinas pero que finalmente no llegaron a nada. Los hombres de mar cultivaban la paciencia al margen de los tiempos ajustados de la tierra firme, y la fuerza se les fue en discusiones interminables sobre el modo de atajar el desatino. Los labradores, en cambio, estuvieron conformes con el proyecto desde el principio. Volverán nuestros hijos, conversaban esperanzados bajo las parras que porticaban sus casas. Traerá riqueza al pueblo.

Se acostumbraron a convivir con aquel alarido salvaje que parecía, más que nunca, brotar del mismo vientre de las montañas. Los escasos escolares que aún quedaban en la aldea estrenaron aquel año estufas de queroseno que Mazurca compró en la ciudad para contrarrestar el silbo del viento que se colaba por las rendijas del aula. Escasearon los turistas sirénicos a la espera de un clima más propicio para la fantasía, hirvieron las chocolateras en los fogones de las cocinas económicas, regresaron los vendedores de mantas portuguesas con ofertas irresistibles que incluían manoplas y orejeras, y los aldeanos deshollinaron sus chimeneas, preparándolas para los fuegos de candela alta: de roble, para rememorar las viejas historias de los tatarabuelos; de abedul, para invocar a los muertos. Tras la noche de Reyes –que celebraron horneando bollos de manteca y fruta escarchada– el mar trajo consigo un maestro nuevo cuya única obsesión era que los muchachos aprendiesen a deletrear palabras a gran velocidad. Salían a las calles en busca de vocablos que el maestro señalaba con su vara para que los niños entonasen la canción tartamuda de las sílabas. Cuando al fin deletrearon las palabras de la primavera, Aurelia abrió el granero para que la legión de gallinas abandonadas a las que había dado techo corriese libremente por la huerta. Salieron los animales en estampida a un tiempo nuevo, más claro y respirable que aquel al que habían sobrevivido aletargadas bajo la bobina. También Aurelia sintió la caricia del mes de marzo

cuando retiró las pellizas que habían resguardado a Selva del frío de las noches bajo la higuera. Sacudió el polvo de las estancias y arrojó un puñado de pan seco a las gallinas que orbitaban a su alrededor sin orden ni concierto, repitiendo en voz alta que al diablo con el invierno.

Aquella primavera el crujido del deshielo volvió a escucharse en la embocadura de los arroyos y solo entonces se dieron cuenta de que algo había cambiado. Un silencio recién nacido descendía sobre los tejados, aún moteados por la nieve, esparciendo a su paso aureolas de insectos. De nuevo se escuchaban los sonidos de lo ínfimo y nadie se deleitaba tanto en ellos como Paris, que al fin recuperó el sosiego del viento meciéndose en las hojas y aquel goteo de la tinaja de su patio, convertida por azar en una robusta clepsidra. El rugido había cesado.

UN BANDO MUNICIPAL estableció el veinte de julio como fecha de la gran inauguración. Se rogaba a todos los vecinos que acudiesen ese día al lugar que llaman el faldón del abedul, una pradera empinada que marcaba el límite con la verticalidad de los farallones, donde celebrarían la fiesta del progreso. La pitanza correría por cuenta del señor alcalde y no faltaría de nada: roscas de anís, bizcochitos borrachos, yemas de san Torcuato, matanza del año, bandullos rellenos de almendra, boronas, gaseosas, vino tinto y refrescos para los niños. Una fanfarria amenizaría el acto y más tarde aquellos que gustasen podrían bailar en la plaza hasta las once, hora en que los músicos embarcarían de regreso a la capital. Como remate a la jornada, un artificiero lanzaría desde las barcas medio centenar de cohetes, cortesía de una empresa de pólvora que participaba en la obra.

La aldea entera se reunió en la pradera, apretándose en torno a dos barras de bebidas y un tenderete de feria regentado por una familia de gitanos que exhibía, bajo una hilera de bombillas de colores, repisas atiborradas de baratijas prendidas de un palillo a las que los muchachos disparaban con escopetas trucadas. La matriarca ofrecía sus artes quirománticas con escasa fortuna, porque el único futuro que interesaba aquel día era el que se ocultaba tras la falda de la montaña: el origen del berrido atronador que los había ensordecido durante las últimas estaciones con su comezón de piedras.

Juan Mazurca surgió entre la multitud del brazo de Merlina, que ocultaba su rostro bajo un velo de punto de araña. Las habladurías habían crecido en aquel tiempo y de todos era sabido que la alcaldesa no le dirigía la palabra a su marido desde el verano anterior. Se ve que hoy ha tenido que pasar por el aro, murmuró alguien. Tomó asiento Merlina junto al delegado provincial y el resto de autoridades, que fueron cediéndose la palabra ordenadamente, aprovechando su turno para ensalzar las posibilidades de la aldea, su pintoresco enclave y la

labor visionaria del alcalde. Cuando Mazurca subió al escenario, la multitud guardó silencio. Vestía el alcalde su mejor traje, un dos piezas de raya diplomática que disimulaba la cargazón de su espalda; zapatos nuevos rezumando betún, gemelos de oro blanco al filo de las mangas. Quién iba a decir que el nieto de la desdentada llegaría tan lejos, cuchichearon las pescaderas alzándose sobre los pies. Si parece un político.

Juan Mazurca se mesó el rastro dorado de su antigua cabellera, bebió un trago de agua del botijo que un muchacho le tendió, y carraspeó antes de pronunciar sus primeras palabras. Queridos vecinos, señorías y visitantes, hoy tengo algo importante que anunciaros: el futuro nos ha llegado por la espalda. Dejad de mirar al cielo, campesinos, o de medir el viento, pescadores. A partir de ahora, quien quiera predecir el futuro habrá de girarse hacia esta montaña para verlo pasar. Porque hoy la aldea le da la bienvenida al progreso y se despide de su aislamiento.

El aplauso sepultó sus últimas palabras. Los hombres lanzaron las boinas al vuelo, las mujeres agitaron pañuelos y los niños cantaron a coro lo que era anhelo general, que empezara ya, que empezara ya, que el futuro sacudiese los cimientos de su soledad de una vez por todas. Tronaron las máquinas ubicadas en el interior de la montaña, los motores prestos a culminar la faraónica obra de perforación del mineral arañando con su cuerno giratorio lo que siempre estuvo ahí, amalgamado: el cuarzo, el granito, la roca informe del viejo farallón que durante milenios abrazó la bahía. Clamó la aldea por el derrumbamiento de la muralla, en cada garganta un grito trenzado al de la multitud, palmas enloquecidas, redoble de tambor de la charanga, nudillos blancos noqueando al aire. El torno de las tuneladoras rugió alentado por una lluvia de vítores. Tembló la montaña al sentirse profanada y, en el último instante, buscó la mirada cómplice del pueblo, pero este jaleaba al verdugo, olvidados ya los brotes de hierba con que alimentó a sus rebaños, la cueva del bandido donde los niños y algunas mujeres se amaron durante siglos, su protección del viento del oeste, que apesta a las bestias y seca las cosechas. Al fin, la punta de acero asomó victoriosa entre la roca disgregada. Estalló en el cielo una traca de cohetes y las tuneladoras rodaron sobre la hierba dejando tras de sí una oquedad profunda sembrada de cascotes a la que muchos se asomaron para divisar la primera imagen del futuro. Todo está oscuro, gritaron adentrándose en la cavidad, y sus voces reverberaron contra las rocas horadadas que daban forma a la noche infinita de aquel túnel. Palpaban a ciegas la piedra sin atreverse a ir más allá, no fuese a derrumbarse la molicie. A lo lejos, un punto de luz anunciaba la salida al otro lado del mundo. De espaldas al milagro, bajo un grupo de abedules vencidos por el

trasiego de las máquinas, la matriarca gitana auguraba a gritos el fin de los tiempos.

ALGUIEN PREGUNTÓ POR ÉL, pero nadie supo darle razón; se había escurrido entre el gentío que se agolpaba ante la herida de la montaña sin despedirse de aquellas personalidades a las que tanto había codiciado. Bajó la cuesta a paso firme sin detenerse a escuchar los primeros compases de la charanga que él mismo había contratado para animar la fiesta. Merlina tampoco fue consciente de su huida, rodeada por una juventud bullanguera que se obstinaba en mantearla como agradecimiento por mostrarle la prosperidad a través de un agujero. Gritaban que viva la señora alcaldesa, la abrazaban y se peleaban entre sí por convidarla a limonada casera y dulces de castaña.

Abrió Juan Mazurca la puerta de su casa y apoyó la espalda sudorosa en el envés de madera. Atrás quedaba el alboroto, el futuro, vecinos, el futuro. Les había prometido algo grande y no podían negar que se lo había dado. Pronto llegarían las excavadoras, las partidas de obreros que regarían la piedra con sucesivas capas de alquitrán, los montones de arena arrumbados aquí y allá. En menos de un año la carretera alcanzaría el umbral del pueblo y con ella el futuro atravesaría las fauces de piedra del farallón, incontenible. La verdadera marea está por llegar, se dijo despojándose de la chaqueta ante el espejo del comedor. Hacía mucho calor aquella mañana y no podía soportar ni un minuto más el lazo de la corbata. Le pareció que su reflejo estaba más pálido que de costumbre. Trató de sonreírle, pero no consiguió esbozar más que una mueca forzada y se derrumbó sobre el sillón orejero en el que solía leer la prensa. No lo hizo en esta ocasión, pese a que el periódico mostraba en portada la inquietante fotografía de un hombre pisando la luna. Hoy es un gran día para todos, pensó sirviéndose una copa de la botella de brandy que escondía bajo el sillón. En la casa reinaba una penumbra fresca, apenas interrumpida por el rumor lejano de la fiesta, y por primera vez en mucho tiempo sintió paz en aquella sala. Mazurca cerró los ojos para evocar a su hijo. No había venido a la inauguración a pesar de que le había escrito varias veces a la pensión donde se alojaba. Hacía mucho tiempo que no le respondía y sus últimas cartas se parecían más a las escuetas respuestas de un desconocido que a las que cabía esperar del hijo al que le había dado todo. Virgilio Mazurca... ¿En qué te he fallado? Pensó también en Merlina, resistiendo estoicamente el embarazo que le producían los actos oficiales. Tan generosa, tan perdonadora. Le había puesto difícil la ganancia del cielo que sin duda tenía asegurado, pero qué otra cosa podía haber hecho él salvo dejarse llevar por la marea. Bastante tiempo se esforzó en fingir que había olvidado a Iria. Décadas echando

tierra sobre aquella herida. Y hacía dos noches... Qué decepción descubrir aquel tono de vidrio roto en la garganta de su mujer: ¿sabes por qué duerme tanto Iria? Porque en sueños vuelve a encontrarse con Teresa Valero. Otra vez ese nombre, la corona de espinas sobre su frente. Hasta muerta conseguía hacerle sombra. Era una hechicera de las palabras, y él, a quién quería engañar, un pobre hortelano al que le había caído del cielo un maná de oro. Se sirvió otra copa mientras en el cielo azul de la tarde explotaban los primeros voladores. Duraría la jarana hasta la noche, beberían los mozos y sacarían a bailar a las pocas muchachas que aún no se habían ido a servir a la capital. La juventud ebria de oportunidades golpearía las puertas de las casas haciendo saltar las bisagras con su alegría. Y toda esa esa furia juvenil se la debían a él.

En el espejo del comedor vibró un destello amarillo. Juan Mazurca se había remangado la pernera del pantalón para aflojar las hebillas que ceñían su pierna de oro al muñón miserable de toda la vida. Depositó con cuidado la pierna en el suelo, aquel exvoto delirante con el que había querido zafarse de la vergüenza. Se recordó corriendo por el puerto en los años de la infancia; una voz dulce le llamaba, pero él no podía detenerse. Tenía que llegar lejos, gritaba. Más lejos.

Después todo fue muy rápido. Preciso. No debió moverse siquiera del sillón. Estiró la mano para desenfundar la pistola que durante todo el día había llevado consigo en un bolsillo interno de la chaqueta. La frotó contra la seda de su pañuelo con el mismo ahínco con que lustraba la pierna postiza, concentrada ahora toda su atención en el fulgor oscuro del cañón que poco después se llevó a la sien. Debió sentir la boca fría del metal como un alivio al calor sofocante de aquella tarde. Era la misma pistola que su padre empuñó en la guerra de África cuando él solo era un niño que no sabía pronunciar su nombre.

Estalló, rabioso, el último racimo de cohetes; la fiesta seguía su curso y nadie se percató del sonido más grave de uno de ellos. Solo Aurelia, desde su granero, levantó la vista de una fotografía en la que Valentín posaba vestido de pierrot, con la certeza de haber escuchado el disparo de un arma.

AQUEL RESPLANDOR DE CRINES de las llamas le bailaría en las pupilas a Merlina hasta el día de su muerte. Cada vez que, ya adentrada en la vejez, le preguntaba a Iria por qué no se instalaban en su casa siendo como era más amplia y soleada que la suya, esta le recordaba con una paciencia infinita el capítulo que horas después Merlina clausuraría de nuevo en el último baúl de su memoria. Quemaste tu casa hace años, repetía mecánicamente. Fue un accidente. Y la anciana escuchaba la historia de siempre con un rictus de incredulidad entre las cejas sin dejar de sorber la sopa que Iria había cocinado aprovechando los

restos del puchero del día anterior. Agachaba Merlina la cabeza y la lumbre mal apagada de su iris se avivaba un instante. El médico le había diagnosticado cataratas, aunque a la legua se notaba su confusión ante un fenómeno que no encajaba en el cuadro de síntomas de ningún manual. Tiene usted un brillo en los ojos parecido al de las hogueras de San Juan, señora. E Iria, sentada a su vera como habría de permanecer hasta su último aliento, le explicaba a aquel médico joven, enviado a la aldea en periodo de prácticas, que aquel reflejo provenía de la noche del fuego, cuando Merlina salió en camisón a la calle y se quedó contemplando la grandiosidad del incendio que asolaba su casa sin dar la voz de alarma. Todo esto ocurrió días después de morir su marido por herida de despecho, aunque esa es otra historia, añadía mientras Merlina asentía con aquella mirada bobalicona que fingía para que la dejasen en paz. Recordaba muy bien lo sucedido, pero odiaba recrearse en ello y es por eso por lo que, inconscientemente, había desarrollado un mecanismo de olvido que deformaba los fragmentos de aquella noche y las que la precedieron. El horror de la mano cimbreando en el butacón que ella misma descubrió al regresar de los fastos de la inauguración del túnel, extenuada por la euforia de la muchedumbre; la explosión de sangre en la pared, indeleble a pesar de las friegas de amoniaco; el grito que la dejó muda durante meses pero que nadie escuchó porque a esa hora ya había empezado el baile en la plaza del pueblo y tocaban los músicos una pieza de moda que volvía locos a los muchachos, el tan traído *rock and roll*. Todo lo recordaba, aunque, a ratos, la maquinaria piadosa del olvido se empeñase en lo contrario. Hubo de ser Aurelia –la huérfana, la triste, la huraña, la que apenas descendía de su desbaratada torre de marfil– la única que acudiese en su auxilio. Fue ella quien la arrastró a la cama y le dio de beber agua de azahar antes de avisar a las autoridades, congelando con su noticia las risotadas ebrias en las que a esa hora estallaban por cualquier motivo los delegados provinciales. Al principio nadie la creyó, pero poco después apareció un muchachito moreno, de pequeña estatura pero gran corredor, que aseguraba haber escuchado un tiro en casa del alcalde cuando subía a la pradera a toda prisa para reponer las botellas de vino que sus excelencias habían vaciado. Cesó la música, los rostros enrojecidos por el alcohol tornaron lívidos como nieve de marzo y una multitud desorganizada acudió a las puertas del lugar de los hechos, que así habría de llamar horas después el forense al que durante décadas fuera el hogar de Juan Mazurca, antigua posada El Reposo de la Sirena, anteriormente morada y pensión de Juan Arriero. Paris hizo la vista gorda y, tras la autopsia que el forense realizó allí mismo, urgido por las autoridades que no querían enturbiar su gran proyecto con aquella mácula de sangre, lo enterraron a las prisas en el

cementerio sin más ceremonia que un *in nomine patris*. Faltó Merlina al entierro de su marido, aquejada de espanto como estaba en aquellos días en los que apenas podía moverse de la cama sin sufrir un desmayo. Ya entonces Iria se había trasladado a su domicilio para atenderla a tiempo completo, haciendo un tremendo esfuerzo para sobreponerse a la adicción al sueño que la consumía desde que había regresado. Tal vez se sentía culpable de la muerte de Juan Mazurca –hubiese sido sencillo despertar y abrirle la puerta a aquel hombre desesperado, pero qué habría podido decirle que a él le hubiese supuesto un alivio–, quizás pesase demasiado el bagaje de aquella infancia común de bodas de trapo y jícaras de chocolate o puede que se tratase únicamente de un gesto de gratitud por los cuidados recibidos durante su larga convalecencia, pero lo cierto es que se hizo cargo de ella, día y noche. Su alimento, su aseo, sus medicinas. Paris aparecía por allí de vez en cuando, se sentaba a los pies de la cama y le acariciaba una de aquellas manos flácidas, gordezuelos peces muertos sobre las sábanas. A veces le leía un pasaje del Ramayana que Merlina agradecía con algo parecido a una sonrisa.

Solo faltó Iria una noche. Necesitaba soñar largo y tendido, volver a aquella habitación de niebla donde Teresa Valero la esperaba en vano desde hacía semanas, porque el duermevela al que las pesadillas nocturnas de Merlina la sometían no le permitía alcanzar el profundo sopor que su reencuentro requería. Se despidió de su amiga al ponerse el sol con un beso en la frente y regresó a su casa, donde no había vuelto a poner un pie desde el suicidio de Mazurca. En su lecho soñó, una vez más, con la maestra, a la que halló desnuda sobre la cama deshecha en anteriores encuentros, y se acostó llorando sobre su pecho porque sabía que aquella era la última vez que hacían el amor. Tengo que irme o me moriré en vida, sollozó. Es un sacrificio horrible no quedarme aquí, en tu orilla, pero ahora Merlina me necesita bien despierta. Teresa Valero asintió con una sonrisa triste y a Iria le pareció que su cuerpo se desvanecía un poco en la penumbra de aquel cuarto sin ventanas. La rodeó con sus brazos y le besó el cuello con el ansia de siempre antes de liberarse de aquella piel tibia que lo había sido todo para ella. Lo hizo sin mirar atrás, porque no podía permitirse la nostalgia si quería retornar al mundo de los vivos. Empujó el pomo de la puerta sintiendo que su cuerpo entero se resquebrajaba, que una pena insoportable le rodaba por la espalda como un caz de hielo, cuando aquellas voces la despertaron. Fuego, gritaban.

QUEMÓ MERLINA su casa y, con ella, toda una vida al lado de Juan Mazurca. Su hijo, que no asistió al entierro y apareció tiempo después reclamando la herencia que humeaba entre la negrura de los escombros, la hostigó durante años con la misma pregunta: ¿qué

hiciste con las vasijas? Nadie entendía a qué se refería y la propia Merlina respondía confusa. No recordaba nada de aquella noche. Tan solo que encendió el brasero porque tenía fríos los pies y poco más. Debió prenderse la cortina del cuarto y la rabia del fuego tomó la casa entera, suspiraba. Vírgulo apretaba la mandíbula y se iba, para retomar meses después el hilo de sus cavilaciones. ¿Qué hiciste con aquello del altillo? ¿Qué hiciste?, insistía. Cómo ardió, hijo, respondía Merlina, entusiasmada, cómo ardió todo. La hoguera más grande que ha visto la aldea. Tu padre hubiera estado orgulloso de la lumbre tan alta que hizo nuestra casa, con lo pintón que era. El muchacho alzaba la mano dispuesto a descargar su bestia ciega sobre aquella demente que había poseído a su madre. ¡Estás loca!, gritaba encolerizado. Loca de remate. E Iria le cerraba la puerta de su casa de un golpe seco con la amenaza de denunciarle al alguacil sin volvía a poner un pie por allí, pero aquello no arredraba a Vírgulo, convertido ahora en un muchacho espigado, de melena rojiza y nariz de judío, y a los pocos días golpeaba de nuevo la puerta hasta astillarse los puños contra la madera. Solo Paris lograba apaciguarlo. No te dejes vencer por la ira, le decía al oído. Ponle freno a ese caballo loco.

¿Qué es lo que busca tu hijo?, le preguntaba Iria algunas noches al apagar la luz de su cuarto. Merlina se encogía de hombros y sonreía desmemoriada. No sé de qué se queja, ya ha recibido su herencia, respondía en la oscuridad. Precisamente aquella herencia había encendido su ira con más ímpetu. Aquí tienes, muchacho, le dijo el notario entregándole un cilindro de tela. De todo lo que tu padre dejó en su testamento esto es lo único que no sucumbió al incendio. La pierna dorada brilló entre sus manos como una burla cruel. Aquella prótesis inverosímil era todo lo que restaba del patrimonio familiar, convertida la casa en un henil de carbones que humeó sin descanso durante meses. Le quedaban, eso sí, las participaciones en la carretera que recién había comenzado a desplegar su cordón de grava por el túnel, pero aquello no era suficiente. Él quería su tesoro, aquel que descubrió siendo un niño y que su padre prometió entregarle cuando alcanzara la mayoría de edad. Apretó con rabia la pierna postiza y en un arrebato la lanzó por la ventana del ayuntamiento para sorpresa del notario y de su propia madre, allí presente. En la calle, el estrépito metálico asustó a los muchachos que a esa hora enfilaban su paso hacia la obra de la carretera. Uno le dio una patada, pasándosela entre risas a su compañero en un regate rápido, y el otro le propinó un chute que la envió directamente al agua. Se hundió la pierna huérfana en un silencioso divagar de círculos concéntricos. Los muchachos se detuvieron un momento a contemplar su huella efímera en el mar. Luego retomaron el camino al tajo silbando con las manos en los bolsillos.

QUEDÓ EL SOLAR con su mobiliario retorcido bajo las vigas, teñido todo del luto agónico de la escoria. Durante años los niños jugaron a colarse a hurtadillas entre los escombros en busca de una cadenita de plata, una bacinilla ennegrecida, la mitad de una cantarera de caoba. Paris les regañaba desde la calle, exhortándoles a volver a sus casas y dejar de revolver en la desgracia ajena. Y aquel fuego permanente encendido en los ojos de Merlina... Qué tristeza, pensaba el cura. Qué tristeza las ruinas del amor. Aunque la mujer parecía aliviada tras el hundimiento de la mayor parte de su vida. Le había confesado intimidades, asuntos de familia mayormente, y unos pensamientos tan oscuros como las vigas que se derrumbaban sobre el vertedero de cenizas de su pasado. A veces me acerco al cuarto de Iria, susurraba Merlina, y me quedo así un buen rato, viéndola dormir. Entonces pienso qué no daría mi difunto esposo por estar allí, junto a la mujer de su perdición, y me tengo que contener para no coger una almohada y apretarla fuerte contra su cabeza hasta robarle el aliento. Ya sé que ella no tiene la culpa, señor Paris, pero qué le voy a hacer, me da por pensar esas cosas. Claro que luego la recuerdo de niña, tan bonita como la muñeca de porcelana china que tenía Aurelia, con sus ojitos rasgados a la oriental, y me invade una ternura muy grande, parecida a la que sentía cuando acunaba a mi bebé, y dejo de pensar esas cosas feas y me vuelvo a la cama porque enseguida se me quedan los pies helados, ya sabe usted cómo son aquí los inviernos. Paris la escuchaba con el corazón encogido entre el estupor y la lástima. Tranquila, la amansaba, tranquila. La mujer recuperaba el sosiego y aún parpadeaba dos o tres veces, oreando las llamas que le ardían en el centro de las pupilas. Se dormía rápido y solo algunas noches, cuando Paris se ponía en pie para huir de aquel aire pastoso de violetas y humo que viciaba el cuarto, Merlina abría de nuevo los ojos para preguntarle con una sonrisa atormentada: ¿sabe usted a qué temperatura hierve el oro?

PARIS SE FUE DE LA ALDEA cuando el vendaval del progreso comenzó a filtrarse por la brecha abierta en la montaña. Si los hombres profanan el cuerpo sagrado del mineral, la naturaleza les devolverá su acción mil veces repetida, así actúa el karma. Preconizaba el final de una era de concordia, la necesidad de obrar sin pretensiones, el respeto al resto de seres vivos al margen de cualquier jerarquía. Desengañaos, vociferaba desde el púlpito por primera vez al límite de su paciencia, no somos más importantes que esa hormiga que tanto os molesta. Todos somos ese insecto, todos somos la montaña. Por ese túnel que habéis urdido en su falda no ha de manar nada bueno. Aún estáis a tiempo de orientar vuestra mirada hacia el mar y olvidar esa aberración que es la carretera. Pero nadie le escuchaba desde hacía tiempo porque la maquinaria instalada a los pies del farallón hacía

tanto ruido que no permitía prestar atención a otro discurso que el del alquitrán. La obra de la carretera había sido acogida por los aldeanos como una bendición momentánea, y los pocos muchachos que aún se resistían a la emigración hallaron en ella el parapeto ideal al canto de las fábricas. Nos pagan un buen jornal, mucho mejor que el que Mazurca daba a sus pescadores. El mar ya no da para vivir a no ser que te enroles en uno de esos barcos que van a Escocia y se quedan varados durante meses en alta mar, protestaban. Algunos se habían lanzado, no obstante, a las fauces de una navegación sin horizonte, casi todos descendientes de una larga saga de pescadores a los que el afán de medrar bien les valía el precio de no pisar tierra firme ni comer el puchero junto a los suyos durante más de seis meses, pero los más optaron por hacer cola a primera hora de la mañana para ser engullidos por la siderurgia. El bocadillo de las tres, los monos de mahón azul, el óxido, las turbinas. Sentados sobre el esqueleto oxidado de un bulón, los aldeanos reconvertidos en peones del acero abrían sus tarteras y extraían el pan de cada día añorando el aroma a pescado asado que a esas horas ya debía flotar sobre la bahía. Nadie quería irse, y si lo hacían era con la convicción de que algún día regresarían a la aldea vestidos con un buen traje y una cuenta bancaria en la retaguardia. Y precisamente allí, a sus espaldas, otra forma de vida les tendía ahora su hilo de grava, una lengua caliente y negra que los operarios desplegaban sobre la tierra abrasando a su paso las amapolas que la primavera se obstinaba en interponer.

A la hora de la cena, cuando los muchachos regresaban de la obra, sucios de polvo y alquitrán, y dejaban el jornal del día sobre la mesa, la familia contaba los billetes y anotaba en una libreta lo que faltaba para comprar una lancha a motor, un menaje nuevo, un traje elegante para los domingos. Nadie prestaba oídos al responso agorero de Paris, el defensor de las orugas, de las hortensias y hasta de los pedruscos sin voz de la montaña a los que aseguraba haber oído gritar al paso de las tuneladoras. La roca gime, amigos, cejad en vuestro empeño. Ya no hay vuelta atrás en esto, don Paris, alzó la voz un anciano desde el último banco de la iglesia, pierde usted el tiempo.

Aquella sensación de pérdida constante, de marginalidad dentro de un tiempo cuya vertiginosa carrera contemplaba desde el andén, le había hecho replantearse su permanencia a bordo de aquella nave al pairo que era la aldea. Me voy, anunció una mañana. Ya no tengo nada más que hacer aquí. Le insistieron los nuevos mandos con el argumento de que en tiempos tan materialistas como aquellos hacía más falta que nunca un vigía del espíritu, pero su decisión era irrevocable. Había escrito al Episcopado meses atrás y también a algunos compañeros del seminario que aún permanecían en las misiones. Regreso a la India. Allí soy más necesario.

Durante la semana previa a su partida toda la aldea desfiló por la casa parroquial. Le llevaron regalos, cartas de despedida, sentidas confesiones de última hora. Paris les atendió con la misma paciencia de siempre; escuchaba sus temores y trataba de exonerar a la bestia interior de su mala sangre, si la hubiere. Recibió centenares de abrazos, enjugó llantos. No se vaya usted ahora que empieza lo bueno, le suplicó más de uno estrechándole con fuerza contra su pecho. Precisamente por eso me voy, amigo, respondía el cura con una sonrisa amarga. Porque no estoy hecho para esas bondades.

Selva gimió en su regazo durante horas. No llores, mujer, que las despedidas no existen, ya lo dijo el poeta. Tú y yo somos uno. Pero Selva no hallaba consuelo en aquellas aseveraciones filosóficas y el párroco hubo de prometerle que le escribiría todos los meses sin excepción hasta el día de su muerte. Te contaré de qué color son las cosechas del sur de la India, a qué sabe su pan, cómo suenan las ajorcas engarzadas a los tobillos de las bailarinas, te lo contaré todo. Nosotros también tendremos un hilo que nos una.

Aurelia apareció horas más tarde en el vano de la puerta. Vengo a despedirme, anunció escuetamente. Paris le sirvió una taza de té apurando las últimas hojas de hierba de Ceylan que guardaba en una lata esmaltada. Tú y yo no hemos llegado a ser grandes amigos, me voy con esa pena, le confesó el cura. Aurelia le miró a los ojos, compasiva. Gracias por ayudar a Selva, dijo. Me hubiera gustado ayudarte a ti también, respondió Paris removiendo el azúcar con una cucharilla. La mujer observó el reflejo de su rostro envejecido en la superficie del té. Desde que se había encerrado en el granero los años le habían combado la espalda y secado la piel como a una ñora. Eso es difícil, señor, respondió ensimismada. Yo soy un caso perdido. Nadie lo es, no para mí, repuso París. En ese caso, suspiró Aurelia, yo me he empeñado en serlo. Sorbió el reflejo de aquella anciana precoz, su pelo cano, las bolsas oculares, los surcos en la piel, y pensó que su vida entera se disolvía en el jugo de las hojas del té. Y aquel trago, pese a todo, no le supo amargo.

CONVINO CON EL PRESIDENTE de la cofradía un traslado temprano a la capital a fin de que nadie acudiera a despedirle. Una vez hubo acomodado su pequeño equipaje, rugió el motor de la lancha y Paris echó un último vistazo al que había sido el paisaje de su vida durante más de una década. La luz del alba clareaba sobre los tejados, una veta blanca con cresta azul que en apenas media hora lo cubriría todo de aquella flama transparente que eran las mañanas de primavera en la aldea. Pensó con nostalgia anticipada que a esa hora él acometía la subida al bosque por el ribazo más empinado, el que conduce directamente a la praderilla donde se yergue el cerezo. Recordó a todos y cada uno de los ausentes; hizo recuento de las almas en llamas

y de las que gozaban del incalculable tesoro de una brizna de paz. Alguien tendrá que rezar por Vírgulo antes de que yo deje de hacerlo, se dijo. Porque sabía Paris que pasado el tiempo su condición humana borraría de su mente aquellos rostros, a los que sustituirían otros nuevos cuyas voces se mezclarían en un torbellino del que poco o nada saldría indemne. Os olvidaré a todos, esa levedad es la miseria del hombre, y, sin embargo, cuánto dolor me causa ahora romper este vínculo.

Le habría gustado escuchar una vez más el rumor de agua de los abedules, pero el motor de la barca le negó esta voluntad. Lo último que divisó antes de doblar el espolón del puerto fue el hilo de lana, flácido y desgastado. Recordó entonces el aroma de los bálsamos de Kerala y, agarrado a ese pensamiento, su mente y su cuerpo se fueron alejando cada vez más de aquel territorio, sus luces y sus sombras, a bordo de una lancha que partía en dos el mar como un cuchillo.

INAUGURARON LA CARRETERA un año más tarde, cuando el otoño ya había cubierto de hojarasca los últimos reflejos del verano. Se celebró una gran fiesta a la que todos fueron invitados y de nuevo las autoridades competentes reaparecieron en la aldea, aunque esta vez lo hicieron a través de la montaña, sentados en un automóvil de carrocería abetunada que pasmó a los aldeanos por lo elegante de su curvatura. La mayoría habían viajado a la capital y conocían aquellos ingenios, pero para un pequeño grupo de ancianos aquella fue la primera visión de la tan manoseada modernidad. Suena como una cuadra entera de caballos, comentó uno arrimando la oreja al capó del vehículo. Y los políticos rieron, condescendientes, la ocurrencia.

La recién estrenada carretera corría delgada como una víbora entre los matorrales del monte bajo que se extendía a espaldas de la montaña. Y eso sí que era novedad para todos, porque nadie había visto hasta la fecha lo que ocultaba tras de sí aquella mole de piedra y eran muchas las leyendas transmitidas durante siglos sobre ese misterio. Las más antiguas aseguraban que una serpiente cubierta de escamas dormía del otro lado, enroscada en torno a un huevo de cuarzo rosa, y ay del que la despertara, que ni una cabra había regresado con vida de una incursión en la cara oculta del farallón; otras señalaban la existencia en aquel lugar de un nido de ventisca en el que más valía no caer a riesgo de no volver a ver la luz del día; las más crípticas hablaban de pueblos aislados de hombres rebeldes que se alimentaban de la carne putrefacta sazonada en madreselvas de quienes se despeñaban por lo agreste de aquella geografía.

Todo quedó en nada. Un montecillo bajo de jarales, chaguazos y retamas, interrumpido a lo lejos por otro cordón montañoso que también había sido horadado a fin de que la culebrilla de grava se colase en sus entrañas con la misma ligereza con que ultrajaba al

farallón. Ni asomo de las fauces envenenadas de la gran serpiente verde, ni remolinos huracanados. Al otro lado, la tierra florecía con la misma indiferencia con que lo hacía en la porción de mundo conocida, y el descubrimiento de la mediocridad de sus temores, más que aliviarlos, los decepcionó.

Una docena de coches de distinta envergadura cruzaron lo que hasta entonces había sido una muralla inexpugnable haciendo sonar sus cláxones. Ellos eran los primeros de la numerosísima serie de vehículos que recorrería aquel abrupto paso a lo largo de los años. Turismos, camiones, motocicletas, grúas y ciclistas aventureros. La puerta estaba abierta y era imposible detener el silbo de aguja del progreso filtrándose por el ojo de aquella cerradura. «El futuro nos ha llegado por la espalda». El nuevo alcalde recordó las palabras inaugurales de Juan Mazurca durante un brindis con el nutrido grupo de políticos que pugnaban por salir en la fotografía. Habrá que colocar una placa con el nombre de Mazurca en algún sitio, le sugirió el alcalde al ingeniero de caminos que había dirigido el proyecto, y este, distraído entre las felicitaciones y las promesas de nuevas contratas, le respondió que sí, que faltaría más, pero que eso corría a cuenta de la aldea.

POR AQUELLA fiSURA no solo se coló el viento del sur sino un caudal de acontecimientos que sacudieron la anquilosada civilización de los hombres del mar y de la tierra, derribando a su paso los últimos parapetos que los habían protegido del paso del tiempo. Fue así como en apenas cinco años transcurrieron varias décadas. Atravesaron el túnel los camiones cargados de operarios que habrían de socavar las calles de la aldea para instalar lo que los ancianos dieron en llamar «las venas del agua», un entramado circulatorio por el que les aseguraron que el agua de los manantiales llegaría hasta la misma pileta de sus casas sin necesidad de ir a recogerla con dos cántaras de barro como venían haciendo desde tiempos ancestrales. Levantaron terrones por doquier dejando al aire las raíces centenarias de los árboles que encontraban a su paso; abrieron zanjas delante de cada casa y soldaron arterias de plomo en busca del origen de aquellas aguas que fluían de los senos de la montaña. Quebraron piedra y baldosas para disgusto de muchos, que dudaban si el beneficio de aquella maraña de tubos sería tan grande como para compensar lo destruido y, al cabo de unos meses, ya bien entrado el verano, les anunciaron que no quedaba ni un solo rincón en la aldea por canalizar. Incluso habían tendido una venilla fina hasta la casa de Aurelia que, aunque se negó a la excavación dentro de su cocina, finalmente accedió a que construyesen una pequeña fuente al final de la cuesta que en la aldea bautizaron «de los huérfanos».

Abrieron la llave giratoria del grifo de la casa consistorial y un

gruñido resonó desde las profundidades de la tierra. Alguien preguntó si no se habría quedado atrapado un animal en aquellos cauces, pero un borboteo violento le respondió que no, que aquel lamento de oso era otra de las voces del futuro, un eco cuya promesa avanzó subterránea hasta ver la luz en forma de esputo de barro. Aplaudieron todos aquel exabrupto de las aguas mientras las mujeres murmuraban, perplejas, que si con aquella basura habrían de bañar ahora a sus hijos preferían hacerlo en la fuente de la plaza, donde al menos el agua bajaba limpia de ponzoña. Tengan paciencia, por favor, rogó el capataz. Hasta que el agua arrastre la suciedad de las tuberías no saldrá clara, pero después será la misma de siempre, ya verán. Incluso podrán regar los huertos con ayuda de unas mangueras de goma. Y fue cierto, porque meses después, festejadas ya las verbenas de San Lorenzo y de Nuestra Señora –en las que la aldea estrenó un nuevo párroco, joven, escuálido y algo desaliñado–, el agua limpia del arroyo manaba en el interior de cada casa con alegría de cachorro. Quedó desierto el lavadero –que desde entonces solo se utilizó para abrevar a los rebaños y tiempo después, cuando los pastores se jubilaron, ni siquiera para eso–, los poyos de piedra donde las mujeres conversaban junto a la boca del manantial a la espera de que las vasijas se colmasen, la fuente de la plaza y sus reuniones improvisadas en torno a la cantinela del agua. Lo que fuera necesario se mudó en decorativo y esa nueva condición le confirió fragilidad a un sinfín de objetos que conocieron así el peligro de extinción. Le ha llegado antes el agua que la luz eléctrica, señora, rieron los obreros al descubrir que Aurelia aún se alumbraba con candiles y palmatorias. La anciana no les contestó. Se adentró en la penumbra de la casa despotricando contra aquellos caprichos de las gentes mientras los operarios abrían por primera vez la espita de la fuente de los huérfanos.

Tras la tela de araña de las aguas llegó el tendido de los cables del teléfono y de nuevo la aldea se maravilló ante la posibilidad nunca imaginada de que la voz viajase a lomos de aquellos larguísimos hilos sobre los que las golondrinas no tardaron en encontrar acomodo. Muchos miraron hacia el cordel de lana y se preguntaron si Aurelia habría utilizado aquellas artes mágicas durante años sin revelar su fórmula, pero el rostro pasmado de la mujer al escuchar la voz del alcalde, nítida y grave, a través del auricular del teléfono que instalaron en la casa del nuevo médico, descartó aquella descabellada hipótesis. Este hilo vale mucho más que el tuyo, le dijeron con sorna, y Aurelia bajó la cabeza a la espera de que aquel médico imberbe la llamase a consulta para revisar su antiguo mal de madre. A pesar de todas las maravillas que la aldea conocía semana a semana y a las que no tardaban en sumarse otras que superaban a las anteriores, la ciencia no hallaba cura para aquel lacerante dolor del bajo vientre. Le

recetaba el médico unas píldoras pequeñitas de color amarillo limón que le traían directamente desde la capital y que tiempo después pudo comprar en la primera farmacia establecida en el puerto. En cada visita a la botica, la mujer contemplaba extasiada las estanterías repletas de albarelos de porcelana, etiquetados todos ellos con una letra menuda y azul que daba gusto leer. Diente de león, extracto de árbol del té, semen de ballena. El mundo destilado y pulverizado en aquellos recipientes capaces de conjurar todos los males excepto el suyo. La farmacéutica era una mujer muy joven, rubia, de cabello ahuecado en unos rizos suaves, como de moaré. ¿Desea algo más, señora? Y Aurelia, que se estaba quedando sorda del oído derecho, asentía sin dejar de leer el interminable listado de componentes erguida como una niña sobre la punta de sus pies, al otro lado del mostrador.

AUTOMÓVILES, LAVADORAS, motocicletas, radios, despertadores, máquinas de picar carne, batidoras, secadoras, maquinaria agrícola, sulfatos, jabones de frutas, juegos de azar, un cinematógrafo, mesas de billar, una *jukebox*, motores capaces de alzar una cosecha en sus mandíbulas de metal, mecanismos de esquilado, vacunas para los perros, montadoras de nata, hornos de aire caliente, cajas y cajas de bebidas carbonatadas, bombonas de butano, pajitas de plástico, dulces envasados, pastillas de veneno para los ratones, tricotosas, bolsas de leche, revistas coloridas que hablaban de rostros que nadie conocía, fregaderos de acero inoxidable, perfumes al por mayor, cocinas de última generación y una misteriosa caja de imágenes en movimiento que los nuevos dueños del café del puerto –dos hermanos gemelos llegados al calor del crecimiento urbano que la aldea experimentaba, a quienes las antiguas regentes traspasaron el negocio– hicieron instalar en la mesa auxiliar de las bebidas, consiguiendo que los hombres dejasen de jugar su tradicional partida de dominó, obnubilados por el señuelo fascinante de las imágenes en blanco y negro. Uno de los hermanos les anunció con orgullo que aquello era una televisión, un invento muy de moda en la ciudad, y los ancianos se ajustaron las gafas para verlo mejor mientras los niños gravitaban a su alrededor palpando las tomas eléctricas del aparato sin comprender cómo diablos cabía allí dentro un barco velero y una legión de señoritas con tutús.

La vida y sus invenciones fluían como un torrente sin retorno por la brecha, arrasando las viejas costumbres a su paso, insaciables en su empeño de mostrarles a aquellos hombres que estaban equivocados, que el mundo era mucho más que sus barcas de madera, ya vencidas por el desuso, mucho más que la herrumbre de sus azadas. Volvieron los que se fueron, los hijos de aquellos pescadores anclados en otro tiempo, y lo hicieron siendo otros; hombres y mujeres que parecían

haber vivido mucho al otro lado, que paseaban por las calles tirando de la mano de unos chiquillos reconcentrados en sus juguetes de plástico bajo la mirada recelosa e ingenua de los chicos de la aldea –una especie en extinción, pues cada vez eran menos los niños que nacían en el lecho de su casa–, que interrumpían sus toscos juegos de aborígenes para admirar los cachivaches de los otros, mucho más vistosos que los suyos. Pasaban el fin de semana en casa de los abuelos, disfrutando de lo que llamaban «vida rural», y les ordenaban a sus hijos que respirasen hondo, muy hondo, que allí otra cosa no había pero que el aire era puro, no como en la ciudad que todo estaba cubierto por una capa de contaminación. Qué se le va a hacer, es el precio de vivir en la capital, se resignaban. A ellos no les importaba pagar ese peaje porque gracias a la columna de combustión de las fábricas habían prosperado, gozaban de salarios independientes de la meteorología y hasta podían soñar con comprarse un automóvil a plazos. Habían paladeado, en definitiva, las mieles del progreso que ahora llegaban a la aldea a cuentagotas, con cautela, para que aquella civilización remota no feneciese aplastada por el peso de tanta felicidad.

EL TIEMPO BIFURCÓ su curso en dos ramales que durante años convivieron pacíficamente. Así, no era extraño que a media mañana una anciana cruzase lentamente la plaza cargando un cántaro de agua de la fuente –los más viejos aseveraban que la del grifo sabía peor– y se detuviese un instante ante la puerta del consultorio, donde el médico administraba la primera partida de vacunas contra los tres males; los braseros alternaban con las estufas de queroseno, las dulzainas con los ritmos anglosajones, y, si Aurelia tensaba su hilo, engrasaba la bobina con sebo de oveja y cavaba la tierra con las mismas herramientas que su familia empleara siglos atrás, los camiones descargaban en el puerto decenas de cajas de máquinas de coser y televisores de antena portátil. Por las calles periféricas, asfaltadas y ensanchadas para facilitar la circulación, los automóviles rugían acallando a los labradores, únicos supervivientes de una raza que aún predecía el tiempo en el zigzag irritado de los pájaros. La ruta de la sirena desapareció gradualmente –ya había advertido el nuevo alcalde que aquel no era tiempo de necedades sino de Ciencia con mayúsculas– y la nube de turistas fue reemplazada por una multitud de hombres de negocios dispuestos a pagar una fortuna por un pedazo de tierra baldía o una casa venida abajo. Fumaban paquetes de tabaco americano al tiempo que cerraban la compra-venta con un apretón de manos y una copita de vermut a la vista de un amigo notario, para regresar en coche a la capital con una escritura firmada bajo el brazo sin dejar de comentar lo pintoresco de la aldea y sus posibilidades urbanísticas. Las antiguas pescaderas se sentaban cada tarde frente a

la lonja a desgranar los pormenores del día y rememorar –emocionadas por la certeza de haber rozado lo eterno– la belleza de aquel esqueleto que una vez velaron durante siete noches sobre un mostrador de mármol. Fue a esta hora que llegamos al cementerio con el ataúd a hombros, recordaba una de ellas consultando su reloj de pulsera, y tosía al inhalar la explosión de monóxido de carbono del autobús de línea. Un aluvión de rostros desconocidos desfilaba cada fin de semana por las callejuelas del barrio de pescadores al sabor de las tascas marineras, antiguos despachos clandestinos de vino y salazones mudados en coquetas tabernas donde sus dueñas –nietas de los hombres de mar que ya dormían la siesta bajo la tierra– asaban pescado en parrillas tarareando una saloma. El nuevo turismo lucía pantalón vaquero y gafas de sol, viajaba en autobús y se paseaba por el puerto con la sensación de haber paladeado la materia prima de la autenticidad.

Las antiguas pupilas de la Generala contemplaban aquel devenir desde el balcón de la casa que habían adquirido con el dinero del traspaso. Pelo ralo, rostro racheado de piel flácida, manos deformadas por la artrosis: tres cabecitas blancas declinando al unísono. A una la memoria comenzaba a fallarle y confundía a sus compañeras con las muchachas díscolas que se pintaban un lunar junto a la boca y bailaban encaramadas a las mesas de mármol cuplés revolucionarios. Habrá que llevarla al médico si sigue así, comentaban las otras en voz baja. No vaya a pasarnos como con la jefa, que de tanto comer pescado se volvió loca.

ERAN TRES: dos hombres y una mujer. Llegaron por mar a la aldea, huyendo de la masa de curiosos que hacía cola ante el pórtico de la iglesia para contemplar el fresco de la Virgen de África. Los dos hombres aparentaban casi cuarenta años, pero en realidad solo rondaban la treintena, piel morena y mirada grave; la mujer era más joven, rubia, de ojos líquidos y, pese a la firmeza con la que caminaba, parecía que anduviera descalza. Al llegar al puerto preguntaron a un par de aldeanos por un nombre y los dos señalaron hacia la misma casa. Regresó hace años al pueblo, les dijeron. No sale mucho.

Cuando Iria les abrió la puerta los cuatro se quedaron paralizados mirándose de arriba abajo, sin reconocerse. Tras unos segundos incómodos, la mujer rubia extrajo del bolsillo interno de su blasier una grulla de papel rojo. Somos nosotros, dijo emocionada. Aquellos niños. Iria se echó a llorar. No os quedéis en la puerta. Miró con desconfianza a ambos lados. Entrad en casa.

Se sentaron en torno a una mesa camilla presidida por el retrato de Teresa Valero mientras Merlina preparaba un té con pastas en la cocina, sin saber muy bien qué decirse de tanto como tenían que contarse, y de nuevo la mujer rompió el silencio. Ahora vivimos en la

ciudad, allí hemos formado una célula de un organismo más amplio. «Las grullas rojas» es el nombre de nuestra división, se lo pusimos en honor a la señora maestra. La mujer hablaba con un temblor en los labios que amenazaba con desbordarse al más mínimo gesto de Iría. Los hombres asentían. Uno de ellos se atrevió a preguntar qué le había ocurrido a Teresa Valero en el momento justo en el que Merlina irrumpió en el cuarto con una bandeja. No os preocupéis, les tranquilizó Iria, ella es como mi hermana. Bebió un sorbo de té y, sin apartar apenas los labios de la taza, Iria respondió que la habían envenenado. En el partido siempre dudaron de lo sucedido, pero yo sé que fue así. Comía cada día en un restaurante del barrio latino, muy cerca de la ribera del Sena. Le gustaba celebrar allí sus encuentros con otros camaradas, disfrutando de un plato de comida casera entre el jaleo de los estudiantes. Contrataron a una nueva cocinera, una española a la que todos llamaban Madelón pero de la que nunca supimos el verdadero nombre, que nos miraba con desconfianza a través del ojo de buey de la despensa. Solo nos dijo que era del norte y que huía de la dictadura como tantos otros que habían conseguido cruzar la frontera. Aquel día Teresa comió su plato de siempre, magret con uvas, pero yo hice ayuno porque no me encontraba bien. Eso te pasa por no adaptarte a la cocina francesa. ¿Todavía echas de menos los guisos de tu pueblo? Siempre bromeaba con lo que llamaba mi «cocina nostálgica». Brindó con *champagne* con un compañero que le había informado del plan de ataque del partido y prolongamos la velada hasta que los últimos muchachos se fueron dando tumbos. Esa misma noche Teresa murió entre convulsiones, tirada en el suelo del dormitorio. Le quemaban las tripas, decía. No tuve tiempo de llamar a nadie. Ni siquiera pude darle el vaso de agua que me pedía. Me quedé petrificada a su lado, verdaderamente no podía mover un dedo. La cocinera desapareció al día siguiente y nadie supo darme noticia de ella. Llevaba una redecilla grasienta envolviéndole el cabello... La reconocería fácilmente si la volviese a ver. Pienso en ella todos los días.

Las campanas de la iglesia repicaron a misa de doce y al otro lado de la ventana una columna de fieles avanzó con lentitud monacal hacia el interior del templo. Teresa Valero sonreía desde el tiempo suspendido del retrato con el mismo desparpajo angelical con el que antaño se había presentado en el despacho del alcalde avalada por un nombramiento falso. Era una camarada valiente, suspiró Iria. Y los héroes siempre acaban así, muertos sin explicaciones. Pero valió la pena. Hablaba y en sus ojos se dibujaba un remoto desvarío. No os podéis imaginar lo que yo viví junto a esa mujer.

Esto está a punto de saltar por los aires, afirmó con rudeza uno de los hombres. En poco tiempo mandaremos al viejo al otro barrio, esta

vez lo tenemos todo bien atado. Iria los miró con indulgencia. Allí estaban, aquellos tres niños habían regresado a la aldea, pero sus pupitres estaban vacíos y la escuela cerrada por tanta ausencia acumulada. Ahora ya no hay colegio aquí, ¿sabéis?, musitó con la mirada perdida. Los chicos solo vienen de visita, estudian en la ciudad. Suben al autobús los lunes y no regresan hasta el fin de semana. Era hermosa nuestra escuela, ¿verdad? Vosotros os sentabais junto a la ventana, me acuerdo bien. Cuando llovía os quejabais de que las gotas os salpicaban los zapatos. Vamos a acabar con el dictador de una vez por todas, insistió el hombre con una voz áspera que lijaba la última sílaba de cada palabra. Ella nos dijo que no nos olvidáramos de ser libres, dejó ese mensaje escrito en el encerado, y no nos hemos olvidado ni un solo día, créanos. ¿Cómo fue su lucha en Francia? ¿Estuvieron en riesgo? Iria sonrió desde muy lejos. Su memoria se había quedado prendida en un *carrousel* decimonónico al que subió el primer domingo de su vida en París. Reía con la boca llena de nubes y en cada giro la piedra ovalada del anillo de Teresa la cegaba con un destello tan vivo que daban ganas de gritar. Entonces todo era hermoso, susurró. Éramos jóvenes y no nos importaban los chinches de las pensiones ni la falta de futuro, para qué lo queríamos. Algunas noches nos olvidábamos de dormir, qué locura, y pasábamos las horas en vela leyendo novelas prestadas. Todos leíamos los mismos libros en aquella época, algunos los robábamos en los puestos de los *bouquinistes* a unos viejos avaros que se habían cansado de fiarnos. Y aquella música del Lapin Agile... Bebíamos de más, pero quién no se ha emborrachado a esa edad, si casi es una obligación perder la cabeza y correr desnuda por el boulevard de Clichy gritando «¡viva la República!». Y al amanecer robar flores frescas de los panteones de los ricos de Pere Lachaise para repartirlas sobre las lápidas de los poetas pobres de Montparnasse. Teresa lo llamaba justicia poética; también lo era comer de gorra en los bistrós de lujo o colarse en los barcos de turistas que recorrían el Sena con una banda de músicos a bordo y bailar como locas en la cubierta. Ah, es un pecado ser joven y no haber vivido en París, debéis ir allí inmediatamente.

Pasaron las horas contemplando el viejo álbum que Iria guardaba bajo el colchón de su cama, un *collage* de instantáneas de las dos mujeres rodeadas de un grupo de jóvenes que fumaban en pipa y vestían chaquetas de pana gruesa y jerséis de cuello de cisne. En el envés de una de ellas alguien había escrito una dedicatoria: «A Iria y Teresa, las musas de esta nave de locos». Otras, más íntimas, mostraban a las dos mujeres besándose en el Pont des Arts o tumbadas sobre la hierba de la plaza de los Vosgos, bajo el sol de un día espléndido. Todo mereció la pena, repitió Iria abstraída.

Los hombres agradecieron el té con un marcial apretón de manos.

Antes de irse le hicieron una última pregunta. ¿Cuál era el verdadero nombre de la camarada Valero? Iria les sonrió con el mismo gesto burlón que hubiera adoptado su amante ante un comentario desvergonzado. Ese secreto, respondió, lo guardo dentro de este anillo. Y les mostró su cristal de roca transparente, el oráculo capaz de reflejar el porvenir que ahora encerraba una nubecilla gris, desapasionada.

Los hombres se entretuvieron fumando un cigarrillo en el puerto mientras esperaban la llegada de la barcaza. Pobre mujer, ha perdido la cabeza con la edad, lamentaron aspirando el humo del tabaco. Debió ser una belleza en otro tiempo, pero ahora da lástima. Su traje estaba roto, ¿os fijasteis? Tenía dos agujeros en las mangas. La mujer se sentó en un noray, unos metros más allá de sus compañeros. No podía apartar la vista de la ventana del dormitorio de Iria, ligeramente entreabierta por el viento, donde un destello respondía adormecido al haz eléctrico de la nueva lámpara del faro. Cae la noche, pensó.

¿Quiénes eran?, preguntó Merlina. Iria se dejó caer sobre el colchón, extenuada. Gente de otro tiempo, respondió. Gente que no existe.

EN OTOÑO LA MAREA de visitantes decreció y los escasos pescadores que aún quedaban en la aldea agradecieron la calma recobrada. Cada vez era más frecuente la llegada de embarcaciones de recreo durante el verano, pequeños yates capitaneados por hombres de fortuna que arribaban al puerto comentando con displicencia lo anticuado de la flota que por allí se veía. Esa parafernalia irritaba a los pescadores, que de buena gana hubiesen vetado el amarre a aquella caterva de diletantes que solo veía en el mar una alfombra de lujo. Nada sabían de sus luces y sombras, de los días de furia en los que arrancarle una red de peces al océano podía costarle la vida al más avezado. No conocían la jerga ni existía entre ellos un acuerdo tácito de no beligerancia e ignoraban incluso la cartografía de las estrellas puesto que solo navegaban a las claras del día y jamás habían divisado el perfil de una sirena.

Sopló un viento frío desde primeros de octubre que presagiaba un invierno de cola blanca, según advertía el decir popular. Este año habrá nieve para aburrir, cuando barrunta el aire antes de que caiga la castaña... Se arruinaron los higos, encapsulada su azúcar en el interior de la carne, nacieron desmedradas las avellanas y las nueces nunca llegaron a perder el verdor amargo de su germen. Fiel a sus costumbres, Aurelia calculó los días de frío que tendría que afrontar y las horas que pasaría junto a la lumbre y a esa cantidad le restó el tiempo que el invierno la encontraría guarecida al abrigo tropical del granero. El resultado fueron cuatro carretas de leña que cargó desde el bosque con la ayuda del mulo que un vecino le prestó a cambio de dos

docenas de huevos de aquellas gallinas salvajes que ponían sin denuedo.

Selva aparecía envuelta en el abrigo de punto beige de la difunta Esperanza, la cesta con la cena colgada del brazo y, de cuando en cuando, una carta de Paris en la faltriquera que leían juntas con los pies apretados como uvas junto a las brasas.

Sabía bien Aurelia que la madera de abedul provocaba un efecto confesional en quienes a su lumbre se arriman y, aun así, dejó caer el fajo de troncos en la chimenea aquella noche tan fría cercana a la Navidad. Un cielo de liquen blanco, mullido y sin rasguño, cubría la aldea anunciando el hielo. Prendieron los aldeanos sus hornos y cada casa exhaló un aliento a galletas de canela y clavo que aventó por el entramado de calles la proximidad de la fiesta de San Nicolás. El turco trae la nieve, decían.

Hacía tanto frío que no le extrañó que Selva cayese en la trampa del fuego más íntimo, pero ni siquiera cuando la mujer comenzó a pensar en voz alta, rompiendo la silenciosa dictadura de aquella casa, Aurelia se preocupó de sofocar las llamas. ¿Por qué no te fuiste con el capitán Golondrina? La pregunta se quedó flotando en el aire lúgubre de la cocina, sin peso ni maldad, como una brizna de heno. Se dio cuenta entonces de que, pese a llevar toda una vida compartiendo techo y pan, poco más le había dado de sí misma a aquella mujer que ya rondaba la vejez. La muchacha salvaje de otros tiempos, con su lengua endiablada y su infantil retablo de dioses; el regalo con que el mar trató de enmendar el robo de su hermano, la que había gozado del placer de los hombres y sufrido la crueldad de su abandono; la diosa de la noche, la reina de los tábanos, la única mujer de la aldea capaz de incendiar los bosques por amor. Aurelia removió la ceniza buscando entre las ascuas las palabras precisas con las que responderle que en verdad aquel hombre nunca la había querido, que no podía hacerlo porque jamás supo quién era ella, tan lejos lanzaba su mirada, y que en cuanto hubiesen abandonado la aldea su entusiasmo se habría apagado como lumbre sin leña. Los soñadores son así, agregó desangelada. Viven con tanta intensidad que todo lo consumen en

poco tiempo. Pero tu vida habría cambiado, habrías visto mundo y el mundo también te habría visto a ti. Selva le replicaba sin prejuicios, tratándola como a la hermana que nunca había sido, y esta vez Aurelia no huía de la emboscada. Es el fuego, comprendió, es el fuego el que le hace hablar así. Me daba miedo ese mundo, confesó con tristeza. Siempre me lo ha dado. Quería descubrir qué había más allá de este mar, pero no encontraba las fuerzas. Prefería que Valentín volviese y me lo contase todo, ver lo que no vi a través de sus ojos, eso quería. Pero no ha vuelto, Aurelia. No, no lo ha hecho, pero eso ahora ya da igual. El tiempo ha pasado tan deprisa... Ha corrido tanto el hilo que ya no sé cómo podría girar hacia atrás el carrete. ¿Tú crees que yo podría...? Ah, Selva, pensarás que soy una niña. La voz de Aurelia sonaba a corcho hueco. Somos ya dos ancianas, pero aún tendríamos fuerzas para ir al granero y darle la vuelta al tiempo, respondió Selva contemplando la figura de aquella mujer arrugada como un cartón frente a las llamas. Creyó que iba a romper a llorar, que las llamas alcanzarían su médula en menos de dos pulgadas, y sintió que si eso sucedía ella también moriría aplastada por la viga maestra de la casa. Estaba a punto de abrazarla, cuando Aurelia agarró súbitamente las tenazas y dispersó las brasas de aquel fuego que ya no podía seguir alentando. La oscuridad se hizo tan densa entonces que la única certeza de que aún seguían vivas fue el crujido de su respiración. Quiso decirle Aurelia que, a su manera, la había querido bien. Que sin ella se habría lanzado al mar, que le perdonase tanta soledad, que no había sabido vivir de otra manera. Quiso llamarla por su nombre de pila, protegerla tal vez, pero no recordó aquellas dos sílabas y sus brazos no eran más fuertes que las varas de un sauce. No fue necesario confesarse la herida. Las palabras eran una jerga inútil, excesiva, y, aun así, Aurelia contuvo la respiración para escuchar el mensaje que la mujer le susurró al oído en su lengua materna, preguntándose si aquella lluvia interior que calaba a Selva obedecía al dolor que nunca se apaga, el que gana por desgaste. Al cabo de un tiempo imposible de determinar, la puerta de la huerta cedió y un resplandor blanco deslumbró la silueta de Selva. Nevaba. La tierra reposaba bajo una capa blanda y gruesa de la que la higuera emergía como un espectro del pasado. Debió advertirle de los peligros de esa luna pálida; decirle que aquella no era noche para dormir al raso. Regresa a casa, Selva, que tu cuerpo no fue concebido para tenderse sobre una cama de hielo, aún faltan muchos inviernos para que aprendas a dibujar alas de ángel en la escarcha. Pero los copos caían lentos sobre su frente, cubrían la negrura de su piel con aquella fiebre fría que tanto se parecía al temblor de los astros, y su voz vencida no habría podido detener la dulce ceremonia de la nieve.

LOS MOVIMIENTOS ERAN BRUSCOS y, sin embargo, tuvo la impresión

de que todo sucedía a un ritmo pausado. La vaga claridad del amanecer encendió sobre el cuerpo de Selva una llamita azul apenas perceptible. Entre las raíces de la higuera yacía una sombra cubierta por una finísima capa de hielo que tamizaba el contraste entre el ébano y la nieve. Así las encontró Samuel antes de que amaneciese: Aurelia de pie, inmóvil junto al cadáver helado de su esposa, las pupilas clavadas en el suelo. No le abrió la puerta por más que golpeó la madera con sus manos de buey y hubo de forzarla con un azadón para llegar a la huerta. Allí le esperaba su dolor. Lo había presentido durante toda la noche; entre los velos del sueño se había visto llorando bajo un árbol de plata y allí estaba ahora, sacudiendo aquel cuerpo tumefacto, implorándole desgarrado que volviese, que no le dejase muerto de frío. Aurelia nunca había visto llorar a un hombre de esa manera. Requería razones, abrazaba el cadáver helado, le preguntaba a ella, sin mirarla, por qué había permitido aquella locura. Aurelia no respondía. Cómo explicarle la belleza de la nieve besando el cuerpo de Selva, la sonrisa con la que su mujer se acostó sobre el sudario de la huerta; aún podía distinguirse el rastro de aquella placidez amoratada en sus labios. Guardó silencio cuando Samuel la zarandeó como a un títere sin hilos, fuera de sí, con aquellos brazos que tantas veces ansió que rodearan su cuerpo. Por qué no hiciste nada, le reprochaba con el rostro desencajado en una mueca horrible y al mismo tiempo bella. Se dejaba hacer, rozada ella también por el faldón de la muerte, sin pronunciar una palabra de consuelo porque nada podía entender aquel pobre hombre de la nieve que arde al amanecer, de los hijos sembrados bajo la tierra fértil, de los huesos amantes que nos reclaman. La abrazaba con violencia Samuel, a punto de ahogarla o hacerle el amor, y ella se lo permitía, plácidamente insensible. Cuando sintió la primera punzada de dolor en el pecho, un dolor tan intenso que creyó que iba a desmayarse, respiró con alivio.

NUNCA LE PERDONÓ lo que para él fue una venganza y, si consintió en que la enterraran bajo la higuera, junto a su hijo y al Mulato, fue porque no se sentía con fuerzas para contravenir el deseo que la propia Selva le había manifestado tantas noches después del amor solo por castigar a Aurelia. La dejaste morir por celos, le escupió clavando la pala en la tierra. Habían pedido permiso al nuevo párroco para enterrarla fuera del cementerio, argumentando que aquella mujer era extranjera y no profesaba la religión católica. Como prueba, Aurelia le mostró el pequeño altar de deidades que Selva custodiaba en su cuarto de soltera y que Samuel desbarató de dos zarpazos cuando el cura se fue concediéndoles su beneplácito. Había enloquecido de dolor. Aurelia contempló la escena con los ojos llenos de lágrimas, sin atreverse a detener aquel impulso destructor que en el fondo

comprendía. Piensa lo que quieras, musitó. No puedo hacer nada para que cambies de idea.

Más tarde, ya en soledad, recogió los restos del desastre postrada en el suelo. Aunó la pléyade de dioses negros con sus falos de madera enhiesta, los vientres redondos de las sacerdotisas, la caja de latón donde las cartas usurpadas de Tomás Golondrina se amontonaban anejas a las de Paris y a un filamento óseo que no identificó y que guardó junto al resto de las reliquias suponiendo que se trataba de un fragmento de pájaro o coral. También guardó a buen recaudo su propio dolor, el terrible vacío que Selva había dejado en aquella casa en la que todos los días amanecían rotos por alguna parte. Parapetada en el granero, repasaba con la punta de los dedos las fotografías de la boda de su hermano, del nacimiento de sus sobrinos, de la vida ajena que ya era propia, interrumpida únicamente por el alboroto con que las gallinas acusaban los cambios de estación que se sucedían al otro lado de la madera. Aurelia comía del mismo maíz que les arrojaba a las aves y mientras masticaba el grano –cada vez con más dificultad– pensaba en Selva sin prisas, saboreando el amargor de la pérdida de una parte de sí misma. A ratos escuchaba su voz en la huerta, entonando alguno de aquellos salmos con los que creía fecundar la tierra; otros, el tacto fugaz de una mano la obligaba a girarse para descubrir la desazón de una puerta cerrada. Estaba sola. Varios metros más allá, el cuerpo de Selva se descomponía bajo la tierra. Nadie sabrá que estás ahí dentro de unos años, la higuera será el único testigo que nos sobreviva, y ese pensamiento le inspiraba una melancolía a ratos insoportable. A sus pies, escondido bajo un antiguo cajón de cargar fruta que ahora cumplía labor de mesa, el pez la tentaba con su promesa visionaria desde el fondo de la vasija. Ya no tengo edad para espejismos, declinaba Aurelia tapando la olla de barro. Gemía entonces la bobina con desgana y ella regresaba a las librerías de viejo de la calle Corrientes, tan hermosas bajo la luz de la tarde según aseveraba la postal.

SE ENCONTRARON UNA TARDE de principios de junio cuando el sol espejeaba en el cielo azul de la aldea. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que al principio no se reconocieron. Merlina llegó renqueando, ayudándose de un bastón para subir el repecho en que los acantilados se plegaban sobre sí mismos. Necesitaba respirar aire fresco. Así había interpretado Iria su resuello ahogado, aquella tosecilla insistente que durante los últimos tiempos había pespunteado el silencio de las siestas y que ahora se había acallado por respeto ante la sobrecogedora visión de cabos y despeñaderos.

El regreso de Vírgulo la había enfermado, quién le esperaba ya a esas alturas. No había respondido a las numerosas cartas que le envió para informarle del asunto de la placa que los vecinos iban a colocar

en honor a su padre en la fachada del ayuntamiento; tampoco lo había hecho a aquellas postales navideñas que, año tras año, Merlina le escribía con letra infantil deseándole unas felices fiestas. Dispuso un plato más en la mesa en todos sus cumpleaños con la esperanza de que el muchacho apareciese por sorpresa –clamando Iria en secreto porque esto no sucediese ahora que por fin reinaba la paz en aquella casa e incluso se habían acostumbrado al perfume dulzón de las violetas– hasta que poco a poco dejó de anticipar su presencia en las fechas señaladas, de anotar su nombre en las listas de invitados de los pequeños eventos locales, y, en ese momento, cuando su rostro ya empezaba a difuminarse en las escasas fotografías que guardaba en una caja de galletas, solo entonces, regresó Vírgulo a la aldea. Llegó a bordo de un imponente coche rojo que emergió con furia del túnel levantando un polvorín de tierra y chiquillos a su alrededor. Abrió la portezuela aquel hombre de cabello del color de la carrocería, alto, óseo, brazos excesivamente largos rematados por unos puños blancos que enrojecieron al golpear el capó. No lo toquéis, espantó a la chavalería.

Le costó ubicar las ruinas de la que había sido su casa, encajonadas como estaban entre dos nuevos edificios de viviendas donde las vidas se superponían en cuatro plantas con vistas al puerto. El solar continuaba vacío a pesar de los años transcurridos desde el incendio y a las claras se veía que los vecinos lo habían esquilmado a conciencia. Nada reconocible quedaba ya entre las masas ennegrecidas de carbón vegetal en las que habían devenido las vigas de la casa. Dicen que van a construir un museo del mar aquí. Ya era hora porque esto está bien feo, le comentó una mujer con un niño en brazos. ¿Sabe usted quién vivía aquí? El alcalde de entonces, nada menos.

Encontró a su madre amodorrada en una mecedora, de espaldas al calor de aquellas jornadas previas al solsticio. Iria había salido a comprar pescado fresco a la lonja y, al regresar a casa, los sorprendió mirándose frente a frente, en silencio. Ella, recostada en su asiento, complacida aunque ligeramente inquieta; él, arrodillado junto a la mecedora, las manos apoyadas en la mancha de sombra que cubría aquel lado de la sala de estar. Parecía Merlina más lúcida que nunca, asida a una tabla en mitad de aquella zozobra que se había desatado definitivamente en su cabeza y que le enmarañaba tiempos y afectos. Siempre he sabido que tenía un hijo, declaró satisfecha sosteniendo el rostro del muchacho. Me lo decía el vientre. De nada sirvió que Vírgulo tratase de hacerle recordar con buenas palabras qué hizo con aquellas vasijas de oro. ¿Te acuerdas, mamá? Las encontré siendo un niño en el altillo de la casa. Papá y tú me besabais y me decíais que me ibais a comprar un caballo alazán porque yo era vuestro príncipe. Merlina sonrió acariciándole el cabello rojo, idéntico al suyo ahora

apagado bajo el polvo de las canas. Eres un diablillo, qué cosas tienes. Un tesoro… ¿Has leído mucho allá en la capital? Tienes que hacerte un hombre de provecho como tu padre. Y le temblaba el mentón ante los ojos ensombrecidos de Vírgulo, que rechazaba con encono la bandeja de pastas de té que Iria le acercaba por segunda vez. No tienes remedio, Virgilio Mazurca, se atrevió Iria a decirle en el umbral de la puerta. Tu madre no se merece un hijo como tú. Vírgulo la observó con desprecio. No sé qué vio mi padre en ti, dijo. Solo eres una ramera vieja con ojos de gata. Y se alejó a paso firme confundiendo su figura desgarbada con la multitud que descendía del autobús, mochilas al hombro. Desde la ventana de la sala, las dos mujeres vieron cómo Vírgulo se acercaba a dos pescadores y cómo estos, a su vez, llamaban a sus nietos con un silbido. Tras un breve diálogo jalonado de indicaciones que apuntaban al mar, los muchachos se fueron a sus casas y, en el tiempo en que Vírgulo se fumó un cigarrillo, regresaron equipados con gafas de buceo y aletas de goma. De un salto se lanzaron al agua dejando en la superficie dos círculos burbujeantes. Afloraron las cabezas de los buceadores minutos después y de nuevo se sumergieron en el punto que Vírgulo les señalaba con insistencia. Un viejo pescador trató de tranquilizarle dándole una palmada en la espalda que él rechazó airado. El sol se postraba lentamente en el malecón y Vírgulo, cada vez más nervioso, les ofreció unas monedas a cambio de una última inmersión ligeramente escorada a la derecha del lugar señalado, pero todo fue en vano. El hombre pagó su cuenta y se alejó del puerto con las manos en los bolsillos, sin girarse a despedir a su madre que le llamaba con un hilo de voz desde la ventana de la salita. El rugido del motor de su automóvil sonó más triste. Apagado.

¿Qué buscaba el muchacho?, interrogó Iria a los pescadores. Nada, imposibles. Quería recuperar la pierna de su padre, que la tiró en un arrebato hace años por estos roquedales. Pero esto es el mar, ya se lo advertimos, nada que ver con un estanque. Iria sintió lástima por él. Nunca le entendimos, asumió Merlina. Se pasó la infancia solo, jugando en el altillo. Mi flaquito… ¿Tú crees que su padre le comprará un caballo?

NO LLEVABAN NI UN MINUTO sentadas en aquel banco cuando unos pasos hicieron crujir la hierba seca del camino. Las dos mujeres vieron acercarse a una anciana menuda vestida con un anacrónico traje de paño negro, excesivamente grueso para los albores del verano. Su trenza encanecida, sus ojos de avellana, las manos de gorrión apoyándose en una cachava: todo eran indicios familiares y, sin embargo, no la reconocieron hasta que tomó asiento a su lado sin terciar palabra. Iria contempló su propia vejez en los surcos que el tiempo había torcido en el rostro de Aurelia. ¿Tan mayores somos ya?,

preguntó en voz alta sin darse cuenta. La anciana la miró con una sonrisa débil. El tiempo corre cuesta abajo, le respondió desviando sus ojos hacia el mar. Lucía en calma el océano aquella tarde, una tersura que invitaba al baño. En la cala de corales, los turistas llegados en lanchas de alquiler saltaban las olas gritando de felicidad. Hace mucho tiempo, evocó Aurelia, yo me tumbaba en aquella cala. La llamaba Cala de Nieve por lo blanca que era.

Una brisa les rizó el cabello y las hebras blancas de sus cabezas flotaron confundidas entre sí. Merlina aún conservaba alguna chispa de fuego en sus raíces; Iria, el verdín felino en los ojos; Aurelia la mirada incisiva del último pupitre.

La luz maduró rápido y la sombra ganó al mar en superficie. También al racimo de casas de la aldea, entre las que algunas torres con grandes ventanales erguían su cuello de periscopio. El rumor del tráfico amainó al caer de la tarde y un silencio fresco se instaló en la aldea como un espejismo de otros tiempos. ¿Os acordáis de aquel muñeco grande al que disfrazábamos en casa de Aurelia?, preguntó Merlina. ¿Cómo era que se llamaba?

El mar se encabritó en series de tres olas para dejarse caer, desfallecido, en la mancha brillante y solitaria de Cala de Nieve. Anochecía.

Ya me acuerdo, insistió Merlina con un brillo delirante en la mirada. Se llamaba Valentín.

LA VIDA SE REDUJO a seis hábitos: comer frugalmente lo que la huerta daba por sí misma –sin someterla a siembra ni a poda alguna–, arrojar un puñado de pan o grano a las gallinas, contemplar al pez esmeralda –cuyo color había mudado en un pigmento similar al cobre de las calderas–, repasar el cuaderno de fotografías, hablar con sus muertos –ya en el cementerio, ya bajo la higuera– y contemplar la bobina de hilo, estática y muda desde hacía años salvo por las pequeñas vibraciones que a veces la sacudían y que Aurelia interpretaba como abscesos de fiebre. Alguna tarde caminaba hasta los acantilados, tomaba asiento en el mirador, y desde allí contemplaba el deambular de la vida en el puerto. Si alguna vez un grupo de transeúntes la rodeaba y, elogiando la fantástica vista, le hacía alguna pregunta acerca de las costumbres locales, Aurelia se guardaba muy bien de no contestar. La aldea se había convertido en un carnaval de máscaras para ella. Caminaba sonámbula entre la turbulencia de las calles, rodeada por una nebulosa que la distanciaba de la realidad a tal extremo que los automóviles debían esquivarla haciendo sonar sus cláxones. Los nuevos aldeanos –un híbrido entre los descendientes de los oriundos, capitalinos reconvertidos a la vida rural y antiguos emigrantes que regresaban a montar sus negocios al ascua del turismo– la conocían como la vieja huérfana, aunque nadie recordaba

ya su historia ni ojos tenían para distinguir el rasguño de lana que nacía de su granero. Con frecuencia pensaba en sus padres, cuyos huesos regaba con agua fresca en el cementerio, aquella otra aldea que casi nadie visitaba y que a fuerza de soledades se había ido cerrando de maleza. Solo ella subía la cuesta con una azada al hombro, dispuesta, a pesar de su edad y de su espalda quebradiza, a limpiar de rastrojos aquel reducto de paz donde dormían los suyos. Cruces desbaratadas, nombres borrados, musgo. Y, sin embargo, aquel paisaje se le antojaba menos desolador que el de la aldea de los vivos, donde ya nada respondía por su nombre original.

Desde allí arriba, algún atardecer, a la hora en que los yates de recreo echaban el amarre, contemplaba a Samuel alejándose en su barca hacia los confines de la bahía. Bajo la luz polvorienta del crepúsculo, la imagen de aquel hombre remando a contracorriente le dolía por lo estéril; nadie sabía a dónde se dirigía ese pescador taciturno, el último de una saga de hombres capaces de arrancarle su sustento al mar con unas redes. En los cafés se decía que una vez descubrió el cuerpo sin vida de una sirena y que cientos de plañideras llegadas de toda la región expresamente para asistir al entierro le habían aclamado como a un héroe. Samuel no afirmaba ni desmentía su leyenda. Acodado en la barra de la taberna más humilde, solo frecuentada por el grupúsculo de antiguos pescadores, liaba un cigarrillo tras otro sobre la enorme palma de su mano izquierda. No hablaba con nadie, ni se dejaba invitar a un vaso de vino, y, si algún pescador rompía el cerco invisible que le rodeaba para preguntarle por la faena del día, Samuel respondía con un gruñido sin levantar la vista de las hebras de tabaco. No había vuelto a pisar el umbral de la casa de Aurelia desde el amanecer de su desgracia, así que cuando aquella tarde de verano llamó a su puerta con el mismo golpe seco de costumbre, la anciana creyó que se trataba de una aparición. En las pupilas de Samuel no había más relumbre que el de la puesta de sol. Extendió su mano de gigante hacia ella y, sin llegar a rozar su piel, le entregó un manojo de cartas atadas con una cuerda de esparto de doble vuelta. Aurelia le observó con extrañeza. ¿Quién era aquel hombre de encrespado pelo blanco y barba de peregrino? Juraría no haberle visto desde la infancia, bajo el oro de aquellos días en los que toda su ocupación consistía en catar melones o golpear las tabas de cuclillas en el suelo de la cocina, junto a Valentín. ¿Dónde escondes a aquel niño, usurpador?, estuvo a punto de recriminarle. Pero nadie regresaba con vida de aquel secuestro, bien lo sabía, y a esas alturas el niño estaría muerto de hambre y sed en algún cobertizo inmundo; a salvo, eso sí, de cualquier reproche. También él se ha ido para siempre, lamentó Aurelia. Ya nunca volverá a partirme nueces con los dientes.

Samuel se mantuvo de pie ante la casa esperando a que la anciana cerrase la puerta tras de sí. Después dio media vuelta y se alejó calle abajo con la cabeza inclinada por el peso de una yunta invisible, colocando lentamente los pies en las franjas de sombra que interrumpían la luz.

Aurelia deshizo el nudo sin necesidad de romper la cuerda ayudándose de la punta de un viejo pasador de esmalte. Las cartas olían a cúrcuma y a cardamomo y aquel aroma especiado la remontó al tiempo mítico de los trasatlánticos. Todas estaban dirigidas a la misma persona y juntas no pesaban más que una docena de alas de mosca. En el remite no figuraba dirección alguna; tan solo un nombre, Paris, junto a un minúsculo dibujo que variaba según la estación.

NO HABÍA DEDICADO TIEMPO a la labranza, ni mucho menos a la siembra de nuevos brotes de cebollas y tomateras, pero la tierra debió servirse de la simiente escondida en los excrementos de los pájaros porque al calor de los primeros rayos del verano afloraron, dispersos y alocados, una multitud de frutos tan hermosos que daba lástima cercenar su tallo. Lamentaba Aurelia el fratricida gesto de arrancar de cuajo una lechuga de aquella tierra prodigiosa que había alimentado a su familia durante generaciones. Tanto hemos trabajado aquí, deducía, que la tierra ya sabe cuidarse sola.

Una mañana subió las escaleras del altillo para reencontrarse con el que fuera su templo durante décadas. La rueca, el telar, el canasto de esparto donde los últimos vellones que compró a las granjas de la capital reposaban bajo un manto de polvo. El tiempo se había olvidado de aquel cuarto que estancaba la misma luz manzanilla de su infancia, cuando espiaba por una rendija la destreza de las manos de su madre obrando el milagro alquímico de la hilatura: del pelo hirsuto del animal al fino cordel que devanaba en torno al huso. Hasta el silencio permanecía intacto.

Recorrió las alcobas una a una con la precaución de no enturbiar la paz del altar de dioses que custodiaba aquel hogar por mandato de Selva, la hechicera. Aún podía escuchar el crepitar de sus huesos removiéndose bajo la tierra húmeda de la huerta, una legión de orugas y gorgojos recorriéndole las corvas. En la cárcava de su cráneo había aflorado una hierbecilla sin flor ni fruto parecida al arzadú, de una hermosura agreste solo comparable a la de las zarzas que bordeaban el cementerio. Aurelia ya no recogía sus frutos. Solo ella se atrevía a hacerlo porque los antiguos aldeanos consideraban que aquellas moras medraban al sustento de la sangre de sus muertos y comerlas era incurrir en el terrible pecado de la antropofagia. Aurelia se llenaba la boca de unos gránulos que le teñían la lengua del color del vino y reía a espaldas de la aldea consumando el sacrilegio hasta caer de bruces sobre las matas de cardos, borracha del manjar de la muerte. Ya no le

asustaba lo oscuro de su presencia, ni aquel polvo de carbón que últimamente esparcía por los rincones. La Parca merodeaba la casa a la hora en que Aurelia prendía la lumbre baja de las noches de verano y gustaba de sentarse a su lado a escarbar los tizones con una rama encendida. Cuando el fuego se extinguía, un aire frío asolaba la cocina y la Muerte recogía la hoz que había dejado apoyada sobre el escaño de madera para regresar a sus cuarteles. A veces hacía algún rasguño en la mesa, rabiosa porque Aurelia no había amasado el pan aquel día y le daba de cenar unas cortezas duras que ni a las gallinas gustaban, pero por lo común siempre se mostraba cortés con ella, protectora incluso, y más de una vez le echó un cobertor de lana sobre la espalda torcida. Se conocieron siendo Aurelia una niña, cuando ella picó por primera vez a la puerta de la casa para llevarse a su madre. El mandato incluía también al recién nacido, que le había robado los ojos a su progenitora en un alarde de permanencia, pero en el último momento la Muerte sintió lástima por aquella niña que dormitaba bajo la higuera y halló su infancia atormentada tan parecida a la suya que decidió dejarle al bebé. Al fin y al cabo, le sobraban quehaceres con los estragos del tifus y la tosferina. Solo el granero le estaba vedado so pena de no volver a compartir mesa y lumbre de abedul con ella. Aurelia siempre había celado aquel espacio lúgubre donde la Muerte se hubiera sentido como en casa, entre la pestilencia del sebo de oveja y los excrementos que las gallinas sembraban por doquier. Sentada ante la puerta, contemplaba el discurrir de las horas como un perro abandonado hasta que Aurelia salía de allí, ajustaba la madera en el vano, y le hacía una seña para que la acompañase a la cocina. Era hora de hacer la sopa. Cortaba los ajos, voluntariosa, con un mandoble de guadaña, arrojándolos después sobre la mesa aún olorosos a la tierra picante del verano.

Una noche del mes de julio se levantó a deshoras la brisa del nordeste. No tenía gran fuerza aquel vientecillo, más bien era pura apariencia, pero logró entornar la puerta del granero sin que Aurelia, que dormitaba bajo el engranaje de la bobina, pudiese reaccionar a tiempo. Tembló el hilo de lana con una fuerza desconocida desde tiempos remotos, despertando a la anciana con su redoble. Logró ponerse en pie agarrándose a los ejes y entonces la vio, inmóvil junto al carrete, la hoz brillándole como una luna robada entre las falanges. Vibró de nuevo el hilo al bufido de la brisa, que también había empujado la puerta que daba al océano de modo que atravesaba el granero con ínfulas de vendaval, agitando a su paso el cabello blanco de la mujer y la túnica de la Muerte. Aurelia tomó el hilo entre dos dedos. La lana, empapada de sudor, se estremeció febril. Trató de soltar amarras girando con todas sus fuerzas la manivela enroscada al eje de la bobina, pero aquella tensión venía de lejos, de una vena ahíta

de nostalgia y otros males menores igualmente letales, que sacudieron el cordel en una serie de espasmos. Dudó entre sujetar la bobina o lanzarse a espantar la funesta presencia de la Muerte con un escobón, mas no hubo tiempo de divagaciones. El hilo se alzó sobre su cabeza hasta casi rozar las vigas, giró sobre sí mismo en un estertor violento y cayó, lentamente, mecido en el aire como el plumón de un pájaro muerto.

ERA TAN DÉBIL SU CONSISTENCIA que la sola insinuación del cuchillo bastó para quebrarlo. Sostuvo aún un instante los dos cabos del hilo en su puño izquierdo antes de dejarlo rodar, pendiente abajo, hacia la mancha oscura del océano. Desde el acantilado contempló la plata que aquella piel de reptil esparcía en el agua, levemente ondulada por la brisa. Se alejaba flotando mar adentro, cada vez más lejos de la costa. Mi hermano ha muerto a las cuatro de la madrugada, pronunció solemne. Once de la noche, hora austral.

Las puertas del granero vacilaron en el aire y una bruma densa cuajó sobre el cuerpo yacente de la bobina. No se molestó Aurelia en cerrarlas, ni echó la llave de la puerta principal cuando abandonó la casa vestida únicamente con un camisón. Ante sí la cuesta empedrada, el chorro de la fuente de los huérfanos; más allá, el arrullo insomne de las olas. Nadie se cruzó en el camino de aquellos pies descalzos. Descendía la calle apretando contra su vientre seco una vasija de barro que parecía haber robado de su propia casa y que solo destapó al filo del malecón. El pez se revolvió en su celda con cansancio. El radiante color esmeralda de sus escamas se había degradado en un pellejo pajizo que ya no incitaba al sueño de las apariciones. Inclinó el recipiente sobre el mar y un caudal de agua sucia fluyó junto al pez, emitiendo un destello dorado antes de perderse en el fárrago de las olas. Aurelia contempló su huida infinita hacia la oscuridad sentada en las piedras del puerto. La noche había recuperado el aliento cálido de mediados de julio, oloroso a limón y a salitre, y esa tibieza la animó a sumergir los pies en el agua. Solamente se había bañado una vez en el mar, a hombros de su padre, y aquella frescura en la punta de los dedos la devolvió al fulgor lejano de una tarde de verano. Arqueó su columna, palpó su piel a punto de muda descolgada sobre el vientre en dos diminutos pezones que boqueaban de calor y revivió el tacto virgen de Cala de Nieve, los frustrados intentos de un hombre de ojos de trébol por ganar aquel cuerpo para las aguas. A su espalda dormía lo que nadie habría de revelar: la guarida del zorro en el abedular, el laberinto de túneles excavados por los topos que años después hundiría la plaza, la firma oculta por la cal del genio que dio forma a su herejía en los frescos de la iglesia. Un guiñapo de oro fundido bajo tres capas de ceniza y carbón vegetal.

Con un breve impulso se sumergió en el mar templado de la

madrugada. La brisa prolongó las ondas del camisón en el agua, al tiempo que sus pulmones la izaban con suavidad entre los pliegues de lino. Flotaba. Su cuerpo había olvidado el peso de la tierra firme y volaba ahora sobre la palma del océano, rendido al placer de una ingravidez largamente esperada. No reparó en el cambio de dirección del viento, ni en la corriente acuática que la arrastró con su brazo helado mar adentro, el cabello de medusa desplegándose a ras de agua. Tampoco fue consciente del canto afilado de las lechuzas que, encaramadas a los árboles, circundaban la carretera, ni del aroma espeso de las jaras entre los chaguazos. Aún faltaban horas para que el sol rebasase el islote del Tomillar y ella avanzaba hacia el corazón silencioso de aquella noche que pensó era la más hermosa de su vida. Antes de cerrarse, sus ojos reflejaron la plenitud de la luna de julio y su irresistible invitación al viaje.

Sobre la autora

Alicia Andrés Ramos (Avilés, 1977) es licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid. Ha trabajado en revistas culturales como *Escenarios* o *La Linterna*. En 2014 publicó la colección de relatos ***Melancolía y otros pájaros*** **(Editorial LCK15)**, libro con el que fue finalista del premio Ciudad de Coria 2013. Asimismo sus cuentos han visto la luz en las antologías como *La última noche, la primera palabra* (Ed. Torremozas) *Trentacuentos* (ed. Casa Abierta) o *Con voz de mujer* (ed. Cangas de Onís). Ha ganado premios como el Rafael Guerrero o un accésit del José Moreno Arenas, de teatro breve; Berta Piñán, Manuel Siurot, Ciudad de Torremolinos, Eurostars y finalista del premio Ana María Matute, de narrativa breve. Asimismo es autora de la obra de teatro ***Un hombre sueña*** **(Baile del Sol, 2017)**.

En la actualidad alterna su actividad literaria con la periodística a través de su participación en charlas, talleres y debates literarios y cursa el máster en Estudios Literarios impartido por la Universidad Complutense de Madrid.

Títulos publicados

por

Niña Loba editorial

Narrativa contemporánea

1. EL SUEÑO MÁS PROFUNDO. Íñigo Sota
2. UNA DISTENSIÓN DEL TIEMPO. Álvaro Sánchez-Elvira
3. BELLEZA Y NÁUSEA. Diana Soledad
4. LA FRONTERA DE LA TIERRA. Francisco Plata
5. DE CIELOS Y ESCARABAJOS. Jorge Morcillo
6. LAS SIETE EDADES. Fernando de Villena
7. NORTEÑA. Darío Méndez Salcedo
8. HILATURA. Alicia Andrés Ramos
9. LAS VIDAS SECRETAS. Gemma Urraka
10. RELATOS DEL LOBO ENJAULADO. Manuel Ortuño
11. LOS JUGUETES QUE TUVIMOS. Alejandro Molina Bravo
12. GALAXIA CICATRIZ. Pedro P. González
13. EL EMPERADOR DE LOS HELADOS. Jorge Morcillo
14. HUMANIMAL. Emilio Picón
15. LA MUJER DE LOS PÁJAROS. Yordanka Almaguer
16. JAULAS DE HORMIGÓN. Mayte Blasco
17. LA CARNE DETRÁS DE LA NIEBLA. Antonio Costa Gómez
18. ESTAR AQUÍ. Jorge Morcillo
19. EL SONIDO DEL FUEGO. Yordanka Almaguer
20. LA MEJOR FAMILIA DEL MUNDO. Mayte Blasco
21. UN HOMBRE BUENO. Cecilio Gamaza Hinojo
22. FUERTE BOCHORNO. Rafalé Guadalmedina
23. LOS QUE SON AZULES. Gerard Serra
24. MONSTRUOS EN LA PARED. Ismael Orcero Marín
25. DE MANTEQUILLA. Elena Solera

Fantasía, ciencia ficción y aventuras

1. LA LÁGRIMA DEL MEDIODÍA. Luis Zurriaga
2. ¡DESHÁGASE LA LUZ! César Narganes
3. DE HÉROES Y DE SANTOS. Gorka Maiztegui Zuazo
4. SOÑAREMOS CON LA GRAN MÚSICA. Darío Méndez Salcedo
5. RECUERDA EL FUEGO PRIMERO. Carlos Pellín Sánchez
6. EL HOMBRE QUE DISCUTÍA SOLO. Gorka Maiztegui

Poesía

1. ELLAS EN CLAVE FEMENINA. Carla Penna
2. LÍTOST O FLUIR... Paula Aparicio Cejudo

3. DON DE DESOBEDIENCIA. José E. Salcedo Mendoza
4. AIRE. Silvia M. Díaz
5. BIOGRAFÍA DE NADIE. Antonio Solano
6. LOS MOTIVOS DEL VENTRÍLOCUO. Antonio Solano

Voces

1. PIZZA MARGARITA. 3 Cejas
2. LUZ TENUE. Irene Nicolás Martínez

Ensayo y no ficción

1. TEMAS Y TRATAMIENTOS EN LA POESÍA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA. Fernando de Villena
2. HISTORIA PARA COMPRENDER EUROPA ORIENTAL. José Enrique Salcedo Mendoza